



STORM

SI TE DESCUIDAS,
TE ROBARÁ EL CORAZÓN.

STORM

Si te descuidas,
te robará el
corazón

Rose Gate

Copyright © 2019 by Rose Gate

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kramer H.

Corrección: Carol Rz

DEDICATORIA

A ti, que te equivocaste.

A ti, que tomaste malas decisiones.

A ti, a quién tus errores te pesaron más que tus aciertos.

A ti, que viviste la vida como si no hubiera un mañana, porque tu
mañana, era hoy.

A ti, a quien hirieron.

A ti, que heriste.

A ti, que dudaste entre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

A ti, a quién no te dio miedo apostar, aunque te esperara un
fracaso.

A ti, que amaste por encima de todo sin pensar en las
consecuencias.

A ti, que viviste con pasión y sin mirar atrás.

A ti, siempre, a ti.

[Índice](#)[Prólogo](#)[Capítulo 1](#)[Capítulo 2](#)[Capítulo 3](#)[Capítulo 4](#)[Capítulo 5](#)[Capítulo 6](#)[Capítulo 7](#)[Capítulo 8](#)[Capítulo 9](#)[Capítulo 10](#)[Capítulo 11](#)[Capítulo 12](#)[Capítulo 13](#)[Capítulo 14](#)[Capítulo 15](#)[Capítulo 16](#)[Capítulo 17](#)[Capítulo 18](#)[Capítulo 19](#)[Capítulo 20](#)[Capítulo 21](#)[Capítulo 22](#)[Capítulo 23](#)[Capítulo 24](#)[Capítulo 25](#)[Capítulo 26](#)[Capítulo 27](#)[Capítulo 28](#)[Capítulo 29](#)[Capítulo 30](#)[Capítulo 31](#)[Capítulo 32](#)[Capítulo 33](#)[Capítulo 34](#)[Capítulo 35](#)[Capítulo 36](#)[Bipílogo](#)[Tu opinión me importa](#)[Rose Gate](#)[La Autora](#)[LOS LIBROS DE LA AUTORA:](#)

AGRADECIMIENTOS

Hay personas a las que les cuesta mucho la sinopsis; otras, el título.

Bueno, ese también me cuesta a mí. Y otras que son unos bichos raros como yo, ya que los agradecimientos son lo que más les cuesta.

¿Que por qué?

Pues porque te da miedo dejarte a alguien, no llegar a transmitir toda la gratitud hacia aquellas personas que te acompañan en el camino y que tanto te aportan. Porque, a veces, un «gracias» y un «lo siento» son palabras muy difíciles y muy simples a la vez.

Por ello os doy gracias a todos los que me leéis, a todos los que de algún modo habéis proporcionado algo a mi camino, a los que sumáis por darme tanto, y a los que restáis, también. Porque sin vosotros no me daría cuenta de las personas que realmente merecen la pena, así que gracias.

También os mando a todos un gran lo siento. Por mis ausencias, por los minutos que os robo, por provocaros dolor y lágrimas, aunque intento compensaros con alegrías. Por avasallaros con mis historias que no puedo dejar de teclear, por agotaros con mis posts llenos de nervios y ansiedad. Por estar a veces tan lejos y sentirlos tan cerca. Por los besos que os debo y los abrazos que muero por daros.

Si estáis aquí es porque habéis confiado en mí, en que este libro pueda transmitir os todas las emociones que esperáis, que os haga viajar, soñar, vivir una aventura o, tal vez, otra vida con la que vibrar. Y si no es así, lo lamento, tal vez esta no fuera vuestra historia.

Gracias a mi familia por apoyarme en mi día a día, por hacerlo más liviano, por sus sonrisas, sus palabras de comprensión y sus ánimos cada vez que saco nuevo libro.

A mis chicas Gate, mi equipo, mi segunda familia: Laura Duque, Nani Mesa, Esmeralda Fernández. Sabéis que os pongo por orden de adquisición, porque si fuera por cariño acabaría con un popurrí de letras indescifrable donde estaríais las tres.

Gracias por no desfallecer, por aguantar mis dudas, por cambiarme

el orden de este libro y hacerlo tan perfecto; por lo menos, para mí. Por decirme

las verdades, por no guardaros nada y por ser tan distintas, tan humanas, tan compañeras. Os quiero porque sois muy grandes y juntas nos complementamos y nuestras imperfecciones nos hacen rematadamente perfectas.

A mi Carol RZ, MI CORRECTORA, en mayúsculas y negrita. Aunque esté mal escrito, Carol, no me lo cambies, por Dios. Porque no hay mayúscula o negrita suficiente capaz de expresar todo tu talento. Por nuestras charlas, nuestras risas, nuestros wasaps. Por tu forma de ver la vida, por transmitirme tanta confianza y hacer de cada libro una gran experiencia. Te quiero en mi vida, y lo sabes.

A mi mago, mi gran portadista, la única persona a quien confiaría los diseños de mis portadas porque las convierte en auténticas obras maestras: Kramer H. Sin ti, nunca sería lo mismo.

A mis negadas. Mi sister Verónica Naves y mi «cuestión de piel» Yolanda García. Porque si hay gente buena en este mundo, esas sois vosotras. Por nuestros cafés, nuestras charlas y por todo lo que vendrá. Os quiero amores.

A mi Mina de Caka que, aunque ahora estemos más sosegadas, sabéis que os llevo en mi corazón. Anabel García, Tania Lighling-Tucker y Mila Parrado. Sois maravillosas.

A mis Rose Gate Adictas, capitaneadas por dos mujeres excepcionales:

Tania Espelt y Sonia Martínez, por montarme ese grupo tan fabuloso que cuenta con 600 adictas a mis locuras y donde todo el mundo es libre de expresar lo que quiere y como quiere. Sois fantabulosas.

A mi ojo de águila, Marisa Gallén, qué haría yo sin ti y esa última lectura con esos mensajes que me dejan loca. Te quiero gaditana, solo espero algún día ir a Cádiz y comer uno de tus guisos de la capitana en el Nuevo Puerto Madrid. Chicos, si vais a Cádiz no dejéis de ir a este espectacular restaurante frente al mar.

A mi Luz Anayansi Muñoz. Esta vez sí, panameña mía, lugar de honor porque te lo mereces, por esos superaudios de minutos y minutos que nunca me dejan indiferentes, por tu sinceridad, para lo bueno y lo malo, y

que nunca nada nos separe.

A mi Eve Romu, quien esta vez se encarga del maravilloso booktrailer de este libro. Tienes muchísimo talento, mi sirena, no cambies nunca tu espontaneidad.

A Ulises Novo, gracias por siempre publicitarme desinteresadamente en mundiario.com y acompañarme en este fantástico mundo que es la literatura.

Gracias, compi.

A Kathy Pantoja y el Aquelarre de Rose, espero que disfrutéis muchísimo de este libro, chicas. Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los indies tengamos un lugar donde spamear. Muchas gracias.

A todos aquellos lectores que habéis querido aparecer en estos agradecimientos y habéis dejado vuestro nombre bajo el post de Facebook o Instagram:

Andy García, Amelia Segura, María García, Ana Guerra, Ana María Manzanera, Ana María Padilla, Ana Vanesa Marín, Ángela Martínez, Ángeles Merino Olías, Aurora Reglero, Beatriz Otriz, Beatriz Ponsier, Carmen Pérez, Carmen Sánchez, Chari Horno, Chon Tornero, Cristina Iguiño, Crazy Raider, Cristina Diez, Daniela Mariana Lungu, Eli Mendoza, Emi Herrera, Esther Barreiro, Estefanía Cr, Esther García, Eva Suarez Sillero, Karito López, Juani Egea, Maite Sánchez, Mari Ángeles Montes, María Camús, María del Mar Cortina, María Elena Justo Murillo, María Fátima

Gonzalez, María Victoria Alcobendas, D. Marulanda, Mary Rossenia Arguello Flete, Marilo Jurado, Marimar Pintor, Marisa Gallen , Marisol Zaragoza, Marta Cb, Maru Rasia, May Del Valle, Mónica Martínez, Pamela Zurita, Paulina Morant, Pilar Doria, Rocío Ortiz, Rocío Pérez Rojo, Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Sara Lozano, Sandra Arévalo, Sonia Gallardo,

Sylvia Ocaña, Verónica Cuadrado, Yojanni Doroteo, Ainy Alonso, Alejandra Vargas Reyes, Amelia Sánchez, Ana Cecilia Gutierrez, Ana Cecy, Ana de la

Cruz, Ana Farfan Tejero, Ana García, Ana Laura Villalba, Anabel Raya, Angustias Martin, Asun Ganga, Aurora Reglero, Beatriz Carceller, Beatriz Maldonado, Bertha Alicia Fonseca, Carmen Alemany, Carmen Framil, Carmen Rb, Claudia Cecilia Pedraza , Claudia Meza, Consuelo Ortiz, Cristi PB, Daniela Ibarra, Elena Belmonte, Elisabeth Rodríguez, Eluanny García, Enri Verdú, Eva Acosta, Eva Montoya, Eva Suarez, Fina Vidal, Fina Vidal, Flor Salazar, Fontcalda alcovero, Gael Obrayan, Garbiñe Valera, Gema María Parraga, Gemma Arco, Gisèle Gillanes, Gloria Garvizo, Herenia Lorente Valverde, Inma Ferreres, Inma Valmaña, Isabel Lee, Isabel Martin Urrea, Itziar Martínez, Jarroa Torres, Karla CA, Karmen Campello, Laura Ortiz Ramos, Linda Méndez, Lola Bach, Lourdes Gómez, Luci Carrillo, Lupe Berzosa , M Constanca Hinojosa, Magda Santaella, Luce Wd Teller, Maite Sánchez Moreno, Mar A B , Mari Carmen Agüera, Mari Carmen Lozano, María Carmen Reyes, María Cruz Muñoz, María Giraldo, María González,

María Fátima Gonzalez, Maria José Estreder, María José Felix Solis, Mariló Bermúdez, Marta Cb, Marta Hernández, Mary Pérez, Mary RZ, Massiel Caraballo, Manuela Guimerá Pastor, Maria Cristina Conde Gómez, Marisol

Calva, Mary Paz Garrido, Mercedes Angulo, Mencía Yano, Mercedes Castilla, Mercedes Liébana, Milagros Rodríguez, Mireia Loarte Roldán, Mónica Fernández de Cañete Montse Carballar, Montse Elsel, Montserrat

Palomares, Noelia Frutos, Noelia Gonzalez, Núria Quintanilla, Nuria Relano,

Oana Simona, Pamela Zurita, Paqui Gómez Cárdenas, Paqui López Nuñez, Paulina Morant Díaz, Peta Zetas, Pilar Sanabria, Rocío Pzms, Rouse Mary Eslo, Rosa Arias Nuñez, Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Roxana-

Andreea Stegeran, Salud Lpz, Sara Sánchez, Sandra Cuccia, Shuliana Antonio Perez, Sulpicia Vulturi Sultana Yram (Mary Izan), Susana (Xavier Mallafre), Silvia Adarau, Susana de la Torre, Tania Lilo, Toñi Aguilar, Vanesa Martin García, Vanesha Salas, Vanessa Álvarez, Vicky Gómez, Victoria Alonso N, Victoria Amez, Wilkeylis Ruiz, Yasmina Sierra, Yolanda

Lamas, Yolanda Morales, Zule Verón, Juana Sánchez, Marimar Pintor, Itziar Martínez, Chari Horno, Irene Ga Go, Kika DZ, Estela Rojas, Lorena de la Fuente,

Si me olvido de alguien, disculpadme. Me encantaría que todos estuvierais aquí y aunque vuestro nombre no aparezca, formáis parte de mi sueño y de mi corazón.

Prólogo

«¿Qué es la vida? Un frenesí.

¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño: que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son». Fragmento del Monólogo de Segismundo, de Calderón de la Barca.

Decían que la vida es un delicado equilibrio entre tomar buenas decisiones y evitar peligros, de eso yo no supe mucho.

Era confiar en nuestros sentimientos, enfrentar retos, encontrar felicidad, valorar los recuerdos y aprender del pasado.

Era algo tan corto que, si la echabas a perder, se acababa más rápido.

O como decía mi hermano: era vivir el momento y hacer de este lo mejor posible, sin saber qué iba a pasar después.

Él siempre fue el divertido de los dos, quien pese a las vicisitudes supo cómo salir a flote, el que me recogió en mis momentos de flaqueza para empujarme y ayudarme a sanar. El que no se cansó de repetirme lo mucho que valía cuando yo me sentía una mierda. El que recibió palizas en mi nombre y nunca me echó nada en cara.

Así era Michael, un espíritu libre que me decía que no llorara, porque las lágrimas eran saladas e iban a parar al mar, y al final, con mi llanto, no sería el calentamiento global lo que me impidiera ver Venecia.

A su lado comprendí valores como el amor, el compañerismo, la amistad y la bondad, que eran un bien escaso en mi vida.

Con él se lo había llevado todo, sin él, ya no me quedaba nada; solo vagar entre sus recuerdos e intentar sobrevivir a mis malas decisiones. Al fin y al cabo, yo era el resultado de mis fracasos y mis aciertos, con ellos debería coexistir hasta poder reunirme con mi hermano en el más allá.

Y hoy debía darle algo que jamás pensé que llegara, o que estaba

demasiado lejano siquiera para plantearlo. Mi último adiós.

Ya no estaba, acababa de enterrarlo a sabiendas de que nunca más lo vería.

Sentí las lágrimas desprenderse de mis ojos para precipitarse en la tierra húmeda, disolviéndose en la lluvia.

Aspiré el aroma a tierra mojada que rememoraba parte de mi infancia permitiéndome el lujo de echar la vista atrás y recordar, como si de una película en blanco y negro se tratara, cómo había llegado hasta aquí.

Capítulo 1



«... y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura, cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso trata esta tormenta».

Haruki Murakami

—**E**stira más, Jen, tu pie debe pasar por detrás de las cervicales. — Sentí un calambre que me hizo encogerme del dolor y querer desembarazarme de esa postura imposible—. ¡Ni se te ocurra cambiar de posición! —protestó mi madre con rictus severo—. Como no lo hagas, esta noche no cenas. —Mi estómago protestó, ya nos habíamos saltado la merienda porque ella decía que hasta que no entrara en la caja no me iba a dar de comer un trozo de pan del día anterior, que era una de las pocas cosas que quedaban en la despensa de la caravana.

Mis ojos azules amenazaban con anegarse en lágrimas. Tenía los músculos estirados hasta lo imposible intentando cobijar el maldito pie tras mi cuello, pero este se resistía y el dolor me impedía moverme.

Busqué a mi hermano con la mirada, él también estaba entrenando bajo la atenta vigilancia de mi padre, que empezaba a hacerle practicar con la cuerda de equilibrios.

Su cuerpo fibrado y delgado se tensaba ante el esfuerzo de mantenerse sobre la cuerda, cada vez que caía mi padre le golpeaba la espalda con una vara de madera muy fina despojada de hojas, produciéndole marcas rojas que se la atravesaban.

—No mires a tu hermano —me riñó—, estate atenta a tus ejercicios o ya sabes lo que te espera.

Suspiré intentando superar la fase en la que estaba, que apenas me permitía mover un dedo sin que pareciera que iba a romperme.

Tenía cinco años y me daba la sensación de que tenía diez. Lo sé, no es mucho, pero a esa edad, parecía un universo.

Mis padres, artistas circenses callejeros, habían emigrado a Estados Unidos persiguiendo el sueño americano. Cruzaron el charco pensando que serían contratados por algún circo del país o, en su defecto, en algún gran espectáculo de Las Vegas. Pero lo único que habían logrado era entrar en una pequeña compañía que recorría los pueblos para ofrecer espectáculos en sus fiestas.

No es que fueran malos, pero mi padre tenía la mano demasiado larga y se le había ido en demasiadas ocasiones con ella. Los echaron del primer circo en el que estuvieron y fueron dando tumbos hasta encontrar un hueco en una compañía de desahuciados. Una panda de alcohólicos, carroñeros y timadores, algo conflictivos, a quienes no les importaba la mala vida que llevaran el resto de los integrantes.

Escuché a mi hermano caerse, a mi padre maldecir y el crepitar de la vara sobre su espalda.

Habíamos aprendido a no quejarnos, cuanto más llorabas era peor, si no lo hacías, con un poco de suerte el castigo terminaba pronto. Michael se mantuvo ahí, encogido sobre sí mismo, exponiendo la maltrecha piel para que mi padre descargara su frustración en él. Era un hombre tan guapo como cruel, rubio, con unos hermosos ojos azules y un cuerpo esculpido a base de esfuerzo.

Creo que eso fue lo que enamoró a mamá, que era tan bella como él. Verlos juntos sobre la cuerda era un espectáculo tan hermoso como

angustiante.

Se subían sin protección alguna para hacer ejercicios verdaderamente complejos que encogían el corazón, dada su dificultad y el alcohol que llevaban en vena.

Recuerdo que siempre rezaba para que nada les sucediera justo antes de subir, como si eso sirviera para algo. ¿Qué sería de nosotros si ellos nos faltaran? No quería imaginar mi vida con los Albescu, un matrimonio albanokosovar que, en más de una ocasión, se habían mostrado interesados en nosotros para hacer de blanco en su número de lanzamiento de cuchillos.

Los golpes cesaron y mi hermano se puso en pie.

—Sube de una maldita vez, Michael, si no quieres pasar otra noche con el perro —amenazó mi padre. Las finas líneas rojas empezaban a adquirir una tonalidad púrpura, pero como era de esperar, mi hermano no se lamentó. Descalzo, con los pies negros, regresó sobre la cuerda de esparto con un leve gesto de dolor. Sus pies estaban llenos de ampollas, había trozos que estaban en carne viva, no sabía cómo era capaz de soportarlo.

—¡Ya estoy harta, Jen, te he dicho que te metas! —Sentí el empujón y el crujido de mi tobillo al partirse, el dolor fue tan intenso que mi mente se encargó de borrar el resto del episodio.



—Vamos, Jen, no llores —me repetía Michael al oído—, sabes que eso solo empeora las cosas.

—Pero es que estás así por mi culpa —dije hipando pegada a su cuerpo desnudo. Como siempre sucedía cuando nuestros padres se enfadaban, Michael estaba atado fuera de la caravana, amarrado al poste junto a nuestro perro, que no era más que un saco de huesos que se tornaba algo violento con el olor a sangre fresca. Tenía tanta hambre que el olor de mi hermano herido le abría el apetito. Michael debía librarse de sus dentelladas si no quería terminar más maltrecho de lo que ya estaba.

Por suerte, Tristán, que así se llamaba el saco de pulgas, estaba tan débil que no suponía un riesgo real para mi hermano, mientras no se durmiera.

—Vuelve dentro, no hagas que se enfaden, ya sabes que sé cuidar de mí

mismo, no te preocupes por mí —aseveró con una hermosa sonrisa en el rostro que enmascaraba el dolor que cruzaba sus ojos

—Te juro que lo intenté, Michael, yo no quise romperme el tobillo. — Sorbí por la nariz con el rostro lleno de churretes.

—Lo sé, eh, mírame. —Volví los ojos azules hacia él, para encontrarme con unos idénticos a los míos llenos de cariño y comprensión. Nunca llegaría a entender cómo mi hermano me quería tanto. Veía a los demás niños del campamento de caravanas, que se peleaban, se gritaban, incluso se escupían. Pero Michael nunca me había hecho nada de todo eso, él era bueno y siempre me cuidaba—. Todo esto pasará, creceremos y nunca seremos como ellos. — Señaló el interior de la caravana con la cabeza—. Yo me encargaré, no sufras; solo recuerda que llorar no sirve, emborrona tu bonita cara, enrojece tus preciosos ojos e impide que te fijes en las cosas bonitas que hay a tu alrededor.

—¿Qué cosas bonitas? —pregunté fijándome en la mugre que nos rodeaba. Él me tomó la barbilla y elevó el rostro hacia el cielo. Miles de puntos brillantes salpicaban el firmamento.

—¿Lo ves? Mira qué hermosas son las estrellas, siempre juntas y brillantes, a ellas puedes pedirles tus deseos; dicen que si se lo pides a una estrella fugaz, seguramente se cumpla. —Contemplé el firmamento con fijeza hasta hallar la luna llena.

—Prefiero pedírselo a ella —auguré contemplándola.

—¿A la luna? —preguntó divertido, asentí.

—Ella es la reina, es la más grande y seguro que no pasa hambre como nosotros. —Oí su risa cantarina.

—Pero está sola, en cambio, las estrellas están en grupo, se divierten jugando juntas y compartiendo cosas; son mucho mejores.

—Pues tú quédate con las estrellas, que yo quiero ser la luna y tener siempre la tripa llena por muy sola que esté.

—¡Jen! —Ambos volteamos el rostro hacia la caravana, de donde procedía el grito de mi madre.

—Es hora de ir con ellos —dijo Michael acariciándome las mejillas para borrar los surcos húmedos de mi cara—. Recuerda que la debilidad ante ellos no funciona, yo estaré bien, solo preocúpate de estarlo tú.

Volví los ojos hacia la emperatriz de la noche, tomando de ella su

fuerza; si ella era reina y soberana de su vida, yo también podría serlo algún día. Besé la mejilla a Michael alcanzándole un palo para que pudiera protegerse y me dispuse a entrar, directa al infierno.

Al día siguiente me dolía todo, mis padres estaban muy enfadados, mi rotura de tobillo les supuso desembolsar un dinero que no tenían, así que mi cuerpo sufrió las consecuencias. Hice lo que me decía Michael cuando eso sucedía, morderme el interior del carrillo para no gritar y pensar que pronto terminaría todo. Además, no quería que escuchara mis gritos, suficiente tenía con intentar evitar las dentelladas de Tristán.

—Hoy es un gran día —dijo mi madre acicalándose.

Era muy hermosa, tanto ella como mi padre eran bellos y crueles a partes iguales, parecían dos ángeles del mal con ese pelo tan rubio, los ojos tan azules y sus cuerpos esculpidos en mármol. Mi madre estaba inusualmente contenta.

—¿Y eso? —Ella me miró con una sonrisa de esas que reservaba solo para mi padre.

—Vienen los ojeadores del Circo Americano, nos lo han dicho, están en el pueblo en busca de nuevos talentos y tu padre y yo vamos a intentar el más difícil todavía. —Abrí los ojos espantada. Ese ejercicio era muy peligroso, mis padres trabajaban sin red y hacerlo sin los medios adecuados podía suponer cruzar la estrecha línea entre la vida y la muerte.

—Pero es muy peligroso —protesté. Ella me miró con firmeza.

—La vida está llena de peligros, Jen, eso ya deberías haberlo aprendido, pero solo hay un camino para llegar al estrellato y ese es el riesgo. Tu padre y yo hemos entrenado mucho, nada puede salir mal, por fin podremos entrar en una compañía como la que merecemos y tú podrás hincharte a comer algodón de azúcar.

Abrí los ojos como platos, ese era mi sueño hecho realidad, siempre que pasaba por el puesto me embriagaba con su olor y pensaba en lo delicioso que sería sentirlo en la boca. Sonreí. Creo que ese fue el momento más bonito que compartí con mi madre antes de su muerte dos horas después.

Por primera vez logré no llorar, aunque nunca se me olvidará el sonido del cuerpo de mis padres impactando contra el asfalto.

Ambos murieron al momento.

Recuerdo quedarme sin aire, la sangre rodeando sus cuerpos como un mar rojo y Michael abrazándome el cuerpo e intentando que no mirara el espectáculo dantesco que conformaban.

Había sido su mejor número, estaban a punto de terminar, los ojeadores parecían fascinados, cuando el viejo anclaje que suspendía la cuerda a cuatro metros de altura se venció haciéndoles caer al vacío. Ese que yo era incapaz de sentir aun viéndolos muertos. Adiós al algodón de azúcar, pensé.

Tras su muerte, el Estado se encargó de nosotros y nos mandó con una familia de acogida, quienes vivían en un barrio de poca monta en Los Ángeles, California.

El A-1 Trailer Park, situado en 1280 CA-1, Harbor City, se convirtió en nuestro nuevo hogar. Un vecindario multicultural donde convivían latinos, blancos no hispanos, negros y asiáticos. Un aparcamiento de casas móviles y caravanas donde se juntaba lo mejorcito de la zona, véase la ironía.

Allí, el que no trapicheaba era un narco, se dedicaba a la prostitución, a robar o a hacer todo a la vez. Un maravilloso agujero inmundo de sabiduría de la que no aprendías en los libros, sino de la que se vivía en primera persona pasando a formar parte de tu ADN.

Los Hendricks eran unos piezas de cuidado que nos mandaban a la escuela por el simple hecho de que el Estado no les quitara nuestra tutela y la paga que les daban.

Con ellos aprendimos el antiguo arte de sisar, el señor Hendricks rápidamente sacó partido a nuestra buena condición física y flexibilidad. Por la mañana tocaba ir a la escuela y por la tarde, sus clases para convertirnos en buenos carteristas. Una educación de primera.

Por lo menos las palizas no eran tan frecuentes como con mis padres, no podían permitirse que asuntos sociales les quitara la tutela y quedarse sin ayuda. Además, les éramos más útiles si nos encontrábamos en buena forma, así que sus castigos solían limitarse a que durmiéramos en la calle si habíamos hecho algo que los molestara.

Fueron duros, exigentes, pero con ellos no teníamos hambre. De las carteras pasamos a robar cualquier cosa que pudiéramos vender en el

mercado negro, comenzamos con las joyas y terminamos con obras de arte.

Recuerdo lo fascinada que me quedaba ante aquellas maravillosas pinturas cuando el señor Hendricks me colaba por las rendijas de las casas que asaltábamos.

Creo que allí, en ese instante, comenzó a fraguarse mi futuro.

Pasé mi adolescencia con ellos, aprendiendo el oficio y despellejándome los codos con los estudios. Había dedicado cada segundo que tenía libre a estudiar, sabía que era el único modo que tenía de escapar de la mierda de realidad en la que estaba envuelta.

Michael siempre me instó a que estudiara tanto como él, implantando la idea de que estudiar era nuestra vía de escape hacia un mundo mejor. Los jóvenes como nosotros éramos carne de cañón y la única opción para cambiar de vida era lograr una beca con todos los gastos pagados. Mi hermano creía fielmente que tu vida es un reflejo de las vidas que te rodean. «Rodéate de mierda y acabarás cubierto de ella. Rodéate de oro y puede que algún día nades en él».

Era de las pocas personas, por no decir la única, que tenía poder para influenciarme, sobre todo, porque siempre me protegía, en la medida de lo posible. Desde bien pequeños aprendimos a subsistir y sacarnos las castañas del fuego por nosotros mismos, a ayudarnos y trabajar en equipo. Ley de supervivencia, imagino. Raramente discutíamos y ahora que él vivía en la otra punta del país, menos.

Recuerdo cómo lo extrañé cuando se largó porque le habían concedido una beca y se iba a estudiar a Harvard. Creo que fue una de las pocas ocasiones en las que volví a notar el gusto de las lágrimas en mis labios. Sabía que era un bien para él, pero no podía evitar pensar que iba a estar demasiado lejos.

Si pienso en un aroma que reflejara esos tres años que tuve que vivir con los Hendricks y sin Michael, diría que era el olor a platos sucios acumulados.

Pillaron al señor Hendricks en uno de sus últimos robos y eso nos dejó a Harriet y a mí viviendo solas. En un principio se sumió en la depresión y no le daba la gana fregar.

Yo me pasaba el día en el instituto y por la tarde intentaba pasear para

sisar carteras y lograr el dinero suficiente para poder seguir viviendo. La mugre se nos amontonaba, pero si también me dedicaba a limpiar la casa, me quedaba sin tiempo para estudiar y practicar gimnasia, que era lo que me abriría la puerta para salir de aquel nido de alimañas. Así que me habitué a ese olor y a la plaga de cucarachas que invadía la vivienda.

Me empleé a fondo para salir de allí.

Harriet, para calmar su tristeza, se dedicó a chuparlas por un puñado de dólares o una buena botella de ron.

Por suerte, a mí no me obligaba a contribuir de aquel modo en la economía familiar. Fue muy clara, mientras aportara el suficiente dinero para pagar el alquiler, pudiera seguir con sus lingotazos y llenando el buche, tenía bastante. Así que eso hice, dedicarme en cuerpo y alma a mi futuro.

Otro de los olores que recuerdo era el del sexo, no era un olor desconocido, pues la caravana era más pequeña que la casa de los Hendricks, pero por lo menos mis padres se aseaban. Allí olía a sexo rancio, a acre y a sudor. Le cogí tanto asco al olor y a los sonidos que lo acompañaban, que supongo que por ello no quise que un tío me pusiera la mano encima. Me asqueaba, literalmente, así que cuando los chicos comenzaron a mostrar interés en mí, yo me dedicaba a espantarlos con mi mal carácter.

Logré que me concedieran la beca Ronald McDonald House Charity del Sur de California (RMHCSC), y un mundo nuevo se abrió ante mis ojos al entrar en Princeton, Nueva Jersey. Fue como un soplo de esperanza en mi vida. Era algo excepcional que una pobre rata inmunda como yo lograra escalar hasta alcanzar una universidad de élite con la flor y nata de la sociedad americana.

Pero así iba el mundo, estaba cambiando, las becas y las nuevas políticas sociales abrían puertas a lugares donde solo tenían acceso unos pocos.

Michael se puso como loco cuando se enteró. Recuerdo que lo celebramos a lo grande, cruzó el estado solo para felicitarme. Harriet no estaba tan contenta, pero mi hermano logró calmarla diciéndole que seguiríamos pagándole, como siempre, aunque ya no estuviéramos allí.

Michael tenía un don para engatusar y convencer a los demás, le vendió

la moto de que tendría la casa para ella sola y si no estábamos, no gastábamos, así que tendría más dinero para gastar en lo que quisiera; en definitiva, eso se resumía en más bebida.

Eso pareció contentarla y no puso demasiadas pegadas al respecto.

—*Surioară*^[1], eres una chica lista, vas a tener el mundo a tus pies; te convertirás en una pintora famosa y esos capullos ricos se matarán por tener uno de tus cuadros colgados en sus mansiones de Beverly Hills — anunció mi hermano, orgulloso, degustando una grasienta hamburguesa que sabía a gloria.

—Con largarme de ese puto sitio tengo suficiente —aclaré con disgusto—. Ahora le ha dado por follar en el sofá, dice que a sus clientes les pone cachondos que yo pase mientras ellos follan. Estoy hasta las narices, Michael, cada vez que entro en casa está con uno o con otro. —Sus ojos azules se ensombrecieron.

—¿Te han hecho algo? —preguntó prudente.

—¡No! Jamás los hubiera dejado que me pusieran un puto dedo encima, antes les parto el cuello como me enseñaste. —Mi hermano sonrió, había entrado en el equipo de lucha de la universidad y, últimamente, le estaban enseñando técnicas muy útiles que no dudaba en mostrarme cada vez que nos veíamos.

—Esa es mi chica —dijo sonriente estampando los labios en mi mejilla.

—Puajjjj, me has dejado la cara llena de beicon, huevo y aceite.

—Pues espera y verás. —Vi cómo acercaba peligrosamente un dedo untado en ketchup a mi nariz.

—¡Ni se te ocurra! —exclamé tratando de huir del pringue.

Creo que Michael era mi punto de partida, el único con quien me sentía libre de ser yo misma, sin corazas, sin límites. Con él me podía relajar y estar segura de que nada malo me ocurriría.

—¿Sabes lo guapa que te pones cuando sonríes? —No me había dado cuenta de que lo estaba haciendo, no era un gesto que me soliera salir—. Los capullos de Princeton van a caer rendidos a tus pies; tal vez pilles a uno de esos ricachones, se case contigo y te tenga pintando retratos de la inmensa colección de chihuahuas y bulldogs franceses que vais a tener.

—Pero ¿qué mierda dices? Eso no son perros, son llaveros, yo nunca tendría un perro así. Además, no quiero casarme, quiero ganar el dinero

suficiente para autoabastecerme, y si me apuras, vivir contigo —anuncié bajando la voz algo expectante. No podía imaginar una vida mejor que con Michael, en una casita frente al mar donde pintar mis obras. El arqueó las cejas.

—¿Conmigo? Llevo dieciocho años aguantándote y yo sí aspiro a tener alguien que me caliente la cama —comentó risueño—. Como mucho, te aceptaría de vecina para dejarte un poco de sal, o mejor azúcar, cuando te haga falta.

Me crucé de brazos frunciendo el ceño.

—Ni de broma, o conmigo o sin mí. Además, no son dieciocho, que llevas tres viviendo fuera... suerte que tú eras el de los números.

Michael había optado por estudiar economía, era una calculadora andante, las mates eran lo suyo. Decía que el mundo era matemática pura, le apasionaba calcular distancias y aplicar los números en cualquier tontería cotidiana para restregártelos por los morros.

En muchas cosas éramos parecidos, como en el físico. Teníamos unos rasgos similares, ambos éramos rubios, atléticos y de ojos azules, herencia de nuestros padres. Aunque nuestras personalidades eran opuestas. Michael siempre sonreía, por muy mal que fueran las cosas, y yo siempre tenía el ceño fruncido, veía las cosas malas antes que las buenas y me costaba mucho socializar o confiar en los demás.

Él se empeñaba en mostrarme el lado bonito de la vida, me alentaba a que mirara las cosas bajo otro prisma, pero yo era incapaz. Supongo que a cada uno le afectan las cosas de un modo diferente, tal vez por eso mis bocetos siempre eran de paisajes o personas oscuras y, sin embargo, me encandilaba con las obras llenas de brillantes colores.

La noche de mi graduación, Michael vino con toda su buena voluntad para regalarme un vestido y que asistiera vestida de princesa y no de *trapicienta*, pero yo no quise, preferí que nos gastáramos el dinero en una buena cena y jugando una partida de bolos. Sabía que no lo entendía, ¿a qué chica no le gustaba ir a un baile? Pues a mí, era de gustos sencillos y no me gustaban las máscaras ni la hipocresía.

Así era yo, obtusa, huraña, desconfiada y terriblemente sensible; no obstante, lo ocultaba bajo toneladas de mal humor, un escudo perfecto para que no me causaran más daño del que ya había recibido.

Esa noche fue más especial que cualquier baile, él siempre hacía que fuera así, tenía la capacidad de hacer que el mundo cambiara de color, por feas que se pusieran las cosas.

Capítulo 2



Pasé hasta el último año de universidad empeñada en sacarme la carrera con todos los honores. Las cosas iban medianamente bien, estaba en una buena universidad, tenía los gastos pagados y un futuro prometedor como artista, o gimnasta. Por lo menos, eso era lo que me decían mis profesores.

Aunque, para qué vamos a engañarnos, todo tenía sus luces y sus sobras. De acuerdo que estaba en Princeton, pero no olvidemos que yo estudiaba con una beca y no tenía dónde caerme muerta. Nunca fui parte de su comunidad. Si estaba allí, era única y exclusivamente por mi dedicación, aunque era guapa y tenía un físico envidiable gracias a los extenuantes entrenamientos, no me abría ninguna puerta.

Mi carácter huraño siempre había espantado a los tíos y a las tías también, para qué negarlo. Solo me codeaba con las del equipo de gimnasia deportiva y porque íbamos juntas de competición, nunca se me había dado bien hacer amigos de ningún tipo, el sociable era mi hermano.

Así que cuando Matt se fijó en mí y no salió corriendo cuando saqué las garras, como el resto del universo, me picó la curiosidad. Insana curiosidad...

Él era un chico de barrio, como yo; bueno, como yo, no. Él pertenecía a esa clase de chicos que crecen en los barrios marginales y saben hacerse

respetar. Aquellos que se nutren de los cabezahuecas hijos de papá y saben sacar de sus debilidades su propio negocio. Matt no estudiaba allí, aunque se pasaba mucho tiempo en el campus; le gustaba bromear diciendo que esa era su oficina. Allí se pasaba el día trapicheando, buscando niños ricos a quienes sablearles el dinero.

El día que Matt se decidió a hablarme por primera vez fue uno de los que recordaré toda mi vida.

Estaba apoyado en su Harley negra, con el pelo húmedo y un cigarro en los labios. Matt olía a peligro, a seguridad en sí mismo y a macho alfa. Era el malote codiciado, las chicas se pirraban por tenerlo entre las piernas y pasar a formar parte de su colección. Porque Matt no coleccionaría cuadros, pero las mujeres eran otra historia.

Por eso creo que, cuando se acercó a mí, no pude evitar que mi abdomen diera un triple mortal y terminara despatarrado a mis pies. Los chicos no se me acercaban, mi mal carácter los espantaba, pero él parecía no temerle a nada, ni siquiera a mí.

—Eh, tú, ¡rubia! —me llamó—. Ven aquí.

Lo miré de reojo, ignorándolo. Salía de entrenar con unas mallas apretadas y un top que dejaba a la vista mi vientre plano surcado de abdominales. Tenía un cuerpo delgado, atlético, debido al entrenamiento al que había sido sometida toda mi vida. Apreté el ritmo sin dejarme intimidar provocando que me siguiera y me cerrara el paso.

—¿Tanta prisa tienes que no puedes parar un segundo a hablar conmigo? —Tiró la colilla al suelo aplastándola bajo su pie.

—¿Te conozco de algo para tener que parar y hablar contigo? —escupí con el ceño apretado. «Yo y mi increíble manera de hacer amigos», me recriminé mentalmente. Sonrió entrecerrando aquellos hermosos ojos grises bordeados de pestañas negras, tampoco lo había tenido lo suficientemente cerca para cerciorarme de que los tenía de ese color. Nunca había visto unos ojos como aquellos, me dejaron sin aliento y supongo que, de algún modo, lo percibió. Amplió la sonrisa de engreimiento al causar el efecto deseado. Tenía los dientes blancos y ligeramente torcidos, aunque no le restaban atractivo. Sus rasgos eran marcados, con una ceja partida que hablaba por sí sola y una nariz algo desviada que le daba cierto aire de amenaza.

—Una chica dura, ¿eh? —Lo miré de arriba abajo como si tratara de evaluar si merecía o no mi atención. Su camiseta ajustada presagiaba un cuerpo definido, imaginé que tendría un cuerpo similar al de mi hermano y que rondarían la misma edad; no estaba segura, pero parecía mayor que yo.

—Tengo prisa, si no te importa. —Intenté apartarlo sin rozarlo, sin que me sirviera de mucho. Me agarró de la muñeca acercándome a él para susurrarme al oído.

—Me importa.

Todos los vellos de mi cuerpo adoptaron el estilo punk ante su cercanía, mi cuerpo se erizó, se tensó, en señal de alarma. No llevaba demasiado bien la proximidad, excepto la de mi hermano. Supongo que las palizas me habían hecho desconfiada por naturaleza. Lo empujé revolviéndome.

—No me pongas una mano encima —amenacé siseante.

—Tranquila, fierecilla. Solo quiero invitarte a dar una vuelta en mi moto, seguro que te mueres por subir. —No me relajé hasta que no me soltó.

—Por lo que me muero es porque me dejes en paz. Busca a otra a quien le interese tu oferta, el campus está lleno, no creo que tengas dificultad en seguir el rastro de babas cada vez que abren la boca y te ven — contraataqué.

—Entonces, tenemos un problema. —Me crucé de brazos observándolo por encima de la nariz.

—¿Y cuál es ese problema? ¿Caerte en un charco?

—No, el problema es que solo me interesas tú. Acabas de convertirme en mi objetivo y créeme si te digo que siempre consigo lo que me propongo — anunció con suficiencia.

—¿Soy tu objetivo? Pues ten cuidado, guapito de cara, no vaya a estallarte el objetivo en los morros —protesté, y sin darle opción a nada más, me agarré a la bolsa de deporte y salí corriendo hacia la residencia de estudiantes.

A partir de ese día encontraba a Matt en cualquier lugar. Parecía que me perseguía, estaba en todas partes: al doblar las esquinas, apoyado en la entrada de la uni..., y siempre rodeado de chicas que suspiraban por

sus huesos. Daban pena y, en aquel entonces, yo pensaba que nunca sería una de esas.

Lo peor de todo aquello era darme cuenta de que por muy rodeado que estuviera, él solo me miraba a mí, con una intensidad que me hacía sudar; y no por el ejercicio, precisamente.

Pasaron semanas, incluso meses, nunca se volvió a acercar, pero su presencia era cada vez más constante en mi día a día, incluso en mis noches. Había empezado a soñar con él, a fantasear, y no como el pastor de las ovejas que utilizaba para que me entrara el sueño.

No sé si fue por su persistencia, por aquella distancia autoimpuesta o por decirme tanto con sus ojos sin soltar palabra, el caso es que funcionó. Matt había empezado a colarse bajo mi piel, haciéndome desear cosas que antes ni se me habían pasado por la cabeza.

Ahora me peinaba antes de salir de casa, escogía la ropa pensando en qué efecto iba a causar en él cuando me viera, en si sus pulsaciones se alterarían tanto como las mías si acortaba la distancia y tan solo nos separaban unos pasos.

Estaba volviéndome loca, y una extraña necesidad de saber qué ocurriría si aceptaba ir a dar una vuelta con Matt comenzó a fraguarse con persistencia en mi mente.

Un día, a la salida del entrenamiento —presa de la ira porque el ejercicio de suelo se me resistía y la entrenadora me había metido una bronca de narices frente a las arpias de mis compañeras—, lo vi allí parado, solo, con su habitual cigarrillo, la pose de que todo le era indiferente y los ojos cargados de promesas oscuras a punto de estallar.

No lo pensé, caminé directa hacia él deseando desatar el temporal para notar el agua liberadora recorriéndome la piel. En aquel instante supe que no podía evitar lo inevitable, sabía que si pretendía andar bajo la lluvia iba a mojarme.

Cuando llegué lo suficientemente cerca, me monté tras él, colocándome bien la bolsa de deporte y agarrándolo de la cintura. Noté un estremecimiento bajo mis manos, el mismo que yo sentí en mi abdomen, pero decidí ignorarlo. Me acerqué a su oído y le ordené con voz autoritaria:

—Arranca.

No llevaba casco, él tampoco, pero poco importó. Creo que tenía tantas ganas de largarse conmigo que no iba a arriesgarse para pedirme que desmontara y ponerse el suyo, que estaba bajo el asiento. Se limitó a obedecer, a no preguntar y a hacerme sentir el viento sobre la piel.

Lo agarré con fuerza palpando un físico envidiable de dureza extrema.

Nunca había cogido a un chico así ni había estado tan cerca. Me gustó su olor a colonia intensa mezclada con tabaco, era salvaje, temerario y libre. O, por lo menos, eso me pareció en aquel momento.

Condujo dejándome sentir la fuerza del aire al sacudir mi pelo, cerré los ojos absorbiendo la sensación hasta que pude abrirlos ligeramente, para no perderme detalle.

Me gustó la percepción de velocidad unida a la protección que me ofrecía su cuerpo.

Mis pechos comenzaron a hormiguar bajo el top, los pezones se irguieron contra su espalda y mi sexo se humedeció ligeramente al sentir su culo contra él.

¿Eso era el deseo? ¿Lo que hacía que mi compañera de cuarto follara como una coneja cuando lograba colar a uno de los chicos por la ventana, haciendo que yo pasara la noche acurrucada en el salón común?

No era una mojugata, sabía lo que pasaba entre un hombre y una mujer, mis padres chingaban como animales en la caravana y nunca se ocultaron ante nosotros. Creo que ese recuerdo permanecerá siempre en mi memoria.

Mi madre gritaba desnuda, montando a mi padre sin pudor, balanceando su hermoso cuerpo sonrosado y excitado.

Una noche, me despertaron los gritos. Me aproximé a ellos despacito, no estaba segura de qué pasaba. Mi madre estaba apoyada en la única mesa que había, se agarraba con fuerza, mientras mi padre la empujaba por detrás. Les pregunté qué hacían y se limitaron a responder que follar, que ya llegaría el día en el que yo haría lo mismo, que me largara a la cama y los dejara en paz.

Eso hice, bebí un poco de agua observando cómo el trasero de mi padre seguía golpeando a mi madre y terminé por irme a dormir. Era mejor no contradecirlos. Subí por las escaleras al altillo que nos hacía de dormitorio a mi hermano y a mí. Él me cubrió con su abrazo susurrándome al oído:

«Vamos, Jen, duerme. Es mejor que no mires, ya se cansarán». Su voz siempre tuvo la capacidad de calmarme. Cerré los ojos y me dormí arropada por su calor.

Matt se detuvo y con ello mis recuerdos.

La vuelta que di con él me pareció la más maravillosa de toda mi vida.

Nunca antes había montado en moto, era una de las experiencias que debía anotar en mi libreta de novedades.

Miré perpleja el lugar donde nos hallábamos. Por fuera, parecía una simple nave con un cartel donde rezaba: «Sky Zone Trampoline Park».

—¿Qué narices es esto? —pregunté descendiendo de un salto antes de que pudiera ponerme las manos encima. Él me contemplaba divertido.

—Con la malaleche que traes hoy, creí que aquí te desahogarías. —Lo miré sin entender nada—. Créeme, rubia, me apetece mucho estar contigo, pero no en las condiciones en las que has salido de tu entrenamiento.

Iba a preguntarle cómo sabía que había estado entrenando, pero era una soberana tontería. Vestía con mi equipación habitual y la bolsa colgada a la espalda, no hacía falta ser un lince si le sumabas que salía del gimnasio.

—Anda, vamos, ¿o tienes algo mejor que hacer? —dijo tomándome de la mano, provocando una extraña corriente en el lugar exacto donde me agarraba de la muñeca. Contemplé aquellos dedos fuertes y morenos que contrastaban con mi piel pálida. A punto estuve de soltarme, pero la sensación que irradiaba no me era desagradable.

Matt caminaba con seguridad, como si pudiera destruir a cualquiera que se cruzara por su camino, con la confianza del que no teme a nada porque todos deben temerlo a él.

Entramos en el establecimiento y me sorprendió ver un lugar extremadamente colorido en azul y naranja, donde suelo y paredes estaban recubiertas de camas elásticas.

—Pero ¿qué narices...? —Ni siquiera pude terminar la frase. Matt me agarró de la cintura y me sentó en el mostrador cogiéndome por sorpresa. Con una sonrisa canalla, me descalzó entregando mis viejas zapatillas a la chica del mostrador y pagando dos entradas.

Él se quitó su chaqueta de cuero dejando a la vista sus abultados bíceps

cubiertos de tatuajes. Abrí mucho los ojos al contemplar dibujos de calaveras mexicanas, revólveres y flores. En su conjunto era bonito y peligroso a la vez.

—¿Te gustan? —preguntó acercándolos a mi rostro. Asentí permitiéndome el lujo de pasar la yema de uno de mis dedos por las imágenes.

—Son...

—Tres Catrinas^[2], que representan a la muerte. Una por mi madre, otra por mi abuela y otra por mi hermana —señaló—. Las tres fallecieron. —Su dedo recorrió el camino de rosas en forma de corazón—. Ellas están dentro de mi corazón, salvaguardadas por estas dos pistolas que simbolizan la venganza. Todavía no he podido cumplirla, pero llegará el día que vengaré sus muertes. —Me parecía algo demasiado íntimo y profundo para explicarle a alguien así como así. No tenía idea de por qué me lo contaba a mí. Me hizo sentir algo incómoda la confianza que mostraba en mí de buenas a primeras. Él prosiguió hablando con intensidad—. Ellos las arrancaron de mi vida, pero nunca de mi corazón, y no descansaré hasta extirparles el suyo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —respondí mirándolo con fijeza. Había verdad y sinceridad en su mirada y, por raro que fuera, eso me llenó de confianza. Su revelación, lejos de atemorizarme, produjo el efecto opuesto; me gustó y empecé a verlo con otros ojos, con los mismos que utilizaba para mirarme a mí misma. Vi reflejada una parte de mí en él y también una pequeña porción de Michael, parecía tan protector como él. Tal vez no fuera tan distinto a nosotros como había pensado—. ¿Eres mexicano? —inquirí. Las imágenes, el tono aceitunado de su piel y el pelo negro podían ser indicios de que así fuera.

—Por parte de madre. ¿Te incomoda que sea latino? —Negué, habría sido incongruente si me hubiera importado, yo misma era hija de inmigrantes.

—Mis padres eran rumanos —aclaré como si aquello lo explicara todo. Él sonrió con engreimiento.

—Ya decía yo que estabas demasiado buena para ser americana. Pareces una de esas modelos rusas que salen por la tele, con esas piernas largas y ese pelo del color de la luna. —Tragué con dificultad cuando su

dedo trazó el contorno de mi mejilla—. Eres muy guapa.

—¿Te-te lo parezco? —Creo que era la primera vez que eso me importaba y que me mostraba dubitativa al respecto. Mi corazón se había desbocado por su cercanía. Se aproximó un poco más colocándose entre mis piernas y deslizando las manos por el lateral del cuerpo hasta mi cintura. Contuve la respiración por el contacto.

—¿Bromeas? ¿Se trata de una prueba o algo así? —preguntó mordiendo la parte interna de su mejilla—. Eres la princesa de hielo de la universidad, tienes a todo el campus loco con ese aire de inaccesible y esos labios de pecado. Pero ¿sabes una cosa, rubia? ¿Sabes por qué no has salido con ninguno de esos gilipollas todavía? —Negué perdiéndome en la niebla de su mirada—. Porque me estabas esperando. —Aquella revelación provocó que abriera los ojos. ¿Era posible eso? ¿Lo estaba esperando a él? Matt parecía muy seguro de lo que decía, pero yo no creía en el amor, ¿o sí?—. Eres mía, y siempre lo serás —murmuró con total seguridad. Me levantó, encajándome contra su cintura para llevarme con él, y me lanzó contra las colchonetas exclamando—: ¡Veamos qué eres capaz de hacer, rubia! —Estaba habituada a volar por los aires, así que mi aterrizaje fue prácticamente perfecto, aproveché el impulso para hacer un *flic flac*.

—Me llamo Jen —aclaré cogiendo impulso y ejecutando un mortal hacia delante para caer frente a él.

—Lo sé —afirmó agarrándome por la cintura y lanzándome de nuevo por los aires.

A partir de ahí, fue un no parar. Terminamos exhaustos y sonrientes.

Matt insistió en que le enseñara a hacer alguna acrobacia y yo disfruté mucho haciendo de profesora, pasando las manos por su cuerpo para colocarlo correctamente cuando se hacía el despistado. Estaba segura de que lo hacía a propósito y a mí no me disgustaba sentirlo bajo mis manos.

Cuando ya no podíamos más de dar brincos y mi corazón estaba al borde del colapso al contemplar los tersos abdominales que asomaban bajo la camiseta, decidimos tomarnos un descanso en la piscina de espuma de colores.

Podías tumbarte en ella y jugar como un crío lanzando aquellos cubos blanditos que se amoldaban al cuerpo. Iniciamos una guerra tonta

que terminó con su cuerpo sobre el mío.

Mi pecho subía y bajaba agitado, miraba esa boca firme imaginando un beso que nunca llegaba. Llevaba rato intentando provocar un acercamiento por su parte, separando los labios y humedeciéndolos como había visto hacer millones de veces a las chicas del equipo. Eso era lo que les funcionaba a ellas y en las películas, ¿por qué a mí no? Matt parecía inmune.

Comencé a mosquearme, él era el que había dicho que era suya, ¿acaso había sido una broma de mal gusto?

—¿Qué te pasa? —preguntó pasando un mechón de mi pelo por el rostro.

—Nada, estoy cansada, ¿nos vamos? Mañana tengo clase. —Hice el amago de levantarme, pero él me retuvo.

—Creía que lo estábamos pasando bien.

—Tú lo has dicho, lo estábamos haciendo, ahora ya no me divierto — respondí con mi habitual falta de tacto. Me miró sin entender.

—¿Qué ha cambiado?

—Déjalo, en serio —murmuré más molesta que antes. No pensaba ponerme un cartel que dijera: «Bésame, capullo», si no sabía leer entre líneas, era su problema. Mi sexo palpitaba y los pezones me dolían; estaba convencida de que se me veían bajo aquel minúsculo top blanco que llevaba. Si no se daba cuenta de lo que me pasaba, no iba a ser yo quien se lo dijera.

—¿Que lo deje? Eso sí que no, rubia. No pienso dejarlo, ya te he dicho que eres mía. —Otra vez con eso. Solté un bufido.

—¿Tuya? Si fuera tuya, sabrías qué me ocurre. Yo no soy de nadie. Si ni siquiera recuerdas mi nombre, no dejas de llamarme rubia y eso lo hacéis los tíos cuando no prestáis la suficiente atención. Es como si yo te llamara ceja partida. —Él torció la sonrisa acercando su rostro al mío sin perder mis ojos de los suyos.

—Jen, te llamas Jen Hendricks, estudias Bellas Artes, veintiún años, originaria de Los Ángeles, aunque tus padres eran rumanos y te adoptaron unos americanos junto con tu hermano Michael. Estudias en New Jersey gracias a una beca y compites en el equipo de gimnasia deportiva, siendo imbatible en cada torneo universitario que disputas. Te

han ofrecido participar en el equipo olímpico, pero lo has declinado. ¿Piensas que no sé quién eres, Jen? ¿En serio lo crees? No hay una maldita cosa que no sepa de ti, me he ocupado personalmente de ello, se quién eres exactamente. —Creo que gemí cuando noté que apretaba su dureza en mi abdomen—. Pero eso no es lo más importante, ¿quieres saber qué es lo más importante? —Apenas pude decir que sí—. Que por fin hoy has decidido darme una oportunidad y no pienso cagarla precipitándome, Jen Hendricks, porque tú eres mi oportunidad.

Con esa frase, no pude resistirme. Reuniendo el coraje del que siempre hacía gala, y que hoy parecía haberme abandonado, lo tomé por el cuello y me lancé a por sus labios.

No fue el mejor beso de mi vida, debo reconocerlo. Los nervios, la torpeza y la falta de experiencia me pasaron factura. Algún que otro choque de dientes, más de un tirón de pelo y la amenaza de muerte por asfixia al meterle demasiado la lengua fueron algunos de los incidentes que quedarán para la posteridad. Pero fue mi primer beso, uno lleno de sentimiento, de emoción y de pasión.

Matt me conocía, se había tomado la molestia de averiguar todo sobre mí, era mucho más de lo que nadie había hecho hasta el momento. Me veía a mí y le gustaba, eso me sorprendió e hizo que yo también quisiera conocerlo y darle una oportunidad. Una chica normal se hubiera asustado, habría pensado que Matt era un tarado o un psicópata, pero yo en lo único que podía fijarme en ese momento era en el chico que me veía, el que se había atrevido a conocerme más que por la simple fachada que mostraba a los demás.

Nos llamaron la atención por el espectáculo que estábamos dando. Era lógico, aquel era un lugar público lleno de críos. No era sitio para besarse y magrearse como lo estábamos haciendo.

Me avergoncé al momento cuando la pobre chica de la entrada carraspeó pidiéndonos que nos separáramos. Me puse roja como una bombilla, pues se desataron en mí los recuerdos de cuando mi madre perdía el norte y se tiraba a mi padre frente a nosotros. ¿Habría heredado sus genes? Esperaba que no, ese tipo de actitudes no me gustaron en mi pasado y no las quería para mi futuro. Aunque también me hizo entenderla un poco. ¿Eso era lo que ocurría cuando sentías aquel anhelo

irrefrenable? ¿Esa desazón incontrolable que te envolvía alejándote de la realidad? ¿Esa fuerza invisible que te empujaba a seguir hasta librarte de ese desasosiego que te recorría el cuerpo entero?

Matt protestó, encarándose, diciéndole a la chica que era una reprimida y que lo que hacíamos era de lo más normal. La vi temblar ante la violencia de sus palabras, estaba muy enfadado porque nos hubiera interrumpido. Traté de calmarlo diciendo que era lógico lo que nos pedían, pues había algunos niños en el mismo lugar que nosotros. Le insté a que recogiéramos nuestras cosas y poder ir a algún sitio donde explorar ese nuevo mar de sensaciones. Quería seguir, tenía una edad y él era el único que había despertado cierta necesidad en mí.

Eso pareció gustarle, no puso pega alguna, incluso sugirió ir a un motel. No me negué, estaba tan cachonda que poco importaba todo lo demás. Era como si la presa que había estado conteniendo todas mis emociones se desbordara de golpe.

Para mí la virginidad no era una barrera, simplemente constataba mi poco interés por el sexo masculino hasta que llegó él.

No tenía prejuicios al respecto ni la guardaba para alguien especial, simplemente, hasta el momento no había sentido la necesidad de estar con nadie y ahora, ahora algo se había desatado que me empujaba a saciar el hambre que acababa de desatarse en mí.

Capítulo 3



No presté atención a la pequeña habitación algo vieja y desvencijada, solo sé que nos desnudamos en un torrente de manos, cuerpos y labios.

Toda prisa era poca para la urgencia que tenía de sentirlo, necesitaba su contacto, y no uno cualquiera. Quería su piel contra la mía, su calor arropándome por completo en aquella tempestad de deseo incontrolable.

—¿Estás segura? —preguntaba, prácticamente arrancándose la camiseta.

—¡Cállate! —bociné, exponiendo mis pechos con prisa.

En cuanto los vio fue a por ellos y chupó mis pezones con avaricia, arrancándome suspiros a cada lametón que les profesaba.

Matt besaba apoderándose de cada respuesta que mi cuerpo emitía, con dominio, con soberbia. Sorbía mi deseo inflamándolo, agitándolo a cada caricia, a cada palabra de aliento.

Me bajó las mallas y el tanga a la vez, contemplando mi desnudez con codicia.

No me escondí, me gustaba mi físico y estaba claro que a él también.

No dejó un solo lugar sin besar, lamer o morder, mientras yo me deleitaba con las nuevas sensaciones que me sacudían de la cabeza a los pies.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sexi cuando me cargó sobre su hombro, me lanzó a la cama y enterró la cabeza entre mis muslos.

Grité por la sorpresa que me produjo el sentirle en un lugar tan íntimo. Estaba un pelín avergonzada por la intimidad del momento. Sentir su boca ahí fue una locura, despertaba un ansia desconocida hasta entonces. Me dejé llevar por completo abriendo mis piernas, ofreciéndome para percibir su lengua en mis pliegues.

Elevé la cadera, me froté contra él y cuando me tuvo al borde de la explosión, se retiró con el rostro brillante por mis jugos, se puso un condón con rapidez y me penetró.

Aullé, grité y casi pataleé. No esperaba que aquella intromisión costara tanto de encajar. Mi vagina se resistía, pese a estar lubricada, y la primera penetración costó más de lo esperado. La notaba ardiendo, estirándose al máximo para darle cabida. Solo quería que aquello terminara, que entrara en mí de una maldita vez, que me gustara igual que cuando me

había devorado con su boca. Quería que me hiciera suya, sentirlo en plenitud sin esa molesta sensación de quemazón que me desgarraba por dentro.

Salió un poco y volvió a presionar su grueso glande. Me mordí el labio para no gritar y recordé la frase favorita de mi madre: «Solo un poco más, Jen, aguanta un poco más». Entonces lo sentí, una embestida dura que llegó hasta el fondo de mi matriz encajándolo en mí.

Grité con fuerza, Matt también y una vez dentro buscó mi mirada con la suya, perdiéndose en mis ojos, pidiendo el permiso que necesitaba para poder seguir. Hallé la confianza que me faltaba en la negrura de sus pupilas, sabía que el acto sexual no era eso, debía continuar, seguir hacia delante e intentar encontrarle el sentido.

—Rubia, ¿estás bien? —preguntó conteniéndose, con los brazos rígidos por la tensión.

—Lo estoy, sigue —lo alenté. Sabía que debía seguir, lo notaba.

Matt salió casi del todo, sentí un alivio inmediato y cuando intentó volver a penetrarme, me cerré dificultando las cosas.

—Nena, si no te relajas, esto va a ser muy jodido. Venga, rubia, déjame entrar otra vez. —Matt no esperó y volvió a abrirse paso a empujones. Mierda, esto estaba siendo un desastre. Me dolía y él solo me pedía que me relajara. Su vaivén fue más suave esta vez, no salió del todo, sino que me dejó que me acostumbrara a su tamaño.

No había notado que se rompiera o rasgara nada en mi interior, como muchas decían, pero no estaba siendo una experiencia muy agradable.

Matt percibió mi angustia y, con agilidad, metió la mano entre nuestros cuerpos y comenzó a estimularme el clítoris. Algo se despertó de nuevo, un hormigueo que le permitió colarse hasta el fondo sin que yo sintiera dolor. Ambos gruñimos cuando su sexo hizo tope en el mío.

Sabía que lo quería dentro, que quería sentir esa conexión que tienen las parejas cuando se entregan a la persona adecuada. Matt era el adecuado, solo debía intentar dejarme llevar.

El ritmo lento de sus acometidas, sin dejar de mover los dedos sobre el pequeño brote, dio sus frutos. Las pequeñas descargas de placer se fusionaban con el dolor haciéndome reclamar más.

Enrosqué las piernas en su cintura, contemplando su belleza morena

mientras me hacía suya. Logré aflojarme lo suficiente como para que fuera algo mejor que soportable. Si bien no fue la leche, sentí algo de placer; aunque no como en las pelis, estaba claro que eso era ficción.

Una vez concluyó y yo creí que ya habíamos terminado, estuve a punto de levantarme para ir al baño a limpiarme.

—Quieta, rubia, ¿dónde vas? —inquirió sin dejar que me moviera.

—Ya estamos, ¿no?

—De eso nada, preciosa, ahora es tu turno. —Ató el preservativo, lo lanzó al piso, me subió las piernas sobre sus hombros y volvió a bucear en mi sexo hasta que estallé en su boca.

Reconozco que me dio un poco de vergüenza no ser capaz de correrme con él encima, pero todo se disipó cuando me regaló aquel viaje hasta las estrellas. Matt no se dio por vencido hasta que me fragmenté en mil pedazos sobre su lengua.

Después se tumbó a mi lado, pasando un brazo bajo mi cuerpo para que me acoplara al suyo, y me besó haciéndome descubrir mi propio sabor.

Todavía contra mis labios, ronroneó.

—Joder, Jen, ha sido brutal. Eres jodidamente estrecha y sabes deliciosa. Has follado poco, ¿verdad? —La pregunta me ruborizó. Sabía que mi experiencia era nula, pero me daba palo que él lo hubiera notado. Preferí ser sincera aun a riesgo de quedar como la virgen que era.

—Nunca —murmuré abochornándome por lo que pudiera pensar. Me cogió la barbilla y la levantó hacia arriba entrecerrando los ojos.

—Mientes, eso es imposible, ¿nunca? ¿Cómo que nunca? No eras virgen, no he notado tu himen, no eres con la primera que he estado ¿sabes? Si estás preocupada porque yo no sea el primero, no sufras. No soy uno de esos trogloditas que creen que la mujer ha de llegar inmaculada al matrimonio, puedes decirme la verdad. —Me encogí de hombros. Me ofendió que no me creyera.

—Piensa lo que te dé la gana —respondí molesta—. No soy una mentirosa. Nunca había sentido la necesidad de estar con un tío, hasta que llegaste tú, así que no lo hice. Desconozco por qué no has notado mi himen, igual se ha largado al ver al idiota con el que he decidido acostarme —respondí sin tapujos intentando incorporarme de nuevo. Él

suspiró.

—Vamos, tranquilízate, que no es para tanto. Nos acabamos de conocer íntimamente, es normal que me surjan dudas y que trate de entenderlas. — Era razonable, dejé de intentar liberarme hasta que la volvió a cagar—. Entonces ¿solo has estado con chicas? —Le golpeé el pecho y a punto estuve de retorcerle las pelotas, ojalá las vaginas tuvieran dientes y se la pudiera arrancar de un bocado.

—¿Y tú tienes el agujero del culo negro porque te folló un moreno? — Me había tocado la moral y me sentía atacada—. Creía que eras más listo, pero has resultado un palurdo. Yo no tendré himen, pero tú no tienes una maldita neurona. ¡Suéltame! —Me removí nerviosa, él me retuvo contra su pecho—. No tengo necesidad de mentir, a mí lo de ser virgen me importa una mierda y puedes creer lo que te dé la gana porque eso tampoco me importa.

—Calma, fierecilla, calma. A veces puedo ser algo duro de mollera, pero he preguntado sin maldad. No te estoy acusando de nada, ya te he dicho que es simple curiosidad, encontrar una virgen a los veinte es como dar con el Santo Grial. Puede que con tanta gimnasia se te haya roto sin darte cuenta, suele pasarles a las deportistas, aunque lo más lógico sea pensar en que no haya sido el primero, pero te creo. Mírame —imploró colocándose sobre mi cuerpo, buscando el roce de su nariz con la mía. Yo seguía con el ceño fruncido cuando una sonrisa deslumbrante amaneció en sus labios—. Así que soy el primero —afirmó degustando con soberbia. Yo seguía tensa, no me gustaba que me tacharan de mentirosa.

—¿Importa? —Noté su sonrisa sobre mi frente cuando la besó. Pensaba que me iba a volver a decir que no, pero con Matt nunca sabías por dónde te iba a salir.

—Pues sí, porque será de cavernícolas, pero me pone un montón saber que solo has sido mía. Y créeme si te digo que yo he sido el primero, pero también voy a ser el último. Prepárate, Jen Hendricks, porque esto solo ha sido el pistoletazo de salida.

Pasamos la tarde en la cama, Matt era un amante complaciente, paciente e intenso. Tanto, que perdí la cuenta de las veces que me hizo estallar.

Cuando desperté al día siguiente, me sentía como si un tren me hubiera

arrollado, ¿se podían tener agujetas en la vagina? Yo hubiera jurado que las tenía y el remedio para las agujetas era contrarrestarlas con más ejercicio, como todo deportista sabe. Iba a tener una vagina olímpica, sonreí mentalmente ante mi ocurrencia, así que Matt iba a convertirse en mi *follaentrenador* personal, como mínimo, hasta que no me doliera nada.

Me miré como una boba en el espejo del baño, tenía los labios algo hinchados y un chupetón en el cuello. Salvo eso, todo parecía igual.

Cuando salí de la residencia, Matt estaba esperándome aparcado con su moto, con una sonrisa de suficiencia que quitaba el sentido y que me hacía pensar en todos los orgasmos del día anterior.

En sus manos llevaba un reluciente casco negro con un enorme lazo rojo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con cara de imbécil. Estaba convencida de que parecía que me hubiera tragado un payaso, no podía dejar de sonreír.

—Esperar a mi chica —argumentó aguardando mi reacción.

—Pensaba que después de lo de ayer... si te he visto no me acuerdo... — Me mordí el labio inferior algo insegura por su respuesta. No estaba segura de que las palabras de Matt fueran en serio, tal vez era de esos de si te follo que te riegue otro el cogollo. Él arqueó la ceja de la cicatriz.

—¿Y qué te hizo pensar eso si puede saberse? —Caminé hacia él, sus ojos me hacían sentir la chica más sexi del planeta, aunque mi atuendo fueran unos simples tejanos y una camiseta de tirantes blanca.

—Ya sabes, los tíos solo buscáis una cosa y una vez la habéis obtenido... —insinué, a un paso de su cuerpo. Matt extendió la mano para llevarme hacia él. Como estaba sentado en la moto, yo quedaba por encima de su campo de visión, dándome sensación de poder. Rodeó mi cintura con el brazo dejando que el casco se suspendiera entre nosotros.

—Yo no soy «los tíos», no me ofendas. Además, te dejé claro que iba a ser el primero y el último que tendrías entre tus piernas, y sigo pensando lo mismo. Eres mía, rubia. —Agarró mi nuca con firmeza para llevarme hasta sus labios y poseer mi boca con autoridad, borrando cualquier duda que pudiera albergar.

Era hora de ir a clase, estaba convencida de que las chicas de la residencia estaban viendo en ese momento que los besos de Matt

reclamaban los míos. No me importaba demasiado lo que pensarán de mí, pues la gente era muy dada a prejuzgar y yo muy poco a esclarecer. Que ahora estuviera con Matt las iba a sorprender, pero sabía que lo único que iba a lograr era cambiar la dirección del incendio, porque las llamas seguían arrasando el bosque. Yo no encajaba y ellas se encargaban de hacérmelo saber dejándome al margen de todo.

Me importaba una mierda no ser una más, no tener amigas o ser una inadaptada. Yo me bastaba y me sobraba para todo, tenía a Michael y, ahora, a Matt; no necesitaba a nadie más.

—Anda, ponte esto —dijo finiquitando el beso. Miré el casco negro brillante, donde había unas letras en color azul cielo en la parte posterior. Volví a sonreír por dentro como una boba al leer «Matt's Girl».

—¿Piensas marcarme como a una yegua? ¿Acaso piensas que eres mi dueño? —Matt cogió el suyo y lo giró. Reconozco que leer «Jen's Boy» hizo que me recorriera un extraño escalofrío por todo el cuerpo.

—Esto es de verdad, rubia. Somos un equipo, tú eres mía y yo soy tuyo. No quiero que tengas duda alguna de que nos pertenecemos, aunque eso de la yegua me ha gustado. Pienso montarte hasta grabarme a fuego entre tus muslos. Ahora póntelo y larguémonos. Creo que lo de marcar así a mi yegua no estaría bien visto en el campus. —Me sonrojé. Se lo había puesto a huevo y no pude más que imaginarlo montándome como el día anterior. Intenté recuperarme.

—¿Dónde? —pregunté agitada.

—¿Acaso importa? Cualquier lugar es bueno mientras encontremos un fajo de heno donde te pueda follar. —Dudé, aunque las palabras hicieron que el corazón golpeará duro contra el pecho.

—Es que tengo clase —murmuré.

—Por un día que no vayas no pasará nada, chica lista. Vamos, sube y déjame que te enseñe a vivir, que creo que de eso sabes poco.

Suspiré con fuerza. Tenía razón, por faltar un día no iba a pasar nada, ¿no? Además, me apetecía mucho seguir con las clases de sexualidad animal.

Le quité el lazo al casco, lo besé con rudeza, me lo puse y monté tras él dispuesta a que me mostrara todo lo que le viniera en gana; y si hacía falta, montábamos unas cuadras.

Ese solo fue el inicio, Matt y yo nos volvimos inseparables, cada día que pasaba más.

Empecé a salir de fiesta a los locales donde él trapicheaba, a Matt le iban la coca y el cristal. En un principio me mostré reticente, no quería probarlo, prefería mantenerme al margen, solo estar a su lado como su chica y nada más. Él no insistía, aprendió rápido; sabía que cuando me mostraba reticente a algo era mejor dar un paso atrás que insistir, eso era mucho más efectivo que cualquier tipo de coacción.

Supongo que llegó a conocerme más que nadie y eso le daba cierta ventaja.

Que me diera el poder de elegir era lo que más me gustaba, supongo que eso mismo fue lo que me impulsó a que una noche quisiera probar aquello que tanto parecía complacerlo.

A Matt le encantaba ponerme rayas de coca sobre el cuerpo, trazando el contorno de mis abdominales o sobre mis pezones. Las esnifaba, lamía los restos, fumaba algo de cristal y me follaba durante horas.

Yo disfrutaba de su intensidad, de todo lo que me hacía. Fue un gran compañero sexual, me enseñó a gozar, a conocerme como mujer y a exigir lo que me gustaba sin preocuparme porque fuera una barbaridad.

Un día quise sorprenderlo, le pedí un gramo, lo até y fui yo quien fue poniendo el polvo blanco sobre su cuerpo, para tomarlo como tantas veces le había visto hacer. Después calenté algo de cristal que había en la mesilla y lo fumé.

A Matt se le puso dura con solo verme hacer eso.

La sensación de euforia no tardó en aparecer, tenía un apetito sexual desmedido que apenas fui capaz de calmar, se la chupé sin detenerme una vez se hubo corrido en mi garganta. Necesitaba más, así que no paré hasta que logré que remontara y pude montarme encima para correrme como una loca. Lo torturé tantas veces que llegó un punto en el que a Matt ni se le levantaba, pero yo seguía desatada.

Me senté sobre su pecho para que contemplara mi sexo mientras me masturbaba. Cuando me corrí, me deslicé hasta su cara ofreciendo mis fluidos a su lengua. Matt me premió con dos orgasmos más. Pero nada era suficiente para apagar el fuego que me consumía.

Tuve que desatarlo, dejar que se preparara unas rayas y cristal para

seguir la partida.

Creo que fue la primera vez que me follaba la boca estado tumbada, estaba tan necesitada que todo me daba igual. Se enterraba en mí sin delicadeza, llegando al fondo de mi garganta en cada embestida, mientras yo me seguía masturbando completamente enajenada, gritando contra su sexo y corriéndome a cada orgasmo sin que él abandonara mis labios.

No recuerdo cuánto tiempo tardé en volver a ser yo, pero me desperté llena de fluidos, con los muslos pegajosos y la boca reseca. El cuerpo me dolía y Matt no parecía estar mucho mejor.

Gruñó cuando percibió que me movía.

—¿Dónde vas, rubia?

—Tengo que ir a clase —contesté intentando incorporarme—. Es lunes.

—Vamos, llevas dos semanas sin aparecer, por otro día más no pasará nada. Además, ¿para qué vas a ir? Me tienes a mí, sabes que cuidaré de ti. Tú eres mi reina y no va a faltarte nada. Si quieres pintar, te compraré lienzos y pinceles; para eso no hace falta que vayas a esas estúpidas clases de niños mimados, tú no eres como ellos. —Pasó el brazo sobre mi abdomen.

—Si bajo mi rendimiento, me quitaran la beca, Matt. No puedo permitirme el lujo de que lo hagan.

—Claro que puedes, ven aquí. —Hizo que me enroscara contra él. Lo cierto era que se había vuelto mi lugar favorito, al que me gustaba regresar para sentirme querida y protegida.

—Eres mi chica y vas a casarte conmigo. Yo me ocuparé de que nunca nos falte nada, formaremos nuestra propia familia. Sé que te gustó lo del otro día, correr en las carreras, podemos sacar mucha pasta con eso y con las drogas. Seremos los putos amos del mundo, nena. —Besó uno de mis pechos bajando por mi abdomen para separarme los muslos—. Vas a ser la madre de mis hijos —afirmó lamiendo mi sexo, arrancándome un gemido involuntario—. Eso es, pequeña, voy a llenarte de mí, a colmartarte de todos los placeres de la vida para que nos dediquemos en cuerpo y alma a amarnos. Deja que te enseñe lo maravilloso que va a ser nuestro futuro, Jen —pronunció succionando mi clítoris.

Creo que ahí empezó mi declive.

Como era lógico, mis notas bajaron. Me pasaba las noches saliendo de

fiesta con Matt, ayudándolo en el negocio, bebiendo, drogándome y follando.

Vivía en una burbuja que no tardó en estallar cuando me retiraron la beca por falta de rendimiento y me expulsaron de la universidad.

Recuerdo llorar desconsolada entre sus brazos entretanto él me calmaba.

—Vamos, rubia, tarde o temprano iba a pasar. No sufras, no necesitas el maldito título para nada. Eres buena pintando. Mira ese cuadro —dijo apuntando con el dedo la obra que ocupaba la cabecera de nuestra cama. Era una representación gráfica de él y yo haciendo el amor. Matt estaba tumbado y yo aparecía de espaldas sentada sobre él—. Esos somos nosotros, y puedes pintarnos follando las veces que quieras, voy a empapelar este maldito piso con tus cuadros. Tenemos mucha pasta, Jen, y vamos a ganar mucha más, vamos a reírnos de esos pringados con ínfulas de grandeza.

—Pero es que, Matt, para Michael era muy importante que yo obtuviera el título —gimoteé.

—¡Al carajo tu hermano! Ahora me tienes a mí para que te cuide, ¿o acaso no lo hago? Venga, rubia, no llores. Anda, ven.

Me puso contra la pared con las piernas separadas, como si fuera a cachearme.

Llevaba un vestido de verano, el cual me subió, se puso en cuclillas para morder mis glúteos, separar el tanga hacia un lado y lamarme entera.

Mordió mis labios externos y coló un par de dedos en mi vagina para masturbarme. Se levantó, se bajó el pantalón y cambió de estrategia.

Me separó bien las piernas encajando el glande en mí para follarme con rudeza, no desistió hasta que ambos nos corrimos y lo sentí anegándome los muslos. Eso me preocupó, siempre usaba condón y esa vez no lo hizo.

Me di la vuelta asustada.

—Te has corrido dentro.

—Shhhh —me silenció deslizando los tirantes del vestido para atacar mis pechos e incendiarme de nuevo. Me cargó a pulso y volvió a introducirse en mí—. Ahora eres toda mía, ya nada nos separa, nena. Si Dios quiere, llevarás a mis hijos en tu vientre y te convertirás en mi mujer, así que no te preocupes. Nada me haría más feliz que dejarte embarazada

y que alumbres a mis bebés.

La cabeza me daba vueltas, Matt seguía con su particular vaivén inflamando mi placer y mi imaginación.

No se detuvo hasta que nos corrimos de nuevo. Sonriente, me bajó al suelo.

—Vamos, vístete y ven conmigo.

—Necesito ducharme —aclaré.

—No hace falta, quiero que te sientas llena de mí, que huelas a mí. Eso me pone muy cachondo. Después, te follaré otra vez.

Nos limitamos a recolocar nuestra ropa, me sentía algo sucia y excitada al ver cómo reaccionaba.

Matt pidió un taxi y fuimos directos al aeropuerto de Nueva York, donde cogimos un vuelo directo a Las Vegas.

Sin estar muy segura de estar haciendo lo correcto, me dejé embaucar por el espíritu embriagador de Matt y terminamos dándonos el «sí, quiero» en una capilla, yo vestida de Marilyn y él, de Elvis.

—Ahora ya eres mi mujer —afirmó sonriente en la *suite* Penthouse del Bellagio, mientras contemplábamos desnudos las luces de las fuentes y la falsa Torre Eiffel desde su amplia cristalera. Suspiré envuelta entre sus brazos. Sentía que desde que había conocido a Matt todo había sido una maldita carrera de fondo y que el objetivo siempre había sido ese. Contemplé el diamante de mi sortija, que refulgía indecente sobre mi dedo. —¿En qué piensas? —Sacudí mi mente plagada de tonterías, ¿a qué podía aspirar mejor que a un hombre que me amara como lo hacía él? Estaba claro que, por muy bien que pintara, nadie querría los cuadros de una inadapta como yo.

—En que no sé si esta piedra es lo suficientemente grande —respondí elevando la pieza sobre nuestros ojos. Su risa ronca contra mi cuello me encendió. Dejó un reguero de besos sobre mi piel hasta llegar al hombro y me dio la vuelta para que apoyara la espalda contra la cristalera, levantando mi pierna y encajando su erección en mi vagina.

—Lo que te tiene que importar es que esto sea lo suficientemente grande —argumentó insertándose hasta el fondo—. La piedra se puede cambiar, pero esto, rubia... —dijo empujando de nuevo, arrancándome un gruñido—, viene de serie.

Esa fue nuestra luna de miel, una semana en Las Vegas. Jugamos en el casino, apostamos fuerte, ganamos muchas manos y perdimos otras tantas.

Con Matt la vida era así: riesgo, diversión, placer, dinero y sexo.

Recuerdo que me estaba dando un baño en aquella impresionante bañera repleta de espuma, cuando Matt decidió bajar a por una cajetilla de tabaco, prometiéndome que esa noche iríamos a ver alguno de los espectáculos nocturnos en vez de ir a jugar al casino.

Me sentía feliz. Esa iba a ser mi vida, mucho mejor que la que tuvieron mi madre o la señora Hendricks. Solo esperaba que Michael no se lo tomara demasiado mal, tarde o temprano se iba a enterar y dudaba que le gustara lo que había hecho.

No era lo que me había planteado en un primer momento, pero si lo pensaba fríamente, no estaba mal del todo. Además, había conseguido a Matt; él era mi mundo y con él todo tenía sentido.

Mi móvil sonó, resoplé y decidí ignorarlo, pero cuando sonó por segunda vez, decidí que era mejor responder.

Salí de la bañera, me envolví en un cómodo albornoz y fui a atender la llamada que cambiaría el rumbo de las cosas.

—Jen, nena, no te asustes, soy yo.

—¿Matt? —pregunté sin entender.

—Escúchame bien, acabo de ver a los tipos que se cargaron a mi familia, ellos no saben quién soy, pero yo sí. Llevo demasiado tiempo tras ellos como para perder la oportunidad. Si he tardado más de la cuenta es porque he estado jugando con ellos al póker, y les he caído bien. Les he dicho que buscaba trabajo y me han ofrecido un puesto en la organización. Necesito hacer esto, Jen. Te juro que terminaré con ellos lo antes posible, pero necesito que entiendas que debo seguirlos. Regresan a México y me voy con ellos. Serán unas semanas, no te preocupes. En cuanto termine con lo que me propuse, vuelvo a casa. —El corazón me iba a mil...

—Pero...

—No tengo tiempo, rubia. Te juro que antes de lo que imagines estaré allí. Puse todo a nombre de los dos hace unos días, así que tienes acceso a todo, propiedades, cuentas. No te preocupes. Los chicos llevarán el

negocio, tú solo deberás estar ahí para cobrar y esperarme, llegaré antes de que te des cuenta.

—Pero ¿y si te matan? —pregunté angustiada.

—Esa no es una opción. Pasaré, cielo, llevo demasiado tiempo preparándome para ello. Somos un equipo, ¿recuerdas? Siempre estaremos juntos. Ahora debo irme, pórtate bien en mi ausencia.

—No me hagas esto... —le supliqué notando las primeras lágrimas derramándose por mi rostro.

—Sabes que debo hacerlo, solo deséame suerte, rubia.

—No puedo, yo... —La línea se cortó—. ¡¿Matt?! ¡¿Matt?!

Esa fue la última vez que escuché su voz.

Capítulo 4



Los primeros meses sin Matt fueron duros. Mi estado anímico cayó en picado, me dejé seducir por las drogas y terminé enganchada como una puta adicta.

Bebía, me drogaba, lloraba y no hacía mucho más.

Michael vino de visita. En la universidad le dijeron que no estaba, obviamente, y las alcahuetas de mis excompañeras le informaron de dónde encontrarme.

—Pero ¿qué narices has hecho, Jen? —preguntó gritando como un loco cuando abrí la puerta.

—Hola a ti también, *frățior*^[3] —respondí llevándome los dedos a las sienes para masajearlas.

—¿Quieres hacer el favor de decirme por qué diablos te han expulsado y no me has contado nada?

—Haz el favor de no gritar si quieres que te responda, me duele mucho la cabeza. Además, no tengo por qué contarte nada, es mi vida y hago lo que quiero con ella. —Michael resopló.

—¿Te has visto? Estás hecha una mierda.

—Gracias por el piropo. Tú, en cambio, pareces un maldito modelo de Calvin Klein, ¿estás seguro de que trabajas en una gestoría? —Desvió la mirada.

—Entreno mucho y me cuido, no como tú, que pareces una réplica en joven de Harriet. —Aquello escoció. Pero no faltaba a la verdad, llevaba días sin ducharme y lo único que ingería tenía forma líquida e iba envasado en botella.

Fue directo a la cocina para encontrar el desastre que tenía allí montado.

—¡Joder, Jen! Parece que haya vuelto varios años atrás y haya regresado al A-1 Trailer Park. ¿Acaso te has propuesto seguir verdaderamente los pasos de nuestra madre adoptiva?

—¡Ni de broma! —exclamé apoyándome en el respaldo del sofá para no perder el equilibrio—. No seas capullo, es solo que estoy pasando una mala racha.

—¿Mala racha? ¿A esto le llamas mala racha? —Miró ojiplático los platos sucios amontonados, las botellas vacías esparcidas sin ton ni son—. ¡¿Y qué coño es eso?! —gritó, yendo a la mesita de café donde instantes antes me había estado preparando una raya.

—Se me debe haber caído algo de azúcar —expliqué renuente, intentando llegar antes que él. Pero Michael fue más rápido, él no se tambaleaba como yo y pudo ir directo a la mesilla. Tocó el contenido y lo llevó a su boca abriendo mucho los ojos.

—¿Coca? ¡Me *cagoenlaputa*, Jen! ¿Desde cuándo te drogas? Cuando pille a ese mamón con el que vas, te juro que lo mato. Ahora mismo nos vamos a largar de este antro y te vienes conmigo. —Vino hacia mí enfurecido y me agarró para sacarme de allí.

—De eso nada, no voy contigo a ningún sitio, y esto no es ningún antro, solo está un poco sucio. Además, no vas a hacerle nada a Matt.

—¿Que no voy a hacerle nada? ¡Soy tu hermano mayor!

—¡Y él mi marido! —aclaré asestándole un golpe inesperado que lo descontroló por completo.

—¿Cómo? —Respiraba con dificultad pinzándose el puente de su nariz —. Dime que me estás tomando el pelo, que es una puta broma sin gracia.

Negué viendo cómo se derrumbaba, cómo la decepción teñía sus pupilas de un azul cerúleo. Quise hacerle entender que no me había equivocado, que Matt había sido una buena decisión, aunque no lo pareciera.

—Nos queremos, estamos hechos el uno para el otro —aclaré intentando aliviarlo.

—Ah, ¿sí? ¿Por eso te drogas y bebes? ¿Porque os queréis?

—Tú no lo entiendes. —Lo aparté.

—Pues haz el favor de explicármelo. ¿Cuándo?, ¿por qué?, ¿dónde?, ¿qué sucedió? —Me froté el rostro intentando atenuar mis ojeras y aclarar las ideas que estaban envueltas en un brumoso sopor alcohólico —. Háblame, Jen, explícame por qué has tirado tu vida por el retrete.

Los ojos me escocían, tenía el estómago revuelto, sentía las imágenes amontonándose en mi cerebro, vapuleándolo sin tregua. Lo único que fui capaz de hacer fue vomitar, lo eché todo en medio del salón, mientras Michael me sujetaba la cabeza e intentaba calmarme.

Me metió en la cama y se encargó de todo el desastre, limpió el piso y se encerró conmigo durante un par de semanas hasta que pude recomponerme como persona. El mono fue duro, mi hermano me preguntó si quería ingresar en una clínica de desintoxicación, pero yo no quería pasar por eso.

Le dije que no, yo sola me había metido y yo sola saldría de él.

Reconozco que a veces deliraba, la necesidad era tan abrumadora que me daban ganas de salir por la puerta a por una raya o a por el alcohol suficiente para anestesiarme y dejar de sentir esa desazón.

Matt no estaba, mi vida era una mierda y me había convertido en una puta adicta, en un deshecho de la sociedad, sin oficio ni beneficio.

Nunca había llegado a odiarme tanto a mí misma, pero ahora lo hacía. Odiaba mi debilidad, el no haber sido capaz de poner freno a aquella situación, el punto en el que ahora me hallaba, sola, sin objetivos, sin la persona que me había prometido que iba a estar a mi lado para siempre.

Nadie sabía nada de Matt, ni sus hombres ni nadie. Se lo había tragado la tierra, su móvil había dejado de funcionar y eso no podía ser bueno.

En cuanto me repuse, mi hermano se puso en plan protector. Charlamos largo y tendido, creo que nunca había hablado tanto con alguien, excepto con él mismo, justo antes de que se largara a la universidad.

Sentí la necesidad de desahogarme, de que comprendiera por qué me había echado a perder de ese modo. Que empatizara un poco con Matt y los motivos que le habían llevado a largarse de aquel modo.

—No es por fastidiar, pero por lo que me cuentas, no creo que siga con vida, Jen. Seguramente esos tipos lo descubrieron, si no, ya te habría llamado. No pretendo joderte o ser agorero, pero la cosa no pinta bien. Han pasado cuatro meses desde que desapareció en Las Vegas y si te ama tanto como dices, como mínimo te habría hecho llegar un nota para tranquilizarte. *Surioarǎ*, creo que debes empezar a rehacer tu vida como viuda de ese hombre.

—No digas eso —le recriminé—. Igual no ha podido hacerlo, Matt me ama y volverá a por mí. —Negaba ante la evidencia, yo también había pensado lo mismo, pero decirlo en voz alta era otro cantar. Tenía un nudo en la garganta que apenas me dejaba pronunciar aquellas palabras o interiorizarlas, intentaba excusarlo, pero a medida que pasaban los días se me hacía cada vez más difícil.

—Despierta, pequeña. Lamento ser yo quien deba darte un baño de realidad, pero ese tío solo amaba su venganza. Si te hubiera querido un poco, no te habría animado a dejar de estudiar, a que consumieras drogas, corrieras en carreras ilegales o dependieras completamente de él. Eso no es amor, Jen, es dominación.

—¿Y tú que narices sabrás? ¿Acaso te has enamorado alguna vez? Matt me necesitaba y yo a él, nos ayudábamos mutuamente, éramos un equipo. — Michael me miró con resignación, como si supiera algo que yo desconocía.

—Jen, cariño, si un hombre te quiere nunca te va a poner límites. Al contrario, va a querer que crezcas como mujer y como persona, no va a encerrarte en una burbuja de acero de la cual solo él tiene la llave. Si te quiere, te va a impulsar a volar alto para que nada pueda detenerte, como hice yo contigo, ¿recuerdas?

—Él no me limitaba —protesté enfurruñada, sin querer escuchar lo que mi hermano pretendía explicarme.

—Sí lo hacía. Vamos, despierta, se había adueñado de tu vida. No puedes tildar de amor lo que se trata de posesión. Matt tenía un coche, una moto, una casa y a ti. Eras el complemento perfecto para su cama, igual que el cojín o el colchón de viscoelástica.

—¡Lo que tú digas! Ahora resulta que soy un puto juego de cama —resoplé disgustada.

—Has elegido bien las palabras, eras un juego con el que entretenerse en la cama, los tíos somos así. Vale que este te puso un anillo en el dedo, pero el objetivo seguía siendo el mismo. Para mí es un alivio que haya desaparecido, porque eso va a permitirte que vuelvas a ser tú. ¿Qué vas a hacer ahora con tu vida? No puedo quedarme eternamente aquí, he pedido un permiso especial en mi trabajo y debo regresar. He pensado que lo mejor es que vengas conmigo, lo solucionaremos, yo te ayudaré a remontar.

—No —me opuse sentada en el sofá, mirando la pica de la cocina que ahora estaba limpia y libre de mugre—. Es mi vida, Michael, ya veré lo que hago. No pienso quedarme de brazos cruzados, eso lo tengo claro, pero tampoco quiero ser una carga ni depender de ti. Encontraré una solución, estate tranquilo.

—Estoy muy tranquilo, simplemente estoy preocupado por tu futuro, por cómo te vas a desenvolver. ¿Qué piensas hacer? ¿Volver a drogarte en cuanto salga por la puerta? —Su afirmación me ofendió.

—¡Menuda fe que tienes en mí! Esa lección ya la he aprendido, no me he vuelto imbécil de golpe. La he cagado, sí, pero ya está. No pienso volver a meterme esas mierdas. Voy a retomar las riendas de mi vida y volver a gobernarla, como siempre. Soy una superviviente, como tú, siempre me he espabilado y esta vez no va a ser menos —recalqué con convicción—. Encontraré el modo de sacar partido a lo que he aprendido

estos años, ya veré qué hago o dejo de hacer. Tú no te preocupes, regresa a tu vida, que yo empezaré con la mía. Por un ligero contratiempo no voy a echarme a perder, soy una chica dura.

Mi hermano sonrió y abrió los brazos logrando que me sumergiera en ellos.

—Eso es cierto, dura como el granito.

Permanecimos así un buen rato, yo tratando de asimilar nuestra conversación y él sosteniéndome en su abrazo.

Si algo me había quedado claro, era que Matt me había tratado como una propiedad. Me había anulado como mujer convirtiéndome en lo que él quería que fuera y no en lo que yo era o creía ser, me embaucó de tal modo que llegué a pensar que estaba tomando mis propias decisiones, cuando realmente asimilaba las suyas.

Ahora lo había comprendido y no pensaba repetir.

La señora de Matt Robins Cortés iba a desaparecer para volver a ser Jen Hendricks. No iba a ser fácil, pero lo lograría, por mucho que me costara.

Capítulo 5



Barcelona, ocho meses después de la desaparición de mi marido

U nas vacaciones, eso era justo lo que necesitaba, así que me decidí por

un lugar que estuviera bien alejado y que me llamara la atención. Europa era la cuna del arte, estuve debatiéndome entre París, Florencia..., pero finalmente ganó Barcelona.

La capital condal era un lugar plagado de arte, con joyas arquitectónicas como la Sagrada Familia, la Pedrera, Casa Batlló, el Parque Güell, la Catedral y museos tan importantes como el MEAM (Museo Europeo de Arte Moderno), el Museo Nacional de Arte de Cataluña y muchísimas galerías repletas de obras por descubrir.

Llevaba cuatro meses centrada en ganar todas las carreras que podía, me había desvinculado totalmente del negocio de Matt dejándolo en manos de sus hombres y necesitaba otro método para ganar dinero que me diera más pasta que las carreras.

No ganaba lo suficiente para llevar el tren de vida al que me había habituado y el piso de Los Ángeles, donde me había mudado, no era el lugar donde quería vivir. Así que tenía que encontrar otra manera de hacer dinero que me reportara más ceros a mi cuenta bancaria.

Alquilé un pequeño apartamento en la ciudad catalana, con todas las comodidades que necesitaba. Estaba en el centro, ubicado al lado de una parada de metro para facilitarme mis recorridos por la ciudad. Nunca había ido al extranjero, era mi primer viaje sola, así que me sentía excitada.

Michael me dio su bendición, aunque me hizo prometerle que mantendríamos el contacto. No estaba muy de acuerdo con lo de los coches, así que supongo que lo vio como una vía para reconducirme hacia el mundo del arte. Si estaba de vacaciones no estaba metiéndome en líos, esa era su asociación. Mi hermano era el mejor hombre del mundo, y estaba convencida de que nunca encontraría uno como él. Tampoco pretendía tener uno en mi vida, pero Michael era especial.

Creo que fue allí cuando la idea de dedicarme al arte profesionalmente tomó mayor peso. No al arte en sí, pasaba de convertirme en una de esas pintoras que pululaban por las Ramblas para hacerte un retrato por treinta euros. Yo quería otra cosa, y la revelación me vino frente a una reposición en la tele de *El secreto de Thomas Crown*. Por raro que pudiera parecer, no la había visto y quedé prendada de la elegancia de Pierce Brosnan al robar esas piezas de arte y sustituirlas por otras. En su caso

necesitaba los servicios de una pintora para ejecutar las réplicas, pero en el mío, yo era la combinación perfecta.

Podía usar mis habilidades para el hurto y las artísticas para convertirme en la ladrona perfecta, un auténtico fantasma del arte. Los cuadros no desaparecerían de los museos, simplemente serían sustituidos por los míos. Era un trabajo minucioso y de alto riesgo, perfecto para mí.

Thomas Crown lo hacía por adicción a la adrenalina y para demostrarse que podía hacerlo; en mi caso, era una clara opción para vivir. Mi opción.

Si lo mirabas bien, les cambiaba un cuadro viejo por uno nuevo, todos salíamos ganando.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Visualicé al señor Crown diciendo: «El arrepentimiento es una pérdida de tiempo, igual que el regodeo». Yo no pensaba arrepentirme ni regodearme, había encontrado mi camino e iba a conseguirlo.

Me estiré como un gato sintiéndome la mujer más feliz del mundo.

Yo no me arrepentía de nada de lo que había hecho. Tanto mis errores como mis aciertos habían conformado a la mujer en la que me había convertido. Solo tenía veintiuno, mucha vida por delante y una sangre fría que asustaría al más pintado.

Mi vida había sido intensa, podía lloriquear por los rincones y fustigarme por haber sido una cría maltratada, por haberme casado con un indeseable y haber sido víctima de las drogas o el alcohol. Pero yo no era así, no me sentía una mártir. Estaba claro que la vida no había sido fácil, pero seguía viva y me había dado las herramientas necesarias para convertirme en la tormenta más despiadada que había atravesado la tierra.

No necesitaba a nadie, solo a mí misma.

No me había vuelto a acostar con un tío desde lo de Matt, había preferido centrarme en mi futuro antes que en buscar a alguien que calentara mi cama y me distrajera. Solo esperaba que no hubiera sufrido demasiado al morir y que se hubiera reencontrado con su adorada familia en el más allá.

Su recuerdo se transformó en mi mente, pasé de la pena al odio más absoluto, me había abandonado por una absurda *vendetta*. Nadie iba a devolverle a su madre, a su hermana o a su abuela, sin embargo, había

preferido vengar a sus muertos que estar junto a mí, como me prometió. Mi hermano tenía razón, para Matt había sido un simple objeto, un florero donde enterrar su capullo. Podía dar gracias de que no me embarazó, las cosas hubieran sido mucho peor.

Si lo pensaba fríamente, incluso me había hecho un favor. Me había dado cuenta de todo lo que no quería en mi vida y se resumía en una sola cosa: un hombre que la gobernara.

Yo y solo yo iba a gobernar mi destino, a la porra con los tíos. Hasta que no me fijé en uno todo me había ido bien, así que si quería vivir con orgullo, ya podía olvidarme de los capullos.

Era buena pintando, mi profesor de arte decía que era un auténtico prodigio, podía replicar cualquier cuadro por complejo que fuera. Vender réplicas podría haber sido otra opción, de hecho, había subastado algunas por eBay. Pero no era suficiente dinero, necesitaba más, y para ello solo me hacía falta echarle imaginación y ovarios.

Me senté frente al portátil. Ahora que tenía el objetivo, necesitaba ver cómo llegaba hasta él. Lo primero era hacer contactos, conocer gente con poder dentro del mundillo del arte, y solo había un lugar donde yo podía tener acceso para encontrarme con ellos.

Busqué en la *Guía Bcn* los futuros eventos culturales; ese era mi objetivo, las pequeñas galerías de arte. Allí era donde podía conocer futuros compradores. Una exposición llamó mi atención, se trataba de una joven promesa: Rubén Torras.

Era un nombre que comenzaba a sonar, tenía un gran potencial y suscitaba mucho interés entre los nacidos entre los años 70 y 90. El público que buscaba. Era fácil que un hombre de entre treinta y cincuenta años se interesara en mí. Iba a sacarme el máximo partido para que así fuera, ellos me abrirían las puertas a su mundo y yo a sus carteras.

Lo primero que debía hacer era crear mi propio personaje y eso pasaba por cambiar algo mi vestuario, un *look* profesional que fusionara lo moderno y lo clásico a partes iguales, el misterio con un punto de erotismo e inaccesibilidad, eso es lo que les ponía a los tipos de esas edades. Combinado con mi físico, mi juventud y mi inteligencia, sería mi mejor arma.

Me decanté por ir a Hugo Boss y comprar un vestido lápiz negro, de

corte geométrico con la espalda desnuda. Esa fue mi primera compra. Lo complementé con unos zapatos negros de tacón y marqué mi pelo con ondas estilo años veinte, acompañando el atuendo con un simple bolsito de mano a juego y, por supuesto, los labios rojos.

Llegué a la galería cuando todo el mundo parecía estar allí. Era un lugar no demasiado grande, estaba en una calle secundaria que daba al paseo de Gracia.

Me gustaron la ubicación y el diseño, era como si el local estuviera encajado en la fachada cubierta de piedra, dando una sensación de estar metida en una cueva.

Los suelos eran de madera clara y las paredes blancas para no restar distracción a las obras expuestas. Caminé con seguridad tomando un programa de la exposición.

«Un mundo paralelo», leí. Había una foto del artista, un pequeño resumen de quién era, sus inquietudes, sus referencias y las obras expuestas.



Me paré justo delante de una que me sorprendió. Recordaba ese aparato, Harriet lo tenía en la casa móvil: era un *walkman*. Mucha gente de mi generación ni los había llegado a ver. Reproducían música, pero no con un USB o descargándola de internet, como ahora. Se metía una cosa de plástico llamada *cassette* donde estaba la música.

Recuerdo cómo se enfadaba Harriet cuando la cinta marrón que contenía la música se enredaba en el aparato saliéndose casi por completo. Utilizaba un boli para meterlo en unos circulitos que tenía la carcasa para regresar la cinta a su sitio en el mejor de los casos, pues a veces se rompía al tratarse de una especie de tira de plástico muy fina. Si

eso ocurría, ya lo podías tirar a la basura.

Sonreí ante el recuerdo, algunas las había llegado a manipular yo solo para enfadarla.

—Lo mira como si supiera de lo que se trata —dijo una voz femenina a mis espaldas. Entendía el español, en California era una lengua que se hablaba con asiduidad y en la universidad escogí una optativa donde seguir aprendiéndolo, pues era la segunda lengua que más se utilizaba en Estados Unidos.

—Eso es porque sé lo que es —respondí dirigiendo la vista hacia la mujer, elegantemente vestida, que tenía a mis espaldas—. Un *walkman* —aclaré con orgullo. Ella me miró complacida, era guapa. Morena, de ojos oscuros y pelo negro. Muy española, o por lo menos como yo me las imaginaba, debía rondar los cuarenta y algo.

—Exactamente, pero tú eres muy joven para saber lo que es. —Me encogí de hombros.

—La mujer que se hizo cargo de mí de pequeña tenía uno.

—Entiendo —dijo comprensiva—. ¿Eres estudiante de arte de intercambio? —Me desconcertó que preguntara tanto, pero si quería meterme en el círculo, debía ser amable.

—No, ya no soy estudiante. Lo fui en Princeton, New Jersey.

—Vaya, eso explica tu acento, una gran universidad —suspiró admirativamente. De repente, sus ojos se iluminaron—. Disculpa la pregunta, pero no estarás buscando trabajo, ¿verdad? Necesito una ayudante que hable inglés para que me eche una mano este verano con la galería y tú me vendrías de perlas.

—¿La galería es suya? —interrogué.

—Eso parece —respondió sonriente—. Solo será para este verano, mi hijo ha venido a visitarme, como cada año, y necesito algo de tiempo para dedicarle. Me paso el día entre estas cuatro paredes y apenas tengo tiempo para él. No conoce a nadie aquí, ¿sabes? Es lo que tiene que tu exmarido tenga la custodia y viva a miles de kilómetros... —murmuró más para sí misma que para mí.

Pensándolo bien, era una buena oportunidad. Podía cazar a mis futuras víctimas aquí, incluso poner en práctica mis habilidades para después dar el salto hacia cosas más grandes, estaba convencida de que trabajar allí

me abriría puertas...

—¿Cuántas horas serían? —le solicité.

—¿Eso es un sí? —Parecía más ilusionada que yo.

—Supongo, si me encaja y dispongo de tiempo libre, no tengo inconveniente.

—Estupendo, seguro que nos podremos organizar. Con media jornada tendré suficiente, eso y que me ayudes los días que haya inauguración de exposición, con eso me basta.

—Muy bien, pues creo que ya tiene ayudante. Me llamo Jen Hendricks — anuncié tendiéndole la mano, pero ella la rechazó dándome dos sonoros besos en las mejillas.

—Yo soy Carmen Solano, aunque prefiero que me llames solo Carmen.

—¿Es usted familia del pintor o del de los caramelos?

—Nieta —respondió—, y del de los cuadros que seguro que no era tan divertido como el de los caramelos —explicó sin perder la sonrisa—. Aunque prefiero dejar a mi familia al margen si no te importa.

—Por supuesto.

—Ven, voy a presentarte a Rubén, el artista, ¿quieres conocerlo?

—Menuda pregunta, sería todo un honor. —Me sorprendí a mí misma, esa mujer me hacía muy fácil eso de derrochar amabilidad; normalmente me costaba bastante, con ella, simplemente fluía.

Caminamos hacia el protagonista de la noche, que estaba rodeado por muchísima gente.

—¿Y cómo tomaste la decisión de convertirte en pintor? —le preguntó una chica de *look* alternativo vestida en charol negro, que era una fusión entre Catwoman y una bolsa de basura. Él le mostró una sonrisa afable, yo le hubiera tirado un papel en la papelera del escote. ¡Se le iban a salir las tetas! Por el amor de Dios. Rubén le respondió sin inmutarse por su apariencia de choni de mercadillo.

—Creo que nunca tomé la decisión de dedicarme al arte y a la pintura. Es algo que, de forma inconsciente y desde muy temprana edad, ya me llamaba la atención; ya sabes, el dibujo y todo lo relacionado con la plástica. Cuando pasan los años, te das cuenta de que has entrado sin querer en la Facultad de Bellas Artes de Barcelona y terminas haciendo un máster en Creación Artística, Realismos y Entornos.

—Suenan muy interesantes —ronroneó la morena acercándose a él más de lo debido. Estaba claro que a esa chica le interesaba más el pintor que los cuadros—. ¿Y cuáles son tus inquietudes? ¿Qué intentas plasmar en tus obras? —inquirió frotándole el brazo. El pobre hombre se mostraba estoico ante los avances de la chica, debía rondar los cuarenta frente a los veintipocos de ella, una auténtica grupi o una cazafortunas. Él carraspeó ligeramente y bebió algo del vino que llevaba en la copa.

—Pues mis inquietudes van dirigidas a entender cómo se construyen las imágenes, cómo se relacionan con otras provenientes de distintos medios y qué efectos causan. En definitiva, profundizar en el mundo de lo visual y la estética. —Estaba convencida de que no estaba entendiendo ni la mitad de lo que estaba diciendo, pero ella lo miraba como si todo lo que le explicaba fuera sumamente interesante, cuando para mí quedaba claro que no tenía ni pajolera idea de lo que el hombre estaba diciendo. Rubén prosiguió—. Y lo que plasmo en mi obra tiene que ver mucho con el contexto en el que vivimos. Me interesa lo que nos rodea a nivel visual: el diseño, la fotografía, el cine, las nuevas tecnologías, etc. Todo interpretado a mi manera. —Casi suelta una carcajada al ver la cara sobrecogida de la chica, estaba segura de que si ahora le lanzaba una pregunta, no sabía ni por dónde salir.

—Guau, todo lo que dices es tan... Guau.

—¡Oh, por favor! —rezongué por lo bajo. ¿Se podía ser más lerda? Pero Rubén parecía encantado con las atenciones de la bolsa de basura humana, está claro que a los hombres les encanta que los adulen y si la mujer en cuestión lleva escote y un buen par de razones, lo demás está de más.

Carmen iba a interrumpirlo, pero las preguntas se sucedían sin dar tregua a que entrara en la conversación.

—No importa —le dije—. Es su noche y está muy ocupado, ya encontraremos el momento.

—Me alegro de que no te lo tomes a mal. Cuando dejen de acosarlo, te lo presento. Si quieres damos una vuelta y te enseño todo esto.

Asentí y justo cuando íbamos a empezar nuestro *tour*, la puerta de la entrada se abrió provocando que los ojos de mi nueva jefa se llenaran de ternura. Busqué con la mirada el objeto de sus atenciones.

En la puerta había un chico. Era alto, vestía con un tejano desgastado, camiseta blanca y cazadora de cuero tipo aviador. Parecía estar en forma. Seguí ascendiendo por el torso hasta impactar con la cara más exótica que había visto nunca.

—Es mi hijo —susurró en mi oído. Miré a uno y a otro sin entender, no se parecían en nada.

—¿Es adoptado? —me atreví a preguntar, ella negó.

—Mi exmarido es japonés.

—Así que juntos hicieron un rollito de arroz relleno de jamón ibérico — no pude contener la observación. Era guapo, aunque parecía tímido. No era el tipo de chico en el que me solía fijar, parecía... Un buen chico intentando vestir como un canalla, aunque se notaba a la legua que no lo era. Carmen se rio.

—Sería una buena definición. Jon puede parecer frío como su padre por fuera, pero te aseguro que por dentro late un corazón latino tan apasionado como el mío. —Casi suelto una carcajada, ese chico de ardiente tenía lo que yo de buena persona. Aunque si ella pensaba eso, no iba a ser yo quien la contradijera. A mí me parecía un bloque de atún congelado y sin sal—. ¡Jon, ven aquí! —lo llamó agitando la mano.

Los ojos negros del recién llegado viajaron hasta los míos. Se quedó muy quieto, observándome sin mover un pie. Carmen seguía haciendo aspavientos para que se acercara y él seguía anclado al suelo, con el gesto contenido y los dientes apretados. Sonreí para mis adentros, estaba prácticamente segura de que lo que le pasaba a Jon era que se sentía avergonzado por la efusividad de Carmen frente a mí, los chicos de esa edad solían pasarlo mal con este tipo de actitudes. Eso me divirtió, parecía más joven que yo, seguramente ahora mismo no sabía ni dónde meterse.

—¿Sabe caminar? —bromeé. Carmen resopló.

—Claro que sí. Si en dieciocho años no ha aprendido a caminar, mal vamos; aunque por su postura diría que está a punto de salir gateando o, más bien, reptando. Creo que lo has intimidado y no me extraña, con lo guapa que eres —observó complacida.

—¿Yo? —pregunté con asombro, nunca una mujer me había catalogado de ese modo.

—Eres muy guapa, solo hay que tener ojos en la cara para verlo, y mi hijo es bastante tímido, seguro que se siente cohibido. Ven, acompáñame, es hora de que Jon se relacione con gente de su edad.

—¡Yo tengo veintidós! No tengo la edad de su hijo —protesté ofendida, él era un crío. A mis años esa diferencia se notaba, y más con una vida como la mía. Ese polluelo no había salido del cascarón.

—¿Y eso qué más da? Cuatro años a vuestra edad no son nada. —Sería para ella, porque para mí, sí—. Si quieres el puesto, acompáñame. Estoy harta de que mi hijo no se relacione más que conmigo; tal vez, con un poco de suerte, contigo se abra un poco más.

—No me ha contratado de niñera. Además, su hijo parece una ostra —repliqué. Carmen soltó una carcajada.

—Qué graciosa eres. —Después fijó los ojos oscuros, con un rictus algo más serio, en mí—. Para este trabajo se necesitan buenas habilidades sociales. No pretendo que seas su niñera, pero sí debo catalogar tu trato con las personas. En este negocio hay que tener fuertes dotes de convicción. Inteligencia emocional, hay que saber crear la necesidad en el comprador. ¿Sabrás tú crear la necesidad en mi hijo? —Miré al japo de arriba abajo. ¿Crear necesidad? Con Matt se me dio muy bien, tal vez con el atún congelado no fuera tan difícil, al fin y al cabo. Estaba decidida a lograr ese empleo y si por ello debía fingir empatía, lo haría.

Juro que no había visto abrirse tanto unos ojos rasgados como aquellos a medida que nos íbamos acercando. Jon apenas podía contenerse. Estaba convencida de que con su postura trataba de mostrarse hermético, pero para mí era un libro abierto.

Paseé deliberadamente la lengua sobre mis labios, mordiendo el inferior y desviando la mirada hacia su bragueta. Eso era lo que más cachondo ponía a Matt. Las comisuras de mis labios se elevaron al ver cómo se izaba la bandera de Japón contra el pantalón. Él se removió inquieto poniendo las manos delante para intentar cubrir lo que allí se ocultaba.

—Jon, ¿por qué no has venido? Te estaba llamando, ¿acaso no me has oído con el bullicio? —Resoplé para mis adentros. Por supuesto que la había oído, y visto y percibido, pero él seguía quieto y sin emitir palabra.

—Mudo y privado de movilidad. Tal vez le haya dado un ictus o te lo

han cambiado por una de esas figuras del museo de cera. Yo de ti llamaba a la ambulancia o a la policía. —La mujer soltó otra carcajada. Hasta el momento no me había considerado graciosa, pero a esa mujer parecían hacerle gracia mis ocurrencias. Jon soltó el aire que había estado conteniendo, miró a su madre y dijo un simple:

—Me voy. —Se dio la vuelta y se largó por donde había venido. Carmen no supo cómo reaccionar y me pidió que me quedara vigilando la galería mientras iba en pos de su hijo.

Estupendo, había metido la pata hasta el fondo, solo esperaba que eso no me costara el trabajo. Para un día que intentaba ser agradable, la jodía. Mejor comportarme como siempre. Estaba claro que el humor no era lo mío, si no, tendría un empleo de monologuista, y no era el caso.

Era mejor que intentara demostrarle a Carmen por qué había sido una buena opción el ofrecerme el puesto de ayudante en su galería.

Capítulo 6



Me desperecé en la cama como un gato, con una sonrisa en los labios. La noche en la galería no había podido ser mejor y ahora debía ponerme en pie para planear mis futuros tres meses, que era el tiempo que iba a estar en la capital catalana.

Por lo pronto necesitaba más ropa, así que destiné parte de mi dinero a comprar un vestuario más acorde con mi nuevo puesto en la galería.

Me apunté a un gimnasio para no perder la forma física y me pasé el fin de semana planificando los pasos que iba a dar. No me gustaban los tropiezos inesperados, en la precisión estaba la clave.

El lunes tomé un buen desayuno en la cafetería de al lado del apartamento. Con fuerzas renovadas, llegué a la galería dispuesta a aprender y, por supuesto, a confeccionar mi propia lista de las personas más influyentes en el sector del arte. No fue difícil sacarle a Carmen ese tipo de información. Era una mujer charlatana, abierta y parecía conocer a todo el mundo, incluso a las personas que tenían las mayores colecciones privadas de la ciudad.

Muchos de esos coleccionistas eran legales, pero estaba convencida de que había otros muchos que tenían una cara oculta, una doble colección que guardaban en exclusiva para su uso y disfrute. Solo debía dar con esas personas.

Machaqué a mi jefa con preguntas de todo tipo. Esa mujer era brillante y sabía de lo que hablaba, le apasionaba el arte tanto como a mí. Sorprendentemente, tenía un carácter afable, distinto al de las personas que me habían rodeado hasta el momento. Era amable conmigo en exceso y sonreía ante mis apreciaciones y ocurrencias.

—Creo que hice bien al ofrecerte el puesto —comentó saboreando su capuchino—. Se nota que te entusiasma mi mundo tanto como a mí. Además, eres muy madura para la edad que tienes. ¿Sabes que Rubén se quedó fascinado el otro día por cómo te hiciste a su colección y la soltura que demostraste para vender sus cuadros? Pocas veces hemos logrado vender todas las obras el mismo día de la inauguración. Eres asombrosa. —Intenté restarle importancia, aunque debo reconocer que me gustó que me felicitara. Me sentía algo colapsada por tanto halago, normalmente nadie me adulaba.

—Seguro que tú hubieras hecho lo mismo, y más rápido. —Carmen sonrió.

—Déjame que lo ponga en duda y no seas tan modesta, nunca me han gustado las personas que no se valoran lo suficiente. Eres realmente buena en esto, tendré que darle las gracias a mi hijo por su huida forzosa. Si no hubiera sido así, no te habría dejado al mando y las cosas no habrían salido tan bien.

Su mirada se volvió algo triste.

—¿No os lleváis bien? ¿Por eso se marchó? —Parpadeó varias veces.

—¿Qué te ha hecho pensar eso? —Negué con la cabeza y sorbí mi *expresso*.

—Nada, es solo que tu mirada se ha apagado. —Esta vez fue una sonrisa la que se elevó sin ganas.

—Eres muy observadora, característica indispensable para las ventas y los buenos artistas.

—No hace falta que me respondas si no quieres. Si me he metido en lo que no debía, yo...

—La cultura japonesa es muy distinta a la española —afirmó—. ¿Has estado alguna vez en Japón?

—Nunca, este es mi primer viaje fuera de Estados Unidos, aunque me encantaría. Bueno, creo que me encantaría verlo absolutamente todo —

respondí soñadora.

—Imagino, las almas inquietas como las nuestras disfrutan descubriendo cosas nuevas, desvelando misterios. Eso fue precisamente lo que me ocurrió con el padre de Jon, era tan serio, tan misterioso, que llegó un momento en el que todo mi mundo comenzó a girar en torno a él.

—No sé de qué me suena eso.

Suspiré poniendo voz a mis pensamientos, más para mí que para ella. Recordé a Matt. Tal vez Carmen y yo éramos más parecidas de lo que creía en un primer momento.

—Lo dejé todo por él. No me malinterpretes, no es un reproche. En aquel momento, me pareció que era lo correcto. Nos enamoramos, nos casamos y me quedé embarazada de Jon. Como en todos los matrimonios, algunas cosas fueron bien y otras no tanto. Teníamos demasiadas diferencias que se fueron acusando en la convivencia. Yo echaba de menos todo esto y finalmente nos fuimos distanciando hasta que la brecha fue insalvable. —Casi podía palpar su dolor. Si esa mujer no seguía enamorada de su exmarido, que un rayo me fulminara—. Cosas de la vida, imagino.

—Y Jon, ¿por qué no vive contigo? —Movié la cabeza de un lado a otro, refugiándose de nuevo en la taza, y me miró por encima de la fría porcelana.

—Era un adolescente cuando su padre y yo nos separamos. Él no quería perder a sus amigos y yo no podía hacerle eso, pero tampoco podía seguir allí, la situación se había vuelto irrespirable. Así que su padre se quedó con la custodia con la condición de que Jon pasara conmigo los veranos y las navidades. Mi hijo se parece mucho a su padre, ¿sabes?, por lo menos por fuera. Antes no era tan cerrado, pero supongo que todo se pega. El distanciarse de mí no le sentó bien y sé que en el fondo me culpa por no estar al lado de mi exmarido.

—La adolescencia es una época muy mala, tal vez si hablarais...

—Lo he intentado tantas veces, pero Jon se cierra en banda cuando saco el tema. A veces me desespera, me gustaría hacerle entender tantas cosas... — Miró el reloj pensativa—. Debe estar a punto de llegar, tengo que hacer un par de llamadas urgentes antes para cerrar la nueva

exposición del fin de semana. Si aparece, entreténlo, por favor.

—Eso si no sale corriendo —murmuré. Ella suspiró y parpadeó un par de veces.

—Creo que serás capaz de hacer que no huya esta vez, confío en ti.

Esas palabras me retorcieron las tripas. No me gustaba que confiara en mí, no era bueno, yo no era buena ni para ella ni para nadie.

Recogí las tazas para dejarlas en el *office*, cuando la puerta de la galería sonó con su característico tintineo.

Salí ante la posibilidad de encontrarme con un nuevo cliente, pero el único que estaba allí era Jon.

Su mirada oscura volvió a clavarse en mí con fijeza, sorprendiéndose como si fuera la primera vez que me veía.

Jon despertaba en mí esa necesidad de ensañarme con él. Era como el miembro débil de la manada, ese a quienes todos repudian e instan a abandonar para no debilitar al grupo. Tal vez su misma debilidad es la que yo trataba de enmascarar mediante mi fortaleza en la universidad, yo era ese miembro despechado al que nadie quería acercarse. ¿Eso es lo que me pasaba con Jon? ¿Era como mirarme en un espejo? Intenté contenerme y sacar mi recóndito lado amable.

—Buenos días —saludé desganada sin obtener respuesta por su parte—. Tu madre ha ido a hacer unas llamadas, ahora vendrá. —Silencio y más silencio, eso solo provocaba que mi tormenta interior se desatara—. ¿Qué pasa, que en Japón se ha perdido la educación? ¿O te ha comido la lengua el gato? —Lo vi contener la respiración y mirar hacia la puerta cuando me encaminé hacia él. Pero ¿qué le pasaba? Igual intuía mi mal carácter y prefería huir antes que hablar conmigo.

Cuando vi que daba media vuelta y salía por la puerta, no me lo pensé dos veces: apreté a correr tras él. Le di alcance, para mandarle directamente al suelo de un empujón.

Con las palmas de las manos en el pavimento, giró el rostro enfurecido.

—¡¿Qué te pasa?! ¿Estás loca? —preguntó en un perfecto español.

—Y el gato regurgitó su lengua... —profeticé cruzándome de brazos—. El loco eres tú que pareces Forrest Gump, siempre a punto de salir corriendo a cualquier parte. ¿Se te quema la casa? ¿O tal vez me tienes miedo? ¿Es

eso lo que te pasa, bloque de atún?

—¿Bloque de atún? —repitió sin entender.

—Por no decir merluzo. Eres como un trozo de pescado congelado, tan rígido, incapaz de decir algo coherente. Solo te atreves a escapar en cuanto me tienes cerca. —Se levantó del suelo sacudiéndose las manos.

—¿Para eso te ha contratado mi madre? ¿Para que me insultes y me humilles? —Le ofreció una sonrisa torcida

—Que yo sepa, el primero que me ha ofendido eres tú al negarme el saludo y salir huyendo por segunda vez —le recriminé—. Pareces una novia a la fuga.

—No tengo ninguna obligación de hablar contigo y puedo irme donde me dé la gana si lo considero oportuno —protestó. Que me menospreciaran era lo que no soportaba en esta vida, era como volver a la universidad con toda aquella plaga de hijos de papá. Se estaba limpiando las rodillas cuando lo embestí de nuevo provocando que cayera de culo.

—No soporto a los niñatos malcriados como tú que se creen superiores a los demás por venir de buena familia. Con tu ropita de marca, intentando emular un malote de tres al cuarto cuando está visto que tu polo es Guess. Estoy hasta las narices de tíos como tú que piensan que por tener dinero pueden pisotear a quienes no lo tenemos. —Su rictus se iba tensando a cada frase que soltaba, pero me había descontrolado y ahora no era capaz de parar. Era como aquellos estúpidos de New Jersey que se dedicaban a juzgarme sin pararse a mirar o a cuestionarse que la verdadera riqueza se hallaba en mi interior—. No me mires como si acabara de apalearte. Por guapo que seas, eso no te va a servir conmigo. Yo no soy como esa inepta de Cenicienta que se traga que se ha pasado toda la noche bailando con el príncipe y se ha olvidado de su cara y necesita un puto zapato para comprobar que es ella. Sé muy bien cómo están las cosas, qué eres tú y qué soy yo. No quiero caerte bien porque tú a mí tampoco me haces gracia, pero si tu madre me pide que hable contigo y te entretenga, eso es lo que haré. Y si me pones las cosas difíciles, te haré morder el polvo las veces que sean necesarias para que aprendas a tolerar estar en una misma habitación conmigo y decir buenos días.

La puerta de la galería se abrió tras mi espalda.

—Ay, hijo, pero ¿qué haces en el suelo? —preguntó Carmen preocupada. Yo respiraba agitadamente después de vomitar todo lo que pensaba. Respondí a Carmen lo más serenamente que pude.

—Se ha resbalado —aclaré desafiante sin apartar los ojos de los suyos—. Suele pasar cuando pisas una mierda sin mirar por dónde vas.

Carmen rápidamente intentó ayudar a su hijo, quien declinó la oferta y se levantó por sí mismo.

—No sé dónde iremos a parar con los dueños de los perros. Cada vez que uno de ellos no limpia un excremento de su animal deberían devolvérselo por correo certificado al buzón, con la correspondiente multa.

—Eso sí que sería una mierda de correspondencia. —Como ocurría siempre, la risa cantarina de Carmen llegó a mis oídos.

—Ay, hija, bendito humor. ¿Jon, quieres que entremos y te limpias las zapatillas? —aguanté una risita al ver su rostro contrariado.

—No es necesario, lo que he pisado estaba seco, solo espero que el causante tenga lo que merece, quien siembra tormentas recoge tempestades. —Vaya, así que el crío apuntaba maneras. Tal vez su madre tuviera razón y hubiera algo de pasión ahí dentro.

—Pues cuidado no sea una tormenta eléctrica y te parta un rayo. Con lo tieso que vas siempre, podría confundirte con un árbol. —Sus ojos negros se clavaron con intensidad en los míos, como si se estuviera mordiendo la lengua para no contestarme.

—Ay, Jen, qué divertida eres, ¿verdad que sí, Jon? Tal vez una tarde podáis quedar para ir al cine o tomar algo.

—Ni muerta —murmuré apretando los dientes.

—¿Cómo dices, Jen? —inquirió Carmen.

—Que acabo muerta —me excusé, a Carmen le había vendido la moto de que, cuando no estaba en la galería, recibía clases particulares de pintura para perfeccionar mi estilo, para que no sospechara nada—, es difícil que tenga tiempo libre al finalizar el día. Apenas tengo un rato para mí.

—Por eso no sufras, el día que quedéis te lo daré libre y lo cobrarás igual.

—No necesito una canguro —protestó el atún con patas.

—Oh, vamos, hijo, ella no será una canguro. Es de tu edad, puede ser divertido...

—Tanto como andar por un campo de ortigas. No te ofendas, mamá, pero Jen y yo no tenemos nada en común, dudo mucho que quiera pasar la tarde conmigo y viceversa, así que déjala en paz y no la obligues a estar conmigo cuando está claro que no quiere. —Carmen nos miró apenada a ambos. Me supo mal no poder contradecir a Jon, porque debía darle la razón, éramos polos opuestos y una tarde juntos podía suponer el fin del mundo.

—Pasadlo bien, me voy a la galería, que quiero preparar la exposición del fin de semana y hablar con los del *catering*. No te preocupes, Carmen, tú disfruta y déjalo todo en mis manos —me despedí para facilitarle las cosas a Carmen, quien parecía algo abochornada.

Por un momento lamenté mi conducta, pero no podía hacer nada al respecto. Las cosas eran como eran y yo no había venido a España a hacer amigos.

Vinieron tres semanas frenéticas. Carmen estaba encantada con mi trabajo, exposición que teníamos, exposición que se vendía. Por mi parte, yo también estaba eufórica, estaba haciendo muchos contactos y algunos compradores preguntaban directamente por mí para que les transmitiera mis impresiones sobre las obras expuestas.

Así fue como conocí a Joaquín, un hombre que debía rondar los cuarenta y con aspecto de haber vivido demasiado. Era un pez gordo y compraba bastantes obras, sabía que cuando aparecía debía dedicarme a él. Mi intuición me decía que era mi llave.

—Buenas noches, señorita Hendricks —saludó, sonriente, con su impecable traje gris.

—Buenas noches, señor Sandoval. No esperaba que viniera esta noche.

—Llámame Joaquín, por favor, lo de señor me suena a viejo. Y tutéame, creo que hay confianza.

—Nada más lejos de mi intención el ofenderle. —Me tomó la mano y la besó—. ¿Joaquín, entonces?

—Por favor.

—Está bien, pues deberás llamarme Jen, no estaría bien que me

permitieras tutearte y que no hicieras lo mismo conmigo.

—Será un placer, Jen —finalizó incorporándose. Era alto, moreno y de ojos castaños, con una nariz prominente y labios finos.

—Pensaba que este fin de semana estarías en Suiza. —Eso era lo que me había dicho, tenía una empresa de importación y exportación que le hacía viajar mucho.

—Es que había algo que me interesaba mucho más aquí. —Era atractivo, no era mi tipo, pero en su conjunto no estaba mal del todo. A más de una mujer le gustaría recibir sus atenciones.

—¿Alguna pieza que desees esta noche?

—Muchísimo —aseveró. Estábamos en una de las esquinas de la galería, me había pillado en un momento de descanso mientras contemplaba una pieza apoyada en la pared. Aproveché para encerrarme con su cuerpo, colocando las manos a cada lado de mi rostro, ocultándome así de los demás. Lo observé abriendo los ojos con sorpresa.

—Joaquín, yo...

—No me dirás que no lo has notado, he venido prácticamente cada día. Creo que ya no me caben más obras de arte en casa, Jen, solo hay espacio para una más y esa eres tú. —Sonreí coqueta, era un buen cliente y no me interesaba perderlo.

—Me abrumas. —Intenté comportarme como se esperaba y no como me apetecía. El interés que me suscitaba Joaquín no iba más allá de la gente que pudiera conocer. Me había hablado de un par de amigos que quería presentarme que tenían importantes colecciones privadas y esos eran mi principal objetivo.

—Nada más lejos de mi intención, preciosa. —Acarició mi rostro con el pulgar—. Cuando termines, ¿qué te parece si me acompañas? Me gustaría tomar algo contigo, he quedado con aquellos amigos que te comenté, estarán encantados de conocerte. Eso suscitó mi interés.

—Estaría genial —respondí permitiéndole que siguiera con sus atenciones. Llevaba un vestido de tirantes de punto rojo ceñido al cuerpo con una abertura en la pierna.

—Entonces, ¿te vienes conmigo cuando termine la fiesta? —Asentí notando cómo se apretaba ligeramente contra mí.

—Será un placer acompañarte. —Necesitaba abrirme paso como fuera

si quería alcanzar mi meta, y si eso suponía ser muy amable con Joaquín y alimentar sus esperanzas, lo haría—. Si me disculpas, ahora debo atender a los demás. —Hizo un ligero cabeceo y depositó un beso demasiado cerca de mis labios. Me enervé, pero no dije nada, no quería que las cosas se torcieran antes de que concluyera mi propósito.

En cuanto salí de la esquina, me topé con un par de ojos negros que me miraban reprobatoriamente. Fue un instante, pero suficiente como para hacerme sentir mal.

Maldito niño, siempre tenía que estar ahí.

Desde nuestro último encuentro, aparecía a diario por la galería y aunque no pasábamos del «hola», o el «buenos días», habíamos logrado mantener una tensa cordialidad.

Era una sensación extraña. Por un lado, no lo toleraba y, por otro, una enigmática corriente eléctrica me recorría el cuerpo cada vez que sentía sus ojos sobre mí. Seguro que era que sentía su energía opuesta y me repelía como los imanes.

Lo miré de reojo, hoy estaba excepcionalmente guapo, con una camisa blanca. Llevaba los dos primeros botones abiertos y un pantalón negro de pinzas. Parecía mayor, sentí los pezones endurecerse bajo la tela del vestido y sus ojos desviarse hacia ellos.

No tenía frío, estaba claro, así que se habían puesto en alerta roja por él. Mi cuerpo se estaba volviendo definitivamente loco. Eso o que hacía demasiado de lo de Matt y me avisaba de que tenía necesidades que cubrir. No me tapé, dejé que se recreara mirándome sin disimulo. Tomé una copa de cava y la apuré con descaro, dejando que el contenido refrescara mi garganta.

Él no se movió, siguió apoyado en la pared con esa actitud denostando indiferencia, aunque estaba claro que indiferente no le era, precisamente. Yo también focalicé la mirada y como aquella primera noche algo se tensó bajo su pantalón, haciéndome sonreír con suficiencia.

Su ceño se frunció y en cuestión de segundos salió por la puerta. Definitivamente no era un atún, era un simple gallina, incluso creí ver una pluma asomando bajo el cuello de su camisa. A punto estuve de echarme a cacarear para meterme con él, pero preferí olvidarlo y dedicarme a lo que era verdaderamente importante: vender cuadros y largarme con

Joaquín.

La noche terminó con otro éxito rotundo y mi presa vino en mi búsqueda. Los pies me dolían horrores por los malditos tacones, pero me daba lo mismo, casi podía olisquear el dinero que me reportarían los contactos del empresario.

—¿Nos vamos? —preguntó solícito.

—Sí, deja que me despida de la jefa, será un momento.

Fui hacia ella y le dije que me marchaba con Joaquín, ella lo miró de arriba abajo con actitud neutra. Me dio dos besos y, como buena madre, me dijo que la llamara si cualquier cosa no iba bien. Lo único que me soltó es que era algo mayor para mí. Intenté tranquilizarla y decirle que solo iba a tomar algo, que él se había ofrecido con amabilidad a enseñarme la ciudad.

Sabía que no me creía, pero poco importaba. Tanto Carmen como yo sabíamos las intenciones del español, pero eso no quería decir que lo lograra.

Una vez fuera volví a notar esa sensación que me electrificaba, la misma que percibía cuando Jon estaba cerca, pero preferí ignorarla. Se tratara de él o no, carecía de importancia. Subí al coche de Joaquín y me marché con él.

Fuimos a la zona del Tibidabo, a un club selecto llamado Mirablau que era restaurante de día y discoteca de noche. Estaba dividido en tres ambientes: una discoteca, una sala panorámica desde donde se podía cenar contemplando la maravillosa ciudad de Barcelona y una planta superior con ambiente *chillout*. En él se podía charlar degustando un coctel, envueltos por los grandes éxitos musicales del momento o inclusive música *remember*.

Subimos al *chill-out* para estar más tranquilos. —

¿Qué te apetece tomar? —preguntó solícito.

—¿Qué me recomiendas?

—¿Qué te parece un orgasmo? —inquirió agitando las cejas.

—Empiezas fuerte la noche. —Él rio a boca llena.

—Tranquila, se trata de un coctel que preparan aquí a base de Amaretto, Khalua y Baileys. —La mezcla no me gustó, además debía tener cuidado si quería mantener la mente despejada.

—Prefiero un margarita, si no te importa. —El tequila me era familiar y podía controlarlo.

—Marchando, entonces. Busca una mesa que te guste, mis amigos estarán al caer. Por cierto, déjame que te diga que estás preciosa esta noche.

—Eres un adulator. —Sonreí intentando no parecer falsa.

—Solo digo la verdad, ahora vuelvo.

Encontré una mesa que estaba vacía con vistas a la ciudad, me senté dispuesta a perderme en las luces.

—No sabía que te gustaran los viejos —susurró una voz procedente de la mesa de al lado. Me di la vuelta en la silla y me encontré con aquellos profundos ojos rasgados que me miraban reprobatoriamente.

—¿Puede saberse qué haces tú aquí? ¿Has pasado de huir a perseguirme? —pregunté claramente alterada, no podía hablar depende de qué con aquel idiota pululando cerca.

—Mi madre estaba preocupada —soltó con fastidio, como si eso fuera una excusa—. Así que solo estoy aquí para asegurarme de que no te violan.

Lo miré ojiplática; cuando se decidía a hablar, subía el pan.

—Perdona, pero soy mayor de edad y sé lo que me hago, con quién voy o dejo de ir. Si me acuesto con un tío, no será porque me viola; tu madre puede estar tranquila. —Su mirada se entrecerró más de lo que ya era habitual.

—¿Te gusta ese tío? —Era entre una pregunta y una afirmación—. ¿Es por el dinero? —Resoplé, lo que me faltaba, que fuera haciendo elucubraciones.

—Joaquín es un hombre culto y muy atractivo. Además, ¿a ti qué te importa? Ni que fueras tú el que va a meterse en su cama.

—¿En serio piensas tirártelo? ¿Te gusta lo suficiente para eso? —Había empezado a cabrearme de verdad.

—El único que no me gusta eres tú, así que haz el favor de largarte, dejarme en paz y no arruinarme la noche. Con quién folle o no es cosa mía, ¿o es que lo quieres para ti? —Si hubiera podido atravesarme, lo hubiera hecho. Pude sentir la tormenta fraguarse en su interior y disiparse tal y como se había originado.

Por un momento me dieron ganas de discutir con él, que me sacara a rastras del local y que me besara hasta dejar de sentir los labios. ¿Me estaría volviendo chalada? ¡Era un niño! Sí, bueno, mayor de edad y de muy buen ver, pero un crío malcriado, al fin y al cabo. Se recompuso.

—No me importa lo que hagas ni que seas desagradable conmigo, ya me ha quedado claro que es tu naturaleza la que te hace ser así. Solo iba a advertirte que vigiles con él. —Me puse en tensión, ¿sabría algo que yo desconocía? Lo escuché atentamente cuando su rictus se tornó serio—. No sé si te has fijado, pero si estornuda, vigila que el gato que tiene sobre la cabeza no te clave las zarpas en los ojos. —¿Cómo? ¿Qué? Giró repentinamente el rostro hacia Joaquín. No me había dado cuenta hasta ese momento, una sonrisa comenzó a empujarme los labios. Jon tenía razón, llevaba un maldito peluquín. Muy realista, por cierto, pero esa noche se le había despegado ligeramente de la cabeza, volví la mirada hacia él sonriente. Creo que era el primer momento cómplice que compartíamos.

—Tranquilo, no sufras, se me dan bien los mininos —le aclaré, él se levantó.

—Buenas noches, Jen, que lo pases bien.

—Igualmente —musité viéndolo desaparecer con un ligero regusto amargo en la boca del estómago. Por un momento vislumbré otro Jon, uno difícil de ver oculto entre las sombras, uno que sí era peligroso para mi cordura.

Joaquín llegó con las copas y me la tendió con amabilidad. Sus amigos no tardaron en llegar. No fue una encerrona, tal y como me había temido en un principio, los amigos existían y estaba convencida de que iba a sacar mucho de esa noche.

Copa tras copa, la lengua se les fue aflojando. Uno de ellos, además de una colección privada, se jactaba de correr en carreras ilegales. Él era mi objetivo y, para mi fortuna, era el más atractivo.

—Me apetece bailar un rato, ¿te vienes conmigo? —musité invitante, mientras me levantaba para mover las caderas, hipnotizándolo por completo.

—Claro, preciosa, contigo voy al fin del mundo, dejemos a este par de carcamales charlando y vayamos a quemar la pista. —Lo tomé de la mano

y lo arrastré conmigo. Joaquín había sido la llave y Tomás era la puerta, solo debía cruzarla.

Capítulo 7



Verla moverse así me enfermaba.

Di un golpe en la barra y volví a pedir otro chupito de vodka, esa mujer me sorbía el cerebro a cada movimiento. Desde el primer instante en que la vi, en la galería de mi madre, se había convertido en una maldita obsesión.

Su cuerpo delgado y atlético, esos intensos ojos azules, el cabello rubio como la luna y unos sinuosos labios perfectos. ¡Mierda, ya me había vuelto a empalmar!

Me ponía duro cada vez que oteaba cualquier parte de su blanca piel, me excitaba como nada en este mundo. Nunca me había sentido de ese modo con nadie, con aquella maldita acuciante necesidad de estar íntimamente atado a ella.

Yo no sentía esas cosas, las chicas siempre me habían dado igual. En cada una de ellas veía el reflejo de mi madre, cómo nos sentimos mi padre y yo tras su marcha. Perdidos, a la deriva, sin aquella energía de risas cantarinas que envolvía nuestro hogar.

Me prometí que las mujeres estarían fuera de mi vida, que ninguna me iba afectar lo suficiente; no les iba a dar el poder de hacerme sentir tan vulnerable como cuando ella se marchó.

No es que fuera completamente inactivo, gozaba del sexo en solitario,

conocía mi cuerpo, pero estar con una chica era distinto. Tenía miedo a enamorarme, a crear vínculos afectivos y que después me abandonara. Mis amigos se metían conmigo, se reían de mí, decían que había chicas para eso que no buscaban una relación, simplemente experimentar; pero yo no era como ellos, para mí el sexo era algo más que meterla en caliente, era la comunión de dos almas afines. Tal y como un día me lo explicó mi padre. Él también era hombre de una sola mujer y desde que mi madre se marchó, no había estado con nadie, y no es que le faltaran las oportunidades.

Mi madre me había fallado, dijo que se le había acabado el amor, que ella y mi padre eran muy distintos y prefirió alejarse antes que luchar por nuestra familia. Lo pasé francamente mal, sé que ella quería que me marchara con ella, estábamos muy unidos, pero fui incapaz de hacerlo cuando vi el vacío que arrasó el alma de mi padre. Le dije que no quería abandonar a mis amigos, cuando la realidad era que no quería abandonarlo a él, era un hombre duro, hecho a sí mismo, y verlo tan destrozado me partía el alma.

No estuvo cuando la necesité, en las noches en las que necesitaba sus consejos, en mis tropiezos cuando necesitaba sus abrazos, en mis logros o en mis cumpleaños. No estuvo cuando Yun, mi perra, falleció en mi quince cumpleaños. Tuve que aprender a secarme las lágrimas solo y a comprender que le pesaba más su libertad que mantenernos a su lado.

Aun así, fui incapaz de cortar la relación, la quería demasiado y, pese al daño que me hacía, la visitaba dos veces al año.

Y ahora había aparecido ella, ese pensamiento recurrente del que no podía librarme un segundo al día. Lo había intentado todo, incluso huir para no almacenar más imágenes de su rostro, sus expresiones o sus movimientos. Pero no podía, me había convertido en adicto a Jen Hendricks.

Era una obsesión que no lograba sacarme de la cabeza, tenía una lengua rápida y mordaz. Parecía que no la asustara nada ni nadie. Era decidida, enérgica, testaruda e inteligente. Podía percibirlo en cómo se embelesaban los clientes con sus explicaciones de las piezas expuestas, ya no era por su belleza, exudaba credibilidad y mi madre parecía maravillada con ella.

Ambos habíamos caído bajo su hechizo. Eso no ayudaba, al contrario, que fuera una chica lista llamaba demasiado mi atención. Nunca me había gustado la gente tonta, aquella que no ve más allá de sus propias narices y ella parecía poder percibir el mundo al completo.

Supongo que la palabra para describir mi estado podría resumirse como fascinación, así es como me sentía cada vez que la veía y la escuchaba hablar sumido entre las sombras. Y no sabía cómo procesarlo, nadie me había preparado para lo que esa mujer despertaba en mí.

Ninguna chica me había puesto tan al límite como ella. La cultura de mi país, su educación, creaba mujeres mucho más sumisas, no tan autoritarias; y eso me atraía como una polilla a la luz, a sabiendas de que me iba a calcinar con su fuego.

Eso es lo que era, puro fuego, que desataba en mí un infierno del que no podía escapar. Tenía calor, ardía en mi interior con el simple agitar de sus pestañas.

Ahora mismo estaba contoneándose contra aquel gilipollas que no dejaba de frotarse contra su culo. Ella reía, a la par que él le decía cosas al oído, como si fuera gracioso que ese baboso se le pegara al cuerpo. No me consideraba una persona violenta, pero verla así despertaba lo peor que habitaba en mí. Sentía la poderosa necesidad de sacarla de allí y demostrarle que era mía, aunque para ella fuera el incordio del hijo de su jefa.

Jen se dio la vuelta y le susurró algo, después se separó y comenzó a alejarse de la pista. Era mi oportunidad. Sin pensar en las consecuencias la seguí, como un depredador que quiere dar caza a su presa. Me abrí paso entre la gente, incluso alguno me insultó a mi paso por tirarle la bebida, pero no podía detenerme, debía alcanzarla.

Nada importaba, salvo ella.

En el pasillo que daba al baño de chicas había una cola infernal. En cuanto Jen la vislumbró no se lo pensó dos veces y, como si no fuera con ella, entró en el baño de hombres. ¿Se había vuelto loca? Ese vestido ceñido era un maldito acicate para los alcohólicos que debían estar ahí dentro.

Entré en pos de ella y, como era de esperar, alguno que otro ya le estaba soltando lindezas de lo que le haría, otro se ofrecía con el

miembro en la mano, por si necesitaba ayuda. Ella los ignoró y entró en el único baño vacío.

Entré tras ella empujándola y ganándome algún vítor y silbido de los de fuera, que me animaban a hacerla mía.

Jen se giró como una fiera con el puño alzado dispuesta a partirle la cara a quien hubiera detrás. Por suerte tenía reflejos, mis clases de artes marciales servían para algo más que para mantenerme en forma, por lo menos para no quedar en evidencia y salir golpeado por ella.

En cuanto vio que no era uno de esos capullos se detuvo en seco. Abrió mucho los ojos y los cargó de ira.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? ¿No te habías ido? Casi te dejo el ojo hinchado como un buñuelo, ¡joder! ¿En qué pensabas? —No dejaba de hablar y yo solo podía especular en qué me detenía para besar esos labios tan apetecibles. Intenté concentrarme para no parecer un memo como las otras veces. Antes había logrado hilar más de dos frases, así que solo debía seguir por el mismo camino.

—La que no sé qué haces eres tú, me despisto y te vas con un tío a la pista. Al parecer, has cambiado al del gato por el perro que solo quiere que le lamas el hueso. Y, por si fuera poco, entras sola en un baño de tíos salidos que podrían violarte sin que nadie se enterara, ¿eres una kamikaze? ¿Qué buscas, mujer? —Ella sonrió relamiéndose, como si supiera algo que yo ignorara.

—Busco algo que tú no puedes darme, atún —soltó clavando un dedo en mi pecho.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de llamarme así?

—Te llamo como me apetece —sonrió deslizando el dedo arriba y abajo. ¿Se me podía poner más dura? Estaba visto que sí, solo le hacía falta tocarme con un dedo para hacerme estallar—. Ahora no eres el hijo de mi jefa — prosiguió—, sino un rollito de pescado que podría comerme de un bocado. — Abrió y cerró los dientes como si tratara de darme una dentellada, acercándose peligrosamente a mis labios. Estaba más cerca que nunca y no se apartó—. No dejas de darme por saco, *sushi*, y eso solo puede traerte consecuencias negativas. Por ejemplo, que te mee encima.

—¿Qué? —pregunté sin entender, hipnotizado por su boca, que seguía demasiado cerca. Jen alzó las comisuras de sus labios a la par que su

vestido, mostrando un minúsculo tanga de encaje que terminó de rematar la erección de mis pantalones—. ¡Oh, joder! ¡Mierda! —solté un exabrupto cuando la vi introducir los dedos en los finos laterales para bajar la ínfima pieza de ropa.

Sabía que me estaba provocando y no quería perder de nuevo la partida. Así que, lejos de largarme, lo único que hice fue darle algo de intimidad dándome la vuelta para que pudiera aliviarse.

Soltó una risita mientras vaciaba la vejiga en el váter.

—Si te apetece puedes mirar, tal vez seas de esos que les ponen las lluvias doradas. —Elevé los ojos al techo e imploré a todas las fuerzas divinas que me dieran coraje para no girarme y zarandearla. Era virgen, pero no gilipollas. Dominaba el vocabulario sexual y había visto multitud de vídeos porno mientras me la cascaba. Tragué con fuerza intentando agarrarme a la poca cordura que me quedaba, quise seguirle el juego y que viera que no era la única que podía intimidarme.

—Y tú tal vez eres de las que les pone ir provocando a todos los tíos por ahí.

Noté cómo su cuerpo se pegaba al mío, sus manos reptaban por mis abdominales y su pelvis se encajaba en mi trasero. ¿Cuándo había terminado de hacer pis? Estaba tan sumido en mis cavilaciones que ni me había enterado.

—¿Es eso lo que te ocurre conmigo, atún? ¿Te la pongo dura? —Su mano vagó hasta mi entrepierna agarrándome la polla y masajeándola—. Mmmmm, vaya, menudo ejemplar y eso que dicen que los asiáticos la tenéis pequeña. —Nadie me había tocado así, gruñí y me di la vuelta buscándola. La tomé de la cintura y la clavé contra mi cuerpo dolorido. Ella me miraba con suficiencia—. ¿Qué ocurre? ¿Te ha vuelto a comer la lengua el gato? —inquirió deslizando la suya por el labio inferior.

—Para ir de madura, eres bastante previsible. ¿Y tú eres la que me tachas de crío? ¿Se puede saber qué estás haciendo esta noche? —Sus ojos se incendiaron dándome un empujón.

—¡Lárgate! ¡Me oyes! ¡Déjame en paz! ¡Yo no me meto en tu vida ni tú en la mía! Como te he dicho antes, yo follo con quien me da la gana y tú no estás en la lista.

—En la de capullos está visto que no, no doy el perfil, pero nadie lo

diría por la forma en la que me has sobado el paquete. Además, no me gusta ser el tercer plato de nadie y tú por lo visto tienes cola. —El bofetón que estalló en mi cara llegó sin avisar, pero lo peor no fue eso, si no imaginar lo que iba a suceder esa noche. Sabía que su intención había sido ponerme en mi sitio, no acostarse conmigo, y eso me cabreó todavía más. Sabía que no era cosa mía, que no teníamos nada y que Jen era libre de acostarse con quien quisiera, pero es que yo la quería en mi cama.

—¡Fuera! —espetó. Estaba convencido de que mis pensamientos eran producto del vodka que llevaba en sangre, yo no follaba. Necesitaba tomar aire.

—Es justo lo que pensaba hacer. Pásalo bien, espero que encuentres a tu mascota para pasar la noche; pero vigila, que los gatos arañan y los perros muerden —argumenté cerrándole la puerta en las narices.

—¡Y los atunes se matan a pajas! —gritó por encima de la puerta para que todos la escucharan.

Salí del local tan cabreado conmigo mismo como con ella. Fui andando hasta el coche y allí me quedé como un gilipollas esperando y maldiciéndome por ser incapaz de arrancar hasta que no la viera aparecer.

Una hora, había pasado una maldita hora aporreando el volante de mi Porsche 911, todo un clásico que mi madre me regaló para tenerme contento.

Jen salió acompañada por su presa, el gilipollas de la pista de baile, que la cogía de la cintura. Se subió en su coche y se la llevó de allí dando un acelerón.

Me sentó como una patada en los huevos, se lo iba a tirar mientras que yo iba a quedarme con cara de imbécil, lamiéndome las heridas por no saber imponerme.

Jen me gustaba y ahora me daba en la nariz que yo no le era indiferente del todo, no me habría tocado tan íntimamente en el baño si no fuera así, ¿no?

Sin poder evitarlo, los seguí, como un maldito enfermo necesitado de cordura. Tal vez un baño de realidad no me viniera mal, estaba convencido de que irían a su piso, al de Jen, o tal vez a un hotel. Pero no, para mi sorpresa no la llevó a ninguno de esos lugares. Primero creí que la

estaba llevando a un lugar apartado de la montaña para follarla allí mismo, pero volví a equivocarme. Tomó un desvío y en un abrir y cerrar de ojos me topé con lo que parecía un punto de reunión de muchos coches.

Me fijé algo mejor, en Tokio se celebraban muchos encuentros del mundo del motor, pero esa no parecía una simple quedada. No podía creerlo, ¡estaba ante una carrera ilegal!

Joder, sabía lo que eran, ese era mi mundo. Mi padre tenía un imperio de las apuestas, entre ellas, las carreras de coches.

Yo conducía desde que tenía uso de razón. Creo que fue lo primero que hicimos mi padre y yo juntos cuando mi madre se marchó, me llevó a un circuito y me enseñó a conducir, a sentir la misma pasión que él sentía por el motor. Yo mismo había comenzado a hacer mis pinitos en ellas. En cuanto me saqué el carné, lo primero que hizo mi padre fue regalarme un Nissan 350z en color morado, era uno de mis coches predilectos de su colección de autos japoneses, con 313CV de potencia.

Cuando vi al acompañante de Jen colocarse en la línea de salida y cederle el asiento a Jen para conducir el coche, casi se me sale el corazón del pecho. ¿Acaso ese tipo estaba loco? ¿Y ella? ¿En qué demonios estaba pensando?

No pude hacer nada para detenerla, los motores rugieron y los dos coches que iban a disputar la carrera salieron desenfundados. Un sudor frío recorrió mi columna vertebral y a la vez estaba completamente aturdido.

¡Joder! ¡¿Cómo era posible que Jen condujera así de bien?! Tenía nervio, garra y destreza. Ambos coches estaban muy a la par, ella conducía un BMW Z4 y su rival un Audi TT, los dos con unas características muy similares.

El corazón no dejaba de retumbar en mi pecho al ritmo ensordecedor de la carrera, tenía la adrenalina por las nubes y la mala leche fluyendo por mis venas. Era peligroso, un simple descuido y la rubia podía partirse el cuello.

Miré hasta que los perdí de vista, solo esperaba que no fuera una mera ilusión y realmente esa mujer supiera lo que estaba haciendo. Apretaba con tanta fuerza el volante del coche que tenía los nudillos blancos.

Hasta que no volví a verla aparecer por el horizonte no me di cuenta de que había dejado de respirar. Tomé aire a boca llena cuando el BMW aceleró en una arriesgada maniobra, cruzando el primero la línea de meta.

Estaba entre salir del coche y celebrar la victoria de Jen, o agarrarla del cuello por ponerse en peligro de esa manera. Pero no hice nada de eso, me quedé ahí, observando entre las sombras mientras ella salía del coche y el que se llevaba el premio era el imbécil que llevaba al lado.

Ver cómo se besaban me retorció las tripas y supe que había llegado el momento de irme. Claramente, Jen había escogido con quién iba a pasar la noche y no era conmigo.

Arranqué y me largué por donde había llegado, todavía más cabreado y confundido que al principio, si eso cabía. No sabía qué esperar de esa mujer. ¿Quién diablos era Jen Hendricks? «Decididamente, la que va a arruinarte la vida», respondió mi conciencia.

Intenté no pasarme por la galería los siguientes días, tal vez era eso lo que necesitaba.

El jueves mi madre insistió en que hiciéramos algo juntos, que fuéramos al cine a ver una peli. Había estado de muy mal humor desde el viernes y lo había pagado con ella, así que acepté. Me dijo que tenía mucho trabajo pero que cogiera entradas para alguna peli que me gustara de las de última hora de la noche. Mi madre y yo no teníamos gustos demasiado afines, pero sabía que le gustaba Jason Statham, así que me decidí por un cine pequeño que había cerca de casa y donde ponían una peli que no era de estreno, pero que con suerte yo no había visto.

Le mandé un mensaje a mi madre con el lugar y la hora de la sesión; era a las diez, así no llegaría tarde. Sabía que andaba muy liada esa semana, tenía una exposición importante y estaba llegando cada día a las tantas; por la mañana, cuando estaba conmigo, parecía una zombi, se preparaba unos tanques de café que podía lanzarse de cabeza directamente en ellos.

Cené unos fideos de los de calentar al microondas, cocinar no era una de mis pasiones. Me puse unos tejanos, una camiseta negra y directo al cine. No lograba sacarme la imagen de Jen en la discoteca ni la de la carrera. Decididamente, esa mujer estaba volviéndome loco.

Esperé en la taquilla, nervioso, pues mi madre no aparecía. Miré el

móvil en varias ocasiones hasta que al final apareció un mensaje suyo.

Mamá: Cielo, llego tarde, entra tú y déjame la entrada en la taquilla.

En cuanto pueda estoy ahí. Lo siento, te quiero.

Estuve a punto de largarme. Odiaba ir al cine solo, pero la peli tenía buena pinta y no creía que hubiera demasiada gente, así que opté por quedarme y darle a la chica de la entrada el nombre de mi madre.

La peli se titulaba *Crank: veneno en la sangre*. Según había leído, iba de un asesino a sueldo, que ha sido envenenado mientras dormía y a quien solo le queda una hora de vida. La única oportunidad que tenía de sobrevivir era mantenerse en movimiento para impedir que el veneno le llegara al corazón, hasta hallar un antídoto que le salvara la vida.

Compré unos Smint de menta extrafuerte, unas palomitas y un refresco de cola; el fabuloso kit de supervivencia para ver pelis de Jon Yamamura. Me acomodé en la penúltima fila y miré a mi alrededor. Lo que imaginaba, apenas había gente. Una pareja, un señor que podría ser mi padre y un grupo de cinco chicas que estaba seguro de que solo venían a ver a Statham.

Siempre buscaba sentarme al fondo, no me gustaba tener demasiada gente detrás, prefería ser yo el que divisara toda la sala, tenerla bajo control. Manías, imagino. Además, la pantalla era gigantesca, no entendía por qué la gente quería joderse las cervicales mirando hacia arriba pudiendo hacerlo de frente.

La peli comenzó a buen ritmo, debía reconocer que ese tío trabajaba bien. Apenas me di cuenta cuando la puerta se abrió y alguien ocupó la butaca contigua a la mía. No me hacía falta mirar para saber que mi madre había llegado, estaba rebotado por el plantón así que ni giré el cuello para saludarla. Escuché un bufido seguido de un:

—A mí tampoco me hace gracia estar aquí, pero por lo menos podrías ser educado y decir hola. —Las palomitas que iban directas a mi boca nunca llegaron. Giré el cuello y allí, salida de la nada, estaba ella; mi pesadilla nocturna o la que me hacía terminar jugando un cinco contra

uno con mi vecina de abajo, que ya se alzaba al escuchar el timbre de su voz. Llevaba el pelo suelto, alborotado, enmarcando su rostro sin terminar de llegar a los hombros; una medida con la que me daba por fantasear cómo sería tenerla sentada, desnuda a horcajadas encima de mí, pero contemplando su espalda. Tragué con dificultad ante la perturbadora imagen, fijándome en el vestido blanco que llevaba y que le daba el aspecto de ser un maldito ángel que viniera a por mí, rescatándome de las llamas del infierno que se desataba en mi entrepierna para llevarme al cielo de sus muslos—. Veo que volvemos a las malas costumbres, has vuelto a quedarte sin lengua. —Puso los ojos en blanco algo exasperada por mi falta de reacción—. Espero que por lo menos la peli esté bien y compense el puto día de perros que llevo.

Me gustaba incluso ese punto macarra que tenía a veces, cuando soltaba tacos mostrando que, bajo esa fachada de estirada, había una simple chica de barrio.

Tomó mi refresco y bebió de la pajita donde hacía instantes había depositado yo mis labios, cerrando los ojos y deleitándose con el frescor. Parecía sedienta.

—¡Mierda! —murmuré al notar cómo mi polla pulsaba al verla tragar. Ella giró el rostro enarcando una ceja y soltó el plástico de golpe, dejando una imperceptible gota sobre el rojo carmín, que yo no podía dejar de contemplar pensando cómo sabría sobre mi lengua.

—¿No me dirás que eres de esos escrupulosos que no toleras que beban del mismo sitio que tú? —Para nada era eso lo que me sucedía, pero tampoco podía decirle que estaba completamente empalmado con solo verla beber. Fue pensar en su boca y mi polla, y el cine comenzó a dar vueltas en mi cabeza. Esa mujer me trastornaba—. Pues te jodes, atún, porque estoy sedienta —aseveró rotunda volviendo a beber, aunque esta vez sin apartar el hielo de sus ojos de la oscuridad de los míos. A punto estuve de arrebatarle el vaso, abrir la tapa y vaciar el contenido sobre mi entrepierna para que me calmara. A ver quién era el guapo que se concentraba y lograba seguir en la película. Hice de tripas corazón y decidí responderle antes de que pensara que me había vuelto idiota de nuevo o que su presencia me afectaba tanto que no podía hilar una frase, aun siendo cierto.

—No es eso, solo espero que te hayas lavado bien los dientes y no hayas quedado con el gilipollas del otro día antes de beber de mi vaso. — Tal y como lo solté, supe que la había cagado. ¿Cómo podía ser tan cafre cuando la tenía delante? Me arrepentí al instante al ver su mirada, pero el daño ya estaba hecho. Como era de esperar, Jen no se quedó de brazos cruzados por la acusación implícita que llevaban mis palabras. Ni corta ni perezosa, escupió el refresco en mi rostro—. ¡Joder! —exclamé empapado en cola. Levanté mi camiseta para limpiarme el rostro sin pensar que dejaba a la vista mis abdominales.

—Shhhhhhhhh —protestaron las demás personas de la sala. Jen se levantó del asiento con intención de largarse.

—Sabía que era mala idea, ya le dije a tu madre que no quería venir, que era mejor que te mandara un mensaje. Nuestras diferencias son irreconciliables, eres un gilipollas y yo paso de niños inmaduros como tú. ¡Que te den! Diviértete tú solito con una cría de tu edad.

¿Cómo podía cagarla tanto? Estaba a punto de irse cuando, por acto reflejo, la tomé de la muñeca, tiré de ella con contundencia y terminé sentada encima de mí. Suerte que un minuto antes había colocado las palomitas en la butaca de al lado.

Jen me agarró del cuello cayendo justo encima de mi erección. Abrió los ojos con asombro, mientras se acomodaba sobre mi dureza. Me quedé muy quieto, apenas podía moverme sin eyacular al sentirla de aquel modo tan íntimo. Solo me hacía falta eso, que me corriera por tenerla sentada encima. Entonces sí que pensaría que era un capullo. Apreté las mandíbulas cuando se dirigió a mí con la voz ligeramente ronca.

—Dime que eso que está taladrándome el culo es tu móvil.

—No lo es —respondí contundente sin apartar la mirada de la suya. Jen se mordió el labio inferior. ¿Era consciente de lo que me hacía ese gesto? Mi polla brincó y creí ver una ligera sonrisa presionando sus labios.

—Ya veo, y dime, atún —susurró cerca de mis labios—. ¿Este es tu estado natural o soy yo quien lo provoca? —Era ahora o nunca, o decía algo coherente o la perdía para siempre. Estaba al límite de las cosas que se pueden decir para parecer un perfecto imbécil delante de una mujer como ella.

—¿Por qué no te quedas y lo compruebas? —Pareció sorprenderle mi

respuesta, incluso me sorprendió a mí. Estuve a punto de darme porrazos en el pecho al grito de «Yo Tarzán, y tú Jane», pero mi respuesta algo troglodita pareció suscitar su interés.

—¿Y por qué debería hacerlo? —inquirió sin darme tregua, paseando la lengua justo donde antes habían estado sus dientes.

—Para que pueda demostrarte que no soy tan capullo como parezco. — Parecía algo más relajada y complacida ante mi aclaración, así que solo me quedaba pedirle perdón por lo poco afortunado que había sido con mis observaciones y rezar para que quisiera quedarse—. Discúlpame por lo de antes, no tenía derecho a recriminarte nada ni a decir lo que dije, me puse nervioso y te hice pagar mi mala leche por el plantón de mi madre. Lo lamento. —Ella asintió, se levantó y se acomodó en la butaca de al lado.

—Está bien, pero me quedo porque me encanta Statham, las pelis de acción y me muero de hambre. Pásame las palomitas, que llevo sin comer desde el mediodía.

Puse el bol entre ambos, menos mal que pedí el extragrande. Jen parecía hambrienta, comía las pequeñas bolitas blancas con glotonería, hipnotizándome cada vez que separaba los labios y yo solo quería convertirme en maíz para ser devorado por ella.

Qué larga iba a hacerse esa película.

Capítulo 8



Debía estar mal de la cabeza.

¿Por qué me ponía nerviosa? Solo se trataba de Jon, el hijo de mi jefa, el niño insoportable que me taladraba el cerebro desde que había llegado a Barcelona.

Lo miré de reojo, estaba más rígido que una viga de acero, aunque para acero lo que tenía en los pantalones. Fue caer sobre ellos y sentir cómo mi traidora vagina respondía intentando captar su interés.

¡Me había mojado! Igual que la otra noche cuando me encerró en el baño. ¡Lo deseé! ¡Por favor! Creo que hubiera sido capaz de dejar que me follara si no la hubiera cagado tanto. No estaba segura si había sido producto del alcohol, de mi falta de sexo o de esa extraña atracción que parecía despertar en mí.

No había logrado sacarme esa sensación de encima y ahora que lo tenía al lado, totalmente empalmado y mirándome con disimulo, no podía evitar excitarme ante la situación. Intenté pensar en otra cosa y recordar lo que sucedió tras mi salida del baño de la discoteca.

Cuando le dije a Tomás que me encantaban la velocidad y las carreras, los ojos se le abrieron como platos. Necesitaba descargar la mala leche que Jon me había provocado así que cuando sugirió que nos largáramos a una carrera que había esa misma noche, ni me lo pensé.

Creo que Joaquín no se tomó muy bien nuestra marcha, pero él nunca fue mi objetivo principal, así que poco me importaba si se molestaba o no.

Tontee lo suficiente con Tomás para hacerle creer que me interesaba, no me aparté cuando me besó tras ganar la carrera ni cuando me llevó a casa y me sugirió que lo invitara a tomar algo. Pero no me apetecía cruzar esa línea con él, no quería nada más allá del tonteo y mantenerle lo suficientemente interesado como para que me abriera las puertas a su mundo.

Me excusé, le dije que estaba cansada y no se marchó hasta lograr sacarme una cita para cenar juntos en su casa, al día siguiente.

Me puse un vestido gris oscuro que hacía aguas en tonos azules, el complemento perfecto para mis ojos, me calcé mis tacones y cogí el bolso antes de salir. Estaba lista y tenía las cosas muy claras.

Se comportó como un caballero durante toda la noche. Tenía una bonita casa en Vilassar de Dalt, con vistas al mar y un espectacular jardín con piscina. Había preparado unos aperitivos y como plato principal una lubina a la sal que estaba deliciosa.

Tomás tenía negocios inmobiliarios, se dedicaba a la compraventa de casas de lujo y al parecer le iba muy bien.

Traté de ser amable, coquetear con él para mantener su interés en mí e intentar sonsacarle información sobre su fantástica colección privada. En un principio fue un hueso duro de roer, pero terminó por claudicar y mostrarme su rincón secreto. Sabía cómo hacer que un hombre quisiera pavonearse ante mí. Tomás no era muy distinto a los demás, solo hicieron falta un par de caídas de ojos, humedecerme los labios durante la cena y comentarle cuánto me excitaba estar al margen de la ley tanto en las carreras ilegales como cuando se trataba de arte. No hacía falta ser muy listo para intuir a lo que me refería.

Capté rápidamente su atención, sirviéndole en bandeja de plata una ocasión para impresionarme, y realmente lo logró, tenía algunas piezas verdaderamente valiosas.

—¿Y cómo las has conseguido? ¿Tienes alguien que te las vende? — pregunté pasando la mano por una pieza del imperio Bizantino, que ocultaba en una habitación contigua a su despacho.

—Formo parte de un grupo, somos casi siempre los mismos, ya sabes que

con estas cosas se ha de ir con cuidado —murmuró cogiéndome por la cintura para encajarme contra él—. Hay poca gente que adore el arte como nosotros y esté de acuerdo en disfrutarlo en privado.

—Ajá —afirmé—. Yo creo que las cosas buenas están hechas para saborearse en privado y si yo tuviera el dinero suficiente, haría lo mismo. — Paseó la nariz por mi cuello frotando su erección contra mi trasero—. Cuéntame más cosas de tu mundo, me encanta escucharte. ¿Cómo lo hacéis? ¿Quedáis? ¿O cada uno tiene su proveedor? —Sus labios buscaron mi cuello.

—Eres una chica muy curiosa —observó subiendo las manos hacia arriba. No me sentía completamente a gusto con lo que estaba haciendo, sobre todo, porque no podía dejar de pensar en Jon. Era como si lo viera en una esquina mirándome reprobatoriamente y diciéndome que si me acostaba con Tomás, no iba a ser mucho mejor que Harriet. Detuve su avance dándome la vuelta y colgándome de su cuello.

—Lo soy, hay muchas cosas que no sabes todavía de mí y una de ellas es que quiero que me tengas en cuenta.

—Te tengo muy en cuenta —afirmó buscando mis labios, pero yo me aparté y terminó estrellándose contra mi mejilla y besando mi mandíbula.

—Pero yo quiero entrar en el negocio, no como compradora, porque obviamente no tengo capital suficiente, pero me gustaría que me tuvierais en cuenta como facilitadora —dije sin ambages acariciándole la nuca.

—¿Facilitadora? —preguntó con interés. Le sonreí ronroneante.

—Digamos que para mí es muy sencillo obtener lo que unos desean si el importe es el adecuado, y estoy segura de que tú y tus amigos sabréis ser generosos si alguien os proporciona las obras que deseáis sin levantar polvo.

—¿Estás sugiriendo lo que creo? —Masajeé los músculos rígidos de su cuello.

—No creo que tú y yo hablemos lenguas distintas. Soy buena, muy buena, aunque solo me dedico a los cuadros. ¿Qué me dices? ¿Quieres probarme? —Tomás me tenía aplastada contra su cuerpo y me miraba con mucho interés, aunque no sabía si era el que yo quería suscitar en él.

—¿Y qué gano yo si te introduzco en mi mundo? —Cuando clavó su miembro contra mi vientre, intuí lo que implicaba su pregunta, pero ¿estaba

dispuesta a ello? Sus manos descendieron por mi espalda y me agarraron de los glúteos. Una cosa era robar y otra muy distinta acostarme con él para conseguir una oportunidad, y que me metiera en su cama no era garantía de que después me introdujera en su mundo, si su prioridad era echarme un polvo. Lo miré fijamente.

—Piensa en ese cuadro que deseas, ese que anhelas, que se te resiste y que nunca has conseguido. —Un fugaz brillo cruzó sus ojos marrones, había dado en el clavo, ahí estaba mi puerta. Un coleccionista como él siempre tenía una pieza en mente, era una especie de adicción—. El cuadro que deseas al cincuenta por ciento de lo que estuvieras dispuesto a pagar —susurré en su oído—. Esa es mi oferta.

—No es eso lo que deseo en este momento, Jen. —Presionó su miembro contra mi abdomen—. Dame una noche y te meteré dentro. —Su boca buscó mi cuello, desde Matt no había estado con un hombre y no quería estarlo.

Me aparté repentinamente.

—No te confundas, Tomás, soy una ladrona, no una puta. —Me re Coloqué el vestido—. Reconozco que me gusta tontear contigo, que me haces sentir bien, pero no quiero llevarlo más allá. No mezclo negocios y placer.

—Pues tengamos placer —anotó acercándose de nuevo. No iba bien, debía reconducirlo.

—Puedes meter en tu cama a la mujer que quieras, eres atractivo, tienes dinero, así que no te costará más que un chasquido que cualquier mujer te la chupe. Pero en cambio, ninguna puede proporcionarte esa obra que se te resiste, esa que tienes metida entre ceja y ceja. —Presioné el punto exacto de su entrecejo masajeándolo con mi dedo—. Dime lugar y obra, y te prometo que antes de finalizar el mes será tuya.

Él curvó los labios, sabía que no era exactamente lo que buscaba, pero no podría resistirse a caer en la tela que estaba tejiendo a su alrededor. La tentación era demasiado grande.

—Está bien, te lo diré, veamos de lo que eres capaz.

Tenía quince días para hacerme con su cuadro deseado. Para mi sorpresa, no estaba en un museo, como había previsto, sino que era una pieza del abuelo de Carmen, mi jefa. Según Tomás, tenía la pieza en su casa, en su habitación, sobre el cabecero de su cama. Él lo sabía porque Carmen dio una cena una noche para unos pocos privilegiados y Tomás terminó la noche con

ella.

Quiso comprarle la obra, pero Carmen se negó, decía que era un recuerdo demasiado valioso para ella y que jamás estaría en venta.

Ahora debía buscar la manera para colarme en su casa, por lo menos en dos ocasiones. Una para ver el cuadro en vivo, sentirlo y tomar fotografías; y la segunda para sustituirlo por la réplica que iba a hacerle y llevármelo de allí.

Al pensar en ello no pude evitar fijarme en Jon. Tal vez él era la llave para entrar sin levantar sospechas en la casa de Carmen, tal vez tuviera la solución más cerca de lo que imaginaba.

Estaba claro que le gustaba, lo había sentido en mis propias carnes y, para ser francos, a mí me despertaba algo que parecía aletargado, un hormigueo que se fraguaba en el abdomen para contraer los músculos de mi vagina cada vez que esos ojos negros impactaban contra los míos. ¿Qué podía perder si jugaba un poco con él?

Desvié la mirada hacia la bragueta de su tejano, que parecía a punto de estallar. En la pantalla, Statham estaba con su novia y, tras una discusión en plena calle con bofetón incluido por parte de ella, la había cogido por detrás y se la estaba follando en plena calle, frente a un montón de orientales que los contemplaban. Joder, me habían puesto cachonda hasta a mí.

La nuez de Jon subía y bajaba como si le costara tragar, tenía las aletas de la nariz dilatadas y casi podía oler el deseo que emanaba su cuerpo. Subí un poco mi falda, hasta el límite de lo decente, observando cómo sus ojos buscaban mis niveos muslos. Me aproximé a su cuello y bajé la mano a su entrepierna sabiendo lo que me iba a encontrar.

—No sabía que la peli de hoy era de superhéroes ni que iba a encontrarme con el mismísimo martillo de Thor —cuchicheé palpando su generosa erección. Él no me lo impidió, estaba agarrado a los brazos de la butaca como si le fuera la vida en ello—. ¿Te gusta lo que sale en la pantalla? ¿Nos imaginas a ti y a mí follando en público de esa manera? — Su erección respondió empujando contra mi mano—. Vaya, así que al martillo de Thor sí que le apetece darme un buen mazazo, ¿y qué te parecería si te dijera que a mí también me apetece?

Volteó la cabeza rápidamente, mirándome con esa intensidad que me

abrumaba.

—Te diría que estás jugando con fuego, esto no es una película de superhéroes. —Le sonreí.

—Puede, pero tal vez me apetezca quemarme. —Aposté fuerte desabrochando los botones de su vaquero y colando la mano dentro de su *slip*. Estaba duro, caliente y muy hinchado. Toqué la cabeza húmeda esparciendo el líquido preseminal que asomaba en la punta. Jon gruñó cerrando los ojos. Si lo acariciaba no pasaba nada, ¿no? Era como tocarle un brazo o cualquier otra parte del cuerpo—. Eso es, pequeño, deja que te dé placer. Pero disimula, coge las palomitas y haz como si comieras, no queremos que nadie nos interrumpa, ¿verdad? —pregunté acariciando la tersa piel.

—Estamos en la penúltima fila —aclaró como si eso nos librara de ser pillados.

—Obedece o me detengo ahora mismo. —Me gustaba sentir que tenía el poder con él. Gruñó con la respiración entrecortada. Pensé en los abdominales que me había mostrado cuando se limpió con la camiseta y el apetito que había despertado en mí. Sentía muchas ganas de complacerlo y de saborearlo. Jon acercó el bol poniéndolo sobre su abdomen, la imagen de mi boca enterrándose en su sexo me sacudió e inmediatamente supe lo que quería hacer—. Y ahora, come, mientras yo hago lo mismo. —Profirió un exabrupto, pero aun así se llevó un puñado a la boca.

Me apetecía mucho hacerlo. Podía haberse tratado de una vía para conseguir mis objetivos, o pretender disfrazarlo de ello, pero no lo era, realmente quería saborearlo en mi boca.

Liberé aquel grueso miembro totalmente erecto y me deslicé por la butaca para colocarme entre sus piernas y tomarlo entre mis labios.

—¡Dios! —lo escuché proferir, mientras recorría su dureza con mi lengua, delineando aquel grueso tallo que palpitaba en mis manos.

—Eso es, tengo a tu martillo de Dios y lo voy a tratar como se merece.

Tenía una polla bonita, grande, recta y con un glande generoso. Me gustó que tuviera el vello recortado y que oliera a recién duchado.

Me aproximé al redondo glande y lo saboreé antes de deslizarlo en mi interior. Escuché su particular gruñido de satisfacción, lo vi apretando el

bol a la par que yo gozaba deleitándome con él en mi boca, por el simple hecho de saber que lo estaba complaciendo.

Tembló bajo mi lengua, dejando que saboreara las primeras gotas de su deseo. Las utilicé para lubricarlo junto a mi saliva, recorriendo toda su extensión con deleite. Sabía bien, muy bien, podría acostumbrarme a su sabor. Elevé los ojos para perderme en el éxtasis de su rostro, él también buscó mi mirada, agarrándome del pelo con la mano que tenía libre mientras se mecía con suavidad en el interior de mi garganta. Me gustó que no fuera duro, que lo hiciera con suma delicadeza tratando de que me adaptara a su tamaño.

Succioné con fuerza y ahuequé las mejillas para darle cabida, no cejé en mi empeño hasta que pude sentirlo rozando la campanilla, llevaba tanto tiempo sin hacer una garganta profunda...

¡Madre mía! Estaba temblando y eso me hacía sentir la mujer más poderosa del universo.

Jon, como un chico obediente, iba picoteando perdido en la bruma de la acuciante necesidad que sentía. Lo escuché diciendo:

—Voy a... Voy a... Voy a... —Conocía el final de la frase, pero lejos de apartarme, quise el menú completo: ver su cara alcanzando la pequeña muerte que iba a ofrecerle. Profundicé al máximo mi descenso, aumentando la intensidad de la succión, sacudiéndolo por completo hasta que le noté derramarse en mi interior con un grito liberador que le hizo lanzar las palomitas por los aires ululando de placer.

Pero ese no fue el único sonido que se escuchó en la sala.

Un tremendo «Shhhhhhh» por parte de la gente que seguía viendo la peli, seguido de un «¡Qué barbaridad! A saber qué está haciendo». Jon se tensó, yo seguía con mis quehaceres sin detenerme y aguantando la risa al imaginar todas aquellas miradas puestas en él mientras yo seguía comiéndole la polla. Él se mantuvo estoico, manteniendo la calma en todo momento.

—¡Lo siento, me he quedado dormido y estaba teniendo una pesadilla! — se excusó.

—Menuda pesadilla —mascullé sacándome la polla de la boca—. Nunca me habían dicho que mis mamadas provocaban terror —farfullé haciendo ver que estaba molesta, devolviendo el martillo a su lugar de

origen. Él rezongó algo ininteligible. Intenté abrocharle los pantalones, pero él me apartó haciéndolo por sí solo. Así que regresé a mi asiento, como si nada hubiera ocurrido, le quité una palomita del pelo para tomarla entre mis labios y rematar tomando un poco de refresco.

—Desde luego que eres una pesadilla, mucho peor que la de Freddy Krueger, por lo menos él tenía piedad y mataba a las víctimas, no hacía que se corrieran frente a una sala llena de espectadores. —Divertida por la situación y el mal rato que le acababa de hacer pasar, le murmuré al oído.

—Vamos, atún, no me seas sensible que aquí solo hay cuatro gatos y no lo has pasado tan mal después de todo. Y ahora dime, ¿qué ha ocurrido en la peli? ¿Qué me he perdido? —Él volteó el rostro hacia mí como si fuera incapaz de creer lo que le estaba preguntando. Sabía que no iba a poder responderme, obviamente no había visto una maldita escena, sus ojos no se habían separado de los míos ni por un momento.

—Pues que la pantalla se ha quedado en blanco porque Catwoman se ha emperrado en robarle el martillo a Thor. —Arqueeé las cejas ante su ocurrencia.

—¿Y lo ha logrado?

—Digamos que en la primera ronda sí, pero todavía queda mucha batalla por delante. —Su mirada se oscureció, resplandeciendo en su negrura. Sabía que era el destello del desafío que yo misma había impuesto lo que le hacía estar así—. ¿Nos vamos? —preguntó.

—¿Dónde?

—A tu piso, gata. Tú ya te has servido un buen cuenco de leche, pero yo no he terminado contigo —respondió sin dudar. ¿Lo quería en mi apartamento? ¿Quería cederle esa parte de mi intimidad? Jon parecía muy seguro de lo que quería, nunca había visto esa faceta suya.

—¿Y puedo saber qué quieres hacerme? —inquirí acercando mi rostro al suyo para provocarlo.

—Todavía no estoy muy seguro, pero pienso averiguarlo —argumentó con suficiencia. Después, me tomó de la nuca y me besó como hacía tiempo que nadie me había besado, dejándose el alma en cada caricia, en cada pasada de su lengua sobre la mía, como si la palabra «suficiente» se hubiera extinguido de su vocabulario.

Me descubrí deseando indagar en la promesa implícita de aquel beso. Quería sentirlo plenamente, sin ropa, sin subterfugios; lo quería en mi cama y en mi interior. Darme cuenta de ello hizo que me tambaleara, ¿no era eso parte del plan? ¿No quería tener algo de intimidad con él para acercarme a la obra?

Me separé desorientada, sintiendo su sabor todavía en mi lengua.

—Lo siento, estoy cansada y tengo hambre, será mejor que me vaya. Tú acaba de ver la peli tranquilo.

Me levanté apresurada sin darle tiempo a responder, necesitaba aire, sentía que me había quedado sin oxígeno. ¿Qué narices me estaba pasando?

Una vez fuera del cine, necesité apoyar la espalda contra la fachada, sentir la fría piedra en mi espalda para calmar las llamas que me abrasaban por dentro.

¡Joder, acababa de hacerle una mamada al hijo de mi jefa! Y había querido follarlo como una animal, ¿qué mierda me ocurría?

Era cierto que había pensado en tontear con él como hice con Tomás, pero no me había planteado llegar tan lejos, ¿o sí? ¿Por qué me había dejado llevar de esa manera por mis impulsos?

Algo me aplastó contra la pared, abrí los ojos y allí estaba él, con una cara de cabreo monumental que hubiera asustado a una manada de búfalos por completo.

—No me gusta que me tomen por idiota, Jen, ¿qué coño ha sido eso? ¿Qué ha pasado ahí dentro? Explícamelo porque no entiendo nada.

No podía decirle que yo tampoco lo entendía, que me había dejado llevar y punto; que había cruzado una línea de difícil retorno y que ahora me sentía casi tan perdida como lo parecía él. Busqué mi coraza, aquella de la cual me había desprendido por unos instantes. Cubrí mi rostro con mi característica frialdad y arqueé ambas cejas.

—Te dije que tenía hambre, las gatas bebemos leche, así que solo busqué mi ración. No le des más importancia de la que tiene, porque yo no lo hago. Tu martillo clavándose en mi trasero me habló de tu necesidad, a mí me apeteció echarte una mano y punto.

—¿Más importancia de la que tiene? ¡Acabas de hacerme una mamada

ahí dentro! —gritó.

—No vi que te quejaras —respondí socarrona.

—Ni yo tampoco me hubiera quejado —murmuró un chico que entraba con su novia al cine—. ¿Qué peli la has llevado a ver? Quiero los mismos resultados —anunció mirándonos atentamente. La chica que iba a su lado le golpeó el brazo, dándole un empujón para que entrara dentro.

—Déjalos en paz, capullo. Tú tendrás suerte si te dejo darme un beso, así que del resto vete olvidando.

Con la interrupción de ese par logré calmarme. Intenté apartar a Jon, pero este no tenía intención de moverse y volvió a centrar su atención en mí.

—No te entiendo, ¿por qué? ¿Acaso es esto lo que haces con...?

—Cuidado con lo que vas a preguntar, atún. —Sentía su incomodidad, su enfado, su descontrol al no saber encajar lo que había ocurrido y mi consecuente actitud. Podía intuir su pregunta envenenada antes de que la lanzara. Cerró los ojos, respiró profundamente, después me tomó de la mano y tiró de mí para que lo siguiera.

—Pero ¿qué haces?

—¿No tenías hambre? Voy a llevarte a comer, creo que la falta de azúcar te está afectando al cerebro.

—A mí lo único que me nubla la mente eres tú —solté intentando desprenderme de su agarre. Él se paró en seco y me miró como aquella primera vez.

—¿Cómo dices? —Resoplé sin creer haber dicho eso en voz alta.

—Que eres un crío cargado de testosterona, que deberías estar dando saltos de alegría porque una chica mayor te la haya chupado en el cine y, sin embargo, le estás sacando punta a algo que no tiene. Te hice un regalo porque me apetecía y listo.

—¿Que me comas la polla y me beses como si te fuera la vida en ello es sacar punta a lo que no la tiene? En serio que no te entiendo, ¿tan poco valor te das a ti misma? —Aquella pregunta me dejó en parada, ¿qué tío se planteaba esas cosas? ¡Joder, le había hecho una felación! ¿Qué tío se plantea algo más después de eso?

—Créeme, me valoro mucho —argumenté intentando que me soltara de una maldita vez.

—Pues no lo parece. Por lo menos, yo no dejo que cualquiera me haga lo que tú me acabas de hacer ahí dentro. —Aquella afirmación me lanzó una estocada directa al pecho. No había contemplado esa posibilidad, ¿es que Jon no era un crío como los demás? A Matt le encantaban ese tipo de cosas. ¡Mierda! ¿Los estaba comparando?—. Puede que tú te tomes el sexo a la ligera, pero yo no, no forma parte de mis principios y si te he dejado seguir, es porque no logro borrarle de mi cabeza ni un solo minuto al día.

Prácticamente podía escuchar su corazón tronando tan fuerte como el mío, se puso frente a mí y colocó mi mano sobre su pecho. Parecía un maldito martillo percutor. No me sentía preparada para todas esas emociones que se arremolinaban en mi vientre.

—¿Lo notas? ¿Lo sientes? Esto es lo que me ocurre cada vez que estás cerca, cuando te veo o percibo tu olor. Nunca lo había sentido antes y esto es lo que hace que me comporte como un imbécil cada vez que te tengo cerca.

Me quedé sin palabras ante la ferocidad de las suyas. ¿Qué iba a decir frente a eso? Por un lado, me halagaba y por el otro, tenía pánico a que pudiera sentir algo que yo no estaba dispuesta a ofrecerle.

—Jon, yo... —Tenía un puto nudo en la garganta, no estaba segura de si era bueno seguir con mi plan original, tampoco quería hacerle daño.

—Lo sé, tú eres de esas chicas que no quieren ataduras y yo te estoy acojonando. Qué me dices si dejamos las cosas así y vamos a comer algo. Por lo menos eso sí que podemos hacerlo juntos, ¿no? —Se acarició la nuca mostrando ser el más cuerdo de los dos en aquel momento.

Era tan tierno, su mirada era tan legal, que fui incapaz de negarme.

—Está bien vayamos a comer algo.

Capítulo 9

Terminamos en un Frankfurt que estaba hasta los topes, lleno de universitarios dispuestos a saciar su apetito.

Le di un gran bocado al impresionante *bratwurst* que tenía entre manos, haciendo que chorreara una mezcla de ketchup y mostaza por mi barbilla. Sonreí mientras Jon intentaba limpiarme con el dedo para saborearlo después. No me incomodó, así que no quise darle importancia.

—Sé que estas cosas son una guarrada, pero cuanto más grandes y picantes son, más me gustan. —Sus ojos se encendieron, intuyo que rememorando lo que había transcurrido unos instantes atrás—. Disculpa, no pretendía hacer una alusión sexual. —No parecía ofendido.

—Tranquila, sabía que no hablabas de mi salchicha, la mía no es picante y le saco una ligera ventaja —respondió socarrón. Obviamente no pude contradecirle, pues era cierto que salía ganando, aunque tampoco le retiré la mirada, me gustaba ese Jon resuelto. Si le apetecía tensar la cuerda, no sabía con quién había dado.

—¿Y eso lo sabes porque te la has chupado a ti mismo? —lo pinché divertida, logrando que se atragantara con el bocado que le había dado a su hamburguesa completa.

—¡Claro que no! Ningún tío llega a chupársela —respondió limpiando el despropósito que había liado con trocitos de carne por todas partes.

—Eso es porque no has visto a mi hermano Michael. Te garantizo que él sí puede —afirmé contundente. Jon levantó la vista incrédulo.

—¿Tu hermano se chupa la polla a sí mismo? —inquirió escéptico poniendo cara de asco. Yo solté una carcajada.

—No, pero podría, es increíblemente elástico. Aunque si le preguntas estoy convencida de que te responderá que él prefiere ser rígido como un palo y ofrecerle la oportunidad a una de sus amigas. —Sacudió la cabeza.

—¿Te has dado cuenta de que hemos pasado de no hablar a conversar sobre el miembro de tu hermano? Da un poco de grima. —Volví a reír.

—La verdad es que sí, además, mejor no hablar de esas cosas sin tener a la otra persona delante.

—Totalmente de acuerdo. ¿Os lleváis muchos años? —Negué.

—Tres, él es el mayor. Trabaja en una gestoría en Estados Unidos.

—¿Y estáis muy unidos?

—Siempre lo hemos estado, aunque cuando se marchó a la universidad empezamos a distanciarnos, pero sabemos que podemos contar el uno con el otro si es necesario.

—Eso es importante, la familia lo es todo —murmuró volviendo a atacar su hamburguesa.

—¿Tu padre no tiene más hijos? ¿No rehízo su vida? —Negó. Me gustaba que se mostrara tan relajado y abierto, a veces daba la sensación de que era inexpugnable, casi tanto como yo.

—El mundo de mi padre giraba en torno a mi madre, ella siempre fue su extremo del hilo rojo, aunque ella se niegue a asumirlo. —Conocía esa leyenda. Bonita, pero poco real, todo el mundo sabe que el amor se acaba y que al final del hilo rojo siempre hay un despojo que te lo hace pasar como el culo. Matt era un claro ejemplo.

—Hay veces que las diferencias son irreconciliables, no todo el mundo sabe estar en pareja.

—¿Hablas con conocimiento de causa? —No iba a contarle mi historia con mi ex, era muy celosa de mi vida privada y no quería que conociera algo tan íntimo cuando era claramente innecesario.

—No hace falta ser muy listo para saber eso.

—Genial, ahora me llamas tonto —dijo apretando el ceño. Estábamos pasando un rato agradable y no quería estropearlo.

—¡No! No me malinterpretes, me refería a que a veces somos incapaces de aguantarnos a nosotros mismos como para ser capaces de aguantar las gilipolleces del otro... —Una sonrisa amplia abarcó su rostro.

—¿Me estabas tomando el pelo? —Hice una bola con la servilleta de papel y se la lancé al rostro.

—Me gusta cuando pareces humana.

—Perdona, dios del trueno, yo soy muy humana.

—¿Ahora ya no soy un atún? —Sonreí de nuevo ante la broma—. Entre tú y yo, me gusta más lo de Dios. —Se cruzó de brazos, orgulloso. ¿Por qué no era capaz de encontrarle un defecto en su exótico rostro? Podría tener una verruga con tres pelos en la punta de la nariz, o un ojo que bizqueara y que lo hiciera menos atractivo. Sentía calor y la sonrisa de idiota pujando en mis labios—. ¿En serio sonríes o es algo que le han echado a la salchicha? Voy a pedirles la receta, como sea alguna especia

soy capaz de comprarla para que mi madre te la ponga en el café de las mañanas a ver si así, cuando vaya a la galería, me endulzas las mañanas. —Intenté hacerme la ofendida con un mohín.

—Yo no soy un edulcorante para endulzarte a ti nada. Además, siempre habla el que más tiene que callar... Contigo se confundieron de nombre, en vez de Jon tendrían que haberte puesto cascabeles, por las sonrisas que derrochas. —Él volvió a carcajearse ante mi indirecta y yo suspiré sin poder abandonar la mía, que parecía haberse tatuado en mi rostro. La idea de que le habían echado algo a la salchicha comenzó a tomar peso en mi cerebro.

—En serio, no sabes lo bien que te queda —cuchicheó mostrándome la suya.

—Pues yo pensaba que sufrías piorrea, con ese rictus tan serio.

—¿Pio qué?

—Ya sabes, cuando se te caen todos los dientes y te apesta el aliento. — Me miró con disgusto.

—¡Oh, por favor! Te aseguro que a mis dientes no les pasa nada, los tengo fuertes como un roble, listos para morder lo que se me ponga por delante. — Dio un par de dentelladas al aire que se me antojaron de lo más sexis—. En serio, deberías hacerlo más a menudo —comentó fijando la mirada en la mía.

—¿El qué? —pregunté terminando mi bocadillo con gula.

—Reír, se te ve mucho más accesible. Cuando no lo haces, pareces un perro de presa a punto de atacar. Pones nervioso a cualquiera.

—¿Perdona? ¿Yo, un perro de presa? ¿Y qué es eso de que pongo nervioso a cualquiera? Será a ti. —Asintió bebiendo para dar por concluida la cena. —A mí, desde el primer día —soltó sin ningún tipo de vergüenza. Me levanté de la silla lo tomé de los hombros y comencé a sacudirlo e inspeccionarlo sin que comprendiera qué estaba pasando.

—Dime la verdad, ¿qué has hecho con Jon? ¿Dónde te lo has llevado? — pregunté mirándolo con fijeza. Se dio cuenta de la broma y chasqueó la lengua divertido. Volví a mi asiento apoyándome en él—. ¡No pareces el mismo! ¿Dónde está ese tío con cara de búfalo cabreado a punto de embestir? Has perdido hasta esa cara de disgusto con la que siempre me mirabas. —El brillo de su mirada se opacó.

—No es por ti. Tal vez no tenga demasiados motivos para sonreír. —El buen humor desapareció de golpe. Aquella afirmación me recordó demasiado a mí misma, yo tampoco tenía demasiadas cosas por las que sentirme contenta, pero compararlo conmigo no era justo ni lógico. Él lo tenía todo, se quejaba por vicio, como todo niño malcriado que no era capaz de valorar lo que tenía.

—¿Y qué puede faltarle a alguien como tú que tiene unos padres ricos que se desviven por darte todos tus caprichos? —Carmen trataba a su hijo como si fuera un príncipe, ropa de marca, coche caro. Cada vez que Jon suspiraba lo tenía a su alcance.

—El amor de una familia —apostilló muy serio. Solté una risa cargada de sarcasmo, mientras mis dedos tamborileaban sobre la mesa de acero.

—Eso está sobrevalorado —respondí restándole importancia—. Si te hubieras criado como Michael o como yo, aprenderías a valorar lo que tienes. Tal vez tus padres están separados, pero por lo menos no te fracturaban tobillos o te dejaban la espalda cubierta de marcas de cinturón —vomité casi del tirón—. No me hagas sentir lástima por ti cuando lo único que puedo tenerte es envidia por contar con dos personas que en cualquier momento darían la vida por ti. A mí lo único que me daban era miedo —repliqué con amargura alzando la voz—. ¿Que los tuyos no se toleran? ¿Y qué? Por lo menos fueron capaces de tomar una decisión adulta que no comprometiera tu estabilidad emocional. Nadie te ha privado nunca de nada, Jon. Veo a tu madre morir por tus atenciones, cuando la mía... —Se me quebró la voz, dolida... No sabía por qué le había soltado todo eso o por qué me había puesto así.

Salí abruptamente al exterior queriendo eliminar la lástima que vi en la profundidad de su mirada. Odiaba que me tuvieran pena, no quería despertar ese sentimiento en nadie, por eso no me gustaba hablar del pasado, lo que me llevaba a plantearme por qué se lo había soltado a él precisamente.

Volvía a estar con el pulso desatado, sintiéndome atrapada sin estarlo, Jon me alcanzó con rapidez envolviéndome entre sus brazos.

—Suéltame. —Lo aporreé ahogándome en mi propia congoja, no quería que viera mi debilidad, esa parte que llevaba años enterrada bajo la capa de indiferencia que me hacía fuerte.

—Lo siento, Jen —murmuró sosegado, apretándome de tal modo que su calor invadía cada rincón de mi piel—. Lamento mucho que tú y tu hermano tuvierais que sufrir abusos a manos de esos malnacidos. Si fueron capaces de haceros eso, es que no merecían ser vuestros padres.

—No sufras, están muertos —respondí completamente aséptica, sin emoción alguna. No sé en qué momento dejaron de importarme, pero lo cierto es que su muerte fue un alivio.

—Comprendo que mi infancia frente a la tuya fue un camino de rosas, yo no tuve que pasar por todo eso, ni siquiera puedo o quiero imaginarlo, pero eso no quiere decir que yo no lo haya pasado mal a mi manera. A cada uno nos afectan nuestros problemas y los vivimos como si fueran los más graves del universo, aunque está claro que siempre hay alguien que lo pasa peor, pero eso no termina de consolarte —balbució sereno—. Para ti, que apenas has tenido niñez, debo parecerte un cretino por quejarme. Pero para mí, la separación de mis padres supuso una fractura que fue muy difícil de superar. —Estaba mucho más calmada, creo que incluso fui capaz de relajarme algo en su abrazo. Jon me separó y me agarró del rostro, limpiando lágrimas imaginarias que nunca llegaron a caer. Esa era otra de las muchas cosas que ya no me permitía—. Mírame, Jen. Estoy aquí, puedes contar conmigo, que yo no te voy a traicionar. No te haré daño gratuitamente, no soy así, aunque pueda parecer un capullo. Puedes confiar en mí y te juro que me cortaré un brazo antes que perjudicarte de algún modo. Ya sabes, perro ladrador...

Irremediablemente pensé en Matt, él también me prometió que nunca me abandonaría, que no me dañaría y cuidaría de mí. Fue tan fácil creerlo y tan difícil superarlo.

—No quiero promesas, Jon —dije apartándole las manos de mi rostro—. No busco amor, cariño o afecto, ni siquiera amistad. —Lo contemplé pensativa y lo vi tan claro que casi me dio miedo. Lo deseaba, tanto que me dolía. No importaba que fuera más joven o el hijo de mi jefa, me apetecía acostarme con él más allá de que con ello me fuera más fácil lograr mi objetivo. ¿Eso en qué me convertía? No estaba segura, pero por primera vez en tiempo necesitaba sentirme viva, ahora solo hacía falta saber si Jon aceptaría el papel que estaba dispuesta a otorgarle. Profundicé la mirada intentando encontrar esa chispa que necesitaba en

aquella oscuridad, lamí seductoramente mi labio inferior captando su atención y provocando ese destello que buscaba. Lo tenía justo donde quería, era ahora o nunca—. Quiero follarte, Jon, no quiero castillos en el aire ni niños ricos con ínfulas de caballeros al rescate. Porque no necesito ser rescatada, no es eso lo que quiero de ti. No sufras o te aflijas por mi pasado, porque eso quedó en el olvido. No voy a engañarte, no quiero una relación ni dulces palabras de amor, quiero sexo, Jon —argumenté con la voz ronca y acariciante—, y si no me equivoco, creo que a ti te pasa lo mismo. Sé que podríamos pasarlo en grande, pero necesito ser clara, que no te confundas, ya que jamás podré darte de lo que carezco. No puedo darte amor porque no tengo corazón. —Tomé su mano y la puse sobre mi pecho para que sintiera mi agitación—. Esto que sientes, esto que golpea bajo tus dedos es la tormenta que habita bajo mi piel, esa que te envuelve, que te sorprende y que hace que te plantees si quieres huir de ella o aprender a gozar bajo la lluvia. Dime, Jon ¿quieres adentrarte en la tormenta? —Subí los brazos y empujé su rostro hacia el mío dejándole margen para decidir. Cuando vi el arrojó y la determinación catapultando su rostro hacia el mío, supe que había elegido y no esperé a dejarme conquistar, capturé su hermoso labio inferior entre mis dientes para hacerle sentir de qué estaba hecha la tempestad.

Gimió entre ellos abandonándose a un beso cargado de lujuria y anhelo, invitándolo a un mundo pensado para pecar.

¿Cómo iba a decirle que era virgen? Con un poco de suerte tal vez ni lo descubriera, el sexo era algo intuitivo, ¿no?

No quería ni pensarlo, estábamos en el apartamento de Jen, ella ya me había sacado la camiseta y estaba tirando de mis tetillas y mordiéndolas de un modo que no podía ponerme más duro.

—¿Te gusta lo que te hago, Jon? —La respiración se me entrecortaba al notar sus uñas afiladas clavándose en mi espalda, era como estar con Catwoman. Gruñí ante el placer fundiéndose con el dolor—. Mmmm, creo que eso es un sí.

Descendió lamiéndome los abdominales uno a uno, trazando los límites con la lengua, mientras serpenteaba entre ellos y amasaba mis glúteos

en el camino.

—Tienes un buen físico y un culo muy duro —dijo mordisqueando la piel de debajo de mi ombligo—. Aunque creo que esto es lo que está más duro — afirmó paseando su nariz por mi bragueta. Casi aúllo y me arrancó los pantalones. Si alguien me preguntaba en ese momento cómo era el maldito apartamento, no tenía ni la más remota idea. Todos mis sentidos estaban centrados en esa mujer y lo que me estaba haciendo sentir.

A la porra con mis creencias de que debía estar enamorado para acostarme con una chica, nunca me había sentido más vivo que estando con ella ni había notado esa atracción que hacía que mi estómago se pusiera a desfilar.

Jen no quería amor, lo había dejado muy claro, y yo sabía que era imposible enamorarme de una mujer como ella; pero tenía ganas de vivir todo lo que me había propuesto, así que decidí arriesgar y lanzarme a la tormenta, como ella decía.

—Tengo hambre, Jon, ¿me vas a dar de comer? —inquirió seductora mordisqueando mi polla sobre el tejano.

—Joder, Jen, me estás matando —le hice saber acariciándole el pelo. El azul de su mirada buscó la mía, invitante. Se puso en pie tomando el borde de su falda y se quitó el vestido por la cabeza. Juro que me quedé sin aliento, y no por el conjunto de ropa interior blanco, que era una maldita locura; sino por ella en sí, por lo que desprendía.

Creo que la mandíbula se me descolgó cuando buscó el cierre del sujetador y se deshizo de él, mostrándome sus pechos desnudos. No lo dejó caer, sino que lo lanzó sobre mi cabeza con una puntería certera. Noté cómo se encajaba, cual casco de aviador antiguo, sobre mi pelo.

Ella se echó a reír divertida.

—Me encanta tu nuevo sombrero, me recuerda al de una mosca — ronroneó sonriente.

—Solo espero convertirme en una y poder recorrer todos los rincones de tu cuerpo. —Me quité la pieza de encaje embobado.

—Pues vigila, no vayas a morir aplastado de un manotazo.

—Prefiero arriesgarme, seguro que sería una muerte muy dulce. —No pude apartar la mirada, había comenzado a bajarse el tanga. Cuando lo

tuvo entre sus dedos, lo llevó a su rostro para aspirar y cerró los párpados, envolviéndose en su propio aroma.

Mi polla dio un brinco, me moría por saborearla, por oler aquella prenda como ella lo estaba haciendo; estaba completamente desnuda, tomando el perfume de su deseo y a mí me parecía lo más erótico que había visto en la vida.

Abrió los ojos lentamente, apartó la prenda mordiendo el labio en ese gesto tan suyo y me la lanzó. La cacé al vuelo y sin poder contenerme la imité, perdiéndome en la sutileza de aquel olor embriagador.

—Dime, Jon, ¿qué te dice mi tanga? —Parpadeé varias veces memorizando el etéreo aroma femenino, ese que no había percibido jamás en mi vida. Tenía la garganta reseca, pero sabía muy bien lo que quería decir.

—Que te has convertido en mi nuevo aroma favorito y que estoy deseando perderme en ti.

Parecía complacida ante la respuesta.

—¿Y a qué esperas, Jon? Ven a por mí.

No me lo pensé, me lancé de cabeza mientras ella corría directa a la habitación. En cuanto le di caza, apreté su espalda contra mi torso agarrándola por la cintura. Ella rio, parecía que tenía cosquillas, pero no era eso lo que quería provocarle, o por lo menos no de ese tipo.

Eché mano de toda la hemeroteca porno que tenía en mi mente y pensé en lo que acababa de hacerme ella al quitarme la camiseta y el enorme placer que me había proporcionado. Tal vez era inexperto, pero no tonto.

Subí las manos con torpeza hasta tomar sus firmes pechos. Eran absolutamente perfectos, me cabían en la palma de la mano, y tenía unos pezones pequeños y sonrosados que punzaban calentando las yemas de mis dedos.

Gritó cuando los pellizqué y aflojé la presión al momento.

—¿Me he pasado? —cuestioné, esperaba no haberme equivocado. Ella subió rápidamente las manos y apretó mis dedos con los suyos aplicando todavía más fuerza y gritando con ello.

—No, Jon, ha sido jodidamente perfecto. No te detengas, hazlo así. — Aquellas palabras fueron el aliento que necesitaba para seguir

explorando. Tiré con firmeza, retorcí esas pequeñas crestas que respondían endureciéndose bajo mi toque. Los quejidos de Jen, el modo en el que curvaba el cuello hacia atrás, proyectando las cremosas cimas hacia delante para exigir que continuara, me fascinó.

Pero quería ir más allá, una de mis manos quiso parar de la suave montaña a la planicie que la separaba del verdadero objetivo. Un valle oculto entre sus muslos que moría por explorar. Comencé el descenso por la suave piel de su abdomen. Ella resollaba serpenteando de necesidad, su trasero se pegaba contra mi erección. Podía intuir qué quería, pero no deseaba cagarla, así que lamí el lóbulo de su oreja y le planteé.

—Guía mi mano, Jen, muéstrame cómo quieres que te dé placer, enséñame a desatar la tormenta que palpita entre tus piernas.

—No sabes lo que me has pedido. Dios, prepárate para hacerme rugir.

Colocó la mano izquierda en mi cuello y la derecha sobre la mía, separó los muslos y me condujo directo al abismo.

Tocar su humedad me llenó de orgullo, Jen quiso que la acariciara, que recorriera sus pliegues haciéndolos míos sin verlos, solo a través del tacto, memorizando cada zona según el sonido que emitía. Todos mis sentidos estaban en alerta, quería satisfacerla, igual que ella había hecho conmigo.

Noté que se tensaba cada vez que me acercaba a una pequeña zona rígida del tamaño de un garbanzo diminuto.

—¿Lo sientes, Jon? Este es el botón que puede hacerme estallar por los aires, como una granada dispuesta a devastarlo todo —murmuró sinuosa—. Si sabes cómo tratarlo, si sabes hacerlo tuyo, te abrirá las puertas al infinito. —Me soltó la mano para subir la suya junto a la otra, anclarse a mi cuello y quedarse a mi merced, por voluntad propia, sin que yo se lo pidiera. Era un ejercicio de confianza y no quería echarlo a perder—. Ahora te toca a ti, tú tienes el control, abre las puertas del paraíso, Jon.

Le eché valor, con los dedos algo temblorosos la penetré con tiento, no quería hacerle daño. Ella corcoveó; estaba muy mojada, caliente y estrecha. Pensar en enterrar mi polla allí dentro hizo que a punto estuviera de correrme, pero logré poner mis emociones bajo control. Era como estar palpando mantequilla fundida en una apacible cueva que se expandía para mí.

Ella me había regalado un orgasmo de película, nunca mejor dicho, y yo

quería hacer lo mismo y hacerla explotar.

Deslicé el dedo con lentitud dentro y fuera del angosto conducto, notando cómo se cerraba a mi alrededor apresándome en él.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunté escuchando sus suspiros, lamiendo la dulce piel de su cuello.

—Ajá —suspiró—. Lo estás haciendo genial, pero si en vez de un dedo usas dos y con tu otra mano le sacas brillo a mi granada, te garantizo que me convertirás en un arma de destrucción masiva. —Sonreí ante la imagen que proyectó en mi mente.

—Soy demasiado joven para morir —murmuré sin dejar de acariciarla.

—Piensa que siempre es mejor una muerte estando de servicio que porque te caiga accidentalmente una maceta en la cabeza; y te juro que si paras, voy a por la que tengo en el balcón.

Apreté la sonrisa junto a su cuello, siempre me habían gustado las cosas que estallaban más que las que impactaban. Era rápido en captar qué me convenía más y acatar las instrucciones precisas para terminar bien la maniobra.

—Está bien, gata, vamos a hacerte ronronear del gusto y a hacerte volar por los aires.

Seguramente habría estado con hombres más experimentados que yo, pero pensaba darlo todo para que se sintiera ampliamente satisfecha.

Conduje el segundo dedo a su interior empujando sin detenerme hasta sentirlos enterrados, ella respiraba con intensidad y yo me maravillaba al oír sus quejidos de placer.

Como me había indicado, llevé la otra mano al pequeño brote para masajearlo indolente. Jen movía las caderas en busca del deleite, impactando a cada retorno con mi miembro henchido, que se sacudía a cada golpe.

Su sexo se contraía tirando de mis dedos hacia el interior, engulléndolos con pericia.

—Más duro, más rápido, Jon, siéntelo, míranos. —Levanté el rostro y entonces me di cuenta. Estábamos frente a un armario cuya puerta era de cristal, la visión de Jen retorciéndose de placer, completamente expuesta, vulnerable y con mis manos amasando su sexo, fue devastadora. Estaba completamente encendida, con los labios entreabiertos exigiendo más y

yo solo quería dárselo todo.

Aumenté el ritmo como exigía perdiéndome en la imagen, como esas obras de arte que exponía mi madre en la galería. Jen era el éxtasis de la perfección en estado puro.

—Lo estás haciendo genial pequeño, ¿no lo notas? Estoy muy cerca, solo un poco máááááás. —Enterré los dedos con violencia hasta los nudillos. Tenía unos dedos largos, mi madre decía que podía ser pianista, pero desde luego que prefería este instrumento que estar en la Filarmónica de Londres. El ritmo fue *in crescendo*, al igual que los gemidos de Jen que, tras una última embestida, se fragmentaron en un grito de liberación—. ¡BOOM! — exclamó perdiéndose en el orgasmo.

Capítulo 10



Parpadeé soñolienta cuando me di cuenta de que estaba en la cama, estirada, con Jon a mi lado. Él llevaba el vaquero puesto, mientras que yo estaba acurrucada sobre su cuerpo completamente desnuda. No recordaba cómo había llegado a estar así, pero estaba claro que él me había llevado a la cama envolviéndome en su abrazo para que pudiera absorber su calor.

Sonreí contemplando su hermoso rostro relajado, estaba tan dormido como yo debía estarlo hacía unos instantes. Su respiración era serena, envolvente y su corazón retumbaba plácido bajo mi oído.

Forcé mi memoria. Nada, no recordaba qué había ocurrido tras el orgasmo, estaba casi convencida de que me había desvanecido del agotamiento. Había tenido un día muy intenso con la preparación de la exposición y apenas había descansado. Además, llevaba unas noches estudiando todo lo que había encontrado sobre el abuelo de Jon y su técnica pictórica.

El lunes compré un caballete, lienzos, óleos y pinté de nuevo con la misma pasión con que solía hacerlo cuando estudiaba en la universidad. Los dedos volvían a hormiguearme anhelantes de encontrarse con los pinceles para ungirlos de color.

Desde Matt no había dejado que nada satisficiera mi cuerpo, nadie había entrado en mi vida o dormido entre mis sábanas, y mucho menos compartido ese tipo de intimidad conmigo.

Contemplé el bello ejemplar masculino y suspiré; era hermosamente exótico, con un cuerpo perfectamente armónico. Estaba convencida de que cualquier escultor moriría si Jon posara para él. A mí misma me encantaría poder pintarlo y captar su esencia, aquella sutil inocencia cargada de coraje, aquella máscara de frialdad rellena de pasión desbordante.

No parecía muy diestro en las artes amatorias, aunque eso no importó, me había satisfecho plenamente. Tal vez hubiera estado con pocas chicas, era joven, demasiado para mi gusto. Casi me sentía una asaltacunas, aunque fuera mayor de edad.

Sabía que ambos saldríamos ganando con lo que fuera que habíamos iniciado. Yo le ayudaría a adquirir experiencia, le enseñaría cómo complacer a una mujer como yo y él me haría entrar en el sector de las colecciones privadas gracias al cuadro de su abuelo. Un intercambio justo, placer por placer.

Era tarde, Carmen tenía que estar preocupada por dónde se debía encontrar su hijo.

—Jon —lo desperté, murmurando con suavidad su nombre para no asustarlo. Paseé la lengua por su plana tetilla y soplé repitiendo su nombre. Él entreabrió los ojos mostrando esas perfectas y resplandecientes joyas negras —. Es muy tarde, tu madre debe estar intranquila, y yo necesito descansar aunque sea unas horas antes de que

amanezca.

—¿Me estás echando? —preguntó tranquilo. No parecía ofendido.

—Creo que sí, pero no te preocupes, te compensaré por quedarme dormida.

—Nunca imaginé que fuera tan aburrido que fuera capaz de dormir a una chica tras hacer que se corriera. —Sonreí algo avergonzada y le mordisqueé el pezón, arrancándole un gruñido, para después pasar la lengua caliente y soplar de nuevo.

—No fuiste para nada aburrido, debes tomar como un logro lo que hiciste conmigo.

Él se dio la vuelta con agilidad para ponerse entre mis piernas en posición completamente dominante, un escalofrío recorrió mi columna.

—¿Pretendes hacerme y decirme esas cosas y que me marche sin más? — inquirió frotando su entrepierna contra mi vagina. Esta vez fui yo la que gruñí.

—Vamos, pequeñín, mami estará preocupada por su cachorro y yo tengo que dormir si mañana quiero rendir. Ya me he saltado una de mis normas contigo, no me lo pongas más difícil.

—¿Qué norma? —preguntó curioso.

—Pequeñines no, gracias; hay que dejarlos crecer.

—¿Consideras que esto es pequeñín? —Volvió a frotarse entre mis piernas.

—Mmmmm —fue lo único que pude decir frente a la aclaración.

—Ya veo —murmuró colando una mano entre nuestros cuerpos para buscar de nuevo mi humedad, que no tardó en aparecer. Una sonrisa de suficiencia apareció en su rostro y utilizó la confianza adquirida para penetrarme. Estaba claro que me había cogido el punto. Respiré con fuerza—. ¿Estás segura de que quieres que me vaya, gata? Puedo mostrarte que de pequeño no tengo nada —preguntó endureciendo las acometidas.

—Ohhhh, joder —musité deseando lo que me estaba proponiendo. Tenía ganas de sentirlo dentro, que otra parte de su anatomía me poseyera—. Dime que tienes condones —afirmé separando más los muslos para que continuara con su particular masaje. Pero él se detuvo. Abrí los ojos y vi la preocupación asomando en su rostro—. No puedo

creerlo, ya veo —suspiré—. No puedes ofrecerte a encender mi fuego si después no tienes con qué prevenir el incendio —lo regañé. Yo tampoco tenía profilácticos, no entraba en mis planes acostarme con él—. Pues sin gomita no hay temita. La próxima vez que quedemos asegúrate de llevar protección.

Sus dedos abandonaron mi interior con suavidad.

—¿Eso quiere decir que habrá una próxima vez? —Vi la esperanza aleteando en su mirada.

—Bueno, eso espero, ¿tú no? —Agité las pestañas, como si no supiera que Jon estaba loco por repetir.

—S-sí, sí, por supuesto.

—Muy bien, pues ahora somos oficialmente *follasocios*.

—¿*Follasocios*? —preguntó extrañado—. Habrás querido decir *follamigos*. —Negué.

—He querido decir exactamente lo que he dicho. Te dije que no quería nada contigo, ni ser tu amiga ni tu novia ni nada de nada, solo follar; así que eres mi socio de cama, por ponerle alguna etiqueta que no nos lleve a confusión. ¿Hay trato? —Le tendí la mano esperando un apretón que no parecía llegar. Él me miró ligeramente sorprendido, pero terminó sonriendo y paseando su suave mejilla contra mi mano, como si fuera un tierno cachorrito.

—Trato —respondió—. Así que, ¿quieres que me vaya, socia? —Dios, era tan apetecible que realmente hubiera preferido quedarme en la cama con él y desatar todos mis instintos, pero debía ser consecuente y poner el punto de madurez a la situación.

—Será lo mejor. Tú procura tener suficientes condones para el próximo día, que yo me comprometo a dejarte seco. —Tragó con dificultad.

—¿Y eso cuándo será? —La dureza que se apretaba contra mi sexo me decía que estaba impaciente.

—Supongo que tras la exposición o al día siguiente, ya veremos; estos días tengo mucho trabajo.

Se incorporó sobre mi cuerpo levantándose de la cama. Al momento, ya lo estaba echando de menos.

—Está bien, esperaré.

Lo contemplé con las luces y las sombras colándose desde mi ventana

hasta sus oblicuos, invitándome a pecar.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó levantando una ceja. Seguro que volvía a tener cara de imbécil y por eso me lo preguntaba.

—Ya sabes que me gusta el arte y ahora mismo son mis ojos de artista los que te miran —apunté recorriendo su armónico torso hasta perderme en la oscuridad de sus ojos.

—¿Y eso quiere decir que...?

—Eso quiere decir que te largues y que cuando dispongas de un sitio donde podamos jugar, sin que implique mi apartamento, podrás cerciorarte de si me gusta lo que veo.

—Dalo por hecho, gata. Porque a mí sí que me gustas y estoy convencido de que solo una noche no va a ser suficiente.

Su afirmación contrajo mi sexo. A punto estuve de pedirle que se quedara y rematar lo que habíamos empezado, pero hubiera sido una mala idea, era mucho mejor así. No lo acompañé a la salida, me quedé tumbada en la cama con la vista clavada en el techo, perdiéndome en la sintonía de sus palabras dichas como despedida lo suficientemente alto como para que las escuchara.

—Dulces sueños, gata —dijo desde la salida del apartamento cerrando la puerta.

Estaba tan agitada que me iba a ser imposible dormir, lo único que me apetecía era tomar mi bloc de dibujo y dar rienda suelta a ese *come come* que me devoraba por dentro. Eso fue lo que hice exactamente, dotar de vida a una simple hoja en blanco, plasmar en ella el momento más intenso y apasionado que había vivido entre sus brazos: nuestros cuerpos frente al espejo desatando la tormenta de mi alma.

Cuando lo tuve terminado, lo contemplé excitada. En él se me veía abandonada al deseo, pendiendo del cuello de esos ojos negros que me miraban con determinación, con la boca abierta y los muslos separados dando cabida a las manos de Jon.

Nunca había pintado algo tan íntimo y no era por la imagen en sí, lo que sobrecogía era la desnudez que se plasmaba mediante la confianza, la entrega absoluta hacia la otra persona. Me quedé impactada y sentí la imperiosa necesidad de cerrar el bloc y dejar de contemplarnos.

Mi dibujo hablaba sobre lo que era incapaz de sentir, lo que no quería

permitirme, aquello que había encerrado y que no estaba dispuesta a dejar fluir.

Me fui directa a la ducha y sin poder evitarlo me masturbé pensando en él, con rabia, con furia por hacerme sentir tantas cosas en tan poco tiempo.

Grité sacudiéndome de la cabeza a los pies sintiéndome completamente frustrada, porque lo que realmente necesitaba no era una liberación sexual, sino sentirlo a él.

Lo mejor era reflexionar, poner algo de distancia y asumir el rol que nos había asignado a cada uno. Jon no era más que el medio para lograr el objetivo, uno muy apetecible, pero un medio, al fin y al cabo.

El viernes la galería se llenó de gente, apenas había tenido un minuto libre.

El día anterior Carmen me agradeció haber ido al cine con su hijo, haberlo sacado a comer algo y a tomar una copa. Imagino que fue eso lo que él le contó, mucho mejor así.

También me comentó que lo veía algo más receptivo hacia ella y había notado una leve mejora en su relación, por lo que quería invitarme a cenar el sábado, en su casa.

No podía creer mi buena suerte, por fin iba a poder ver el cuadro y fotografiarlo, porque una cosa estaba clara, no pensaba largarme de allí sin verlo. Ya vería cómo me las ingeniaba para regresar a ella cuando tuviera mi obra lista y poder sustituir el original sin que nadie se percatara. Volví a pensar en Jon. Estaba claro que lo necesitaba, sin él no podría hacerlo de un modo fluido.

Cuando volví a verlo, me saludó y supo mantener las distancias; aunque podía leer el deseo en su mirada, el mismo que enturbiaba la mía y que yo misma había decidido refrenar por mi bien. Sabía que en algún momento del fin de semana debería cumplir mi promesa para con él.

Llevaba puesta mi última adquisición, un vestido de encaje negro muy sugerente ajustado al cuerpo, de tirante fino y profundo escote en v por delante y por detrás.

Me había recogido el pelo con horquillas y prendido un par de aros de oro, como complemento, en mis orejas.

Estaba de brazos cruzados contemplando una de las obras que había

llamado mi atención cuando un dedo trazó la línea de mi columna y sentí un torso pegarse a mi espalda.

—Una pieza interesante —susurró la voz masculina a mi oído.

—Lo es —respondí, algo fría por su cercanía.

—Aunque prefiero una obra de arte que tengo justo delante y que viste de encaje —murmuró. Me giré despacio y levanté la copa de cava, brindando por sus palabras y bebiendo después.

—Gracias, pero ya sabes que esa pieza no está en venta, ¿verdad?

—Y tú sabes que eso solo le añade más morbo y hace más interesante la conquista —dijo acercando sus labios para depositar un par de besos demasiado cercanos a mi boca—. Buenas noches, Jen.

—Tomás —respondí con amabilidad soportando el agarre de su mano en mi cintura. Mi cuerpo se tensó de golpe, mis pezones se erizaron y supe sin ninguna duda que Jon acababa de llegar.

Ver cómo aquel tipo la estaba agarrando no me hizo ni pizca de gracia. Llevaba dos días controlándome, intentando hablar con ella lo justo para no asaltarla con todas las ideas que tenía en mente.

Me dio por buscar en internet para no equivocarme con Jen. Lo primero que se me ocurrió teclear fue «cómo complacer a una mujer». San Google me ofreció tres millones seiscientos sesenta mil resultados. Aluciné con la cantidad de entradas que había sobre el tema, al parecer, suscitaba mucho interés.

Entré en la primera que me pareció seria, complaceatumujer.com, y me encontré con el primer *tip* o consejo:

1-No ser tratada como una muñeca hinchable o como un simple agujero donde meter tu taco hasta las pelotas.

Me sobresalté ante las palabras que habían elegido, supuse que estaba escrito de un modo desenfadado para llamar la atención del lector. ¡Genial!, pensé divertido, porque no había pensado en jugar con ella una partida de billar.

2-Si eres limpio y aseado, te meterás en cualquier lado.

Sí, bueno, lo de ser un cerdo no iba demasiado conmigo.

*3-Nunca con calcetines si pretendes adentrarte en sus jardines.
Pero asegúrate de que tus uñas no parezcan las de un orangután.*

A las mujeres les gustan los chicos monos, pero de guapos, no de guarros.

Sacudí la cabeza ante la imagen. Lo más triste es que si alguien lo plasmaba es que seguro que esa situación se daba.

4-No te quedas a medio vestir, con los pantalones por los tobillos o parecerás un pardillo.

Ese me lo anotaba. Además, sería capaz de tropezar y liarla.

5-Si la escuchas decir «Ay, ay, ay», asegúrate de que es de gusto y no porque le hayas pillado el pelo.

Anotado.

6-Si ella no llega al orgasmo, te has portado como un asno. Sigue practicando y vuelve a intentarlo cuando vayas mejorando.

Ja, ja, ja, ja, eso casi me sonó a los Rasca-rasca de «sigue jugando hasta que te toque el premio».

7-Si intentas ser creativo, asegúrate de que lo que vayas a intentar no sea lesivo.

Estaba claro, seguridad ante todo. Ya me había hecho con un buen cargamento de condones, no iba a volver a ocurrirme lo de no ir preparado.

8-Si quieres triunfar, al pilón debes bajar. Si no sabes cómo hacerlo, haz clic aquí y consigue nuestra app gratuita en exclusiva. Éxito garantizado.

¿Qué era eso del pilón? Mi madre nunca me había nombrado esa palabra. Antes de seguir elucubrando, decidí que era más sencillo apretar el enlace de la descarga y ver de qué se trataba. Se me instaló una *app* que pesaba muy poco, cuyo emoticono recordaba a una especie de orquídea. Cuando la abrí, no podía creer lo que veían mis ojos. Salía un tipo pelirrojo, algo desgarrado, siguiendo los consejos que marcaba la aplicación y mostrándolos; era como un vídeo formativo.

En primer plano apareció la imagen de una vagina con un montón de flechas. El audio ponía nombre a los movimientos que garantizaban un orgasmo asegurado, convirtiéndote en el rey del *cunnilingus*.

Estaba tan asombrado como espeluznado, pero la cosa es que no podía dejar de mirar cómo el pelirrojo lamía el teléfono, no podía dejar de pensar donde habría puesto los dedos antes de deslizarlos por la

pantalla y rechupetearla con la lengua... ¡Puaj!

Cerré la aplicación y la desinstalé *ipso facto*. Algunos consejos no estaban mal, pero otros eran nefastos y no había sacado nada en claro.

Busqué otra web donde decía que el punto G de la mujer estaba en el cerebro, y que si querías satisfacerla debías estimularla mentalmente reproduciendo sus fantasías.

Genial, ¿y yo qué sabía sobre qué fantasías tenía Jen? Volví a hacer una pesquisa sobre las fantasías más recurrentes en las mujeres. Algunas me parecieron bastante lógicas como tener sexo en la playa, en la oficina, con los ojos vendados, en el agua, en un ascensor, en un baño público o en el cine. Debo reconocer que cuando llegué a esa sonreí, pues Jen la había hecho realidad antes de que supiera que la tenía.

Abandoné el teléfono sobre la mesa del despacho de mi madre, no era eso lo que estaba buscando. Caminé hacia la librería con intención de despejarme cuando me encontré con un montón de títulos de novelas que llamaron mi atención. *La magia del Karma* leí para mis adentros sacando uno de los tomos, lo abrí al azar y me puse a leer un fragmento.

«Con la saliva que pendía de mis labios, mojé los dedos de mi otra mano para estimular el canal que recorría del escroto hasta el ano. En las charlas que daba mi abuela había escuchado que era realmente estimulante y quería ofrecerle una experiencia inolvidable.

Cédric se tensaba cada vez que mi dedo se acercaba peligrosamente a aquel lugar oculto entre sus glúteos de gladiador, aunque tampoco se oponía. Me dejaba hacer, con lo que fui ganando confianza y explorando en mayor profundidad.

Su miembro estaba completamente rígido, había alcanzado el tamaño máximo y me costaba tomar el aire. Los falos de goma no se movían, te dejaban marcar el ritmo, y Cédric se clavaba en mí como si no hubiera un mañana.

—Didi, cielo, estoy a punto de estallar. Si no quieres eso, para ahora mismo o me vendré en tu boca. —¿Que parara? Lo estaba deseando e iba a hacerle un regalito extra. Ungí bien mi dedo y seguí chupándola con mayor ahínco. La desenterraba del todo succionando con fuerza el glande, para después relajar los músculos que envolvían la tráquea y albergarla por completo.

Cédric entendió el mensaje y dejó ir la poca contención que había mostrado hasta el momento. Sus acometidas fueron más violentas, sus nalgas se relajaron y cuando noté el primer chorro invadiendo mi garganta, interné el dedo entre el anillo de músculos en busca de su punto G.».

Oí un leve carraspeo y una sonrisita femenina, cerré el libro de golpe y me encontré la mirada ladina de mi madre.

—No sabía que te gustaba este tipo de literatura —observó divertida—, tengo una amplia colección de ese tipo de novelas, si tienes esas preferencias a la hora de leer. — Intenté ocultar la erección que me habían provocado esos simples párrafos. ¡Joder con mi madre! Pero ¿qué leía? Intenté buscar una respuesta lógica.

—No —traté de aclarar, nervioso por la pillada—. Ehm, yo...

—Tranquilo, no pasa nada, Jon. El sexo forma parte del día a día del ser humano, es lógico que te cause curiosidad y que tu cuerpo reaccione a él con los estímulos adecuados. —Apreté el libro contra mi entrepierna, por suerte no había leído demasiado y la cosa empezaba a bajar.

—Solo estaba curioseando, buscaba algún libro para entretenerme y poder recomendar a una amiga y...

—Ya —suspiró—, y esa amiga no será rubia, americana y se llamará Jen, por casualidad.

—¡No! Yo, ella, no. —Mierda, estaba balbuceando como un crío de dos años. Mi madre se acercó a mí con cara de absoluta comprensión.

—Vamos, cariño, es muy normal que te guste Jen. Es guapa, joven, lista, me gusta incluso a mí. Y es del todo lógico que busques información — dijo entrecomillando las palabras con los dedos—. Comprendo que te avergüence hablar conmigo de sexo, que incluso te incomode, aunque no debería, y quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites... — Resoplé.

—Oh, vamos, ya es lo que me faltaba, preguntarte a ti cómo complacer a una mujer —protesté. Sus ojos castaños se abrieron divertidos y yo quise usar las páginas del libro para cortarme las venas.

—Así que es eso...

—No es eso, no es nada, era, era...

—Me parece genial que quieras preocuparte por la chica con la que te acuestes, eso es muy importante, Jon, y solo habla de tu generosidad. En el sexo es importante no ser egoísta, fijarse en lo que le gusta a la otra persona, comunicarse y hablar. —No sabía si seguir con la conversación o no, pero es que tenía serias dudas y necesitaba aclararlas con alguien. Terminé claudicando y dejándome llevar.

—Pero ¿cómo voy a saber lo que le gusta? —¿De verdad estaba manteniendo esa conversación con mi madre?, me cuestioné sorprendido.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te ofendas? —Me encogí de hombros; de perdidos, al río.

—Tú has..., bueno, ya sabes, mmm... ¿Te has acostado con alguien?

—¡Mamá! —exclamé avergonzado. Ella no insistió y me dejó mi tiempo. Terminé respondiendo con una pregunta bastante obvia—. ¿Crees que si lo hubiera hecho estaría dudando? —Asintió, sabía que no quería forzarme y me sentía agradecido por ello.

—Ven, sentémonos, te juro que será un momento y no voy a incomodarte, o por lo menos voy a intentar hacerlo bien. —Le hice caso y ambos nos sentamos en el sofá de piel oscura que había frente a la biblioteca.

—El sexo debe ser algo divertido, Jon, siempre consensuado y donde entregarse al máximo a la otra persona. No importa si es esporádico o no, lo importante es dar lo mejor de uno mismo, entregarlo sin reservas y sin vergüenza. Piensa que la otra persona se siente muy vulnerable, pues es un estado donde la situación exige desnudez y todos tenemos inseguridades a la hora de ser juzgados frente a otra persona. —Pensé en Jen y su precioso cuerpo. ¿Qué juicio iba a sacar de eso excepto el hecho de que la deseaba sobre todas las cosas?—. Siempre debes tratar de que la otra persona se sienta cómoda, debes hacerla sentir la mujer más hermosa del mundo, la más deseada, porque cuando te desnudas, cuando te desprendes de todo lo que te cubre, eres capaz de llegar a visualizar el alma. —Pensé en el momento en el que nuestros ojos se encontraron en el espejo, en la vulnerabilidad del momento y en su entrega. Mi madre tenía razón, creí ver algo más que sexo en los ojos azules—. Trátala como te gustaría que te trataran, escucha el mensaje oculto de sus suspiros, observa cómo se dilatan sus pupilas al

complacerla, qué roce es capaz de acelerarla y cuál la enfría. No hay una sola mujer igual ni un manual de instrucciones que funcione con todas, cada mujer es distinta y debes encontrar, en vuestros momentos de intimidad, la clave para abrir su puerta. —Me tomó las manos con cariño—. Solo debes hacerla volar. Al principio será un vuelo torpe, o tal vez corto, o tal vez no lleguéis ni a despegar, pero no olvides que como todo en la vida se debe practicar y mejorar con el tiempo.

—Pero ella habrá estado con otros y no sé si estaré a la altura. —Ella curvó la sonrisa con dulzura ante mi preocupación.

—Hijo, muchos hombres pueden haber acariciado su cuerpo, pero estoy convencida de que muy pocos le han acariciado el alma. Si logras eso, poco importará el placer que haya sentido en el pasado. Preocúpate por ser su presente y que quiera convertirte en su futuro. Esa chica es oro, merece la pena —planteó serena. Después, demudó la expresión a la que habitualmente me tenía acostumbrado, con esa chispa que la caracterizaba—. Ahora puedes ponerte a leer toda la colección de libros eróticos de la estantería, pero nada es más placentero que descubrir juntos lo que complace al otro. El despertar de una pareja hacia el sexo es como abrir un precioso regalo envuelto en un montón de capas de papel y cajitas de diferentes formas y tamaños. Cada cajita en sí es un presente, debes gozar en cada capa, dejarte sorprender y saborear el regalo final. ¿Lo comprendes? —Asentí, admirando a la mujer que acababa de darme una de las lecciones más importantes de toda mi vida—. Bien, y ahora, si te siguen interesando mis libros, empieza por ese —apuntó señalando un libro con el tomo rojo poniéndose en pie—. Es infalible —añadió guiñándome un ojo para darme privacidad.

—¡Gracias! —grité exultante acercándome al santo grial de la literatura erótica. Ella ya había salido fuera de la habitación, pero escuché cómo me decía...

—Dámelas cuando Jen te las dé a ti.

Iba a lograrlo y no tenía ninguna duda al respecto.

Apreté los nudillos cuando el tipo que estaba con Jen movió el pulgar arriba y abajo de su cintura. Me faltó un nanosegundo para ir hasta allí y arrancarle ese dedo de cuajo, pero no hizo falta. Jen se apartó, le dijo algo al oído y vino caminando con paso firme hacia donde yo estaba.

Ella sí que parecía una diosa cubierta de encaje.

Tomé una copa de la bandeja que acababa de pasar por mis narices, vaciándola sediento, mientras contemplaba cómo se abría paso entre la multitud lamiendo su labio inferior en una clara invitación. Mi cuerpo reaccionó temblando de necesidad, aunque intenté que no se me notara.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me tomó de la nuca y depositó dos besos en la comisura de mis labios, haciendo que lo que acababa de ver pareciera de toda importancia.

Jen me había elegido abandonando al capullo de las carreras ilegales y eso me llenaba de euforia. Podía imaginarlo contemplándonos con rabia al ver que ella había venido a por mí en lugar de quedarse con él. No quise perder el tiempo mirándolo, Jen copaba toda mi atención y era con ella con quien quería estar.

—Buenas noches, Jon —me saludó seductora... El contacto de sus dedos contra mi nuca fue como ser marcado bajo un hierro candente. Creo que solo fui capaz de gruñir ante su proximidad—. ¿Decías? —preguntó divertida ante el efecto que causaba en mí. Mi respiración comenzaba a hacer aguas al percibir el aroma de su piel. Quería volver a acariciarla, a escuchar sus gemidos bajos mis dedos, a que estallara por el placer que pensaba proporcionarle.

—Que si con veinte tendremos suficiente. —Se separó un poco, lo justo para mirarme entre las espesas pestañas.

—¿Veinte? —Asentí.

—Creo que me he quedado corto con los condones después de verte con ese vestido. —Su sonrisa se amplió y deslizó la mano de la nuca a mi pecho, acercándose a mi oído para murmurar en él.

—Si se nos acaban, siempre podemos ir a una farmacia de guardia. Voy a follarte como nunca te han follado, Jon, y voy a encargarme personalmente de ello. —Frotó sus pechos contra mi torso, mordió levemente el lóbulo de mi oreja y después se separó, dejándome en un estado de excitación difícil de disimular—. Nos vemos cuando termine, ahora debo seguir trabajando.

Piensa en mí y en todo lo que te voy a hacer sentir.

No podía tener la polla más dura ni el cerebro más triturado.

Mi gata se separó sonriente, marchándose a atender a los posibles

compradores, a la par que yo no podía apartar los ojos de ella ni un instante.

Reflexioné sobre las palabras de mi madre y supe que iba a por su alma.

Capítulo 11

—¿Esa es tu estrategia? ¿Follarte al hijo de Carmen? —preguntó Tomás ladino, cuando salía del baño.

Miré a un lado y a otro, esperando que nadie lo hubiera oído.

—Lo que haga o deje de hacer y las estrategias a seguir para conseguir nuestro objetivo no son objeto de debate. Lo único que debería preocuparte es elegir el lugar perfecto para colocar tu cuadro y tener mi dinero listo — argumenté, levantando las cejas. Él sonrió, acercándose a mí. La exposición estaba a punto de terminar.

—Cierto, no tiene por qué importarme, si no fuera porque yo también te quiero debajo de mí. Esta noche voy a correr, ¿te apetece sumarte? Tal vez después podrías venir a casa y probar mi jacuzzi —ronroneó, acorralándome contra la pared. Apestaba a alcohol, estaba segura de que había bebido demasiado.

—Lo siento, tengo planes. Además, tu tasa de alcoholemia supera el límite recomendado; dudo que atinaras a echar incluso el freno de mano.

—¿Y por qué no le echas mano tú? —preguntó cogiéndome la mano y llevándola abruptamente a su entrepierna. Me solté de golpe.

—Ya te lo dije, no confundas las cosas. Tú y yo solo compartimos negocios, nada más.

—Bla, bla, bla, ya has vuelto a soltarme la perorata de siempre. Relájate un poco, mujer. Un niño como ese no puede ofrecerte lo que tú necesitas, en cambio, yo... —Lo empujé levemente para salir de su

encierro.

—Tú has bebido demasiado y has gastado más de lo que debería ser decente en arte. —Soltó una risotada.

—Me encantan las indecencias. —Ese hombre me daba grima. Me miró con descaro, desnudándose con la mirada.

Por suerte, Carmen apareció como caída del cielo.

—¡Ah, Jen, estás aquí! Disculpa si estabas ocupada, pero necesito que vayas a la sala. Hay un tipo de Londres que creo que quiere el último cuadro de la colección y ya sabes que yo no paso del *jelou*.

—Carmen, Carmen, Carmen, Carmen, tan hermosa como siempre. Tanto, que podrías opacar a la mismísima luna. —Mi jefa sonrió coqueta, entrecerrando los ojos ante el piropo de Tomás.

—Cuánto tiempo sin verte. Cuando te vi aparecer por la puerta, pensé que eras un fantasma. —Una risa ronca escapó de la garganta de Tomás.

—Ya sabes que un poco fantasma sí que soy, pero lo justo para aparecer y desaparecer en el momento oportuno. Aunque sí que estoy de acuerdo contigo en algo, hace demasiado que tú y yo no estamos juntos; tal vez debería invitarte a casa, para recordar viejos tiempos. —Ella sonrió contoneándose hasta acercarse lo suficiente. Él me miraba de reojo, supongo que esperando ver algún tipo de reacción por mi parte, lo llevaba claro.

—Puede que tengas razón. Vamos a echar el cierre, si no te importa esperarme...

—A ti te esperaría toda la eternidad, hermosa Carmen. —Resoplé ante su hipocresía y aunque no debería molestarme que mi jefa quisiera irse con él, lo hizo. No porque lo considerara mío, sino porque me daba lástima que se acostara con un tipo que hacía escasos segundos había intentado meterse entre mis piernas. Pero no debía importarme, yo no estaba para hacer de niñera de nadie, ¿no? Además, si ella pasaba la noche fuera, tal vez sería la ocasión perfecta para visitar su piso. ¿Podría convencer a Jon? Tendría que intentarlo.

—Disculpadme, voy a tratar de cerrar una venta, pasadlo bien. —Ambos me miraron, Tomás apretando el gesto y mi jefa complacida. Me dirigí a ella —. Si quieres yo echo el cierre, así no tienes que esperar y puedes irte ahora con tu acompañante. Seguro que tenéis muchas cosas que

contaros.

Carmen amplió la sonrisa mostrando su dentadura perfecta, tal vez demasiado blanca para mi gusto.

—¿De verdad? ¿No te importa?

—No.

—Está bien, le diré a Jon que se quede, así puede cerrar contigo. No me gusta que cierres sola, es tarde. Cuando todo haya terminado, le das las llaves y listo. —Moví la cabeza afirmativamente.

Vi cómo Tomás contenía el gesto al escuchar que iba a quedarme con Jon, se aproximó a Carmen y la agarró de la cintura encajándola en su cuerpo.

—Eso es perfecto, muchas gracias, Jen. —Besó el cuello de mi jefa mirándome con descaro—. Carmen y yo disfrutaremos mucho en tu honor — soltó con retintín—. Ah, y aseguraos de cerrar bien, últimamente corre mucho ladrón suelto por Barcelona.

La mano de Tomás se paseaba insinuante por el abdomen de ella, que parecía derretirse bajo sus dedos.

—Descuida, soy muy precavida. Pasadlo bien.

—Lo haremos —respondió antes de que me marchara.

Carmen y Tomás se fueron minutos después, vi cómo ella se dirigía a su hijo y después desaparecían por la puerta, así como el resto de los invitados a la exposición. Logré cerrar la venta con el inglés y, tras despedir a los del *catering*, me quedé mirando pensativa la obra abstracta pintada en tonos naranjas, rojos, ocres y negros.

—Creo que nunca entenderé el arte abstracto —murmuró Jon detrás de mí.

—Es simple —respondí sin darme la vuelta—, el arte abstracto permite que viajes a través de tus emociones, que no sigas una lógica, que te dejes llevar interpretando libremente la obra. Hay diferentes tipos de arte abstracto. Puede ser curvilíneo, si ves distintas líneas curvas que se entrelazan. Cromático-visual, si lo que predomina son los impactos de color; geométrico, como podría ser cualquier obra de Picasso —murmuré pensativa, buscando un pintor que pudiera sonarle—. Gestual, donde predomina la pincelada; minimalista, si se trata de algo muy simple o intuitivo, que sería el caso de esta obra. Si te fijas, el cuadro exige que

uno se aproxime a él desde la intuición y no desde la lógica. —Oí su risilla suave colándose cerca de mí.

—Una clase magistral, profesora Hendricks. Se nota que todo esto te apasiona tanto como a mi madre.

—¿Y eso es malo? —pregunté acariciándome los brazos al sentir un ligero escalofrío que denotaba su proximidad.

—No, solo se trata de una observación. A mí todo este rollo no me va, yo no entiendo de arte. Las cuatro líneas que me has soltado me han causado una sobredosis de la que me costará reponerme. —Resoplé. De la manera en la que me lo decía, era cómo si lo hubiera aburrido. Está claro que el arte no es para todo el mundo, pero tampoco había sido para tanto, ¿no?

—¿Me estás diciendo que mi charla aburre hasta a las ratas? —Él se sacudió de la risa.

—No, aunque tal vez sí a los hámsteres. —Apreté mi abrazo entre fastidiada y divertida—. No te enojés, era broma. Es como si yo me pongo a profundizar en algo que a mí me apasiona y a ti no, aunque te comprendo.

¿Sabes lo que siempre me gustó del arte?

—Sorpréndeme.

—Ver a mi madre pintar, perdida en su mundo de acuarelas y carboncillos; su plácida mirada cubierta de pasión a la hora de plasmar sus creaciones sobre los lienzos y sus blocs de dibujo; observar cómo el tiempo volaba entre sus dedos y dejaba de existir como si me encontrara en una realidad paralela. —Su recuerdo me hizo pensar en mí misma. A mí me sucedía exactamente lo que Jon estaba describiendo, cuando pintaba me abstraía tanto que el mundo desaparecía—. Recuerdo que siempre iba manchada y mi padre la reñía por no estar lo suficientemente presentable cuando venían a vernos, pero es que el tiempo se le echaba encima cuando pintaba.

—Cuesta imaginarla así, ahora siempre va impecable —observé, sintiendo sus brazos al envolverse.

—Supongo que se acabó acostumbrando a la rigidez de mi padre, creo que no ha vuelto a pintar desde la última pelea que tuvieron. —La amargura había teñido su última frase.

—¿Se peleaban mucho?

—Lo suficiente para que los escuchara, por muy silenciosos que intentaran ser; aunque también debo decir que siempre terminaban reconciliándose.

—Hasta que un día dejaron de hacerlo —anoté. Se puso algo tenso.

—Así es. —Necesitaba destensar el ambiente.

—¿Y tú qué ves cuando miras esta pintura? Vamos, inténtalo. —Apoyó la barbilla sobre mi hombro, concentrándose frente al lienzo.

—Podría decirte que el pintor quiso expresar una dicotomía entre el bien y el mal, los colores cálidos representan el amor que intenta ser arrastrado a la oscuridad por los trazos negros. —Su voz profunda me hizo suspirar ante su explicación—. ¿La he liado mucho? —Sonreí meditando mis palabras para no ofenderlo.



—Lo suficiente. Obviamente, lo que has dicho no es para nada lo que pretendía transmitir el artista, cuya obra se titula *Valencia tierra de naranjos*. Pero ya te he dicho que el arte abstracto puede transmitirte cualquier cosa.

—Vamos, no me fastidies, ahí no hay un puñetero naranjo. Si me esfuerzo, como mucho puedo ver el zumo derramado sobre la encimera de la cocina. —Esta vez sí que me eché a reír.

—Bueno, es tu interpretación. Lo que el artista quiere es emocionar, así que si a ti te ha sugerido todo eso, bienvenido sea. —Sus dientes buscaron un punto sensible de mi cuello que me hizo suspirar.

—Lo cierto es que mentí, ese cuadro no me transmite una puta mierda. Solo trataba de impresionarte diciendo algo que sonara tan petulante como ese tipo que siempre va tras de ti y que se ha largado con mi madre, pero al parecer, no lo he logrado. —Suspiró pasando su lengua sobre el mordisco.

—Ummmm —fue lo único que atiné a decir mientras sentía un montón de calambres arremolinándose en mi vientre—. ¿Celoso?

—Mucho —afirmó sin preámbulos.

—Pues no deberías, al fin y al cabo, con quien estoy aquí encerrada es contigo.

—Ya —dijo continuando con la exploración de mi cuello. Estaba encendiéndome por momentos, los pechos me dolían de necesidad, los sentía erectos bajo el encaje. Escuché un murmullo.

—¿Me estás escuchando? —preguntó continuando con su tortura. Era incapaz de saber qué había dicho.

—Lo intento —respondí dejándome llevar por aquel mar de sensaciones que me provocaban sus dientes.

Algunas de las luces ya estaban apagadas, estábamos tras una pared que nos confería la suficiente intimidad para hacer lo que quisiéramos.

Jon despegó los brazos de mi cuerpo instándome a que dejara caer los míos. Después, pasó las yemas de los dedos bajo los finos tirantes de mi vestido, palpando la comprimida piel centímetro a centímetro.

—Llevo toda la noche imaginándome haciendo esto —apostilló dejando caer las tiras por mis brazos. No hice nada para detenerlo, ni siquiera cuando sentí que mi torso quedaba descubierto con la pieza sostenida en mi cintura —. Date la vuelta, Jen —ordenó con voz tenue. Todavía le faltaba un punto mandón para hacerme sentir que era él quien llevaba la batuta, pero aun así decidí obedecer. Cuando sus ojos impactaron con la piel expuesta, la sentí arder. Sus ojos me abrasaban allá donde se posaban, sin siquiera rozarme, solo por la intensidad de su mirada—. Dime, gata, ¿qué sientes cuando sabes que no puedo apartar los ojos de ti, que me muero por lamer esos dulces pezones como si fueran trozos de fruta madura, que quiero amasar tus pechos hasta que te duelan de necesidad, que quiero perderme en tu aroma para no regresar nunca? — Juro que nunca había tragado con mayor dificultad ni me había sentido

más expuesta estando tan poco desnuda—. Contesta, Jen, ¿qué sientes?

—Siento que estoy en el mismísimo infierno, que el calor me consume y, aun así, no hay otro lugar en el que me gustaría estar en este momento.

Él sonrió, asintió y como si lo que acababa de suceder careciera de importancia, regresó las manos al interior de los tirantes y me subió el vestido colocándolo en su sitio.

—Pero ¿qué demonios...? ¿Qué ha sido eso? —pregunté ofuscada. Tenía un calentón del quince, estábamos solos ¿y ahora le daba por vestirme después de haberme dejado con las tetas al aire y haberme dicho todas esas obscenidades que me moría por disfrutar?

—Shhhh —susurró apoyando el dedo índice en mis labios—. Todo a su debido tiempo, gata, este no es lugar. —Sabía que tenía razón, pero no me hubiera importado intimar con él en la galería—. Vamos.

—¿Dónde? —No quería dar un paso sin estar segura de que íbamos a culminar lo que habíamos empezado.

—A mi casa, tenemos el piso para nosotros solos, mi madre pasará la noche fuera. —Era extraño. Por un lado, parecía molesto; pero por el otro, decidido. Imagino que no le había hecho gracia que Carmen se largara con Tomás. De hecho, a mí tampoco.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida —dijo agarrándome de la mano para tirar de mí.

Jen dio un silbido cuando entramos en el piso de trescientos metros cuadrados. Supongo que lo que más la alucinó fue dónde se hallaba.

—¡Esto es flipante! —exclamó perdiéndose abrumada por todo lo que sus ojos no alcanzaban a ver.

—Supongo.

—¡Jon! Tu madre vive en la mismísima Pedrera, solo unos pocos privilegiados pueden permitirse el lujo de vivir aquí. —Verdaderamente estaba alucinando.

—Lo sé, fue una casualidad, se mudó el año pasado. El antiguo inquilino, amigo de mi madre, dejaba el piso porque se iba del país, así

que le ofreció quedarse con el alquiler. Sabía que ella no se podría resistir y, efectivamente, no lo hizo.

—¿Cómo iba a dudarlo? ¡Vivir aquí es una locura! Si yo pudiera permitírmelo, también lo haría.

—Pues díselo a mi madre, tal vez podamos dejarte una habitación. Hay muchas vacías, nosotros solo somos dos —le ofrecí.

—Dudo que tu madre quiera compartir su intimidad conmigo, pero gracias por el ofrecimiento. Vivir aquí es un sueño hecho realidad para cualquier artista.

—Lo sé, los amigos de mi madre se encargan de decirlo cada vez que organiza una cena. Pero a mí este sitio no me gusta demasiado. —Me miró incrédula—. No me mires así. Pese a tener un ascensor privado, hay mogollón de turistas y se hacen conciertos en la terraza día sí, día también. No me gusta saber que vivo en un edificio turístico, me gustaría tener una mayor intimidad. Además, Gaudí no pensó demasiado en una buena insonorización.

—¿Bromeas? Gaudí era el arquitecto de la calma y el silencio, los pisos deben ser una tumba.

—Seguro que sí, pero no contaba con el calor que hace en verano, la necesidad de abrir la ventana y que en su casa se iban a dar conciertos.

—Ella se puso a reír.

—En eso estoy de acuerdo, pero no puedes quedarte solo con eso. Además, la música alimenta el alma y amansa a las fieras. —La observé completamente encendido.

—Ahora mismo no pienso en amansarte, gata, más bien en todo lo contrario.

Había seguido los consejos de uno de los libros. En él, el protagonista encendía a la chica para dejarla con las ganas, sin tocarla, como había hecho yo en la galería acariciando su libido y empujándola hacia las nubes. Al parecer la estrategia funcionó, pues juraría que Jen estaba dispuesta a aniquilarme cuando la vestí sin ponerle un dedo encima.

Casi se me escapa la risa. Debo reconocer que añadí un poco de cosecha propia, adulándola como había sugerido mi madre, contándole lo que querría hacerle; sus labios se separaron y las aletas de la nariz se abrieron para absorber el aire que no le llegaba. Lo anoté mentalmente,

Jen se había excitado, no quería que se me olvidara, así que lo coloqué en mi estantería mental junto a lo de los pantalones por la rodilla y los calcetines fuera.

—Antes de que te dispongas a hacer lo que tus ojos prometen, ¿podemos ver el piso? Me muero por ver todo esto y suelo ser muy agradecida si me complacen. —Ahora fue a mí a quien le costó tragar.

—Adelante, es todo tuyo para que curioses.

Una inmensa galería rodeaba el piso. Jen paseó por ella deteniéndose en cada obra que hallaba por el camino, suspiró cuando contempló los techos de las habitaciones, que tenían relieves que rendían honor a los juegos florales. Toda la casa estaba decorada con muebles modernistas que complementaban perfectamente con la arquitectura.

En la cocina se maravilló al encontrarse con la de carbón original del piso. Mi madre había decidido conservarla, aunque no la utilizaba, solo la usaba como elemento decorativo.

Seguimos por el pasillo cubierto de ventanales que daban a un patio circular interior, pero que dotaban al piso de muchísima luz.

Cuando nos topamos con unas puertas dobles francesas cubiertas de vidrieras, preguntó:

—¿Qué hay detrás?

—La habitación de mi madre. —Ella abrió los ojos interesada. Sus pupilas se habían dilatado y había abierto ligeramente las fosas nasales. Dos señales de excitación, ¿esa sería su fantasía? Si lo era, iba a importarme bien poco mancillar el lecho de mamá. Ya le cambiaría las sábanas después.

—¿Puedo? —preguntó cauta.

—Adelante, no tenemos nada que ocultar.

Descorrió las puertas aguantando la respiración cuando se encontró en el interior.

La estancia tenía dos piezas centrales, una hermosa cama tallada en madera oscura y un cuadro que pintó mi abuelo colocado en la cabecera.

Los tacones resonaron en el suelo de mosaico, Jen se postró frente a ambos objetos sin poder desviar la vista de ellos.

Mi intuición me dijo que era ahora o nunca, que estábamos en el lugar ideal y en el momento justo. Abrí la ventana del pasillo dejando que la

música se colara sutilmente para ambientar nuestra noche perfecta.

No cerré la puerta para que la suave brisa nocturna empujara la melodía hasta la habitación.

Ella seguía allí, de pie, como si estuviera atesorando cada trazo de la pintura que se desplegaba ante sus ojos. No quise interrumpirla y aproveché el momento para desvestirme perdido en la imagen que se me ofrecía.

Jen no se avergonzó al mostrarse ante mí en su piso, y yo no iba a ser menos ahora.

Doblé la ropa con cuidado dejándola sobre la silla del tocador, me aseguré de que los calcetines estaban fuera y mis uñas lo suficientemente cuidadas.

Estaba empalmado, el simple hecho de mirarla me excitaba, solo esperaba complacerla lo suficiente para que quisiera estar conmigo toda la noche.

Cogí los condones del bolsillo trasero del pantalón, una tira de diez, y los lancé sobre la cama llamando su atención.

—Vaya, veo que ya has sacado la munición —anotó volviéndose hacia mí para recorrer mi cuerpo con la misma intensidad que a la pintura—. Y también lleva el rifle cargado, soldado.

—A punto para echarle mano a tu granada, gata. —Su risa no se hizo esperar.

—Me gusta que recuerdes esos detalles. —Sin preámbulos, dejó que el vestido cayera arremolinándose a sus pies. La mandíbula se me desencajó al ver que bajo el vestido no había nada más que piel.

—¡Ibas sin bragas! —Ella se relamió.

—Ese vestido no admite ropa interior.

—Y yo no admito que pase un minuto más sin que pueda saborearte —sugerí lanzándome a por ella.

No podía creer que hubiera sido tan fácil llegar hasta ahí. Ver el cuadro de Solano y convencerlo para estar en la misma habitación que él sin mediar palabra había sido un maldito milagro que no pensaba desaprovechar.

Me encantaban sus besos. Me gustó que Jon se desnudara

impactándome con la belleza salvaje de su cuerpo, era hermoso, proporcionado, atlético y adictivo. Podría pasarme horas contemplándolo desnudo por el simple placer de mirarlo.

Su lengua recorría voraz la mía, encerrándome en un huracán de lujuria y anhelo. Lo quería, lo necesitaba, no podía pensar en otra cosa que no fuera poseerlo, retozar con él piel con piel y que me llenara hasta hacerme estallar de éxtasis.

Con Matt aprendí que me gustaba dominar, era mucho más feliz cuando el hombre acataba mis deseos; aunque para ser realistas, él me dejaba llevar las riendas en contadas ocasiones. Pero con Jon estaba convencida de que no me iba a costar que aceptara mis instintos dominadores, tal vez incluso le gustara mi toque dictatorial en el sexo.

Me separé de sus labios poniendo fin al beso.

—Siéntate en el borde de la cama y separa las piernas —exigí, sin dar cabida a la negación.

Hizo caso sin mayor problema esperando mi siguiente orden, que parecía no llegar. No quería abrumarlo con mis exigencias, pero solo así podría saber si era el socio perfecto para ocupar mi cama.

Me aproximé lo suficiente para ponerme entre ellas y levanté una pierna colocándola sobre el colchón, por fuera de su muslo. Su rostro quedaba a la altura exacta de mis necesidades, de hecho, las estaba contemplando muy de cerca.

—Jon, esta es mi granada. Granada, este es Jon. Una vez hechas las presentaciones...

No pude terminar la frase. Su boca cayó en picado sobre ella y el mundo comenzó a sacudirse como si estuviéramos en guerra. Tuve que agarrarlo del cabello para no caer, ¡Joder! ¡Era realmente bueno!

Su lengua paseaba sin prisa, memorizando cada pliegue, cada valle como si me estuviera degustando, paladeando, descubriendo cada rincón.

Me apreté contra él buscando mayor presión, acercándolo contra mi clítoris para que no errara el tiro.

Y no lo hizo. Se dedicó casi en exclusiva a adorarle, a agitarlo y tensarlo al máximo.

—Madre mía, Jon, necesito, ohhhhh, necesito... —¿Dónde narices había aprendido a mover así la lengua? Levantó el rostro brillante.

—¿Qué necesitas, gata?

—Necesito que me folles, no aguanto más y te quiero dentro. —Bajé la pierna—. Túmbate en la cama —le pedí tomando uno de los condones.

Él serpenteó estirándose expectante. Saqué la gomita y la coloqué en la punta de mi lengua, los ojos de sorpresa de Jon no tenían precio.

Matt me enseñó a dominar esa técnica. Le encantaba que, cuando usábamos condón, se lo pusiera de aquel modo.

Repté a cuatro patas sobre la cama, acerqué mi lengua a su glande y, sin separar mi mirada de la suya, descendí por su grosor hasta que quedó completamente cubierto de látex.

Jon gruñó con fuerza al sentir mi boca paseando por su dureza. Tenía una polla preciosa, me gustaba, me recordaba a una perfecta columna romana lista para ser adorada. Disfruté dándole placer al encajarlo en mi garganta por completo.

Su cuerpo se agitaba bajo el yugo de mis labios, parecía a punto de estallar, tan cerca como había estado yo minutos antes.

No quería desperdiciar ese instante. Lo solté lentamente, subí a su cintura, tomé mi hermoso rifle y apunté al interior de mi vagina para dejarme avasallar sobre él.

Jon aulló conmigo, era grueso y yo llevaba demasiados meses sin practicar. Mi carne se abría a su paso, admitiéndolo en mi interior como rey soberano de mi cuerpo.

Cuando mis caderas chocaron con las suyas y logré albergarlo por completo, sonreí por el triunfo alcanzado.

Sus manos agarraban las sábanas con fuerza hasta que empecé a moverme arriba y abajo, entonces subieron a mi cintura intentando que aflojara el ritmo; pero yo necesitaba esa violencia, esa intensidad dominante que me hacía cabalgarlo como si no hubiera un mañana.

Ante mí se alzaba el cuadro de Solano, una interpretación de una Juana de Arco morena, exótica, desnuda y sobre un semental negro. Mostraba un pecho con lascivia y tiraba de un pezón incitante.

Me sentí como ella, como si Jon fuera ese hermoso semental capaz de ser domado por la mujer. Busqué mis pechos e imité a esa maravillosa figura femenina que, como yo, no sentía pudor a la hora de expresar sus necesidades.

—Jen, Jen, no, no puedo, no aguanto... —Sé que Jon estaba informándome por mi bien, pero yo no podía detenerme, había entrado en el embrujo del cuadro, uno que era un acicate para mi empoderamiento femenino. Quería sentirme como ella, libre en esa selva, desnuda y montando a mi semental.

Escuché cómo Jon gritaba, cómo se corría dejándose llevar por el placer. Yo seguí cabalgándolo sin piedad, en un ritmo abrumador que me hizo terminar estallando sobre él.

Capítulo 12

Miré con una sonrisa los envoltorios desperdigados por el suelo como si se tratara de una tienda de caramelos saqueada por unos niños.

Jon estaba profundamente dormido, agotado por la maratón de sexo a la que acababa de someterlo. Yo no es que estuviera mucho mejor, me dolía todo el cuerpo, pero me sentía plenamente satisfecha por lo que acabábamos de hacer.

Mi Dios resultó ser un amante algo inexperto, pero muy apasionado. Tras el último polvo, una vez tumbados, intenté preguntarle sin que se ofendiera.

—No has estado con muchas chicas, ¿verdad? —Noté que se ponía rígido bajo mi cabeza, que permanecía apoyada contra su pecho, mientras mi mano jugaba con su tetilla.

—¿Lo-lo has notado? —balbució nervioso—. Creí que lo estaba haciendo bien. —Su afirmación me pareció muy tierna. Apoyé la barbilla para mirarlo directamente a los ojos, parecía inseguro y para nada quería que se sintiera así.

—Lo has hecho mejor que bien. Simplemente era una intuición, los chicos no suelen preocuparse tanto. Me dio la sensación de que estabas absolutamente pendiente de cada movimiento, me preguntaste en más de una ocasión si me gustaba lo que me hacías...

—¿Y eso es malo? ¿Cómo iba a saber si iba por buen camino si no preguntaba? —Sonreí indolente.

—No es malo, es maravilloso. —Su respiración contenida se suavizó, soltando el aire lentamente—. Eres un amante generoso, tierno y complaciente. Me alegro mucho de haberme acostado contigo, Jon. Pese a

mis reticencias iniciales, has resultado un buen amante, me has satisfecho plenamente. —No quería que se agobiara pensando que no había estado bien, cuando realmente no podía ponerle, prácticamente, un solo pero. Vi cómo tomaba aire con profundidad.

—Has sido la primera —soltó a bocajarro dejándome aturdida.

—¿Cómo? —pregunté sin entender. La profundidad de su mirada y la solemnidad que había adquirido me hicieron replantearme lo que acababa de decirme—. No puede ser, eso es imposible, ¿eras virgen? —No podía creerlo, ¿qué chico a su edad, con dinero y su físico no había estado con chicas? Noté su incomodidad y me puse en alerta; yo misma había sido virgen meses atrás, tampoco era un problema que Jon lo fuera, pero es que me estaba costando asimilar que fuera así y que se hubiera entregado a mí—. ¿Soy tu primera vez? —pregunté cauta.

—Sí —contestó buscando mi reacción con la mirada.

—Guau, eso sí que no me lo esperaba. —Estaba sorprendida, a mí me costó mucho escoger a Matt para perder la virginidad, ¿habría supuesto lo mismo para Jon?

—¿Te incomoda? —¿Por qué narices tenía que ser tan dulce? Removía una parte en mí que no debería agitarse ante sus respuestas.

—Para nada, aunque me hubiera gustado saberlo. Tal vez te haya traumatizado para toda la vida, soy un poco marimandona en la cama.

—¿Solo un poco? —inquirió arqueando una ceja. El mal trago inicial había desaparecido.

—Está bien, mucho. Me gusta dominar.

—Y a mí que me domines —soltó tomándome y dándome la vuelta para separarme las piernas y friccionar entre ellas. Su miembro empezaba a despertar, no le había dejado ponerse encima, esa posición era de sumisión para mí y yo era la que gobernaba mi placer. Aunque en ese momento no me importó. Jon se había entregado sin reservas y era lo mínimo que podía hacer por él.

—Ahora mismo parece justo lo contrario —murmuré.

—¿Te importa? —Negué con rapidez. Él asintió, buscó el último condón, se lo colocó y me penetró con mortal lentitud—. Joder, me encanta sentirte, Jen. Eres como un maldito guante caliente.

Estaba algo inflamada y dolorida, pero no importó.

—Es de las cosas más bonitas que me han dicho nunca. Guante caliente, creo que podrías incluso hacer una poesía.

—La poesía que pienso hacerte no entiende de letras, y la voy a marcar a fuego entre tus piernas.

—Eso tendrás que demostrarlo, poeta.

Tras la frase ya no pude agregar nada más, Jon se encargó de que olvidara incluso cómo me llamaba.

Una vez estuve segura de que no despertaba, me levanté de la cama y fui en busca del móvil; solo esperaba no desvelarlo con las fotografías. Busqué los detalles de mayor importancia, aquellos donde la personalidad del artista quedaba marcada con señales que hacían única a la pieza.

Mi memoria fotográfica me permitía memorizar gran parte de los detalles, pero otros era mejor tenerlos para poder repetirlos sin caer en errores.

Cuando llegué a los ojos de la mujer volví a quedarme trabada en su mirada, como si de algún modo se conectara conmigo. Sentí cómo se erizaba todo el vello de mi cuerpo, era una conexión mágica. Ahora comprendía el deseo de Tomás por poseer aquella maravilla y la poca intención de Carmen para venderla.

Recogí todos los envoltorios y fui en busca de una papelería, en la habitación no había ninguna. Llegué a la cocina y necesité servirme un vaso de agua, estaba sedienta.

No escuché a Jon entrar en la estancia, pero mi cuerpo volvió a alertarse, como siempre. Estaba bebiendo cuando me cogió por detrás, tomó mis pechos y se puso a estimular mis pezones. Ese hombre no tenía fin.

Los pellizcó inclemente hasta hacerme derramar el agua sobre mi torso; estaba fría, acababa de cogerla de la nevera. El contraste helado contra el calor de mi cuerpo me hizo gemir.

—Separa las piernas e inclínate hacia delante, Jen. —Fue una orden directa que no me molestó cumplir.

Jon lamió mi espalda y mordisqueó mis glúteos hasta hacerme perder la cordura. Mi sexo palpitaba cuando su boca lo tomó por detrás, rebañando el deseo que se inflamaba en él. Me folló con la lengua y

después con los dedos hasta que estuve lista para acogerlo de nuevo.

Sus embestidas me catapultaron hacia delante. Me clavaba la encimera de granito, mis pechos se aplastaban contra ella, pero nada importaba, solo el placer que me hacía sentir.

Empujó con fuerza haciendo que me deleitara al escuchar el entrechocar de nuestra carne, era un sonido que me estimulaba. Me agarró del pelo y tiró de él, como si esta vez fuera yo la yegua y él el jinete.

Grité del gusto cuando me azotó el trasero con la palma abierta, Matt nunca me había hecho eso. Me sorprendió que me gustara tanto la sensación de hormigueo bajo su palma, el notar cómo se me calentaba la piel. No era como cuando mis padres me pegaban, era distinto, un estímulo erótico que me hacía desear más.

—Hazlo de nuevo —le pedí intentando descubrir si había sido mera casualidad.

—¿El qué, gata? ¿Esto? —Su palma descendió esta vez un poco más fuerte y mi sexo se contrajo alrededor de su polla. Jon gruñó y yo me encontré pidiéndole que no se detuviera y que incrementara la intensidad de las palmadas.

Cuando el orgasmo comenzó a fraguarse en mi bajo vientre y estalló, fue una especie de catarsis liberadora. Las lágrimas corrían por mi rostro, no de pena o de dolor, era como si mis emociones hubieran estado encerradas en una caja de seguridad y Jon hubiera dado con la llave para que estallaran todas juntas.

No podía detenerme, el llanto comenzó a dispararse y él se asustó.

Salió de mi interior para darme la vuelta y preguntarme con preocupación si es que me había hecho daño.

No podía responder, estaba colapsada. Me cogió en brazos y me llevó a la cama junto a él, murmurándome palabras de consuelo y disculpa. A cada una de ellas peor me sentía, pues él no era el culpable de nada; era como si con esos certeros golpes hubiera abierto la piñata de mis emociones y no sabía cómo hacérselo entender.

Dejó que me vaciara, me sostuvo hasta que fui capaz de hilar una frase entera.

—No has sido tú —intenté calmarlo.

—Pues explícame qué acaba de suceder, no lo entiendo —imploró con la preocupación constriñendo su entrecejo.

Fue así como le conté mi historia con Matt. No toda, obviamente. Lo único que le dije fue que era viuda, que ese fue uno de los motivos por los cuales me largué de Estados Unidos, que solo había estado con mi exmarido, pese a que pudiera parecer lo contrario, y que lo nuestro duró unos meses. Reconocí que Matt me había llevado por la mala vida convirtiéndome en una adicta a las drogas y al alcohol, que mi hermano fue quien me rescató de ese círculo de autodestrucción en el que me había metido y que había logrado subsistir gracias a las carreras ilegales.

Tal vez conté demasiado, no lo sé, lo único que sé es que necesitaba hacerlo, que quería abrirle esa parte de mí, sin saber por qué.

—¿Sigues pensando en él? —fue su primera pregunta.

—A veces —reconocí—. Sé que no era bueno para mí y que no era amor lo que nos unía. Fue una especie de obsesión por la que me dejé llevar, aunque en aquel entonces Matt era mi mundo.

—Es lógico, no tuviste una infancia fácil. Supongo que buscabas la protección que él te daba, un lugar al que regresar y que todo tuviera sentido. No puedes castigarte por ello.

—Fui una necia y una idiota. ¡Abandoné la carrera en el último año! Bueno, mejor dicho, me echaron porque mis notas cayeron. Toda mi vida tirada por la borda por un idiota que solo quería convertirme en su jarrón.

—Vamos, no te fustigues, que no terminaras no es tan malo. Yo ni siquiera sé qué quiero hacer con mi vida —murmuró contra mi pelo—. Eres una chica lista y el arte se te da bien, seguro que puedes retomar tus estudios o puedes quedarte trabajando para mi madre...

—Tu madre me dejó muy claro que mi trabajo con ella era temporal. Tengo muchos gastos, Jon, y una vida que quiero mejorar. Con lo que me paga tu madre no es suficiente, necesito hacer otras cosas pese a que no sean del todo legales —musité.

—¿Te refieres a las carreras? —No iba a decirle que también pretendía convertirme en ladrona de arte para un grupo de coleccionistas privados y que pensaba sustraer el cuadro de su madre para que me aceptaran como facilitadora.

—Exacto.

—¿Te sorprendería mucho si te dijera que yo también corro y que mi padre tiene un imperio de apuestas en Japón? —Lo miré sorprendida, en ese momento tenía cara de niño travieso.

—¿Eres corredor? —Asintió complacido.

—Y dicen que de los buenos, tal vez un día me dejes demostrártelo. — Eso era justo lo que necesitaba, la adrenalina que me daba la velocidad.

—¿Y por qué no ahora? —pregunté poniéndome en pie de un salto.

—¿Quieres que vayamos a correr? —Moví la cabeza afirmativamente—. ¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer? —pregunté desafiante.

—Para nada, gata, será como tú quieras.

Nos vestimos presurosos y cuando llegamos al *parking* Jon me lanzó las llaves de su Porsche, volviendo a sorprenderme.

—¿Quieres que conduzca? —inquirí con asombro.

—Demuéstrame lo que sabes hacer, sé que lo estás deseando.

Y era cierto, no pude resistirme a montarme en el asiento del piloto y sentir la mordida de la velocidad sobre la piel.

Jen era tan intensa conduciendo como en la cama. Mi primera experiencia sexual había sido una locura y estaba seguro de que ella era la mujer de mi vida, aunque aún no lo supiera.

Lo había pasado demasiado mal en la vida y estaba convencido de que yo podía ser su remanso de paz tras la tormenta, su verdadero refugio, el lugar al que quisiera regresar cada noche sintiéndose segura de que no le iba a fallar.

Iba a demostrarle que lo de ser *follosocios* se quedaba muy, pero que muy corto. Me importaba bien poco que fuera viuda y que su pasado no hubiera sido un camino de rosas, yo iba a encargarme de que su futuro sí lo fuera. Jen era mi mujer, por lo menos así lo sentía yo. Sé que a mi padre le ocurrió lo mismo cuando conoció a mi madre, lo tuvo claro desde el primer minuto y no cesó hasta hacerla suya. Yo no iba a ser menos, también era un Yamamura.

Disfruté viéndola conducir con arrojo, haciendo suyo el coche y domándolo bajo su conducción precisa y temeraria.

Me llevó al mismo punto donde disputó la carrera ilegal con Tomás, disfrutamos alternándonos y poniéndonos a prueba mutuamente hasta que nos rugieron las tripas, el sol despuntó y decidimos que lo mejor era irnos a desayunar.

Intentamos mantener una conversación desenfadada. Me preguntó por mis inquietudes y le sorprendió que no quisiera estudiar, sino dedicarme profesionalmente a conducir, aunque no lo cuestionó como mi madre, cosa que agradecí. Para mi progenitora debía estudiar una carrera, pues no quería que siguiera los pasos de mi padre, y yo era justamente el camino que deseaba. Tal vez fuera por el simple hecho de llevarle la contraria o porque mi padre no era tan malo por tener la profesión que tenía. Era cierto que las apuestas muchas veces no eran legales, pero eso no lo convertía en una mala persona como ella pretendía pintar.

Cuando tuvimos la tripa llena, el cansancio hizo mella en nosotros. Acompañé a Jen a su apartamento y yo me marché a casa para cambiar las sábanas de la cama de mi madre. No quería que se topara con nada que la pudiera incomodar o que me delatara. Una cosa era que pensara que había estado con Jen y otra que supiera que lo había hecho en su cama.

Jen iba a venir a cenar a casa, mi madre la había invitado, así que solo serían unas horas sin verla.

Llegué al piso más feliz que nunca. Sin percatarme de que las llaves de mi madre estaban colgadas donde siempre, fui canturreando hasta su habitación y me detuve en seco al verla allí haciendo lo que yo pretendía hacer.

—Buenos días a ti también —respondió sin que yo hubiera dicho nada. Parecía algo molesta. Si lo pensaba era lógico, acababa de llegar y se había encontrado su propia cama revuelta.

—Buenos días, mamá.

—Dime que en trescientos metros cuadrados no había un solo lugar mejor que mi cama para que tú inauguraras tu nueva condición... —Me cubrí el rostro con las manos.

—Seguramente sí, y si debo disculparme lo haré, pero me limité a seguir tus consejos...

—¿Y puede saberse en qué momento te dije que te tiraras a Jen en mi

cama?

—Ohhhhh —resoplé exasperado—. No me dijiste eso, sino que buscara qué la excitaba. Y fue ver tu cama y ese cuadro y... ¿En serio que tengo que explicarte esto? Me parece demasiado. —La expresión de enfado demudó a otra de comprensión.

—Así que fue eso... Es lógico que Jen reaccionara así ante el cuadro de tu abuela. Jen es muy sensible, seguro que captó la esencia de la pintura. Ese cuadro es capaz de excitar al más pintado...

—Ese cuadro no es de mi abuela —argumenté, seguro de mis palabras—. ¡Esa mujer no se parece en nada a ella! A no ser que sea una de esas técnicas raras vuestras en donde la modelo no se parece en nada a la de la pintura.

Mi madre sonrió, se sentó en la cama y palmeó el lugar que estaba vacío a su lado para que yo me sentara.

—Hay muchas cosas que no sabes todavía, Jon. Tu abuela María no es realmente mi madre, aunque me criara como tal. —Me senté a su lado, sin entender lo que me estaba revelando—. Ella era mi verdadera madre, murió en el parto dándome a luz. Tu abuelo se enamoró perdidamente de ella en un viaje a América del Sur y vivieron un tórrido romance del cual fui fruto. Tu abuelo, viudo y con una niña pequeña, buscó consuelo en los amorosos brazos de tu abuela María, quien lo amó toda su vida. Se conocían desde pequeños y siempre estuvo enamorada de él, poco le importó que su corazón le perteneciera a otra, aunque fuera una muerta. Se encargó de mí e intentó hacerle feliz, aunque él jamás pudo olvidarla —observó, recreándose en la imagen.

—Menuda historia. —Pensé en Jen y su marido muerto. ¿Nos ocurriría a nosotros lo mismo? Esperaba que no—. ¿Y la abuela le permitía tener ese cuadro? Es un poco sugerente... —Ella sonrió asintiendo.

—Colgado no, así que durante mucho tiempo estuvo en el desván. Fui yo quien lo rescaté y lo colgué ahí. Amo con locura a mi madre María, pues ella me convirtió en la mujer que soy, pero también amo a esa mujer que me dio la vida y murió perdiéndose absolutamente todo de mí.

Los ojos se le humedecieron.

—Lo siento, mamá, no lo sabía. —Se enjugó las lágrimas y sonrió con tristeza.

—No tenías por qué saberlo. Tengo puesto ese cuadro ahí porque es muy importante para mí y porque creo que ella nunca se ha marchado. Siento que de algún modo protege a la familia. Por eso sería incapaz de desprenderme de él, es el único recuerdo que tengo de ella. Además, sin él quedaríamos desprotegidos, pues para mí su alma habita en esa pintura.

No iba a meterme en las creencias de mi madre, así que me limité a respetarlas.

—Perdona por lo de la cama, no debí... —Me cogió la mano como hizo en la biblioteca.

—Ya está. Si lo pasaste bien, es lo que cuenta; aunque por el modo en el que estaba la cama y la papelera de la cocina, me parece que entraste por la puerta grande y te sacaron a hombros.

—¡Mamá! —la increpé incómodo. En esas expresiones seguía percibiendo su crianza andaluza.

—¿Qué?

—¡No me digas que husmeaste en la basura!

—No husmeé, es mi piso y mi basura. Fui a tirar el cartón de leche y me encontré con toda una bacanal ahí dentro. Aunque no es de extrañar, en eso has salido a tu padre.

—¡Basta! —Me levanté rojo como un tomate. Había cosas que era mejor no saber—. He tenido suficiente por hoy, estoy agotado, así que me voy a dormir.

—Eso, repón energías para esta noche. ¿Sabes si Jen se va a quedar a dormir? —Puse los ojos en blanco.

—Lo dudo, y no le digas nada de que sabes lo nuestro, para ella solo somos *follasocios*.

—¿*Follasocios*? Esa chica está *sembrá* —anotó divertida.

—Mejor no preguntes.

—Jen me gusta para ti —afirmó tajante.

—Y a mí, aunque todavía no sepa que va a ser mía para siempre. Pero se lo haré comprender poco a poco.

—No la asustes, Jon, con la intensidad de tus deseos. Te va a hacer falta picar mucha piedra si quieres hacerla tuya. Solo espero que estés dispuesto, porque si alcanzas su corazón, es de los que se entregan para

siempre y si en el proceso lo rompes, es de los que no se recuperan. —Me daba la sensación de que hablaba de ella misma.

—Voy a hacer lo que haga falta, mamá, y no voy a romperlo.

—No pongo en duda que lo consigas, eres tan cabezón como tu padre. Siempre lo has sido. Desde pequeño, cuando se te pone algo entre ceja y ceja...

—Más bien creo que se me ha metido en otro lugar.

—¿En el pantalón?

—¡En el corazón! Por Dios, mamá, ¿por quién me tomas? —Ambos nos echamos a reír, casi había olvidado lo que era compartir esos momentos de complicidad con mi madre.

—Solo bromeaba. Me alegro de que no hayas perdido el sentido del humor, de pequeño siempre estábamos riendo. —Arrugué el gesto.

—Sí, bueno, es que si sonrío demasiado en las carreras me toman por un blando. Ahora no lo hago tan a menudo —apunté. Sabía que no le gustaba mi mundo, pero decidió no decir nada al respecto.

—Te quiero, hijo. —No pude responderle, aunque yo sintiera lo mismo por ella.

—Lo sé, gracias por todo, mamá. —Ella asintió. Sabía que mi falta de respuesta la entristecía, pero las palabras no me salían, no podía forzarme a ello.

Me fui a la habitación pensando en Jen, en cómo haría para que voluntariamente me entregara lo que más deseaba.

Si en algún momento lo conseguía, iba a protegerlo con mi propia vida. Su corazón iba a ser mío.

Capítulo 13



No pude pegar ojo.

En cuanto llegué al piso me puse manos a la obra. Tenía la imagen perforándome el cerebro, apenas necesitaba el móvil, era como si el cuadro fluyera por sí solo plasmándose en cada trazo. No fui consciente de la cantidad de horas que pasé dando pinceladas con la misma precisión que un neurocirujano a la hora de operar. Cuando quise darme cuenta, eran las ocho de la tarde.

Llevaba doce horas ininterrumpidas frente al lienzo, empapándolo de óleos vívidos para transmitir todo lo que Solano había pretendido plasmar en él, esa pasión desbordante, ese embrujo y empoderamiento femenino que vibraba en mis retinas.

—¡Mierda! —solté un exabrupto, intentando recogerlo todo con rapidez. Apenas tenía tiempo de ducharme, cambiarme de ropa e ir a la cena de Carmen.

No me sequé el pelo porque no pude, así que opté por engominarlo hacia atrás en un *wet look*. Escogí un mono en blanco y negro muy favorecedor. La parte de arriba era blanca con un profundo escote en V que descendía hasta el estómago, y de allí nacían unos pantalones negros, anchos y caídos.

Me calcé unas sandalias de tacón rojas, di una última mirada a mi obra,

que iba genial, y salí prácticamente volando. Lo que hubiera dado por tener poderes y poder teletransportarme.

Cuando llegué al piso, Carmen salió a recibirme con su espléndida sonrisa. Iba muy guapa con un vestido de color negro y rosas rojas.

—Bienvenida, Jen, estás preciosa. —Sonreí con timidez al pensar en lo que había estado haciendo allí unas horas antes.

—Gracias, tú también estás fantástica. —Necesité un poco de maquillaje para disimular el agotamiento de la noche anterior, aunque mi piel brillaba con luz propia. Efectos secundarios de estar sexualmente complacida, imagino.

—Eso es porque ambas pasamos una buena noche, si no me equivoco —susurró elevando la temperatura de mis mejillas—. No te avergüences, me encanta que estés sacando a Jon del cascarón, necesitaba a alguien como tú en su vida y yo también, nos has venido como caída del cielo. —Me sentí mal ante sus palabras, solo yo sabía que la estaba traicionando, pero era suficiente como para que un nudo me presionara el pecho.

—Yo... —Me quedé sin saber qué decir.

—Tranquila, tu secreto está a salvo. Jon me mataría si supiera que estamos manteniendo esta conversación. Solo quería que supieras que no me importa o molesta que seáis amigos, o lo que queráis ser —dijo guiñándome el ojo—.

Anda, ven, nos esperan en el salón.

—¿Nos esperan? —pregunté sin entender. Ella asintió.

—Yo también tengo compañero de mesa —murmuró cómplice—. Mi noche fue tan buena como la tuya, hacía tiempo que no lo pasaba tan bien.

Me quedé fría al comprobar que Tomás, vestido con un elegante traje negro, iba a cenar con nosotros. De todas las personas del mundo, tenía que escogerlo a él.

Desvié la vista hacia Jon, que vestía con su particular estilo informal: camiseta de Tommy y un tejano. Parecía algo disgustado frente al invitado, que me contemplaba con apetito. Aunque fue una miradita fugaz, después la cambió al momento, imagino que para no ser cazado por Carmen.

—Chicos, ya tenemos aquí a la última comensal —anunció mi jefa

sonriente. Tomás fue el primero en llegar a mi lado, acercarme a él y besarme en las mejillas presionando su cuerpo contra el mío. Demasiada efusividad y cercanía para mi gusto.

—Déjame decirte, Jen, que hoy estás casi más guapa que ayer, si es que eso es posible. —La anfitriona suspiró con deleite.

—Es que Jen es preciosa. Adorada juventud.

Tomás se alejó lentamente para agarrar a Carmen sin pudor.

—Ella es preciosa, pero tú eres magnífica —dijo audiblemente para que todos lo escucháramos—. Como un buen borgoña, mejoras con el tiempo. La juventud nos hace hermosos a todos, lo importante es saber madurar como el vino, o como tú, preciosa Carmen. —Ella soltó una risita y lo golpeó con suavidad.

—Adulador. —Volvía a tener esa sensación de disgusto al verlos interactuar. No quería pensar cómo lo estaría pasando Jon, quien no tardó en colocarse a mi lado.

—Ciertamente, estás preciosa. —Su tono era algo más frío e incómodo que ayer, aunque con el panorama que tenía enfrente, no me extrañaba nada.

—Gracias, tú tampoco estás mal —le respondí, sin poder dejar de mirar al hombre que tonteaba con su madre.

La cena fue algo tensa y, aunque Carmen fue una anfitriona excelente, no podía disfrutar al cien por cien con los comentarios encubiertos que me iba soltando su acompañante. Era un lenguaje que solo él y yo entendíamos, pero lo suficientemente íntimo para que me atacara poniéndome en guardia.

No dejaba de hablar de los robos que se sucedían últimamente en la capital catalana, de la doble moral de las personas, de cómo había cambiado el mundo del arte por la codicia de unos pocos...

Fue tal mi incomodidad que cuando llegó la hora de tomar una copa y visitar la colección de Carmen, me disculpé para ir al baño.

Entré y me agarré al lavamanos con la sensación de que me faltaba el aire. Necesitaba tranquilizarme. Abrí el grifo para mojarme las cervicales y cerré los ojos por un momento, sintiendo el alivio del frescor sobre mi piel.

Los abrí cuando escuché cómo se cerraba la puerta, no había echado el

pestillo.

Tomás se puso tras de mí cogiéndome de los pechos y clavando su erección en mi trasero.

—Llevo toda la noche imaginándome haciendo esto —dijo estrujándolos con fuerza—. Quiero follarte, Jen.

—Suéltame, Tomás —le increpé intentando que me soltara—. Podrían vernos.

—¿Eso es lo único que te preocupa? —preguntó consiguiendo colar una mano en el interior de mi mono para pellizcarme un pezón.

—Auch —protesté—. No, no es lo único que me importa. Tú estás con Carmen, y yo...

—Tú te follas a su hijo, lo sé —soltó buscando mi oreja para lamerla—. ¿Crees que me importa? Anoche me la tiré pensando en ti, imaginé que eras tú quien se corría cuando empujaba entre sus muslos, pero ahora quiero que sea verdad. Necesito que seas tú, Jen.

—¡Esto no entraba en nuestro trato y lo sabes! —exclamé logrando liberarme para darme la vuelta. Seguía sin poder ser excesivamente dura con Tomás. Sin él, no podría entrar en su grupo, así que debía moderar mis impulsos, que ahora solo pedían sus pelotas. Me miró algo disgustado.

—Pero las cosas pueden cambiar. Me la pones muy dura, pequeña —anotó buscando mi boca para besar mi labios. Golpearon en la puerta.

—¿Jen, estás ahí? —Era Jon, abrí la boca para pedirle a Tomás que se apartara y lo único que logré fue que me metiera la lengua—. ¿Jen? —Lo empujé mirando el picaporte, que comenzaba a girar.

—¡Sí, ya salgo! —La maquiavélica sonrisa de Tomás me oprimió el pecho. Si lo descubría ahí conmigo, con los restos de carmín en los labios, se iba a armar. Tomás metió mano en mi entrepierna para empezar a masajearla.

—¡Ábreme, Jen! —Él negó mientras seguía tocándome, me entraron arcadas.

—Tranquila, he cerrado con pestillo —murmuró Tomás continuando su acoso.

—Vamos, detente, Tomás. Si no le abro, va a sospechar, y no nos conviene ni a ti ni a mí —le susurré apartándole la mano.

—¿Crees que en estos momentos me importa? Déjame echarte uno rápido, sé que lo deseas tanto como yo, lo percibo. —Debía tener la antena estropeada, entonces. No había nada que me disgustara más en aquel momento que el magreo al que me estaba sometiendo.

—Pues debería importarte —contraataqué—, ya tengo casi listo el cuadro. Después de que hagamos la transacción ya veremos dónde nos lleva todo esto. Luego, ya no serás mi cliente... —Intenté sonar lo más seductora posible acariciándole el pecho y omitiendo las arcadas que me causaban su cercanía. Eso pareció gustarle.

—Está bien, haz que entre. —Lo miré asustada, él sonrió y se metió en la ducha cubriéndose con la cortina, que era completamente opaca.

—¿Jen? —Intenté calmar mi corazón, que estaba completamente agitado.

—Voy —respondí abriendo la puerta y dejándole pasar. No me dio tiempo a decir nada cuando ya le tenía encima de mí besándome con total abandono. Si no le correspondía creería que pasaba algo, y no podía arriesgarme a que se topara con Tomás.

Lo tomé de la nuca y me entregué al beso, me encontré suspendida contra la pared con mis piernas enroscadas en su cintura y su dureza frotándose contra mi vagina. Abrí los ojos, Tomás tenía la cortina entreabierta y estaba contemplando todo lo que ocurría con cara de vicio. Intenté poner fin al beso con la poca cordura que me quedaba.

—Jon, para, tu madre está fuera.

—Mi madre está buscando al impresentable ese que se folla, no sabemos dónde se ha metido. Así que mientras juegan al gato y al ratón, yo vengo en busca del mío. —Apretó de nuevo la erección contra mi centro—. Mmmm, creo que acabo de encontrar a mi gata y quiero entrar en la madriguera. — Estaba muy incómoda, Tomás seguía viendo y escuchando todo lo que hacíamos.

—Ahora no, Jon, prefiero que estemos solos.

—Entonces prométeme que te quedarás a dormir, a mi madre no le importa y yo no puedo pensar en otra cosa que no sea en repetir lo de anoche. Pero en mi cuarto, no podemos volver a follar en la cama de mi madre, por muy caliente que te ponga. —Necesitaba que se callara, que no revelara más cosas.

—Será mejor que vayamos fuera, me estoy poniendo nerviosa.

—No pienso soltarte hasta que no accedas. Quédate a pasar la noche conmigo, gata.

Buscó mis labios para detonar de nuevo mi cordura, manipulándola a su antojo, haciéndome sentir su deseo en cada fricción de su entrepierna.

—Está bien —acepté intentando poner fin a la escena—, pero salgamos de aquí, necesito tomar el aire. —Él sonrió sin sospechar que mi estado anímico no era por su madre o por lo que estábamos haciendo.

—Como quieras, estoy deseando que se largue ese gilipollas y meterte en mi cama, no sabes todo lo que quiero hacerte. Solo te diré que me he hecho con un cargamento de condones, la dependienta de la farmacia flipaba.

En otro momento hubiera bromeado con él, pero con Tomás allí no me apetecía nada. Acepté su último beso antes de que me bajara y saliéramos de ahí lo antes posible.

Fuimos en busca de Carmen y al poco Tomás apareció frente a nosotros, copa en mano, para tenderle una a la anfitriona. Ella lo miró sin comprender.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —preguntó preocupada.

—Salí a chismorrear, sabía que hacían conciertos en la terraza y fui a ver qué tal. Nunca he ido a uno y pensé que sería un buen plan para los cuatro, ¿qué os parece si subimos a tomar algo?

—Me duele la cabeza —argumenté, no quería pasar un minuto a su lado.

—Pues si te encuentras mal lo mejor es que te eches un poco, pareces agotada. Vamos a mi habitación, y te acuestas un rato —resolvió Jon con agilidad—. Seguro que mi madre y Tomás pueden ir a tomar algo sin nosotros.

—Claro, cariño —dijo Carmen solícita, acercándose a mí y besando mi frente como hacían las madres en las pelis, para ver si tenía fiebre—. No estás caliente, será mejor que le hagas caso a Jon, túmbate un ratito o si lo prefieres quédate a dormir. El vino que hemos tomado se sube a la cabeza si no estás acostumbrada. Tomás y yo iremos un rato a ver esa terraza, no os preocupéis por nosotros.

No me negué y una vez se marcharon, Jon y yo entramos en su

habitación para dar rienda suelta a nuestra pasión. Era el único modo que encontraba para redimirme y olvidar la realidad en la que me había envuelto.

Tras dos horas sin parar, terminé durmiéndome agotada sobre él.

Un ruido me despertó y miré al lado, Jon dormía plácidamente. Me envolví en la sábana y salí al pasillo, escuchaba risas femeninas que llamaron mi curiosidad, como el canto de una sirena. Las seguí buscando el origen de tanta felicidad.

Caminé por la galería persiguiendo aquella cantarina melodía hasta toparme con la habitación de Carmen. Las puertas estaban abiertas de par en par. Dentro, en el centro de la cama, estaba ella desnuda; tenía un cuerpo escultural, moreno y curvilíneo. Tomás estaba tumbado complaciéndola con la boca, ella estaba sentada sobre su rostro, pero de cara a la puerta, ofreciéndome un espectáculo de caricias sobre sus propios pechos.

Abrió los ojos encontrándose con los míos y volvió a reír. Por un momento me quedé desconcertada sin saber qué hacer, ella movió el dedo índice pidiéndome que entrara. Elevé el rostro para encontrarme con la imagen del cuadro, sintiendo aquella energía magnética que tiraba de mí sin control. Esas dos mujeres me empujaban a entrar, como si no pudiera evitar estar allí.

Cuando quise darme cuenta, me hallaba en el borde de la cama. La sábana había quedado olvidada en el suelo y estaba desnuda frente a Carmen.

—Ven, Jen —me invitó—. Únete a nosotros, sé que le gustas a Tomás y a mí no me importa compartir. Siéntete libre de tomar lo que quieras, todo lo que se te ofrece. En mi casa no hay límites, no hay tabús. Entra en nuestro mundo de placer, Jen.

—Pero Jon... —Ella sonrió.

—Mi hijo es joven, tarde o temprano entenderá que no es suficiente para ti. Tú tienes un espíritu libre como el mío, debes volar y experimentar; si él te ama, lo comprenderá. Mira el cuadro, Jen, fíjate en ella; siente su poder, deja que te invada. —La necesidad de seguir sus palabras era abrumadora, tanto, que terminé subiendo a la cama frente a ella—. Eso es, preciosa, tómalo en tu boca, siente el placer que da la

carne.

Me di la vuelta poniéndome de espaldas a Carmen, situándome a cuatro patas, y tomé el miembro de Tomás entre mis labios. Me puse a hacerle una felación llevada por la intensidad del momento, escuchando las risas de Carmen y los gruñidos de Tomás a mis espaldas.

No pensaba, solo actuaba, me dejaba llevar por la situación. Una mano empezó a estimular mi sexo, a penetrarlo, incrementando mi necesidad de toda aquella locura. No podía detenerme, quería saborearlo, que profundizara en mi garganta, ¿por qué me sentía así? ¿Qué pensaría Jon de todo esto? ¿Por qué ahora me apetecía estar con Tomás si un rato antes me repugnaba?

Una mano tiró de mi pelo hacia arriba, era la de Carmen. Jon acababa de entrar en el cuarto y nos miraba ceñudo. Quise darle algún tipo de explicación, pero no podía, tenía la boca ocupada, mientras alguien seguía follándome con los dedos.

—Ven, cielo, mírala —susurraba Carmen—, es como yo. Únete a nosotros, Jon, disfruta y déjate llevar. Te avisé que Jen era muy parecida a mí, déjala disfrutar y ven con nosotros. —Él estaba desnudo y su polla erecta, ¿eso quería decir que no le importaba? ¿Que le gustaba lo que veía?

Jon empezó a pajearse caminando hacia mí con determinación, yo seguía mamando y Tomás cada vez estaba más inflamado. Sin avisar estalló en mi boca, justo cuando Jon estaba delante de mi rostro.

Me vi obligada a tragar ante él y cuando terminé, Carmen tiró de nuevo de mi pelo para que fuera su hijo quien me penetrara entre los labios.

Lo tomé, ahuequé mis mejillas y dejé que disfrutara de la humedad que Tomás había dejado en mí. Jon estaba ido, empujaba con violencia, me costaba respirar. Ya no sentía una mano, sino dos, una estimulando mi vagina y otra mi ano.

Las penetraciones eran envolventes y violentas, me sumergí en aquella vorágine de sexo desenfrenado hasta que el orgasmo me sobrevino a la vez que a Jon. Ambos temblábamos sacudidos por la liberación y cuando busqué sus ojos, me di cuenta de que Jon ya no estaba, sino Matt. Él era quien acababa de estallar en mi lengua.

Grité hasta quedarme sin aire.

Alguien me sacudió sin piedad hasta que me desperté empapada en sudor.

—Venga, Jen, despierta, no es más que una pesadilla. Vamos, gata.

Me levanté precipitándome hacia el baño y vomitando todo lo que tenía en mi estómago. Había sido horrible, y lo peor de todo es que lo estaba disfrutando. ¿En qué clase de monstruo me estaba convirtiendo? ¿Por qué soñaba esas cosas?

La mano de Jon acarició mi cabello, noté una toalla humedeciéndome el cuello, aliviando el calor que sentía. Mi cuerpo seguía coleteando de excitación, me dolían los pechos y sentía los muslos mojados. Me había corrido durmiendo con aquella depravación. No podía sentirme peor y encima Jon intentaba calmarme, era una miserable.

—Tranquila, seguro que algo de la cena te ha sentado mal. —Si él supiera. Me sentía asqueada de mí misma, como si verdaderamente lo hubiera traicionado. El dolor que sentía en el pecho apenas me dejaba recomponerme.

Escuché cómo abría los grifos de la bañera y la llenaba sorprendentemente rápido. Una vez calmada, me tomó en brazos y me metió con él abrazándome. Sentía mucho frío, aunque el agua estaba hirviendo.

—Ya pasó, Jen, tranquilízate, ¿quieres contarme la pesadilla? —Negué con horror.

—Está bien, pues entonces olvidémosla. Intentemos crear un momento lo suficientemente intenso como para que no pienses en ella.

—¡No quiero sexo! —exclamé casi fuera de mí, ahora era incapaz de acostarme con él.

—No hace falta sexo para que un momento sea lo suficientemente intenso.

Me acurrucó sobre sus piernas infundiéndome consuelo, cuando yo sentía que lo que debería estar haciendo era echarme de su casa.

Humedeció mi pelo, se llenó las manos de jabón dispuesto a darme un suave masaje y lavarme la cabeza.

Su voz ronca me envolvió para contarme una historia que solía relatarle su padre cuando era pequeño.

—Mucho antes de que Dios decidiera crear el mundo, Sol, un hermoso

joven de dorada cabellera y que montaba un brioso caballo, observó a lo lejos a una bellísima y misteriosa mujer llamada Luna, de piel muy blanca y con una hermosa cabellera negra, quedando enamorado de una forma tan ardiente como solamente puede ser capaz de sentir un astro de fuego como él lo era. Desde que se encontraron por primera vez, se apasionaron perdidamente y a partir de ahí comenzaron a vivir un gran amor. Un fatídico día, Dios los llamó a su presencia. Les informó muy serio de que estaba creando el mundo y que se les había asignado unas funciones muy importantes. «Tú, Sol, todos los días te levantarás muy temprano para dar calor a los hombres, hacer crecer las cosechas y alumbrar mi creación para que sea admirada por todos. Tu reino será el día y los hombres te rendirán culto y serán felices bajo tu energía. Te denominarás el Astro Rey, porque serás el astro más importante del cielo». El sol quedó halagado, pero entonces Dios prosiguió: «A ti, mi querida y hermosa Luna, te nombraré reina de la noche, alumbrarás a los viajeros y marcarás el ciclo de las aguas. Inspirarás a los poetas y acompañarás a los amantes que querrán otorgarte como luminoso presente». La Luna se entristeció mucho más con su terrible destino y lloró amargamente... y el Sol, al verla sufrir tanto, decidió que no podría dejar abatirse más, ya que tendría que darle fuerzas y ayudarla a aceptar lo que Dios había decidido. Él se marchó contento a cumplir con su tarea, presentándose día tras día como le habían ordenado. La Luna, sin embargo, se sintió traicionada por la actitud del Sol, negándose a alumbrar en algunas noches. En otras, solo un poco y cuando estaba muy feliz, alumbraba el cielo como si estuviera embarazada del mismísimo Sol. La orden de Dios era que la Luna debería de ser siempre llena y luminosa, pero no lo consiguió. El Sol se sintió culpable por renunciar a su amor verdadero a cambio de un título, fue a hablar con Dios y le contó que la Luna estaba triste, y Dios, que es retorcidamente compasivo, llenó el cielo de estrellas para que le hicieran compañía. A cambio le pidió a la Luna que se mantuviera llena, porque así estaba más bella. Pero la Luna, fiel a sí misma y rebelde como era, se negó en redondo, porque solo se mostraría tal y como se sintiera, y su aspecto tan solo sería el reflejo de sus emociones. La Luna siempre que está muy triste recurre a las estrellas, que hacen de todo para consolarla, pero casi nunca lo consiguen. Ambos están condenados a que su vida sea así, el Sol finge que es feliz y la Luna no consigue disimular su tristeza. El Sol arde de

pasión por la Luna y ella vive en las tinieblas de su añoranza. Cuando es feliz, consigue ser Llena, pero cuando es infeliz es menguante y cuando es menguante, ni siquiera es posible apreciar su brillo. Luna y Sol siguen su destino. Él, solitario pero fuerte; ella, acompañada de estrellas, pero triste. Los hombres intentan constantemente conquistarla, como si eso fuese posible. Algunos han ido incluso hasta ella, pero han vuelto siempre solos. Nadie jamás consiguió traerla hasta la tierra, nadie realmente consiguió conquistarla, por más que lo intentaron. Entonces, Dios decidió que ningún amor en este mundo fuese del todo imposible, ni siquiera el de la Luna y el Sol... Fue cuando creó el eclipse, el momento en el que el Sol y la Luna se encuentran y pueden amarse. El brillo de su éxtasis es tan grande que se aconseja no mirar al cielo en ese momento, pues los ojos pueden cegarse al ver tanto amor. [\[4\]](#)

Me había quedado embelesada escuchando la historia, mi corazón latía a un ritmo mucho más sereno y había encontrado el consuelo que necesitaba.

Mucho más calmada, busqué su mirada oscura.

—Ha sido precioso. —Él asintió.

—Mi padre, siempre decía que él se enamoró de ella como el Sol de la Luna, y creo que yo me sentí así cuando te conocí. Tú eres mi Luna, Jen; pero por suerte a mí no me interesan los títulos nobiliarios, me conformo con hacerte brillar y que seas siempre feliz. —Suspiré algo acongojada por sus palabras, era como si hubiera leído mi mente respecto a lo del título—. Por mucho que no quieras nada conmigo, que quieras etiquetar esto que hay entre nosotros como sexo entre socios, yo no lo siento así. No quiero un eclipse cada cierto tiempo, quiero a la Luna a tiempo completo. Te quiero, Jen Hendricks. Sé que igual me estoy equivocando al confesártelo tan pronto, que seguramente no estés preparada o no sientas lo mismo porque tienes muy presente la muerte de tu marido. Pero quiero que sepas que voy a entregarme a ti incondicionalmente, voy a poner mi alma en tus manos para que hagas lo que consideres con ella. Quiero que nuestro eclipse sea eterno, Jen.

—Jon —suspiré temblando, estaba pasando justo lo que no quería que ocurriera. No podía permitirle que se enamorara de mí, no era buena para él, terminaría haciéndole un daño innecesario y ya me sentía lo

suficientemente mal.

—Shhhh, tranquila, no digas nada. Sé que no es el momento, pero quiero ser totalmente sincero contigo. No quiero mentirte respecto a lo que siento, no me parece justo. No necesito que me quieras por el momento, solo que me dejes amarte como creo que te mereces.

Tenía un nudo en la garganta que me impedía hablar, me sentía la peor persona del universo y no sabía cómo enfrentarme a todas las emociones que me sacudían por dentro.

Tal y como entramos en el agua, Jon me sacó, cuidó de mí con mimo, pasó la toalla por mi cuerpo para eliminar todo resto de humedad y me tumbó junto a él en la cama. Como me prometió, no hubo sexo, solo un abrazo, un único abrazo que sentí aferrarse a mi alma. Ahora entendía lo del momento intenso, no había nada más fuerte que alguien acariciando tu alma. En ese instante supe que estaba tan perdida como él.

Me había enamorado de quien no debía. Otra vez.

Capítulo 14



Tras mi confesión a Jen me sentí mucho mejor. Cuando nos despertamos por la mañana, le hice el amor con todo el sentimiento que había guardado por la noche sintiéndome correspondido.

Jen me transmitía con sus gestos lo que no estaba dispuesta a mostrar con sus palabras, pero yo lo captaba en cada suspiro, en cada jadeo, en cada roce de su piel contra la mía. Estaba llena de amor verdadero y me lo estaba entregando.

Aunque no puso palabras a sus emociones, pude sentir las una a una y cuando ambos nos corrimos mirándonos a los ojos, noté cómo nuestras almas se anudaban. Era mi extremo del hilo rojo y nadie podría cambiarlo nunca.

En el desayuno no me sorprendió encontrarme a Tomás. Mi madre parecía haberle cogido el gusto a ese tío, que no me gustaba un pelo. Lo había visto tontear con Jen y ahora con ella y no sabía a qué atenerme. Eran las dos mujeres más importantes de mi vida y él parecía estar allí para querer arrebatármelas de un momento a otro.

Intenté advertir a mi madre en la cocina cuando la ayudé a sacar el café, pero ella le quitó hierro. Dijo que Tomás era una mera atención y que no me preocupara, que ya era mayorcita para saber qué hacía con su vida.

Desayunamos los cuatro, aunque Jen y yo estábamos algo tensos; podía sentir su incomodidad frente a él, casi tan palpable como la mía.

La conversación era poco fluida, casi todo el peso lo llevaba mi progenitora. Al principio, con una de esas conversaciones banales de ascensor, hasta que sacó el tema de mi futuro.

—Así que quieres ser piloto —anotó Tomás llevándose una tostada a la boca.

—Sí, pero no quiere serlo de fórmula uno, sino de carreras ilegales —denotó mi madre, como si fuera algo negativo y en lo que no estuviera de acuerdo. Yo ya sabía que no lo estaba, pero me parecía de mal gusto que lo sacara en ese momento y encima frente a ese idiota.

—¿Y cuál es el problema, mamá? ¿Tú le ves alguno, Tomás? —Entrecerré la mirada a sabiendas de que él también corría.

—Imagino que serán cosas de chiquillos, un pasatiempo. Yo de ti no me preocuparía, tu hijo es muy joven, Carmen, ya se le pasará. Todos hemos hecho locuras alguna vez y él todavía es un crío.

—No soy ningún crío —aclaré— y cuando quieras te lo demuestro —respondí desafiante. Él levantó las manos en señal de rendición.

—Nada más allá de mi intención, pequeño Jon. —Sabía que usaba ese tono condescendiente para desacreditarme ante Jen y su forma de decirme pequeño me envaraba todavía más.

—Me llamo Jon Yamamura Solano, no pequeño Jon. Lo único que tengo pequeño es la paciencia, y en todo caso sería pequeña. —Se limpió con la servilleta.

—Vamos, hijo, no seas desagradable. Tomás solo pretendía ser amable y cercano.

—Tranquila, Carmen —suspiró agarrando la mano de mi madre por encima de la mesa—. Noto cierta hostilidad por su parte desde anoche. Es lógico que me vea como un intruso o como una amenaza, aunque nada más lejos de mi intención. Imagino que no está habituado a que alguien de su mismo sexo pase la noche con su madre. ¿Me equivoco? —preguntó mirándome con fijeza.

—Lo que no estoy habituado es a que personas poco claras pasen la noche en mi casa.

—¡Discúlpate ahora mismo, Jon! —exclamó mi madre consternada—. Tomás es un buen amigo y no tiene por qué aguantar el comportamiento que estás teniendo. Dices que ya eres adulto, pues entonces compórtate

cómo tal. Hace años que no vivo con tu padre y es lógico que quiera rehacer mi vida o pasar ratos agradables con amigos del sexo opuesto.

—¿Con él? ¡No me hagas reír!

—¡Con quien me dé la gana! ¿O acaso yo te he cuestionado a la hora de dormir con Jen? ¿Puedes decirme cuál es la diferencia? —contraatacó. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¡A ti te gusta Jen!

—¿Y con eso quieres decirme que si a ti no te gusta el hombre que elijo, no voy a poder estar con él? Eso es muy injusto por tu parte, Jon. Solo pasas unos meses al año en España y tengo que sacarte las palabras con sacacorchos. No puedes pedirme que sacrifique mi vida de esta manera porque no te guste el hombre con quien me acuesto, no es justo.

—¿Y es más justo que te folles a este gilipollas mientras papá está solo desde que te fuiste?

—¡Basta! —gritó mi madre con lágrimas en los ojos. Tomás la cogió de los hombros como gesto de consuelo.

—No estás siendo justo con tu madre, Jon —me amonestó.

—Lo que me faltaba, ¿ahora piensas darme lecciones de moralidad? ¿Tú que te pasas el día tras las faldas de Jen? —Pude oír un «oh» contenido, tanto por parte de mi madre como por la de Jen.

—Jon, te estás pasando, creo que les debes una disculpa a ambos. —Esta vez fue el amor de mi vida quien me reprendió terminando de rematarme. La miré sin verla.

—¿En serio crees que me estoy pasando? ¿Verdaderamente piensas que Tomás es el hombre que debe estar al lado de mi madre? ¿Crees que me debo disculpar? Contesta, Jen, ¿lo piensas? —Ella dejó de mirarme para pasear la vista sobre Tomás y mi madre, quien comenzaba a hipar. Regresó después a mí, como si no supiera qué responder—. Contesta —la azucé.

—Creo que tu madre es lo suficientemente inteligente para saber con quién quiere estar y que ni tú ni yo deberíamos meternos en eso. También pienso que te has pasado de la raya con tus observaciones.

—Estupendo —dije arrastrando la silla, poniendo fin a la discusión—. Pues si tanto te gustan, quédate con ellos y tíratelos también. —No pude ver la sorpresa y el dolor que cruzaban su rostro, estaba tan cegado por la

ira que solo tenía ganas de largarme.

Cogí mi chaqueta, las llaves del coche y me largué hecho un basilisco.

Estaba harto de que me trataran como a un niño, como un pelele que no sabía por dónde iban las cosas. Ese tío era un cabrón y Jen y mi madre parecían hechizadas bajo su influjo. Pues muy bien, si tanto les gustaba, que se lo quedaran.

Conduje como un loco, poco me importó que estuviéramos en pleno día y los radares pudieran cazarme. Necesitaba correr y descargar la mala leche que llevaba encima.

Subí a Collserola y me harté a ponerme a prueba hasta el límite, sintiendo la furia apoderarse de mí. Por algo me llamaban Infierno en las carreras, decían que corría como el mismísimo demonio, como si se hubiera desatado un infierno en la Tierra y pretendiera huir. Algunos incluso afirmaban ver llamas en mis ruedas cuando era yo quien conducía.

Cuando me di por satisfecho salí dando un portazo, estaba exhausto. Escuché unas palmadas tras de mí que me hicieron voltearme. Había dos tipos observándome.

—Eres un fenómeno, tío, hay pocos por aquí que corran como tú. Menuda demostración de poderío. —Los miré con fijeza y sin responder, no estaba de humor para charlas—. ¿Tú comprender? —inquirió el más alto preguntándome como si fuera tonto. Imagino que al contemplar mis rasgos asiáticos dieron por hecho que no los entendía.

—Completamente —respondí. Se aproximaron.

—Menos mal que hablas nuestro idioma —suspiró—. Nosotros también corremos, ¿sabes? Está claro que llevas el motor en la sangre y que no es la primera vez que haces esto, tu dominio es impactante.

—Gracias. —No me apetecía estar con gente, pero ese par parecía no querer largarse.

—Tal vez te gustaría correr alguna noche. Si te apetece, nos reunimos siempre los mismos en un garito de Gracia; tomamos unas cervezas, echamos unas partidas de billar y quedamos para correr. Estoy seguro de que la gente fliparía contigo. —Mi sonrisa era tensa cuando tendieron sus manos para que las estrechara.

—No corro para hacer amigos, solo para ganar dinero. —Ambos se miraron y se sonrieron, después clavaron la vista en mí guardándose la

mano en el pantalón.

—Entonces eres perfecto. —El más alto sacó un papel y me lo tendió—. Me llaman Fury y él es Fast. —Solté una risotada sin gracia.

—No me jodáis y juntos sois Fast and Fury, ¿no? —Asintieron—. Un nombre algo previsible, ¿fans de la peli?

—Como todos, ¿no? —inquirió Fury, provocando que me encogiera—. Aunque me cambié el Furious por Fury, me parecía que molaba más.

—Pues enhorabuena, Fury —respondí guardándome el número de teléfono.

—¿Y tú eres...? —preguntó Fast, que era algo más bajo y delgado.

—Inferno. —Ambos abrieron mucho los ojos.

—Desde luego, el nombre te va al pelo. Este fin de semana seguro que hay alguna carrera, si te interesa, llámame. Igual algún pez gordo quiere que corras para él, los conozco a todos —se pavoneó Fury.

—Yo solo corro para Yamamura, para nadie más. —Volvieron a mirarse, obviamente el nombre no les sonaba de nada.

—¿Yamamura? No lo conocemos, ¿te suena, Fast? —El bajito negó.

—Ese es mi jefe, y solo corro para él.

—¿Y apuesta fuerte? —preguntó Fast.

—Seguro que mucho más fuerte que los tipos que corren por aquí. —Asintieron.

—Muy bien, pues si tu jefe quiere apostar, el precio mínimo son seis mil euros por carrera.

—¿Solo? —pregunté incrédulo, en Tokio se apostaba mucho más.

—Esas son las básicas. A partir de ahí, dependiendo de la dificultad, la apuesta sube. Sobre todo, en las que se corre en parejas; son más complejas e incluyen pruebas de confianza, como conducir con los ojos vendados. Esas se pagan muy caras.

—Muy bien, ya os diré algo si me decido.

—Encantados de conocerte, Inferno.

—Igualmente —les respondí algo más calmado. Me subí al coche y me marché sin mirarlos. Tal vez los llamara, no me pareció mala idea después de todo. Correr era mi vida y no estaría mal que comenzara a ampliar horizontes. Pensé en Jen, tal vez ella quisiera unirse a mí. Había actuado como un memo hacía unas horas y la había dejado tirada de muy malos

modos. Había dicho cosas que no pensaba de ella y me sentía mal por no haber sabido capear la situación.

Fui hasta su apartamento, una mujer salía de la portería y aproveché para entrar sin llamar, estaba convencido de que ya no estaría en casa de mi madre.

Golpeé la puerta varias veces hasta que la oí responder.

—¿Sí?

—Jen, abre, soy yo, Jon.

—No es buen momento, Jon —respondió al otro lado de la puerta sin abrirla.

—Joder, lo siento. Me porté como un capullo, perdona, no debí decir lo que dije ni ponerte en ese compromiso —argumenté con la frente apoyada contra la puerta.

—No, no debiste —contestó molesta.

—Abre, por favor, quiero disculparme contigo cara a cara.

—En otro momento, ya te he dicho que estoy ocupada. —¿Ocupada? ¿En qué iba a estar ocupada? A no ser que no estuviera sola. Se me llevaron los demonios imaginando que Tomás había ocupado mi puesto. ¿Habría sido Jen capaz?

—No pienso moverme de aquí hasta que no me abras la puerta, me permitas verte y que me disculpe como es debido. —Intenté ocultar los celos que me fulminaban en ese mismo momento. Escuché cómo maldecía y suspiraba.

—Jon, creo que te estás tomando unas libertades conmigo que no son las que corresponden. Será mejor que te marches a casa y medites sobre lo ocurrido. Ya nos veremos. El fin de semana ha sido demasiado intenso y me da la sensación de que te estás engañando respecto a nosotros.

—¡¿Que me estoy engañando?! ¡Llevo todo el puto fin de semana follando contigo ¿y me estoy engañando?! —vociferé.

—No grites, tengo vecinos.

—Pues si no quieres que grite, abre la maldita puerta, ¡joder!, o pienso seguir gritando a los cuatro vientos lo imbécil que he sido, lo mucho que me gustas y el placer que siento cuando me la chup...

La puerta se abrió de golpe y una Jen en ropa interior, manchada de pintura y con una chaqueta de hombre abierta tiró de mí para que

entrara. Miré de un lado a otro buscando al dueño de esa chaqueta, ¿sería de Tomás? Entré como un loco, sin percibir su cara de preocupación, mirando de hito en hito el pequeño apartamento.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Qué buscas? —Estaba tan irritada como yo.

—Más bien a quién —dije dirigiéndome hacia el cuarto y el baño. Ella me siguió.

—¿Te has vuelto loco o paranoico? ¿Cómo que a quién? Tu madre no está aquí —afirmó.

—No es a ella a quien busco precisamente —contesté por impulso sin ver cómo se quedaba rígida al comprender mi acusación implícita.

—¡Sal ahora mismo de mi piso! —soltó como una energúmena.

—¿Cómo dices? —Me di la vuelta al comprobar que no había nadie en ningún sitio, solo me quedaba mirar bajo la cama... pero no pensaba quedarme con la duda, me lancé al suelo.

—¡No me jodas, Jon! ¿En serio piensas que tengo un tío bajo la cama? ¿Por quién me tomas? ¿Crees que voy a follarte y al rato acostarme con otro? —Me sentí avergonzado, estaba claro que la estaba cagando con esos celos irracionales y tal y como bajé me puse a hacer flexiones.

—Solo estaba bromeando, no iba en serio, hago flexiones porque es mi hora de entrenar.

—Sí, claro, y el hombre del saco se lleva a los niños que se portan mal para comérselos. ¡Me acabas de acusar de acostarme con el tío que está con tu madre! ¿Sabes lo que estás diciendo? —Me levanté del suelo sintiéndome el peor imbécil del mundo. Ella estaba tan guapa, sucia y desaliñada que solo podía pensar en cubrirla de besos.

—No, Jen, definitivamente no sé lo que estoy diciendo. Me estoy volviendo loco, es solo que os vi en la discoteca y él...

—Él estaba bebido y ya está, tú y yo no teníamos nada y Tomás era un hombre libre. De hecho, lo sigue siendo y yo también. Ya te dije lo que había entre nosotros... —Sabía que tenía razón, pero aun así no podía asumir esa realidad.

—Es que cuando te mira... —Ella soltó un exabrupto de desesperación.

—Cuando me mira es porque tiene ojos en la cara, no se los va a arrancar. Jon, yo también miro a las personas y si son hermosas, más. Me

fijo en lo bello, deformación profesional, pero eso no quiere decir que vaya a acostarme con una silla si me parece bonita. Los amantes del arte somos así, admiramos la belleza.

Me eché las manos a la cabeza, no sabía qué decir o hacer, me sentía fatal por el numerito que acababa de montarle.

—Lo siento, Jen. Me precipité en sacar conclusiones, me puse nervioso y no debí hacerlo. Tienes razón. Soy un auténtico memo, perdóname — imploré. Estaba dispuesto a ponerme de rodillas si era necesario. Ella suspiró algo más calmada, mirándome con lástima.

—Mira, creo que todo esto se está precipitando. Me gustas, Jon, pero no estoy lista para ofrecerte más que lo que te dije en un primer momento y sé que tú quieres ir más allá.

—¡No! —exclamé—. Bueno, sí, pero no ahora. Quiero que tú marques el ritmo, no te quiero presionar, solo quiero que no te cierres a lo que sea que tenemos; que me des la oportunidad de que nos conozcamos más profundamente y valorar si verdaderamente solo quieres que follemos. Sabes lo que siento por ti, pero estoy dispuesto a ser lo que tú quieras que sea antes de no estar contigo. —Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Esto no va a salir bien. —Se puso a caminar nerviosa, como una felina enjaulada—. No debí meterme en esto, no debí... —Noté que la estaba perdiendo y no podía tolerar eso.

La cogí entre mis brazos, tomándola por sorpresa, y la aplasté contra la pared buscando su boca hambriento, empujando su lengua hasta que me dejó entrar. Intenté suplicarle perdón del modo en el que mejor nos comunicábamos.

Acaricié el contorno de su rostro escuchándola gemir en mi boca, bajé las manos por los laterales de su cuerpo para agarrarla por el culo y subirla a mi cintura.

Me apreté contra ella excitado, estimulándola con el roce de mi vaquero contra su braguita de algodón blanco. Los dedos de Jen se enredaron en mi pelo y aproveché el abandono para introducir dos dedos entre nosotros, meterlos bajo la prenda y penetrarla.

Jen aulló y yo me sentí el hombre más afortunado de la tierra. La estimulé lo suficiente para sentir sus jugos resbalando por mi mano,

necesitaba entrar en ella, quería poseerla, que sintiera que era tan mía como yo de ella. Me desabroché el pantalón y tiré de sus bragas hasta romperlas. Jen gritó, pero lejos de apartarme, me besó con mayor vehemencia.

Poco me importó que los pantalones me quedaran trabados en los tobillos. Los ridículos consejos de internet quedaron relegados a un segundo plano, solo quería sentirla.

La penetré y la sensación más maravillosa se arremolinó en todo mi cuerpo, el contacto era pleno, empujaba en su interior mientras su sexo me oprimía pidiendo más. Las acometidas eran cada vez más fuertes, éramos incapaces de refrenarnos o parar. Jen tiraba de mi lengua del mismo modo que su vagina tiraba de mi miembro, era como si me quisiera engullir por completo.

La vagina comenzó a contraerse y en ese vaivén de seducción ambos gritamos al unísono en nuestra propia liberación.

Los besos se volvieron más lentos, taciturnos, hasta que se convirtieron en inexistentes. Apoyé mi frente en la suya, quise separarme de la pared para llevarla a la cama, abrazarla susurrándole que todo iba a salir bien, pero entonces comprendí que nada de eso iba a ocurrir al entender el verdadero sentido de quitarse los pantalones.

Trastabillé tropezando con mi propia torpeza y, antes de que Jen pudiera alcanzar primero el suelo, decidí hacer un requiebro para ser yo quien terminara con la espalda en las baldosas, encajando el golpe con dureza e impactando con la cabeza. Todo se apagó.

Desperté cuando un vaso de agua helada impactó contra mi cara.

—¡Pero qué...!

—¡Joder, Jon! ¡Menudo susto me has dado! ¡Era el último recurso que tenía antes de llamar a la ambulancia! ¡Casi me muero al ver que no reaccionabas! —gritó Jen tirándose encima de mí llorando a moco tendido—. Pensé que te habías matado, ¡no vuelvas a darme un susto así en tu puta vida!, ¿me oyes? —gritó sacudiéndome para volver a abrazarme y seguir llorando. Me dolían mucho la espalda y la cabeza. Cuando fui a palparla, descubrí que algo helado me hacía de cojín.

—¿Y esto? —pregunté.

—Eso era mi cena antes de que decidieras suicidarte contra el suelo.

Para tu información, no me gustan los sesos, ¡odio las vísceras!

—Me alegro, a mí tampoco me gustan demasiado —aclaré magullado.

—Casi me da un ictus, soy muy joven para que me pase algo así, ¿y que le habría dicho a tu madre? Lo siento, Carmen, tu hijo murió porque me folló contra la pared y se olvidó de que llevaba los pantalones bajados... ¿Entiendes lo que hubiera sido contarle eso?

No pude contenerme y me eché a reír, aunque solo pude dar una carcajada, parecía que me abrían la cabeza a cada sacudida.

—Auch —protesté.

—¿Te duele? —preguntó preocupada, agarrándome del rostro con el suyo aún bañado en lágrimas.

—Si me besas, me duele menos. —Ella frunció el ceño.

—Y si te doy bromuro y acabo de una vez con tu vida, también. Anda, déjame que te ayude a subirte los pantalones, no vaya a ser que te caigas de nuevo.

Subí las caderas para facilitarle el trabajo, me subió los calzoncillos y el pantalón, después la vi mirar por el suelo y finalmente a mi rostro con gesto de preocupación.

—Oye, Jon, ¿dónde está el condón? —Creo que me puse blanco como la cera ante la pregunta, ella captó mi desconcierto—. No me jodas —susurró antes de estallar haciendo temblar las paredes—. ¡No me jodas!

—No, eso ya lo he hecho. —Verdaderamente no era el mejor momento para provocarla y bromear, pero es que me había puesto nervioso al comprender lo que me decía. En su mirada vi que, si hubiera podido, me hubiera arrancado la cabeza en ese preciso instante.

—¡Pero ¿tú estás mal de la cabeza?! ¿Encima te atreves a bromear? Acabamos de follar sin protección, Jon, ¿sabes lo que significa eso?

—Solo he estado contigo, puedes estar tranquila...

—No me lo puedo creer. —Volvió a caminar de punta a punta mientras yo trataba de incorporarme, aunque a cada movimiento más mareado estaba—. ¿Y si me he quedado embarazada? ¿Para qué crees que te pedí que compraras condones? ¡¿No decías que habías acabado con la farmacia?!

—Y era cierto, pero están en casa, no pensé que terminaríamos así... Además, tampoco he visto que me frenaras —contraataqué intentando

excusar lo inexcusable.

—¡Porque pensaba que te lo habías puesto! No puedo creer que encima me echas el muerto a mí...

—Pero ¿cómo pretendes que me lo pusiera si te tenía agarrada? ¿Con magia? Nada por aquí, nada por allá, aparece condón y cubre mi pollón — bromeé chasqueando los dedos. Ella gritó exasperada.

—¡Imbécil! Solo a ti se te ocurre bromear con esto. ¡No es una tontería, Jon!

—Vamos, Jen, no te ofusques. Si te quedas embarazada, yo cuidaré de ti y del bebé. —Los ojos se le salían del rostro.

—¿Crees que la imbécil soy yo? No estoy dispuesta a cargar con un hijo tuyo, Jon. Bueno, rectifico, ni tuyo ni de nadie. No quiero hijos, no estoy hecha para ser madre, apenas soy capaz de cuidarme a mí misma como para desgraciarle la vida así a un crío. Si me has preñado pienso abortar, y no toleraré un no al respecto. Es mi cuerpo, mi vida y tú no pintas nada en ella. ¿Me entiendes? —Me quedé sin palabras, estaba tan enfadada que dijera lo que dijera solo iba a empeorar las cosas, así que decidí que lo mejor era tratar de calmarla.

—Ha sido un accidente, Jen. Lo más probable es que no ocurra nada y si ha pasado, veremos qué hacemos.

—Si ha pasado no veremos nada, porque yo misma me encargaré de que no haya nada que ver —resopló.

—Está bien, tranquilízate. Será como tú quieras, no pienso imponerte nada

—le dije, aunque verdaderamente no pensaba así. Un embarazo es cosa de dos, ¿no?—. ¿Me ayudas a levantarme? No creo que pueda solo.

Su enfado y su preocupación se disiparon un poco. Me hizo gracia ver que seguía con la chaqueta y el sujetador puestos pero no llevaba bragas, aunque no quise bromear al respecto. Al ritmo que iba, no salía con vida del apartamento.

Fuimos al salón, me dio un ibuprofeno y se ofreció para ponerme un poco de pomada antiinflamatoria.

—No sufras, no es grave —aclaró tras atenderme—. Estarás con dolores unos cuantos días, pero nada que deba preocuparte en exceso. Aunque no estaría mal que visitaras al médico después del golpe que te has

llevado en la cabeza. —Le sonreí.

—Bueno, no habría demasiado que perder, dudo que mi única neurona haya sobrevivido al impacto. Aunque pensándolo mejor ya estás tú para pensar por los dos, no la necesito tanto como a ti. —Me devolvió la sonrisa, por lo menos la tensión parecía haber disminuido.

—Déjame que me dé una ducha y te llevo a casa, no creo que en ese estado debas conducir. No te muevas de aquí —amenazó señalando el sofá donde me encontraba.

—No pensaba hacerlo, me duelen hasta las pestañas.

Le di tiempo a que se duchara y se cambiara. Hoy claramente no era mi día, sería mejor que le hiciera caso y dejara de hacer sandeces.

Jen me acompañó, condujo mi coche hasta casa y cuando mi madre abrió la puerta, se inventó una historia de una baldosa suelta en la acera de la calle. Mi progenitora terminó maldiciendo al ayuntamiento y disculpándose por traer a Tomás a casa cuando claramente yo no estaba preparado para ello.

No quise insistir en mis motivos, suficiente la había liado ya, así que me dejé convencer y ella terminó llevándome al hospital.

Le dio las gracias a Jen y le aseguró que la llamaría para decirle que todo estaba en su lugar.

Ella no insistió en acompañarnos, me hubiera gustado que viniera, pero tampoco quise presionarla, imaginé que debía estar echa un lío con todo lo que había ocurrido. Sabía que tenía muchas cosas en las que pensar y yo también le debía una disculpa a mi madre. Tal vez fuera mejor así, aunque no pensaba dejar de insistir. Si estaba pensando en dejarme lo tenía claro, no iba a permitírselo en la vida.

Capítulo 15



Temblando, así me encontraba tras entrar en casa de Carmen.

Había pasado una semana y ya tenía el cuadro listo. Aproveché que Carmen me mandaba a hacer un encargo fuera para tomar prestadas las llaves de su bolso cuando cayó al suelo en un golpe accidental de su mesa, cosas que pasan. En un santiamén tenía la copia hecha y las llaves de vuelta a su lugar.

Hoy Carmen había llevado a Jon a una carrera en Montmeló, iban a pasar el día fuera tratando de limar asperezas, así que era el mejor momento para poder acceder sin problemas al piso.

Habían insistido en que los acompañara, pero se me acababa el tiempo y necesitaba dar el cambiazco sin levantar sospechas. Era el día perfecto, nada podía salir mal.

Antes de entrar me aseguré de que no estuvieran, la llamé al móvil con la excusa de si lo estaban pasando bien. Nada más oír los coches de fondo y a Jon que me mandaba besos, me tranquilicé. Se me escapó una sonrisa al escucharle decir que no sabía lo que me estaba perdiendo.

Sentía una opresión en el pecho difícil de descifrar, era una mezcla entre la emoción de saber que iba a realizar mi primer trabajo y la angustia por estar traicionándolos. No recuerdo un momento tan emocionalmente angustioso como aquel. Intenté serenarme y enfriar la mente. No me unía nada a ellos, Carmen solo era mi jefa y Jon, era Jon.

No estaba embarazada, la regla me bajó al día siguiente del porrazo que se metió en mi casa y eso fue un verdadero alivio. No estaba preparada para cargar con un aborto en mi conciencia, aunque no hubiera dudado en hacerlo; tenía muy claro qué quería en mi vida y ser madre no tenía cabida.

Entré con sigilo y deambulé por el piso como si fuera directa al patíbulo, no lograba sacarme esa sensación de estar fallándoles cuando ellos lo habían dado todo por mí. Suspiré al abrir la puerta y contemplar el cuadro, esa imagen que tanto me perturbaba. Y todo lo demás dejó de existir, mis dudas, mis preocupaciones; entré en modo profesional y me evadí de cualquier pensamiento que pudiera perturbar un trabajo poco más que excelente.

Tragué con dificultad y lo descolgué. Debía ser muy minuciosa, pues el

marco también era una pieza original, así que tuve que desmontarlo con mucho cuidado de que no sufriera ningún daño y dar el cambiaso por el mío.

Cuando terminé los puse uno al lado del otro, tomé varias fotos y observé la precisión de la réplica. Nadie iba a darse cuenta jamás de que ese cuadro no era el original, era un trabajo exquisito. Algunos falsificadores dejaban su sello, yo no, quería una precisión de diez; menos sería un suicidio y yo no lo hacía para vanagloriarme, sino para tener la vida que merecía.

Lo puse todo en orden, colgué la nueva obra que custodiaría el sueño de Carmen y me marché por donde había venido con el corazón en un puño.

Ahora solo me hacía falta ir a ver a Tomás. Habíamos quedado para la entrega, así que me estaría esperando.

Quedamos en su casa y me recibió con dos copas en la mano, dispuesto para brindar.

—¿Todavía no has visto la obra y ya estás celebrándolo? —pregunté con sorna.

—No dudo de tu palabra ni de tu profesionalidad, ¿o debería hacerlo? —Negué aceptando la bebida. Después fuimos al lugar donde tenía su colección. Tomás no había perdido el tiempo. Allí, en la pared principal, había hecho un espacio para colocar la pieza—. Por favor, hazme el honor.

Dejé la copa en una mesita alta y me subí a la escalera para colgar el cuadro, inmediatamente noté las manos de Tomás acariciándome las pantorrillas desnudas.

—Tomás —le advertí para que cesara.

—Solo te estoy ayudando, preciosa. No me gustaría que te cayeras, los golpes desde las alturas son muy malos. —Inevitablemente pensé en mi madre, en cómo la vi caer al vacío. El golpe sordo del impacto aún retumbaba en mi cabeza, tras él los gritos, el abrazo de mi hermano y el silencio de la sangre cubriendo el asfalto. Creo que fui la primera en llegar, me solté del agarre de mi hermano para arrodillarme a su lado bañando mis rodillas de rojo. Recuerdo que la abracé y le prometí que nos portaríamos bien, que se levantara, que yo la curaría. A veces me

venían *flashes*, no estaba segura de si eran verdad o una quimera, pero dolían del mismo modo, desgarrándome por dentro. Sé que Michael fue quien me separó de ella ya que, aunque nos maltrataran, los queríamos a nuestra manera; eran nuestros padres y era inevitable sentir algo por ellos. Expulsé el dañino recuerdo de mi mente, recordar ese instante solo me hacía daño y ahora estaba en pleno trato, debía apartar las emociones a un lado.

Terminé de colocar la pieza y sentí un ligero mareo, la imagen que se había despertado en mi mente había sido demasiado vívida.

Tomás me sostuvo y me ayudó hasta que mis pies pisaron el suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Creo que el cava se me ha subido a la cabeza, o tal vez es que he sido incapaz de desayunar —respondí contra su cuerpo. Él sonrió acariciándome el vientre y anclándome contra él.

—Entonces será mejor que comas algo. Podemos comer juntos si te apetece —sugirió.

—Tal vez más tarde, prefiero zanjar las cosas antes.

—Como tú quieras, no hay prisa —respondió sin soltarme, continuando con sus caricias—. Mírala, hermosa Jen, por fin tengo a esa mujer solo para mí. Tiene algo misterioso, ¿no crees? Algo que despierta los más bajos instintos, un acicate para la lujuria —murmuró besándome el cuello y subiendo las manos peligrosamente hacia la parte baja de mis pechos.

—Tomás —musité intentando frenar su avance—, ya he cumplido, tienes el cuadro en tu pared, pero el trato no está cerrado todavía. — Escuché cómo reía.

—Lo sé, tengo tu dinero y tu entrada a un clic de ratón, pero quiero una cosa más antes de nada. —Subió las manos hasta cubrir mis pechos—. Vamos a disfrutar de la obra y del trabajo bien hecho.

—No —lo interrumpí dándome la vuelta—. Soy joven, pero no idiota. Si termino contigo en la cama antes de cerrar el trato todo habrá terminado, y eso no es en lo que quedamos —alegué contundente—. Quiero mi dinero y mi entrada en el grupo, si no es así, me llevo el cuadro. —Me la jugué, con tipos como ese no podías ser blanda. Hice el amago de volver a subir a la escalera para descolgarlo.

—Estate quieta, fierecilla, es ese carácter indómito lo que más me pone

de ti —suspiró—. Está bien, será como tú quieras. Ven, vamos a mi despacho. Les dije que vendrías y ya deben estar a punto de conectarse. Solo quiero advertirte una cosa, ellos sabrán quién eres, pero tú no les verás los rostros; todos llevarán máscaras para preservar su identidad, incluso yo, y un distorsionador de voz por si alguno quisiera hablar. Cualquier precaución es poca, no conocemos nuestras verdaderas identidades, solo uno de nosotros sabe quiénes somos: «el Creador», el ojo que todo lo ve. Él fue quien fundó el grupo y nos invitó a participar.

—¿Y a él lo conoces? —pregunté curiosa.

—Supongo, aunque nunca me ha revelado quién es. Si en algún momento quieren solicitar tus servicios, puedes facilitarles el modo de contactar contigo. Yo solo te haré de padrino, diré que eres de confianza y alabaré tu trabajo; el resto es cosa tuya.

—Me parece justo. —Estaba muy nerviosa, aunque quería mostrar tranquilidad.

—Muy bien, vayamos entonces.

Lo primero que hizo Tomás fue tenderme el maletín con quinientos mil euros, la obra de Solano estaba tasada en un millón, así que ahí tenía mi cincuenta por ciento.

—¿Cómo voy a ir cargada con todo esto? —le pregunté algo asustada por la cantidad que tenía ante mis ojos.

—Es dinero negro, no puedo ingresártelo en una cuenta así como así. Eso ya deberías saberlo. Ni tú podrías explicar de dónde sale esa cantidad de dinero ni yo tampoco. Si estás en este negocio, deberías plantearte qué hacer con el dinero en el momento que se te entrega. Yo te aconsejaría que te buscaras un gestor de confianza que pueda abrirte una cuenta en un paraíso fiscal o crearte una empresa con un hombre de paja al frente. ¿Sabes a quién preguntar? —Asentí. Solo había una persona en quien confiara lo suficiente para poder hacerle ese tipo de preguntas, aunque ahora estuviera a miles de kilómetros de distancia—. Perfecto entonces. ¿Lista para la conexión?

—Lista. —Tomás se colocó su máscara y el aparato que distorsionaría su timbre.

Nos sentamos frente a un PC con la cámara justo enfrente y Tomás inició la comunicación.

Leí el nombre del grupo: «El Jardín de las Delicias».

—¿Fans del Bosco? —le pregunté divertida arqueando una ceja.

—Ya sabes cuánto misterio hay en torno a ese cuadro y los vicios ocultos que se cuentan en él. Nos pareció el más oportuno. Ahora silencio, se están conectando.

Rostros cubiertos con máscaras blancas, exactas a la de Tomás, comenzaron a aparecer en pantalla, cinco por cada lado; en total, diez rostros me miraban sin que yo supiera nada de ellos. La situación me resultó poco menos que espeluznante.

—Buenos días, tardes y noches, amigos. —Tomás se dirigió a ellos en inglés, cosa que fue de agradecer—. Como ya os avancé, una persona ha aparecido en mi vida para hacerla más fácil y hermosa, una facilitadora a quien os quiero presentar y a quien tengo en alta estima. Estoy muy complacido con su trabajo y profesionalidad, creo que es una gran oportunidad para el grupo contar con una persona tan seria, comprometida, rápida e invisible; cosa imprescindible en nuestra afición. —Tenía la lengua como un zapato. Le había pedido a Tomás que no me presentara por mi nombre auténtico, usaría mi pseudónimo de las carreras. Podrían conocer mi cara, pero no saber quién era—. Ella es Storm, adelante. —Me aclaré la garganta, todo parecía enormemente solemne. Tampoco les veía la ropa, llevaban unas túnicas granate que ocultaban su sexo, no me había percatado hasta entonces de que Tomás también llevaba una. Intenté centrarme y no hablar en exceso, solo de lo que importaba realmente.

—Antes que nada, quiero darles las gracias por la oportunidad, así como al señor Íñiguez por dejarme ayudarlo. Soy una persona muy comprometida, con unos valores muy claros sobre el arte. Creo que las obras merecen estar en manos de quien más las aprecie, las disfrute y les dé el cuidado que merecen. —Vi moverse alguna cabeza afirmativamente—. El arte no está hecho para todos, solo unos pocos privilegiados saben degustarlo con el mimo que merece y es por ello por lo que he decidido ponerme a sus servicios. Mi *modus operandi* es sencillo. Veo la pieza, hago una réplica exacta, la sustituyo y se la facilito a quien haya contratado mis servicios y esté dispuesto a pagar mis honorarios. Simple, efectivo y directo. Garantizo que nadie notará el cambiazo y de ese modo

evitaremos tener a la policía husmeando, es algo que no nos conviene a ninguno y que muchos no saben hacer.

—¿Y cómo sabemos, señorita Storm, que usted no es policía? —preguntó uno de los miembros.

—Porque yo mismo la he investigado —aclaró Tomás sorprendiéndome—. Creedme, queridos amigos, está limpia y es totalmente fiable. Voy a mostraros algo por si dudáis de su manera de trabajar. —Tomás accionó un botón y apareció un vídeo del momento exacto en el que daba el cambiazo. Contuve la respiración, ¡me había espiado! El vídeo era completamente nítido y a color, con una precisión que asustaba. El *zoom* se activó cuando comparaba las obras reflejando la exactitud de ambas. Tenía el corazón encogido, ¿desde cuándo había una cámara en el piso de Carmen? ¿Cómo la había instalado? El vídeo se detuvo una vez cambiada la pieza—. Como podéis ver, el trabajo es exquisito; y yo, que he visto ambas piezas en directo, os puedo decir que es indetectable. Ahora Storm os dirá cómo contactar con ella por si precisáis sus servicios, mi cometido termina aquí.

—Gracias, Tomás —murmuré sin tener claro si debía estarle agradecida o no.

Les facilité un número de móvil de tarjeta que había comprado para esos menesteres y una cuenta de correo electrónico; si querían contactar conmigo, podrían hacerlo por ambas vías. Tras despedirme, la conexión se cortó y volví a respirar con normalidad. Sentía el pulso acelerado por la tensión. Cerré los ojos y tomé aire, tenía los nudillos blancos. Tomás se había levantado de su asiento para masajearme los trapecios.

—Relájate, pequeña, ya pasó. Lo hiciste muy bien, estoy convencido de que recibirás algún encargo.

—Esa grabación... —Suspiré sintiendo cómo me aliviaban sus ágiles dedos.

—Fue magistral, ¿no crees? Es una suerte que tenga acceso al sistema de vigilancia del apartamento de Carmen.

—¿Quieres decir que ella lo graba todo? —Su risa ronca me puso nerviosa.

—Todos los que tenemos cosas de valor tenemos sistemas de seguridad, me extraña que una chica tan lista como tú no haya caído en

eso. Pero tranquila, Carmen no tiene por qué mirar el vídeo, no ha habido robo alguno, ¿verdad? Además, yo mismo me he encargado de cortar esa parte y guardarla solo para mostrar tu trabajo. —Me relajé un poco, aunque no demasiado. Cuando lo sentí aproximarse a mi oreja, volví a tensarme—. Aunque no es el único vídeo que tengo, Jen, tal vez te gustaría ver uno muy interesante — susurró dándole al *play*. Abrí los ojos en cuanto escuché los primeros gemidos, éramos Jon y yo la primera noche que estuvimos juntos, completamente desnudos y entregados—. No sabes la de veces que me he masturbado viéndoos, que he sentido que era yo quien te follaba, quien me corría en tu boca.

Me aparté asqueada al pensar que tenía esa intimidad en su ordenador.

—¡Borra eso ahora mismo! —le exigí. Él sonrió petulante.

—¿Por qué? Me gusta verte, eres muy dominante, Jen, una auténtica amazona en la cama y él es tan poca cosa... Sé que lo que te pone es dominar, sentir el poder. Por eso te resistes a mí, sabes que a mí es imposible doblegarme, que en tu cama yo sería el amo, pues mi energía es mucho más poderosa que la tuya. Yo soy el Alpha de esta relación — concluyó acercándose.

—Tú y yo no tenemos una relación —escupí.

—Oh, sí, ya lo creo que sí. Podría delatarte, Jen, mostrarle el mismo vídeo que he reproducido frente al grupo, pero en *petit comité*. Mostrarle a Carmen que su querida ayudante, la misma que se tira a su hijito del alma, le acaba de robar para ofrecerme el cuadro. ¿A quién crees que creería tras ver las imágenes? Menuda decepción se llevaría el pobre Jon, usado para robar. — Chasqueó la lengua. Me quedé lívida.

—No harías eso.

—¿Crees que no? Te quiero en mi cama desde el principio, ya lo sabes, pero ya me he cansado de este jueguito infantil que te traes. —Su mirada cambió a una intransigente—. Si no quieres que nada de esto se sepa, desnúdate, Jen. —Respiré con fuerza, no podía estar pasándome esto, no podía. Estaba colapsada, no pensaba con claridad.

Cuando sus manos se agarraron a mi camisa e hicieron saltar los botones por los aires, no podía creerlo. Solté un grito.

—Eso es, preciosa, grita, me encanta ese sonido. —Me mordí el labio

inferior, ¿cómo había podido ser tan necia? ¿Cómo había podido pensar que con el cuadro le bastaría?—. Podemos hacerlo fácil y gratificante, o duro y jodido. Tú eliges, Jen, pero sabes que el resultado seguirá siendo el mismo. Tengo los vídeos y bastará un clic para que toda la mierda te salpique, a no ser que claudiques y te entregues. Solo quiero un día para mí, quiero paladear lo que ese estúpido chico goza cuando quiere; después, te dejaré ir. No habrá ocurrido nada y volverás a la normalidad de tu día a día, tirándote a ese mierdecilla si es lo que te complace. — Pasó el dedo por el cierre delantero del sujetador y lo desabrochó sonriente—. Eso es, preciosa, déjate hacer.

Sus manos me desprendieron de la blusa rota y el sujetador mirando mi torso con codicia; tragué con fuerza de nuevo, sopesando mis opciones. No lo detuve cuando su boca cayó sobre mis pechos. Apreté los ojos con fuerza, pensando en lo que iba a obligarme a hacer. No podía acostarme con Tomás. Aunque supiera que era lo mejor y lo más efectivo, no podía, ni por Jon ni por mí. Los ojos me escocían cuando la mano se internó bajo mi falda. Miré a un lado y a otro en busca de algo que pudiera librarme de aquella situación. Vi un gran pisapapeles tallado en piedra, era lo suficientemente contundente para poder usarlo de arma, aunque estaba un tanto alejado de mí. Solo veía un camino, uno que me iba a acarrear ciertas consecuencias, pero no tenía otra opción.

Aparté a Tomás y yo misma fui quien me desprendí de la ropa, cambié la mirada por una seductora, cuando lo que verdaderamente quería era salir huyendo.

—Eso es, preciosa, colabora, me gusta esa docilidad. Ahora has reconocido al dominante, sabes que jamás te hubiera dejado salir de aquí sin cumplir, ¿verdad? Me hubiera importado bien poco que te negaras, el «no» no existe en mi vocabulario. Además, todas sois iguales; primero os hacéis las estrechas, pero luego termináis disfrutando como perras. — Tenía ganas de escupirle en la cara y patearlo en las pelotas. Tomás siguió vanagloriándose de sí mismo, a la par que yo me quedaba completamente desnuda frente a sus ojos—. Oh, sí, eres hermosa y lista. Sé que intuyes mi fuerza, mi supremacía, y eso te gusta. Eres una zorrita comepollas, igual que las demás; vas de dura, pero te mueres por un

hombre que te sepa follar como yo. Quieres que te dominen, que te sometan.

—No sabes tú bien lo que me gusta que me sometan —argumenté mordiéndome la lengua.

—Claro que lo sé, Carmen es igual, le encanta cuando la domino, cuando siente la mordida de mi látigo sobre ella. Le pone que la humille y le diga lo puta que es cuando la marco, lo necesita ¿sabes? Para expiar sus demonios, para olvidar. —¿Olvidar? ¿Qué quería olvidar Carmen con ese tarado?—. Sé quién eres, pequeña, lo que te hacían tus padres y lo que necesitas de verdad. —Me quedé helada, ¿se lo habría dicho Carmen? Tal vez Jon se lo contó a ella. Levantó la mano y me abofeteó con fuerza.

Chillé, no imaginaba que Tomás fuera un sádico.

—No me va esto —concluí acusándolo con la mirada.

—Eso es lo que crees, pero te va a gustar, solo necesitas que te caliente lo suficiente —dijo agarrándome y poniéndome contra la mesa para volver a golpearme en la nalga sin piedad.

—Aaaaaaaahhhhhh —aullé de nuevo escuchando su risa macabra. Si estiraba un poco los brazos, lograría alcanzar la piedra; intenté colocarme mejor sobre la mesa para llegar a mi objetivo.

—Eso es, puta, estírate más. —La mano volvió a chocar con contundencia —. Voy a follarte como no lo ha hecho nadie nunca. —Casi podía alcanzarla, solo un poco más... Su mano palmeó mi sexo y eso fue todo lo que necesité para proyectarme hacia delante, tomarla con fuerza y, sin meditarlo, golpear hacia atrás con todas mis fuerzas. Acerté, noté el momento exacto en el que la piedra impactaba sobre su cabeza. Escuché cómo caía al suelo en un estruendo abrupto. Permanecí unos instantes quieta hasta que decidí darme la vuelta. Tomás estaba tendido en el suelo, con los ojos abiertos por completo y la boca totalmente desencajada. No podía ser. No lo había matado, ¿verdad?

Me puse muy nerviosa, sentía las lágrimas agolpándose en mis ojos, no podía con toda aquella situación. Desnuda y temblando, fui hasta el PC e intenté encontrar los malditos vídeos. Gracias al cielo Tomás había tenido muy pocas luces a la hora de guardarlos; estaban en la carpeta más obvia de todas, la de vídeos. Los borré todos sin plantearme qué iba a pasar,

aunque antes mandé el contenido de la carpeta a mi *e-mail*. También me dijo que tenía un sistema de videovigilancia. Intenté relajarme, el señor Hendricks me enseñó a hacer ese tipo de cosas. Busqué el sistema de grabación de imágenes, lo detuve y borré el día de hoy. Después entré en una página que usábamos donde podías descargar virus que jodieran todo el sistema. Le di al intro y esperé a ver morir todo el sistema operativo.

Una vez listo, me acerqué a él para tomarle el pulso. Seguía latiendo, débil, pero latía; aunque su estado era preocupante, no parecía reaccionar. Limpié la piedra y el ordenador, intentando borrar cualquier rastro de mi estancia en esa casa de los horrores. Me vestí presurosa, recogí todos los botones y fui a su galería para coger la copa y llevármela.

Estaba atacada, no sabía qué hacer, sentía que la había cagado mucho y encima todas esas personas amigas de Tomás habían visto mi rostro. Si él moría, sabrían que había sido yo...

Hice lo que creí más conveniente, pedí una ambulancia y recé porque no me delatara; dejé la puerta de la casa abierta y me largué a mi apartamento, maletín en mano.

Hice lo único que se me ocurrió, lo único que podía salvarme de toda aquella mierda en la que me había envuelto, llamé a la persona que siempre estaba allí cuando más lo necesitaba: Michael.

—Hola, *surioarǎ*, ya había pensado que te habías olvidado de mí. ¿Qué tal por la tierra del flamenco? ¿Ya has aprendido a decir «olé» y a bailar sevillanas?

—¡No seas necio! —exclamé. No estaba de humor para sus bromas.

—Está claro que eso de «España, sol y alegría» a ti no te afecta, ¡eh, tormenta! —Resoplé, estaba atacada y él venga a soltar pullitas.

—Michael, escúchame, me he metido en un lío. —Oí una risita de fondo.

—No me lo digas, has terminado con las reservas de sangría del país — soltó divertido, mientras yo lanzaba un grito de exasperación.

—¡No te rías, joder! ¡Esto es serio! La he cagado mucho, creo que he matado a un tío. He robado un cuadro, lo he vendido y no sé qué debo hacer o cómo salir del país. —Estaba atacada sin saber por dónde empezar.

—¡¡¡¿¿¿Qué???! —Esta vez el que gritó dejándome sorda fue él—. Pero ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿quién?, ¿por qué?... —Eran tantas preguntas que era incapaz de responder.

—¡No me agobies, la que está con el culo destapado soy yo! —Suspiró con fuerza.

—Está bien, está bien, tranquilízate. Cuéntame qué ha pasado, respira y hazlo desde el principio; si no, no voy a poder ayudarte...

Así fue como le conté a mi hermano el embrollo en el que me había metido, desde quién era Carmen, mi relación con Jon y todo lo referente a Tomás. Soltó más de un improperio durante mi explicación, pero no fue más allá de eso.

—No necesito que me pegues la bronca, sé que esa es tu intención, pero ese tipo quería violarme.

—¡Ese tipo creía que podía follarte! ¿En qué momento le dijiste que no?

—¡No era necesario! ¡Me amenazó! ¡Me puse nerviosa!

—Joder, Jen, ya sé que te amenazó, pero la justicia española es compleja. No te resististe, por lo que me has contado. Si alguien ve ese vídeo o si logran recuperarlo, estás jodida. Lo podrías haber matado, de hecho, no sabemos si lo has hecho o no. ¿Y cómo se te ocurre ponerte a robar y falsificar cuadros? A la que me despisto ya la estás liando... No voy a poder estar siempre para socorrerte, esto es muy gordo, Jen.

—Ya lo sé. ¡Joder! Para de avasallarme y dime si me vas a poder ayudar o mejor me tiro al río. No te he llamado para que me pegues la bulla.

—Como comprenderás, no voy a darte una palmadita en la espalda —respondió hosco.

—Ya lo sé, es solo que necesito tu ayuda, ¿me vas a echar una mano o vas a seguir en este plan? Si no necesitara tu ayuda, no te estaría llamando.

—¡Ah, estupendo! Así que solo me llamas para que te saque las castañas del fuego. —Dicho así sonaba a eso, pero es que no estaba de humor para aguantarle nada a nadie, ni siquiera a mi hermano. Tal vez estaba actuando de un modo egoísta, pero era mi vida la que se iba al garete. Estaba al borde de la desesperación y muy molesta por haber gestionado tan mal las cosas.

—¿Sabes qué?, déjalo. Es mejor que no me ayudes, ya me las apañaré sola, gracias.

—¡Espera! —gritó antes de que pudiera colgar—. Que te eche la bronca no quiere decir que no vaya a ayudarte. Voy a facilitarte un número de cuenta, allí podrás ingresar parte del dinero, cómprate un billete a cualquier parte del mundo. No es buena idea que regreses a Estados Unidos, mejor busca un lugar alejado donde no vayan a buscarte y quédate una temporada hasta que todo se calme. Cuando estés allí, yo te enviaré el dinero y veré qué puedo hacer con todo esto.

—Michael, estoy muy asustada.

—Lo sé, Jen. Usa la cabeza, ¿no me has dicho que ese chico con el que te acuestas está loco por ti?

—Sí, pero no quiero complicar más las cosas.

—Has dicho que vive en Tokio, que solo está de visita en España, ¿no es así?

—Sí.

—Y su padre tiene dinero y sus negocios rondan la ilegalidad, según lo que me has comentado. Tal vez ese chico pueda ser tu mejor salvaguarda ahora mismo. Úsalo. De hecho, ya lo has estado haciendo, así que de perdidos al río. Haz que te lleve con él a Japón de viaje. Qué se yo, dile que te hace mucha ilusión, míéntele, engatúsalo, haz lo necesario para largarte cagando leches. Y si puede ser en unas horas, mejor que mejor. Finge un viaje sorpresa o algo así. Haz esas cosas que soléis hacer las mujeres. Dame unos días de margen para que pueda ir y sacarte de ese embrollo. Regálale los mejores días de su vida a cambio, que el pobre se lleve por lo menos un buen recuerdo. Tiene dieciocho años, así que cuando lo dejes se le pasará, seguro que solo piensa con la bragueta. Pero hazme el favor de ser cabal por una vez y actuar con la cabeza. No te metas en más líos y, cuando llegues a un lugar seguro, llámame desde un número que no sea el tuyo. Ahora te mandaré un número nuevo, voy a entrar en una tienda y me compro un prepago. Úsalo para comunicarnos.

—E-está bien, Michael, haré todo lo que me has dicho —balbuceé.

—Bien, *surioarǎ*, tranquila, saldremos de esta como siempre. Y ahora apunta el número de cuenta, ve a un banco y transfíere lo suficiente para que nadie sospeche que lleves tanto en metálico.

—¿No supondrá un problema para ti?

—Tranquila, sé lo que me hago.

—Está bien, dímelo, acabo de coger papel y boli. —Sabía que jamás podría devolverle los innumerables favores que me hacía mi hermano. Michael era mi ángel guardián, no sabía qué haría si un día él me faltara.

Capítulo 16

Miré el asiento de al lado, sintiéndome el hombre más afortunado. Todavía no estaba seguro de cómo había podido suceder, pero la realidad es que estaba en un avión con Jen, a punto de aterrizar en Tokio. Era un sueño hecho realidad.

Cuando estaba en Montmeló con mi madre me mandó un mensaje con un temido «Tenemos que hablar». Uno ya sabe que no presagia nada bueno, cuando mis padres me soltaron esa frase fue justo el día que mi madre se marchó.

Estaba temblando cuando llegué a su edificio, llamé al timbre y me sorprendió con un «Espérame abajo». La cosa iba de mal en peor y cuando la vi aparecer maleta en mano creo que mi corazón infartó.

Su expresión neutra y algo preocupada no auguraba nada bueno, así que cuando hecha un manojo de nervios me confesó que estaba perdidamente enamorada de mí y que como acto de amor había comprado dos billetes para Tokio sin fecha de retorno, me quedé muerto.

Me dijo que no había sentido nada parecido por nadie, tan siquiera por su marido y que quería demostrármelo con un salto de fe, compensarme por haber sido tan dura y fría respecto a nuestra relación. Me expresó su deseo de conocer a mi padre, formalizar lo nuestro y empezar una vida a mi lado.

Tal vez debería haberme asustado, otro en mi caso igual habría salido corriendo, pero yo tenía muy claro qué quería en mi vida y eso era Jen, con todas las consecuencias.

No me planteé decir que no en ningún momento, nada en esta vida podría haberme hecho más feliz. Poco importaba que todavía me quedara

un mes de vacaciones en Barcelona, si Jen quería irse a vivir conmigo y que le presentara oficialmente a mi padre, eso iba a hacer.

Estaba enamorado hasta las trancas y aquello me pareció una maravillosa locura que contar algún día a nuestros hijos. Si ella me amaba, no iba a ser yo quien le llevara la contraria.

Fuimos a casa de mi madre para recoger mis cosas y contarle que nos marchábamos. Ella, como era de esperar, puso el grito en el cielo, pero nada de lo que dijera iba a hacerme cambiar de opinión. Estaba completamente decidido a iniciar una nueva vida junto a mi amor.

Mi madre intentó alertarnos, decirnos que éramos demasiado jóvenes, que nos estábamos precipitando y que así no se hacían las cosas. Vi a Jen acongojarse, hacerse pequeña por un momento y no podía permitir que se sintiera así.

Me enfrenté a ella, le dije que no era un ejemplo a seguir y que me importaba bien poco su opinión al respecto, que nos marchábamos contando con su bendición o sin ella, pero que no iba a interponerse en nuestra felicidad. Jen era mía y ella no iba a separarnos.

Tras hacer la maleta y un tenso silencio, mi madre claudicó; nos llevó al aeropuerto y nos deseó que fuéramos muy felices y la visitáramos cuando quisiéramos. Sabía que lo decía por compromiso, pero poco importaba. Por fin iba a poder crear mi propia familia, había dejado de importar si mi madre no quería formar parte de ella...

Nos esperaba un futuro brillante, Jen y yo competiríamos juntos para mi padre y en sus ratos de ocio ella pintaría cuadros y nos hartaríamos de hacer el amor. Tendríamos una vida plena y completamente feliz. Me dedicaría a compensarla en cuerpo y alma por lo mal que lo había pasado desde siempre.

La desperté con un dulce beso y ella se desperezó como una gata, parecía agotada.

—Despierta, mi amor, hemos llegado.

—Ohhhhh —ronroneó estirándose—. Menuda dormida.

—Desde luego, tengo el hombro destrozado —bromeé haciendo referencia

a su cabeza apoyada en él. La verdad es que había disfrutado mucho de ese contacto tan tierno, perdiéndome en su rostro una y otra vez—.

Además, roncabas como un oso, tuve que pelearme dos veces con la mujer de delante por los ronquidos.

—¡No he roncado en mi vida! —exclamó horrorizada.

—Pues entonces debe ser que respiras con pasión o tienes flatulencias bucales. —Formó una enorme O con los labios y después me golpeó sin tregua. Yo no podía dejar de reír, me sentía tan feliz.

—Retira lo que acabas de decir, ¡embustero!

—Vale, vale, era broma, pero es que tendrías que haberte visto la cara. Me encanta cuando te enfurruñas. —Me acerqué peligrosamente a su cuello—.

Ahora mismo te follaría. —Ella me miró seductora.

—¿Aunque expulse gases por la boca? —Solté una risilla.

—Ya me ocuparé yo de llenarla y que no pueda salir nada. Como mucho, tal vez parezcas el Vesubio —canturreé.

—¡Guarro! —exclamó riendo por los mordisquitos que le daba. Suspiró apartándome, en su mirada también había deseo contenido, aunque pusiera ese rictus severo—. Pues vas a tener que esperar a llegar a casa, no creo que al resto de pasajeros les entusiasme ver un espectáculo de porno en directo.

—O tal vez sí —aseveré agitando las cejas—. Ya sabes lo dados que somos los japoneses a todo tipo de espectáculos, igual hasta ves un bombardeo de *flashes* mientras te subes a mi toro salvaje y les demuestras que eres una gran vaquera de rodeos. ¿Quieres montarme, Jen? —Vi cómo se ponía roja.

—Calla, pueden oírnos. —Apenas quedaban diez pasajeros por salir.

—Dudo que les importe o que nos entiendan, alguno habrá que hable español, pero no demasiados. Me gustaría pedirte una cosa —comenté suplicante.

—Adelante, pide.

—Me gustaría que en casa de mi padre hablemos en inglés, no le sienta muy bien el español, le trae demasiados recuerdos.

—Para mí, mejor. El inglés es mi lengua materna, solo cambiaré el chip contigo y listo.

—Perfecto entonces. Desembarquemos, tengo muchísimas ganas de presentarte a mi padre.

Definitivamente, no esperaba encontrarme a una réplica de Inferno unos veintitantos años mayor que él. Si quería saber en qué tipo de hombre se convertiría, acababa de encontrármelo de frente, aunque con los rasgos más orientales; Jon los tenía suavizados gracias a Carmen.

Era atractivo, muy, muy atractivo, pero tenía una dureza en la mirada de la que carecía su hijo. Parecía un hombre hecho a sí mismo al que no le habían regalado nada y que había pasado mucho.

Las arrugas de sus ojos me hablaban de una profunda tristeza que podía alcanzarte el corazón en un solo gesto, aunque estaba encubierta por aquella rígida coraza de frialdad.

—*Otōsan*^[5]—saludó Jon con una inclinación de cabeza—. Te presento a mi novia, Jen.

Imité a Inferno con el saludo. Escucharle referirse a mí con ese término me ponía la piel de gallina.

—Encantada de conocerlo, señor.

Me contempló apreciativamente, como cuando yo veía una pieza que me gustaba.

—Es hermosa, hijo, y tiene el monte Fuji en sus ojos.

—Y en las ruedas —lo interrumpió él. El señor Yamamura pareció sorprenderse ante el comentario.

—¿Conduces? —Asentí.

—Me encanta conducir, señor.

—Entonces, ¿te gustan los coches?

—Mucho, señor. Me apasiona el mundo del motor, entre otras cosas.

—Es corredora y de las mejores que he visto —aclaró Inferno en tono orgulloso.

—¿Corredora? —Entrecerró la mirada con suspicacia—. Eso habrá que verlo —sentenció el hombre.

Sin decir más, arrancó a caminar. Jon me sonrió y me dio un dulce apretón en la mano.

—Le has gustado, ¿te has dado cuenta?

—Si tú lo dices. —Ese hombre no era demasiado expresivo, no estaba segura de si verdaderamente le había gustado como afirmaba Jon—. Es tu

padre, llevas dieciocho años a su lado, yo diez segundos. Creo que confiaré en tu criterio. —Él se echó a reír.

—¿Te he dicho que me encanta tu humor? Eres muy divertida, Jen. — Abrí los ojos desmesuradamente, seguro que se trataba del virus del amor. Podía ser muchas cosas, pero divertida, no.

—Si tú lo dices... Cupido debía estar loco cuando te disparó la flecha en el culo —respondí sin querer contradecirlo.

—Cupido es un tipo listo y me ha hecho un gran favor cuando también te ha disparado a ti con su arco. —Curvé las comisuras de mis labios hacia arriba. Necesitaba que creyera en mi enamoramiento, por lo menos hasta que las aguas se calmaran y Michael viniera a rescatarme. No podía jugármela.

Intenté estar pendiente de las noticias en España, pero no salía nada ni por la tele ni por internet. Supuse que era una buena señal, sobre todo cuando Carmen llamó a Jon para preguntarle si habíamos llegado bien y él le dijo que sí. Si hubiera pasado algo malo, Carmen estaría enterada y habría avisado a su hijo de que estaba con una asesina, ¿no?

Un espectacular Rolls Royce blanco con la parte central del capó plata nos estaba esperando fuera. Contuve el aliento ante la majestuosidad del vehículo.

—¡Santo Cielo! —exclamé al verlo. Inferno y su padre se miraron cómplices y sonrieron.

—¿Te gusta, Jen? —preguntó el señor Yamamura.

—¿Bromea? Es el sueño de cualquier conductor. Motor de gasolina v12 de quinientos cuarenta y un caballos y seis coma seis litros de cilindrada. Tiene suspensión con muelles neumáticos que permiten cambiar la altura de la carrocería y amortiguadores controlados electrónicamente. Y no hablemos del interior con salpicadero de madera y asientos de cuero blanco.

—Mi salpicadero está lacado en negro y los asientos son rojos, lo customicé. Espero que no te importe.

—¿Importarme? Así es mucho más original —observé alucinada por el pedazo de coche que tenía frente a mí.

—Cuando te habitúes a conducir por el lado izquierdo y a que el volante esté en la derecha, te lo dejaré para que lo pruebes y des una

vuelta con mi hijo, si eso te complace.

—¡Oh, ¿en serio?! —casi grité. Él asintió y no pude contenerme: me acerqué como un vendaval y lo abracé. Se puso rígido al momento, pero no me apartó—. Disculpe —murmuré algo avergonzada. Yo no era muy dada a dar muestras de cariño, no sabía qué arrebató me había dado.

—No pasa nada, entiendo que en su país las muestras de afecto en público son algo habitual. Aquí nos regimos por unas normas de decoro que deberás aprender. Jon te enseñará.

—Por supuesto, señor. —Miré a mi «novio» de refilón, parecía complacido y eso era lo más importante ahora. Acepté que me abriera la puerta, me senté detrás como una buena chica y esperé a que Jon ocupara el asiento al lado de su padre.

Como muestra de respeto, hablaron todo el rato en inglés haciéndome sentir muy cómoda y se pasaron el trayecto explicándome todo lo que podría ver. Su amabilidad se me enroscaba en el abdomen como una serpiente, esa sensación de angustia se estaba haciendo demasiado familiar para mi gusto.

Desde que Jon había llegado a mi vida había dejado de pensar en Matt, cosa que era de agradecer; pero él había ocupado mi mente y no estaba segura de qué era mejor, aunque ahora mis preocupaciones eran mucho más serias y graves.

No fuimos directamente a casa de Jon, sino a un circuito de entrenamiento.

En cuanto bajamos del coche, el señor Yamamura nos tendió dos cascos y un juego de llaves a cada uno. No salía de mi asombro.

—Aquí puedes practicar tu estilo de conducción hasta que domines el cambio de lado. Si no estás muy cansada, claro. —Fue ver los dos Bugatti y el agotamiento de tantas horas de vuelo se esfumó por completo.

—Le garantizo que nada me gustaría más en este momento que me viera conducir y poder demostrarle que aprendo rápido.

—Pues adelante, tenéis el circuito para los dos solos.

Me puse el casco sin remilgos y, tras subir en aquella maravilla de la ingeniería, me propuse hacerlo mío. Reconozco que al principio me costó, pero durante la segunda media hora parecía que hubiera conducido así toda mi vida. Jon era verdaderamente bueno, disfruté mucho retándolo

en cada curva. Verlo conducir de ese modo, con tanto arrojo, me había puesto a mil. No había nada que me excitara más que un piloto con nervio.

Tras una hora conduciendo, el señor Yamamura dio por concluida la sesión.

—Eres verdaderamente excelente, Jen —me felicitó.

—Gracias, me encanta correr.

—Eso me dijo Jon y también que quieres correr para mí, ¿es eso cierto?

— Afirmé con la cabeza.

—Es cierto, señor.

—Bien, me gusta tu arrojo, tu tenacidad. Creo que serías un buen fichaje para mi equipo. Recibirás un sueldo mensual más incentivos por carrera ganada. Soy exigente, pero también sé recompensar con creces a mis pilotos. Bienvenida a mi empresa, Jen Hendricks, y bienvenida a mi familia. —

Incliné el torso nerviosa, observando a Jon por el rabillo, lo veía satisfecho y eso me complació.

Sabía que estaba cumpliendo parte de su sueño, solo esperaba no destrozarle demasiado el corazón cuando me largara de Japón.

Llevaba tres meses viviendo en una nube. Mi complicidad con Jen cada vez era más extrema, corríamos juntos, ganábamos premios, mi padre se sentía feliz al vernos sonreír y no había un solo día que no nos fuéramos a la cama y no la adorara como se merecía.

Aun así, sentía que había algo que nos distanciaba y no sabía exactamente qué era. Seguía notando un brillo de tristeza que no le permitía ser verdaderamente feliz.

Fue entonces cuando imaginé que solo podía tratarse de una cosa, aunque ella no me lo había dicho. Seguramente echaba de menos a su hermano. Tal vez lo que necesitara fuera ir a verlo o que él nos visitara.

Ella tenía una pequeña agenda que guardaba en la mesilla de noche, era bastante tradicional para esas cosas. Le había dicho más de una vez que en el teléfono había una, pero ella suspiraba moviendo negativamente la cabeza y sacaba su bloc para anotar. Aproveché que estaba haciendo unos largos en la piscina climatizada para intentar

localizar el número de Michael entre las hojas de papel. Habría sido más sencillo pedírselo, pero no habría tenido tanta gracia.

Pasé las hojas con fluidez buscando el apartado de números de teléfono. Una foto cayó del interior por la parte de la imagen, la tomé entre mis dedos.

Sonreí al reconocer a Jen vestida de Marilyn Monroe junto a un tipo moreno vestido de Elvis con un cartel tras ellos de Las Vegas. Tal vez fuera una fiesta temática de disfraces, ¿sería ese moreno Michael? No se parecían demasiado, pero a veces los hermanos no tienen ninguna similitud.

—¿Qué haces? —me interrumpió su voz—. Llevaba el bañador puesto, el albornoz suelto y se estaba secando el pelo con una toalla. Me acababa de pillar con las manos en la masa y su expresión denotaba cierta hostilidad.

—Ehm, lo siento, cariño, se cayó de tu agenda. Solo la estaba mirando. — Le mostré la foto. Su gesto se apretó en una mueca de disgusto.

—¿Estabas revisando mis cosas? —Se aproximó cruzando la habitación hecha un basilisco y me arrancó la fotografía de los dedos, así como la agenda.

—No, bueno...

—¿No? ¿Bueno? Tienes mi cajón abierto, Jon, ¿pretendes que crea que no estabas registrándome? Estoy alucinando... ¿Cuál era el fin, Jon? ¿Celos? — No sabía de qué me hablaba, pero era lógico que no entendiera por qué miraba entre sus cosas. Solté el aire que había contenido al ser sorprendido, estaba algo nervioso. La sorpresa se había ido al traste y podía terminar fatal. Era mejor que le contara la verdad antes de que una tontería se convirtiera en una discusión de tres pares de narices.

—Buscaba el teléfono de tu hermano, no era más que eso. Como sé que lo anotas todo en esa libretita, creí que lo tendrías ahí. No quería cogerte el móvil e indagar por mi cuenta, me pareció mal.

—¿Y no te parece mal fisgonear en mi agenda? ¿Para qué quieres el número de mi hermano? —preguntó recelosa.

—Joder, Jen, solo quería darte una sorpresa, quería invitarlo a pasar unos días con nosotros. Te vi algo triste y pensé que era por eso, porque

lo echabas de menos. Mi intención no era husmear, esa foto se cayó sola, te juro que en ningún momento tuve intención de asaltar tu intimidad. ¿Este es Michael? — me arriesgué a preguntar, ella negó con la cabeza.

—Es la foto de mi boda, es Matt —soltó lanzándola sobre la cama con rabia—. Ya no recordaba que tenía esa imagen ahí. Antes de ir a Barcelona me deshice de todas las fotos donde aparecía, debió quedar esta.

La foto había caído por el dorso donde podía leerse una inscripción hecha a mano:

«Siempre serás mía. Matt».

Tener celos de un muerto era lo peor, Jen me había dicho en varias ocasiones que él no significaba nada, pero leer esa frase activó algo primitivo en mí que se clavaba en mi pecho como una daga.

Fui hasta ella con la punzada de los celos rasgándome por dentro, quería encargarme personalmente de que Matt estuviera bien muerto en su corazón.

No hablé, no quería decir algo inapropiado que pudiera encendernos a ambos, me limité a buscar su boca y hacerla sentir «mía».

Me importaba bien poco la intencionalidad de esas palabras en el momento que fueron escritas, Jen no iba a ser de nadie porque yo era su presente y ella, mi mujer.

Le quité el albornoz a la velocidad de la luz y tras él el bañador mojado, que se pegaba como una segunda piel.

Saboreé su piel mojada hasta empaparla con mi saliva, marqué cada poro con mis lametones, con mis mordiscos y con mis caricias.

Jen temblaba de necesidad cuando me arrodillé entre sus muslos dispuesto a satisfacerla con la boca.

Separé sus gloriosos pliegues e indagué en la humedad de su sexo. Ella tiraba de mi pelo sin pudor, acercándome para que la degustara plenamente, enroscando en mi nuca, cual bailarina de tango, una de sus piernas.

No se dio por satisfecha hasta que se corrió, hasta que gritó mi nombre mientras yo seguía bañándola en atenciones. Después tiró de mi pelo y me levantó para quitarme la ropa con violencia.

Exigió que me tumbara en la cama y se ensartó en mí.

Ambos gemimos ante la intensidad de sus descensos. Ya no usábamos condones, Jen tomaba la píldora. Me gustaba correrme en su interior y saber que de algún modo formaba parte de ella.

Había pintado un cuadro de ambos que lucía en nuestra cabecera, dijo que lo había pintado la primera vez que habíamos hecho el amor y me pareció la obra más maravillosa del mundo. Me gustaba contemplarlo cada vez que estaba en la habitación y sabía que a ella también la excitaba admirar la obra cada vez que se subía encima de mí.

En ese preciso instante Jen miraba el cuadro con auténtica fascinación, montándome sin piedad. Era una amante exigente, dominante y completamente entregada. Me gustaba tal cual era, con su arrogancia, su empuje y sus ganas de disfrutar.

Me senté para reclamar sus pechos, dejándola hacer a la vez que yo los colmaba de atenciones, ella gruñía pidiendo más y yo se lo daba todo. Succionaba más duro, más intensamente, los mordía hasta que me imploraba que me detuviera para comenzar de nuevo.

Aquella extraña danza de placer y dolor nos colmaba a ambos, Jen era mi todo.

Curvó su esbelta espalda hacia atrás y tomó la imagen entre sus dedos.

Levanté la mirada cuando noté pequeños fragmentos salpicando nuestros cuerpos, cayendo sobre la cama.

La estaba despedazando en trocitos pequeños, como si tratara de hacer picadillo ese recuerdo. Mirándome con fijeza, me dijo:

—Ya no soy suya, Jon, no lo soy.

Para mí fue una verdadera declaración de intenciones que me empujó hacia el orgasmo, me corrí sintiéndola estremecerse, llenándola por completo mientras me perdía en sus labios. Me enredé en su lengua notándola como nunca, completamente entregada, hasta que instantes después se tensó en su propia liberación.

Nos quedamos abrazados en la cama perdidos entre caricias y arrumacos.

—Gracias por querer sorprenderme, Jon —murmuró besando el punto exacto donde latía mi corazón—. No merezco todas las cosas buenas que haces por mí. —La tomé del rostro para perderme en el azul brillante de

su mirada.

—Te mereces esto y más, Jen. Eres mi todo y solo quiero vivir para hacerte feliz.

—No digas eso —dijo encogiéndose sobre mi cuerpo.

—¿Por qué? Es la verdad, lo siento de ese modo. —Volvió a anclar su mirada a la mía.

—Porque el amor es un sentimiento que viene y va, porque a veces herimos a quien más queremos y a veces cometemos actos difíciles de perdonar. En la vida no todo es blanco o negro. Mis padres me querían y me golpeaban. Creo que si no se hubieran partido el cuello, se los habría terminado partiendo yo. —Su dedo trazaba figuras irregulares sobre mi piel.

—Eso no era amor, Jen, solo personas que te engendraron y que no merecieron ni una sola de tus lágrimas. El amor es incondicional, está por encima de todo y es capaz de perdonar cualquier cosa por dolorosa que sea.

—¿Cualquiera? —preguntó desafiante.

—Cualquiera —repetí a sabiendas de que por mucho daño que me hiciera Jen yo la terminaría perdonando. Igual que estaba convencido de que mi padre abriría los brazos a mi madre si ella quisiera regresar.

—Eso lo dices ahora. —Se puso en pie para enfrentarme—. Hay cosas que no se perdonan, Jon, yo por lo menos no podría hacerlo. Ahora puede que veas las cosas muy claras porque eres joven e inexperto, pero hay dolores que parten el alma y es imposible darles un remiendo.

—Como Matt —solté sin pensar.

—Como Matt —afirmó.

—¿Jamás hubieras vuelto con él si no hubiera fallecido? —Negó con vehemencia.

—Nunca. Cuando entendí lo que había sido nuestra relación, él murió en mi corazón. —Asentí levantándome y la acogí entre mis brazos.

—Yo no voy a fallarte, Jen, no pienso salir de ahí ni con agua caliente —aclaré masajeando su pecho.

—¿Y quién te ha dicho que estés dentro, atún? —inquirió desafiante.

—Pues yo diría que la gata salvaje que se me comió un buen día —alegué apuntando a su pecho—. Dejé mi espina clavada aquí dentro y no

voy a permitir que la arranques porque ese es su sitio. —La piel de Jen se erizó y volví a ver el brillo del deseo en aquellos estanques azules.

—Eso ya lo veremos —dijo relamiéndose para bajar hasta mi miembro y tomarlo entre sus labios—. Ahora dámelo todo, Jon, tu gata tiene hambre y tienes que saciarla.

—Claro, cariño, será todo un placer satisfacer tu apetito.

Capítulo 17



Me agarré a Michael como si llevara siglos sin verlo.

—Madre mía, *surioară*, cuánta efusividad. ¿Es que no piensas presentarnos? —preguntó separándose de mí para sonreírle a Jon.

—Por supuesto. Michael, Jon. Jon, Michael. —Ambos se estrecharon la mano.

—Gracias por tu invitación. Jamás imaginé que podría pasar mis vacaciones en Tokio con los gastos pagados.

—Es lo que tiene tener un cuñado medio japonés —respondió Jon complacido.

Desde la llamada de Jon a Michael pasaron un par de meses más hasta que le dieron vacaciones en el trabajo.

Había llamado previamente a Michael para entender cómo estaba la situación y por qué estaba tardando tanto en venir a buscarme. Me dijo que lo más prudente era que siguiera en Japón, había investigado por su cuenta para intentar comprender la gravedad del lío en el que me había metido.

La noticia del supuesto asalto a la casa de Tomás había trascendido muy levemente a los medios de comunicación. Se rumoreaba que había sido un intento de asalto o una venganza de algún cliente al sentirse estafado por la compraventa de alguna propiedad. Tomás trabajaba sobre

todo con compradores rusos y sospechaban que podría tratarse de eso.

Al parecer solo había sufrido un traumatismo craneoencefálico leve y decía no recordar nada del incidente. Eso me dejó mucho más tranquila. Aun así, mi hermano insistió en que me quedara en Tokio hasta que él mismo pudiera venir a buscarme.

Jon habló en un par de ocasiones con Carmen, pero ella no le dijo nada de Tomás. Imagino que después del encontronazo y de nuestra marcha no le apetecía sacar el tema, así que por ese lado tampoco pude enterarme de nada. Hubiera quedado muy extraño que le dijera a Jon que le preguntara a su madre a ver cómo le iba con él. Así que preferí dejarlo todo como estaba. Que no hiciera referencia al cuadro también me dejó mucho más relajada, si ella no se había percatado ya, que era suyo y una experta, nadie iba a hacerlo.

Ya no quedaba nada para Navidad, momento en el cual nos habíamos comprometido a visitarla, no sabía cómo enfrentaría ese momento si se llegara a dar. Temblaba al imaginar el reencuentro con ella y que estuviera con Tomás, no sabía si su relación seguía o si por el contrario se trató de un simple escarceo de verano. Aunque si mi hermano venía a buscarme, tal vez no pasara las navidades con Jon.

Al pensar en él un cosquilleo se expandió por todo mi cuerpo, creo que no me había sentido tan feliz y tan triste nunca. Jon me cuidaba, me hacía sentir importante; consensuaba las decisiones conmigo, haciéndome sentir casi tan unida a él como a Michael.

Cada día estábamos más compenetrados, conducíamos como si fuéramos uno, y con el señor Yamamura la relación no podía ser más cercana. Incluso habían habilitado la antigua habitación donde Carmen pintaba para mí.

Por una vez en mi vida me sentía en mi casa y eso era algo muy peligroso, porque no me podía enamorar de Jon cuando lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Sonreí ampliamente cuando Michael removió mi pelo con cariño.

—Te veo muy bien, *surioarǎ* —alegó Michael tomándome por los hombros.

—Tú tampoco estás mal, algo más fuerte quizás. —Apreté sus bíceps mientras él los marcaba bajo su jersey azul. Llevaba el pelo algo más largo

que de costumbre, pero estaba igual de guapo. Parecía más un surfista que un aburrido contable.

—Sí, bueno, ya sabes que me encanta el deporte y a las mujeres todavía les gusta más que lo practique, sobre todo en posición vertical, y para eso hacen falta unos buenos brazos. ¿Verdad, Jon? —Ambos se miraron con camaradería, los tíos eran tan básicos a veces.

—Ya, a ver si ahora os vais a cronometrar para ver quién aguanta más con una mujer a la cintura. —Los dos arquearon las cejas como si les complaciera el reto—. A mí no me miréis si queréis competir en eso. Sería mucho más productivo que compitierais por ver quién hace pis en una lata sin salpicar el suelo, ese sí que es un ejercicio de precisión y resistencia que dejaría admirada a cualquier mujer, que después lo dejáis todo hecho un desastre.

—Habla por los demás, *surioarǎ*, yo meo sentado, mucho más limpio y práctico. Y, que yo sepa, a mis compañeras de cama les encantan las paredes; soy como Spiderman, las hago caer en mi tela de araña y no las suelto hasta que terminan satisfechas.

—Será mejor zanjar el tema antes de que te pongas a trepar por el aeropuerto, hombre araña —expresé clavándole un codazo en las costillas—. Y haz el favor de comportarte delante de Jon, ¿qué va a pensar de nosotros? De ti que eres un salido, eso seguro. —Michael soltó una carcajada.

—No creo que Jon se asuste por hablar de sexo, o acaso me dirás que vosotros no... —Se frotó los dedos ganándose otro codazo y la respuesta de Jon.

—A todas horas, Michael, a todas horas. —Mi hermano se echó a reír y yo di el caso por perdido.

—¿Qué os parece si vamos a casa y seguimos charlando? —sugirió Jon—. Seguro que Michael debe estar agotado.

—Soy un hueso duro de roer, cuñado. Aunque reconozco que podría terminar con todas las reservas de tu nevera, esa comida de avión no hay quien se la trague.

—Pues no se diga más, larguémonos. Sun Yi te ha preparado un banquete, adora a Jen, y no quería que le pudiera faltar nada a su querido hermano. — Reí al pensar en la cara que pondría mi querida Sun

Yi al ver a Michael. La chica trabajaba de cocinera para el señor Yamamura, era hija de la mujer que se encargaba de la limpieza del hogar. No era mucho más mayor que yo, era muy guapa y tenía clara preferencia por los occidentales. Un día la sorprendí en su habitación suspirando al ver a Brad Pitt en *Leyendas de Pasión*, pero claro, ¿quién era capaz de no suspirar al verlo en esa peli?

El viaje en coche fue de lo más entretenido. Me gustó comprobar lo bien que se llevaban mis dos hombres, cómo Jon encajaba las bromas de Michael y le seguía la corriente sin perder el ritmo. Parecía que se conocieran de toda la vida, incluso se aliaron en mi contra en determinados momentos...

—¿Y la has oído roncar? —preguntaba Michael con socarronería.

—Como un oso, ¿verdad que sí? Aunque ya le tengo la medida tomada, cuando la escucho le doy el biberón y se calla al instante.

—¿El biberón? —inquirió Michael sin saber a qué se refería.

—Sí, tu hermana es una gran fan, pregúntale... —A esas alturas ya estaba roja como un tomate.

—Si no lo veo, no lo creo. ¡Jen, estás entrando en erupción! No te había visto tan roja desde que se te escapó aquel pedo en pleno autobús.

—¡Cállate, maldito memo! En primer lugar, no ronco; en segundo, el del pedo fuiste tú; y en tercero... —resoplé—, lo que haga o no en la cama no es asunto tuyo. —Michael soltó una risotada.

—Jon, eres mi héroe. Te prohíbo que dejes a mi hermana nunca, jamás la había visto tan descolocada. ¿Dónde ha dejado su escoba de bruja?

—Aparcada en el garaje de casa, solo la dejo salir a volar por las noches para que termine aterrizando sobre mi caldero.

—¡Eso es lo que tú quisieras! —gruñí fingiendo estar enfadada—. Cualquiera día te lanzo un hechizo y te convierto en rana.

—Si hicieras eso sería porque después te morirías de ganas por besarme y que me convirtiera en tu príncipe, aunque eso ya lo soy, ¿verdad que sí, gata? —Lo miré a través del retrovisor sin saber qué decir. En teoría mi hermano venía a rescatarme, pero yo no me sentía con ganas de ser rescatada. Estaba hecha un lío y por la forma en que me miraba mi hermano estaba convencida de que veía exactamente mi confusión.

—Miau —terminé diciendo al no tener nada más que añadir. Mi

hermano asintió complacido.

—Pues yo estoy encantado de que te quedes con esta joyita, ya la veía viviendo sola y rodeada de mininos.

—¡Michael!

—Es la verdad. —Jon se estaba desternillando de la risa. Y finalmente decidí unirme a ellos en la broma colectiva, esos hombres eran mi hogar.

Como era de esperar, Sun Yi se derritió al conocer al pedazo de hombretón rubio que traspasó la puerta. Con agilidad, lo acompañó hasta la mesa y antes de que él abriera la boca le había llenado el plato con suculentos manjares tradicionales. Mi hermano parecía encantado con la guapa oriental y su servilismo, coqueteó abiertamente con ella provocando más de una encendida de mejillas. La cara de Sun Yi no dejaba de pasar del color crema al rojo fuego e intentaba apagar el calor con el intenso aleteo de sus pestañas negras, era todo un espectáculo. Michael no ayudaba, era un seductor nato y la pobre Sun Yi había caído bajo su influjo.

La comida fue muy distendida, el señor Yamamura estaba fuera por negocios, así que teníamos la casa para nosotros tres.

Jon le pidió a Sun Yi que le mostrara su habitación a mi hermano con un guiño que no daba a equívoco. No podía creerlo, ¿estaba haciendo de celestino? Michael le chocó el puño y le ofreció una sonrisa ladeada. Así que, cuando tras varios minutos la japonesa no apareció, nos quedó claro que el depredador había cazado a su presa.

—Mi hermano no tiene remedio —protesté cuando ambos nos pusimos a recoger la mesa.

—Es un hombre genial, no me extraña que le tengas tanto aprecio. Me gusta mucho mi cuñado. —Caminamos hasta la cocina para dejar los últimos platos.

—Y tú a él, lo he visto en sus ojos. Parece más hermano tuyo que mío.

—Supongo que por eso me gustas tú y no tu hermano, porque eres completamente diferente a mí.

—¿Así que te pone que sea una bruja?

—Mucho —afirmó acercándose.

—Cuando te miro, veo a la bruja con la que quiero envejecer. ¿Y tú qué ves cuando me miras, gata? —No estaba preparada para enfrentarme a

eso, nunca le había dicho a Jon que lo amaba y él no dejaba de repetírmelo de mil maneras diferentes. Nunca había insistido en que le declarara abiertamente mis sentimientos, pero sabía que lo esperaba.

—Te veo a ti, solo a ti —respondí sincera. Eso era cierto, últimamente solo lo veía a él, sus sonrisas cómplices, su manera de hacerme disfrutar en la cama, nuestras largas conversaciones cuando la casa estaba en silencio...

—Bien, porque es lo único que quiero que veas hasta el fin de nuestros días —respondió aproximándose a mi boca—. ¿Qué te parece si los imitamos y vamos a echarnos una siesta? —Solté una risita nerviosa.

—Me parece algo muy español, en Tokio no se hace la siesta. —Apretó su erección contra mi vientre, le acaricié la nuca expectante.

—¿Y se puede saber de qué te habla mi cuerpo? —ronroneó a escasos centímetros de mis labios.

—De sexo, de deseo y de posesión —respondí lamiendo su boca. Jon me cogió por los glúteos subiéndome a la encimera y, sin perder tiempo, me levantó la falda larga que llevaba, franqueó la ropa interior e introdujo sus dedos.

Gemí cuando el índice y el corazón se embarcaron en el descubrimiento de mi punto G, estimulándolo a la vez que con el pulgar presionaba el clítoris.

Jon había hecho muchísimos avances sexuales, conocía mi cuerpo palmo a palmo, sabía hacerme estallar con una simple caricia de sus dedos.

—Dios, Jon, me vuelves loca.

—No, pequeña, loco me vuelves tú a mí.

Se desabrochó el pantalón y me penetró haciéndome sentir el dominio de la carne, enrosqué las piernas en su cintura codiciando su entrega más absoluta. Pocas veces le dejaba llevar el control, pero ahora me apetecía que llevara las riendas y marcara el ritmo.

—Fóllame más duro, Jon —le pedí suplicante, buscando una mayor profundidad en las acometidas. El ritmo se volvió violento, la carne restallaba solemne acompasando nuestros gemidos.

—¡Joder! —escuchamos, frenándonos en seco.

—Perdón por la intromisión, juro que no he visto nada. Bueno, tal vez

el culo peludo de Jon, pero nada más. Estoy de espaldas, podéis seguir, solo tenía sed. Cojo la botella de agua de la nevera y me largo por donde he venido. Vosotros a lo vuestro, que yo también voy a hacer el saludo al sol. — No podía creer que mi hermano estuviera allí soltando todo aquello mientras yo tenía un momento de intimidad con Jon. Cogí una bayeta mojada y se la lancé certera en toda la cabeza.

—¡Lárgate, maldito idiota! ¡Y para tu información, Jon no tiene el culo peludo! —No sabía si reírme o echarme a llorar.

—Entonces he debido verlo mal, me habré confundido con la peli de King Kong que han puesto en el avión —respondió Michael sin inmutarse—. Lo dicho, dale duro, cuñado, que mi hermana es una salvaje.

Fui a responder, pero me encontré al caballero que tenía entre mis piernas respondiendo.

—Eso está hecho, hermano, estoy dispuesto a domar a la fiera. — Empezó a bombear de nuevo mientras se oían las risotadas de mi hermano desde el pasillo.

¿De dónde salían esa complicidad y ese millar de mariposas revoloteando en mi estómago? Era imposible, seguro que si ahora mismo vomitaba me saldrían corazones... Pero ¿qué narices me ocurría? Yo no creía en finales felices, ¿por qué ahora me encontraba deseando uno para mí?

Dejé de pensar en el momento exacto en el que Jon coló la mano entre nuestros cuerpos y se puso a hacerle un solo a mi clítoris a la vez que me penetraba. Solo pude aferrarme a él con fuerza y dejarme avasallar por ese tsunami de emociones desbordantes que estallaron en mí cuando, mirándome a los ojos, musitó: «Te quiero, gata».

—¿Qué quieres que te diga, Jen? Me gusta y, aunque no lo quieras reconocer, también te gusta a ti. Llevo casi dos semanas aquí y veo cómo lo miras. Estás enamorada, *surioarã*, y pese a que no me guste del todo vuestra profesión, reconozco que Jon es un buen tipo. Te sabe llevar y estás en el buen camino.

—¡¿Que me sabe llevar?! —protesté echando fuego por los ojos—. A mí no me lleva nadie, Michael, yo me conduzco a mí misma. Jon solo está ahí por lo que tú y yo sabemos.

—¿Estás segura de eso? Él cree que eres la mujer de su vida.

—Y yo creo que soy la mujer de la mía. No voy a enamorarme de un tío, Michael.

—¿Y de una mujer sí? —Puse cara de asco al imaginarme mi cara haciendo un barrido de bajos.

—Mucho menos.

—Lo que te decía, terminarás rodeada de gatos.

—Pues me iré a China, que se los comen.

—Se comen los perros, no los gatos.

—¡Me da igual! —le dije exasperada—. No estoy enamorada de Jon, vuelvo contigo a Estados Unidos en el vuelo de pasado mañana.

—¿Segura? —preguntó incrédulo.

—Deja de preguntarme eso —aclaré irritada—. No he estado tan segura en mi vida. Y ahora, ¿estás preparado para correr? La carrera es mañana, pero en el entrenamiento podrás hacerte una idea de lo que disfrutamos, no es lo mismo verlo desde la barrera que sentir la velocidad en tus carnes.

—Ese mundo en el que estás metida no me gusta, es demasiado peligroso. —Negué con la cabeza.

—Somos como una gran familia, Michael. Nos conocemos todos, nadie quiere perjudicar a nadie, solo correr y vencer. Sin trampa ni cartón —le aclaré.

—Cuando hay tanto dinero en juego, no hay amigos, Jen. ¿No crees que podrías encontrar un trabajo normal? Retomar tus estudios, ¡qué sé yo! Ahora tienes dinero.

—Es que me gusta esto, Michael. No sé qué haré una vez esté en Estados Unidos, cuando lleguemos ya veré —intenté calmarlo. Entendía su preocupación de hermano mayor, no quería que me ocurriera nada al igual que yo me moriría si alguna vez le pasara algo. Lo miré con cariño agarrándolo por la cintura—. ¿Vamos, *frățior*? Jon te ha preparado uno de sus mejores coches, seguro que lo vas a disfrutar.

No me equivoqué con Michael, lo pasó en grande, me recordó a la única vez que el señor Hendricks nos llevó a los autos de choque. Obviamente estábamos en la feria para birlar carteras, pero él se

compadeció de nosotros y nos dejó montar una vez después de haber obtenido un gran botín, esa noche estaba contento y nos dejó celebrarlo.

Vi la misma expresión en el rostro de mi hermano. Esa camaradería que compartimos conduciendo juntos en aquella ocasión era la misma que ahora, incluso el señor Yamamura lo felicitó y le ofreció correr para él al día siguiente. Era ágil, rápido y eficaz.

Michael se sintió un poco cohibido y empujado a aceptar la oferta. No supo decir que no, de algún modo quería pagar la hospitalidad ofrecida por los Yamamura, así que terminó aceptando y al día siguiente competiríamos los tres.

Había llegado el gran momento, estaba a punto de comenzar la carrera.

Los dos Bugatti y el Toyota que conduciría Michael ya estaban en posiciones, solo hacía falta que subiéramos al volante dispuestos a llegar los primeros.

Nos deseamos suerte y, como siempre hacíamos Jon y yo, chocamos nuestros cascos. Él solía llamarlo nuestro beso de unicornio. Tal vez sonara un poco cursi, pero me sentía bien con ese gesto cómplice y cariñoso.

Allí éramos Inferno y Storm, y Michael heredó el sobrenombre de Thunder. Así fue como lo bautizó el señor Yamamura después de advertir cómo hacía rugir el motor del Toyota.

Me abroché el cinturón deseando que dieran la salida, miré a un lado y al otro para cerciorarme de que mis chicos estaban bien. Estaba a un día de marcharme de Tokio y todavía no le había dicho nada a Jon de mi partida. Intenté calmarme, enfriar la cabeza y pensar en la carrera. Tras ella debería abandonarlo, dejarlo marchar para siempre y me daba la sensación de que no iba a ser tan fácil como había intentado creer.

Un escalofrío tensó mi columna y me hizo pisar a fondo el acelerador cuando escuché la señal acústica que indicaba el inicio de la carrera.

Expulsé todo pensamiento de mi mente, o por lo menos lo intenté, pero solo podía ver la mirada de decepción de Jon cuando le dijera que lo nuestro había acabado y que iba a regresar con Michael.

Uno de los coches se aproximó demasiado al mío, los ojos me escocían sin saber por qué. Sentía náuseas y una extraña sensación de ahogo que me dificultaba respirar. Me estaba pegando demasiado a la curva y

perdiendo el dominio de la carrera.

Vi a Jon tratando de reconducirme y la sensación fue a peor, era como si hubiera perdido el control de mi cuerpo. Todo empezaba a fallar sin un motivo aparente, el tubo de escape de mis pulmones fallaba.

Respiré intentando recuperarme, parecían vaciarse y ser incapaces de volver a llenarse. ¿Estaba teniendo un ataque de pánico? ¿Por qué? Otra vez apareció el rostro de Jon en mi mente como respuesta. Noté un golpe en el lateral izquierdo lo suficientemente duro como para desviarme del árbol que estuve a punto de comerme.

Escuché el estruendo tras de mí, pero mi necesidad de ganar me impidió parar, tenía que cruzar la meta y demostrarme a mí misma que Jon no era el motivo por el que estaba de ese modo, que el control de mi vida lo seguía teniendo yo.

Cuando crucé la línea de llegada, no me lo creía. Salí del coche levantando los brazos buscando con la mirada a Jon para poder celebrar juntos mi triunfo, pero no estaba. ¿Dónde se había metido?

A lo lejos vislumbré el árbol, la gente arremolinada alrededor y el Bugatti plateado de Jon echando humo. Creo que sufrí un microinfarto cuando me di cuenta de que él había sido quien me había salvado de estrellarme contra el árbol poniendo en peligro su propia vida.

Grité hasta quedarme sin voz, corrí hasta que me fallaron las piernas estampándome contra el asfalto, me levanté sin que el golpe que acababa de darme importara.

Todo se había vuelto borroso, apenas podía ver nada, solo sabía que debía llegar al coche. «Jon, Jon, Jon», gritaban mi cerebro, mi corazón y mi alma.

«No, por favor, otra vez no. No puedo perderlo a él también».

Cuando logré llegar al coche lo vi tumbado en el suelo, le habían sacado el casco. Tenía los ojos abiertos y un rictus de dolor empañándolos. Me lancé sobre él llorando y aporreándole el pecho al mismo tiempo, no podía pensar. Por un lado, lo odiaba por haberse arriesgado de ese modo por mí y por otro lado... Por otro lado, no podía dejar de amarlo con todo mi ser.

—¡No te mueras, joder! ¡No te mueras! —Lo sacudí—. Lo siento, lo siento, te quiero, no puedes hacerme esto, ¡no puedes dejarme ahora! —

Alguien me tomó por los hombros tratando de separarme de él, pero no pudo hacerlo, pues sus brazos se aferraron a mí como el acero.

—En la vida, gata, ¿me oyes? No pienso dejarte ni muerto y si fracturarme la pierna ha servido para que me digas que me quieres, estoy dispuesto a que me rompas ahora mismo la otra para oírte decirlo de nuevo. —Estaba llorando a mares, apenas podía ver su hermoso rostro, pero lo que sí podía decir era lo que él más deseaba.

—Te quiero, Jon Yamamura, por siempre seré tuya. —Me perdí la sonrisa de mi hermano y el cabeceo de mi suegro, pero no los dulces besos de Jon, que me calentaron el corazón y me hicieron arder en el fuego del amor.

Capítulo 18

Dos años de absoluta felicidad, eso era lo que había pasado en mi vida. Jon había logrado convertir mis mohines enfurruñados en auténticas sonrisas.

Pasamos las primeras navidades con su padre, pues no era plan de viajar con la pierna fracturada, y Michael regresó a su aburrida vida en Estados Unidos con una salvedad: le picó el gusanillo de las carreras ilegales y se hizo piloto de Yamamura en nuestro país de origen.

En alguno de los viajes que Jon y yo hicimos compitiendo coincidimos con mi hermano; todo parecía ir sobre ruedas, nunca mejor dicho.

Visitamos a Carmen ese verano, aunque solo estuvimos una semana. Al principio la situación fue algo tensa, pero logramos que se fuera relajando al pasar los primeros días. No volví a ver a Tomás y eso me alivió, tenía miedo de enfrentarme a él y que todo saltara por los aires, era un riesgo que no quería correr. Pero no pude evitar sacarlo en una conversación que tuve a solas con Carmen. Le pregunté cómo les iba y ella misma me explicó lo del supuesto asalto a su casa.

Me comentó la misma teoría que había salido en los medios, que Tomás lo pasó muy mal porque no recordaba nada y estuvo un tiempo teniendo ataques de pánico; ahora siempre iba con guardaespaldas. Me alegré al saber que esa parte estaba bien enterrada. Ahora solo quedaban de vez en cuando, no tenían una relación seria, sino más bien encuentros esporádicos. Carmen dijo que se había vuelto algo huraño.

Mucho mejor así, intenté quitarle hierro diciéndole que seguro que encontraba una pareja que la hiciera feliz. Ella me dijo que eso era cosa de jóvenes como nosotros, que ahora solo quería algún escarceo sin

pretensiones y nada más.

Nos marchamos con la sensación de que las cosas se habían puesto en su sitio y yo estaba mucho más tranquila al recuperar la cordialidad con mi exjefa.

Nuestra vida se resumía en viajar por el mundo conduciendo y adorarnos mutuamente. Nunca había creído en la teoría de las almas gemelas, pero ahora lo sentía así. Jon era mi mitad, mi complemento perfecto del que no me quería separar.

Con él, los cielos grises se teñían de azul, se encargaba de que nada me faltara y que me sintiera amada en todo momento. Ya me había habituado a vomitar corazones y decirle por activa y por pasiva que lo amaba viendo cómo su rostro se iluminaba.

Estaba muy contenta, tenía una noticia que darle que jamás pensé que llegara a hacerme tanta ilusión. Encima coincidía con la llegada de Michael. Iba a venir a pasar unos días, correría en una de las carreras con nosotros y así yo podría darles a todos la feliz noticia.

Acaricé mi vientre mirándome en el espejo. Un bebé, una nueva vida estaba creciendo en mi interior fruto del amor que sentía por Jon. Reconozco que fue un despiste, que no lo habíamos buscado, la consecuencia de una noche de infarto y una pastilla olvidada. Pero sabía cuál iba a ser la reacción exacta de mi media mitad cuando se enterara. Él me había manifestado en más de una ocasión su intención de ser padre, de que en algún momento, cuando me apeteciera, ampliáramos la familia y al parecer el momento había llegado. Me sentía exultante y apenas podía contener las ganas de contarle la noticia.

Me puse frente al PC. Quería darle una sorpresa, así que hice un pedido *on-line* de un muñeco de peluche, un piloto de carreras para nuestro bebé, que sabía que le iba a hacer mucha gracia al padre. Utilicé el *e-mail* que tenía de los robos, jamás lo había abierto ni usado. Jon no lo conocía, así que no corría peligro de que entrara en esa cuenta y me chafara la sorpresa. No lo había abierto desde que me marché de Barcelona.

Suspiré al poner Google en modo incógnito y teclear la cuenta de Gmail. Me puse hasta nerviosa, aunque sabía que no tenía motivo para estarlo.

La bandeja aparecía con el correspondiente correo electrónico de

bienvenida de la página donde había hecho la compra, la entrega estaba prevista para pasado mañana según el correo. Una sonrisa tonta se instaló en mi rostro al imaginar la cara de Jon cuando le dijera que iba a ser padre.

El ordenador sonó, un nuevo mensaje acababa de entrar en la bandeja de entrada arrancándome de mi ensoñación. Leí el asunto y me quedé helada.

«Sé lo que hiciste en casa de Tomás».

El corazón se me disparó, el primer impulso fue cerrar el correo y alejarme del ordenador lo más lejos posible, pero no pude hacerlo. Me quedé con la vista fija en la puñetera línea donde aclaraba que el *e-mail* se había enviado hoy. ¡Hoy! Alguien acababa de mandarme ese mensaje, no era de hacía dos años, sino de hacía escasamente unos segundos.

Las manos me temblaban sin control. Había un archivo adjunto al correo, me debatía entre abrirlo o no, pero la curiosidad que sentía pudo más que mi prudencia. Lo abrí con cautela, como si se tratara de una bomba de relojería, dando un suave doble clic al ratón que apenas sonó.

Era un vídeo en el que apareció mi peor pesadilla, la que viví dos años atrás. Me llevé las manos a la cara con horror, le di a borrar el mensaje y automáticamente me entraron diez más con el mismo mensaje y el mismo vídeo. Había empezado a hiperventilar, eso no era bueno ni para mí ni para el bebé.

Cerré por unos instantes el portátil tratando de sosegarme, me senté en la cama presa del pánico. Ahora, justo ahora, no podía estar pasándome esto.

Estaba sola en casa, Jon había ido a recoger a Michael al aeropuerto y no había nadie a quien se lo pudiera contar. Fui al baño y me mojé el rostro intentando encontrarme al otro lado del espejo.

«Serénate, Jen», me dije a mí misma. Si alguien me había enviado ese vídeo, era porque quería algo, pero ¿quién sería? ¿Uno de los amigos de Tomás? ¿Él mismo, que había empezado a recordar? No podía quedarme con ese estado de angustia, debía responder, averiguar qué quería y darle solución.

Regresé a la habitación, todavía seguía sorprendiéndome la

modernidad de la casa. Jon me contó que era así porque su madre la eligió. Era una mansión enorme de formas rectas y depuradas, para nada al estilo oriental que vemos en las películas. Era todo lo opuesto, completamente blanca, inclusive los muebles; el color se lo daban las innumerables obras de arte y los complementos de decoración. El suelo era níveo, menos mal que en Japón uno se quita los zapatos antes de entrar en casa. Lo primero que pensé cuando lo vi era la tarea que tendrían para que siempre estuviera reluciente.

Me coloqué frente a la pantalla y, tras un largo rato debatiéndome si responder o no, finalmente decidí que si no lo hacía no sabía a qué o a quién me enfrentaba.

—¿Qué quieres? —Tecleé, corta y directa.

—Roku Nana. Verde Roppongi 3F, 7-16-11 Roppongi. Mañana a las 20:00 h.

—¿Quién eres? —Como era de esperar, no obtuve respuesta; tampoco yo tenía intención de dársela, tenía que sopesar si iba o no a aquel encuentro.

Si accedía, no sabía cómo iba a poder despistar a Jon y a mi hermano para estar allí. Caminé nerviosa sin poder quitarme la idea de la cabeza y sabía que si no acudía a la cita solo podría empeorar la cosa. Lo haría, necesitaba aclarar qué estaba sucediendo.

Cuando mi hermano y el amor de mi vida llegaron a casa, estuve como ausente. Intenté disimular, pero mi cabeza iba una y otra vez hacia la persona que estaba detrás de todo eso. ¿Sería Tomás? La imagen del amante de Carmen no dejaba de incordiar-me. En varias ocasiones me preguntaron si me ocurría algo, y yo dije que simplemente estaba cansada y nerviosa por la carrera.

No quise contarle nada a Michael. No quería volver a pedirle ayuda, me daba la sensación de que no era capaz de solventar mis propios problemas si él no intercedía. Necesitaba ser yo, por una vez, quien diera solución a todo aquel asunto. Yo me había metido de barro hasta el cuello y yo iba a salir.

Les dije que no me sentía muy bien, que igual estaba cogiendo algún virus, cuando insistieron en que no era normal, que seguro que algo me sucedía. Era la excusa perfecta, ambos se preocuparon por mí y me

instaron a que me marchara a la cama.

No pude pegar ojo, pero por lo menos logré que dejaran de preguntarme.

El día siguiente no fue mucho mejor, lo pasé atacada. Seguí fingiendo mi indisposición y le pedí a mi hermano que se llevara a Jon y a su padre a una cena de chicos, que después salieran a tomar algo, que no era justo que se quedaran en casa por mi culpa, que yo estaría bien y así tendrían un rato para ellos.

A regañadientes, logré que salieran los tres haciéndome prometer que no saldría de la cama y que si necesitaba algo llamaría a Sun Yi, que estaría en la casita anexa de los trabajadores. Si ellos supieran que precisamente lo que quería era que se marcharan para irme después.

Miré el reloj. Se habían ido hacía diez minutos, el tiempo suficiente para que no regresaran por la puerta sorprendiéndome. Me cambié, me quité el pijama y opté por un suave jersey de cuello alto, unos tejanos azules y unas botas de caña alta. No pensaba estar mucho rato, debía estar en casa antes de que regresaran.

Me puse el abrigo, el gorro y los guantes. Hacía frío, ya había anochecido, estábamos a principios de diciembre y el lugar escogido para la cita era una terraza poco conocida en un rascacielos de Tokio. Con Jon había estado en alguna ocasión, era un lugar íntimo y reservado, mayoritariamente frecuentado por parejas.

Llegué antes de lo previsto y subí al lugar indicado, una terraza estrecha de no más de tres metros de ancho, con cinco mesas en forma de cubo que contenían una lámpara tipo candelabro en su interior. Cada una estaba acompañada de dos sillas de metacrilato transparente. Busqué la única que estaba disponible y me perdí en las luces de la ciudad.

El camarero se acercó para preguntarme qué deseaba, sabía que en mi estado no era bueno beber alcohol, pero necesitaba algo para templar mis nervios.

—Un east-spring, por favor.

—Enseguida se lo traigo, señorita. —El camarero no se hizo esperar, regresó con mi cóctel hecho a base de sake Hakutsuru Junmai Namachozo, sirope de almendra y zumo de *yuzu*. Di un largo y reconfortante trago antes de que una sombra alargada se cerniera sobre mí.

—Buenas noches, rubia. —Aquella voz, aquella palabra. Era imposible que se tratara de otro y a la vez era imposible que fuera él.

Matt dio dos pasos colocándose frente a mí, su piel estaba mucho más morena y curtida que la última noche que lo vi. Sería una necia si no reconociera que seguía endemoniadamente guapo y que mi corazón dio un brinco cuando lo vi.

Fui incapaz de decir nada, levantarme o reaccionar, solo pude tomar la copa y terminarla del tirón. Él sonrió, chasqueó los dedos llamando al camarero y pidió dos más acomodándose en la silla de enfrente. Era como estar tomando algo con un espíritu que regresa a la tierra para torturarte.

—Es imposible que seas tú, ¡estabas muerto! —Fue lo primero que fui capaz de decir. Él sonrió.

—Yo también te he echado de menos, cariño. Los años te han sentado bien, esposa «mía». —Remarcó la última palabra. Aquello era sórdido, imposible. ¿Qué pintaba Matt en todo esto? El camarero dejó las bebidas sobre la mesa—. ¿No vas a darle un beso a tu marido después de tanto tiempo? ¿Es así como me recibes tras tres años sin verme? —Hizo una mueca tensando las mandíbulas para después fijar los ojos sobre mí. No podía decir nada, era como si las palabras y la seguridad en mí misma se hubieran esfumado de un plumazo. Así que no le quedó más remedio que llevar la conversación—. Reconozco que me dolió ver cómo estuviste a punto de dejar que ese tipo te follara, Jen, nadie toca lo que es mío. Pero lo que más me molesta es que lleves más de dos años acostándote con otro, con un crío que no me llega ni a la suela del zapato. Eso no es ser una buena esposa, rubia. — Dio un sorbo a su bebida—. Aunque reconozco que yo tampoco he sido un buen marido, en eso estamos empatados. *Kanpai!* —brindó en japonés tomando de su bebida.

—¡Te largaste! —escupí saliendo de mi estado letárgico—. Me abandonaste en ese maldito hotel de Las Vegas y te marchaste haciéndome creer que habías muerto, ¿y ahora pretendes que te dé explicaciones de lo que he hecho con mi vida? ¡Llevamos años sin vernos! Si hubieras querido, me habrías mandado un mensaje para decirme que estabas bien. Poco te debía importar cuando me hiciste creer que habías fallecido. —Soltó una carcajada seca.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue mi funeral? Que yo sepa, no te mandé una

carta desde el mismísimo infierno. Te pedí que me esperaras, sabías lo que tenías que hacer, cuidar del negocio y esperar. Yo confié en ti, deposité todas mis pertenencias en tus manos para que no pasaras apuros; las órdenes eran claras, ¿y tú qué hiciste? Te lo cargaste todo, te extralimitaste, abusaste de las drogas y el alcohol, perdiste el control y echaste a perder todo lo que había logrado con el sudor de mi frente. Y, por si fuera poco, te largaste del país. Cuando volví a por ti ya no estabas, y no sabía dónde buscarte. —El corazón se me iba a salir por la boca, bebí de nuevo sin tener muy claro qué pintaba Matt en todo esto.

—¡Ni una miserable nota, Matt! —contraataqué—. ¡Nada de nada! ¿Sabes lo que fue para mí? ¡Te amaba, eras mi todo en ese momento!

—¿Y ahora no? —Movié la cabeza negativamente—. No, claro, ahora asaltas cunas y te follas a niños ricos para que paguen tus caprichos. Te has convertido en una zorra sin principios. Por lo menos, conmigo eras tú. ¿Quién eres ahora, Jen? ¿Ese chico sabe lo que hiciste? ¿Sabe lo que buscas en realidad? ¿Sabe que solo lo utilizas?

—¡No lo utilizo! —exclamé alterada. Él me miró curioso—. Puede que al principio sí, pero ahora lo quiero.

Río sin humor.

—¿Qué lo quieres? No seas necia, Jen, tú solo me quieres a mí y a ti misma. Eres mía, ¿recuerdas? Para siempre. —terminé mi segunda copa intentando calmar la sed que se me había despertado. Él volvió a chasquear los dedos y al minuto dos copas más aparecieron sobre la mesa. No debía beber, sabía que debía controlarme, que el sake subía muy deprisa, pero no estaba en un estado normal en el que pudiera pensar con claridad. Matt despertaba en mí todos mis demonios y mis miedos.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué tienes ese vídeo?

—Ay, rubia, rubia, rubia. Las cosas no fueron fáciles cuando me marché en busca de venganza, me costó algo más de lo previsto. Estaba en la puta selva, incomunicado, acompañado por los asesinos más sanguinarios del país y sin cobertura. No podía levantar sospechas, tuve que hacer muchas cosas para ganarme su confianza. Algunas de ellas tal vez te asustarían —dijo moviendo el contenido de su copa—, aunque ahora ya no importan. Todos fueron muriendo poco a poco, muertes accidentales, otras

violentas... Pero tranquila, esposa mía, nadie me asoció con ellas. — Temblé, ese Matt no era el chico del que me enamoré. Había cambiado, se había endurecido y sus ojos carecían de alma—. Logré convertirme en la mano derecha del hombre más poderoso de México, el mismo que violó a mi madre y a mi hermana hasta la muerte, el que hizo que mi abuela lo viera todo y la dejó con un halo de vida para que agonizara lentamente. Creo que eso no te lo había contado todavía. —Negué—. Así la encontré, en un charco de sangre, en el suelo de mi casa tras llegar tarde, pero ella se encargó de escribir en el suelo el nombre de su asesino. —Dos lágrimas descendieron por mi rostro al imaginar a Matt descubriendo algo así. Debió ser muy duro para él, y aunque no me gustaba el hombre en el que se había convertido, me apenaba—. No llores, cariño — murmuró, acercándose y sosteniendo una de las gotas que pendían de mi barbilla para llevarla a su boca y saborearla—. Eso fue hace mucho tiempo y ahora lo tengo en el punto donde quiero. Estoy muy cerca de cerrar el círculo, he logrado alcanzar algo que puede hacerme terminar con él del modo que deseo, pero para ello necesito algo y casualmente ahí es donde entras tú, rubia. Mi jefe quiere el cuadro del tipo del vídeo, el que robaste para él. Él es uno de los hombres que te vieron esa noche y no ha parado hasta encontrarte, pues no conectabas el teléfono que les facilitaste y siempre les aparecía apagado. Cuando accediste al *mail*, le llegó una alarma mediante el programa espía que asoció a tu cuenta de correo y me mandó a buscarte en su avión privado para que te acompañara a buscar lo que desea. Ya ves, cariño, el mundo es un pañuelo.

—Y nosotros un par de mocos —terminé sentenciando.

—Así es —rio—. Pero no te preocupes, tesoro, cuando esto termine seremos muy, muy ricos y felices —aseveró tomándome la mano sobre la mesa—. He decidido que voy a perdonarte por tu infidelidad, al fin y al cabo, creías que estaba muerto y yo tampoco me he mantenido célibe. Pero a partir de ahora voy a pedirte que cumplas tus votos, solo vas a follar conmigo ahora que sabes que estoy entre los vivos.

Cogí la tercera copa y la apuré de un trago. La cabeza empezaba a hacerme estragos, pero necesitaba sacar el coraje de algún lado; el alcohol me reconfortaba, me soltaba la lengua y me daba esa falsa fuerza

que necesitaba en ese momento.

—De eso nada. Si quieres el cuadro, yo pongo las condiciones —afirmé—. Lo hice una vez y sé que puedo volver a hacerlo. De hecho, en pocos días viajo a Barcelona, pero no voy a volver contigo nunca. ¿Me oyes? Quiero el divorcio, amo a Jon.

Matt se rio a boca llena.

—Ay, mi rubia, siempre has sido muy pasional. Tu mala leche me ponía a mil cuando estudiabas en la universidad y lo sigue haciendo. Tengo muchas ganas de follarte de nuevo, de sentir ese coñito apretado alrededor de mi polla.

—Me da igual si te pone a mil o a diez mil, no vas a tocarme nunca más —espeté—. Dile a tu jefe que tendrá el cuadro, pero que a cambio quiero un millón de euros y la grabación en mi poder. No quiero que la use para extorsionarme cuando le venga en gana.

—Tranquila, de la grabación me encargaré personalmente, no me gusta ir mostrando cómo otro tío jode a mi mujer.

—Ese tío casi murió por tocarme. —Matt lamió sus labios.

—Tal vez sí, pero eso no es lo que parece y sabes que no me gusta que toquen mis cosas.

—Yo no soy una cosa.

—Cierto, solo eres mi mujer y por eso velaré por ti como siempre. —Pincé el puente de mi nariz, las ideas empezaban a espesarse en mi cerebro—. Sosiégate, rubia, el vídeo solo lo tiene él, nos costó mucho recuperarlo. Hiciste un trabajo casi perfecto, pero no eres una *hacker* informática; el programa que usaste tenía un agujerito y a través de él pudimos recuperar lo que trataste de cargarte. Para tu tranquilidad te diré que solo lo tenemos nosotros, que el dinero no será un problema porque al fin y al cabo lo disfrutaremos juntos.

—De eso nada —dije levantándome y sintiendo cómo me fallaban las piernas.

Matt se incorporó como un resorte y me agarró para que no cayera al suelo, no había comido nada por los nervios que había pasado y ahora el alcohol estaba haciendo estragos en mi organismo.

—Claro que sí, pequeña. Mi jefe quiere el cuadro, pero yo te quiero a ti. Eres mi mujer, Jen, no lo olvides —murmuró pegado a mi oído.

—No, ya no lo soy, ahora amo a Jon. Lo nuestro no fue nada comparado con lo que tengo con él.

—¿Eso crees? ¿Piensas que tu japonés te amaría tanto como yo? ¿Que sería capaz de perdonar tu traición si se enterara de lo que hiciste?

—No lo sé porque no pienso traicionarlo con otro. —Vi su sonrisa torcida.

—¿Eso es lo que piensas? Pues habrá que comprobarlo, ¿no crees? —La cabeza me daba vueltas, sentía cómo mi cuerpo flotaba y se perdía en el aroma de su cuerpo.

Llegué a casa con sigilo. Sun Yi me dijo que Jen no había salido de su cuarto, que no la había llamado en ningún momento, que ni siquiera había pedido la cena, así que fui a la cocina y preparé algo ligero que llevarle.

Era tarde, mi padre y Michael habían querido seguir de fiesta, se encontraron con unos amigos de mi progenitor que los enviaron a un club privado. Así que yo regresé más temprano, no me sentía bien al dejarla tantas horas sola. Con un poco de suerte, Jen se encontraría algo mejor y tal vez me permitiera hacerle el amor lentamente, como a mí me gustaba. La había extrañado muchísimo, no estaba habituado a salir sin ella.

La puerta de nuestra habitación estaba entreabierta con una luz tenue que se filtraba por la rendija. Escuché un ruido, seguramente se había despertado con mi llegada.

Abrí la puerta y todo mi mundo se precipitó.

Jen estaba desnuda con las piernas abiertas, jadeando mientras un tipo empujaba en el interior de sus muslos. Ambos gruñían, él la llamaba rubia y le decía lo mucho que le gustaba follarla.

—Eso es, cariño, córrete para mí —la incitó. La escuché gritar de éxtasis y la bandeja que sostenía se cayó al suelo. Él se giró sin dejar de empujar mostrándome su rostro.

No podía creerlo, era el tipo de la foto, el marido muerto de Jen. Era Matt.

Soltó un rugido que daba a entender que se había corrido en su interior, no sabía si se trataba de un sueño o de la realidad. Aquello era

imposible, ¿no? Estaba desbordado, no sabía qué hacer.

Sentía una furia asesina apoderándose de mí, implorándome terminar con todo y con todos.

Matt se puso en pie mostrándose completamente desnudo, no llevaba condón y su polla goteaba triunfante mientras Jen permanecía desmadejada en la cama. Ni se había inmutado por mi presencia.

—Hola, Jon —me saludó Matt—, ¿qué tal se ha estado portando mi rubia contigo este tiempo? Folla bien, ¿verdad?, ¿has quedado satisfecho? No esperábamos que regresaras tan pronto y nos pillaras en plena faena, pero qué se le va a hacer. Espero que no te importe. Según Jen, eres de los que perdonan todo, así que esto no te importará.

Levanté el puño, que impactó directamente contra su rostro. Él contraatacó empujándome fuera de la habitación.

—Pero ¿qué mierda es esto? —pregunté.

—Esto es un marido que se tira a su mujer, Jon. ¿Pensabas que una mujer como ella estaba contigo porque te quería? No me seas iluso, eres un niño y ella necesita un hombre a su lado. Solo estaba contigo por el dinero, Jen siempre ha sido una mujer de gustos caros y yo no se los podía costear, así que decidimos desplumarte. Pero creo que nos has descubierto antes de que lográramos nuestro objetivo final, una verdadera lástima. Aunque podemos llegar a un pacto. Te ofrecería que te la tiraras ahora, pero la he dejado agotada, será mejor que la dejemos descansar y que negociemos nosotros. Si te interesa puede seguir siendo tu puta, puedes pagarme por follar con ella.

Seguro que has estado encantado con sus mamadas, le enseñé muy bien.

Intenté volver a golpearlo, pero me esquivó y el que recibió un puñetazo en el abdomen fui yo.

—Así no vamos bien, pequeño. Te veo muy acongojado y eso no es bueno para cerrar tratos importantes, deberías haberlo aprendido de tu padre. Pero no sufras, todos nos equivocamos. Mira a Jen. Primero lo intentó con el tipo ese de los cuadros, el que se tiraba a tu madre. Bueno, a tu madre y a Jen. — Se aproximó a la habitación y sacó una foto de la cartera que había dejado en la cómoda para tendérmela. No sé ni cómo pude cogerla. En ella aparecía la fecha de la captura, se trataba del mismo día que Jen me dio la sorpresa y me dijo de irse a vivir conmigo a Tokio.

Aparecía desnuda contra una mesa de despacho y Tomás estaba detrás palmeándole la nalga. Sentí náuseas—. Vamos, Joni, no te lo tomes a mal. Ella es así. Seguro que te ha hecho pasar grandes momentos, me jugaría el cuello a que has mejorado mucho en materia sexual.

—¡Eres un cabrón! —grité abalanzándome sobre él. Una ira ciega me impedía ver cualquier cosa, quería destrozarlo, herirlo del mismo modo que me estaba hiriendo a mí; aunque eso era imposible, acababa de romperme el alma. Descargué toda mi furia sobre aquel hombre desnudo y en la reyerta no me di cuenta de que Jen se asomaba al quicio de la puerta arrastrándose.

—¿Jon? —preguntó, después escuché una exclamación de «¡Oh, Dios mío!», seguido de un desgarrador «¡No!». Yo no veía nada, solo al hijo de puta que esquivaba algunos de mis golpes e impartía los suyos con movimientos altamente certeros.

—¡Por favor! ¡Por favor! —chillaba Jen hipando. La vi envuelta en la sábana, con los ojos plagados de lágrimas. Obviamente la afectaba que los hubiera descubierto, que me hubiera dado cuenta de lo zorra que era y lo gilipollas que yo había sido. Lástima no haberme enterado de todo el entramado antes de que se llevara mi corazón con ella. Era un maldito imbécil, un crédulo, una presa fácil.

¿Cómo había podido pensar que ella quería irse a vivir conmigo tan repentinamente? Ahí estaba toda la verdad estallándome en mis narices, no habían podido con Tomás y yo había sido el pringado de turno. Debí haber hecho caso a mi madre cuando me dijo que no me precipitara. Dios, cómo había sido tan necio, cómo se había reído a mi costa.

Los golpes que recibía ni me dolían, solo quería descargarme. La puerta de la casa se abrió, escuché a Jen llamando a Michael, este subió corriendo escaleras arriba para separarnos.

—Michael, por favor, ayúdame, ¡sepáralos! —Este se interpuso sin saber muy bien cómo actuar, aunque cuando vio la cara del marido de su hermana, creo que sintió la misma furia que yo y le propinó un buen rechazazo.

Matt escupió la sangre en el suelo.

—Creo que estoy en inferioridad de condiciones. No esperaba esto de ti, cuñado, dos contra uno es de poco hombres. —Michael estaba muy

cabreado.

—Y casarte con una cría y meterla en el mundo de la drogadicción ¿de qué es? ¡¿Qué coño haces aquí?! ¡Deberías estar bajo tierra! —Matt rio socarrón.

—Vamos, Michael, ya no tenéis que fingir. Jon lo sabe todo, sabe la verdad. Es inútil que tratéis de colársela de nuevo, ya no os va a creer. Nos ha pillado a Jen y a mí, no pudimos aguantar el calentón y esa pedazo de cama y...

—¡Nooooooooo! —aulló Jen. No pude contenerme y volví a abalanzarme sobre él, pero terminé cayendo al suelo por el empujón que me dio. Era más fuerte, más grande y ducho que yo en peleas.

—¡Fueraaaaaaaaaa! —les grité a los tres—. ¡Largaos ahora mismo de mi casa! ¡No quiero volver a veros en la puta vida, ¿me oís?! ¡Nunca más!

—Pero Jon, es una mentira, no puedes creerlo —me suplicó Jen lanzándose a mis pies.

—¿Que no puedo creerlo? ¡Te acabo de ver follando con él, Jen! ¡En nuestra cama, sin condón y te estabas corriendo! —Ella lloraba a mares, mi alma se fragmentaba convirtiéndose en polvo.

—No fue así, yo...

—¡Atrévete a negar que también te follaste a Tomás el día que me dijiste que querías venirte a vivir conmigo! —Cogí la foto del suelo y se la lancé. Parecía al borde del colapso, Michael se mantenía al margen.

—No, no, no, eso no es cierto. Él me obligó, yo... —No le salían las palabras.

—Claro, igual que tu marido está muerto y el que te estaba follando era un zombi, ¿no?

—Por favor, escúchame. No sabía que estaba vivo, yo... —me imploró.

—No tengo nada que escucharte. —Miré a Matt con auténtica repulsión.

—No la quiero ni como puta porque tan siquiera merece eso. Gracias por ofrecirme sus servicios y por abrirme los ojos, hubiera hecho cualquier cosa por ella cuando lo único que se merece es un mierda como tú.

Aquella afirmación me costó un golpe en el esternón que me dejó sin aire.

—¡Jon! —volvió a gritar Jen abalanzándose sobre mí. Yo la empujé con violencia y ella cayó al suelo.

—¡No me toques! ¡Me das asco! Ninguno de los tres merece estar en esta casa —amenacé cuando Michael vino a intentar levantarme. Tosí con mucho dolor, tal vez tuviera alguna costilla fracturada, pero poco importaba, lo que más me dolía era su traición.

—Si no os vais por las buenas, llamaré a la policía y os denunciaré por lo que me habéis hecho, así que será mejor que os marchéis ahora mismo.

—Vamos, cariño —dijo Matt, intentando ayudar a Jen a levantarse.

—¡No me toques, maldito cabrón del demonio! —gritó fuera de sí—. Todo esto es culpa tuya.

—¿Por cumplir tus caprichos y que nos pillara? Eso no es culpa mía, conocías el riesgo —insistió.

—¡¡¡¡FUERAAAAAAAAAAAAA!!!! —rugí. Lo que menos quería escuchar en esos momentos eran sus reproches. Comencé a lanzar todo lo que encontré logrando que se marcharan, me importaba bien poco si Jen estaba en pelotas y era pleno invierno, lo único que quería era que se largara de una maldita vez.

Escuché el llanto de Jen alejándose por las escaleras, sabía que esa noche había perdido mucho más que a una mujer. Jen había aniquilado mi capacidad de amar, de confiar en alguien del otro sexo. Ella había exterminado mi corazón, que nunca más volvería a latir.

Capítulo 19



Dos años y medio después

Miré las piezas de arte que quedaban a un lado y a otro de mi cabeza.

Siempre que estaba a punto de realizar un ejercicio de contorsionismo para librarme de un sensor no podía evitar pensar en ellos, en mis padres, los primeros que me enseñaron a hacer esos ejercicios. Pensaba en la belleza fría de mamá, en cómo la admiraba cuando entrenaba, en lo concentrada y hermosa que parecía.

Era un ser casi etéreo, ligero como una pluma, grácil y con una crueldad extrema. No le importaba mi corta edad, si el ejercicio me dolía o no, porque para ella, que había sido educada del mismo modo, solo existían el esfuerzo y el castigo.

Una fina capa de sudor perlaba mi frente, respiré con sosiego intentando templar mis nervios. Un mal paso y todo podía irse al carajo.

Me deslicé con suavidad como si fuera una araña de patas largas, ejecutando cada movimiento con precisión, buscando cada hueco. Tenía un patrón mental de los haces de luz que cruzaban la estancia. Conocía al detalle cada trazo, había practicado en una sala de las mismas dimensiones con punteros láser para recrear al milímetro lo que me iba a encontrar.

Era buena, la mejor, por eso cobraba lo que cobraba. No dejaba nada al azar, todo estaba calculado y ese Gauguin pronto sería mío. Bueno, mío no, exactamente. Lo tendría en mi poder unas horas, me empaparía de sus trazos, de su belleza, hasta poder extraer su esencia en la copia perfecta y que pasara a las manos de la persona que había contratado mis servicios para que esa maravilla formara parte de su colección privada.

Un requiebro más y habría llegado.

Toqué la pieza que llevaba atada a la espalda. Era exacta, llevaba más de dos años depurando mi técnica, asistiendo a clases particulares con el mejor. Dudaba de que se dieran cuenta del cambiazo alguna vez, el arte era lo mío y mi habilidad me permitía plasmar sobre el lienzo cualquier tipo de obra, por compleja que fuera.

Llegué ahora el penúltimo paso, inhibir el sensor de peso del cuadro. Tenía los segundos suficientes para cambiar una obra por la otra, la rapidez y la habilidad con las manos eran imprescindibles para ese gesto.

Debía dar gracias al señor Hendricks por potenciar mi agilidad con los dedos.

3, 2, 1... Clic

«Vamos, Jen, un movimiento más y ya lo tienes», me animé resoplando. Me permití el lujo de comparar las dos obras y sonreír ante la perfección de mi trabajo, era una réplica cojonuda. Tal vez la mejor que había hecho hasta el momento. Me perdí en los trazos puramente impresionistas, cargado de expresiones y explosiones coloristas.

«Suficiente», me reprendí mentalmente e inicié de nuevo la cuenta atrás colocando mi obra, que tantos iban a admirar sin saber que era yo la autora.

¿Talento mal aprovechado?, tal vez. Eso pensaba mi hermano Michael, que tenía un Picasso pintado por mí en el salón; pero poco me importaba, mis bolsillos no opinaban lo mismo. Prefería ser una falsificadora y una ladrona llevando una buena vida, que una muerta de hambre con ínfulas de grandeza por querer ver su nombre en los periódicos bajo la foto de una de sus obras.

¿Mercenaria del arte?, seguramente. Las etiquetas habían dejado de importarme hacía ya mucho tiempo. Lo único que verdaderamente me importaba era yo misma, esa era mi única gran verdad. Ahora el paso final, solo debía salir.



Sonreí cabalgando desnuda sobre el moreno que me había agenciado en el bar de copas, contemplando el Gauguin que pendía de la cabecera de mi cama.

Un mal vicio que adquirí tras estar por primera vez con Jon.

Llevaba treinta meses sin verlo y aun así estaba presente en cada hombre que me tiraba para olvidarlo. Era mi modo de rememorar su iniciación y la mía, ambos perdimos y ganamos algo. Yo gané un modo de buscarme la vida y perdí al gran amor de mi vida. Él perdió su virginidad y ganó no tener a una mujer como yo a su lado.

Tensé mi vagina apretando el grueso miembro que palpitaba entre mis muslos y me gané un gruñido por parte de mi compañero de sábanas.

Follar con un tío tras el robo perfecto se había convertido en mi modo

de celebrar un trabajo bien hecho y sin problemas; de demostrarme a mí misma que llevaba las riendas de mi propia vida y que no necesitaba a nadie en ella.

En cuanto cometía el robo llegaba a casa y colgaba el cuadro que acababa de sustraer sobre la pared de la habitación principal de la casita anexa que había en el jardín, para preservar mi intimidad. Allí era donde tenía mi estudio, donde daba rienda suelta a mi creatividad, además de muchas otras cosas. Era mi pequeño espacio, solo mío y de aquellos a quienes invitaba para gozar.

Lo colocaba sobre el cabecero, en el punto exacto donde mis ojos podían contemplarlo; me duchaba, me cambiaba e iba de cacería para regresar con la pieza de la noche.

Lo tendía desnudo en la cama y me dedicaba a cabalgarlo con intensidad mientras contemplaba la obra sustraída, no cesaba hasta acabar rendida y alcanzar el séptimo cielo. Eso sí que era disfrutar del arte.

Encogí los dedos de los pies ante la llegada del segundo orgasmo que ese bombón de chocolate con leche iba a regalarme.

Gemí con la mirada perdida en la maravillosa pintura que destellaba ante mis ojos, perdiéndome en el éxtasis infinito de correrme contemplando una pieza inigualable.

El museo Thyssen había cedido sus obras de Gauguin al The Broad, en Los Ángeles. Una gran suerte porque se rumoreaba que Tita Cervera, la actual baronesa Thyssen, era bastante reacia a que sus colecciones salieran del país. Mirándolo bien, tal vez la suerte sería suya por contar con una de mis falsificaciones en su colección. Me carcajeé para mis adentros.

Mi compañero de cama aulló. Al parecer, también él había logrado correrse, así que misión cumplida, ya podía ir a ducharme.

Me bajé de la cama dando un salto felino y fui directa al baño, encendí la cabina de hidromasaje y dejé que los chorros impactaran sobre mi cuerpo. Dios cómo la adoraba, era casi tan buena como el polvo que acababa de echar, aunque con la pasta que me había costado ya podía serlo.

No era la típica mujer al uso, no me gustaban los arrumacos después de

echar un polvo y menos con un tío que sabía que no volvería a pisar mis dominios en la vida. No buscaba amor o carantoñas, como esas flojas que creían en el amor eterno. «Gilipolces de quinceañera», pensé. Yo también fui una de esas cuando creí enamorarme del hombre equivocado, no una, sino dos veces. Por suerte, la imbecilidad había quedado erradicada de mi cuerpo, extirpada como un tumor maligno.

Eché la vista atrás pensando en el momento en el que mi mundo volvió a romperse.

Tras la expulsión de la casa de Jon, Michael me llevó a un hotel. Intentó que no tuviera ni un roce con Matt, pero no pudo impedir que me murmurara al oído que se pondría en contacto conmigo y que era mejor que no contara nada a nadie si no quería que el vídeo llegara a la policía.

Michael me metió en un taxi junto a él y, como siempre, se hizo cargo de la situación. Sun Yi tenía una amiga que era la hija del director del Wired Hotel, situado en el distrito de Taito, a setecientos metros del Sensoji Temple.

Ella le dijo que no se preocupara, que nos haría llegar algunas de mis pertenencias y la maleta de mi hermano. Como siempre, cuidó de mí y me preguntó qué había sucedido. No quería envolverlo en mis mierdas, así que evité contarle la última parte. Solo le dije que Matt había dado conmigo y quería que volviera con él, que me amenazó con hacer estallar todo por los aires porque su jefe sabía lo que había hecho en Barcelona, así había dado conmigo. Sus ojos parecían inyectados en sangre, le pedí que no intercediera, que lo de acostarnos no sabía exactamente cómo había ocurrido. Había bebido demasiado y lo único que lograba recordar era que él me llevaba en sus brazos y después los gritos fuera de la habitación. Michael quería encontrar a Matt y cargárselo, pero yo le supliqué que no lo hiciera, no podía echar por la borda su vida también.

Sabía que la había cagado mucho, pero por otro lado me jodía sobremanera que Jon me hubiera juzgado sin dejarme hablar. Vale que tal vez yo hubiera hecho lo mismo si en el caso de que él tuviera ex, lo hubiera pillado con ella en la cama; o tal vez hubiera actuado peor sacándola de allí por los pelos y lanzándola por la ventana. Pero estoy segura de que por lo menos lo habría escuchado un momento, cosa que él no hizo negándome la opción de darle una explicación.

Prefirió creer al imbécil de Matt antes que a mí. Sé que las evidencias jugaban a su favor, pero si me amaba tanto como decía, debería haberme dado la oportunidad de explicarme.

Michael trató de ir al día siguiente a hablar con Jon, pero no lo quiso escuchar, y yo ya no hice nada por intentar recuperarlo. Estaba convencida de que no lo haría, yo misma no lo hubiera hecho frente a esas evidencias, así que para qué malgastar el tiempo. Tal vez fuera mejor así, él iba a estar mucho mejor sin mí y yo... Yo ya sabía que estaba condenada a vivir en soledad. ¿Por qué tenía que doler tanto?

Michael regresó a Estados Unidos, le pedí unos días para intentar solucionar las cosas con Jon. Mentira, lo que necesitaba eran unos días para robar el cuadro que había traído las desgracias a mi vida. Le dije que en un par de semanas estaría en Estados Unidos, que no se preocupara por mí. Reconozco que me costó que me hiciera caso, pero terminó aceptando que iba a terminar haciendo lo que me viniera en gana.

Una vez se hubo marchado, me monté en el avión privado del jefe de Matt y volé con él a Barcelona. En un par de ocasiones intentó que nos acostáramos, pero terminó dejándolo por imposible. Yo ya no lo amaba y no pensaba volver a beber si estaba a mi lado.

Alquiló una suite con dos habitaciones. Él pasaba las noches follando con las chicas que traía al hotel y yo haciendo guardia y observando los hábitos de Tomás para encontrar el momento oportuno para sustraer el cuadro.

Cuando no hacía guardia, me pasaba el día rememorando la obra del padre de Carmen y pintándola en la intimidad de mi cuarto. Seguía guardando las fotos en mi ordenador, así que cuando me puse ante el lienzo simplemente me dejé fluir, rememorando el mismo instante en el que pinté por primera vez ese cuadro.

No podía errar, yo no tropezaba dos veces con la misma piedra, con los hombres había tenido más que suficiente. Ya no me iban a pillar con el sistema de videovigilancia.

Llamé por teléfono a la casa de Tomás y me hice pasar por una trabajadora de la empresa de seguridad, a quien le había llegado un aviso de que el software iba mal. Sabía que Tomás no estaba en casa, así que le dije a la chica del servicio que en diez minutos me pasaba. Y eso hice, ataviada con un mono de currante y una gorra.

Puse inhibidores de la señal, así el día del robo las cámaras dejarían de funcionar, no habría testigo gráfico de mi presencia en esa casa, y ahora mismo, en remoto, iba a borrar las imágenes de mi paso por ella.

Debo reconocer que fue un trabajo limpio y sencillo. Tomás tenía un evento, había sido nombrado empresario del año y salía en todos los medios de comunicación, así que no iba a estar en casa. El momento perfecto había llegado.

Había estado practicando de nuevo cómo abrir cerraduras de seguridad, así que no me demoré en exceso. Fui hasta el lugar donde pendía la obra de Solano e hice el cambiazo, contemplándola de nuevo antes de sustituirla.

—Pórtate bien, ¿me oyes? —le dije a la mujer de la imagen—. Te vas de vacaciones a México, disfruta del viaje y no me tengas rencor, seguro que te cuidaran muy bien allí donde vas. Perdona por haberte traído a la casa de un capullo —me disculpé—. No volverá a ocurrir.

Era una sensación extraña, como si pudiera entenderme, como si se hubiera relajado al oír cuál iba a ser su nuevo hogar. Sabía que estaba delirando, que era imposible, pero eso me dio paz.

En cuanto puse un pie en el hotel, le di la obra a Matt.

—Eres un genio —afirmó admirando la obra—. Mi jefe estará muy contento.

—Me alegro, ahora quiero el vídeo y el dinero. —Él tensó la sonrisa.

—¿Y por qué no lo vamos a celebrar?

—Porque no tengo nada que celebrar contigo. Lo nuestro terminó, Matt, asúmelo. —Me empujó contra la pared buscando mis labios, pero yo le hice la cobra y se llevó un rodillazo en los huevos.

—Hija de...

—Dilo, no me molesta. Aunque mejor cabrona que puta, mi madre nunca se acostó con hombres por dinero.

Anoté el número de cuenta que mi hermano Michael me dio para tener salvaguardado mi dinero y se lo lancé al suelo donde él permanecía doblegado.

—No quiero volver a verte en mi vida, a no ser que sea en el infierno. Cojo mi maleta y me largo, mi vuelo sale en dos horas. Voy a fiarme por última vez de ti, Matt, destruye esas imágenes y hazme llegar los papeles del divorcio. No quiero nada tuyo.

—Todo eso lo tienes encima de la mesa —señaló.

Fui hasta ella sorprendiéndome gratamente, estampé mi rúbrica en los papeles y tomé el pendrive donde se suponía que estaría la única copia del vídeo, aunque nunca podría estar segura de ello.

Lo miré por última vez antes de coger la maleta y largarme.

—Hasta nunca, Matt.

—Siempre serás mía, rubia.

Resoplé cerrando de un portazo. Sabía que ya se le pasaría y que no iba a tardar en olvidarme, ni yo a él.

Unas fuertes manos me agarraron de las tetas acariciándolas a través de la espuma del jabón.

—¿Qué coño haces? —pregunté al tipo que acababa de tirarme y que interrumpía mis recuerdos.

—Yo también necesito una ducha y pensé...

—Pensar, pensar, pensar —repetí chasqueando la lengua con disgusto y sin girarme en ningún momento—. Ese acto está sobrevalorado. No me fui contigo del local para que pensaras, solo para que follaras. No me gusta compartir mi espacio personal.

—Creo que ya hemos compartido más que eso hace solo un momento —ronroneó en mi oído, permitiéndose el lujo de pellizcarme las tetas. Seguramente pensaba que así me pondría cachonda. Craso error, yo solo me ponía cachonda cuando me apetecía, no cuando a un tío se le antojaba.

—Tú lo has dicho, hace un momento —respondí empujando sus manos—. Ese lapso de tiempo ya ha pasado. Ahora estoy en mi ducha, esta es mi casa y aquí imperan mis normas. Hemos follado, fin de la historia. Ya te puedes largar y si quieres ducharte, espera tu turno o usa el baño del pasillo, que es el de los invitados —repliqué sin un ápice de compasión.

—Vamos, nena, no seas gruñona. Soy muy bueno enjabonando... —argumentó colocando las manos en mi entrepierna.

—¿Nena? Yo no te he dado permiso para que me llames así.

—Es que no sé tu nombre.

—Ni lo sabrás. Al igual que a mí no me importa el tuyo, a ti no debe importarte el mío. —Sus dedos intentaban estimularme el clítoris sin

respuesta alguna por mi parte—. Saca la puta manaza del timbre, que no hay nadie en casa para que te abra la puerta.

Me di la vuelta y lo enfrenté sorprendiéndolo.

Era guapo, todos con los que me acostaba solían serlo. Un mulato exótico que me atrajo nada más entrar en el bar.

Debía ser mezcla porque tenía unos intensos ojos amarillos, parecidos a los

de un gato. Con esa cara y ese físico podría ser modelo. No sabía nada de él y tampoco me importaba, solo había cubierto una necesidad y era hora de que se largara.

Abrí la puerta de la mampara invitándolo a salir.

—Largo, polla con patas. La puerta sigue estando en el mismo sitio que antes, donde pegamos el primer polvo. Lo digo por si te pierdes y ahora, si me haces el favor, sal de aquí.

Me miró malhumorado.

—Si no supiera que te has corrido dos veces, te diría que eres una malfollada. Paso de repetir con una tía borde como tú.

—Como quieras, guaperas, me importa bien poco lo que digas o lo que pienses. Para mí sigues siendo una polla con patas que ya ha cumplido su función. Gracias por tus servicios y cierra la puerta al salir. Ah, y no te olvides de secarte antes, no quiero que me jodas el parque.

Me giré escuchando cómo cerraba de un portazo soltando imprecaciones.

No me importaba una mierda lo que pensara de mí, ni él ni nadie. Así era yo, pura «Tormenta»; si te acercabas demasiado, podía partirte un rayo.

Regresé a mis pensamientos sin escuchar el momento en el que el mulato salía de casa.

Al día siguiente metí el cuadro en la maleta blindada para su transporte, había sacado el lienzo con muchísimo cuidado para no estropearlo.

Me enfundé en mi traje negro de Armani, mis gafas de sol y fui directa al aeropuerto, donde tomé un avión que me llevaría directa a San Petersburgo.

Había cogido un vuelo directo y nocturno para sufrir menos *jet lag*; aun

así, sabía que iba a padecerlo, eran dieciséis horas de vuelo hasta llegar a Rusia.

Me tomé una pastilla con la esperanza de que me dejara seca y no tuviera que sufrir los berridos de algún insoportable bebé o el parloteo incesante de los pasajeros de detrás.

Me acomodé en mis asientos de primera clase, y digo mis asientos porque siempre compraba la fila donde iba a sentarme para que nadie me incordiara, odiaba tener gente al lado en pleno vuelo y más si quería dormir. La fauna volante era de lo peor, estaban los osos, las mofetas, las cotorras, los palomos y las moscas cojoneras. Los primeros roncaban y ocupaban tu espacio vital mientras tú intentabas dormir, los segundos solían desprender un aroma profundo a sudor o a rancio que te impregnaba la ropa. Los terceros se pasaban el viaje cotorreando sin sentido, los cuartos se empeñaban en hinchar su buche de cualidades inexistentes intentando follarte y los últimos parecían interesarse por absolutamente todo lo que hacías, por absurdo que fuera.

Así que en cuanto me lo pude permitir, empecé a comprar la fila entera. Muerto el perro, se terminó la rabia.

Pedí una copa de *champagne*. Alcohol y tranquilizantes eran la mejor de las ecuaciones para terminar K. O. Desde mi problema con las drogas intentaba no abusar ni de uno ni de otro, solo los tomaba cuando era estrictamente necesario; y volar era uno de esos momentos.

No llevaba equipaje, solo el maletín. No necesitaba más, iba a ser una transacción rápida. Llegar, entregar el cuadro, recibir la transferencia a mi cuenta y largarme. Todo en el mismo día. No me gustaba pasar tiempo en el lugar donde hacía una operación, me ponía en un riesgo innecesario.

Cuando comencé a notar los primeros efectos de mi cóctel para dormir, cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño.

—Disculpe, señorita, el avión ha tomado tierra. —La azafata me despertó con suavidad. Madre mía, me había quedado dormida como un tronco, esa pastilla era letal.

—Gracias —musité incorporándome. Tenía la boca ligeramente pastosa y los brazos acalambrados por la mala posición. Me recompuse pestañeando unas cuantas veces. Miré mi reloj, en Los Ángeles ahora serían las siete de la tarde, pero con la diferencia horaria en Rusia eran

las siete de la mañana.

Me observé con el espejito de mano y decidí que era mejor ponerme las gafas de sol, tenía los ojos ligeramente hinchados después de tantas horas de sueño.

Desembarqué y me dirigí a la puerta de llegadas con el maletín. Esperándome, había un hombre con pinta de chófer de la mafia rusa y un cartel donde rezaba «Storm».

Ladeé la sonrisa y caminé hacia él sin que me temblara el pulso, estaba acostumbrada a codearme con lo mejorcito de la sociedad.

Me había volcado completamente en los robos y las carreras ilegales. Ahora Michael corría conmigo, juntos éramos implacables y lo pasábamos de miedo. Tras el encargo del mejicano, como había decidido apodar al jefe de Matt, empezaron a caer otros. Uno de los integrantes del grupo se puso en contacto conmigo y tras él, otros dos.

Por fin estaba dentro y ahora me disponía a llevar uno de mis encargos.

Me subí al Bentley negro sin hacer preguntas, perdiéndome en el paisaje de la fría Rusia. Era la primera vez que trabajaba para Petrov y no estaba segura de qué iba a encontrarme.

Conducía de un modo relajado, lo que me dio tiempo a sobreponerme de la dormida que llevaba encima. Hubiera matado por un buen café, pero no me había dado tiempo. Aminoró el ritmo cuando llegamos a las islas Kamenny, situadas en el delta del Neva, en San Petersburgo.

Eran un conjunto de tres islas pedregosas, a las cuales se podía acceder perfectamente en coche. Estaban divididas por canales y tenían puentes que se conectaban entre sí para comunicarlas. «Kamenny, Yelagin y Kretovsky», leí en un cartel. La primera de las tres fue hacia donde nos dirigimos. Era una isla pequeña de no más de un kilómetro cuadrado donde se vislumbraban varias mansiones.

Llegamos a una ubicada frente al delta, pintada en un suave amarillo con detalles en blanco. Era algo ostentosa, como una réplica en pequeño de la Casa Blanca, o por lo menos a mí me la recordaba. La fastuosidad era algo que les encantaba a los rusos y esa casa daba buena cuenta de ello. La puerta de acceso estaba enmarcada por gruesas columnas que te daban una idea de lo que ibas a encontrar.

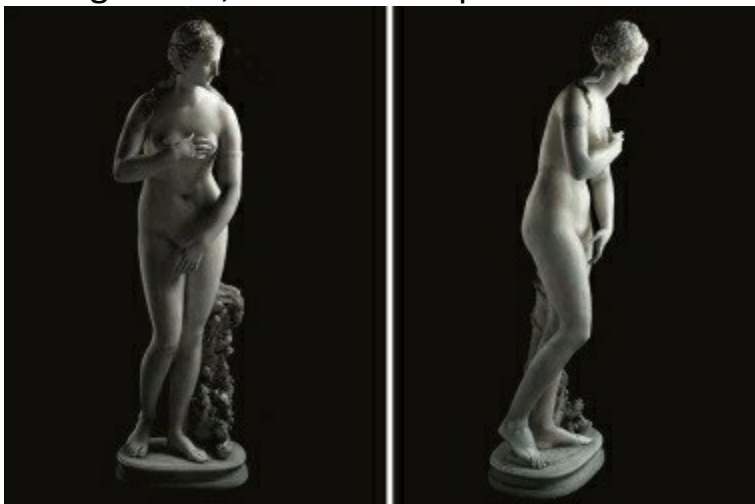
El chófer me acompañó hasta el interior de la mansión.

Lo primero que me llamó la atención fue la impresionante altura de los techos, las molduras que los ornamentaban y la combinación de lo clásico con lo moderno.

Mis tacones repiquetearon en el impoluto suelo de mármol vetado, me quedé asombrada al contemplar una hermosa escultura del mismo material, pero a diferencia del suelo, estaba hecha de blanco níveo y presidía la impresionante escalera que subía a la planta superior.

Juraría que era la mismísima *Venus de Barberini*, esa mirada ladeada, como avergonzada, cubriéndose los pechos y el sexo. Un elemento de erotismo clásico basada en la *Afrodita de Cnido*, la cual inspiró multitud de esculturas y que había sido representada interrumpida mientras estaba tomando un baño.

La de Barberini era una copia similar a la *Venus de Médici* con añadidos del siglo XVIII, inicialmente perteneciente a la familia Barberini.



Me acerqué, deslumbrada por aquella maravilla escultórica, me quité las gafas de sol y me dejé llevar por cada línea curva de la hermosa pieza.

Si no recordaba mal, se subastó en Christy's en el 2002 por unos ocho millones de libras al *sheikh* Saud-al-Thani. Esta escultura era una copia de mármol de Carrara hecha con láser que reemplazaba la original en Newby.

—¿Le gusta? —inquirió una profunda voz procedente de las escaleras. Inevitablemente miré hacia su propietario. Debía rondar los cincuenta, era un hombre de porte elegante y apuesto, muy apuesto. Lo contemplé del mismo modo que a la escultura, apreciando cada matiz de su conjunto.

—Mucho —susurré sin dejar entrever la emoción que sentía al

contemplar la hermosa mujer tallada en piedra—. ¿Es la original?

Su misteriosa sonrisa y su mirada intensa respondieron mi pregunta.

—¿Usted qué cree?

—Que es de mala educación presuponer que no lo sea —respondí tajante. Él me miró admirativamente hasta colocarse a mi lado. Dio un ligero cabeceo antes de tomar mi mano y besar el dorso de un modo muy sugerente.

—Bienvenida a mi humilde morada, señorita Storm. —Lo de humilde me hizo gracia, aquella mansión era todo menos eso.

—Gracias por su amable recibimiento, señor Petrov. —Sus ojos oscuros buscaron los míos. Era la primera vez que uno de los integrantes se mostraba ante mí a rostro descubierto y eso llamó mi atención. Normalmente me atendía alguien del personal, nunca la persona para quien realizaba el trabajo.

—No debe agradecerme nada, siempre he sido un buen amante del arte y usted es una obra andante. —Lo observé entrecerrando la mirada, mientras él no la apartaba de la mía. Su intensidad me ponía algo nerviosa, aunque traté de ocultarlo.

—Gracias por el cumplido, pero el verdadero arte está dentro de este maletín —señalé—. ¿Le parece si le muestro el contenido? —Mi vuelo salía en ocho horas, así que no quería perder demasiado tiempo con Petrov, quería regresar a casa lo antes posible.

—¿Tanta prisa tiene, *krasivyy*^[6]? —Su rictus interrogante y el modo en que me miraba me anunciaron que no estaba por la labor de cerrar el trato todavía. Intenté relajarme y armarme de paciencia, había mucho dinero en juego. Así que intenté camuflar mi actitud contrariada por una de absoluta cordialidad.

—No especialmente, pero me gusta ser puntual en mis entregas. Para eso se me contrata.

—Y es de admirar, pero no me gusta hablar de negocios con el estómago vacío. ¿Le parece que desayunemos antes? Mi cocinera ha preparado algunas delicias para recibirla como merece. —Asentí.

—Claro, no me gustaría hacerle un feo a su cocinera.

Colocó mi mano en su antebrazo y juntos caminamos hacia el salón.

Capítulo 20



Era como pasear por un museo, en las paredes pendían auténticas joyas de la pintura que hacían que mi corazón se agitara. Las esculturas estaban colocadas en lugares muy meditados, rincones creados especialmente para que lucieran de la mejor manera posible.

Sentí la mirada de Petrov sobre mí, no disimulaba el interés que le suscitaba. Ese hombre olía a peligro y a poder, el tipo de personas que solía repeler porque me recordaban demasiado a Matt.

El salón tenía forma circular, con una impresionante mesa de madera oscura; otra antigüedad totalmente restaurada.

—¿Es del siglo dieciséis? Parece una pieza de Luis XII —inquirí deslizando la palma de la mano sobre ella. Petrov apartó la silla para que pudiera sentarme.

—Tiene buen ojo.

—Me fascina cualquier cosa que tenga que ver con el arte.

—Y a mí me fascina usted —murmuró sin ambages en mi oído, más cerca de lo políticamente correcto. Después se distanció—. ¿Le apetece un poco de *champagne*? —No fue hasta ese momento que no me fijé en el despliegue de medios que había sobre la mesa. Había un montón de pasteles, fruta fresca, huevos revueltos, salmón ahumado, caviar... No estaba segura de en qué plato centrar mi atención para desviarla del ruso.

—Prefiero café, si puede ser.

No hizo falta que dijera más, se acercó a la cafetera y me sirvió una taza.

—¿Lo quiere con leche? —Negué.

—Solo y con dos terrones de azúcar. El café me gusta fuerte, caliente y dulce. —Se detuvo mirándome con intensidad antes de colocar la taza sobre el platillo.

—Curioso, a mí me gusta del mismo modo. Creo que nos llevaremos bien, señorita Storm. ¿Ve algo que desee probar? ¿Alguno de los pasteles tal vez? —inquirió agravando la voz—. Le recomiendo el Ptichie Molokó, es un soufflé grueso cubierto de chocolate negro. Fue la primera tarta en ser patentada en la Unión Soviética en 1982. La receta fue desarrollada por un equipo de confiteros bajo la dirección de Vladímir Gurálnik, el principal elaborador de postres del legendario restaurante Praga, de Moscú. Una auténtica joya para el paladar. —Salivé ante su explicación y el maravilloso aspecto del pastel—. O si es mucho de chocolate, podría degustar el Napoleón. —Mis ojos buscaron el nuevo manjar que me ofrecía, que estaba hecho de hojaldre y crema—. Según la leyenda, el pastel Napoleón fue inventado para honrar los cien años desde la victoria contra el ejército francés en 1812. Este pastel está elaborado con fina crema pastelera de varias capas. Suele ser la primera opción para cualquier fiesta en Rusia. Los franceses lo llaman *millefeuille*, milhojas, en español; en el Reino Unido se lo conoce como «rebanada de vainilla»; mientras que en Bélgica recibe el nombre de *tompouce*. Es un pastel cremoso y tierno; simplemente se derrite en la boca a cada bocado.

Si no hubiera estado con el mulato el día anterior, hubiera achacado mi estado de agitación a la falta de actividad sexual. Pero no era así, ese hombre tenía algo que me hacía estremecer.

—Cualquiera estará bien, veo que también es un sibarita culinario. —Tomó un plato y me sirvió un poco de cada dulce.

—Me gusta lo mejor, señorita Storm, sea en el ámbito que sea. Y no me tiembla el pulso para conseguir lo que deseo, por difícil que sea —dijo con intensidad.

Colocó el plato ante mis ojos y busqué su mirada.

—A mí tampoco me tiembla el pulso, señor Petrov. —No iba a permitir

que me intimidara con su juego de poder.

—Me alegra saber eso, disfruto mucho cuando tengo alguien que me iguala.

Se sentó justo en frente y se sirvió un surtido de ahumados, tostadas, caviar y mantequilla fresca. Él sí tomó *champagne*, reconocí el Boërl & Kroff Brut en cuanto vi la botella. Había sido el elegido por Matt para dejarlo caer sobre mis pechos y beber de él en nuestra noche de bodas. Me removí incómoda y decidí probar los pasteles para ahogar el recuerdo en el azúcar.

Verdaderamente eran soberbios, los paladeé con delicadeza, degustando cada matiz en mi lengua.

—¿Y bien? —preguntó expectante el ruso. Abrí los ojos perdida en el sabor del chocolate amargo que se fundía con la etérea *mousse*.

—Fascinante. —Él sonrió y siguió comiendo.

—Me alegro de que le guste. Continúe, señorita Storm, me encanta ver cómo saborea la comida. Usted es arte en movimiento.

Sabía que jugaba con fuego, estaba convencida de que Petrov no se andaba con tonterías y yo nunca follaba con clientes, era parte de mi propio código ético, pero ese hombre despertaba en mí recuerdos difíciles de enterrar.

Comí con lentitud, recreándome en cada cucharada con auténtico deleite, deslizando la lengua por la cuchara hasta hacer desaparecer todo rastro de dulce entre mis labios. Sus ojos negros buscaban mi lengua y se perdían en el movimiento. Apenas comió, me gustó ejercer ese poder sobre él, sentirlo a mis pies por el simple hecho de relamerme ante sus ojos. Era difícil de explicar lo que suscitaba sentir a un hombre poderoso en ese estado.

Me limpié con la servilleta manchándola de carmín rojo, eso y un poco de máscara de pestañas era lo único que utilizaba como maquillaje.

—¿Ha terminado, señor Petrov? —pregunté viendo cómo su nuez subía y bajaba abruptamente—. Le he visto un poco inapetente.

—Simplemente es que lo que verdaderamente me apetece no está encima de esta mesa, señorita Storm. —Su aclaración no dejaba duda al respecto, sabía que me deseaba. Elevé las comisuras de los labios e hice el amago de levantarme.

—Por favor. —Me detuvo incorporándose con agilidad hasta colocarse detrás de mí y apartar la silla.

—Es usted todo un caballero, no quedan muchos hombres así. —Aspiré el aroma masculino, era un hombre francamente interesante.

—Me han llamado muchas cosas, pero caballero no es una de ellas, precisamente. Aunque si la mujer lo merece, soy capaz de convertirme en uno, y usted lo merece.

No solo me ayudó a levantarme, sino que me tomó la mano de nuevo para colocarla en su brazo, dejando el maletín a un lado.

—¿Quiere ver el cuadro ahora? —insistí.

—Mejor le enseño mi colección primero, a ver si me asesora. Me gustaría conocer su criterio para ver dónde quedaría mejor. ¿Le parece? —No quería ser descortés y para qué negarlo, sentía mucha curiosidad sobre la colección del ruso.

—Por supuesto, será un placer acompañarlo y ofrecerle mi opinión.

Vestía un impecable traje azul marino, camisa blanca y zapatos negros italianos, que le otorgaban mucha clase. Era alto, delgado y con rasgos afilados. Sus manos eran grandes, lo que me hizo pensar directamente en el tamaño de su miembro. Intenté centrarme y no pensar en lo que no debía, era trabajo, no placer.

Llegamos a una especie de galería donde los cuadros no estaban ordenados por pintores o épocas, sino por colores. Me gustó esa especie de arcoíris cromático.

Caminamos en silencio perdiéndonos entre las pinceladas. Contuve el aliento y lo miré asombrada cuando creí ver algo completamente increíble.

—¿Es...? —No hizo falta seguir la pregunta, él asintió.

El Concierto, de Johannes Vermeer, se consideró una de las obras de arte más valiosas en todo el mundo. Vermeer, junto con Rembrandt, fue la figura más destacada del barroco holandés.

Ese cuadro fue robado en 1990 del museo Isabella Stewart Gardner en Boston junto con otras doce valiosas pinturas que adornaban la pared central de la sala. Fue un robo muy comentado en su época, pues los ladrones, vestidos de policía, inmovilizaron y ataron a los guardias y se llevaron el lote de obras de arte más famosas del momento. ¡Valían una

fortuna! Las últimas noticias eran que el FBI seguía investigando el caso.

Ese cuadro estaba valorado en más de doscientos millones de dólares y estaba al lado de otro de los cuadros sustraídos, *La tormenta en el mar de Galilea*, de Rembrandt.

Ese hombre tenía lo que todo Estados Unidos estaba buscando desde hacía años.

Era incalculable el valor de aquellas joyas.

—¿Sabe que ofrecen una recompensa de cinco millones de dólares a quién aporte algo de información? —Suspiré perdida en la magistralidad de las pinturas.

—Lo sé.

—¿No tiene miedo a que lo delate? —Soltó una carcajada ronca.

—¿Y qué ganaría con eso? Cinco millones para mí no son nada, señorita Storm. Si logro convencerla de que trabaje para mí en exclusiva, puede ganar muchísimo más y también divertirse haciéndolo. —Pasó las manos por mis brazos, deliberadamente con mucha suavidad, provocando que el vello se erizara bajo mi americana.

—No mezclo trabajo y placer, señor Petrov —respondí, perdida en el mar embravecido del Rembrandt.

—Eso no es lo que he oído. —Sus labios golpearon el lóbulo de mi oreja, que fue atrapado por sus dientes.

—¿Ah, no? ¿Y qué ha escuchado si puede saberse? —Nunca me había liado con las personas para las cuales había trabajado, o por lo menos no directamente...

Los labios de Petrov buscaron mi cuello devolviéndome a la realidad.

—Lo que he oído es que le encanta follar cuando termina un trabajo. — Seguía con los ojos puestos en el Rembrandt, capturada por aquella ola salvaje, sintiendo la erección del ruso clavándose en la parte baja de mi espalda. Su observación no me molestó, pero sí me puso en alerta. Que supiera eso quería decir que me había estado siguiendo y eso ya no me hacía tanta gracia.

—Puede, pero hoy he venido a cerrar un negocio y, que yo sepa, todavía no lo hemos hecho.

Noté la reticencia del hombre a separarse de mí, aunque finalmente lo

hizo.

—Entonces, señorita Storm, zanjemos nuestro negocio y celebremos nuestro futuro trato.

—Todavía no he aceptado trabajar con usted en exclusiva —puntualicé.

—Aceptaré —afirmó con total seguridad—. Nada se me ha resistido hasta el momento.

—Eso ya lo veremos, tal vez por primera vez algo se le resista —lo piqué, dándome la vuelta para enfrentarlo—. Le costará mucho dinero tenerme solo para usted. —Tomó mi mano y la llevó a sus labios.

—La cantidad no importa, solo la capacidad de conseguirlo y el saberse con ella.

—¿Siempre consigue todo lo que quiere? —pregunté ladina.

—Siempre —zanjó—. ¿Ha encontrado el mejor lugar para el cuadro? ¿Dónde lo puso usted mientras lo tuvo en su casa, señorita Storm? —Estaba jugando conmigo, lo percibía, pero ¿quería yo entrar en su juego?

—Dónde ponerlo creo que es algo muy personal, y estoy convencida de que usted ya lo ha ubicado —respondí pasando mis dedos sobre la solapa de su americana. El ruso se contrajo bajo mi toque y eso me gustó—. Y creo que ya sabe el lugar que ocupó en mi casa y lo que hago frente a las piezas que sustraigo, ¿o me equivoco? —susurré en su oreja.

Su mano voló a la parte baja de mi espalda para apretarme contra la parte más necesitada de su anatomía.

—¿Y qué le parece si cerramos el trato en mi habitación? —Aspiré su aroma a peligro, lo tomé del cuello y me acerqué a su oído.

—No mezclo, Petrov, ya se lo he dicho.

—Y yo le he dicho que nunca me rindo —murmuró separándome de él, poniendo rumbo al salón.



Llegué a casa con una sonrisa en los labios. Petrov había sido todo un hallazgo y su persuasión también, hacía tiempo que alguien no me suscitaba el suficiente interés. Aunque no pasamos de un par de besos robados, debo reconocer que me dejaron sin aliento.

Lo primero que hice fue ir a la habitación de mi pequeña. Era de madrugada, pero aun así necesitaba verla, cerciorarme de que estaba bien; aunque sabía que si algo hubiera sucedido, Joana ya me habría llamado.

Cuando debía viajar eran los momentos más duros, seguía dándole el pecho. La mayor felicidad de mi vida apenas tenía veintidós meses, era una niña sana y fuerte con un hermoso cabello negro y ojos felinos, del mismo color que los míos.

Era verdaderamente hermosa, la luz que iluminaba mis días y el recuerdo constante de lo que viví junto a su padre.

Sé que dije en alguna ocasión que no iba a ser madre y ahora no podía imaginar mi vida sin ese pedacito de cielo, sin sus sonrisas gratuitas que me llenaban el corazón de un amor tan profundo y sincero que sería capaz de dar mi vida por ella.

Saludé a Joana, que apareció bostezando. Le dije que regresara a la cama, que todo estaba bien. Ella asintió y volvió a su cuarto. Era la interna que cuidaba de mi casa, tenía una habitación al lado de la cocina, y también cuidaba de mi hija cuando yo no estaba. Era otro de mis tesoros. Hice un montón de entrevistas buscando a la persona perfecta, la que cuidaría de mi hogar, a quien confiaría la obra de arte más importante de mi vida.

Y entonces la encontré, en medio de una trifulca callejera.

Un cabrón la estaba insultando y empujando por el mero hecho de ser inmigrante, lanzándole pullas a diestro y siniestro para que se largara del país. Eso era lo que estaba logrando Trump con su política de inmigración, despertar el racismo más rancio. El energúmeno era un cuatro por cuatro, cargado de testosterona y violencia; no dejaba de apabullar a la pobre chica, que debía ser aproximadamente de mi edad, y de decirle que cogiera su mugre y se largara. Alegaba que la inmigración ilegal estaba arruinando la economía americana, como si los americanos cobraran e hicieran los trabajos que hacía esa pobre gente.

Ella se defendía con uñas y dientes sin dejarse amedrentar, al segundo empujón la lanzó con fuerza contra el suelo, y en vistas de que nadie la socorría decidí interceder.

—Eh, tú, ¡capullo! —lo increpé—. ¿Por qué no pruebas con alguien de

tu tamaño y te metes esa enorme lengua por el culo? Bocazas.

Se giró en redondo y me miró admirativamente, sabía el sentimiento que despertaba en los hombres y este no era muy diferente a los demás.

—A ti te metería la lengua donde quisieras, guapa, pero esa andrajosa no merece que la defiendas.

—¿Porque lo digas tú? —pregunté acercándome para ayudar a la mujer a incorporarse—. Es un ser humano y se merece el mismo respeto que tú y que yo. Además, que yo sepa, el mundo no es tuyo ni de ninguno de nosotros y Estados Unidos es una nación global que no entiende de razas. Si conocieras un poco de la historia de tu país, ese que parece llevar por bandera, sabrías que es un país colonizado. Españoles, franceses, ingleses, todos querían su pedazo; los inmigrantes fueron quienes levantaron este país y derramaron su sangre por él —argumenté—. Yo misma soy hija de inmigrantes.

—Pero tú estás muy buena y por lo menos sirves para follar, a esta no la querría ni para que me limpiara el culo después de cagar. —La mala leche iba creciendo en mí a pasos agigantados. Entonces, hice lo que mejor se me daba. Lo miré seductora, juro que casi se le cae la mandíbula al suelo cuando vio que caminaba contoneándome hacia él, y me colgué de su cuello como si estuviera a punto de besarlo hasta colocarme en el ángulo perfecto para acariciarle las pelotas—. Eres muy macho, ¿verdad? —inquirí saboreando el momento. Él asintió como un lerdo y cuando sintió que se las retorció entre mis dedos, se puso a gritar como un niño pequeño—. Pelotitas, pelotitas, vosotras que sois tan pequeñitas, ¿a quién vais a darle una disculpita para que no os haga más pupita?

—¡Suéltame, cabrona de mierda! —escupió enfadado.

—Meeec. Error —anuncié apretando todavía más. Ver a un cabrón como ese arrugándose ante mis tacones era uno de los placeres de la vida, igual que un buen polvo tras un robo.

—Aaaaahhhh —gritó como un cerdo en el matadero.

—No te he oído bien. Tal vez tengas problemas de habla, yo de ti visitaría al logopeda. —Por el rabillo del ojo vi a la chica sonreír y acercarse a mí—. ¿Y bien? Creo que si quieres que tus malogrados espermatozoides consigan sobrevivir para perpetuar tu inútil especie sobre la tierra, deberías aprovechar y disculparte; aunque créeme, nada

me complacería más que erradicaros a ti y a tus futuros descendientes de la faz de la tierra. Sería como el meteorito para los dinosaurios, aunque ellos merecían más la pena. Y ahora, abominación de la involución, última oportunidad para disculparte —ordené con voz autoritaria.

—Lo-lo siento —tartamudeó.

—Más fuerte, que no te hemos oído. —A esas alturas, un grupo de mujeres se había congregado a nuestro alrededor, atraídas como las moscas a la miel.

—He dicho que lo siento, ¡joder! —Miré a la chica de soslayo.

—¿Te parece suficiente? —pregunté. Ella negó.

—Todavía no. —Le lanzó una bofetada que le giró la cara y le dejó los cinco dedos marcados.

—Bonito recuerdo, lástima que no pueda tatuarse —murmuré empujándolo al suelo dejándolo saturado de dolor.

Las mujeres nos aplaudieron diciendo que si hubiera más como nosotras, los capullos dejarían de existir.

Joana quiso darme las gracias, aunque con el poco dinero que tenía no podía ni pagarme un café. Me di cuenta de que en la esquina había un niño pequeño, sucio y lloroso, que corrió hacia sus piernas cuando vio que estaba segura.

Así fue como terminamos en una cafetería cercana. Ella confesándome su vida de mierda desde que decidió arriesgarse y cruzar la frontera de México con su hijo pequeño para malvivir en este país, y yo contándole que también era madre soltera y buscaba a alguien para que me echara una mano.

Si mi historia era mala, la suya era peor. Según Joana, un trabajador de su padre abusó de ella y la dejó embarazada. La familia pretendía que se casara con su violador y, al no aceptar, la encerraron. Fue obligada a dar a luz y a dejar que ese perro la cortejara. Al parecer a su padre le gustaba, pero Joana vio ciertas cosas poco claras y no quiso aceptar. Terminó huyendo y se escondió con un bebé recién nacido hasta que pudo cruzar la frontera y venir a Estados Unidos en busca de una vida mejor. Había hecho cualquier cosa por un puñado de dólares y ahora vivía en uno de los barrios más conflictivos de Los Ángeles con miedo a que una bala perdida pudiera matar a su pequeño. El corazón se me encogió al ver el

dolor en aquellos hermosos ojos negros. Su verdadero nombre era Juana, aunque se hacía llamar Joana.

Me dio tanta lástima que le ofrecí comida y trabajo en casa. No sabía por qué, pero estaba convencida de que podría confiar ciegamente en ella, y así había sido hasta el momento. Ella, el pequeño Mateo, mi hija y Michael conformaban mi pequeña familia. Mi hermano nos visitaba con frecuencia, ahora vivíamos en la misma ciudad y ejercía de tío a las mil maravillas, además de competir a mi lado en las carreras ilegales.

Me sobresalté cuando el teléfono móvil se iluminó y vi un número que me era excesivamente familiar.

No quería despertar a mi peque, así que salí de la habitación en silencio, debatiéndome entre contestar o no.

Era el teléfono de Yamamura, el padre de Jon. El corazón me dio un vuelco, no sabía qué esperar de esa llamada ni el motivo que le llevaba a hacerla. Pulsé la tecla de responder sin saber qué me iba a encontrar y crucé los dedos para que la llamada no se tratara de que hubiera descubierto que tenía una hija y quisieran pedirme la custodia, o algo similar.

—¿Sí? —respondí más tensa que la cuerda de una guitarra.

—Hola, Jen, me alegro de oír tu voz. —Contuve la respiración, escuchar al señor Yamamura removía demasiados sentimientos que creía olvidados. —Hola, señor —respondí con cautela—. Yo también me alegro de escucharlo.

—Supongo que te sorprenderá oírme.

—No voy a negárselo, la verdad.

—Lo imagino. Lamento las horas, allí debe ser muy pronto. Igual estabas durmiendo.

—No se preocupe, llevo horas despierta. —No era una mentira.

—¿Te va bien que hablemos? No te voy a robar mucho tiempo.

—Claro, adelante, lo escucho.

—En primer lugar, me gustaría disculparme por no haber podido despedirme de ti. Todo fue muy repentino y me descolocó completamente.

—Imagino —murmuré sin levantar la voz—, fue algo repentino —respondí sin saber qué decir.

—Ya, solo quería que supieras que lamento mucho que lo tuyo con mi hijo no funcionara. Él nunca quiso explicarme qué ocurrió, ni yo pretendo que tú lo hagas, no me malinterpretes. Mi llamada no tiene nada que ver; comprendo que hay cosas que una pareja quiere que solo sean suyas, que pertenecen a su intimidad y jamás entraría en ese terreno. —Hizo una pausa.

—¿Señor? —pregunté temiendo que se hubiera cortado la comunicación. Él se aclaró la voz, como si estuviera emocionado.

—Quería que supieras que te cogí mucho cariño y que siento que no saliera tal y como esperabais. Hacíais muy buena pareja, creo que nunca he visto a mi hijo tan feliz como cuando estaba contigo. —Aquello dolió. El tormento se agarró a mi vientre atravesándolo con delirio. Cuando ya pensaba que estaba todo superado, tenía que llamarme ese hombre para que rememorara el pasado. Mover la mierda nunca traía nada bueno.

—Señor, yo...

—Disculpa si te he incomodado. No te llamaba por eso, jamás me metería en vuestra vida privada. Si te llamo, es por negocios. —Aquello captó mi atención—. ¿Has oído hablar de The Challenge?

—¿Y quién no? —Era una de las carreras ilegales más importantes alrededor del mundo, se corría en distintos países y se jugaban cantidades infames de dinero.

—Entonces sabes de qué hablo. Me gustaría contar contigo y con Michael, me han dicho que ahora corréis juntos, ¿es cierto?

—Veo que está bien informado —suspiré.

—Me gusta estar al día de dónde están los mejores corredores y quiero ficharos para mi equipo antes de que otro se me adelante. ¿Habéis recibido ofertas?

—Todavía no —respondí con sinceridad.

—Lo haréis, y cuando las recibáis, yo estaré dispuesto a duplicar la cifra más alta para teneros conmigo. —Silbé.

—Eso son muchos ceros, señor Yamamura. Sé las cantidades que cobran los pilotos en esas carreras, son de alto riesgo.

—Lo sé, por eso no me importa. Quiero a los mejores y vosotros lo sois.

—¿Y su hijo?

—¿Qué pasa con mi hijo? —Tragué con dificultad.

—¿No le importará?

—No lo creo, me ha pedido traer a casa a una chica con la que ahora corre. Me da la sensación de que están iniciando algo, aunque no estoy seguro. Espero que eso no sea un condicionante, que no te importe. — ¿Por qué me sonaba como si estuviera esperanzado? Seguro que eran paranoias mías.

—No, claro que no —respondí apretando los dientes—. Ya hace años de lo nuestro y estamos en nuestro derecho de rehacer nuestras vidas, somos adultos.

—Me alegra que pienses así. Habla con Michael lo antes posible, me gustaría teneros aquí en un máximo de dos semanas. —Pensé en mi hija y en cómo iba a gestionar el tema del viaje, le daba el pecho y, según tenía entendido, The Challenge podía durar uno, dos, o incluso tres meses.

—Solo hay un pequeño inconveniente, señor. Mi hermano Michael tuvo una hija y su mujer falleció.

—Lo lamento, no sabía nada.

—Me gustaría que esto no saliera de aquí. Él es muy celoso de esa parte de su intimidad, no quiere que se sepa.

—Por supuesto.

—La pequeña no tiene a nadie, así que debería acompañarnos su nodriza, que es quien la está criando, junto a su hijo pequeño. Deberían estar cerca de nosotros, pero sin interferir en las carreras. No me gustaría mezclarlos en esto.

—Tranquila, yo me ocupo. La pequeña de Michael, el niño y su cuidadora estarán en lugar seguro. Me encargaré personalmente y contáis con mi confidencialidad más absoluta.

—¿Incluso ante Jon? —pregunté sin poder evitarlo. En cuanto lo solté, quise haberme mordido la lengua, pero ya estaba hecho.

—Incluso ante mi hijo, ya te dije que esto se trataba de negocios —afirmó serio.

—Muy bien, deje que hable con mi hermano y le diga algo.

—Por supuesto, esperaré tu llamada. Buenas noches, Jen.

—Buenas noches, señor.

Colgué sintiendo aquel extraño dolor en el pecho y ese vacío que estaba ahí desde que Jon me arrancó el alma.

Capítulo 21

—¿Estás bien? —Joana apareció tras de mí con Mateo en los brazos.

—Sí —respondí alborotándole el pelo al pequeño galán, que sonrió al verme.

—Eres endemoniadamente guapo, solo espero que te portes bien con mi Koe y no le rompas el corazón cuando seáis mayores. —Joana soltó una risita.

—Pues yo creo que va a ser nuestra Koemi quien haga que Mateo se arrastre a sus pies; de hecho, ya lo hace. Cada vez que ella le tira del pelo o le muerde mi chico no puede hacer otra cosa que sonreír embobado.

—Eso es porque Mateo entiende el significado del nombre de Koe. — Koemi, en japonés, significaba sonreír. Decidí ponerle ese nombre a mi hija porque, tras marcharme de Tokio, me costó mucho volver a ser feliz. No fue hasta que ella nació que esbocé mi primera sonrisa. Estaba convencida de que nunca más volvería a hacerlo, pero ella me devolvió esa capacidad, que fue creciendo a lo largo de los días—. Y dime, ¿qué hace el futuro marido de mi hija despierto a estas horas? —Era una broma que Joana y yo teníamos desde que descubrimos lo bien que se llevaban los pequeños.

—Pues que tiene hambre, se ha despertado con las tripas gruñendo, ¿verdad, Mateo?

—Sí, mami —afirmó moviendo la cabeza de arriba abajo—. Mateo es un león, tita Jen, y le rugen las tripas. Agggrrrrr —enfaticó con su pequeña mano formando una garra hacia mí.

—Ya lo veo, Rey León. Anda, vamos, que tita Jen te preparará un surtido de fantásticas tortitas para saciar el apetito del rey de la casa.

—De la casa no —protestó—, de la selva. Los leones viven en la selva o en el Zoo de New York.

—Cierto —respondí sonriente—. Pues entonces me parece que pintaremos tu habitación como si fuera la jungla, ¿te apetece? —Él comenzó a dar palmas como un loco y a reír sin medida.

—¡Sí, tita Jen, me encantaría!

—Pues no se hable más, la semana que viene haré que venga un pintor.

—Le consientes demasiado —protestó su madre—, y eso no es bueno. Debe aprender quién es en esta casa. Mateo no es tu hijo, Jen, él es el hijo de...

—De una de las personas más importantes de mi vida —zanjé. Y era cierto, Joana se había convertido en mucho más que mi persona de confianza—. Soy su tía y haré lo que me plazca porque, como bien has dicho, es mi casa y tú no tienes potestad en ella. Si me apetece que mi sobrino tenga la selva en su cuarto, la tendrá y no hay más que añadir. — Joana se emocionó.

—Eres demasiado buena con nosotros, te debo tanto. —Los sentimentalismos no me gustaban, me hacían sentir débil y sabía que Joana estaba a punto de echarse a llorar.

—Se acabó —finalicé—. Vamos a la cocina, que creo que he vuelto a escuchar rugir al león y no quiero terminar con un bocado en el trasero.

—¿Ahora? —preguntó Joana turbada—. Son las cinco de la mañana, debes estar agotada del vuelo.

—Por un día que no duerma no pasará nada, ya sabes que Koe es una gran madrugadora.

—Y Mateo *también* —replicó el pequeño—. ¿Vo a despertar a Koe? A ella *también* le gustan las tortitas —sentenció rotundo.

—Tú no vas a despertar a nadie, pequeño granuja, puedes dar gracias a que tita Jen te prepare esas tortitas a ti. Koe ha de dormir. Si fuera por mí, solo te hubiera dado un vaso de leche. —Él puso cara de disgusto.

—Los leones no toman leche, solo tortitas.

—Seguro que sí —respondí riendo.

Cuando tuve una fuente lo suficientemente grande regada con sirope de arce, se la tendí a Mateo, que bizqueaba de la emoción. Su madre se las partió y yo serví un par de cafés humeantes para nosotras.

—¿Los negocios han ido bien? —Sonreí ampliamente.

—Mejor que bien, el ruso ha resultado ser una grata sorpresa —
anuncié relamiéndome.

—Por tu sonrisa, diría que cerrasteis algo más que un negocio.

—Digamos que me mostró qué hay bajo la capa de frialdad que los rodea. No fuimos a mayores, pero fue intenso.

—Mmmmm, suena bien. —Sus elegantes cejas oscuras se arquearon. Por primera vez, sabía lo que era tener una confidente de mi mismo sexo y la sensación me gustaba.

—Mejor que bien, Petrov es un caballero y besa de muerte.

—¿No te lo tiraste? —Negué.

—Tuve suficiente con el bombón de chocolate de la otra noche, tal vez deberías probar... —Joana se santiguó.

—Creo que ya ni recordaría cómo se hace, piensa que solo estuve con el padre de Mateo —murmuró en voz baja para que el niño no la escuchara. Como ambas vivíamos juntas, el pequeño se había habituado a tener «dos madres».

—Será porque no quieres, no por falta de pretendientes. Eres joven y guapa, deberías aprender de mí y divertirte un poco.

—No quiero hombres en mi vida, tengo suficiente con Mateo.

—¿Por eso sois *livianas*? —Joana y yo nos miramos sin entender al pequeño.

—¿Livianas? —Él asintió convencido.

—Cherise dice que las mujeres que viven juntas y crían niños juntas y que se quieren tanto como vosotras son *livianas*. —Las dos soltamos una carcajada sin poder contenernos. Cuando Mateo hablaba, subía el pan.

—Hijo, Jen y yo no somos lesbianas. A lo que se refiere Cherise es a dos mujeres que se quieren mucho y se dan besos con lengua —le aclaró ganándose la cara de asco de Mateo.

—Puaj, como esos de las pelis, ¿por qué se meten la lengua? Dentro de la boca no hay nada que chupar, solo otra lengua y eso es puaj. —Ambas nos echamos a reír.

—Sí, bueno, eso ya nos lo contarás de mayor. Lo importante es que sepas que, aunque nosotras nos queremos, no lo hacemos de ese modo.

—Pero vosotras os queréis mucho —razonó—. ¿Por qué entonces no os

metéis la lengua? —Parpadeó varias veces sin poder evitar la expresión de desagrado y curiosidad que le suscitaba.

—Porque no nos amamos de un modo romántico, sino de amistad, como tú y Andrew. A tita Jen y a mí nos gustan los chicos, por eso nunca nos verás sacar la lengua entre nosotras. —Él asintió algo más convencido.

—Pero ni Koe ni yo tenemos papá —reflexionó—. Y Cherise dice que los niños que *tienen* dos mamás es porque son *livianas*. —Las dos nos miramos sin saber qué responder.

—Eso no tiene nada que ver, Mateo. No necesitáis papá porque nosotras os amamos por dos. Además, tú no tienes dos mamás —aclaró Joana—. Jen es tu tita y yo tu mamá, fin de la historia. Ahora come tus tortitas y no vayas diciendo por ahí cosas que no son. —Él levantó las manos como si la cosa no fuera con él.

—*Etá bien, etá bien*, le diré a Cherise que se equivocaba, fin de la historia —dijo emulando a su madre. Cuando lo vimos lo suficientemente entretenido, retomamos nuestra conversación, intentando hablar flojito para que Mateo no se enterara.

—Yo tampoco quiero hombres en mi vida, Joana, pero eso no quiere decir que no te puedas dar alguna que otra alegría, ¿Qué te parecería si te acostaras con Michael? —Escupió el sorbo de café como si fuera un aspersor, ganándose una carcajada de Mateo.

—¡No te rías! —lo reprendió mientras el niño no paraba de partirse. Tomó una bayeta para limpiar el desaguisado. Y yo seguí al ataque.

—Vamos, Joana, no te hagas la loca. Por el modo en el que te mira mi hermano, no creo que le importara desatascar tus tuberías. —Joana enrojeció, santiguándose de nuevo.

—Dios me libre de acostarme con Michael, nunca más podría mirarlo a la cara.

—Pues entonces míralo más abajo, seguro que está encantado de que le eches un vistazo.

—¡Ni hablar! —exclamó rotunda—. Ni tu hermano ni ninguno, prefiero seguir como estoy y compartir cama con mi amigo a pilas, que siempre está calladito y funciona cuando lo necesito.

Reí ante la ocurrencia, su amigo a pilas fue el regalo que le hice por

Navidad, cuando le pedí a Michael que se llevara a los niños a dar una vuelta e hice que viniera una chica para hacernos un *tupper sex* privado.

Las risas que nos echamos fueron pocas. Ver la cara de Joana ante según qué juguetes fue un espectáculo, y no digamos cuando conoció a Flipper, el delfín.

Era un vibrador con otro más pequeñito en el mango, en forma de mamífero marino, destinado a estimular el clítoris mientras la parte grande se sumergía en las profundidades del océano.

Según la chica que me lo vendió, mi asistenta cantaría como una sirena tras cada embestida del delfín. A partir de ese día, Flipper se convirtió en su amigo inseparable de mesilla de noche.

Cambié de tema ante su reticencia, necesitaba saber si Joana estaba dispuesta a viajar antes de aceptar el encargo de Yamamura.

—Creo que vamos a ir de viaje a Japón, ¿te gustaría acompañarnos con Mateo y conocer Tokio? —la tanteé.

—¿Estás de broma? ¿Japón? ¿Donde vive el padre de...? —La interrumpí antes de que siguiera. Lo único que le conté a Joana de mi relación con Jon fue que ocurrió un malentendido entre nosotros y él prefirió no escucharme, prejuzgarme y sentenciarme. Al conocer mi carácter, no le extrañó que ante eso prefiriera marcharme a perdonarlo e intentar aclarar lo que fuera entre nosotros. Le expliqué que por eso puse tierra de por medio, no quería que el padre de Koe no confiara en mí, así que antes de que empeoraran las cosas, preferí tener a mi hija sola. Ella pareció creer mi versión y no hizo demasiadas preguntas.

—Exacto, donde vive el innumerable. —Así lo llamaba ante ella para no decir su nombre—. Voy a correr en las carreras con Michael para su padre, el abuelo de Koe. —Ella abrió la boca desmesuradamente, casi le llegó la mandíbula a la madera.

—¿Y pretendes que ese hombre no se dé cuenta de que se trata de su nieta? Una cosa es que nosotros pensemos que todos los orientales se parecen y otra muy distinta que los tomemos por gilipollas. —Resoplé llevándome la taza a la boca.

—¿Qué son orientales, mami? —preguntó Mateo, que levantaba la nariz del plato.

—Señores que viven en Oriente. Tú a tus tortitas, no me hagas

repetírtelo de nuevo o me las como yo y te mando a la cama. —Él miró asustado el plato, agarrándolo con ambas manos—. Estate a lo tuyo y déjanos hablar. — Él asintió sin darle demasiadas vueltas, no fuera a ser que perdiera su tesoro, y regresó a su plato.

—Escúchame —le susurré a mi asistente—. Nadie debe enterarse de que Koe es hija mía, vosotros tres estaréis aparte y el señor Yamamura cree que es hija de mi hermano. Le he pedido discreción. Además, no tiene por qué cruzarse con Koemi, eso será cosa tuya. Seremos muy cuidadosos y si por alguna casualidad coincidís, bastará con decir que es la hija de Michael.

—Claro, porque a Michael también le gustan las japonesas. Koemi puede tener los ojos azules, pero no pasaría por americana.

—Mi hermano tuvo un lío con Sun Yi, una de las trabajadoras del padre del innombrable, así que podría haberse liado perfectamente con una oriental. Será que en Estados Unidos no hay chinas, japonesas, filipinas... —enumeré. Ella resopló molesta.

—Tu hermano se liaría hasta con una piedra si tuviera agujero. En eso habéis salido iguales, menuda carrera lleváis los dos —protestó—. Parece que compitáis inclusive en eso.

—¿Y eso te incomoda? Intento ser discreta, llevo a mis amantes al estudio, nunca los entro en casa para no mezclar las cosas. —Ella agitó la mano intentando restarle importancia.

—No pretendía juzgaros, era una mera observación, ambos sois muy activos en ese aspecto.

—Y tú demasiado pasiva, a ver si el aire de Tokio te desencorseta un poco. —Ella bufó tamborileando con las uñas sobre la mesa.

—Lo dudo, cada uno es como es y yo en ese aspecto soy muy tradicional. —Se llevó la taza a los labios y, tras dar un largo sorbo, preguntó—: ¿Y cuándo nos marchamos? —Parecía emocionada, cosa que me encantó.

—Si mi hermano acepta, en dos semanas.

—Está bien, pues prepararemos las maletas, Tokio nos espera.

—No solo será Tokio —le aclaré, explicándole cómo funcionaba The Challenge.

—Pues mucho mejor, conoceremos mundo.

—¿Como Willy Fog? —preguntó Mateo, que regresó a la conversación. El pequeño estaba fascinado por esos dibujos antiguos que Joana le ponía a través de YouTube. En primer lugar, porque el protagonista era un león y había quedado claro que a Mateo le fascinaban, y después por las increíbles aventuras que vivía.

—Como Willy Fog —afirmé. Él se puso a dar palmas diciendo que Koe sería la princesa Romy y que nosotras seríamos Tico y Rigodón. Los tres terminamos riendo complacidos ante la próxima aventura.

No sabía si estaba haciendo lo correcto o no, intenté decirme que lo hacía por dinero, porque iba a ganar mucho y eso me ayudaría con el nuevo proyecto que tenía en mente, pero la verdad era que me moría de ganas de volver a ver a Jon.

Podía intentar engañar a Joana, a mi hermano e incluso a Yamamura, pero no a mí misma. Necesitaba ver con mis propios ojos que verdaderamente se había olvidado de mí y que había rehecho su vida, tal y como sugirió su padre.

Dos años y medio intentando olvidarla, y mi padre decidía traerla a casa justo cuando había encontrado una mujer con la que creía poder rehacer mi vida.

Era cierto que Nani no me había dado demasiadas esperanzas y que cuando me fijé en ella, fue porque en cierto modo me recordó a Jen.

Pero cada día que pasaba a su lado se evidenciaban más sus diferencias. Podían darse un aire físicamente, pero en el carácter eran bastante diferentes. Sobre todo, en una cosa que era primordial para mí: Nani no era una traidora mentirosa como mi ex.

Cuando mi padre anunció que pretendía que los cuatro corriéramos para él, no pude contenerme. Hasta ese momento no le había dicho nada del motivo por el que Jen no estaba al día siguiente en la casa, ni por qué decidí correr solo. Lo único que le dije fue que habíamos terminado y que no se metiera.

Pero que la trajera de nuevo a mi vida me desbordó.

—*¿Cómo que los cuatro vamos a correr para ti? —inquirí exasperado.*

—*Eso acabo de decir. Por muy buena que sea Queen, es nueva en esto y*

participar con una novata es un riesgo. Jen y Michael también correrán en esta carrera, han venido desde muy lejos para que te comportes así. Sabes lo dura que es The Challenge, no sirve cualquier cosa, quiero ganarla a toda costa; cueste lo que me cueste y así tengo dos oportunidades de éxito. No puedo jugarme la partida a una sola carta cuando es de bajo puntaje. — Nani se ofuscó y le contestó.

—Tal vez sea un as.

—Tal vez —respondió mi padre—. Pero eso no lo sabremos hasta que empiecen las carreras. Esto no es Barcelona, Queen, no pienso arriesgarme a que seas un dos o un tres y tenga que ir de farol. —Ella parecía disgustada por la poca confianza que mostraba mi progenitor, y yo también—. No te lo tomes como algo personal, porque no lo es; seguramente eres buena, no lo pongo en duda, pero no tienes experiencia en carreras de este calibre, como Jon, Michael o Jen, así que necesito una baza más para asegurarme la partida.

—¿No confías en mí? —Esta vez fui yo quien contraataqué decepcionado.

—De quien no se fía es de mí —aseveró Nani ganándose la mirada de todos.

—Venga, Queen, no hagas pucheros —anotó Jen sonriente—. Nadie duda de que corras muy bien, o de que haces que el hijo del jefe se corra muy bien —replicó con desdén—. Para el caso es lo mismo, dudo que si conduces con él te deje tocar otra cosa que no sea su palanca de cambios.

—Cierra la puta boca. —Ya no podía más, fui hacia ella para agarrarla del cuello; en ese momento la hubiera ahogado con mis propias manos, ya no era el crío gilipollas de hacía unos años. Había cambiado y ahora no aguantaba nada ni a nadie. La solté con repulsa al notar cómo me afectaba su contacto.

—¿O qué? —preguntó ella provocadora—. ¿O me destruirás? Creo que eso ya lo intentaste y aquí sigo; te salió mal la jugada, nene.

—¡Callaos! ¡Ya está bien! —estalló mi padre—. Queen —murmuró en un tono más calmado—, estoy convencido de que eres muy buena en la pista, mi hijo no ficha a cualquiera, pero este reto son palabras mayores y necesito gente sobradamente preparada.

—¡Llevamos un mes entrenando juntos! —protesté enojado.

—Con Jen llevabas años —apostilló mi padre, ganándose un bufido por mi

parte.

—¡No es lo mismo, lo que pasó entre nosotros lo jodió todo! —Jen dio un paso al frente.

—Deberías haber tenido más cojones y haber dejado a un lado lo personal para centrarte en la carrera. Igual así habríamos ganado.

—¡¿Más cojones?! ¡¿Pretendías que siguiéramos corriendo juntos después de lo que me hiciste?! ¿De cómo te comportaste? ¡Manda huevos! —vociferé. Si era incapaz de mirarla, ¿cómo pretendía que encima corriera con ella?—. Si hubieras sabido guardar el coño dentro del mono, otro gallo nos habría cantado.

—¡Tú que sabrás! —escupió con ira—. Poco te importó lo que tuviera que decirte. —No podía con la situación, me estaba colapsando.

—No suelo escuchar a zorras traidoras.

—¡No te pases ni un pelo! —interrumpió su hermano, ese al que había considerado mi amigo y que claramente se postuló a favor de Jen—. Lo que hiciera o no mi hermana no te da derecho a tratarla de ese modo; emitiste un juicio sin escuchar. —Comprendía que la defendiera por sus lazos de sangre, pero lo que me hizo Jen era indefendible.

—No me hagas reír, Michael. Entiendo que la protejas porque es tu hermana, pero si hubieras visto lo que yo vi, la odiarías del mismo modo.

—¡Basta! —gritó mi padre—. Vuestro pasado, pasado es, a ninguno de los que estamos aquí nos importa, o por lo menos no debería hacerlo. Vamos a cenar y a comportarnos de un modo civilizado. Como antes habéis apuntado, sois adultos, y esto parece el patio de un colegio —nos reprobó—. Aprenderéis a apoyaros en *The Challenge*, no quiero que seáis amigos, simplemente que os toleréis y que en la carretera seáis compañeros. Los cuatro correréis para ganar, y si alguien os mete la zancadilla, estaréis para daros soporte. Quiero una buena relación de equipo, así que ya podéis poneros a limar asperezas; y dejad el pasado donde está, en el pasado. ¿Estamos? —Jen, Michael y Queen asintieron. Yo no podía apartar la mirada de la mujer que representaba mi destrucción—. ¿Estamos, Jon? —repitió mi padre. Finalmente, asentí.

Si algo tenía mi padre es que cuando se le metía algo en la cabeza era incapaz de recular o escuchar a los demás, y estaba claro que no iba a aceptar que los hermanos Hendricks se largaran a su puto país sin correr

The Challenge.

—*Estamos —terminé asumiendo.*

—*Bien, pues a la mesa; hablemos de estrategia mientras cenamos*^[7].

Mi padre nos contó los lugares escogidos por la organización de *The Challenge* para que se desarrollara la carrera: Tokio, Canadá, Emiratos Árabes, Grecia y España eran los destinos elegidos. Solo pensar en compartir vuelo con Jen ya se me ponían los pelos como escarpas.

Además, Michael parecía demasiado interesado en Nani y ella muy receptiva a las atenciones del americano, por lo que mi noche se torció. Sentía que estallaría sin control de un momento a otro, no podía evitar que el odio que sentía por la mujer que una vez amé recorriera mi torrente sanguíneo llenándolo de inquina.

Cuando terminamos de cenar, mi padre intentó rebajar la tensión mostrándonos los coches que íbamos a conducir: dos increíbles Hennessey, el nuestro amarillo y el de ellos azul eléctrico; dos deportivos que les pondría los dientes largos a cualquier corredor.

Dejé que Nani, alias Queen, fuera quien lo condujera y se pusiera a prueba retando la conducción agresiva de Jen. Lamentablemente, observé cómo mi ex había mejorado drásticamente con los años, ahora parecía no temerle a nada, sus maniobras eran tan arriesgadas como precisas intentando demostrar en todo momento su superioridad en la pista. Era una guerrera del asfalto y no nos dio tregua en ningún momento, aunque Queen no se quedó corta, la seguía de muy cerca contagiada por su agresividad. Me recordaban a dos panteras.

Cuando terminamos de correr, mi compañera estaba tan alegre y yo tan jodido que intenté contagiarme de su buen humor robándole un beso.

Me gustó, igual que los otros que ya le había dado, pero debo reconocer que jamás fue lo mismo que cuando besaba a Jen, y eso me enervaba.

Ella se apartó, intentó excusarse diciéndome que no estaba preparada para que iniciáramos algo y que por el modo en el que yo miraba a Jen, sabía que yo tampoco era capaz. Eso empeoró mi estado de ánimo, que se volvió sombrío. ¿Tan obvio era lo que seguía sintiendo por Jen? Me jodía en sobremanera ser tan transparente para Nani porque si ella lo había notado, mi ex no tardaría en hacerlo. Me escondí tras la coraza que

había erigido en mi interior para protegerme ¿Qué sabría ella de cómo me sentía o me dejaba de sentir? Solo necesitaba a alguien que la borrara de mi puta cabeza. Terminé aceptando la decisión de Nani de que solo fuéramos amigos, no podía forzarla a que, como yo, tratara de olvidar a Xánder, el hombre que la había traicionado en Barcelona.

Mi humor taciturno solo empeoró cuando salimos del coche. Michael sugirió salir de fiesta por Tokio y Nani se apuntó alegremente, así como Jen. ¿De eso se trataba? ¿Nani quería olvidar a Xánder con mi ex mejor amigo? Parecía demasiado alegre con él. Eso me enfadó e hice que eligiera, o salía con los hermanos o se venía conmigo. En un principio dudó, pero como siempre yo salí perdiendo.

Así que me largué echando pestes directamente a mi habitación, odiaba a los Hendricks y en ese momento también a Queen.

Esperé a que se marcharan de casa para salir de mi cuarto y enfrentar directamente a mi padre, que estaba en la biblioteca. Lo encontré allí, absorto, contemplando el único recuerdo que conservaba de mi madre, un cuadro que pendía de la pared y había sido una de sus últimas obras.

—Solo dime por qué, *otōsan*. —Él tan siquiera se giró.

—Porque tuve la esperanza de que no fueras como yo, que supieras cómo recuperarla, pero cada vez te alejas más de ella y sé perfectamente que no podrás ser feliz si la apartas de ti. —Solté una risa seca.

—¿Que no la aparte? ¡Yo no soy tú! —estallé. Él se giró mirándome con tristeza.

—A mí no puedes engañarme, Jon, no has podido olvidarla y no digo que no lo hayas intentado. Pero de haber sido así, no seguirías conservando ese muñeco que llegó a tu nombre después de que ella se marchara, y por eso ese cuadro que ella pintó sigue reposando sobre la cabecera de tu cama, igual que el mío —dijo señalando la pintura—. No, *musuko*^[8], puedes intentar engañarte a ti mismo, como años atrás hice yo conmigo mismo, hasta darte cuenta de que ya no hay marcha atrás. Jen y Carmen son mujeres fuertes, esas que renacen de sus cenizas y no necesitan a un hombre al lado como nosotros. Los Yamamura somos distintos, solo entregamos nuestro corazón una vez y, o luchamos por recuperarlo, o vivimos agonizando hasta la muerte. ¿Eso es lo que quieres, Jon?

—¿Así es como te sientes tú, *otōsan*? —respondí con otra pregunta. Él asintió sin un ápice de vergüenza, era la primera vez que mi padre me hablaba abiertamente de sus sentimientos.

—Entonces, ¿por qué no seguiste tus propios consejos y fuiste tras ella?

—Orgullo, otro pecado capital de los Yamamura.

—Lo siento. —Él negó, bebiendo su sake.

—Para mí es tarde, pero para ti no. Sé que debió suceder algo muy grave y, por tus palabras de esta noche, intuyo lo que fue. Pero hijo, todos erramos metiendo la pata hasta el fondo, los humanos somos así de necios.

—Pero ella se metió de mierda hasta las cejas, *otōsan*.

—Tal vez, aunque según Michael había algo más que lo que pudieron ver tus ojos. A veces el dolor nos nubla la capacidad de pensar y razonar, nos hace ver cosas que pueden estar llenas de matices y nosotros solo vislumbramos los colores primarios. Con ello no justifico lo que te hiciera Jen, solo digo que tal vez deberíais hablar para llegar a comprender qué ocurrió esa noche; solo así seréis capaces de perdonaros el uno al otro. — Caminó hasta colocarse frente a mí, para mirarme de igual a igual a los ojos —. Por lo que he visto esta noche, a ella tampoco le eres indiferente, se siente muy dolida y traicionada.

—¿Traicionada, ella? No me hagas reír. ¡La pillé en la cama con otro, *otōsan*, en mi cama! Estaba tirándose a su exmarido en nuestra casa — aclaré roto de la ira lanzando una silla en mi arrebato. Él me miró con tristeza.

—Debió ser muy duro para ti. Lo siento mucho, *musuko*.

—¡Mucho! Sigo teniendo pesadillas con ellos, con sus jadeos, con el rostro de Matt contemplándome para restregarme que solo había sido un juego desde el principio, que habían querido timarme. Jen no es lo que parece, es una arpía con piel de cordero. —¿Y ella cómo reaccionó?

—Fingiendo, ¿qué querías que hiciera? La acababa de pillar en plena faena. Lloraba desconsolada, se llegó a arrastrar por el suelo, fue... —Me callé en seco ante el dolor que me sobrecogió. Mi padre me dio un apretón de consuelo en el hombro, respiré profundamente buscando el sosiego que era incapaz de encontrar y proseguí—. Intentó darme una explicación que ni quise oír porque no la tenía, los vi con mis propios

ojos. —Miré con fijeza a mi progenitor—. Ella me dijo que él había muerto, ¿sabes lo que es darse cuenta de que te han engañado desde el principio y que la persona que más amas es una desconocida? —Él volvió a apretar su gesto de consuelo.

—*Musuko*, sé que seguramente yo habría actuado igual, de hecho, con tu madre no me comporté mucho mejor; pero la edad te da algo que la juventud te resta y se llama perspectiva. Hay algo en todo este asunto que no me huele bien. Jen y tú no os separabais, pasasteis dos años como siameses. Bajo mi punto de vista erais almas gemelas. ¿Cuándo se suponía que ellos se encontraban? No sé, tal vez las cosas no sean como él las planteó, tal vez Jen no sabía que su marido estaba vivo, tal vez estaba confundida al verlo tras creerlo muerto y eso la llevó a, equivocadamente, intentar aclarar sus sentimientos. —¿Era eso posible? «No», él tenía esa foto de Tomás que no podía haberla conseguido de otro modo.

—Te agradezco tus buenas intenciones, pero no, estoy convencido de que Matt decía la verdad, por mucho que me duela. —Él suspiró apesadumbrado ante mi negativa—. Por cierto, ¿hay alguna posibilidad de que reconsideres la opción de que corran para ti? —Él negó.

—Lo lamento, hijo. Por mucho que duela, los negocios son negocios y ellos unos de los mejores, los necesitamos.

—Está bien —admití—. Pero no me pidas que lo intente con Jen porque eso no va a suceder.

—Será como tú quieras, *musuko*, no voy a imponerte nada en ese aspecto, tú debes elegir el camino que deseas seguir.

—Gracias, me marcho a la cama.

—Que descanses, Jon.

—Igualmente.

Me marché viendo la tristeza inequívoca flotando en sus oscuras pupilas. Sabía que mi padre quería lo mejor para mí, pero definitivamente Jen no lo era.

Entré en mi habitación para contemplar el cuadro que había sido incapaz de descolgar, perdiéndome en su cara de éxtasis y en el amor que desprendía mi mirada. ¿Por qué ella había aceptado volver? ¿Por dinero? ¿Era eso lo único que la movía? ¿Sería capaz de mantener la mente fría y

concentrarme en las carreras sabiendo que estaba ella conduciendo?

Traté de concienciarme, de aleccionarme a mí mismo, debía ignorarla, dedicarme a correr e intentar pasar el menor tiempo posible con ella; era el único modo de sobrevivir a ese viaje, aunque estaba convencido de que me quedarían secuelas.

Capítulo 22

A la mañana siguiente estaba algo arrepentido por la dureza con la que le hablé a Nani, así que decidí ir a su habitación en el hotel donde nos hospedábamos y hacíamos la concentración. No quería volver a meter otra mujer en mi casa, aunque simplemente fuera mi compañera de carreras; así que habíamos elegido un lugar cercano al circuito.

Llamé a la puerta. Las sábanas se le habían pegado, seguramente habría salido con los Hendricks hasta tarde. Pegué la oreja y fue entonces cuando oí una risita femenina y un gruñido masculino. Todo se puso rojo, golpeé con mayor violencia y cuando la puerta se abrió, embestí como un toro.

Allí estaba la constatación de mi peor pesadilla. Michael con la sábana envuelta en la cintura mostrando signos de clara excitación y Nani completamente desnuda y abierta de piernas mirándome con auténtico pavor.

Intentó cubrirse con un cojín a la par que yo arremetía contra los dos.

—¿Conmigo no y con él sí?! —le pregunté con reproche.

—No saques esto de contexto —intentó defenderse ella con el pelo enmarañado y el aroma a sexo flotando en el ambiente.

—¿De contexto?! ¡Te has follado a Michael! —apunté.

—Y me hubiera vuelto a follar si no nos hubieras interrumpido jodiéndome el delicioso desayuno que estaba degustando antes de que golpearas la puerta —respondió el rubio sin ningún tipo de escrúpulo lamiéndose los brillantes labios.

No pude aguantar la situación y entré en barrena golpeándolo sin piedad. Él tampoco se estuvo quieto y me devolvió con creces cada uno de los impactos. Ya no tenía ese físico delgado, mi tamaño era similar al de

Michael, tal vez algo menos musculado, pero tenía la misma potencia de pegada.

—¡Eres un cabrón, sabías que me gustaba y fuiste a por ella!

—Que yo sepa, no llevaba ningún cartel donde rezara «propiedad de Jon». Ella dejó muy claro que no era tuya anoche, fue su elección querer salir conmigo y no regresar contigo al hotel, por si no lo recuerdas.

Queen fue a por un albornoz e intentó mediar entre nosotros, pero esa escena había despertado mi peor recuerdo.

—¡Eras mi mejor amigo! ¡Deberías haberme apoyado cuando te necesité!

—Tú lo has dicho, era, y por si no lo recuerdas, ella sigue siendo mi hermana, capullo. —La conversación se estaba volviendo tensa—. Lo que le hiciste a Jen no tiene perdón.

—¿Lo que yo le hice? ¡Dirás lo que ella me hizo a mí!

—No tienes ni puta idea, Jon. Si alguna vez miraras más allá de tu puto ombligo, te darías cuenta de que a veces las cosas no son lo que parecen.

—Claro, como ahora, ¿no? —protesté encarándome de nuevo.

—No, ahora parece justo lo que es. —Cruzó los brazos sobre su amplio pecho—. Y creo que no tienes motivos para cabrearte.

—¿No? —pregunté encabronado.

—¡No! —respondió Nani—. Ayer tú y yo mantuvimos una conversación, dejamos bastante claro que solo íbamos a ser amigos, nada más.

Solté una risa seca.

—Eso fue porque tú quisiste, sabes que yo lo intenté desde el principio. Estoy convencido de que me rechazaste porque ya le habías echado el ojo durante la cena y lo preferías a él antes que a mí —vomité envenenado.

—Eso no es así —me rebatió.

—¡Me importa una mierda cómo sea! Venía a disculparme por dejarte tirada anoche, me sentí culpable de largarme y dejarte con ellos dos; pero ya veo que no perdiste el tiempo en lamentaciones y te montaste la fiesta por tu parte. Y yo como un imbécil preparando una de esas excursiones que te gustan para disculparme —bufé—. Será mejor que me largue, está claro que lo único que te interesa es recorrerte todo el continente americano.

Me largué de la habitación sin mirar atrás, percibía que iba a morir como mi padre, solo, porque todas las mujeres tendían a traicionarme y yo ya no iba a aguantarlo.

Pasé la mañana sin rumbo fijo planteándome mi vida y qué quería hacer con ella. Me sentía un desgraciado. Si me enamoraba, me jodían; si intentaba rehacer mi vida, me jodían, ¿qué había hecho para que el karma se portara así conmigo?

Había pasado toda la maldita noche con pesadillas sobre la noche que pillé a Jen y de repente su rostro lloroso se convertía en el de Nani y Matt en Michael. Supongo que mi subconsciente trataba de avisarme de que los estaba cargando a ellos con las culpas de los otros dos, pero es que, joder, dolía tanto.

Sabía que en parte no podía mosquearme con Nani, ella me dejó claro que solo quería ser mi amiga, no me dio esperanzas, así que era del todo lícito que se acostara con el americano o con quien le diera la real gana.

Una vez estuve más calmado y algo más centrado, fui al circuito de entrenamiento, donde debería haber pasado la mañana con Queen. Observé su empuje, su determinación al volante y, pese a que se le fue alguna vez el coche, lo condujo de manera magistral. Controlar un Henessey en velocidad punta no era moco de pavo.

Esperé a que terminara y decidí que lo mejor para todos era intentar hacer las paces con ella. Por suerte, no me lo puso difícil y establecimos que a partir de ahora simplemente seríamos amigos y que no volvería a confundirme más. Pareció complacida ante la resolución y yo me sentí aliviado, Nani era una buena chica y no pensaba perderla porque no me amara.

Ambos terminamos reconociendo y confesando que ninguno de los dos habíamos sido capaces de sacar de nuestras mentes a las personas que amábamos. Ni acostándose con Michael había conseguido apartar a Xánder y yo sabía que a mí me hubiera pasado lo mismo si me hubiera ido con ella. Yo había usado a Nani y ella, a su vez, a Michael, y el resultado había sido pésimo, aunque sabía que al rubio no le habría importado lo más mínimo haber sido utilizado para ese fin. Dudaba que el americano viera a Nani como algo más que una muesca en el cabecero de su cama.

Éramos dos idiotas incurables, no obstante, íbamos a poner de nuestra parte para intentar olvidarlos.

—¡Segundos! —celebramos cuando cruzamos la línea de llegada. Con el

tiempo tan malo que hacía, había sido todo un logro. Un ciclón estaba arrasando Japón y la cúpula de The Challenge estimó que eso solo le daba más emoción a la carrera.

Lo único que nos fastidiaba era que Storm of Thunder, el equipo conformado por Jen y su hermano, habían sido los ganadores.

Una punzada de envidia y otra de reconocimiento se clavaron en mi pecho. Jen había arriesgado y había estado soberbia, rascando segundos de aquí y de allá, agarrándose a curvas imposibles y ejecutando maniobras que eran prácticamente inhumanas. Ambos partían como favoritos, pero no íbamos a rendirnos tan fácilmente, solo había sido una batalla.

Cuando salimos del coche, no pude más que felicitarlos; se quitaron el casco y ella mostró su rostro felino perlado de sudor.

Llevaba el pelo mucho más corto, igual que Michael, y eso agudizaba los rasgos de ambos volviéndolos devastadores.

—Enhorabuena —les dije en reconocimiento a su proeza.

—Gracias —respondieron ambos al unísono.

—Ha sido una carrera brillante —agregó Nani admirativamente.

—Sí, bueno, no ha estado mal —contestó Jen restándole importancia—. Era lógico que ganáramos, después de todo, somos los mejores. —Michael parecía incómodo ante la afirmación, así que intervino con agilidad.

—Vosotros también lo habéis hecho genial, ha sido cuestión de segundos. En la curva casi tomáis la delantera. —Nani sonrió contenida y Jen resopló.

—Eso no habría pasado jamás, Michael. Por mucho que te guste meterte bajo sus bragas, eso no la hace mejor. —Nani apretó el gesto.

—Jen —le advirtió su hermano.

—¿Qué? No miento. —Nani cambió su actitud hacia ella dispuesta a atacar.

—No cantes victoria, Storm, esto acaba de empezar. —Ella negó.

—Para ti no, cariño, tal vez en España seas la reina, pero aquí la tormenta arrasa con la monarquía. ¿No has oído eso de que el ser humano no puede contra las fuerzas de la naturaleza? —preguntó levantando la nariz sin amedrentarse.

—Eso ya lo veremos, a veces la tormenta que empieza con mucha

fuerza puede quedarse en una mera llovizna —apostilló mi compañera apretando los puños.

—Vamos, chicos, ¿por qué, en vez de reñir, no vamos a celebrarlo? — Sabía que Michael solo trataba de calmar el temporal. Los ojos azules de las chicas amenazaban con estallar.

—¿Como la última vez? —anotó Jen—. Lo siento, paso de ir de aguanta velas; si queréis follar, no me necesitáis para nada.

—¡No te pases! —la interrumpí. Ella arqueó la ceja sintiendo la lluvia precipitarse por su rostro.

—¿Qué ocurre, Infierno? ¿No te gusta imaginar a tu reina siendo sacudida por el trueno? Pues deberías haberlos visto en la discoteca cuando ella lo cabalgaba. —La tomé de un brazo apartándola de Nani y Michael antes de que siguiera soltando su veneno.

—Me importa bien poco lo que hicieran, ambos son libres.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Qué extraño, yo pensaba que la rubia era mi sustituta. Aunque está claro que solo se trata de una mera réplica, no tiene nada que ver con la original.

—Desde luego que no, la original es una puta mentirosa, cosa que Nani no es. —Sentí la bofetada impactando contra mi cara.

—No sabes una mierda, Jon.

—Y entonces, ¿por qué no me iluminas?

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? Igualmente, tú ya emitiste tu juicio, lo que ocurriera o no ya no importa. Además, cuanto más remueves la mierda, más huele.

—En eso estamos de acuerdo, no importa lo que digas porque ya vi lo que tenía que ver. ¿Por qué has vuelto, Storm? —Vi cómo se contenía, la furia hervía en su hermoso rostro de traidora.

—Ya lo sabes, a las putas se nos compra con dinero y tu padre tiene mucho, así que he vuelto a venderme, como siempre. —La miré decepcionado—. ¿Qué ocurre? ¿Esperabas otra respuesta? No me hagas reír, Infierno, no vine por ti si es lo que pensabas.

—Yo no pensé eso, sería la última cosa que desearía.

—Ya... —suspiró cruzándose de brazos—. En fin, estoy cansada y llueve mucho, me voy al hotel a darme un baño, no quiero constiparme por una conversación que no lleva a ninguna parte. Yo de ti buscaría a otra

compañera. —Cabeceó en dirección a Nani, que charlaba apaciblemente con Michael—. Está claro que no está a la altura.

—Eso lo decidiré yo, tú no eres nadie para opinar al respecto — contraataqué con orgullo. Ella se encogió como si le importara poco mi respuesta.

—Por supuesto, es tu decisión, equivocada o no. Igual que haces con todo. Mejor no escuches a nadie y ve a lo tuyo, está claro que las cosas así te van genial. Buenas noches, Jon —se despidió apretando el gesto. Escuchar mi nombre de nuevo en sus labios me hizo un boquete en el pecho. La contemplé caminando de espaldas con ese mono blanco que la hacía parecer un ángel del infierno. Hice uso de todas mis fuerzas para no ir corriendo hacia ella, sacudirla y que me diera su versión de los hechos. Porque necesitaba creer que había una mísera posibilidad de que las cosas no fueran como percibí.

Me moría por creer que podía haber sucedido otra cosa, lo que fuera que me otorgara la capacidad de perdonarla y de que todo fuera como siempre, pese a que sabía que solo me engañaba a mí mismo. Nada podía hacer cambiar la realidad de lo que ocurrió esa fatídica noche.

«¡Mierda!», exclamé para mí misma. Los ojos me escocían, me sentía irritada y, por si fuera poco, notaba la subida de la leche. Tenía los pechos a punto de estallar. La discusión con Jon me había ofuscado en demasía. Tuve que morderme la lengua para no soltarle mi versión y que se tragara sus propias palabras. Aunque no creo que le importara demasiado que estuviera inconsciente y sumida en las brumas del alcohol cuando Matt me follaba. No recuerdo nada de eso, solo a partir de la discusión que ellos mantuvieron, aunque por el estado en el que estaba supe que había sido así. A mi ex le salió el plan redondo. Por lo menos ahora estábamos divorciados y no había vuelto a tener noticias de él.

Dejé a Michael en nuestro hotel y fui al que Yamamura había destinado para Joana y los niños. Ni siquiera me cambié, fui con el mono empapado. Necesitaba ver a mi pequeña, sentirla sobre mi piel. Cuando pasaba muchas horas sin verla, un nudo me oprimía el pecho, ella era mi único motivo de ser.

Joana me sugirió que me diera una ducha de agua caliente antes de amamantar a Koemi. Según ella, parecía una gata mojada y no le faltaba razón.

Fue justo lo que hice, dejando que las lágrimas que había contenido se precipitaran al vacío. Dolía tanto, pero tanto.

Verlo de cerca, escuchar su desprecio, entender que nada iba a cambiar por mucho que lo deseara. En su juicio era la culpable, me sentenció desde el primer momento y sabía que nada le haría cambiar de opinión.

Mi asistenta estaba en un hotel precioso, le habían dado dos habitaciones que se comunicaban entre sí por una puertecita. En una dormía Joana y en la otra los niños con un intercomunicador, aunque ella dejaba la puerta abierta y la luz del baño encendida, por si Mateo necesitaba hacer pis.

Se pasaban el día haciendo turismo y por la noche yo iba a verlos, calmando la desazón por estar mucho tiempo separada de Koemi.

Cuando estuve lista, le pedí a Joana que me trajera a mi hija. Estaba envuelta en un esponjoso albornoz y con los pechos sumamente llenos. En cuanto tuve a mi pedacito de felicidad sobre las rodillas, abrí el albornoz y aspiré su embriagador aroma a bebé, ese que se disipa con el tiempo, igual que la inocencia.

Ella me miró con dulzura con su perpetua sonrisa, que me aliviaba el alma, para susurrar complacida la palabra más hermosa del mundo: «mamá».

—Sí, cariño, mami está aquí dispuesta a darte tu ración del día. —Ella sonrió triunfante y se agarró a mi pecho. Había mujeres a las que no les gustaba o no podían amamantar a sus bebés, yo era algo que no hubiera cambiado por nada en el mundo. Me advirtieron que dar el pecho podía descolgar mis mamas, pero eso no me importaba. El momento de complicidad que se instauraba entre nosotras, esa conexión y el saber que mi hija se alimentaba de mí era impagable.

Me perdía en la ternura con la que me acariciaba mientras bebía del pezón y succionaba con firmeza hasta sentirse completamente saciada. Era nuestro momento, el que más disfrutaba del día.

Joana me dijo que bajaba un momento con Mateo, que había visto un recuerdo que se quería llevar antes de que nos marcháramos. Sabía que

solo pretendía darnos nuestro momento de intimidad, no era lo mismo vivir en una casa de quinientos metros cuadrados que en una habitación de hotel.

Le di permiso para que fuera, aunque ella sabía que no tenía por qué pedírmelo. Nada importaba en ese instante, salvo dar de comer a mi trocito de felicidad.

Si hubiera estado más pendiente, tal vez me habría dado cuenta de que la puerta de la habitación contigua no quedaba bien cerrada. Entonces tal vez hubiera visto la sombra alargada que me miraba desde la puerta entreabierta que comunicaba ambas habitaciones. La mirada oscura se cargó de sorpresa ante la imagen y, como la sombra que era, se alejó sin decir nada. Yo estaba tan concentrada en Koe que no fui consciente de todo lo que había ocurrido en ese instante y que más tarde precipitaría las cosas.

Joana regresó mostrándome un imán del monte Fuji para la nevera, Mateo se acercó a Koe con entusiasmo para enseñarle lo que había escogido para ella.

—¡Mira, Koe, es Hello Kitty! —Mi hija soltó el pezón y sonrió ante el regalo de su apuesto caballero. Me cubrí el pecho para dejar que Koe disfrutara del presente.

—*Itty!* —gorjeó mi hija llena de felicidad.

—¿Qué se dice, Koe? —la insté. Era pequeña, pero había palabras que ya dominaba a la perfección.

—*Asias* —respondió achuchando el peluche entusiasmada. Mateo la miraba orgulloso.

—¿Lo ves, mami? Te dije que le *gutaría* mi regalo.

—No sabes la murga que me dio —respondió Joana alborotándole el pelo a su hijo para mirarme con fijeza—. No paró hasta lograr el peluche para «su» Koemi —remarcó.

—¿Y para ti no compraste nada, Mateo? —le pregunté, él se encogió de hombros.

—En Japón no tienen leones, así que mejor una Hello Kitty para Koe. — Su generosidad me hizo sonreír.

—No te preocupes, tita Jen seguro que encuentra algo para ti.

—No hace falta, Jen —protestó Joana.

—Lo sé, no empieces con tu murga de aleccionarme sobre en qué gasto mi dinero. Lo gasto en lo que me da la gana, para eso lo gano, y sabes perfectamente que si me apetece, lo haré. Ahora, tengo que regresar al hotel. Necesito hablar con Michael y descansar algo. —Pasaba poco tiempo con mi hija, apenas una hora al día, pero debía ser así si no quería que nos pillaran. Me sacaba la leche con el aparato portátil y la almacenaba en biberones que dejaba en el minibar para el uso diario.

Con una neverita portátil, mandaba a un mensajero para que se los entregara a Joana y los administrara según la necesidad de mi hija.

Koemi ya comía otro tipo de alimentos, pero seguía con la lactancia, que era algo que a mí me llenaba. No pensaba dejar de darle el pecho hasta que ella me lo pidiera.

Me despedí de los tres con todo el dolor de mi corazón y regresé a mi cuarto, había sido un día intenso y plagado de emociones.

Para mi sorpresa, Michael seguía despierto. Había pensado que lo encontraría durmiendo como un tronco y que lo tendría que despertar.

Había pedido una excedencia en el trabajo para poder participar conmigo en The Challenge. Este hermano mío era lo mejor que tenía en mi vida, a parte de mi hija, Joana y Mateo.

—¿Qué tal mi sobrina? —preguntó en cuanto crucé la puerta.

—Encantada de la vida, Mateo le ha regalado un peluche. —Él sonrió.

—Ay, ese Mateo, es un rompecorazones. —Esta vez la que reí fui yo.

—No lo sabes bien. Si no supiera que no conocías a Joana de antes, juraría que es tu hijo. —Michael se atragantó con el botellín de vodka que había tomado del minibar.

—Te garantizo que no lo es.

—Lo sé, el otro día le sugerí a Joana que se acostara contigo y casi le da una apoplejía. —Michael se había llevado de nuevo el botellín a los labios y con lo que acababa de soltarle se puso a toser como un loco.

—¿Que le dijiste qué? ¿Por qué le sugeriste eso? —Me encogí de hombros y me quité la ropa que Joana me había prestado para que no regresara con el mono mojado. Rebusqué en el armario en ropa interior para ponerme el pijama.

—Vamos, Michael, no te hagas el mojigato, ambos sabemos que si una mujer está buena no le haces ascos a nada y Joana solo ha estado con un

hombre, el necio que la violó y la embarazó. Necesita un poco de alegría. Además, es muy guapa, eso no me lo negarás.

—¡Pero es Joana!

—¿Y? —inquirí intentando encontrar una explicación.

—Que vive contigo y la vería todos los días. Sabes que una vez que estoy con una mujer, procuro no volver a coincidir con ella.

—Bueno, tampoco creo que fuera tan grave, los dos sois adultos y se trata de una emergencia.

—¿Una emergencia? ¿Me ves cara de 911^[9]? —Sonreí.

—Más bien te veo cara de setenta menos uno. Vamos, Michael, que Joana solo tiene sexo con Flipper.

—¿Flipper? ¿Y ese quién demonios es? —Mi hermano frunció el ceño, parecía celoso, eso me hizo gracia.

—Ya sabes, el delfín. —Me miró sin entender.

—¿Joana folla con un delfín? —A veces mi hermano me sorprendía con su falta de rapidez.

—¿Cómo va a follar con un delfín? Flipper es su consolador, ijoder!

—¿Joana tiene un consolador? —Parecía atónito.

—Sí, y una vagina también. Con lo listo que eres para unas cosas y lo torpe que eres para otras. —Le arrebaté el botellín y di un trago.

—Ahora por tu culpa imaginaré a Joana masturbándose con un delfín.

—Pues cambia de imagen e imagínala retorciéndose de deseo debajo de ti. —Sus pupilas se dilataron, incluso las fosas de su nariz. Tal vez Joana no le fuera tan indiferente como pretendía mostrar—. Será mejor que durmamos, estoy agotada.

—A ver ahora quién coño duerme —dijo levantándose para encaminarse hacia la ducha.

—¿Dónde narices vas? —inquirí.

—A liberar a Willy —respondió dando un portazo. Yo me eché a reír. Estaba claro que, con el tamaño que calzaba mi hermano, Flipper se quedaba corto.

Al poco tiempo me dejé llevar por el cansancio y los nervios de la carrera.

Capítulo 23

Canadá. Ese fue nuestro nuevo destino y, para mi consternación, me tocó compartir habitación con la insoportable de Queen. Qué hartura, parecía que desayunara unicornios y cagara arcoíris cada día.

No sabía qué me irritaba más de ella, si su tendencia a querer arreglar las cosas o su coraje al enfrentarse a mí, pasando por el buen rollo que parecía compartir tanto con mi hermano como con Jon.

Decidí que lo mejor sería escaparme al hotel a ver a mi hija, quería asegurarme de que estuvieran bien tras el vuelo. Nos hospedábamos muy cerca de las cataratas del Niágara, de hecho, se veían desde la habitación. Estaba inquieta por cómo habría enfrentado Joana tantas horas sola con los dos pequeños, desde Tokio habían sido muchas horas. En cuanto salí de la habitación me di de bruces con Jon, que al parecer iba en busca de la princesa Popi, el *troll* de la alegría.

Los dos nos quedamos un tanto sorprendidos. Tras el sobresalto inicial, intenté recobrar la compostura. ¿Por qué tenía que estar más guapo que nunca? Y lo que era peor, ¿por qué tenía que afectarme tanto?

Jon había madurado, su cara aniñada había adquirido unos rasgos más marcados, estaba más ancho y tenía un aspecto mucho más peligroso que desataba la mente calenturienta de toda fémina que se cruzara con él.

Llevaba una chupa de cuero y una camiseta de un grupo de rock japonés llamado X Japan. Jon era un fan incondicional, incluso habíamos ido a un concierto juntos; fue muy divertido verlo corear sus canciones mientras hacía un intento de bailar, si es que podía considerarse a ese meneo de caderas un baile.

—Veo que hay cosas que no cambian —dije señalando la camiseta.

—Supongo —convino con el ceño fruncido.

—¿Fuiste al último concierto? —Intentaba ser amable, al fin y al cabo, éramos compañeros de equipo. En algún momento deberíamos hablar como personas adultas.

—No —respondió tosco—. Me quedé sin pareja en el último momento, le dio por follar con su marido delante de mí, ya ves. —Ya no recordaba que le había regalado unas entradas en su cumpleaños para que fuéramos juntos al concierto que daba el grupo unas semanas después que lo nuestro terminara. El tono déspota que utilizó y su estocada final me pusieron en pie de guerra.

—Una verdadera lástima, sí, aunque yo de ti no me habría quedado en casa lamiéndome las heridas. Podrías haber llevado a la zorra con la que conduces, según mi hermano, es bastante pasable follando. Con lo que te ponen los sitios públicos seguro que te la habrías podido tirar en cualquier rincón del concierto. —Sus manos me cogieron por el cuello de la chaqueta de piel azul que llevaba y me estampó contra la pared.

—¿Hablas por ella o por ti? Si no recuerdo mal, quien me la mamó en pleno cine fuiste tú —dijo con desdén—. Deberías lavarte la boca con jabón antes de hablar de Nani, te da veinte mil patadas en lo que a honradez se refiere. —Temblaba de la ira. Bajó los ojos para admirar mis pechos, que empujaban sobre el escote. No había podido vaciarme en el vuelo ni en la habitación, así que los tenía muy llenos. Lo que me había dicho me ofendió, aunque sabía que enfrentándome directamente no lograría mi objetivo, que era herirlo de muerte. Chasqueé los dedos para que levantara el rostro.

—Los ojos los sigo teniendo en la cara —argumenté. Él no titubeó, aguantándome estoico la mirada—. Para darme veinte mil patadas, pareces demasiado interesado en mi mercancía. —Subió la mano entre nosotros y me apretó un pecho, no pude contener el gemido. En primer lugar, porque me dolían y en segundo, porque me excitaba; para qué negarlo.

—Solo trataba de comprobar cómo se sentían unas tetas operadas, dicen que cuando una mujer pasa por quirófano es porque va buscando quien la folle —murmuró demasiado cerca.

—Curiosa observación. Es lógico entonces que vosotros no os operéis

porque lo único que os salvaría de la solemne estupidez sería un cambio de sexo y, en el fondo, vuestro cerebro prehistórico siempre seguiría siendo el mismo —remonté como si no me importara que me estuviera acariciando el pezón y mi vagina lanzara contracciones a diestro y siniestro—. Si tuvieras memoria, sabrías que son mías —contraataqué dándole un manotazo para que cesara la tortura. El rio.

—¿Pretendes decirme que las tetas te han crecido por comer almendras? Cuando estabas conmigo, no las tenías tan grandes.

—Pretendo decirte que no debería importarte tanto el tamaño de mis tetas, sino la deforestación de tu cerebro. Está claro que tus neuronas han decidido emigrar ante tanta gilipollez. Y si crees que mis tetas han crecido, es porque las comparas con tus cojones, que claramente sí han disminuido. —Fue entonces cuando se apretó contra mí y sentí en su vientre todo el esplendor de su tamaño. La boca se me secó y separé los labios cuando vi que avanzaba. Cerré los ojos esperando un beso que estaba segura de que no iba a poder controlar, la atracción sexual que sentíamos estaba muy por encima de nuestros enfados. Pero los labios no llegaban. Cuando abrí los ojos, lo tenía pegado a la oreja murmurando:

—¿Cuánto me cobras por una mamada? —Mi libido cayó por los suelos, una furia ciega me envolvió y lo empujé con todas mis fuerzas.

—Maldito malnacido, sal de encima de mí, ¡eres un hijo de puta!

—No te equivoques, gata, aquí la única puta que hay eres tú, ¿o acaso no reconociste que habías vendido tus servicios a mi padre? —escupió con saña —. Pago bien y estoy seguro de que lo disfrutarás mucho, se te ve necesitada.

—Lo único que necesito es aplastarte el culo en la próxima carrera. Y lo voy a disfrutar. Pienso destrozarte, Inferno, no vas a volver a tocarme en tu puta vida, ni siquiera en tus sueños, porque antes de que lo hicieras me suicidaría. —Él soltó una risa glacial.

—No te pongas así, gata, solo trataba de aliviarme. Se trata de una mera transacción comercial, justo como a ti te gusta.

—¡¿Y tú qué mierda sabrás lo que a mí me gusta?! —exclamé totalmente ida. Ya no era el crío que dejé en Tokio, ese hombre era mucho más despiadado y tenía la capacidad de sacar lo peor de mí.

—Tienes razón, hubo una época en la que creí que lo sabía, pero me

equivocué. Siempre has sido un truco barato de mago de pacotilla, una vendedora de humo; ya no creo en la magia, solo en la realidad.

—Pues tu realidad es que sigues siendo un trozo de atún y un gilipollas redomado que no ve más allá de lo que tiene frente a las narices. No me mereces, Inverno, ni tú ni ningún tío. Será mejor que no te aproximes a mí si no quieres que te arranque los huevos y me haga una tortilla para el desayuno —sentencié golpeándole el hombro para abrirme paso e irme antes de que las lágrimas que pugnaban por saltar cayeran frente a él.

Era una necia, una idiota, ¿cómo había podido pensar que podría haber un acercamiento entre nosotros? Me enjugué la única lágrima que me permití derramar. Ya había llorado demasiado por él, por Matt, por mis padres, por los Hendricks y por el mundo en general.

«Ni una puta lágrima más, Jen» me recriminé, buscando fortaleza donde solo hallaba debilidad. «No te merece, no te quiso escuchar, prefirió emitir un juicio de valor antes de oírte». Estaba claro que no era una buena persona, que lo había engañado en ciertos aspectos de mi vida, pero jamás en lo que se refería a lo que sentía por él.

Nunca amé a otro que no fuera Jon, no hubo esa entrega ni siquiera con Matt. Él se había adueñado de mi alma y ahora ya no podía entregarla porque no me pertenecía.

Tras nuestra ruptura, me convertí en un témpano de hielo, en una persona fría, despiadada y sin sentimientos que ofrecer al sexo opuesto. Solo me permitía entregar sexo a cambio de placer, era lo único que cedía de mí en un encuentro.

En el *hall* encontré a Michael, que subía tras el desayuno. Me miró extrañado por el estado en que me encontraba, aunque no dijo nada; supongo que imaginó que había peleado con Queen o que tenía alguna de mis rabietas. Mi hermano sabía que cuando me veía así era mejor darme mi espacio.

Me preguntó a dónde iba y se ofreció a acompañarme a ver a Koemi. Tal vez era justo lo que necesitaba, salir en familia, sentirme arropada por ellos y que paseáramos juntos como unos simples turistas.

Cuando llegamos al hotel donde se hospedaban, golpeé la puerta de la habitación. Joana preguntó quién era y yo respondí «Jen» olvidándome completamente de mi hermano, que estaba justo detrás. Joana abrió de

golpe, sin dudar, con su hermosa sonrisa en el rostro y una minúscula toalla de lavabo alrededor de su escultural cuerpo. Por la cara que puso, supe que se había encontrado con el rostro de Michael, a quien le pendían las babas como a un San Bernardo, mojándome el hombro.

Mi asistente enrojeció hasta la raíz de su pelo moreno y, por si la cosa no fuera suficiente, Mateo apareció por detrás al grito de «Mami, mami, mira» y tironeó de la toalla, que cayó al suelo.

—¡JODER! —Michael no pudo contenerse al contemplar a la diosa Afrodita perdiendo su toallita, tal cual la trajeron al mundo. Como buena latina, tenía de dónde agarrar por todas partes.

Ella dio un grito desgarrador que dejó al pobre Mateo, que intentaba darle la toalla, en *shock*.

—Se te ve el culo, mami, tápate o seguro que te estornudará como anoche —decía el pequeño sin poder contener el bochorno que asolaba a su madre y se extendía como una capa de lava ardiente. La pobre terminó por agarrar la toalla y entrar prácticamente llorando al baño.

Me giré para ver la cara de incredulidad de Michael, la cual no podía definir con exactitud, pero estaba claro que, tras liberar a Willy, este había regresado a casa. Concretamente, al interior de su vaquero.

—No te atrevas a decirle ni una sola palabra que la incomode —lo reprendí antes de que abriera más esa boca, que amenazaba con descolgarse.

—Jamás osaría. —Mateo se dirigió a Michael.

—¿Qué pasa, *bro*? —inquirió con aire chulesco, tendiendo el puño como mi hermano le había enseñado para saludarse. Michael sonrió y le devolvió el saludo en respuesta para estrellar con suavidad la mano contra él.

—¿Qué pasa, *bro*?

—Pues aquí, que ayer no sé qué pasó, pero a mamá no paraba de estornudarle el culo y con lo de ahora igual le vuelve a dar un ataque. Y no veas qué peste, tuvimos que abrir la ventana y dejar ventilando el cuarto con el *fío* que *hace*. —Puse los ojos en blanco. Michael intentaba contener la risa, pues obviamente sabía que los culos no estornudaban—. ¿A ti también se te constipa el culo, Michael?

—A Michael más que a nadie —respondí. Menos mal que la pobre

Joana no estaba delante ante tamaña conversación—. Y si le estornuda, te garantizo que hay que estar ventilando una semana entera.

—No te pases, *surioarǎ* —respondió sonriente y sin ninguna vergüenza —, que los tuyos tampoco huelen a rosas. —Después, se dirigió al pequeño—. Anda, *bro*, vamos dentro y me cuentas qué tal tu experiencia de viajero por el mundo. ¿Has cuidado bien de nuestra chica? —formuló haciendo referencia a Koe. Mateo asintió muy serio.

—Hice lo que me dijiste y le compré un peluche, a las chicas hay que tratarlas *ben* y hacerles regalos.

—Estupendo, seguro que la hiciste muy feliz —aseveró mi hermano, alborotándole el pelo. Con esa cara y ese desparpajo, era inevitable no caer bajo el influjo del pequeño.

—Ven, Michael, que te enseñaré lo *felis* que hago a Koemi.

Los chicos desaparecieron y yo llamé suavemente a la puerta de Joana. Mi momento de lactancia debería esperar un rato más.

—Soy yo, ábreme. —La pobre tenía los ojos hinchados y rojos como si hubiera estado llorando a mares.

—No voy a poder salir de aquí —dijo sollozando—. Nunca más podré mirarlo a la cara.

—¿Y eso por qué? —pregunté intentando calmarla.

—¿Por qué crees? Me ha visto desnuda y después Mateo...

—Mi hermano ha visto desnuda a la mitad de la población femenina de Estados Unidos —estimé restándole importancia. Si se hubiera fijado en su cara de felicidad, ahora no estaría tan avergonzada. Traté de calmarla —. Además, lo que acaba de ocurrir es que ha visto a una preciosa mujer en pelotas, provocando que se le hinchen las suyas con muchísima alegría, por cierto. —Joana parpadeó cuatro veces seguidas ante mis palabras. Sus enormes ojos oscuros parecían dos pozos de agua negra—. Y por lo de los pedos no sufras, te garantizo que los de Michael son mucho peor.

—Ohhhh. —Ella se cubrió el rostro sofocada—. No voy a poder salir hasta que me jubile.

—¿Hasta que te jubiles? Créeme, querida, si lo haces porque te han dicho que hay un pase vip para ver las cataratas a un precio reducido, no lo hagas, no vale la pena. Vale que te ahorrarás un puñado de dólares en

un primer momento, pero terminarás gastándolos en resucitar esos pimientos morrones en los que se habrán convertido tus fantásticas tetas, yo de ti las aprovecharía ahora que estás a tiempo. De la excursión, me encargo yo. —Logré que Joana asomara un ojo con un atisbo de sonrisa—. Y si lo que necesitas son motivos para salir te diré que, en primer lugar, creo que con tu desnudo integral has logrado que mi hermano te vea de verdad, no como mi asistente, madre de Mateo, sino como la preciosa mujer que eres. —Ella bufó—. Y, en segundo lugar, porque o sales o me estallan las tetas y Koe se queda sin comida de por vida. —Joana me miró horrorizada.

—¡Ay, por la virgencita de la Guadalupe! Es verdad, lo siento, qué torpe soy.

—No importa, pero espabílate. Termina de vestirte y sal fuera para que pueda quedarme con mi hija y darle el pecho a solas. Sabes que no me gusta hacerlo con gente delante. Sal con la cabeza bien alta y haz como si no hubiera pasado nada, te garantizo que mi hermano no dirá nada al respecto, porque si lo hace, sabe que sus pelotas terminarán adornando su cuello. — Conseguí arrancarle una sonrisa franca—. Así está mucho mejor, ahora termina, estaré fuera.

—Gracias, Jen, eres la mejor.

—Eso ya lo sabemos todos —respondí guiñándole el ojo.

Cuando Joana salió finalmente enfundada en un hermoso vestido de lana jaspeado que le marcaba todas y cada una de sus curvas, los ojos de mi hermano la recorrieron como si se tratara de un lugar al que le apetecía mucho viajar para perderse en el paisaje.

Les pedí que salieran y bajaran con Mateo, que cuando terminara me reuniría con ambos en el *hall*.

Joana me miró suplicante, aunque obedeció, y Michael sonrió complacido. Agarró la manita al pequeño Mateo y empujó levemente a Joana por la cintura, quien se encendió como un semáforo en rojo.

No iba a negar que me encantaría que hubiera algo entre ellos dos, sobre todo porque Joana merecía un hombre bueno que la amara y mi hermano era el mejor.

Cuando terminé de darle la toma a mi hija, cantándole nuestra canción favorita, bajamos. Al llegar, me encontré con una hermosa visión. Ambos

estaban riendo sin parar por alguna tontería que había soltado el hombrecito de la casa, que estaba subido a hombros de mi hermano. Algo había cambiado en la forma que tenían de mirarse, en el brillo de sus ojos y en el modo en el que Michael le colocaba un díscolo cabello tras la oreja haciéndola sonrojar de nuevo, y eso me gustó.

—¿Qué? ¿Vamos a dar ese paseo? —los interrumpí. Ambos asintieron, cómplices, y nos preparamos para disfrutar de un fantástico día en familia.

Al día siguiente tuvo lugar la carrera, nos avisaron con muy pocas horas de antelación, fue una nocturna. Doscientos veintiséis kilómetros, unas ciento cuarenta millas de pura adrenalina por la mítica Highway 400, que unía Parry Sound con Toronto.

La carrera fue un auténtico descontrol, en primer lugar, porque los rusos, que estuvieron tocándome las narices en Tokio, se habían pasado toda la carrera acosándome y arrebatándome la cabeza al volante de su Aston Martin Valkirie. No jugaban limpio o no todo lo limpio que deberían, era obvio que estábamos en una carrera ilegal sin reglas, pero había líneas que no debían cruzarse y a ellos parecía no importarles.

Sentía el sudor cayéndome en los ojos, que me lagrimeaban por la salinidad. No podía permitirme perder una maldita carrera, quería ser la número uno en todas y ganar el plus por imbatibilidad.

—Relájate, *surioarǎ* —advirtió mi hermano muy serio.

—No es momento de relajarse, Michael, eso ya lo haré en las Maldivas cuando gane The Challenge y pueda tumbarme bajo un cocotero con Koe al sol.

—Si sigues conduciendo de ese modo, nos vas a estrellar y lo único que vas a conseguir es un billete pero para el otro barrio y sin retorno —alegó sin una pizca de su característico humor.

—Eso si no se estrellan ellos antes —balbuceé sin perder de vista a los rusos—. No sufras, *frățior*, lo tengo todo bajo control. —Miré un instante a mi derecha, ahí estaba el Hennessey Venom conducido por Queen e Inferno, los tenía pegados como una lapa y eso hacía que mi maniobra de adelantamiento no fuera factible—. ¡Apartad, joder! ¡Es que no me veis! — los increpé a sabiendas de que no me podían oír. La insensata de Nani apretó el acelerador intentando posicionarse por delante de mí y, por

ende, de los rusos—. ¡Pero ¿qué narices hace esa inconsciente?! Se la van a comer —grité aporreando el volante.

—Pues lo mismo que tú —observó Michael—, intentar ganar la carrera. — Los rusos dieron un volantazo para intentar sacar a Nani de la carretera. Era el momento de aprovechar la ventaja, o ahora o nunca, así que me colé por el otro lado y me salí del asfalto para situarme en primera posición.

—¡Sí! ¡Soy la maldita ama! ¡Chupaos esa, hijos de Puttin! —aullé. Me había hecho con la cabeza. Los rusos trataron de imitarme, pero algo salió mal, perdieron el control y se salieron del asfalto dando vueltas de campana —. ¿Has visto eso? —pregunté por el intercomunicador a mi hermano.

—Sí, ¿un poco extraño no te parece? ¿Cómo se les ha podido ir el coche de esa manera? —Era extraño, sí, pero a mí me daba igual, lo importante era que iba a ganar.

—Igual se les ha atravesado una piedra en el camino llamada Storm. — Él resopló—. Me es indiferente, Michael, porque esta carrera es mía, que les den.

Nani trató de adelantarme sin éxito, me hice con Canadá justo antes de que las sirenas de los polis se encendieran.

Adrenalina en estado puro, disfruté como una loca correteando por las calles de Toronto mientras trataban de darnos caza. Una vez me cansé, conduje hasta nuestro objetivo: el tráiler que teníamos asignado marcado por nuestro GPS, por si las cosas se ponían feas.

El subidón me sacudía de la cabeza a los pies, igual que a mi hermano. No había nada mejor en este mundo que ganar una carrera ilegal y después verse inmerso en una persecución policial para desaparecer ante sus narices.

—¡Guau! —exclamé presa de la excitación, sacándome el casco una vez dentro de camión—, ha sido...

—Una maldita locura —terminó Michael quitándose el casco—. ¡Casi nos trincan, Jen!

—Ya aterrizó el contable. ¡Vomita a mi hermano, joder, quiero que me lo devuelvas! —amenacé sacudiéndolo y arrancando la sonrisa que esperaba a mi hermano, que en el fondo era tan kamikaze como yo—. ¡Ha

sido una puta pasada!, ¿viste cómo los despisté en ese *parking*? Ríete de *Fast & Furious*, la realidad siempre supera a la ficción, *frățior*.

—¿Debo recordarte que tienes una hija pequeña y que si te meten en la cárcel la entregarán a servicios sociales como a nosotros? —La diversión se me borró de golpe e intenté camuflarla con indiferencia.

—Vamos, Michael, sabes que jamás me pillarán, soy la mejor.

—Torres más altas han caído, *surioară*. ¿Por qué no te buscas un trabajo legal?, ya tienes suficiente dinero... —Sabía que él era el responsable y yo la descerebrada, me hubiera gustado ser un poco como él, pero era incapaz. Por muy madre que fuera, me gustaba demasiado, aunque sabía que debía comenzar a plantearme mi retirada por Koemi.

—Nunca es suficiente —le encaré mirándole las pupilas, tan idénticas a las mías—. Pero no sufras, tengo algo en mente. Te juro que después me volveré una ciudadana honrada como tú, pero por el momento necesito más dinero. Cuando lo logre, te juro que me retiraré y buscaré una profesión tan aburrida como la tuya. —Él resopló—. Venga, señor contable, abrázame y celebrémoslo como corresponde.

Sacudió la cabeza, sabía que conmigo poco tenía que hacer si no era yo la que claudicaba, así que terminó fundido en mis brazos y sonriendo junto a mí.

Tras la persecución logramos subir al avión privado que mi padre había fletado para llevarnos a Dubái.

Nani estaba sentada a mi lado. Volvíamos a ser segundos en la carrera y eso no dejaba que me quitara esa espinita de ver cómo Jen cumplía su promesa de patearme el trasero.

Cuando mi compañera vio aparecer a mi prima Katsumi con su marido Kayene, la abuela de este y su compañero de carreras, casi le da un síncope.

Al parecer el moreno, al cual Jen miraba como gata en celo, era el tipo al que pretendía olvidar y ahora estaba en *The Challenge* como piloto y compañero de la abuela de Kayene. No, no era la típica abuela, os lo podéis imaginar. Esa mujer era temida en todo Japón, su marido fue el jefe más temido de la principal Yakuza del país. Ahora su nieto Kayene era quien la dirigía después de que su padre le cediera el cargo de *kumichō*^[10].

Era conocida como Sobo —abuela en japonés—, pues tenía tendencia a adoptarte como su nieto si te ganabas su confianza.

Miré con rabia a la oportunista de Jen, que ya iba colgada del brazo del moreno. Me disculpé con Nani; debía saludar a mis familiares, aunque eso me supusiera acercarme a esa arpía.

Tras un incómodo cruce de palabras y las presentaciones pertinentes, Nani terminó comprometida con Michael y con planes de boda frente a la mirada atónita de Jen, que ya la veía como cuñada. Aunque eso no le supuso ningún trauma aparente, pues aprovechó el compromiso para sentarse junto a X; así se hacía llamar el tipo por el que Nani seguía suspirando.

Como era de esperar, el reciente prometido de Nani tampoco perdió el tiempo y ocupó mi asiento para poder darse el lote, ficticio o no, con mi compañera de carreras.

Así que no me quedó más remedio que sentarme con Sobo y contemplar desde el asiento de atrás cómo la gata en celo de Jen intentaba devorar a X, que no tenía ningún tipo de posibilidad.

Michael no dejaba de comerle la boca a una entregada Nani. Si no fuera porque yo sabía que era una mentira, podría haberme lo creído. Cada acto tiene su consecuencia, X se dedicó a seguirle la corriente a Jen y yo a morirme de los celos.

Sobo miraba el partido con una sonrisa velada en su rostro como si supiera algo que yo desconocía, no me apetecía charlar ni hacer de comentarista. Me puse los cascos de mi iPod y cerré los ojos con la esperanza de que las trece horas de vuelo se convirtieran en trece segundos.

Ya llevábamos varias horas en el aire y yo estaba escuchando cómo esa zorra rubia seguía insinuándose al moreno que tenía justo enfrente. Ni siquiera había conectado el aparato, solo había sido un elemento disuasorio para no tener que dar conversación. Me había perdido en la bruma de los roces y las insinuaciones que se prodigaban los de delante, enervándome hasta tal punto que estuve a punto de invitarlos a la habitación que tenía mi padre al fondo del avión.

Por fin callaron, supuse que se habían dormido; yo, por el contrario, no podía sacármelos de la cabeza. Nani, por suerte, llevaba bastante tiempo

en los brazos de Morfeo, así ella no había tenido que aguantar el pésimo flirteo, que daba ganas de vomitar.

Jen se levantó y automáticamente cerré los ojos, no quería que pensara que había estado todo el rato espíandola, aunque fuera cierto. Entreabrí las pestañas para verla desaparecer por el pasillo y no pude contenerme. Como un cazador furtivo, fui tras mi presa.

Antes de que alcanzara la puerta del baño, la detuve agarrándola del hombro; ella dio un salto que casi llega al techo.

—¡Menudo susto! —exclamó con el rostro desencajado.

—¿Quién pensabas que era? —pregunté con inquina.

—Desde luego que cualquiera menos tú. —Su respuesta me encendió.

—Claro, seguro que esperabas que fuera el moreno al que llevas toda la noche acosando. ¿Eso es lo que vas buscando? ¿No tuviste suficiente con tirarte a tu marido en mi cama que ahora quieres tirarte a este en mi avión? — Vi cómo su mano se elevaba con la intención de golpearme, pero esta vez fui más rápido. Se la agarré, tiré de ella contra mi cuerpo y abrí la segunda puerta que había junto al baño y que nos llevaba directos a la *suite* privada del avión.

La empujé dentro, no tenía ganas de discutir y que me escuchara todo el pasaje. Estaba completamente insonorizada, así que por mucho que gritáramos nadie nos podría oír.

—¡Eres un cerdo malnacido! —explotó.

—Dime algo que no sepa. —Me gustaba sentir que la afectaba tanto como ella a mí, Jen resoplaba y estaba roja de la ira.

—Con quién mantenga relaciones sexuales o dónde las tenga no es asunto tuyo.

—¿Eso crees? Trabajas para mi padre y, que yo sepa, no te contrató de puta para el equipo. Y si fuera así, tu primer cliente debería ser su hijo. — Esta vez sí que no pude esquivarla, la bofetada estalló en todo mi rostro con la furia que la caracterizaba y yo la agarré para lanzarla contra la cama saltando sobre ella. El mono blanco de Jen llevaba una cremallera que lo abría en dos mitades para facilitar el ir al baño sin tener que quitarlo. Tiré de ella, sorprendiéndola, y no me detuve hasta alcanzar su sexo—. Si alguien va a tirarse a la zorra, ese voy a ser yo, gata, por algo sale el dinero de casa y así no infectas a los demás con tu maldad,

metiéndote entre una pareja que no te ha hecho nada.

Jen se revolvió inquieta intentando quitarme de encima, pero yo se lo impedí. Aunque no me gustara reconocerlo, ver su piel blanca con aquel conjunto de ropa interior de algodón me excitó más que si la hubiera visto envuelta en encaje.

Mi cuerpo rugía de necesidad, la deseaba como nunca. Su olor, el tacto sedoso de su piel, su sabor...

—¡Suéltame, malnacido! —chilló.

Ahora era muy superior físicamente, así que no tenía nada que hacer frente a mí y le agarré las manos, pasándolas sobre su cabeza. Aunque luchaba como una fiera y decía que no, sus pezones estaban erectos, pujando contra la fina tela que los cubría.

Sus pupilas se habían dilatado al igual que las aletas de la nariz en signo inequívoco de excitación.

—¿Qué ocurre, Jen? ¿Te jode ponerte cachonda conmigo? Porque sé que lo estás. —Inmovilicé sus piernas con las mías y, sin pedir permiso, retiré la braga e introduje la falange del dedo corazón sin ninguna dificultad. Como sospechaba, estaba empapada. No pude contener el gruñido ni ella el suspiro al sentirse penetrada.

—No me pones cachonda —replicó retorciéndose, provocando que mi entrepierna se tensara todavía más.

—Claro —susurré—, ya lo veo. Entonces debe ser que sufres de incontinencia urinaria, a tu edad es normal.

—¡Cabrón! —me insultó.

—No sabes tú cuánto. Eso sí que lo aprendí de ti, que no se puede ser bueno en esta vida y que si te apetece algo, puedes cogerlo sin pedir permiso. Puedes sentirte orgullosa —sentencié buscando su boca para castigarla con un beso.

Mi mano seguía torturando su entrepierna, que continuaba humedeciéndose a cada envite. Tanteé su lengua, voraz, tratando de saciar el hambre que despertaba en mí, queriendo demostrarle lo mucho que me necesitaba, aunque renegara de ello.

Jen gimió y yo engullí el sonido con avaricia. Logré que se abandonara por completo y que atacara mi lengua con la ferocidad que la caracterizaba. Pero ahora ya no era un crío, ahora sabía lo que me

gustaba y no pensaba amedrentarme. Me enlacé con ella en una lucha por la supremacía donde no le quedaría más remedio que claudicar.

Sus muslos se separaron en señal de rendición. Ya no estaba tensa, sino que elevaba las caderas en una clara invitación, pretendiendo hallar el alivio que mi mano le otorgaba. Su vagina constreñía mi dedo implorando más y yo se lo di, claro que se lo di. Introduje una segunda falange, que ella embuchó con hambre.

Seguía siendo tan fiera en la cama como recordaba, le solté las manos para sentir cómo las enroscaba en mi cuello, con la desesperación del hambriento que lleva meses sin probar alimento.

Aproveché el arrebató para descender besando su barbilla y acercándome peligrosamente a sus pechos llenos, y me demoré en el camino para venerar su piel. Jen me compensó llenando la habitación de suspiros, abriendo completamente las piernas para dejarme hacer.

Busqué con el pulgar el tenso nudo sin dejar de ahondar en busca de su placer. Ella movía la cabeza de lado a lado, la tenía en el punto deseado para seguir con mi tortura o abandonarla sin piedad. Pero mi necesidad era mayor que mi cordura. Tal vez si lo hubiera pensado me hubiera detenido en ese instante, dejándola ahí suspendida, loca de necesidad, pero todavía no me sentía preparado para desprenderme de ella.

Bajé el suave algodón que cubría una de sus suaves cimas y succioné con fuerza. Ella siseó en un gemido gutural mientras un cálido líquido inundaba mi boca.

Pero ¿qué narices pasaba? Volví a chupar notando como los pechos de Jen soltaban algo.

Me saqué el pezón de los labios observando el tenso pico cubierto por una gota blanquecina y escupí el contenido de mi boca sobre su torso, perdiéndome en el líquido que goteaba.

—¿Qué narices es esto? —pregunté. Ella continuaba moviéndose arriba y abajo, buscando mi mano, y le costó reaccionar. Miró su abdomen bañado en... ¿leche? y después a mí. Su expresión demudó pasando del ardor del infierno a la mismísima congelación—. Contesta, Jen.

—¿Y tú qué crees que es? —contraatacó—. Me pones de tan mala leche que incluso me sale por las tetas. A ver si así logro envenenarte y que me dejes en paz de una puta vez.

La solté como si quemara.

—Si hubiera querido un cortado, se lo habría pedido a la azafata. ¿Puede saberse por qué tienes leche en las tetas? —Para mí solo había una posibilidad para eso, un bebé, y si eso era así estaba claro que hacía poco que acababa de parir. ¿De quién era el crío? ¿Dónde estaba?

Salí de encima y ella se subió la cremallera de golpe; ya no había deseo en su rostro, sino sangre y venganza.

—No tengo que darte ninguna explicación de lo que concierne a mi vida.

—¿Has tenido un hijo? —solté a bocajarro. Ella resopló.

—Siempre has sido muy estrecho de miras, ¿verdad? Hay varios motivos por los cuales una mujer puede tener leche sin convertirse en vaca. Obviamente, el primero es el que has dicho, pero ya te dije en una ocasión que jamás sería madre. —Sentí alivio ante esa declaración. Pero si no había tenido un bebé, ¿por qué parecía una central lechera? Por suerte, su aclaración no terminó ahí—. He tenido un desajuste hormonal y...

—No me lo digas, has tenido un embarazo psicológico como las perras.

— Ella se envaró y me empujó cuando logró incorporarse.

—Aquí el único chucho pulgoso y sarnoso que hay eres tú.

—Pues bien que te morías por hincarle el diente a mi hueso hace unos instantes.

Se puso en pie para mirarme, desafiante.

—Me hubiera importado muy poco quién me follara. Ya sabes, las putas somos así. Cuando nos pica, nos rascamos sin importarnos con quién y X me había puesto muy cachonda, por eso estaba tan receptiva.

La aplasté contra la pared de la habitación.

—Sabes que eso no es verdad.

—¿Ah, no? —preguntó provocadora—. Lo único que quería era una vía para correrme, ya sabes lo zorra que soy. Seguramente, si no nos hubieras interrumpido secuestrándome, me lo hubiera tirado en el baño. Ese era el plan desde el principio, ¿sabes? —La cogí del rostro y apreté.

—Mientes.

—Nunca lo sabrás —contestó lamiéndome los labios, provocando que mi polla reaccionara al instante y empujara contra su vientre—. ¿Lo ves,

Jon? Soy tu maldición porque, por mucho que te joda, sigues teniendo las mismas ganas de joderme como yo a ti. —Se restregó contra mi polla—. Y eso me da el poder. Para tu desgracia, yo puedo sustituirte con quien me dé la gana porque carezco de sentimientos y de corazón. ¿Puedes hacer tú lo mismo?

Me aparté de ella como si quemara.

—Nunca más, ¿me oyes? No voy a tocarte jamás, me das asco. —Ella se lamió los labios.

—Ajá, creo que lo he notado cuando me gruñías como un pulgoso en la boca. Puedes tratar de engañarte, Jon, pero tú y yo sabemos que te la pondré dura siempre.

—¡Largo! —grité fuera de mis casillas. Si no salía en ese instante, sabía que le echaría las manos al cuello y si lo hacía, no podría parar hasta estallar entre sus piernas.

—Como quieras, voy a buscar otro perrito a quien devorarle el huesito — respondió con retintín. Cerré la puerta con violencia, poco me importaba si los despertaba a todos.

Me senté en la cama y puse la cara entre las manos, ¿cómo podía estar tan jodido? ¿Cómo podía necesitarla tanto con el daño que me había hecho y seguía haciéndome? Tal vez mi padre tuviera razón y los Yamamura solo entregábamos una vez nuestro corazón. Tenía que arrancar a Jen del mío, de mi mente, de mi piel y de esa desazón que hacía que me agitara por dentro y la anhelara a mi lado por muchas barbaridades que soltara.

No era buena para mí y debía comprenderlo de una vez por todas.

Capítulo 24



Miré el sol abrasador que se alzaba en el horizonte, acabábamos de llegar a

Dubái y el calor ya rebasaba todos los límites de lo que debería ser correcto. Estábamos en nuestro nuevo destino y ahora sí que no sabía cómo iba a hacer para alimentar a mi pequeña.

La organización nos había asignado a los cuatro unas jaimas en el desierto en vez del típico hotel dubaití. Supongo que a mis compañeros les pareció una gran aventura, o por lo menos a Michael, que parecía encantado, pero yo no sabía cómo lo iba a hacer.

Los corredores no podíamos mezclarnos, lo ocurrido en Canadá había sido una excepción debido al incidente con la policía.

Al llegar al aeropuerto, los coches de The Challenge vinieron a buscarnos a ambos equipos por separado.

No sabía cómo me las apañaría para eliminar la leche de mis pechos y que no se me hiciera una mastitis, una infección era lo que me faltaba. No estaba segura de si en pleno desierto tendría la suficiente intimidad para poder utilizar el sacaleches y vaciarme.

En un primer momento reconozco que me puse algo histérica, pero Michael me calmó alegando que Joana sabría qué hacer. Ella también era madre y si mi peque pasaba unos días tomando leche en polvo, no sería el fin del mundo. Lo importante es que estuviera bien y el desierto no era un lugar lógico para ella, estaría mucho mejor en la seguridad del hotel que Yamamura había destinado para acogerlas.

Jon no había vuelto a dirigirme la palabra, mucho mejor así, no sé en qué estaba pensando cuando dejé que casi me poseyera en el avión. Bueno, sí lo sé, en lo único que podía pensar: en estar con él, aunque solo fuera una vez más; pero estaba claro que no iba a poder ser así, había demasiado rencor entre nosotros.

Cuando se dio cuenta de lo de la leche, casi me muero, no había pensado en ello. Por suerte, pareció creer mi versión de la historia y tan siquiera hizo preguntas ante mi sugerencia del desajuste hormonal.

Sabía que, por mucho que me despreciara y que intentara alejarme, no le era indiferente y eso, de algún modo, me alegraba. No me gustaba sentir que él era mi debilidad, mi talón de Aquiles, pero por otro lado ver

que yo era el suyo me hacía sentir bien; era como si la balanza se equilibrara.

Nos llevaron en cuatro por cuatro hasta una zona de dunas. El lugar era increíble, un mar de arena cambiante bañado por el azul del cielo. Frente a ello, la insignificancia del ser humano y la inmensidad del mundo cobraban una nueva perspectiva.

Según nos dijo el guía, era muy fácil desorientarse. En primer lugar, porque el viento azotaba con fuerza provocando multitud de tormentas de arena que variaban el paisaje en un abrir y cerrar de ojos. En segundo lugar, por las altas temperaturas; si nos perdíamos en el desierto sin agua, era fácil que nos pudiéramos deshidratar. Por eso eligieron un lugar cercano a un oasis donde podríamos tener nuestros momentos de intimidad.

Todo se parecía y a la vez era distinto dependiendo de la intensidad con la que azotara el viento, así que mejor no moverse demasiado y, aunque fuera aburrido, permanecer en el campamento.

La parte positiva era que gozábamos de todo tipo de comodidades, pese a estar en una tienda. Teníamos incluso un baño portátil para hacer nuestras necesidades, ya me veía cavando un hoyo para abonar el desierto.

Aunque la parte negativa era que no había televisión ni cobertura, así que o me dedicaba a meditar, o a contar granitos de arena. Si lo hubiera sabido, por lo menos me habría traído un libro. Aunque no solía leer demasiado por falta de tiempo, mejor eso a estar contemplando el techo de la tienda, a ver cómo mataba el tiempo con un Jon cabreado, un hermano que solo parecía tener ojos para Nani y la vomitadora de corazones como compañera de celda.

Nani lanzó un grueso tomo sobre mi improvisada cama, que era un colchón hinchable. La miré sorprendida.

—¿Acaso tienes la habilidad de leer la mente? —pregunté sin creer que un libro acabara de aterrizar sobre mis piernas.

—Supongo que después de compartir habitación contigo las últimas noches algo eres capaz de transmitirme, a parte de la mala leche. Con mi mellizo Damián me pasa constantemente.

—¿Y no te sabrás el número de la lotería? —Ella sonrió, me asombraba

su capacidad de intentar no caerme como el culo, y eso que no se lo ponía fácil.

—Si lo supiera, creo que no te lo diría, ya estoy cansada de que me ganes en todo. —Apreté la sonrisa que estuvo a punto de asomar en mis labios—. Espera —dijo sorprendida—. ¡¿Eso ha sido una sonrisa?! — irrumpió en una mezcla de sorpresa y exclamación. No pude sostenerla y terminó por aflorar —. ¡Oh, Dios de mi vida! ¿Estás enferma? Será mejor que busque el móvil para immortalizar el momento, creo que es como esos eclipses que solo se ven una vez en la vida.

—No te pases, majestad. Reconozco que tienes tu punto, algo tiene que verte mi hermano para querer casarse contigo. —Ella puso cara de espanto y se agarró el cuello.

—No te creerías esa pantomima, ¿verdad? —Tensé un poco más el hilo solo por provocarla.

—Y yo que ya te veía de cuñada y estaba a nada de darte la bienvenida a la familia. Con lo bien que lo hubiéramos pasado en Acción de Gracias. Ya lo tenía todo planeado, iba a parecer un accidente: yo estaba trinchando el pavo y, sin saber cómo, el cuchillo terminó clavándose en tu pecho. Un lamentable accidente doméstico. —Nani resopló y yo me llevé la mano al pecho—. Menudo disgusto acabas de darme —dramaticé. Ella agitó la cabeza mirándome como si no tuviera remedio.

—Y ahora bromeas y me tomas el pelo. Creo que deberías mudarte al desierto, está claro que el sol evapora tu mal humor. —No estaba mal, debía reconocerlo, podía entender por qué Queen parecía gustar a todo el mundo. Era fresca, ágil, divertida y mordaz. Además, se veía a la legua que no tenía mal corazón, simplemente estaba tan jodida como yo; pude percatarme de cómo miraba a X en el avión. No iba a negar que era muy guapo, pero lamentablemente yo solo tenía ojos para un capullo que me ponía de muy mala leche.

—¿Es bueno? —le pregunté señalando el libro. Un poco de tregua no nos sentaría mal, no sabía cuánto tiempo debería permanecer allí con ella.

—A mí me gustó. Dicen que cada libro es para un momento concreto y creo este te vendrá genial para soltar algunas carcajadas. —Leí el título: *Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr*. Era un libro blanco y en la

portada salían una fregona, unas piernas de mujer con tacones y unas bragas atascadas en sus tobillos.

—Parece que lo que ella suelta no son carcajadas —apostillé, señalando la ropa interior.

—Sí, bueno, la protagonista suele perderlas en todas partes. Quién sabe, igual te atrapa.

—Gracias —le agradecí. Ella me regaló una sonrisa y regresó a su lectura.

Decidí que iba a darle una oportunidad al libro, no conocía a la autora y algo tenía que hacer para matar el tiempo.

Verdaderamente fue una gran decisión, menos mal que cuando leí la escena del jacuzzi Nani no estaba en la tienda. Tuve un soberano ataque de risa en toda regla, aunque también un calentón de dos pares de narices. Ese libro desbordaba erotismo y humor a raudales y si le sumaba el episodio con Jon en el avión, el resultado era que la entrepierna me ardía y me aleteaba el corazón. Genial, a ver cómo me aliviaba ahora.

Tras la cena, regresé a la tienda para seguir con la lectura, pero tras una tórrida escena de los protagonistas decidí que necesitaba apagar el fuego donde fuera. No era plan de masturbarme mientras Nani dormitaba en el colchón de al lado.

Iría al oasis que nos había indicado el guía, estaba apenas a unos doscientos metros en línea recta. Estaba convencida de que el agua fría apagaría mi ardor.

Estaba muy oscuro, solo contaba con la luz de la luna llena y las estrellas, que dotaban al paraje de una belleza que quitaba el aliento. Solo esperaba que no me sorprendiera algún animal nocturno, el guía nos había dicho que no había problemas de cocodrilos, así que como mucho me podía topar con una serpiente o algún insecto. No parecía que hubiera nadie, todo estaba en perfecto silencio. Podía vislumbrar las luces que emitían las antorchas y la hoguera del campamento. Me sentí segura, así que me desprendí de la ropa dejando que el agua templada y la luz de la luna bañaran mi cuerpo.

Emití un suspiro de placer cuando me llegó a los muslos, era una lámina de agua poco profunda, rodeada de palmeras y alguna vegetación. Las dunas lo dotaban de cierta intimidad pues el oasis se encontraba a los

pies de dos inmensas que lo rodeaban.

—Hace buena noche para darse un baño —murmuró una voz demasiado familiar—. Giré la cabeza en redondo. Allí tumbado, justo al lado de una palmera con un bóxer ajustado como bañador y la piel húmeda, estaba Jon.

—¡Podías haber avisado! —me quejé cubriéndome los pechos.

—No tienes nada que no haya visto antes, además, me gustaba el espectáculo —comentó entrecerrando los ojos. Lo miré enfurruñada sin destaparme.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? —pregunté molesta. No me apetecía estar con él, por lo menos en el plan que estábamos. Tenía una expresión socarrona en el rostro que me hacía pensar que no tenía intención alguna de moverse. De golpe, su cuerpo recostado se incorporó como un resorte. Vi cómo sus ojos se abrían como si vislumbrara algo horrible y gritó —: ¡Cuidado!, ¡una abeja! —El grito que di fue épico. Si tenía pavor a algo, era a esos minúsculos insectos y Jon lo sabía.

Era alérgica, así que una sola picadura servía para mandarme directa al hospital. Salí del agua como una energúmena corriendo directa hacia él, que me recepcionó cuando me lancé en plancha sobre su cuerpo y no dudó en acogerme para cubrirme, protector, colocándome bajo él.

—¿Dónde está la abeja? ¿Se ha ido? —pregunté temerosa arrebujándome en su pecho. A lo que él respondió en mi oído.

—¿Acaso no notas el aguijón? La tienes justo debajo. —Su erección se clavaba en mi monte de venus. Abrí los ojos como nunca. No era posible, ¿me había tomado el pelo?

—¡¿Me has engañado?! —Jon se echó a reír. Parecía estar de buen humor esta noche.

—Vamos, gata, ¿de verdad creías que había abejas en este lugar y de noche? —preguntó altanero—. Di la verdad, sabías perfectamente que te estaba engañando y lo único que querías era abrazarte a mí desnuda para meterme mano y que te clavara mi aguijón —murmuró provocador. Mi vagina se contrajo involuntariamente al entender que solo nos separaba la fina capa del *slip*. «Mente fría, Jen», me dije mentalmente, aunque por dentro me notaba ardiendo. Lo sentía en todas partes, joder, y lo que acababa de leer no ayudaba.

—¡Ni muerta te metería mano! Además, estoy segura de que alguna abeja incapaz de conciliar el sueño habrá entre toda esta vegetación, solo espero que sea lista y te pique en todo el sarcófago. Igual estás de suerte y te la embalsaman apodándote Tutanpollón. —Jon no podía parar de reír y yo, por algún extraño motivo, me estaba contagiando de su alegría.

—Interesante teoría, aunque prefiero seguir siendo Inferno si ser faraón me va a suponer tener la polla embalsamada. Por cierto, ¿sabías que a los egipcios les encantaban los gatos?

—Algo he oído —susurré demasiado cerca de sus labios, sintiendo cómo me envolvía su glorioso cuerpo. Sentirse así debería estar prohibido, seguro que comprometía la salud mental.

—Dicen que para ellos los gatos eran semidioses que no podían ser propiedad de ningún humano; solamente el faraón tenía el honor de tener posesión y domesticar a la criatura sagrada. —Tragué con dificultad ante su cercanía y el deseo que veía prenderse en su mirada. Me arriesgué, aun a expensas de quemarme.

—¿Y tú eres ese faraón?

—¿Y tú qué crees, gata? Acabas de embalsamar mi polla y nombrarme Tutanpollón. —Emití una risita, él me acarició el rostro sutilmente, apartando un mechón de pelo mojado de mi cara. Su rostro adquirió un nuevo cariz de solemnidad—. Los felinos siempre estaban bajo la protección del faraón y de la ley, nadie podía vender, lastimar o matar a un gato o sería castigado con la muerte —recitó ceremonial.

—¿Y si era el faraón quien lastimaba a la gata? —pregunté temiendo la respuesta.

—Eso jamás podría suceder, porque él solo tiene ojos para venerarla.

Fue entonces cuando sus labios temblaron sobre los míos y supe que no había nada más que decir o hacer excepto vivir el momento.

Busqué en su boca todos los besos que quise darle y la distancia me lo impidió, aquellos que imploraban su perdón al haber sentido el peso de la traición, aquellos que jamás debí dejar de darle, pues mi alma nunca había dejado de amarlo.

Sentí las lágrimas de la culpa atenazándose, traicioneras, mientras mi cuerpo se abría a él. Tal vez yo era la tormenta, pero me convertía en una simple borrasca cuando el infierno se cernía sobre mí.

Jon me buscaba, hambriento, como si en cada pasada de su lengua pudiera insuflarme la vida que me había arrebatado aquel día, y yo lo necesitaba tanto que dolía. A cada muestra de su deseo sentía mi corazón luchar por recomponerse, intentando juntar todas aquellas piezas olvidadas en algún lugar del infinito. Quemaba y me llenaba de un modo abrumador. Cada milímetro de mi piel lo reconocía y se erizaba arrebolada de la necesidad de sentirlo de nuevo.

Él parecía dispuesto a adorarme como si en aquel pequeño oasis el reloj se hubiera detenido, como si todo lo que había transcurrido tiempo atrás no pudiera afectarnos en modo alguno.

Cuando esta vez tomó mis pechos en sus labios, no se mostró sorprendido de paladear el néctar de la vida. Muy al contrario, parecía disfrutarlo y me arrancó miles de suspiros que se fundían con las estrellas que nos hacían de manto.

La boca siguió descendiendo, recorriendo sin prisa cada punto de mi anatomía, cada pliegue escondido, para rendirle pleitesía.

Era mi faraón, el que besaba mi cuerpo desnudo, el que me hacía pensar que, pese al daño que nos habíamos hecho, tal vez tuviéramos una oportunidad.

Con otros había follado, había compartido instantes de placer, pero lo que Jon me hacía con un simple descenso de sus labios, una caricia de sus manos o una mirada cargada de intención iba mucho más allá de un orgasmo arrebatado.

Con él las medias tintas no valían, era todo o nada, pues se entregaba del mismo modo, haciéndome sentir la mujer más valiosa del universo.

Posó su boca en mi sexo apartando los labios para trazar un sinuoso sendero de arriba abajo, deteniéndose, recorriendo palmo a palmo la anatomía de mi placer. Los sorbió, tiró de ellos como a mí me gustaba, entreteniéndose en cada exhalación de deleite que yo emitía. No había prisa y, aunque me moría de ganas, dejé que disfrutara de mi piel como él deseaba.

Paladeó mi humedad, inflamó mi sexo y lo penetró con su ávida lengua, masajeando el clítoris con el pulgar, y se detuvo mil veces antes de dejarme estallar, convirtiéndome en una supernova del placer.

No contento con eso, siguió alentando el tenso botón, empujándolo a

seguir detonando en pequeños destellos de placer para colocarse sobre mí, encadenando un orgasmo con otro. Me sentí desfallecer cuando empujó con todas sus fuerzas, abriendo paso a su hombría para que me colmara. ¿Cuándo se había quitado los bóxer? ¿Acaso importaba? Me moría por sentirlo así, sin barreras entre nosotros.

Ambos gruñimos, nos dejamos llevar. Adoramos el cuerpo del otro sin reservas, sin palabras, dejando que nuestras pieles y los sonidos ancestrales del anhelo más profundo hablaran por nosotros.

Lo sentí romperse junto a mí, invadiéndome por completo, alcanzando el clímax del placer que lo barrió absolutamente todo y llenó mi soledad de una luz que solo él era capaz de prender. Ya no quedaba nada, solo nuestra mirada perdida en los ojos del otro.

¿Segundos? ¿Minutos? El tiempo había dejado de existir, no quedaba más que aquella sensación de volver a sentirme completa, de volver a poseer un alma y un corazón. Nadie iba a arrebatarnos aquel momento donde la gloria no se medía por llegar el primero, sino por estar junto a quien lo era todo.

Cuando salió de mi interior, esperé que se tumbara a mi lado como solía hacerlo, que me tomara en sus brazos y me dijera que todo estaba olvidado, que por fin se había dado cuenta de que no podía vivir sin mí y había decidido aparcar lo ocurrido. Pero eso jamás pasó.

Jon no me acurrucó, se limitó a levantarse sin mirarme, como si le avergonzara lo que acababa de hacer, lo que terminábamos de compartir.

Dolió, dolió tanto ver la fugaz incertidumbre en sus ojos que no lo detuve cuando se apresuró hacia el agua y se lanzó de cabeza, y aproveché para salir huyendo como una cobarde, sin importarme si iba vestida o no. No podía soportar la pelea que íbamos a librar después de ese momento compartido y sabía que la tendríamos. Jon no quería recuperarme, había sido un espejismo, un juego de palabras que yo había malinterpretado. Él no quería protegerme ni me había perdonado.

Estaba claro que se había tratado de un error, lo había visto en su manera de mirarme, en la de correr alejándose de mí para eliminar cualquier resto de lo sucedido.

Sentí las lágrimas amargas que había estado conteniendo precipitarse sin control por la basta arena, tan árida y seca como estaba mi corazón.

Ya no había vuelta atrás, debía olvidarlo porque él no me quería en su vida. Jamás me perdonaría lo que creía que había hecho ni yo podría olvidar su falta de confianza.

Era el gran día, por fin íbamos a disputar una de las carreras más esperadas y con máxima expectación.

Tras cuatro días alejados del resto del mundo y sin que Jon me dirigiera la palabra o me buscara después de nuestra noche en el oasis, había llegado el momento de hacer lo que mejor se me daba aparte de falsificar y robar.

Desmontamos el campamento y nos dirigimos a la ciudad. Una vez allí, nos dieron un apartamento de cuatro habitaciones independientes en el Jumeirah Zabeel Saraylun, un hotel excepcional ubicado en una de las islas artificiales en forma de palmera, que tanto había dado que hablar por cómo afectaba eso al fondo marino. En concreto, estábamos en la Palm Jumeirah, en West Crescent, gozando del lujo en su máximo esplendor con una habitación que daba al mar.

Era una locura, lástima que tuviéramos tan pocas horas para disfrutarla; la carrera tendría lugar esa misma noche, así que no tendría tiempo de darme un baño en la piscina privada que había dentro de la habitación.

Todos teníamos prioridades. La mía, principalmente, era ver a mi hija, saber cómo había pasado esos cuatro días sin mí y si se había adaptado bien a tomar leche en polvo. Así que, después de cenar, usé el móvil para que Joana me diera la ubicación y me escapé con Michael cubriéndome las espaldas alegando que necesitábamos reunirnos para preparar la carrera, cuando en realidad habíamos quedado en que nos veríamos directamente en la pista.

La carrera de Dubái no era como el resto, de ilegal tenía más bien poco, solo el nombre.

Iban a cortar la carretera principal para que corriéramos para el mismísimo *sheikh*^[11] Mohamed bin Rashid Al Maktum, un honor para todos nosotros, aunque a mí me importaba poco quién nos estuviera viendo, pero entiendo que a la organización no.

Fui todo lo deprisa que pude. Para mi gozo, Koe estaba perfectamente bien, se había adaptado sin problemas a ese sucedáneo de leche

materna. Joana decía que era porque la leche en polvo era mucho más dulce y eso les gustaba a los niños. Me apenó cuando vi que le costaba agarrarse a mi pecho y que pedía el biberón, aunque finalmente claudicó.

Mi asistenta la convenció diciéndole que el bibe ya se lo daría más tarde, así que pude seguir disfrutando de aquella intimidad con mi pequeña.

Me despedí de ellos con una sonrisa y un montón de besos; por lo menos, tenía el amor de ese par de granujas y de Joana.

Tocaba correr e iba a hacerlo para demostrarle a Jon que, aunque ya no tuviera corazón, seguía quedándome gasolina en las venas.

Antes de llegar al punto de encuentro, me sobresalté al recibir una llamada del mismísimo Petrov. Me puse a un lado sin que me vieran el resto de los pilotos, el uso de dispositivos de telefonía móvil estaba prohibido durante la carrera.

—Petrov —lo saludé nerviosa.

—Hola, *krasivyy*. ¿Cómo estás?

—Bien, me pillas un poco ocupada, ¿puedo llamarte yo más tarde? —Él soltó una carcajada ronca.

—Imagino que lo estás —prosiguió sin responderme—. ¿Preparada para arrasar en la carrera? —Mi corazón se detuvo en seco. Yo no había hablado con él de que estuviera corriendo, ignoraba cómo sabía qué estaba haciendo.

—¿Disculpa? —pregunté inocente. Volví a escuchar su risa, que me erizó por entero.

—No disimules conmigo, *krasivyy*, sé exactamente dónde estás, qué haces y para quién corres. El mundo de los poderosos es muy pequeño. Mis hombres también corren en la carrera, son los mismos que sacaste de la carretera en Canadá.

—Yo no... —Su risa volvió a interrumpirme.

—Tranquila, Storm, acepto las reglas del juego. Unas veces se gana y otras se pierde, aunque si hubiera sabido el día que nos vimos que eras tan buena, yo mismo te habría contratado para mi equipo.

—En otra ocasión, tal vez —sugerí para limar asperezas.

—Seguramente, ya sabes que siempre me quedo con lo mejor. Aunque ahora no llamo para entretenerte, solo para recordarte nuestro trato. —

Había firmado con él la exclusiva de mis servicios, un contrato millonario con el que iba a ganar mucho, pero que mucho dinero.

—Recuerdo nuestro trato —anoté.

—Genial, porque quiero que me traigas un recuerdo de los Emiratos Árabes a tu regreso. —Abrí los ojos con sorpresa.

—No sé si tendré tiempo —lo interrumpí—, la organización...

—Lo tendrás —sentenció—. Cuando terminéis de correr, el *sheikh* dará una cena en su palacio para los ganadores y quiero algo que custodia en su interior.

—¡Pero no me he preparado! No sé nada del entorno —me quejé—. El *sheikh* seguro que tiene una seguridad de hierro y a ciegas no puedo hacer nada.

—*Krasivyy, krasivyy, krasivyy, krasivyy*, relaja tu temperamento. Los ganadores de la carrera serán invitados a palacio, como te he dicho, y se les otorgará un premio especial que les será entregado en uno de los salones principales, donde reside una obra muy especial.

—¿Cómo sabes todo eso? —Él chasqueó la lengua.

—Lo sé. Tu misión será apoderarte de la obra.

—Pero no he podido falsificarla ni podré llevármela con los sistemas de seguridad que deben tener, el palacio estará preparado para cualquier eventualidad.

—Escúchame, *krasivyy*, no te alteres. El cuadro en cuestión es el Rembrandt van Rijn. —Por un momento me quedé en pausa, esa obra no estaba allí, era imposible.

—Perdona por la interrupción, pero el autorretrato del que me hablas está en el Museo Nacional de Estocolmo. Que yo sepa, fue sustraído en el 2000 en un robo a mano armada y recuperado en el año 2005.

—Veo que estás al día. —Su voz retumbó orgullosa.

—Procuro estarlo, soy una profesional.

—Lo sé, por eso me gustas tanto. Ahora, escúchame. Lo de la recuperación no fue más que un lavado de cara, a nadie le interesaba quedar como que habían sido incapaces de dar con los ladrones, así que tendieron una cortina de humo.

—¿Me estás diciendo que el museo tiene réplicas en vez de los originales? —Él rio.

—No debes pensar que eres la única buena en ese menester. El museo prefirió eso antes que la vergüenza de no haber sido capaz de recuperar las obras. El director contrató al mejor falsificador para que las copiara, atribuyéndose una recuperación que nunca se dio. —Contuve la respiración.

—¿Me está diciendo que el *sheikh* tiene ese pequeño y carísimo Rembrandt en uno de sus salones?

—Chica lista, he querido decir exactamente eso. Como ya sabes, su tamaño es el de una fotografía de quince por doce y medio, así que no te costará ocultarlo. Y no quiero sustitución porque se trata de un mensaje para él.

—¿Quiere que el *sheikh* sepa que le está robando?

—Exactamente, *krasivyy*, y ahora atiende porque voy a contarte todo lo que necesitas saber.

La cabeza me iba a estallar, no sabía cómo iba a sacar esa pieza que Petrov quería sin levantar sospechas, pero estaba claro que debía hacerlo. Había firmado un contrato con él con muchos ceros detrás por un año de trabajo. No podía negarme, por difícil que fuera el encargo, o Petrov se quedaría con todo mi dinero.

Podía parecer un trato extremo, pero es que a parte del sueldo anual, el ruso se comprometía a pagar el doble o el triple del valor de la pieza que le facilitara, y no su precio habitual, sino el del mercado negro, que era mucho más elevado. Así se aseguraba mi fidelidad.

Iba muy justa de tiempo, no esperaba mantener esa conversación, así que puse pies en polvorosa para llegar al punto de encuentro un minuto antes de arrancar motores. Apenas le presté atención a mi hermano, que ya estaba allí con el casco puesto. Solo tenía un objetivo en mente: ganar la carrera, ir a la cena y salir ilesa de aquel maldito país donde si consideraban que habías dañado las relaciones diplomáticas, te condenaban a cadena perpetua. No quería ni imaginar la pena por robarle al *sheikh* en sus narices.

Como decía mi hermano, ahora ya no solo importaba yo, sino la seguridad de Koemi. Un paso en falso podría suponer apartar de mí el único motivo que tenía para vivir.

Capítulo 25

Me metí en el coche a sabiendas de que no iba a tratarse de una carrera normal. La concentración debía ser máxima, no podía haber un maldito error, era el todo por el todo. Sí o sí debía colarme en el palacio, y solo podía hacerlo de un modo.

Apenas le hice caso a mi hermano, cada vez que corríamos me daba palabras de aliento, era como un pequeño ritual que hoy había pasado por alto. Estaba tan concentrada en el objetivo que todo lo demás pasó a un segundo plano.

Cinco kilómetros eran los que nos separaban de la línea de llegada, un recorrido corto y recto donde demostrar quién era el mejor. Contaba con cierta ventaja por haber sido la vencedora de las anteriores carreras. Mi posición de salida era la primera, así que lo tenía más fácil. Nada iba a detenerme en mi camino hacia el triunfo, pensaba cruzar sin que nada ni nadie se interpusiera en mi camino y si debía jugar sucio, lo haría.

En cuanto la bengala de fuegos artificiales estalló en el firmamento, aceleré sin mirar atrás; el Venom parecía que volara, sabiéndose vencedor, sobre el asfalto.

Rugía como nunca y yo pilotaba como si me fuera la vida en ello.

Michael

no decía nada, mucho mejor así, porque no me hubiera detenido dijera lo que dijese.

Me importaban bien poco Queen, Inferno o el resto de los participantes, solo yo iba a alzarme con esa victoria de nuevo.

Llevaba una clara ventaja sobre el resto cuando vi por el retrovisor al otro coche de Yamamura pisándome los talones. Nani tenía coraje, no lo

iba a negar, pero poca experiencia en carreras como esa. Hacía falta algo más que valentía y temeridad para ganar The Challenge.

Tenía la meta justo delante de mis narices, ya saboreaba las mieles del éxito. Unos metros y el título sería mío. Volví a pisar a fondo cuando todo estalló en un infierno de humo y fuego.

—¡No, no, no! —grité viendo mi coche envuelto en llamas. Sacudí a Michael, que intentaba librarse del cinturón de seguridad sin éxito. El sistema de seguridad automático del Venom había fallado, convirtiéndolo en una trampa mortal para nosotros. En pocos instantes saltaríamos por los aires sin que nada se pudiera hacer al respecto.

Ganar la carrera había quedado en un segundo plano cuando sabía que mi vida había llegado a su fin.

Me quedé muy quieta viendo la vida pasar como si se tratara de una película, a la par que Michael seguía batallando por librarnos de una muerte segura.

Contemplé mi amarga niñez, los gritos y las palizas que oscurecían mis días hasta la extenuación, hasta que aparecía Michael y lo teñía todo de color. Él siempre había cargado con la peor parte, pero nunca se le notó. Era el más fuerte con diferencia, soportó lo inaguantable por mí, para que mis castigos fueran más llevaderos y leves. Después, los Hendricks, con quienes aprendí otro modo de subsistir y a quienes les debía, de algún modo, mi profesión y el amor por el arte. A continuación, apareció Matt, mi exmarido; mi primera vez, con el que descubrí que del amor al odio solo hay un paso. Unos ojos negros se abrieron paso en mi mente abarcándolo todo. Jon, él había sido el único hombre a quien le había pertenecido mi corazón, quien me hizo descubrir el amor desinteresado y a quien pensaba seguir queriendo incluso en el más allá, por muy mal que nos hubieran ido las cosas. Y, por último, mi pensamiento voló a quien me había hecho renacer como madre y mujer: Koe, mi hija querida. Sabía que no la vería crecer, que me perdería todas sus sonrisas, y eso me partía el alma.

Miré por última vez a mi hermano. No me marchaba en paz, me habían quedado muchas cosas por hacer y por vivir, aunque mi único consuelo era que no me iría sola, pues Michael, mi ángel guardián, me acompañaría en nuestro último viaje.

Oí un estruendo, unos fuertes brazos tiraron de mí por la ventana, pero estaba atascada con el cinturón de seguridad. El anclaje no se soltaba.

Michael sujetaba algo brillante entre los dedos. ¿De dónde había sacado esa navaja? Se debatía cortando la tensa tira que me tenía sujeta al coche, siempre pensando en mí antes que en él.

En el momento en el que cedió, salí despedida por la ventana en brazos de Jon, quien me arrastró unos metros hasta una zona segura.

—¡Debo ir a por Michael! ¡Está atrapado! —grité debatiéndome entre sus brazos.

—No te muevas, voy a por él, yo lo salvaré —me dijo calmándome, pero antes de que pudiera darse la vuelta, el coche estalló en mil pedazos.

—¡Noooooooooooooooooooo! —chillé llena de agonía. Era como si me acabaran de aniquilar por dentro. El único hombre que merecía la pena, la única persona que me había querido sin condiciones, sin restricciones, sin importarle lo que era. Quien había recibido lo indecible por mí, quien me había apoyado empujándome a levantar la cabeza cuando ni siquiera sentía que pudiera sostenerla. Mi hermano, mi amigo, mi corazón, acababa de fragmentarse devorado por una gran bola de fuego, después de volver a anteponer mi vida a la suya, solo que esta vez no se trataba de un simple castigo. Michael se había sacrificado por mí, había muerto para devolverme la vida que yo era incapaz de vivir. ¿Cómo iba a respirar si él era mi oxígeno? ¿Cómo iba a sobrellevar el saber que nunca más vería su sonrisa, que mis días grises no volverían a teñirse de azul?

Dolía tanto, pero tanto, que era incapaz de sentir algo más que el enorme agujero negro que me devoraba por dentro.

Los brazos de Jon se cerraron como una jaula. Solo deseaba morir, que quien fuera que manejara los hilos me llevara con él. No era posible que alguien tan cargado de bondad desapareciera así y que yo, un ser miserable, egoísta, mundano y que solo pensaba en mí misma, viviera para hacer infelices a los demás con mis actos.

Pataleé, grité y aporreé el pecho que me sostenía, aquel que se negaba a soltarme por muy desatada que me mostraba. No era capaz de calmarme, de dejarme consolar. Poco importaba que fuera Jon el encargado de sorber mi dolor, el mismo que no había querido saber nada de mí tras entregarme de nuevo, el que me había sacado del coche

haciendo prevalecer mi vida ante la de mi hermano.

—¿Por qué? —lo acusé, presa de la ira, golpeándolo sin tregua—. ¿Por qué me sacaste a mí? Maldito seas, fue para castigarme, ¿no es cierto? Era mejor sacarme de ahí y que viviera con la carga de haberme salvado, mientras veía morir a mi hermano. ¡Te odio, Jon! Ahora ya puedes vivir tranquilo, ya te has vengado de mí, ya me has jodido tanto que ni siquiera tengo ganas de vivir. ¡Suéltame, maldito seas! ¡Suéltame! —Lo único que logré fue que me agarrara con más fuerza. En ningún momento contestó a mis acusaciones, sino que soportó mi ataque hasta que la devastación y el desconsuelo no dejaron nada en mi yerma alma.

Las sirenas, los bomberos y los coches patrulla se arremolinaron alrededor del Venom para intentar sofocar el fuego.

Cuando las fuerzas me abandonaron, cuando ya no pude golpearlo más, me dejé caer en aquellos brazos que intentaban infundirme la fuerza que no tenía. El mundo había desaparecido, ya nada importaba, ni tan siquiera el consuelo que Jon trataba de darme y que yo era incapaz de percibir.

Sus brazos me alzaron para que no tuviera que andar, no habría podido hacerlo por mi propio pie. No me quedaban fuerzas, se habían ido todas con mi hermano, junto a las lágrimas que habían ahogado mis gritos de condena.

Un coche oficial vino a por nosotros, el mismísimo *sheikh* dio orden de que nos subiéramos y fuéramos directamente a su palacio a descansar.

No fui consciente de lo que ocurrió, solo podía visualizar la secuencia una y otra vez: mis ganas de ganar, el silencio de Michael, el coche en llamas, su navaja cortando mi cinturón, mi cuerpo saliendo por la ventana y la explosión que lo había arrancado de mi lado. Todo se repetía una y otra vez como un disco rayado que no dejaba de sonar, como ese maldito éxito del verano que todo el mundo se empeñaba en meterte con calzador y que las emisoras emitían a todas horas hasta que tú terminabas cantándolo, aunque lo aborrecieras. Como esa primera película de terror que veías en la niñez y se te grababa en las retinas para siempre.

Escuché la palabra «marido» sin entender muy bien de dónde había salido, después me encontré en medio de una gran *suite* que parecía

sacada del cuento de *Las mil y una noches*. Por muy hermosa que fuera cargada de oro y tapices de colores, yo era incapaz de ver otro color que no fuera el negro.

El luto había apagado los colores de mi mundo, ya no brillaban del mismo modo. Nada iba a ser igual a partir de esta noche.

Jon me quitó el casco y desnudó mi cuerpo laxo. No me opuse, mi fuerza de voluntad había desaparecido, ¿qué más daba lo que fuera a ocurrir a partir de ahora? Él también se quitó la ropa y nos llevó frente a una bañera humeante en la que nos introdujo acomodándome de espaldas a él, entre sus fuertes piernas.

No hablaba, o si lo hacía yo no lo percibía. Lo que sí notaba eran sus hábiles dedos enjabonando mi pelo con lentas pasadas destinadas a diluir las feas imágenes que se proyectaban en mi cerebro.

Cuando se dio por satisfecho, siguió con mi cuerpo con mucha calma y sosiego, y masajé cada extremidad tratando de disolver los nudos que colapsaban todos mis músculos. Hasta ese instante no me había dado cuenta de lo agarrotada que estaba y no fue hasta que no pasó los pulgares por mis mejillas que no me di cuenta de que mis ojos no habían dejado de llorar. Hizo que apoyara el cuello en su brazo para dejar caer hacia atrás la cabeza, me dio un casto beso en los labios y musitó: «No sabes cuánto lo siento».

Eso fue lo único que fui capaz de oír. Tras su suave murmullo cargado de pena, nos sacó a ambos de la bañera deshaciendo el camino que nos había llevado hasta allí.

Me secó con suavidad y cuando me tuvo lista, abrió la cama para que me tumbara dentro y me arropó con las suaves sábanas de hilo egipcio. Cuando estuvo seco, se puso tras de mí refugiándome en su abrazo, al que no pude decir que no.

Alguien golpeó la puerta. Jon besó mi pelo con dulzura, con la misma que yo besaba a mi hija cuando se daba un golpe y lloraba desconsolada.

—No te muevas, ahora vuelvo —musitó poniéndose en pie y colocándose el albornoz. Regresó con una bandeja cargada de frutas y viandas, una infusión humeante y un platito de dulces típicos del país. La dejó en una mesita camarera que acercó al lugar donde yo yacía incapaz de moverme—. Sé que ahora mismo no puedes con tu alma, pero has de

comer algo, Jen. Al menos bebe la infusión, te hará bien. —Me costaba incluso respirar, como para pensar en ponerme a comer. No me cabía nada, no quería nada, solo que Michael regresara y sabía que era imposible. Michael ya no volvería a sonreír, a bromear conmigo, a aceptar mis burlas por su aburrida existencia, a reprocharme la peligrosidad de la mía. Ya no podría hacer de casamentera con Joana intentando darles una oportunidad a ambos, porque estaba segura de que se merecían el uno al otro. Ya no vería a mi hija crecer, no amenazaría con una escopeta a su primer novio ni me volvería a reñir a mí cuando metiera la pata hasta el fondo.

Nada de eso iba a suceder porque nunca más lo tendría conmigo.

—No quiero nada —logré decir frente a su insistencia—. Déjame, Jon.

—No puedo —dijo colocándose tras de mí para aferrarme a su cuerpo—. Te juro que lo he intentado, pero no puedo.

Aspiré el aroma de su pelo, todavía húmedo por el baño que le había dado.

Me dolía tanto verla así, sentirla así, que no me sentí capaz de despegarme de su cuerpo hasta que percibí que su respiración se aflojaba y dejaba de llorar arrastrada por el sueño.

Había sido demasiado horrible, todo había cambiado en una fracción de segundo convirtiendo un triunfo en la peor de las derrotas.

La alegría de cruzar los primeros la línea de llegada quedó empañada al entender a qué se debía, íbamos tan rápido que ni lo habíamos visto. Cuando vi por el espejo retrovisor el coche en llamas, lo hice buscando una explicación a cómo podíamos haberlos adelantado. Y allí estaba frente a mis ojos, la peor pesadilla de la que uno quiere despertar.

No lo pensé, al igual que Xánder o Kayene, que también salieron al rescate.

Los tres salimos disparados para intentar socorrerlos. No hubo dudas, sabía en qué lado estaba Jen y fui directamente a por ella. Les grité intentando comprender por qué no se abrían las puertas. Si bien era cierto que el Venom tenía un sistema de bloqueo de seguridad, se desactivaba en cuanto algo iba mal. ¿Por qué no podía abrir, entonces?

Miré en el interior y la vi allí quieta, como si aguardara a la muerte sin intentar luchar contra ella. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Dónde estaba el coraje de mi gata salvaje?

No podía permitirlo, no se podía ir, no podía dejarme con esa angustia que amenazaba con asfixiarme. Si ella no luchaba, lo haría yo por ella.

Desde la noche del oasis, desde el instante en el que se volvió a entregarme a mí, supe que había sido incapaz de quitármela de la cabeza. La deseé con el anhelo del hambriento, con la congoja del sediento y la esperanza de quien lo ha perdido todo.

Por un momento me obligué a aparcarme mi rencor, a repudiarlo expatriándolo de mi cuerpo. Y me dejé llevar por el eclipse de mis sentimientos, que me sacudían al sentir su piel en contacto con la mía, al igual que le ocurría al «Sol» con la «Luna», en el cuento.

Mi cuerpo la reconocía, cada vello de mi piel se alzaba en busca de su respiración. Mis ojos se ahogaban por la necesidad de zambullirse en los suyos, de sentir su placer como mío y su entrega como pasaporte a la felicidad.

Pero cuando culminamos, cuando todo terminó y los focos de la pasión se apagaron, regresó el dolor de la traición. Me levanté en silencio intentando aclarar lo ocurrido, lidiando entre mi deseo de arrodillarme y suplicarle que me aceptara de nuevo a su lado y el de salir corriendo, dándome por vencido, por miedo a no ser lo suficientemente fuerte para cargar con el pasado.

Fueron unos segundos, un instante lo que me llevó a comprender que por mucho daño que me hubiera hecho la sentía latiendo en mi pecho, como la reina de mi alma.

Dejé que el agua se escurriera por mi cuerpo, intentando asimilar lo que iba a hacer, buscando la seguridad donde solo había miedo. Sabía que el miedo te paralizaba, te impedía avanzar, pero eran tan grandes mis ganas de perdonarla, de darnos una oportunidad, que fui incapaz de resistir la tentación y necesité darme la vuelta para enfrentarla.

Quería su versión de los hechos, esa explicación que me negué a escuchar y que ahora moría por oír.

Pero fue demasiado tarde, la Luna ya había regresado a su noche plagada de estrellas, deshaciendo el camino hecho y abandonándome

como aquella vez en Tokio.

Miré su ropa abandonada, ni siquiera eso había querido llevarse. Se marchaba despojada de todo recuerdo dándome una ligera idea de cuánta prisa tenía por olvidar aquella noche.

Cerré los ojos con fuerza, presionando mis puños contra ellos, intentando borrar su cara de placer, el mohín que hacía cuando buscaba mis besos y el grito contenido cuando se corría para, después, soltarlo encadenándolo al mío.

Me sequé, me vestí, anduve hasta el campamento y me tumbé al raso bajo el mismo manto de estrellas. Sabía que estaba justo a su lado y que solo nos separaba una fina pared de tela que ahora actuaba como un muro infranqueable. ¿Cómo podía tenerla tan cerca y sentirla tan lejos?

Me imaginé entrando en la tienda, alzándola en mis brazos, llevándomela en volandas para prometerle que juntos borraríamos el pasado y construiríamos un nuevo futuro. Pero fui incapaz de hacerlo.

¿Miedo?, quién sabe ¿Falta de valor?, tal vez. Lo único que sé es que no me atreví a dar el paso y me olvidé de que con la llegada del día la Luna se escondía.

Fui incapaz de acercarme a ella lo suficiente los tres días siguientes. Estaba fría y distante, reina soberana de la noche, con aquella pose de indiferencia que no daba lugar a dudas. Ella volvía a estar a años luz de distancia o tal vez, simplemente, para ella no significó lo mismo que para mí. La mujer de hielo había vuelto, mientras yo me sentía morir por dentro.

En Tokio sé que mi padre quiso hablarme de ella de nuevo, justo antes de que nos marcháramos a Canadá, pero se lo impedí argumentando que no se metiera más. Ahora sé por qué reaccioné de aquel modo, por miedo, miedo a volver a sentir aquella sensación que me asfixiaba por dentro, miedo a que se volviera a convertir en el aire que respiraba y que cuando me traicionara de nuevo terminara por ahogarme.

Y ahora estaba ahí, sin poder soltarla, haciendo de su dolor el mío, sosteniéndola en el momento más duro que, seguramente, le había tocado vivir.

Sabía que Michael había sido su pilar, su protector, el hermano de su

alma y de su corazón, así que solo me quedaba aguantar, sujetarla mientras se resquebrajaba, rezando para ser capaz de recomponer sus pedazos cuando pudiera recogerlos.

Poco importaba si yo estaba dispuesto a escucharla, a intentarlo o a perdonarla, no era el momento ni el lugar. Me limité a cuidarla, a custodiarla como sabía que él haría, como me habría pedido que hiciera. Miré al cielo susurrándole que se fuera tranquilo, que a partir de ahora yo sería su ángel guardián.

«No te preocupes, Michael, la tengo y no la pienso soltar».

Me fijé en su hermoso rostro, que descansaba surcado por las lágrimas, y acaricié su pelo hasta que mis dedos dijeron basta, hasta que el sueño vino a por mí. Me aseguré de que se sentía protegida amarrándola a mi cuerpo, provocando un suave suspiro que me calmó, y después de mucho tiempo, con el corazón destrozado, pude sentirme en casa de nuevo, aunque estuviera a miles de kilómetros de distancia.

Cuando abrí los ojos al amanecer, Jen no estaba. Su lado de la cama estaba frío, anunciando que hacía tiempo que se había levantado. ¿Dónde se habría metido?

La busqué en el baño sin éxito, su ropa había desaparecido. Todo apuntaba a que había salido de la habitación, tal vez le hubiera entrado hambre, aunque la bandeja de anoche estaba intacta. Necesitaba encontrarla, asegurarme de que estaba bien.

Me vestí rápidamente y pregunté al personal del servicio que vi por el camino, pero nadie supo decirme nada.

No la habían visto, no se había despedido. Era como si se hubiera evaporado igual que la tormenta que, tras sacudir la tierra y arrasarlo con todo, lo deja todo en mortecina calma. Me sentía devastado por las emociones, la necesitaba, tenía que hablar con ella y ver si realmente lo nuestro podía llegar a arreglarse, si a pesar de todo, podría volver al punto de partida. «¿Dónde te has metido, gata?».

Todavía no sé cómo pude hacerlo y, lo peor de todo, cómo salió bien.

Me desperté de madrugada como si algo me sacudiera, una extraña vibración que me desveló. Me levanté de la cama con mucho cuidado,

pasando por debajo de ese brazo que se negaba a soltarme; intentando no despertar a Jon.

Me permití la licencia de mirarlo; de respirar su aroma, que tanto había extrañado; de perderme por unos instantes en su poderoso cuerpo, que tanto me seguía gustando. Notaba los ojos terrosos, secos e hinchados, igual que cuando abandoné Tokio, con la misma sensación de pérdida y de dolor que te atravesaba hasta el cerebro.

Tomé distancia sin perder de vista la imagen, como si de un cuadro se tratara. Allí estaba él, reposando sobre esa cama blanca. Si hubiera tenido que describirlo habría dicho que era la viva imagen de la inocencia, esa que le arranqué años atrás.

Volví a notar la vibración, esa que me despertó, y me obligué a sacudirme mentalmente en busca del origen. El sonido era familiar y procedía del lugar donde estaba mi ropa. Palpé el mono en busca del móvil, que estaba en un bolsillo oculto.

Por suerte, Jon parecía profundamente dormido; no quería correr riesgos innecesarios, así que me metí en el baño.

Tomé el teléfono y ahí estaba el mensaje de Petrov, con los planos y todo lo que debía saber del palacio y un mensaje adjunto.

—Sé que estás donde debes, el tablero está despejado, yo mismo me he encargado. Ahora solo debes hacerle jaque al Rey. Dispones de treinta minutos, después sal fuera. A trescientos metros te esperará uno de mis hombres en una moto, súbete. Él te llevará a mi avión privado, que te sacará de allí. —El corazón se me agitó al pensar en Joana y los pequeños. Le contesté a Petrov, no podía no hacerlo, puesto que aparecía en línea.

—No vine sola al viaje, mi hermano ha muerto y con él viajaban su pareja y sus hijos. Necesito que alguien vaya a por ellos y vuelen conmigo. —El dolor apenas me dejaba pensar, pero necesitaba sobreponerme y terminar lo que había empezado, por mí, por Michael. Él se había sacrificado y yo no podía fallarle. La pantalla se iluminó.

—Sé lo de tu hermano, lo lamento, pero los negocios son los negocios, *krasivyy*. Por tus familiares no te preocupes, mándame el lugar y diles que estén listos en veinticinco minutos, el tiempo corre, Storm.

Cerré la puerta del baño, no estaba segura de si Yamamura le habría dado la noticia a Joana o no. La llamé al móvil y respondió soñolienta, no

parecía nerviosa, así que intuí que no estaba al corriente de lo sucedido. Más tarde se lo contaría, cuando estuviéramos a salvo en el avión y yo pudiera hablar de mi hermano sin echarme a llorar.

Lo único que le dije fue que tenía veintidós minutos para estar en el *hall*, lista y con los niños, que un hombre los llevaría al aeropuerto, que no hiciera preguntas ni hablara con él, que nos veíamos allí.

Por suerte, Joana respondió sin cuestionar nada y yo pude respirar tranquila.

El tiempo jugaba en mi contra, debía hacerme con la pieza y salir de allí lo más rápido posible.

Estaba bastante cerca, solo debía tratar de no perderme en el intento; había tenido pocos minutos para memorizar el recorrido y en mi estado actual no estaba segura de acertar a la primera. Por otro lado, sabía que no podía hacer otra cosa que no fuera acatar con sus órdenes, aunque lo único que me apetecía era tumbarme en la cama bajo el calor de Jon.

Me obligué a mirarlo por última vez, a sabiendas de que no lo volvería a ver.

Salí al pasillo. El palacio no estaba a oscuras, lo que dificultaba mi camuflaje. El mono blanco que llevaba no era el summum de la discreción, precisamente.

Caminé pegada a la pared, como si pudiera fundirme con los tapices que salpicaban el palacio, lo tenía verdaderamente jodido si alguien salía en ese momento.

Petrov me había dicho que el tablero estaba despejado, dándome a entender que no debía preocuparme de nada más salvo de la pequeña pieza y que no me pillaran, claro.

Ya había perdido a Michael, no podía perderme a mí misma, porque eso supondría dejar a Koemi desprotegida. En mi testamento le dejaba la tutela a Michael y, con mi hermano muerto, se la quedaría el Estado.

Solo imaginar a mi pequeña pasando por una infancia similar a la mía me dio fuerzas suficientes para continuar.

Las escaleras que bajaban a la parte inferior eran el peor tramo, no había lugar donde esconderse. Me apresuré a bajarlas lo más rápido que pude, pero aproximadamente en la mitad escuché unas voces acercándose, me encaramé al pasamanos sin pensar y di un salto a lo

Catwoman hasta aterrizar en el suelo, en un lateral de la escalera. Crucé los dedos, esperaba haber acertado con el lado correcto, si no, estaba perdida.

El tobillo que me partí de pequeña se resintió, era demasiada altura, incluso estando en forma, pero era peor ser descubierta. Las voces se hicieron omnipresentes, me había salvado por muy poco. Agazapada y con gesto de dolor vi a dos hombres del *sheikh* subir por donde yo acababa de descender.

Estaba sudando, mareada y con el cuerpo con una flojera que apenas me permitía tenerme en pie.

«Michael, ayúdame, te lo ruego», recé mirando al cielo.

Estaba convencida de una cosa, de que si había un Dios, seguro que se había llevado a Michael para que lo protegiera, era el tipo de hombre que cualquiera hubiera querido llevar a su derecha.

Di un paso y el tobillo me lanzó una estocada que casi me deja en el sitio, no podía quedarme ahí por mucho que doliera. Recordé la época donde mi madre me hacía continuar por mucho que no pudiera, busqué a mi niña interior, esa que era fuerte y poderosa, que era capaz de evadirse del dolor, conecté con ella y la llamé, solo su espíritu podría ayudarme. Tras un largo suspiro y dar un paso, miré el reloj del móvil. Cinco minutos.

Conteniendo el suplicio anduve por el pasillo que llevaba directamente a la sala principal, donde debía hallar la miniatura. Fijé la vista para contar las cinco puertas que aparecían en el plano. La de la cruz roja del móvil era la que debía abrir. Me planté enfrente y, cuando giré el pomo, me di cuenta de que no la podía abrir.

«¡Mierda!», exclamé para mis adentros. «Vamos, Jen, piensa», era una cerradura normal, antigua, pero sin las herramientas adecuadas se convertía en una pesadilla. Solo podía usar una cosa en ese caso y sabía dónde encontrarla.

La habitación de enfrente ponía que era la del *sheikh* en la imagen, así que supuse que encontraría lo que precisaba ahí dentro.

Me la jugué, no estaba segura de si estaría durmiendo o no, aunque los suaves ronquidos que oí al entreabrir la puerta me dieron una ligera pista.

Me convertí en sombra, no había tiempo, busqué en el lugar más obvio

y acerté.

Una colección completa de tarjetas de crédito se desplegaba como si de un abanico se tratara, cogí la que me interesaba sin cuestionarme otra cosa que no fuera abrir aquella maldita puerta.

Me posicioné frente a la cerradura y pasé la tarjeta por el espacio que quedaba entre la hoja y el marco. Y pensé: «Si una llave no puedes usar, asegúrate de llevar siempre encima MasterCard». A Alí Babá le funcionaba lo de «ábrete sésamo», y a mí... a mí... Suspiré complacida cuando escuché el clic, nunca me fallaba la tarjeta de crédito.

La besé y la guardé en el interior de mi escote, me la quedaría de recuerdo.

Fui todo lo rápida que pude. Allí, en el lugar indicado, sin otra seguridad que la de estar resguardado en uno de los palacios más poderosos e infranqueables del mundo, estaba el pequeño retrato.

Lo tomé sin pensarlo dos veces y me preparé para la salida.

Ya nada importaba salvo salir lo antes posible. Me olvidé del dolor y no me refiero al del tobillo, sino al que amenazaba con desplomarme en cualquier momento, al de la pérdida más devastadora y absoluta. Solo me di permiso para correr y atravesar la puerta, para precipitarme calle abajo y saltar sobre la oscura moto.

Por lo menos Petrov no me había mentido en ese sentido, no sabía cómo lo había hecho, pero todo estaba despejado.

Me agarré al hombre que la conducía, quien dio gas sin dar explicación alguna. Yo me perdí en la noche dando vía libre a mi oscuridad, esa que me devoraba por dentro arrasando con todo.

No importaba que todo hubiera salido perfecto o que tuviera en mi poder una de las obras más increíbles de la historia del arte, porque cualquier cosa carecía de importancia sin Michael.

Capítulo 26

Los Ángeles, una semana después

El Hollywood Forever Cementery era uno de los cementerios más antiguos de California. Estaba localizado en el 6000 de Santa Monica Boulevard, en el distrito de Hollywood, Los Ángeles; justo al final de los estudios de Paramount Pictures. De hecho, los estudios se levantaron sobre cuarenta acres de terreno del mismísimo cementerio, aunque en tierra donde no se había llegado a enterrar a nadie.

Era un lugar destinado a celebridades, iconos o personas que tuvieron funciones vitales en la formación de Los Ángeles.

Petrov se sintió tan complacido con mi trabajo que no dudó en lograr que mi hermano descansara en el lugar que siempre había soñado.

Michael merecía estar rodeado de estrellas, de esas que permanecen en la memoria de todos, a las que se admira, con las que se sueña, aquellas que alcanzan la categoría de eternas porque nunca se apagan en los corazones de quien cree en ellas.

Él tenía su lugar allí, bajo la verde hierba, en un remanso de paz teñido de cielo azul. Al lado de actores que muchas veces interpretaron papeles de superhéroes que le hacían fijar los ojos brillantes en la pantalla de la tele, soñando que era él quien salvaba el planeta y se quedaba con la chica con un preciado «felicis para siempre».

En las pelis todo terminaba bien, la vida real era otra historia. Mi hermano sí que me había salvado de las garras de la muerte, pero pagando un alto precio: entregando su vida a cambio de la mía; por ello sería mi héroe y la persona que más admiraría para siempre.

La extradición del cadáver no fue sencilla, pero tampoco imposible. De hecho, en ese mismo instante me encontraba dándole su último adiós.

Solo estábamos el enterrador y yo, no había querido que nadie me acompañara, ni siquiera Joana, que estaba tan destrozada como yo. Koe era demasiado pequeña para asistir a un funeral, así que cuando preguntó en el avión por tío Michael le dije que se había marchado a un viaje muy largo, junto a las estrellas.

Mateo, que parecía dormido pero me estaba escuchando, me miró sorprendido.

—¿Michael es astronauta? —Lo miré con tristeza.

—No, Mateo —respondí con el corazón encogido—. Michael es un superhéroe, un hombre estrella capaz de transformarse en la que más brilla de todo el firmamento, desde ahí nos protege y nos cuida. —Joana sorbió por la nariz.

—¿Y cuándo volverá? —preguntó preocupado—. Habíamos quedado para ver juntos el partido de los Lakers. —Su madre emitió un sonido de congoja que no pudo aguantar. Yo me obligué a destensar el nudo de mi cuello atormentada por los ojos marrones del crío. Me aclaré la garganta.

—Creo que le concedieron un lugar de honor en el cielo para ver el partido. —Él me miró apesadumbrado, como si mi hermano le hubiera fallado.

—Pero... me lo prometió —susurró cabizbajo.

—Lo sé, tranquilo. Michael no podrá estar, pues tiene una misión muy importante y no le dejan bajar a la tierra, pero no sufras, iremos los cuatro y nos llevaremos su foto como si estuviera entre nosotros. —Mateo no parecía muy convencido—. Escúchame, cielo, a él le hubiera encantado estar allí contigo, con todos nosotros, pero no puede ser. —Apenas podía contener las lágrimas que ya despuntaban en mis ojos—. Pero no sufras, Michael siempre estará en cada latido de nuestro corazón. Cuando quieras encontrarlo, solo deberás esperar a que sea de noche y fijarte en la estrella más brillante. Él permanecerá en el cielo controlando que las cosas estén bien, protegiéndonos y cuidándonos; escuchándote cada vez que quieras contarle algo.

—Pero entonces, ¿no lo voy a volver a ver?

—Cada noche, entre las estrellas. —Vi cómo apretaba los ojos y asentía,

percibí su tristeza y la sorbí.

—No estés triste, pequeño. Sabes que a él le gustaba verte sonreír y debes seguir haciéndolo para que se sienta orgulloso y brille para nosotros.

—Pero yo quiero que vuelva, no quiero que sea una estrella. Lo quiero aquí, en el partido de los Lakers —murmuró con voz temblorosa.

—Y yo también, cariño, yo también. —Lo abracé fuerte y acaricié su sedoso pelo, sintiendo las lágrimas desbordarse. Así lo sostuve, en un consuelo imposible de afrontar.

Las últimas paladas de tierra caían sobre el ataúd de madera. Nunca hablamos de si queríamos ser enterrados o incinerados y ahora ya no importaba, yo necesitaba un lugar al que acudir, un sitio donde llorarle en la intimidad, al que ir para poder charlar con él o, simplemente, sentarme para sentir que de algún modo estaba ahí conmigo, que no me había abandonado. Podía parecer egoísta, pero es que esa era una de mis características, me negaba a dejarlo marchar, aunque ya se hubiera ido.

No había querido pompa ni ceremonia, no éramos religiosos, así que me limité a recordarlo, a pensar en él, en todo lo que habíamos hecho juntos. Le escribí una carta relatándole lo mucho que lo extrañaba y prometiéndole que, en cuanto terminara mi contrato con Petrov, haría lo posible por convertirme en una ciudadana decente, como él quería. No iba a ser fácil, pues mi ADN siempre me llamaba hacia la oscuridad, los héroes no existían sin villanos y yo era una de primera categoría.

Estaba perdida en mi despedida cuando alguien me abrazó tomándome por sorpresa.

—Lo lamento, rubia, sé que era muy importante para ti. —Parpadeé un par de veces antes de darme cuenta de quién me apretaba contra su cuerpo. Matt había vuelto.

Me sentía hirviendo por dentro, la furia se agitaba en mi sangre empujándome a intervenir.

¡¿Qué cojones hacía él aquí?!

Estaba escondido tras un ciprés, esperando el momento oportuno para

hablar con Jen. Me había costado dar con ella y encontrar el momento en que estuviera sola. Quería aclarar las cosas, entenderla, hablar, pero al parecer ese cabrón siempre estaba en medio.

Tras su precipitada huida del palacio, abandonándome a mi suerte, me sentí completamente desubicado.

Mis primos, los Watanabe, se marcharon en el primer vuelo, así como Xánder y Nani. La organización había suspendido The Challenge por el revuelo mediático que había supuesto la muerte del hermano de Jen. Y yo me sentía como un barco a la deriva sin saber dónde ir o qué hacer.

No me apetecía regresar a Tokio. A pesar de la insistencia de mi padre de que debíamos hablar, necesitaba un consuelo que él no podía darme, así que cogí un billete de avión y me planté en Barcelona.

Cuando mi madre me vio aparecer por la galería no se lo creía, incluso la cerró para ir conmigo al piso al comprobar mi estado de derrota.

Me abrazó, como solo una madre sabe hacerlo, y me animó a que la buscara, a que la escuchara y no la juzgara precipitadamente.

—Hay cosas que la razón no entiende, Jon, y que solo comprende el corazón. Por mucha rabia, por mucho dolor, por mucho que te haya hecho sufrir con sus mentiras o sus medias verdades, está claro que no ha sido suficiente para que hayas dejado de amarla. Eres incapaz de dejarla ir y eso solo puede ser por dos motivos. El primero, que necesites escuchar de su boca la verdad para darte cuenta de que acertaste o no, con tu juicio, y el segundo, que tras escucharla decidas creer en su versión y perdonarla. En cualquier caso, deberás vivir pensando que has tomado la mejor decisión para ti y debes sopesar qué prefieres, o qué es más importante para tu felicidad: tu orgullo o tu perdón.

—Pero ¿cómo voy a lograr perdonarla? —Ella me acarició el rostro.

—El perdón se concede cuando se es capaz de perdonarse primero a uno mismo, de alejarse de la situación y ver las cosas con perspectiva; alejar el enfado, la frustración y la tristeza para dar paso a la aceptación de que no todo el mundo se comporta como nos gustaría que lo hicieran y que nosotros mismos también decepcionamos, ofendemos y dañamos a quien más nos quiere. A veces pensamos que perdonando le hacemos un favor a la persona que nos ha hecho daño, cuando en realidad nos estamos salvando a nosotros mismos. ¿Tú me has perdonado, Jon? ¿Has sido capaz de dejar de

culparme por marcharme de Tokio y separarme de tu padre? —Reconozco que me costó tragar, había tanta verdad en sus palabras.

—No —respondí, aunque sabía que le estaba haciendo daño. Ella asintió, noté su pena recorriéndola, aquella que ella trataba de cubrir bajo los colores de sus óleos.

—Tranquilo, hijo. Sabía que esa iba a ser tu respuesta, solo tenía la esperanza de que tu enfado se hubiera disipado.

—Es que sigo sin comprenderlo, mamá, sigo sin entender por qué. —Ella suspiró sabiendo que tal vez había llegado el momento de sincerarse conmigo. Mi padre era hermético y nunca me lo iba a contar.

—Me ahogaba, Jon, no podía respirar. Me estaba marchitando, muriendo por dentro y por mucho que os quería a ti y a tu padre, sentía que no era feliz. Sé que es difícil comprender mis motivos. Cuando parece que lo tienes todo, los matices son los que cambian la perspectiva de la obra. Para ti el cuadro era de colores y para mí estaba apagado y entonces llegó él, coloreando los trazos grises de tonos brillantes y yo me equivoqué. Como Jen, tomé una decisión poco acertada. No sabes cuánto me arrepiento de aquello, de ver la tristeza y la decepción cubriendo los ojos de tu padre. Yo me sentí tan perdida, sin saber qué hacer. Él estaba encerrado en su mundo, para él todo iba bien, pero yo necesitaba ciertas cosas que tu padre no podía ofrecerme. Aun así, con todo lo que le había hecho, él no quiso dar el paso, no quiso sacarme de su vida y yo me sentía la peor mujer del mundo. — Podía sentir la congoja de sus palabras, estaba claro que se había tratado de una infidelidad, aunque no sabía qué era lo que mi padre no le daba a mi madre y que ella había encontrado en los brazos de otro. Tampoco se lo iba a preguntar, era un detalle demasiado íntimo que quedaría para ellos. Ella prosiguió—. Tu padre prefería mantenerme a su lado, aunque eso supusiera tener una sombra de lo que fui. Quería tenerme allí, aunque no fuéramos felices y yo no os podía hacer eso, Jon, os quería demasiado. No me podía permitir apagarme más y que tuvierais una muerta en vida. —Las lágrimas caían profusamente por su rostro—. Nada en mi vida me ha dolido tanto ni me ha costado tanto como tomar aquella decisión, yo os quería más que a mi propia vida, pero no era feliz. La jaula de cristal de tu padre me asfixiaba, sus decisiones, sus restricciones, su mente cuadrículada y yo ansiaba volar, fluir intensamente, vivir.

—¡Pero si lo tenías todo! —protesté. Ella negó.

—No me tenía a mí misma, me perdí. No pretendo que lo entiendas, Jon, solo aspiro a que algún día puedas perdonarme.

—Él todavía te quiere. —Vi cómo mi madre apretaba el gesto en un rictus de dolor—. Nunca te ha olvidado, mamá.

Ella levantó la cara y me miró a los ojos.

—¿Y crees que yo sí? ¿Porque me acuesto con otros piensas que he sido capaz de superarlo? —Una sonrisa triste cruzó su rostro.

—Él es y será siempre el amor de mi vida, Jon, lo demás es solo sexo. Mi corazón siempre le ha pertenecido, aunque ambos creáis lo contrario.

—¿Y por qué no regresas? ¿Por qué no luchas por él y lo intentas? Estoy seguro de que... —Ella me tomó de la cara.

—Para nosotros ya es tarde, pero no para ti. Ve a por ella, cariño, déjala hablar, haz que sienta todo el amor y el perdón que tienes para ambos, date la oportunidad de ser feliz. Vosotros no sois como nosotros, estoy convencida de que todavía podéis ser felices. Lo vi el primer día que la viste, el día que te enfrentaste a mí para marcharos a Tokio cogidos de la mano, lo veo ahora en tu mirada perdida. Lucha por ella, Jon, por lo que fuisteis, por lo que podéis ser, porque sé que ella también está sufriendo, aunque no lo parezca, y te aguarda en su corazón. —No estaba seguro de si hablaba de Jen o de sí misma, mi madre parecía tan perdida como yo, pero en algo tenía razón y es que no debía quedarme de brazos cruzados ni un instante más.

Me quedé un par de días en Barcelona intentando asumir todos los consejos que me había dado, dándome tiempo para asimilar qué quería y buscando en mi corazón un hueco para el perdón. Sabía que iba a ser duro, pero no imposible. Además, a mí no me asustaban las dificultades, ya sabía lo que suponía estar sin ella y el resultado había sido nefasto.

Busqué un vuelo a Los Ángeles, me costó varios días ubicar su residencia y dar con ella.

Jen Hendricks vivía en una de las zonas más exclusivas de Los Ángeles, en pleno Beverly Hills, rodeada de lujo y untuosidad.

No salía de mi asombro, no sabía que ser piloto de carreras ilegales hiciera ganar tanto dinero como para costearse una vida así.

De acuerdo que no era una gran mansión, pero sí lo suficientemente grande como para costar un buen pellizco. Dudaba mucho que pudiera pagar todos los gastos solo pilotando.

Monté guardia a las puertas de su casa. No pensaba moverme hasta que apareciera y pudiera hablar con ella, prefería cogerla por sorpresa que llamar al timbre. Había alquilado un coche que pasara lo suficientemente desapercibido como para que no cayera en la cuenta de que la estaba espiando.

Al tercer día de guardia la verja de la casa se abrió y salió una chica con un cochecito de bebé y un niño en la mano que debía rondar los cinco o seis años. Aquello me encogió el estómago, sobre todo, después de recordar el incidente con Jen en el avión. Ella me había dicho que lo de la leche en sus pechos era un desajuste hormonal, pero... ¿y si no era así? ¿Y si se trataba de otra de sus mentiras? Su marido era moreno como ese niño, aunque también podían ser hijos de la chica del servicio.

La cabeza me daba vueltas, necesitaba saber más, observar más, así que los seguí; vi cómo ella dejaba al pequeño en la escuela y seguía su paseo con el cochecito, hizo la compra y regresó a casa. No podía distinguir los rasgos del bebé, estaba demasiado alejado, ¿qué tiempo tendría?

Me costó tragar imaginando a Jen con el bebé de otro hombre en los brazos. Ese había sido mi sueño, verla sujetar a nuestro hijo en brazos y ahora, tal vez, lo hubiera tenido con su marido.

Me moría de ganas por saber, por preguntar, por sacarme esa incertidumbre que me golpeaba por dentro.

Entonces vi a Jen asomarse a la terraza y yo me agaché por instinto, aunque con los cristales tintados era imposible que me viera. Parecía tan triste y abatida que me dieron ganas de subir por la cornisa para apretarla entre mis brazos y decirle que a partir de ahora las cosas mejorarían.

Pero no lo hice, me quedé en el interior del vehículo observándola, viendo cómo el viento desordenaba su cabello y cómo ella regresaba derrotada al interior.

Me jodía en sobremanera verla así, Jen era una mujer fuerte, pero al parecer, también llena de dolor y de flaquezas.

Era fin de semana cuando salió conduciendo un Ferrari rojo, vestida de riguroso negro y con gafas de sol. Era la primera vez que salía de su

fortaleza y no iba a desaprovechar la ocasión.

La seguí hasta el cementerio y, en la distancia, observé cada uno de sus movimientos. No me di cuenta hasta que se paró en seco de que se trataba del entierro de su hermano; no había nadie, solo ella y el encargado de enterrar el cuerpo. Esa imagen me sobrecogió tanto o más que la soledad del acto. Una cosa es que fuera íntimo y otra muy distinta que solo estuviera Jen, ¿acaso Michael no tenía amigos?

La vi fragmentarse, romperse poco a poco, diluirse en el paisaje como si deseara reunirse con él. Contuve las ganas de salir de mi escondite para calmar su congoja y dejar que su dolor se convirtiera en el mío, aliviándole la pesada carga.

No quería imaginar cómo se debía sentir pensando que si hubiéramos ido primero a por Michael, sería ella quien hoy estaría en ese ataúd.

¿Cómo puede una simple decisión cambiarlo todo de un modo tan drástico?

Cuando vi al cabrón de Matt acercarse a ella, mis tripas se anudaron. El dolor fue tan intenso que estuve a punto de echar a correr y enfrentarme a él como no hice aquel día. Era un crío, debería haber dicho otras cosas, debería haber insistido, indagado, pero la furia me cegó.

Los vi abrazados, él tratando de consolarla. Curiosamente, no me había planteado que siguieran juntos, tampoco se lo pregunté.

¿Le había sido infiel Jen conmigo en Dubái? ¿Por qué lo había hecho?

Dudas, desconfianzas, celos, pasados que se remueven y hacen que lo que antes era blanco, se vuelva negro.

Había ido hasta allí para nada, estaba claro que ella tenía una vida donde yo no tenía cabida. En cuanto la vi en sus brazos supe que no era él quien sobraba en la ecuación, sino yo, yo era el que debía marcharse en aquel momento tan íntimo que compartían los dos.

Ella ya no era mía, si es que lo fue verdaderamente algún día.

Cuando la vi por primera vez en la galería de mi madre, sentí que mi corazón entraba en parada. Siempre había sido un chico más bien tímido con el sexo femenino, pero ella despertaba en mí algo complejo que no había sentido hasta el momento. Quise conocerla, que me permitiera entrar en esa firme coraza que parecía llevar siempre puesta en aquel rostro carente de toda sonrisa. Quise hacerla reír y convertirla en mi

primera vez. Ilusiones de un crío inexperto, supongo.

Eso es lo que fue Jen para mí, la primera en todo: mi primer amor, mi primer polvo, mi primer fracaso. A ella debo darle las gracias por abrirme los ojos, por mostrarme que la vida no es como los cuentos que nos leen de pequeños, que la felicidad es una quimera y que lo único real es vivir intentando que te jodan lo menos posible.

Me largué sin mirar atrás, o por lo menos lo intenté porque, cuando la oí gritar, no pude evitar correr hacia ella.

—¿Qué coño haces aquí? —dije intentando liberarme de su abrazo.

—Shhhhh, rubia, disimula. No querrás montar un espectáculo en el entierro de tu hermano, estaría feo, ¿no?

—Suéltame, Matt. Ya te di lo que querías, teníamos un trato —le recordé, pero él seguía sin soltarme.

—Lo sé, preciosa, lo que no sabía era que tenías algo que me pertenece, algo que llevo mucho tiempo buscando y que por esas casualidades de la vida resulta que tienes tú.

—No tengo nada tuyo, Matt, ya te di el cuadro que querías hace un tiempo atrás. —Él rio restregando su entrepierna dura contra mí.

—Sí lo tienes, rubia, aunque tal vez no lo sepas. ¿Sabes que ahora mismo te follaría contra ese árbol?, me pone muy cachondo verte así de desvalida. —Estaba a punto de arrearle un rodillazo en sus partes nobles cuando susurró:

—Koemi. —Contuve el aliento—. Tienes una hija preciosa, seguro que se convierte en una belleza cuando se haga mayor, con esos ojos azules rasgados y su carita exótica. Muchos hombres van a querer colarse en sus bragas. — Me sacudí por completo ante la imagen—. Shhhhh, quietecita, nena. Deja que te cuente lo mucho que me gustó verte en Canadá paseando con ella, para mí fue toda una sorpresa.

—No vas a hacerle daño a mi hija —lo amenacé.

—No, claro que no, tu pequeño grano de arroz no me importa lo más mínimo. Me refería a Juana, a ella es a quien quiero.

—¿Juana? —pregunté sin entender.

—No te hagas la loca, no te sienta bien. Sé que tú la llamas Joana,

aunque para mí no lo sea. —Abrí mucho los ojos.

—¿Quieres a mi asistenta?

—Ya sabes que sí, por eso la tenías tan escondida, para que no la encontrara... En un principio pensé en secuestrarla cuando mis hombres dieron con ella, pero no quería causar revuelo. En cuanto vi que la escondías supe lo que debía hacer, porque estoy seguro de una cosa... ¿Sabe tu querido Jon que es papá?

—Ni se te ocurra contárselo —gruñí entre dientes. Él aprovechó para volver a frotarse paseando la nariz por mi cuello, el estómago se me revolvió. —Ya... eso pensé cuando la ocultabas tanto. No sufras, si he venido es para hacer un trueque.

—No sé a qué te refieres, Matt, habla claro.

—Quiero a mi hijo y a su madre, Jen.

—¿C-cómo?

—No te hagas la loca, Juana es el motivo por el cual no regresé a tu lado. Ella es la hija del hombre que mató a mi familia. Ella es mi venganza, Jen, ella y nuestro querido hijito. Y si he venido aquí, es para llevarla conmigo. Ahora podré regresar con ellos a México como le prometí a su padre, casarme con ella y matarla ante sus propios ojos para heredarlo todo. Él no soportará la idea de ver morir a su hija frente a él, y con el mocoso ya veremos lo que hago.

—¡Nooooooooo! —grité fuera de mí—. ¡Eso es imposible! No pienso entregártelos, ellos son mi familia, no vas a llevártelos ni a matar a nadie. — Él emitió una risa déspota.

—Eso está en mi mano. Además, ellos son mi familia, no la tuya y si no quieres que el capullo de Yamamura sepa la verdad...

Noté cómo de golpe alguien lo arrancaba de mí y Matt salía volando por los aires.

—¡¿Qué verdad?! —gritó preso de la ira Jon, que lo golpeaba sin un ápice de piedad.

Tenía miedo, mucho miedo, por Joana, por Mateo, por Koemi y por mí. ¡Dios mío, en qué lío me había metido!

—Vaya, vaya, vaya, parece que volvemos a encontrarnos, ¿eh, Yamamura?

—Responde, ¿qué verdad? —Su ceño estaba apretado al igual que sus

puños.

—¡Jon, déjalo! —le imploré—. Acabo de enterrar a Michael.

—¡¿Y crees que no lo sé?! —preguntó ladeando la cabeza para mirarme—. A mí también me duele su pérdida, Jen, para mí fue mi amigo durante mucho tiempo, lo llegué a considerar de mi familia.

No pude sostenerle la mirada y la llevé donde los hombres terminaban de colocar su lápida.

—¿Qué te parece, cariño? ¿Le contamos nuestra conversación a Jon? ¿O prefieres que guarde silencio?

—¡Yo ya no soy tu cariño! Te firmé el divorcio —le escupí. Eso sí que no iba a tolerarlo. Jon me miró incrédulo, no sabía que me había divorciado, era lógico que no entendiera nada. Algo cambió en su mirada oscura, no quería que pensase que lo había vuelto a engañar con Matt.

—Sí, bueno, que estemos divorciados no quita que nos sigamos viendo, ¿verdad? —Estaba intentando que Jon pensara que teníamos algo y yo estaba cansada de mentir, estaba harta de que mi vida fuera una maldita pantomima. En aquel momento tomé una determinación que sabía que me iba a costar muy cara, pero era preferible que Jon se quedara con la custodia de mi hija a que nos pusiera en peligro a todos por mi falta de sinceridad. Tomé aire, miré a los ojos a Jon y vomité.

—Nunca me acosté con Tomás, soy una ladrona y falsificadora de arte y Matt me chantajeó con unas imágenes que parecían lo que no era. Hice un encargo para Tomás, falsifiqué y robé el cuadro de tu madre para entregárselo a él y que a cambio me metiera en su grupo de coleccionistas. El día de la entrega, él intentó forzarme en su casa chantajeándome con el vídeo del robo. Pero pude deshacerme de él y lo golpeé, pensé que casi lo había matado, por eso te pedí que nos fuéramos a vivir juntos. Bueno, no solo por eso, también porque me gustabas. En eso no mentí, aunque no estaba enamorada de ti. — Distintas emociones cruzaban por el rostro de Jon, pero ahora que había abierto la caja de Pandora, nadie iba detenerme—. Con el tiempo, me conquistaste. Nunca supe que Matt estaba vivo, eso era cierto, lo creí muerto. Si no, nunca hubiera empezado algo, no me gustan las infidelidades, aunque creas lo contrario. Con el golpe que le di a Tomás me asusté, llamé a mi hermano Michael, quien me sugirió que me

ocultara y me marchara del país. Acordamos que él mismo me vendría a buscar cuando todo estuviera en calma. —Tragué con fuerza—. Lo siento, te utilicé para salir de España, pero en mi defensa diré que fui incapaz de marcharme de Tokio porque finalmente me enamoré de ti. No me preguntes cómo fue ni qué hizo que ese sentimiento se prendiera en mi pecho, pero lo hizo. Lo supe cuando tuviste aquel accidente, cuando te estampaste por mí contra aquel árbol. Ahí supe que ya no tenía remedio, que por mucho que luchara contra ese sentimiento desconcertante que jamás había sentido, ya era demasiado tarde. Había caído en mi propia trampa y a la ladrona le habían robado el corazón. —Vi cómo contenía el aliento, trataba de transmitirle toda la sinceridad y la verdad de mis palabras, sin subterfugios—. Cuando por fin había alcanzado la felicidad, esa que solo se ve en las películas y los cuentos de princesas, esa que pensaba que yo era incapaz de tener, recibí la noticia más maravillosa que una mujer enamorada puede tener. Lo estaba preparando todo para sorprenderte, sabía que te ilusionaría tanto como a mí, pero entonces alguien me amenazó con hacer saltar la verdad por los aires y arrancarte así de mi lado. Sé que debería habértelo contado, Michael me lo dijo infinidad de veces, que me sincerara contigo, que lo nuestro iba de verdad y que no podía construir un castillo sobre arenas movedizas. Pero yo tenía tanto miedo de perderte. Nunca me había sentido así, nunca, te amaba tanto que hubiera entregado mi vida por ti sin dudarlo. Tenía que arreglar mis cagadas para que pudiéramos ser felices. —Sus ojos negros no abandonaban los míos, no sabía qué pensaba de todo lo que le estaba diciendo y eso me aterraba—. Pero en vez de ser valiente y enfrentarme a la realidad, decidí hacer las cosas mal, como siempre. Acudí sola a la cita y me encontré con Matt, quien me chantajeó, quería el cuadro que en su día le robé a tu madre o te contaría que era mi marido y lo que le había hecho a tu madre. Yo me negué, no quería traicionarte más, pero a medida que hablábamos yo bebía más y más intentando serenarme. No sabía cómo enfrentar toda aquella situación y busqué la valentía que te da el alcohol sin calcular que no tenía nada en el estómago, era oler la comida y devolvía; en mi estado, era lo normal.

—¿Qué estado? —preguntó con cautela como si ya intuyera la respuesta.

—Estaba embarazada, Jon. —Él cerró los ojos, supongo que tratando de digerir mi confesión—. Sé que no debí hacerlo, que beber no es lo más aconsejable para el bebé, pero me superó. Todo comenzó a dar vueltas y lo primero que recuerdo son tus gritos fuera de aquella habitación. Puedes creerme o no, esa es tu decisión, entenderé si no lo haces, pero ya no pienso ceder más a los chantajes de Matt —dije volviendo la cabeza hacia donde se suponía que debía estar mi exmarido. Me había centrado tanto en Jon que no me había percatado de que no estaba. Abrí mucho los ojos—. ¿Dónde está? ¡¿Dónde está?! —aullé, buscando nerviosa entre el paisaje. Jon seguía allí, muy quieto, sin moverse.

—¿Me estás diciendo que tengo un hijo?

—¡Mierda, Jon, ahora no! Necesitamos largarnos, creo que Matt va a por ellos —expliqué nerviosa. Antes de que pudiera echar a correr, él me sujetó.

—Dime que no es cierto, Jen. —Estaba resoplando—. Dime que no te has atrevido a tener sola a mi hijo y me lo has estado ocultando estos años. —Vi el dolor, la furia, las ganas de que dijera que no había dado a luz a ese bebé.

—Fui incapaz de abortar. Sé que dije que nunca iba a tener un hijo tuyo, pero estaba tan feliz que ni me planteé no tenerlo. Lo siento, aunque no me arrepiento —musité casi en un suspiro, viendo la ira amarga de la decepción brillando en aquellas lagunas negras—. Enfádate si quieres, me da igual, pero necesito ir a por mi hija. Además, Joana y Mateo están en peligro, se los quiere llevar.

—En estos momentos sería capaz de matarte con mis propias manos, me importan una mierda esa tal Joana y ese Mateo.

—Lo sé —respondí enfadada conmigo misma por haber callado tanto tiempo—. Pero ahora no es momento de discutir, debemos ir a por nuestra hija, Jon, no pueden hacerle daño. Ella es lo único que me queda en esta vida y está con ellos.

—¡¿Y qué es lo que me queda a mí?! —Me sacudió—. ¡Un puñado de mentiras, Jen! ¡Me ocultaste a mi propia hija! Sabías cuánto quería ser padre y no me dejaste disfrutarlo, ni siquiera sé qué cara tiene o cómo se llama.

—Koemi —lo interrumpí sintiendo las lágrimas abrasándome las

mejillas —. ¡Por el amor de Dios, Jon, no perdamos tiempo! Debemos llegar a casa antes de que lo haga él, Joana está sola con los niños.

Ya no aguantaba más, toda esta situación me superaba. La pérdida de Michael, ver cómo cualquier posibilidad con él se evaporaba y saber que podía perder lo poco que me quedaba.

—Te juro que esto no ha terminado —sentenció firme. Aceptaría mi castigo fuera el que fuese, incluso si eso me suponía que Jon me apartara de la luz de mis ojos. Sabía que él la cuidaría, que estaría en buenas manos y que los Yamamura la protegerían con su vida si fuera necesario.

Jon me pidió las llaves y no protesté, en mi estado me hubiera estrellado contra cualquier farola. Condujo como un loco sin recibir ninguna indicación de cómo llegar a mi casa, eso me hizo sospechar que no era la primera vez que había estado allí. ¿Me habría estado espiando? ¿Por qué lo había hecho?

—¿Cómo sabías el camino? —le pregunté sin que se dignara a mirarme.

—Intuición paternal. —Su afirmación me dolió tanto como una bofetada.

En cuanto aparcó salimos a la carrera, grité el nombre de Joana, el de Mateo y el de mi hija en el interior de la casa sin recibir respuesta alguna.

—La casita del jardín, tal vez estén allí —sugerí. En cuanto pusimos un pie en él y vi un cuerpo flotando en el agua, mi corazón se detuvo, supe que algo no iba bien. Y recé porque no fuera lo que me temía. Allí, en mitad de la piscina, vi el cuerpecito de mi hija bocabajo.

—¡Nooooooooooooooooooooo! —grité ahogándome en el dolor más profundo que nadie pueda sentir. Vi una sombra saltando al agua y sacando a mi pequeña en brazos. Estaba inerte, sin vida, y yo no podía salvarla.

Jon la depositó con suma delicadeza en el césped y comenzó con las maniobras de reanimación. No podía dejar de llorar, de convulsionar, ya no podía romperme más de lo que estaba.

—¡Jen, llama a una puta ambulancia! —rugió Jon desviviéndose para que mi pequeña reaccionara. Se acercó a su boca para verter en ella el aire de sus pulmones para después proceder al masaje cardíaco. Y yo seguía allí, como una estatua, incapaz de reaccionar—. ¡Vamos, Jen, joder,

reacciona! No pienso dejar morir a nuestra hija, ¿me oyes? Ni tú tampoco. Muévete y llama a la ambulancia de una maldita vez. ¡Ya! —La desesperación y la angustia que vi en su mirada me hicieron moverme. Si mi pequeña se iba con su tío, no iba a ser porque sus padres la dejaran marchar con facilidad.

Entré corriendo a casa para llamar al 911, cuando regresé al jardín y lo vi abrazado a ella llorando en silencio supe que no me iba a perdonar en la vida que no les hubiera permitido conocerse.

Caí de rodillas dejándome llevar por el dolor más absoluto que nunca nadie pueda sentir, el de la pérdida de un hijo.

Capítulo 27



Tenía los ojos fijos en aquel cuerpecito sin vida.

Mi hija, era mi hija, no había duda. Su pelo negro, sus rasgos tan parecidos a los míos. ¿Cómo era posible que Jen me hubiera hecho esto a sabiendas de que yo quería ser padre?

Comencé a hacerle el masaje cardíaco sin dudarle, no sabía el tiempo que llevaba allí, pero sí que si un niño pasaba de cuatro a seis minutos sin oxígeno, el daño podía ser irreparable e incluso llevarlo a la muerte.

Por un momento me sentí culpable por no correr, por no hacerle caso a Jen y pedirle explicaciones en el cementerio. Tal vez si no la hubiera entretenido, habríamos llegado a tiempo.

Pincé su diminuta nariz y sellé su boca con la mía, insuflándole el aire que no le llegaba. Pensé en el curso que recibí de primeros auxilios tratando de recordar la técnica de reanimación. Cuando eran niños pequeños eran dos insuflaciones por treinta compresiones usando tan solo dos dedos.

Recé por hacerlo bien, porque se me devolviera la posibilidad de conocer a mi hija. No podía morir sin que la viera vivir, sin que pudiera abrazarla, besarla y enseñarle tantas cosas. Ver morir a un hijo ya era antinatural, pero encima hacerlo sin tener la posibilidad de haberlo conocido no tenía nombre.

Volví a insuflar, su pequeño tórax se elevaba por el aire que yo le daba.

—Vamos, Koemi, vamos, lucha —la animé colocando los dedos en el

punto justo del esternón para masajearlo sin descanso—. Venga, pequeña, soy tu papá, ¿me oyes? He venido a buscarte y no pienso perderte. Sé que no me conoces, pero lo harás, te lo garantizo, y me querrás tanto como yo ya te quiero a ti. Además, están el abuelo y la abuela, que te van a adorar y a consentir. Solo has de respirar un poquito y abrir esos ojitos para que papi sepa el color que tienen. —No podía dejar de hablarle, era como si de ese modo fuera capaz de darle motivos para que regresara a mí. «No vayas hacia la luz. Michael, joder, tráela de vuelta. La necesito», dije mentalmente. Los ojos me ardían, la angustia se apoderaba de mi pecho a cada segundo que transcurría sin lograr que reaccionara—. Venga, pequeña, los Yamamura somos muy fuertes. Estoy seguro de que puedes hacerlo, solo sigue mi voz y respira, Koe. Por tu mamá, por mí, por todos los que te quieren. Te juro que te llevaré a lugares maravillosos y te compraré millones de helados. — ¡Maldición! ¿Dónde estaba la maldita ambulancia? Me agaché para volver a cubrir su boca con la mía cuando su cuerpecito convulsionó y comenzó a sacar agua. La puse de lado para que no se atragantara, ayudándola a expulsar todo el líquido de sus pulmones. Apenas me lo creía, estaba reaccionando —. Eso es, mi vida, buena chica, lo estás haciendo de maravilla —la animé. Su cuerpecito dejó de sacudirse y se incorporó para mirarme a los ojos y robarme el poco aliento que me quedaba. Azules, los tenía tan azules como el cielo de verano, exactos a los de Jen. Parpadeó un par de veces y me sonrió, creo que no había visto nada más hermoso en mi vida. Ahora comprendía el significado de su nombre, mi hija era pura alegría.

No pude contenerme y la abracé con cuidado, encerrándola entre mis brazos para no dejarla marchar nunca; sintiendo por primera vez la calidez de su abrazo contra mi cuerpo. Ella no se extrañó, colocó sus mullidos bracitos alrededor de mi cuello y exhaló un suspiro de gozo que me llenó el corazón. Cómo un gesto tan simple podía contener tanta emoción. Fue entonces cuando escuché el llanto desgarrador procedente de Jen, estaba de rodillas llorando desconsolada contra el césped.

Tenía miles de emociones encontradas. Por un lado, la odiaba profundamente por haberme ocultado algo así, y por otro, me destrozaba contemplarla de ese modo. Jen había pasado por mucho, primero la muerte de Michael y ahora pensar que había perdido a nuestra hija.

Pero seguía sin comprender cómo había sido capaz de hacerme eso. Cuando estaba dispuesto a escucharla, incluso a perdonarla por sus infidelidades y sus engaños, se las arreglaba para darle una segunda vuelta de tuerca a la situación para enviarme al punto de partida. ¿Es que no terminaría nunca de conocerla? ¿Quién era la verdadera Tormenta?

—¿Mami? —Escuché por primera vez la voz de mi pequeña llamar a su madre. Había sido apenas audible, pero lo suficientemente alta para que yo la escuchara; estaba un poco ronca del esfuerzo, aunque tenía un tono dulce y melodioso.

—¿Quieres ir con mamá, pequeña? —Ella asintió contra mi pecho, refugiándose en él como si lo hubiera hecho siempre. ¿Cómo podía sentir tanto amor por alguien que acababa de conocer?—. Está bien, cielo, yo te llevaré con mamá.

Me levanté recorriendo la distancia que me separaba de Jen, que no dejaba de temblar con un llanto que partía el alma.

—¿*Po* qué *lloa*, mami? —Su cabecita morena se giró contemplando extrañada a su madre.

—Porque nos has dado un buen susto, pequeña, pensábamos que te habías hecho mucho daño en la piscina.

—¿Mami? —dijo en un tono más agudo cuando estábamos a unos pasos de Jen. Ella levantó el rostro y se sujetó el abdomen con fuerza, negando con la cabeza ante la evidencia.

—¿Koe? —murmuró, incrédula, viendo la sonrisa que cubría el rostro de la niña—. ¡Koeeeeeeee! —Se levantó y vino corriendo hacia nosotros para fundirse en un abrazo liberador. No la aparté, aunque reconozco que me quedé rígido ante su contacto—. ¡Oh, Dios mío, cariño, pensaba que te había perdido! —Tomó su rostro con las manos para llenarlo de besos. Las lágrimas seguían cayendo, pero esta vez parecían de alivio al comprobar que seguía viva—. Lo siento mucho, mi vida, ¿estás bien? —inquirió revisándola, intentando encontrar algo fuera de lugar.

—*Zi* —respondió resuelta.

—¿Y Joana?, ¿y Mateo? ¿Los viste, cariño? —Ella asintió y señaló la puerta de la verja—. ¿Se los llevaron? —Volvió a asentir.

—Y Koe *pummm awa*. —Jen cerró los ojos llena de ira. Sabía cuándo estaba enfadada, ahora lo estaba y mucho, aunque no era nada

comparado a cómo me sentía yo. Masculló un impropio antes de suavizar el gesto y acariciar a la niña.

—Ahora ya está, cariño, ya estás a salvo, mamá está aquí y va a impedir que nada malo te ocurra.

—Y papá tampoco va a dejar que nada malo te suceda —la interrumpí. Ella levantó los ojos avergonzada, mientras mi pequeña volteaba el rostro hacia mí. Sus pequeñas manitas me acariciaron la cara tratando de memorizar mis rasgos o de familiarizarse con ellos. Su mirada interrogante, esa forma de fruncir el ceño, eran exactas a las de su madre. Jen suspiró.

—Y papá también, por supuesto —corroboró con cautela. Me alegré de que no me contradijera, estábamos sobre la cuerda floja y un mal paso sería determinante. Nuestros ojos se encontraron; los de ella, suplicantes, los míos, heridos. Teníamos tantas cosas de las que hablar que no sabía ni por dónde íbamos a empezar.

Aquel fue el momento escogido por los sanitarios para aparecer frente a nosotros, interrumpiéndonos, tal vez fuera mucho mejor así, necesitaba calmarme y coger perspectiva.

Jen solo les dijo que se había tratado de un despiste, que Koe había salido al jardín y la encontramos flotando en el agua. Le hicieron un reconocimiento para ver si estaba bien y, tras comprobar absolutamente todo, dijeron que solo se había tratado de un buen susto, aunque, si no hubiera sido por mi rápida actuación, podría haber resultado letal. Le aconsejaron vallar la piscina para que no volviera a ocurrir y no dejar a la niña sin vigilancia en el jardín. Después se marcharon dejándonos a solas de nuevo.

—Voy a bañar y cambiar a Koe. Tú también puedes hacerlo, si quieres, tengo algo de ropa de... —Se le quebró la voz, intuí que se refería a prendas de su hermano. Respiró profundamente antes de proseguir—. Gracias, no sé cómo agradecerte esto. Siento mucho cómo han ido las cosas y...

—Será mejor que hablemos luego, ahora no es momento —concluí mirando a nuestra hija, que nos contemplaba sin entender.

—Tienes razón, lo siento. —Apenas la reconocía, Jen se había empequeñecido, era como si todo su coraje se hubiera evaporado

dejándola reducida a un amasijo de nervios. Por un lado, quería vapulearla, sacudirla, echarle en cara todo lo que nos había hecho por callar. Y por otro, solo me apetecía encerrarla entre mis brazos y decirle que todo iba a salir bien a partir de ahora y que no iba a consentir más mentiras. Me odiaba a mí mismo por sentir dos cosas tan contradictorias.

—Entremos —terminé diciendo antes de meter la pata y arrepentirme después.

Me indicó la habitación donde podía cambiarme, tenía un baño privado y un armario con unas cuantas camisetas y ropa de deporte. Me saqué el jersey empapado, escuché su aliento contenido y como miraba mi torso desnudo con anhelo. Al parecer, no le era indiferente.

—Yo, eh, perdona, solo venía a buscar la ropa mojada para secarla, pensaba que ya estabas en el baño. —Bajó la mirada y no sé qué me impulsó a hacer lo que hice. Me saqué los pantalones y calzoncillos a la vez, quedándome solo con los calcetines, y se los lancé a los pies. Sus mejillas se sonrojaron como si fuera la primera vez que me viera desnudo, después me quitó la prenda que cubría mis pies, que siguió la misma suerte que el resto. Ella se agachó, lo recogió todo y no pudo evitar mirarme de soslayo. No estaba empalmado, la situación no era como para estarlo, pero, aun así, volví a ver el deseo ardiendo en su mirada al encontrarse con mi sexo, y este respondió tensándose para darle la bienvenida. «Traidor», murmuré para mis adentros. Jen gimió por lo bajo, provocando otra sacudida entre mis piernas.

—*Chicha, chicha.* —Una vocecilla juguetona asomó tras la silueta de su madre, haciendo que esta enrojeciera hasta las raíces—. *Chicha, gande,* mami. —Me cubrí con las manos, no estaba preparado para ese tipo de intimidad todavía, la pequeña apuntaba con su dedo a mi entrepierna.

—Eso no se dice, Koe, ni se mira. Anda, vamos al agua.

—Koe *awa* papi —sugirió sin maldad. Jen se quedó muy quieta mirando con sorpresa tanto a mi hija como a mí. Parecía incómoda ante la insinuación de la pequeña. Y yo no me creía que me hubiera ganado el título de «papi» con tanta facilidad, aunque debía reconocer que me calentaba el alma su rápida aceptación.

—Koe, cariño, papi quiere ducharse y mami ya te ha preparado la bañera en mi habitación. —Trató de persuadirla—. Justo como a ti te

gusta, calentita y con mucha espuma para jugar. —Ella agitó negativamente su pelo moreno, que yacía pegado a su rostro por el agua.

—Koe *awa* papi —repitió afirmando lo que había dicho. Jen resopló.

—Vamos a ver, peque, no seas cabezota. Papá necesita intimidad, él... —Él va a bañarse con su Koe —solté con más naturalidad de la que sentía. Me había perdido demasiadas cosas y si mi niña quería bañarse conmigo, así iba a ser. Sus hermosos ojos azules se abrieron con deleite emitiendo una sonrisa que hizo que mi corazón latiera desbocado. Después corrió directa hacia mí, tan desnuda como yo estaba, sin pudor, sin vergüenza, con aquella naturalidad de los que no ven maldad en un cuerpo desvestido, aquella sublime inocencia infantil que le permitía corretear resuelta sin plantearse si aquello estaba bien o mal. No pude evitarlo, abrí los brazos contagiado por su alegría y la subí a mi torso para lanzarla por los aires y que ella se carcajeara con deleite.

—Si no lo veo, no lo creo —murmuró Jen, que nos contemplaba atónita. Bajé la mirada para ofrecerle una sonrisa sincera, a la que respondió con una trémula—. Mi habitación es la de al lado, ¿crees que...?

—¿Que sabré bañar a nuestra hija? —terminé incrédulo. Ella apretó los labios consciente de lo que iba a decir—. Creo que si pude bañarte a ti en Dubái y salvarla a ella de la muerte seré capaz de enjabonarla, ¿no te parece?

—Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Entonces, voy a poner tu ropa en la secadora, os dejaré tranquilos.

Estuvimos un buen rato en la bañera, me deleité con los juegos de mi pequeña. Le encantaba soplar la espuma de jabón y que yo le hiciera pompas con uno de esos cacharritos de plástico que contenía jabón para que soplara e hiciera burbujas. Ella reía a boca llena aplastando las pompas entre sus manitas exigiendo que hiciera más.

Tras la sorpresa inicial de entrar en la habitación de Jen, había logrado recuperar la normalidad, pero es que no había sido sencillo encontrarme con la obra que pendía en la cabecera, que no era otra que la misma que yo conservaba en Tokio. ¿Por qué la había replicado? ¿Por qué la tenía allí? No quería hacerme ilusiones donde no las había, pero es que ese cuadro era tan nuestro, tan íntimo, se percibían tantas cosas que era incapaz de apartar la vista de él sin hacerme miles de preguntas.

La habitación era grande, amplia, con muebles de diseño en color plata en una fusión entre lo clásico y lo moderno. El baño seguía el mismo estilo de la habitación, gozaba de mucha amplitud y luminosidad, con una bañera de hidromasaje que parecía más bien una piscina para dos. Mi hija se empeñó en encender los chorros al grito de «*Bubujas*», apretando ella sola el botón de encendido. Claramente, no era la primera vez que lo hacía y que se bañaba allí.

Llevábamos cerca de media hora cuando Jen hizo acto de presencia.

—¿Estáis bien? —Parecía nerviosa, sin saber cómo sobrellevar esa situación que la incomodaba.

—¡*Ziiiiiiii!* —exclamó entusiasmada Koe—. Mami, ven *awa* con papi y Koe.

—No, cariño. Mami no va a la bañera hoy, es suficiente con que estés con papi. Además, ya has de salir, es tu hora de la toma y si no te saco ya, acabarás arrugada como una pasa. Mira tus deditos. —Ella los levantó contemplándolos, para soltar un sonido de disgusto que me hizo sonreír. Jen tendió una toalla desplegándola con la intención de arroparla. Yo tenía a Koe entre los brazos, el agua se había enfriado y apenas quedaba espuma.

—¿Me la pasas, por favor? —inquirió prudente. Era cierto que se la podría haber pasado sentado, pero no lo hice. Me levanté del agua con ella en brazos percibiendo cómo contenía la respiración al contemplarme. Después se la pasé notando el rosa oscuro que volvía a encender su rostro, me gustaba la sensación de cohibirla tanto cuando Jen siempre era quien llevaba la voz cantante.

Jen se apropió de Koe y salió del baño para secarla y vestirla sobre la cama.

Yo cogí una toalla del toallero para anudarla en mi cintura. Qué fácil podría haber sido todo y qué difíciles se habían puesto las cosas, suspiré saliendo del baño para entrar en la habitación. Lo primero que me encontré fue a Jen doblada en sí misma vistiendo a la pequeña.

El vestido que llevaba se amoldaba perfectamente a sus curvas y la cremallera que recorría de arriba abajo su espalda me hacía pensar en cosas que no debería. Mi miembro protestó al contemplar su perfecto y redondo trasero, enmarcado por la ropa negra. ¿Sabía esa mujer lo que

desataba con esa ropa?

Por el reflejo del espejo se cruzaron nuestras miradas, Jen se mordió el labio como solía hacer cuando se excitaba. Pestañeó deslizando sus pupilas al igual que las pequeñas gotas de agua que salpicaban mi torso y se detuvo justo en el bulto que apretaba la única pieza que llevaba sobre el cuerpo. Mentiría si no dijera que me gustó verla así, contemplándome con lujuria. Sus dedos habían dejado de vestir a nuestra hija, que reía tratando de librarse de los calcetines. Suspiró con fuerza sin que yo hiciera nada para librarla de su incomodidad.

—Tienes la ropa en la habitación de M... —interrumpió la frase, su mirada de deseo se opacó por el dolor—, de al lado —terminó diciendo—. Ya la tienes seca.

—Gracias. —No dije nada más. Tenía los puños apretados por la contención, me había imaginado deslizando esa maldita cremallera y lamiendo con gozo cada pulgada descubierta. Estaba a punto de salir del cuarto con una erección que apenas me dejaba dar un paso cuando la oí.

—Ehm, Jon —me interrumpió deteniéndome—. ¿Puedo pedirte un favor? —Su tono era muy suave y cauto.

—Prueba. —No sabía qué quería pedirme y apenas me podía girar si no quería que se diera cuenta de lo que me provocaba.

—Necesito que alguien me baje la cremallera del vestido, esta mañana me ayudó Joana y ahora... —No terminó la frase. Tampoco necesitaba que dijera más. Avancé a grandes zancadas intentando no pensar en lo que iba a hacer. Me puse tras ella y tiré de la pieza metálica, descubriendo su adorable piel. ¡Mierda! Era prácticamente lo que había imaginado, menudo ejercicio de contención. Apreté la mandíbula para no dejar salir mi ávida lengua, que al ver que no llevaba sujetador parecía la de un camaleón a punto de zamparse a su insecto favorito. Aunque no pude evitar acariciar el rastro de piel siguiendo el trazado que había quedado marcado por la cremallera. Noté cómo se erizaba, Jen siseaba y mi miembro estaba listo para empujar. Estaba enloqueciendo, ¿cómo podía plantearme algo así en aquel momento? Me aparté como si quemara, separándome malhumorado por mi falta de dominio. No respondí a su «gracias», necesitaba alejarme antes de cagarla, y la dejé a solas con la niña.

¿Por qué la había acariciado? ¿Por qué ese simple roce me afectaba tanto? Si estaba tan enfadado por lo que me había hecho, por su traición, ¿cómo podía desearla de un modo tan voraz? Era un maldito enfermo, un salido, y ella una ladrona que me había robado el corazón y ahora no sabía cómo recuperarlo.

Me vestí lo más rápido que pude, teníamos una conversación pendiente y pensaba mantenerla lo antes posible, no podía seguir así. Traté de recuperar mi enfado, enfundándome en mis tejanos rotos y la camiseta gris que llevaba como si fuera una coraza de guerrero. Supuse que Jen ya habría terminado con la niña. Algo más relajado, me dirigí sin pensarlo a la habitación.

En cuanto crucé la puerta me quedé allí, contemplando la estampa más hermosa que había visto nunca.

Jen estaba desnuda de cintura para arriba dando de mamar a nuestra hija. La dulce boca de Koemi tiraba hambrienta de su pecho succionando con avidez, acariciando la suave protuberancia con la mano que le quedaba libre. Era un momento tan mágico, tan íntimo y poderoso que me privó de mi aliento. La mujer que había sido el amor de mi vida miraba a ese milagro que habíamos hecho entre los dos, le sonreía paciente tarareándole una canción escrita solo para ellas. Se las veía tranquilas, relajadas, cómplices. Cuántas cosas maravillosas me había perdido por no querer escucharla. Ahora comprendía a Michael y su insistencia en que hablara con su hermana. Él lo sabía, sabía que había cometido el mayor error de mi vida al separarla de mi lado, pero ¿cómo podría perdonar a Jen ahora que conocía su mayor secreto? ¿Cómo salvar la distancia que ella misma había interpuesto al ocultar mi paternidad?

Los ojos azules impactaron contra los míos, al principio como una liebre asustada en presencia del lobo, después con culpa, con arrepentimiento, intentando transmitir lo que sus labios no decían.

¿Podía una mirada decir más que mil palabras? Entre nosotros siempre había sido así, pero... ¿Y ahora? ¿En qué punto estábamos?

Me aparté del marco y me alejé, sintiéndome tan perdido como ella.

Capítulo 28

«Por Dios, Jen ¿qué has hecho?», me pregunté cuando lo vi contemplándome desde la puerta con tanto dolor, tanto reproche, que me faltó el aire.

Todo en mi vida habían sido malas decisiones, todo, excepto Jon, que me había hecho los mayores regalos de mi vida. Por un lado, el descubrimiento del primer amor y, en segundo lugar, a mi hija.

Y yo ¿qué había hecho con sus regalos? Los había cubierto de mentiras, rindiéndome a la primera de cambio. No fui capaz de buscar soluciones y me marché como una maldita cobarde, me oculté y me demostré a mí misma que era una maldita egoísta.

Mis ojos volvían a estar brillantes.

¡Menuda mierda! ¿Por qué no podía dejar de llorar? No recordaba haber llorado tanto en mi vida, ni siquiera cuando mi padre le fracturó el brazo a Michael por protegerme y lo mantuvo dos días atado fuera de la caravana sin atenderlo, en pleno invierno y sin otro abrigo que unos calzoncillos.

Aquello fue muy duro, pues, tras ese episodio, Michael sufrió una pulmonía que casi le cuesta la vida. Aún me pongo mala al recordarlo. Lloré a mares, suplicando por él, aprendiendo que mis lágrimas tenían el mismo valor que cero. No servían, eran inútiles y si las utilizaba para implorar perdón, los castigos se volvían más crueles y era mi hermano quien sufría las consecuencias.

Así que me prohibí llorar, anulé esas emociones que me hacían perder el alma por los ojos para resguardarlas bajo una fría coraza de indiferencia, hasta hoy. Ahora era incapaz de detenerlas y caían

profusamente a cada momento.

Koe cerró los ojos quedándose completamente dormida, como era habitual, y la llevé a su habitación para dejarla en la cuna. No había nada como un buen baño y darle el pecho para que cayera rendida.

Me puse ropa cómoda, unas simples mallas y un jersey de cuello alto. Me conciencí, estaba dispuesta a suplicar si era necesario. El orgullo no me había llevado a ninguna parte con él y estaba claro que, si quería que como mínimo no me arrebatara la custodia de Koemi, debía ser yo la que implorara su perdón.

Lo encontré en el comedor, contemplando las fotos que tenía de nuestra hija sobre el aparador blanco. Sabía que tenía que romper el hielo y, aun así, fue él quien habló primero.

—Parecéis muy felices. —Su tono era ronco, desprovisto de toda emoción, o tal vez lo que yo percibía así no era más que dolor mudo.

—Sí —afirmé con suavidad—. Koe me devolvió la sonrisa cuando creí que eso era imposible, por eso le puse ese nombre. —No se giró, simplemente tomó uno de los marcos entre sus manos para recorrer los labios sonrientes de nuestra pequeña—. En esa foto tenía nueve meses —aclaré acercándome con prudencia. Jon la dejó sobre el mueble y me sorprendió dándose la vuelta.

—¿Por qué, Jen? ¿Por qué me apartaste así de mi propia hija? —Sus palabras quemaban, ardían, esparciéndose como un ácido corrosivo en mis entrañas. Pero no aparté la mirada, no era una cobarde, nunca lo había sido y no iba a empezar a serlo ahora. Asumiría mi culpa e intentaría lidiar con ella.

—No voy a excusarme, puedo darte mis motivos, pero la conclusión siempre será la misma: soy una egoísta —expresé sin ambages, levantando la barbilla al anunciar lo que verdaderamente era y sentía—. Puedo tratar de camuflarlo, de teñirlo con palabras bonitas para que creas algo que no es, pero no sería cierto. La verdad es que no quería que me la quitaras, no soportaba la idea de perderla, de que te quedaras con esa pequeña parcela que tan feliz me hacía. Sabía que no ibas a ser capaz de perdonar lo que creías que te había hecho y yo no era capaz de renunciar a ese pedazo de ti en mí. —Nunca había sido más sincera que en aquel momento. Él resopló y yo me mordí la parte interior del labio.

—Lo que acabas de decir no tiene sentido, Jen, ¿cuándo te he quitado yo algo? Me entregué a ti desde el primer momento, te lo di todo, incluso a mí mismo. Siempre intenté que fueras feliz hasta que... —Se calló como si le doliera demasiado.

—Hasta que te traicioné —finalicé su frase, sintiéndome la peor arpía del planeta—. Aunque mi traición iba mucho más allá que acostarme con Matt. Puedes creerme o no, te juro que no supe lo que ocurría hasta que te vi gritando en la puerta, aunque soy consciente de que eso ya no importa porque te traicioné mucho antes utilizándote para mi propio beneficio —reconocí sin pudor—. Porque no sé hacer otra cosa, Jon, porque no sirvo para estar con nadie, porque estoy tarada y no sé comportarme de otro modo. No pretendo excusarme, sino enfrentarme a mi realidad, por ingrata que sea. Incluso con mi hermano me he comportado siempre así, como si yo fuera el ombligo del mundo. Él siempre se preocupó de lo que me ocurría y yo, de nada. Cuando dejamos de vivir juntos, dejé de hacerlo; supongo que pensaba que era lo suficientemente fuerte y que no me necesitaba. —Solté una risa sin humor—. ¿Sabes por qué no vino nadie hoy a su entierro? —El pecho se me constreñía, casi no podía ni hablar al pensarlo. Jon movió la cabeza de lado a lado.

—No.

—Porque no sabía a quién llamar —confesé—. Su móvil se quemó con él y su cartera también. Y yo ni siquiera sabía dónde vivía o trabajaba. ¿Lo puedes creer? Tan poco me interesaba su aburrida vida que no se lo pregunté nunca, ¿qué tenía de excitante ser contable? Lo obvié, Jon, no me parecía lo suficientemente interesante como para que tuviera nada que decirme sobre su empleo. Hablábamos de mí o de cómo veía la vida. A veces de su último ligue, a quien nunca le pusimos nombre, pero la realidad es que jamás me importó en qué empresa trabajaba o si le hacía verdaderamente feliz. —Me dejé caer en el sillón, abrumada por mis pensamientos—. No conocía a sus amigos porque si no era él quien venía a casa o me llamaba, yo seguía viviendo en mi mierda de mundo, ajena a todos y a todo. —Enterré la cara en las manos buscando un consuelo que no tenía—. Y ahora es tarde. No está, lo perdí igual que a ti. Igual que a nuestra hija, a quien he estado a punto de enterrar junto a mi hermano.

Igual que a Joana o al pequeño Mateo. Soy lo peor y no me extraña que no quieras ni verme o que quieras otra madre para tu hija, ¿qué valores voy a ser capaz de enseñarle? No quiero que ella sea como yo. —Los temblores me sacudían de arriba abajo—. No sé querer, Jon, no sé en qué momento dejé de hacerlo o si supe amar alguna vez. Tal vez nunca lo sentí de verdad y fue un simple espejismo, pero está claro que todo lo que hago está mal y todas las personas que se acercan a mí terminan heridas o muertas. Por eso comprendo que quieras llevarte a nuestra hija y apartarla de mí, porque yo haría exactamente lo mismo si fuera tú.

La culpa era tan grande, tanto, que apenas me daba margen para que el oxígeno llegara a mis pulmones. Me hice un ovillo lleno de angustia, no podía aguantar más. Mi vida al completo se había derrumbado, ya no me quedaba nada, solo ese vacío que me succionaba empujándome a desaparecer, a desintegrarme. Todos serían mucho más felices sin mí.

Lo sentí rodeándome por completo, me levantó en sus brazos sosteniéndome y apretándome contra su corazón para tomar asiento y permitir que me desahogara contra su pecho.

Lloré hasta que ya no me quedaron lágrimas, hasta que ya no me quedaron fuerzas para seguir haciéndolo. Él no dijo nada, como aquella noche en Dubái; se quedó allí, aferrándome, rodeándome con su fuerza, calmándome con las sutiles caricias que emitían las yemas de sus dedos. Acompasando su respiración a la mía hasta que sintió que dejé de llorar.

—No voy a quitarte a Koe, aunque no por falta de ganas. —Levanté los ojos, su rictus era serio—. Yo tampoco te voy a mentir, Jen. De hecho, creo que nunca lo he hecho. —Ahí estaba, un zasca como Dios manda—. Si vine hasta aquí, fue con la intención de perdonar tus infidelidades, porque me di cuenta de que prefería vivir una vida junto a ti tratando de perdonar, que no volver a tenerte nunca. —Sentí cómo el aire me abandonaba perdida en sus ojos negros—. Pero tras lo de hoy, no sé si voy a ser capaz de hacerlo. Te deseo, eso ha quedado claro, eso siempre estuvo ahí, pero me has hecho tanto daño que no sé si en algún momento podré olvidar lo ocurrido. —Dios, cómo la había podido cagar tanto con él. Si hubiera podido dar marcha atrás, habría sacrificado todo lo que tenía por no haberlo dañado tanto—. Sé que tu vida no ha sido fácil, que tienes muchos traumas, pero tu hermano vivió la misma

infancia, así que eso no excusa tu comportamiento ni hacia mí ni hacia los demás. Me entregué por completo desde el principio, aguardando que te dieras cuenta de que mis sentimientos hacia ti eran sinceros, intentando no presionarte; dándote tus tiempos, tan distintos a los míos. La primera vez que te escuché decirme «te quiero» pensé que ya podía morir e ir al cielo. Te convertiste en el eje de mi vida, Jen, y creo que ese fue precisamente el error; tanto el mío como el de todos quienes te rodean. Tienes ese magnetismo, ese poder animal que hace que todo el mundo gire en torno a ti, pero eso es un arma de doble filo porque no dejas que verdaderamente nadie se te acerque lo suficiente. Te envuelves en tu mundo y actúas sin mirar atrás, sin medir las consecuencias de tus actos. Los demás también tenemos sentimientos, Jen, nos hieres dejándonos al margen, creyendo que tienes la verdad absoluta en todos tus actos, y has de entender que no puedes decidir por todos.

—¿Y crees que no lo sé? —Traté de levantarme, incómoda, dolida por sus palabras; que supiera que eran ciertas no quería decir que no escocieran. Pero él no me dejó ir reteniéndome contra su cuerpo. Ser tan transparente y que el hombre al que no has dejado de amar ni por un instante te diga eso jode.

—No huyas de mí, gata. Enfrentate a tus errores, deja de escabullirte de una vez.

—¿Que me enfrente? ¿Qué más quieres que te diga, Jon? Ya te he reconocido que soy una maldita egoísta de mierda, que no sé querer. Te he ofrecido a mi hija, que es lo único que me queda en la vida. ¡No tengo más!

—Nuestra hija —me corrigió. El corazón me iba a mil.

—Nuestra hija —concedí—. ¡Ya no me queda nada! El dinero carece de valor y tú tienes demasiado para ofrecerte eso, sé que te ofendería y no quiero eso.

—¿Y qué me dices de tu corazón, gata? —Le eché una mirada salvaje.

—Ese nunca fue de mi propiedad. Una vez pensé que sí, creí ser capaz de conservarlo, pero lo perdí.

Apenas podía controlar las ganas de besarlo y eso me hacía sentir mal. Acababa de enterrar a Michael, Joana y Mateo estaban en peligro, y yo solo tenía ganas de que me besara para dar rienda suelta a lo que me

pedía el cuerpo. Bufé y me incorporé sin que Jon me lo prohibiera. Lo miré dubitativa, sin saber qué esperar de aquella situación que me tenía descolocada.

Mi cabeza era un caos, no podía quitarme a mis amigos de ella a sabiendas de las intenciones de Matt para ellos. Solo había una persona que podía ayudarme a localizarlos y pactaría con el mismísimo diablo si fuera necesario para que no les ocurriera nada.

Se había terminado eso de pensar solamente en mí.

—Jon, sé que este ha sido nuestro final, que no tengo opciones ni cartas que jugar y que no tengo derecho a pedirte nada, pero necesito un último favor. —Su mirada esperanzada me descolocó, pero seguí adelante con lo que quería pedirle—. ¿Puedes llevarte a Koe por un tiempo a vivir contigo? Me has dicho que no me vas a quitar la custodia, así que entiendo que la compartiremos, pero ahora necesito sobreponerme, no quiero que mi hija me vea así. —Se levantó del asiento entrecerrando la mirada.

—¿Por qué me da la sensación de que vuelves a mentirme? ¿Es que no has aprendido la lección? —Se puso a mi altura sin darme tregua. Yo resoplé, era cierto que era una verdad a medias y que, si quería cambiar, no iba por buen camino. Reculé en mi discurso, al fin y al cabo, era el padre de mi hija.

—Está bien, quiero que te lleves a Koe porque quiero ir a por Joana. No pienso dejar que ese desgraciado la mate por muchas barbaridades que el padre de mi amiga le hiciera a su familia. Ella ahora forma parte de la mía, al igual que Mateo. Sé que si Michael estuviera aquí tampoco se habría quedado de brazos cruzados, pero no puede ir a por ellos desde el más allá, así que me corresponde a mí librarlos de esta. Es imposible ir al rescate si tengo conmigo a Koe. ¿Lo entiendes? Debo asegurarme de que no le pasará nada y tú eres el único a quien se la confiaría.

—¡Menudo honor! —bufó molesto—. ¿Y pretendes enfrentarte tú sola a una mafia de matones?

—No. —Bajé la mirada, respirando para soltar lo que pensaba hacer—. Tengo alguien en mente a quien acudiré para que me ayude. No voy a mentirte, a partir de hoy no va a haber una sola mentira más entre nosotros, te doy mi palabra —afirmé con una mirada directa—. No sé qué

deberé arriesgar para que me ayude o a qué tratos deberé llegar. — Aunque lo intuía. Solo había una cosa que Petrov deseaba y que no le había entregado: a mí misma, y estaba convencida de que si lo hacía salvaría a Joana y a Mateo. Lo miré con convicción—. Haré lo que haga falta para liberarlos.

—¿De quién narices estás hablando? —preguntó enfadado.

—Eso no importa, Jon, lo único importante es salvar sus vidas.

—Ahora va a resultar que te has vuelto Santa Teresa de Calcuta. O eres una egoísta, o una desprendida.

—Me da igual lo que pienses de mí —protesté—. Creo que ya me ha quedado lo suficientemente claro. —Ahora la que estaba enfadada era yo—. Para ti, que vaya a por Joana y su hijo puede ser un acto egoísta, pero para mí no lo es, aunque no lo entiendas.

—¿Y has pensado en Koemi? Acaba de perder a su tío, no creo que lo mejor para ella sea perder a su madre. —Puse los brazos en jarras.

—A mí no me perderá, sé lo que me hago y a quién voy a acudir.

—En ningún momento se te ha ocurrido pedirme ayuda a mí, ¿verdad? —Abrí los ojos como platos—. Siempre he sido tu última opción en todo, Jen, incluso ahora. —Estaba dolido, pero es que no quería que viniera conmigo. Si algo salía mal como Jon sugería y le ocurría algo, sería tan doloroso como perder a mi propia hija. No podía perder a ninguno de los dos, aunque Jon no me perteneciera, y Koe se merecía tener a su padre, ya se lo había quitado durante demasiado tiempo.

—Cree lo que quieras, yo solo quiero saber si te quedarás con Koe.

Jon iba a contestar cuando escuchamos un estruendo en la parte de arriba, los dos nos miramos a los ojos y nos precipitamos escaleras arriba.

En cuanto vi al tipo todo vestido de negro agazapándose sobre la cuna de mi hija no lo pensé dos veces y me tiré sobre él como una pantera enfurecida.

—¡Suéltala, maldito cabrón, no os la llevaréis a ella también! —Iba cubierto de pies a cabeza, pero por su complexión sabía que no se trataba de Matt—. Ya le puedes decir a Matt que a mi hija no le vais a tocar un pelo y que voy a cortarle los huevos esperando a que se desangre como el cerdo que es. Quiero que los suelte, ¿me oyes? ¡Díselo o te mato!

—¿C-cómo? —murmuró el tipo bajo el pasamontañas. Jon entró tras de mí.

—¡Bájate de encima de ese malnacido y déjame a mí! —Mi hija estaba ojiplática mirándome desde la cunita.

—Tranquila, Koe. Este señor es el ayudante de Santa Claus, mami solo le está pidiendo los regalos de Navidad. Es un elfo bastante travieso. —No quería que mi hija se asustara y cogiera más miedos de los que seguramente tendría.

—¡Jen! ¡Basta! ¡Suéltame! ¡Soy yo! —Me estaba volviendo loca, rematadamente loca. Escuchar a ese tipo era como oír a mi hermano—. *¡Surioarǎ!* —escuché antes de ser arrancada por Jon y que este golpeara a nuestro atacante en el hígado. El enmascarado soltó una maldición y yo un grito.

—¡Para, Jon! —reaccioné con agilidad saltando esta vez sobre el hombre que amaba.

—¿Te has vuelto loca o tienes complejo de koala, gata?

—Detente, él es... —No me hizo falta continuar, el hombre se dio la vuelta quitándose el pasamontañas.

—¡Joder! —soltó Jon tan incrédulo como yo—. Pero ¿cómo? ¿Qué?

—*¡Ío Make!* —chilló Koe con muchísima alegría. La pequeña estaba loca con su tío, que la consentía a todas horas.

—¿Dónde está mi princesa? —preguntó este desviando la atención hacia mi hija para tomarla en brazos.

La situación me superó tanto que caí redonda contra el suelo.

Cuando abrí los ojos, estaba en la cama y seis pares de ojos me contemplaban con preocupación.

—*Surioarǎ*, ¿estás bien?

—¿Que si estoy bien? ¡¿Que si estoy bien?! ¡¿Cómo tienes el valor de preguntarme eso?! —estallé para lanzarme contra él y aporrearle el pecho—. ¡Te vi morir, Michael! ¡Explotaste por los aires! ¡Te enterré esta mañana después de una semana sintiéndome muerta por dentro! ¿Cómo tienes el valor de aparecer vivo y preguntarme si estoy bien? —Tanto él como Jon me miraban perplejos. Realmente parecía una loca desquiciada, pero a quién se le ocurría morir y resucitar.

—Vamos, deja que te lo explique, Jen. Realmente, salté por los aires —

dijo con pena profunda—. Solo que no era yo, sino mi compañero Richard — argumentó a modo de explicación.

—¿Richard? ¿Y quién diablos es Richard? ¿Y qué hacía ese compañero tuyo subido en el coche conmigo? ¿Era otro contable en busca de emociones fuertes? —Mi hermano cerró los ojos contenido.

—Si te tranquilizas, igual puedo contártelo. ¿Por qué no bajamos y dejamos a Koe en el parquecito, mientras los tres aclaramos lo sucedido? Ahora mismo me estoy saltando un montón de normas por estar aquí.

—¿Ah, sí? ¿De quién? ¿De san Mateo, patrón de los contables?

—Vamos, Jen, sé racional. He venido porque soy incapaz de seguir viéndote así, si no lo he hecho antes es porque no he podido.

—¡Alabado sea Dios! Así que no podías resistir —bramé como una loca—. ¿Y crees que yo podía resistir lo que me has hecho? Además, ¿qué normas te estás saltando? ¿Es algún código de los contables que desconozco? ¿Y desde cuándo llevas viéndome?

—Te juro que contestaré todas tus preguntas, pero necesito que estés más calmada o va a darte un ictus.

—¡Oh! Lo que me faltaba, ahora el zombi de mi hermano sufre por si me da un ictus. —Volví a golpearlo arremetiendo contra él—. ¡Casi me muero desde hace una semana! ¿Y a ti te preocupa ahora mi salud mental? Créeme, Michael, esta no te la perdono. Vas a desear haber estallado esa noche en vez de tu amigo. —Sus ojos azules se tiñeron de dolor.

—No frivolices con lo ocurrido, Jen, te garantizo que me hubiera cambiado por él sin dudarlo. Richard tenía mujer e hijos, mientras que yo no tenía nada.

—¡Me tenías a mí! —grité cabreada como nunca—. Y a tu sobrina, a Joana y a Mateo. No me fastidies, Michael. Lo siento por tu compañero, pero no es justo lo que acabas de decir.

—¿Qué os parece si nos tranquilizamos todos? —intercedió Jon—. Está claro que hay muchas cosas que aclarar y dudas que responder. —Mi hermano agitó la cabeza afirmativamente.

—Os prometo que responderé a todas vuestras preguntas, pero relajémonos, ¿de acuerdo, *surioarǎ*?

Fui a la cocina a preparar infusiones para todos, obviamente necesitábamos calmarnos. Que Michael hubiera regresado tras creer que no lo haría nunca había sido un *shock* demasiado grande. Tenía a los dos hombres más importantes de mi vida de regreso y no sabía cómo actuar para no volver a fallarles.

A mi hermano por mis continuos desafíos, por obviar sus consejos que lo único que pretendían era mantenerme a salvo y a Jon, por haberle fastidiado su paternidad y haberle roto el corazón. Si quería tener una segunda oportunidad con ambos, debía ceder un poco, intentar escuchar más a Michael y aceptar sus recomendaciones cuando eran positivas. Y con Jon... Con Jon estaba verdaderamente perdida. No estaba segura de si tenía alguna opción de recuperarlo, lo había dañado demasiado y, aunque tuviera un corazón de oro, mis afrentas y mentiras eran casi imposibles de indultar.

Entré en el salón con una confianza que no sentía; mi coraza interior se rompía por momentos, desatando una inseguridad que no era propia de mí.

Ambos estaban sentados en el suelo, uno tan rubio y el otro tan moreno, perdidos en la sonrisa que Koemi les ofrecía ante las carantoñas de ambos.

Era capaz de imaginar una simple tarde de domingo con ellos en esa misma posición y yo trayendo algo para picar, en un ambiente distendido, relajado. Me gustaba tanto la sensación que en ese instante descubrí que era para mí la felicidad. Darme cuenta de que algo tan mundano me hacía estallar de amor hizo que a punto estuviera de tropezar y tirar todo el contenido de mi bandeja por los aires.

Estaba extremadamente sensible, mi coraza se desarmaba por momentos exponiendo mi vulnerabilidad. Me sentía más necesitada de ellos que nunca, de una familia, mi familia.

«Lucha por ellos», me dijo una voz en mi cerebro. Si fuera tan fácil como eso, si todo se arreglara con luchar, lo haría con uñas y dientes hasta lograr que Jon viera en mí su hogar.

—¿Ya estás aquí? —Michel escuchó el sonido de la bandeja sobre la mesita de té.

—Sí, he preparado unas infusiones relajantes de valeriana, kava,

lavanda y melisa. Joana me las compró cuando creímos que habías muerto, apenas lograba dormir. —Vi la pesadumbre en los orbes azules.

—Lo siento, Jen. No podía decirte que estaba vivo, mis superiores de la CIA no me dejaban.

—Auch —me quejé escaldándome con el contenido de la taza. ¿Había oído lo que había oído?—. ¡¿Cómo que tus superiores de la CIA?! —Él exhaló con fuerza.

—Si no te había dicho nada sobre mi verdadera profesión es porque verdaderamente no podía, ni antes ni ahora. Pero eres la única persona que tengo en el mundo y no podía hacer que pensaras lo mismo que el resto, no podía hacerte pasar por esto. Si he venido hoy hasta aquí, jugándome el cuello a riesgo de que me echen, es porque no soportaba verte tan destruida. Tú no eres así, *surioarǎ*.

—¿Que no soy así? ¡Te habías muerto! ¿Qué esperabas? ¿Que me pusiera a bailar la danza del vientre, mientras te achicharrabas? Déjate de milongas, Michael, ¡no sé quién eres! ¿Me estás hablando en serio de la CIA? ¡Pero si tú eres contable, por el amor de Dios! —exclamé exasperada.

—Era una tapadera, al igual que mi muerte, aunque no estuviera planeada. Nos pilló a todos por sorpresa, nadie sabía que el coche estallaría, si no, no te habría dejado conducirlo.

—Solo faltaría —rezongué.

—Trabajo para una división que forma parte del Servicio Nacional Clandestino, el NCS, por eso no te podía decir nada. Estoy ligado a la División de Actividades Especiales y nos encargamos de operaciones encubiertas.

—¡Joder, Michael! Un puto agente de la CIA, ¿eso es lo que eres? No des más rodeos, por favor. —Él movió la cabeza afirmativamente y yo me llevé las manos a la frente—. ¿Me estás diciendo que ese es tu trabajo y que sabes que yo soy una falsificadora y una ladrona, además de piloto de carreras ilegales? ¿Por qué no me has detenido? ¡Pero si tú también corres conmigo! —Me estaba dando taquicardia.

—Respira, vamos. Déjame que te cuente hasta donde puedo sin ponerte en peligro. Las cosas no son tan fáciles y que tú vivas al margen de la ley lo único que ha hecho es complicármelo todo. Pero nunca has

desistido por mucho que yo haya insistido, ¿qué le iba a hacer? ¡Eres mi hermana! —Me dejé caer en el sofá.

—Adelante, soy toda oídos, ilumíname.

—Pero no me interrumpas, por favor, si no, esto será eterno. —Levanté los brazos en señal de rendición.

Así fue como me enteré de que Michael había sido captado por la CIA mientras estudiaba en la universidad. Su profesor de finanzas internacionales rápidamente se fijó en él, en sus aptitudes y, tras una larga reunión, decidieron que realizara las pruebas de acceso cuando terminara la carrera. Como era de esperar, Michael entró; era un buen deportista con mente brillante, habilidades sociales, facilidad para los idiomas, honesto, con capacidad para el trabajo en equipo. En resumen, una perita en dulce para la Agencia Central de Inteligencia, que tras un periodo de formación lo convirtió en uno de sus agentes secretos.

—¿Y por qué corres? —Todavía no salía de mi asombro.

—Porque necesitaban un agente infiltrado en las carreras ilegales para llegar hasta los organizadores de The Challenge y tú eras mi tapadera. — Los ojos casi me dan la vuelta.

—¿Me usaste? —Y yo preocupada porque mi *frãtior* era el bueno de los dos.

—Lo siento, no había otro modo.

—¡Me hiciste creer que era yo la que te inducía! —Se encogió de hombros.

—Forma parte de mi trabajo.

—¿Y puede saberse qué interés tiene la CIA en The Challenge?

—Eso no te lo puedo contar, solo que nada es lo que parece en esa competición. Como ya sabes, el año pasado hubo otro muerto, era un agente encubierto de la Interpol. Esta vez nos ha tocado a nosotros, son mucho más listos de lo que pensábamos. Es un asunto de Seguridad Nacional, así que no puedo decir más. Estoy convencido de que de algún modo alguien me descubrió y por eso manipularon nuestro coche. Lo que no sabían era que yo tenía una reunión ese mismo día con mis superiores para contarles mis avances, que eran prácticamente nulos, y que mi compañero en la sombra, Richard, se cambió conmigo para que todos creyeran que era yo. Debía ser simple, él corría junto a ti y después nos

cambiábamos de nuevo, pero alguien manipuló el coche convirtiéndolo en una trampa mortal y ya conoces el desenlace.

—¡Madre mía! Esto es de locos, ¿y qué hay de mí?

—¿A qué te refieres?

—¿Saben que soy una ladrona? Porque es obvio que sí saben que conduzco.

—No, por el momento. Borré toda huella de tus cambiazos.

—Pero ¿y qué me dices del de Dubái? —pregunté nerviosa, allí no había habido cambiazo.

—¿Dubái? —preguntaron ambos al unísono. Jon, que se había mantenido al margen, pareció interesarse de repente. Yo apreté el gesto.

—Mi jefe me hizo un encargo la noche de tu fallecimiento al cual no me pude negar, estaba en el lugar idóneo y tenía todos los planos. Era un trabajo relativamente sencillo en palacio.

—¿Me estás diciendo que robaste en el palacio del *sheikh*? —Jon parecía desencajado.

—Eso acabo de decir —corroboré.

—¿Y me dejaste tirado ahí dentro? ¡Podían haberme acusado a mí de robo! —Apreté los ojos, ni siquiera me lo había planteado. Estaba tan traumatizada por lo de Michael, las prisas de Petrov, y después estaba lo de salvar mi propio culo, así que volví a obviarlo dejándolo olvidado en el punto de mira. Jon bufó audiblemente.

—¡Ya está bien! —protesté—. Creo que ya he entonado suficientemente el *mea culpa* respecto a mi falta de preocupación por los demás, ¿o acaso dudáis de mi egoísmo? —Los dos se miraron entre sí. No es que esperara que me contradijeran, pero una palmadita en la espalda y un «no eres tan egoísta como crees» no hubiera estado mal.

—¿Y nadie ha dicho nada del robo? —preguntó mi hermano extrañado.

—No, mi jefe me dijo que era un mensaje para el *sheikh*.

—¿Y puede saberse para quién trabajas? —Jon me miraba como un halcón, apenas había tocado su bebida.

—Es ruso, pertenece al grupo de Tomás.

—¿Qué sabes de ellos? —Mi hermano parecía intrigado. —

Poco o nada, que son poderosos...

—Y amantes de lo ajeno —sentenció Jon.

—Sí, bueno, son coleccionistas privados, les interesé porque no dejaba huella. Nunca me habían hecho un encargo como el de Dubái; de hecho, solo he trabajado para el ruso y este era mi tercer encargo. Las otras piezas han sido para coleccionistas americanos que no tienen nada que ver con ellos, que yo sepa.

—Deben pagarte muy bien para que sostengas una vida así —protestó Jon fijándose en todo lo que había a nuestro alrededor.

—No me puedo quejar. Siempre quise una vida donde no pasara penurias, eso no es ningún secreto —lo desafié.

—¿Y Joana? Antes me dijiste algo en la habitación de Koe. —Realmente me estaba preocupando, tenía lagunas de memoria a corto plazo. ¿Qué me ocurría?

—Matt se la ha llevado —le respondí a Michael con preocupación.

—¿Cómo? —El rostro se le desencajó. Sorbí un poco de infusión de la taza, haciéndola chocar con el platillo. Michael se puso en pie—. ¿Qué tiene que ver ese indeseable en todo esto?

—¿Recuerdas la historia de Matt y la de Joana? —Él asintió—. Pues resulta que Joana en realidad se llama Juana y Mateo es el hijo de Matt. Él tenía la intención de vengarse del padre de Joana, pero por lo que pude interpretar hilando las historias de ambos, es que ella escapó. Yo di con ella por casualidad y la acogí en mi casa sin saber verdaderamente de quién se trataba, y Matt terminó dando con ella y su hijo. Pero eso no es lo peor, Michael, mi ex está loco, quiere cumplir su venganza con esa familia y matarla delante de su padre.

—¡Mierda! ¿Cuánto hace que se los llevó?

—Hará unas horas. Matt casi mata a Koemi —susurré flojito—. Si no llega a ser por Jon, que la rescató de la piscina cuando estaba ahogándose, ahora estaría muerta.

Michael fue hacia Jon para estrecharle la mano.

—Gracias, tío. —Él le devolvió el gesto.

—No hay de qué, es mi hija.

—Lo sé, pero si yo hubiera estado aquí, nada de esto habría pasado.

—Ahora estoy yo —expresó Jon haciendo que mi corazón aleteara de felicidad. Sabía que era una frase, que en realidad no quería decir nada, pero cualquier cosa, por pequeña que fuera, alentaba mi esperanza.

—Y yo me alegro de que estés. —Era como una conversación velada dicha

a medias, y no de las que se ponían las mujeres cuando llevaban falda, precisamente.

—¿Queréis dejar de hablar sin decir nada? Joana corre peligro y su hijo también. Algo tendremos que hacer.

—Déjalo en mis manos —dijo Michael muy serio—, aunque necesito más información.

—Y yo te diré todo lo que sé, pero no pienso dejarte el peso de esto a ti, yo iré contigo.

—Y yo —soltó Jon—. Koe puede quedarse con mis padres, ellos sabrán cuidarla.

—¿Tus padres? —pregunté sorprendida.

—Creo que Koemi es justo lo que necesitan. —Giró el rostro para contemplar a nuestra hija, que nos sonreía a los tres.

Capítulo 29

Michael nos detuvo a ambos.

—Lamento interrumpir la discusión conyugal sobre con quién vais a dejar a vuestra hija, pero si los planes de Matt son terminar con la vida de Joana, el tiempo va en nuestra contra. Tus padres no viven a la vuelta de la esquina, Jon, y no sé con qué nos vamos a encontrar. No estáis preparados para acompañarme en una misión como esa, así que lo mejor sería que fuera yo solo.

—¡Ni hablar! —protesté. No pensaba dejar a Michael en la estacada como siempre, o íbamos todos o no iba nadie. Él, que ya conocía mi cabezonería, resopló.

—Hagamos una cosa, *surioară*, facilítame el lugar donde crees que puede estar. Yo iré primero para inspeccionar el terreno e intentar evitar una desgracia, y cuando vosotros tengáis a Koe con sus abuelos, os mandaré a alguien para que os venga a buscar y os traiga. No os preocupéis, no soy tan kamikaze como para ir solo. —No podía negar que sus palabras tenían sentido, aunque todo lo que decía mi hermano lo tenía. No era de extrañar que en esto también tuviera razón—. Estarás conmigo en que no podemos llevar a mi sobrina ni permanecer más tiempo de brazos cruzados dejando a Joana y Mateo en manos de ese impresentable, ¿verdad? —Miré de soslayo a Jon y por su expresión diría que estaba de acuerdo con él.

—Está bien, *frățior*, tú ganas. —Él me premió con una amplia sonrisa—. Pero como les pase algo... —Estaba muy cerca de echarme a llorar. Mi hermano me tomó del hombro con aplomo.

—¿Desde cuándo he incumplido o he faltado a mi palabra? Los traeré

de vuelta, te lo garantizo, e intentaré rescatarlos antes de que pongáis un pie en México. Para eso soy tu héroe, ¿no? —Me levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos—. Además, te lo debo por el disgusto. —Posó sus labios sobre mi frente para darme el cariño que necesitaba. Cuánto lo había extrañado, cuánto me reconfortaba su simple presencia.

—Tráelos a casa, Michael —le imploré sin poder contenerme.

—Lo haré, pero necesito una ubicación. Dijiste que sabías quién te podía ayudar en eso, ¿verdad? —Asentí y fui a buscar el teléfono con el que me comunicaba con Petrov. Si alguien podía saber algo del mexicano, eran él o Tomás, y con este último no tenía buena relación.

—No estaría de más que llamas a tus padres, Jon. ¿Crees que alguno de ellos vendría a cuidar a mi sobrina?

—Eso déjalo en mis manos, seguro que ambos están encantados de conocer a su única nieta —anunció muy convencido.

Yo me fui al jardín para hablar con el ruso, necesitaba cierta privacidad.

Al tercer tono de llamada, Petrov descolgó.

—Mmmmm, menuda sorpresa, *krasivyy*. Esto sí que es un buen despertar. —Tan siquiera me había planteado qué hora era en San Petersburgo, que serían las cinco de la mañana.

—Lo lamento, Petrov, no te estaría llamando si no fuera verdaderamente urgente.

—¿Y cuál es esa urgencia? ¿Has decidido por fin aceptar mi propuesta y quieres que te mande mi avión privado para que pasemos el fin de semana en mi cama? —Miré a un lado y a otro nerviosa, era una conversación demasiado íntima, no quería que Jon malinterpretara nada.

—No, lo siento, no te llamo por eso.

—Mmmmm —se desperezó—. Una verdadera lástima. ¿Y bien? ¿Cuál es ese asunto tan urgente?

—Necesito una ubicación. Sé que lo que voy a pedirte excede los límites, pero estoy dispuesta a aceptar prácticamente cualquier trato si me lo facilitas. —Pude sentir su mente maquinando, solo esperaba que lo que me pidiera a cambio no fuera excesivo. Petrov era un hombre de negocios, seguro que llegábamos a algún entendimiento.

—Adelante, *krasivyy*, te escucho.

Le conté parte de la historia un tanto maquillada. Le expliqué que le facilité un cuadro a un miembro de «El Jardín de las Delicias» y que fui engañada. Que uno de los hombres a quien entregué el cuadro había secuestrado a mi asistente y a su hijo, y que sospechaba que no tenían muy buenas intenciones.

—¿Me estás diciendo que alguien de la organización secuestró a Juana?

— Que Petrov supiera tanto de mí me erizaba el vello de todo el cuerpo.

—¿Sabes quién es?

—Cuando alguien trabaja para mí, *krasivyy*, no dejo un cabo suelto. Sabía que tenías a Juana Mendoza contigo y que su padre la está buscando como un loco.

—Sí, pero lo que no sabes es que mi ex quiere matarla por una absurda venganza contra su familia.

—Las venganzas nunca son absurdas. Puede que no terminen como deseamos, pero parten de nuestro lado más animal para saciar la sangre que demanda nuestro cuerpo. —Un escalofrío recorrió mi columna—. Está bien, *krasivyy*, te ayudaré, aunque siempre negaré que yo te haya dado esa dirección. Te arriesgaste mucho por mí en Dubái y de algún modo te lo debo. Solo piensa que *El Capo*, don Alfredo Mendoza, es uno de los mayores narcotraficantes de México; si intuye que algo no va bien, no dudará en matarte. No suele atender a razones, es un hombre peligroso hecho a sí mismo.

—Imagino que no será un dulce ancianito, pero necesito llegar a él e impedir que maten a su hija. Eso cuenta, ¿no? —Su risa ronca y el suspiro final me aceleraron.

—En el mundo del poder todos somos piezas del tablero, todo se usa para un fin. Yo te uso, tú tratas de usarme... Las jugadas nunca son lo que parecen y, cuando te das cuenta, estás en jaque por un peón con el que no contabas. Pero así es la vida y la emocionante partida que cada uno disputa. ¿Te gusta el ajedrez, *krasivyy*?

—No juego.

—Una verdadera lástima, tal vez algún día te enseñe. —No pensaba contradecirlo, solo quería la maldita ubicación—. ¿Cuentas con los medios adecuados?

—Sí, gracias.

—Está bien, dame un minuto y apunta. —Cuando terminé de anotar las coordenadas, pues era un lugar en medio de la selva, le pregunté:

—¿Puedo saber cuál será mi pago?

—Eso ya lo veremos, tengo que meditarlo, seguro que algo que nos complazca a ambos; ya hablaremos de ello, ahora necesito seguir durmiendo.

—Por supuesto, que descanses.

—Gracias, voy a soñar contigo, dulce *krasivyy*. Nos vemos pronto.

Colgué algo más relajada que cuando había iniciado la llamada. Se abrió una puerta a la esperanza con aquella ubicación, esperaba que todo saliera bien, aunque me temía que Petrov no me pondría las cosas fáciles y que el pago sería elevado.

Cuando entré en casa, Michael llevaba el pasamontañas enfundado de nuevo. Todavía no podía creerme que mi propio hermano fuera un agente encubierto, pero en la situación en la que estábamos agradecía que no fuera contable.

—La tengo —dije extendiéndole el papel—. Ten cuidado, mi jefe me ha dicho que El Capo es uno de los hombres más peligrosos de su país. —Mi hermano silbó.

—¿Alfredo Mendoza es el padre de Joana? Ya podría haber sido la hija secreta de Luis Miguel —bufó.

—Solo a ti se te ocurriría bromear con algo así.

—Vamos, Jen, necesito relajar un poco el ambiente. Nunca imaginé que tu asistente era la hija de Mendoza. Creo que con lo de peligroso tu jefe se quedó corto, menuda sorpresa que tenía Joana bajo la almohada.

—¿Lo conoces?

—En la CIA tenemos un listado de los hombres más peligrosos y créeme, el señor Mendoza es uno de ellos. —Estaba preocupada por su seguridad.

—Dime que sabes lo que haces. —Él elevó las comisuras de los labios.

—Perfectamente, tu ex no sabe dónde se ha metido.

—O tal vez sí. Lleva años planeándolo, me dejó para cumplir su venganza y ella forma parte de ese plan. Si no lo impedimos, va a culminarla.

—No si yo se lo impido, y lo haré, Jen, ten fe —respondió besándome la mejilla—. Iré con algunos de mis amigos a quienes les encanta patear culos, no voy a adentrarme solo en la jungla sabiendo de quién se trata —dijo muy seguro de sí mismo—. Gracias por la dirección y no sufras, déjalo en mis manos, sé lo que me hago. —Asentí—. Despídeme de Jon y haceos un favor, hablad y solucionad las cosas. Basta con veros una sola vez para entender que donde hubo fuego quedan brasas.

—O cenizas, lo nuestro no se aviva ni con un lanzallamas —contraataqué apesadumbrada. Él me ofreció una sonrisa de las que tanto extrañaba.

—Sus ojos no me hablaban de cenizas. Creo que Inferno ha dado con su propio purgatorio al dar contigo, que eres peor que un dolor de muelas.

—Menudo piropo. —El soltó una risilla.

—No te lo tomes a mal, de un dolor de muelas nunca te olvidas. Échale narices, Jen, arriesga de una vez por todas y no salgas huyendo. Estoy convencido de que ese hombre merece la pena. —Yo también lo estaba. Michael me hablaba con tanta verdad que era incapaz de llevarle la contraria—. No te quedan demasiadas oportunidades con él, así que será mejor que no la fastidies, si verdaderamente quieres recuperarlo. Él ha sido tu mayor acierto, solo espero que seas capaz de verlo y no insistas en apartarlo más de tu lado. Podéis ser muy felices si le dejáis que se acerque lo suficiente para que conozca a la verdadera Jen, y no le das más motivos para que te odie, claro.

—Gracias por tus amables palabras —protesté enfurruñada, a pesar de que sabía que eran ciertas—. Intentaré no volver a fastidiarla, aunque no estoy tan convencida como tú de que me queden más vidas en esta partida — reflexioné.

—Pues yo creo que alguien te ha dado un bonus extra, no lo desaproveches. Hasta pronto, *surioarǎ*. —Me enterré en su cálido abrazo.

—Ten cuidado. —Michael besó mi pelo y después desapareció, dejándome sola con Jon y con mi hija.

A la primera que llamé fue a mi madre, que no tardó en responder.

—¡Hola, hijo, menuda sorpresa!

—Mamá, te necesito. —Fue lo primero que me salió. Casi pude oír cómo contenía la respiración.

—Repite eso. —Creo que desde pequeño no le decía algo así.

—He dicho que te necesito. Eres abuela de una preciosa niña de casi dos años y te necesito para que la cuides unos días. Jen y yo debemos ir a un lugar y no podemos dejarla sola.

—¡¿Nieta?! ¡Pero si solo han pasado unos días!

—Es largo de contar, mamá, ¿puedo contar contigo? —Soltó el aire con fuerza.

—Claro, hijo, claro. Voy a buscar el primer billete que encuentre y dejo a mi ayudante a cargo de la galería. Si tengo una nieta, muero por conocerla. — Seis meses atrás mi madre había cogido a un chico para que le echara una mano en la galería.

—Es preciosa, mamá, se llama Koemi y está a punto de cumplir dos años.

—Seguro que lo es, no voy a poder dormir hasta que la conozca — respondió ilusionada.

—Gracias.

—No hay de qué. Te dejo, a ver qué encuentro... Una nieta. —La oí suspirar antes de colgar.

Esperaba no estar equivocándome con lo que iba a hacer, pero mi corazón me decía que merecían una segunda oportunidad y que tal vez fuera su momento.

La siguiente llamada fue para mi padre.

—¿*Otōsan*?

—¿*Hai*^[12]? ¿Jon? ¿Eres tú?

—*Hai*, necesito que me hagas un favor, que cojas tu avión y vengas a Los Ángeles, a casa de Jen.

—¿Estás con ella?

—Sí, estoy en su casa. —Se quedó completamente en silencio.

—Entonces, ¿ya lo sabes?

—¿El qué? —pregunté sin entender.

—Lo que traté de contarte en varias ocasiones cuando *The Challenge* estaba en Tokio. —Era cierto que mi padre había intentado hablar

conmigo varias veces.

—Habla claro, *otōsan*.

—¿Jen no te ha presentado a nadie? —En ese instante supe que lo sabía.

—No me fastidies, ¿sabes que tienes una nieta?

—*Hai*. En Tokio descubrí que Jen tenía una hija... —
No puedo creerlo.

—En mi defensa diré que al principio no sabía que era de Jen. Ella me dijo que era de su hermano, cuando la llamé para participar en The Challenge. Me pidió traerla junto a la niñera y su hijo, pues Michael no iba a dejarla sola ya que la madre había muerto. No pensé que pudiera ser tu hija, Jon, ni me lo planteé. —Sabía que mi padre no me engañaba, pero me fastidiaba haber podido saberlo antes y haberla tenido tan cerca sin ser consciente de ello—. Fui al hotel para interesarme por la pequeña y mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a Jen darle el pecho a la niña. No quise interrumpir, traté de avisarte, pero parecías cerrado en banda a escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con ella. —Solté unas cuantas imprecaciones.

—Deberías haber insistido, *otōsan*, Koemi no se trata de algo simple.

—¿Así se llama mi nieta? ¿Koemi?

—*Hai*.

—Es un nombre hermoso.

—Y ella es muy hermosa, me gustaría que la conocieras y te quedaras unos días a su cargo. Jen y yo tenemos...

—No hace falta que me digas más —me silenció—. Hago la maleta y voy, muero de ganas de conocer a esa niña y tenerla entre mis brazos.

—No esperaba menos, gracias, *otōsan*.

—Gracias a ti por no enfadarte, eres un buen hijo.

—Y tú siempre has sido un gran *otōsan*, ojalá lo haga tan bien como lo hiciste tú conmigo. —Lo oí sorber. ¿Mi padre estaba llorando?

—Seguro que lo haces mejor. Mándame la dirección, en unas horas estaré allí.

Cuando subí a la habitación, justo estaba colgando la llamada. Me miró perdido en mis ojos sin que pudiera interpretar el significado, teníamos tantas cosas que decirnos que no sabía ni por dónde empezar. Así que intenté hacerlo con algo fácil que no diera cabida a una discusión.

—Michael ya se ha ido, le he facilitado el lugar al que debe dirigirse. — Movié la cabeza afirmativamente.

—Mis padres también están en camino.

—¿Ambos? —pregunté curiosa, él asintió. Supuse que era normal que los dos abuelos quisieran conocer a su nieta, pero que yo supiera, no se habían vuelto a ver.

—¿Te importa que vengan los dos y que los dejemos aquí?

—Para nada, es que me choca que tras tanto tiempo ahora hayan aceptado venir juntos.

—Me parece que nuestra hija es capaz de unir a las personas por muy distintas que sean y por muchas cosas que se tengan que perdonar. ¿No crees? —Ahora ya no estaba segura de si hablaba de ellos o de nosotros, solo notaba el corazón a punto de salir rebotando de mi pecho ante la posibilidad de que se tratara de nosotros. ¿Y si Michael tenía razón y teníamos una posibilidad?

—Lo creo —respondí buscando su mirada. Nos perdimos por un momento el uno en los ojos del otro hasta que Jon rompió el contacto mirando su reloj.

—Es tarde y tengo hambre. —Me sonrojé.

—Por supuesto, disculpa, qué tonta soy. Llevo días con el estómago cerrado y no me di cuenta de que era la hora de comer, Joana era quien se encargaba de esas cosas —solté sin pensar. Después me arrepentí, pues se me hizo un nudo en el esófago al pensar en ella.

—¿Estás bien? —me preguntó acercándose con prudencia. Podía hacerme la fuerte y fingir como siempre, o empezar a ser yo como había sugerido Michael. Levanté el rostro buscándolo, intentando encontrar una señal que me dijera que no me estaba equivocando al mostrar mis vulnerabilidades. «Muéstrale quién eres», la voz de mi hermano se coló en mi mente.

—No, no estoy bien, ellos han sido muy importantes para mí y no soportaría la idea de que algo malo les sucediera. —Solté el aire muy

despacio comprobando cómo se acercaba hasta acortar las distancias. Casi podía sentir su aliento acariciándome el cabello, moría porque me abrazara y me dijera que todo se arreglaría, que quedaba una esperanza para nosotros.

—Todo va a salir bien. —Ahí estaba, una brizna que aleteó en mi pecho. Apreté las manos con fuerza esperando un abrazo que nunca llegó —. Creo en tu hermano y en sus capacidades. —Asentí desilusionada. Era como un barco a la deriva buscando el puerto para atracar, pero cada vez que estaba cerca las olas me empujaban hacia otro lado, volviendo a alejarme de él.

—Si te pido que me dejes a Koe para ir a comer, ¿te importaría? —Otra estocada. No podía culparlo por querer ir a comer solo con nuestra hija, pero dolía. Lo miré con tristeza.

—¿Cómo va a importarme? —Mi tono era más falso que un billete de trescientos dólares—. Seguro que está encantada de ir contigo —susurré intentando que no percibiera la decepción que teñía mi voz. ¿Qué esperaba? ¿Que las cosas fueran sencillas? La había cagado demasiado. Koemi estaba en un rincón jugando con una de sus muñecas—. Koe, cariño, vamos a buscar la chaqueta que vas a ir con papi a comer. —Le tendí la manita a mi hija, quien rápidamente se incorporó para agarrarla. Caminé directa hacia su habitación para buscarle un abrigo y que no pasara frío. Los ojos volvían a picarme al abrochar el último botón. «Vamos, Jen, serénate, es su padre y solo se la lleva a comer», me dije a mí misma intentando dejar a un lado la congoja. Cuando me di la vuelta, Jon nos contemplaba desde el pasillo, apoyado en la pared. Me aclaré la garganta intentando que la voz no me fallara—. Puede comer casi de todo, intenta evitar los frutos secos para que no tengamos un susto. Por lo demás no sufras, Koe come muy bien. —Jon seguía contemplándome de aquel modo que me erizaba, con una pregunta implícita en la mirada que no estaba segura de su significado. Le di un suave empujoncito a nuestra pequeña—. Anda, cariño, ve con papi.

Ella no lo pensó dos veces, era increíble cómo habían conectado a la primera. Siempre había sido una niña muy sociable, pero con Jon era como si se conocieran de siempre.

—¿Y tú qué vas a comer? —preguntó sorprendiéndome, parpadeé un

par de veces.

—Ehm, no sé, ya veré. Algo habrá en la nevera...

—¿Quieres acompañarnos? —sugirió contenido. ¿De verdad me estaba preguntando eso? Aunque me moría de ganas de aceptar, preferí rechazar la invitación.

—Ya me espabilaré. Disfrutad juntos y no tengáis prisa, seguro que lo pasáis en grande. —Sus ojos seguían buscando los míos.

—Y si te dijera que quiero que vengas, ¿cambiarías tu decisión? — Apenas podía oír por los golpes que daba mi corazón—. Ya sabes, no me siento muy seguro, es la primera vez que la llevo a comer y no quiero liarla; así que, si no tienes un plan mejor, podrías venir con nosotros. — Mi gozo en un pozo. Claro que no se sentía seguro, si cuando en el hospital me dijeron, a los dos días de parir, que me tenía que marchar a casa casi pido la hoja de reclamaciones. ¿Cómo iban a dejarme sola con un bebé? ¿Y si se me caía? ¿Y si lloraba? ¿Cómo iba a saber qué quería decirme? ¿Por qué nadie había inventado un traductor para llantos de bebé? Recuerdo que casi me echo a llorar frente a la enfermera de la inseguridad, ella me calmó y me vio tan apurada que incluso me dio su teléfono por si la necesitaba. Regresé a la realidad. «¿En qué pensabas, Jen?», me reñí mentalmente. «Solo quiere que vayas porque está asustado, es muy lógico y lícito que lo esté».

—Ehm, claro, sí. Dame un minuto, cojo un par de chaquetas para nosotros y voy. Espérame abajo si quieres.

—Gracias —anunció con una sonrisa ladeada que me derritió por dentro. ¿Por qué estaba tan guapo? Podría tener la nariz torcida o un aliento pestilente, eso ayudaría a que no lo deseara tanto.

Suspiré contemplando a mi hija y al amor de mi vida. Ambas correteaban descalzas por la arena riendo a carcajada limpia para después rebozarse como croquetas y yo no podía hacer otra cosa que contemplarlas absorto, con la sensación de que iba a desbordarme en cualquier momento.

Llevábamos todo el día juntos, no sabía cómo hacer para invitar a Jen a comer y que no pareciera desesperado. La excusa de la niña fue perfecta,

había podido salir con ambas y pasar una tarde relajada disfrutando de la cotidianidad como si fuéramos una familia feliz, justo lo que siempre había querido.

Me gustaba ver la complicidad que existía entre ellas, no podía sentirme más orgulloso de mi gata como madre. Jen era tierna, cariñosa, divertida y Koe parecía la niña más feliz del mundo. Pero eso no era suficiente para arreglar las cosas entre nosotros, ¿o sí?

—¡Papi, papi! —gritó mi princesa morena corriendo hacia mí. La capturé entre mis brazos para lanzarla por los aires. Ella soltó un montón de carcajadas ganándose que la colocara sobre mis hombros. Mi padre lo hacía conmigo de pequeño y recuerdo que me gustaba tanto como a ella, me hacía sentir que podía acariciar el cielo con las yemas de los dedos.

Jen se acercó sonriente. ¡Joder! Estaba tan guapa con ese jersey, descalza, despeinada por el viento y esas mallas que le marcaban sus torneadas piernas. Me hubiera encantado tumbarla en la arena, sentir las enroscarse en mi cintura para hacerle el amor despacio, rememorando aquella noche en el desierto.

Tenía las mejillas sonrosadas por la carrera y los ojos brillantes al contemplarnos. Cuando su mirada se encontró con la mía, la desvió y la deslizó por mi cuerpo, como una cálida caricia, sin necesidad de otro contacto que no fueran sus pupilas.

El sol se estaba poniendo y eso le daba un aspecto casi sobrenatural. Mi entrepierna se sacudió y, aunque el pantalón me iba ancho, comprobé cómo se abrían sus ojos como una flor y se mordía el labio inferior al llegar a esa parte de mi anatomía que se alegraba tanto de verla.

Necesitaba una ducha urgente de agua fría.

Recorrí la distancia que nos separaba intentando disimular la obviedad de entre mis piernas. «¡Relájate!» le ordené a mi miembro, que se negaba a obedecer. Necesitaba salir de allí, aunque no me gustaba la idea.

—Es tarde, creo que lo mejor será que regrese a mi hotel. —Juraría que al soltarlo había visto decepción en su mirada, pero no estaba seguro y no podía arriesgarme precipitando las cosas entre nosotros.

—Por supuesto. —Extendió los brazos para que le pasara a Koe—. Esta señorita y yo nos vamos directas a la bañera porque, con la cantidad de arena que llevamos encima, puedo montar una playa privada en casa. —

Koe soltó un millar de carcajadas cuando la levanté sobre mis hombros y se la pasé a su madre.

—*¡Beeeeen*, Koe, papi y mami *awa!* —celebró.

—De eso nada, papi se marcha. Ya ha tenido bastante sobredosis de nosotras dos. —Ella hizo un puchero como si fuera a llorar.

—No llores, princesa —la calmé, pensando cuán equivocada estaba Jen. De sobredosis, nada—. Mañana a primera hora estaré en casa, la abuela me ha mandado un mensaje para que la vaya a recoger. Iré al aeropuerto y después te la presentaré, seguro que te come a besos.

—*¿Uela?* —preguntó extrañada.

—Eso es, tu abuela Carmen. Ya verás qué guapa es y cuánto te va a querer. Le encantan los niños y, sobre todo, las princesas tan guapas como tú. ¿Me das un beso antes de marcharte? —Mi hija movió su lacio pelo y me hizo manitas para que me acercara.

Me puse a su altura para notar sus húmedos labios en mi mejilla. El aroma de Jen y su proximidad eran tan perturbadores que apenas pude disfrutar de la muestra de cariño. Tenía los labios separados y la rosada lengua asomando entre ellos. Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para distanciarme.

—Gracias por esta tarde, Jen. —Ella agitó la cabeza con una trémula sonrisa asomando.

—Gracias a ti, ha sido increíble.

Yo también lo pensaba, el mejor día desde hacía mucho tiempo.

Nos despedimos contenidos, montando cada uno en su coche y nos concedimos una última mirada cargada de promesas que no estaba seguro de a dónde nos iban a llevar.

Capítulo 30

No quería contarles a mis padres el verdadero motivo por el cuál iba a México con Jen, así que acordé con ella que les diríamos que íbamos a intentar solucionar las cosas entre nosotros; de otro modo, no hubiera sido creíble. Así que ese era el principal motivo, además de conocer a su nieta.

Jen aceptó sin problemas la excusa que pretendía darles, solo esperaba que por una vez las cosas salieran bien, tanto entre mis padres como entre nosotros. No quería precipitarme, aspiraba a que las cosas se calmaran y en algún momento nos diéramos el tiempo necesario para aclarar lo ocurrido y poder avanzar. Sabía que si no terminaría como mi padre, como un alma en pena, llorándola en cada rincón y culpándome por haberla perdido para siempre.

Mi madre apareció con un carro hasta los topes. Claramente se había vuelto loca, venía cargada de regalos, paquetes y bolsas como si no hubiera un mañana.

—¿Dónde está? —me preguntó sacando la cabeza entre los bultos.

—En casa de Jen, en un rato la conocerás. Por cierto, buenos días, mamá.

—Ella se echó las manos a la cabeza.

—Ay, cariño, disculpa, estaba tan nerviosa que me olvidé de saludarte.

—Lo he percibido —respondí aceptando sus dos besos. Un par de hombres trajeados pasaron por nuestro lado despidiéndose de ella. Mi madre les sonrió, coqueta; no tenía remedio, pero cualquiera que la viera entendería por qué los hombres se fijaban en ella: desbordaba sensualidad y elegancia a raudales. Mi padre siempre dijo que cuando la conoció le recordó a Mónica Bellucci y ahora seguía dándose ese aire con la actriz—. Será mejor que nos pongamos en marcha, despídete de tus admiradores —protesté. Ella rio.

—Ay, hijo, no seas así, a nadie le amarga un dulce y ellos me han entretenido durante todo el vuelo. No le des importancia a algo que carece totalmente de ella.

—Si tú lo dices —respondí dándola por perdida. Mi madre era así y con los cincuenta cumplidos no iba a cambiarla nadie.

Cuando llegamos a casa de Jen, tenía la cabeza como un bombo por la cantidad de preguntas que me había hecho mi progenitora y mi falta de respuesta. Eso me había hecho darme cuenta de que no conocía en absoluto a mi hija, que una tarde no bastaba para ponerme al día, y pretendía solventarlo. Aunque primero debía solucionar mis diferencias con su madre.

—Jon, antes de que entremos quiero decirte que me parece muy valiente por tu parte lo que estás haciendo. No todos los hombres tendrían el suficiente coraje para darle una oportunidad a la mujer que aman sabiendo que ella los ha traicionado.

—Ella no me traicionó, mamá. —Me descubrí a mí mismo defendiéndola. ¿Desde cuándo la defendía en lugar de reprocharle lo que había hecho? Darme cuenta de eso me sorprendió tanto que me perdí la sonrisilla que se formó por unos segundos en los labios rojos de mi copiloto. Y, por si fuera poco, me sentí con la necesidad de darle la explicación que Jen me había dado y que yo había interiorizado como buena sin darme cuenta hasta el momento—. Ya te he dicho que su ex la emborrachó y que ella no era consciente, cuando se dio cuenta era demasiado tarde. En todo caso, la culpa fue de ese cabrón.

Mi madre asintió con cautela.

—Lo sé, ya me lo has contado, y me alegro de que te lo hayas tomado así. La vía más fácil habría sido no escucharla, juzgarla y no darle una segunda oportunidad. Que lo hayas hecho solo demuestra tu arrojo a la hora de afrontar los problemas. Solo quería que supieras que me siento muy orgullosa de ti por el temple que has demostrado, por no guardarle rencor y por luchar por quien amas. —Me acarició el rostro y depositó un beso en mi mejilla, que después limpió con el pulgar. Extrañamente, me gustó el gesto y me sentí bien por haber defendido a Jen y que mi madre lo entendiera—. Y ahora vamos a conocer a esa preciosidad de nieta que tengo.

Fue llamar al timbre, abrirse la puerta y notar cómo el tiempo se detenía a mis espaldas.

Allí, en la puerta, estaba mi padre enfundado en su característico traje negro y mirando a mi madre como si la quisiera devorar.

Un grito contenido alcanzó mis orejas, después fue todo muy rápido. Mi

padre abrió mucho los ojos y saltó disparado como si algo ocurriera, me sobrepasó en un segundo atrapando a mi madre antes de que se golpeará contra el suelo por la impresión.

Jen apareció justo en ese momento con Koemi en los brazos.

—¡Ay, por Dios! —exclamó al ver la situación—. Lo siento, no llegué a tiempo de abrir yo la puerta —se disculpó. No le había dicho nada a mi madre, esperaba estar lo suficientemente lejos del aeropuerto para hacerlo antes de que le diera el siroco y quisiera coger otro avión para largarse. Llevaba años intentando que tuvieran un encuentro y no quería que saliera mal.

—Podrías haberme avisado de que había llegado —le reproché. Ella se encogió de hombros y después la vi sonreír ampliamente.

—No hay mal que por bien no venga. —¿A qué se refería? Me di la vuelta para echar una mano a mi padre, pero, al parecer, no necesitaba más manos que las suyas. Sus labios estaban encima de los de mi madre y no para reanimarla precisamente. Escuché una risita a mis espaldas y un leve murmullo.

—Para que luego digan que los japoneses son fríos, menudo boca a boca. Está claro que la película de tus padres no se titularía *Lo que el viento se llevó*, sino *Lo que el viento no se pudo llevar*. Si yo fuera Rhett Butler y tu madre Escarlata O'Hara, estaría ahora mismo temblando ante el poderío nipón. —Contemplé a Jen divertido, que hablaba más para sí misma que para que yo la escuchara. Cuando comprobó que la había oído, enarcó las cejas—. Os espero dentro, me encantaría ver el final de la peli, pero prefiero darles intimidad.

—Y yo te acompaño, creo que se les ha olvidado incluso respirar. —Me gustó ese pequeño momento de complicidad. Cogí la mayor parte de los paquetes que habían caído al suelo y dejé a mis padres que se reencontraran como era debido.

—Tu padre no se anda con chiquitas, está claro que no le va eso de perder el tiempo —observó Jen dejando a Koe en el parquecito.

—Tal vez sea porque se ha cansado de esperar a que ella diera el paso, a que regresara y le pidiera disculpas por lo que le hizo. —Observé cómo su espalda se ponía rígida intuyendo que tras mi observación también podía encontrarse nuestra historia. No dijo nada, se incorporó para

buscar mi mirada, lo que me dio pie a proseguir azuzándola un poco más. Quería provocarla, necesitaba saber que ella quería intentarlo tanto como yo—. O, simplemente, tal vez se ha dado cuenta de que lo que ocurriera entre ellos, el motivo de su distanciamiento, importaba mucho menos que seguir estando separados. —Jen estaba en mitad del salón, con un jersey que le hacía de vestido y que yo me moría por levantar para romper sus medias y hundirme en su humedad. Por el modo en el que me miraba sabía que estaba excitada, pues sus ojos azules estaban completamente encendidos y su boca se abría en una clara invitación que me moría por aceptar. Recorrí la distancia que nos separaba para colocarle un mechón tras la oreja y susurrarle al oído—: Buenos días, gata. —Un pequeño gemido escapó de su garganta al notar mis labios pegados al lóbulo de su oreja. La caricia de mi lengua sobre él fue ínfima, pero lo suficiente notable como para hacerla ronronear.

—Disculpad la interrupción. —La voz grave de mi padre rompió el momento. Tras él caminaba mi madre con restos de sonrojo por todo el rostro y el pintalabios brillando por su ausencia.

—No pasa nada. —Jen se separó ofreciéndole una tímida sonrisa—. Bienvenida a mi casa, Carmen.

—Gracias, cariño. —Mi madre se acercó y saludó a Jen como era de esperar.

—Si no te importa, Jen, me gustaría que le presentaras a Koemi a Carmen —anunció mi padre con orgullo.

—Por supuesto —aseveró Jen—. Ven, Carmen, verás que nieta más guapa tienes.

Mi padre aprovechó para llevarme a un lado y sugerir que lo ayudara a entrar el resto de los paquetes, que seguían en el maletero.

En cuanto salí, no pude evitar golpearlo con el puño en el hombro.

—Eso sí que ha sido una entrada triunfal, *otōsan*. Por cierto, ese rojo de labios te sienta de maravilla. —Pese al intento de eliminar los restos de carmín, los labios de mi padre estaban muy enrojecidos. Él se pasó el dorso de la mano, como si de ese modo pudiera eliminar la evidencia de lo que había ocurrido y que me complacía tanto.

—Mira, hijo, yo ya no estoy para perder el tiempo. La perdí una vez y no quiero que vuelva a ocurrir. Quiero que se entere de que voy a por

todas y tú deberías hacer lo mismo. —Parecía que todos insistían en la misma cosa—. No dejes que los prejuicios te nublen la cabeza. Yo fui demasiado estricto con tu madre, no supe cubrir sus necesidades, no quise escuchar sus demandas cuando me dijo lo que quería. Pensé que con amarla era suficiente, pero nunca es suficiente con eso, hijo. La perdí porque no supe mantenerla, porque metí la pata hasta el fondo y me equivoqué tanto como ella. Después estábamos tan lejos, nos habíamos hecho tanto daño que fuimos incapaces de ponerle remedio. Si pudiera recular en el tiempo, ni me lo plantearía. Aprende de mis errores, hijo, muéstrale a esa mujer que la amas, pero no desde el egoísmo, sino desde la generosidad. Dale alas cuando las necesite, conviértete en su motor para impulsarla y en su red cuando intuyas que va a caer. No la limites, crece junto a ella, porque el amor de verdad no te encierra en una cárcel de oro, sino que te da alas para volar. —Me emocioné con sus palabras y vi que él se sentía del mismo modo. Nos abrazamos sin decir más que eso; yo, aceptando su consejo y él, tratando de liberar su alma de una condena que se había hecho demasiado larga.

—¿Crees que podrás recuperarla? —le pregunté.

—Si no lo hago no será porque no lo haya intentado. —Me gustó volver a ver a mi padre de ese modo.

—Pues adelante, ya sabes que cuentas con todo mi apoyo. Por cierto, le he escondido el pasaporte; no podrá salir del país, aunque quiera, hasta que regresemos. —Un brillo pícaro se instaló en el carbón de sus ojos.

—No voy a desaprovecharlo.

—Lo imagino. Solo quiero pedirte un favor, si alguien llama o pregunta por nosotros di que no sabes nada, no quiero que nadie ni nada interfiera. — Mi padre movió la cabeza afirmativamente—. No sé cuánto tiempo estaremos fuera, pero podéis quedaros ambos aquí. Jen lo ha dejado todo dispuesto — notifiqué señalando la casa.

—Lo sé, tu mujer ya me lo ha dicho. —«Tu mujer», me repetí para mis adentros. ¿Por qué sonaba tan endemoniadamente bien?—. Voy a sacar partido a cada segundo y espero que tú hagas lo mismo, no seas tan cabezota como yo lo fui ni dejes que una mala decisión te robe tiempo de lo que de verdad importa. Perdona y escucha con el corazón, él nunca se equivoca y Jen te quiere.

—¿Te lo ha dicho? —inquirí esperanzado.

—Hay cosas que no hace falta decirlas o ponerles un nombre, simplemente se saben.

—Pues espero que ella lo sepa tan bien como tú.

—Aprende de tu padre y bésala con el alma, hay veces que hablar está sobrevalorado, deja que sea ella quien se comunique por vosotros.

—Lo intentaré —suspiré. —

No lo intentes, hazlo.

Koe se volvió loca desarrollando los regalos de su abuela y Jen no hacía más que negar con la cabeza.

—Mamá, la vas a malcriar —le reproché.

—Déjame, que llevo dos años de retraso y toca recuperar. —Incluso mi gata se echó a reír.

Vi cómo le sonaba el móvil, ella lo miró inquieta y después me buscó con la mirada haciéndome una señal para que me reuniera con ella en la cocina.

Dejé a mis padres con Koe y la seguí. Entró en la despensa y a mí me hizo gracia eso de tenerla en un espacio tan reducido. Sabía que lo había hecho porque la cocina estaba conectada con el salón, pero no dejaba de tener su morbo.

Cerré la puerta y encendí la luz. Mi cuerpo se pegaba al suyo y noté su respiración agitada, se quedó callada por unos instantes.

—Si querías que te mirara los pimientos, no hacía falta que me metieras aquí dentro —aduje echando un vistazo a su inexistente escote.

—No seas idiota. Yo no tengo pimientos, los tengo muy bien puestas. —Arqueé una ceja, cogí un bote y lo sacudí en su rostro. Sus mejillas no tardaron en encenderse en un «oh» contenido.

—Creo que no hablábamos de lo mismo, pero estaré encantado de contrastar la información. Ya sabes que uno no puede creerse todo lo que le cuentan —susurré acercándome a sus labios y dejando el bote de conserva en su lugar. Su respiración se había vuelto algo errática por mi proximidad. Puse un dedo bajo su barbilla e hice que la levantara. Algo en su mirada hizo que me detuviera.

—¿Qué ocurre?

—Nada, bueno, sí. El mensaje era de Michael. Cuando esta mañana vino tu padre, le escribí diciéndole que ya estaba aquí y ahora he recibido su respuesta, dice que en quince minutos nos vienen a recoger. Si no quieres venir lo entenderé, no los conoces y no tienes por qué arriesgarte —musitó suavemente. Ni siquiera me había planteado no ir, no pensaba dejarla sola ante el peligro, no me lo perdonaría nunca.

—Quiero ir —dije con más seriedad de la que sentía.

—Puede ser peligroso y yo no me perdonaría si por mi culpa te ocurriera algo. —La desazón de su voz me hizo ver que verdaderamente estaba preocupada por mí y que compartíamos la misma inquietud.

—Curioso, ¿y puede saberse por qué debería importarte que me ocurriera algo? —Paseé la yema de mi dedo sobre su mandíbula, sus pupilas se dilataron.

—Pues, pues, pues —tartamudeó bufando al final, parecía una gata a punto del baño—, porque eres el padre de Koe. Ella te ha cogido mucho cariño, mereces pasar tiempo con ella y yo...

—¿Y tú? —repetí su pregunta apoyándome contra una de las baldas, encerrándola con mi cuerpo. Noté sus pechos empujando contra mi torso y su aliento buscando el mío. Su respiración se agitó como si no fuera capaz de respirar.

—¡Me falta el aire!

—Pues déjame que te ayude. —Fui a buscar su boca cuando noté que la balda cedía y un montón de botes de conservas empezaban a caer como si acabara de desatarse la tercera guerra mundial.

La puerta se abrió de golpe y me encontré con mis progenitores mirándonos asombrados, después se miraron entre sí y soltaron una risita cómplice.

Jen me empujó provocando que otra balda cediera y me cayera un bote de melocotón en almíbar.

—¡Solo te pedí que me ayudaras a alcanzar el queso! —protestó enfurruñada.

—¿El queso? Fíjate que yo entendí que querías que te diera un beso y que nos escondiéramos en la despensa por si la cosa se ponía tensa. —Agité las cejas y ella se puso del color de la grana.

—¡Eres imposible!

—Y tú mi perdición —le contesté pinchándola. No podía contradecirme, pues nos debíamos a nuestro papel, así que no le quedó más remedio que callar observando cómo mis padres nos contemplaban emocionados. El juego acababa de empezar.

Jon se puso a recoger todo el desbarajuste mientras yo le daba indicaciones a Carmen de dónde estaba todo. Koe parecía encantada con sus abuelos y yo tenía un nudo por dejarla sola con dos personas tan desconocidas para ella, aunque sabía que la iban a cuidar perfectamente.

Abrí el congelador para mostrarle toda la leche que tenía almacenada. Solía sacármela y congelarla por si debía salir de viaje para uno de mis trabajos.

—Madre mía, si con esto puedes montar una fábrica de yogures —observó sorprendida.

—Lo sé, es que sigo con la lactancia mixta. A veces viajo por trabajo, así que suelo almacenarla. Si no te importa, me gustaría que un par de veces al día la leche que tome Koe sea la mía.

—Descuida, cariño, yo lo haré por ti. Y estos días que estéis fuera le puedes pedir a mi hijo que te ayude a vaciarlas, de bebé le encantaba mamar e imagino que sigue igual. —¿Acababa de decirme eso? Creo que iba a hacer del rojo mi color oficial, sentía las mejillas ardiendo—. No pretendía incomodarte, disculpa si he dicho algo inconveniente.

—Sí, eh, ehm, bueno, me llevaré el sacaleches por si acaso. —No era un tema que me apeteciera tratar con la madre de Jon y ya estaba lo suficientemente sofocada por haber estado tan cerca de su hijo.

Les di una vuelta por la casa para que supieran dónde estaba todo y los instalé a cada uno en una habitación. A Yamamura en la de Michael y a Carmen en la de invitados.

No hubo mucho tiempo para la despedida.

Le di un millar de besos y abrazos a mi hija, sabía que iba a extrañarla mucho, pero era extremadamente necesario lo que iba a hacer. Le pedí que fuera obediente y que se portara bien con los abuelos justo antes de que sonara un claxon en el exterior.

Jon me apremió y les agradecí infinitamente a sus padres que se quedaran con Koe sin reprocharme absolutamente nada.

Recordé el preciso instante en el que esa mañana el señor Yamamura llamó a mi timbre. Apenas era capaz de mirarlo a la cara, me sentía avergonzada por haberlo engañado con su propia nieta. Pero cuando alcé el rostro, me encontré con un hombre que no me juzgó, que simplemente preguntó por mi pequeña, me dio el pésame por lo de Michael y quiso conocer a la niña. Casi meto la pata con lo de mi hermano, estaba tan feliz de que estuviera vivo que no recordaba que para el resto del mundo seguía muerto, así que tuve que fingir. Me alegraba que Jon no lo hubiera delatado.

Cuando llevábamos un rato juntos, el señor Yamamura me miró directamente a los ojos, como si pudiera traspasarme. «Ahora vienen los reproches» me dije, pero me equivocaba. Su cara se llenó de comprensión y, con tono sereno, me dijo:

—No voy a juzgarte, Jen, porque no soy quién para ello. No importa el pasado ni lo que os separara, estoy convencido de que tú tuviste tus motivos para hacer lo que hiciste y Jon los suyos. Lo importante ahora es que todos podamos disfrutar de Koemi y darle todo el amor que tenemos. Tal vez no seamos la familia más perfecta del mundo, pero sí la que más la va a querer y es importante que lo sepa y que sea consciente de que puede contar con todos. —Apenas pude contener las lágrimas, él me abrazó y dejó que me hundiera en mi miseria por haberle robado a mi hija conocer unas personas tan maravillosas que le iban a aportar tanto.

Volví a verme reflejada en mi egoísmo y me juré a mí misma que iba a cambiar, por ellos, por mí, por Michael, por Koe, por cada instante que les había privado a todos. Una cosa era sustraer cuadros y otra muy distinta arrebatarse emociones, momentos que jamás podría devolverles, aunque me esforzara. No quería victimizarme, solo compensarlos por lo mal que había hecho las cosas.

Tal vez Michael tuviera razón y en vez de hurtar el bien ajeno debiera dedicarme a otra cosa que hiciera felices a los demás.

El claxon volvió a sonar por segunda vez y nos precipitamos a la salida. «Joana, allá vamos. Por el amor de Dios, aguanta».

Capítulo 31



Volamos hasta Chiapas intentando mantener la cordialidad. Estaba muy nerviosa por lo que nos íbamos a encontrar, pero Jon hizo que el vuelo se me hiciera corto.

Pasamos el rato hablando de nuestra hija, de cómo viví el embarazo, el interminable parto que casi termina en cesárea; los primeros pasos y palabras de Koe. Viví las preguntas con la añoranza de un padre que se había perdido aquellos instantes que solo se viven una vez, porque no era lo mismo contarlos que vivirlos. Mantuve una sensación agrisulce todo el tiempo, pues no me reprochó nada, sentí como a cada pregunta me invadía una congoja difícil de asimilar. Lo había privado de tantas cosas que llegó un momento en el que la culpa pesaba más que el mismo recuerdo.

Intenté que no se notara mi desazón ni el nudo que comenzaba a oprimirme. Di respuesta a todas sus dudas, incluso las acompañé con imágenes y vídeos que tenía en el móvil. Se me partía el alma cuando veía la melancolía del que quiere y no puede, a sabiendas de que la culpable de ello era yo.

Aguanté estoicamente hasta llegar al aeropuerto. No tuvimos que hacer cola para recoger el equipaje, pues las indicaciones de mi hermano fueron muy claras: ir con lo puesto. Con las prisas, me había olvidado hasta del sacaleches, así que a ver cómo lo hacía para no terminar con una mastitis.

Recordé la conversación con Carmen y no pude evitar mirar los labios de

Jon de reojo. Sentía las hormonas en pleno festival, revolucionadas y bailando la *Lambada*. Estaba tan cerca que con un simple movimiento podría capturar su boca con la mía. El pobre estaba ajeno a todo, mirando las fotos, obnubilado, y yo con unas ganas de lanzarme a su cuello y montarlo como una salvaje.

Esperaba aterrizar lo antes posible y mantener las distancias, aunque me apeteciera todo lo contrario. Quería arreglar las cosas, pero el sexo no era la mejor vía. Ya lo comprobé en Dubái, después del polvo se largó al agua, y no quería que ahora me ocurriera lo mismo.

«Mantén la cabeza fría, Jen, aunque la sangre se haya ido toda al mismo punto», me dirigí a mi vagina como si pudiera escucharme. «Lo amo y lo necesito tanto como tú, pero ese no es el camino; así que serénate y deja de mandarme señales en morse, que te oigo alto y claro». Noté una última descarga de mi clítoris al escuchar la risa ronca del pasajero de al lado y apreté tanto los muslos que creo que lo asfixié. «Te lo advertí».

A la salida del aeropuerto nos esperaba un hombre con un cartel donde se leía: «Sres. Yamamura». Supuse que mi hermano lo había dispuesto así para que nadie asociara el apellido.

Estábamos en el aeropuerto de Chiapas, el último estado de México que limitaba con Guatemala, hacía un calor y una humedad de mil demonios y yo, que no me había sacado el maldito jersey con las prisas, esperaba que Michael nos tuviera la ropa lista en el punto de encuentro, o moriría por asfixia.

Nuestro conductor era muy parlanchín, parecía que le hubieran dado cuerda. Al ver que comprendíamos el español no dejó de hablar refiriéndose a nosotros en todo momento como señores Llanura, imagino que el apellido en japonés le costaba demasiado.

Nos llevó sonriente hasta un *jeep* pintado en tonos camuflaje. Parecía que fuéramos de safari, aunque cuando nos dijo que nuestro destino era la selva de Lacandona, lo entendí mucho mejor.

No pensé que el padre de Joana viviera tan al sur, creía que vivía más al norte, cerca de Estados Unidos, nunca le pregunté la ubicación exacta porque sabía que era un tema que no llevaba bien. Pero no la situaba allí, pues me dijo que había hecho la mayor parte del recorrido escondiéndose

y a pie. O tal vez fuera que su padre había cambiado el lugar de su escondite, esa era otra posibilidad. Pronto lo sabríamos.

El hombre que nos llevaba no tenía mucha pinta de militar, era bajito, rellenito y muy moreno, con un espeso bigote soberanamente poblado que cubría su labio superior. Tenía aspecto de guía local, igual era eso y se trataba de otra tapadera de mi hermano para no levantar sospechas.

Nos hablaba como si fuéramos una pareja en plena luna de miel, contándonos todo lo que se desplegaba ante nuestros ojos, que era una auténtica maravilla. Me propuse desconectar por un momento y escucharlo, tal vez nunca volviera por la zona.

Nos contó que la selva Lacandona también era llamada «Desierto de la Soledad» y comprendía novecientos cincuenta y siete mil doscientas cuarenta hectáreas cubiertas de vegetación, ríos y lagos; por ello era considerada un importante pulmón del planeta. Era el hogar de más de setenta especies de mamíferos y más de trescientas aves. Abrí mucho los ojos para ver si podía contemplar alguno, aunque lo primero que vi fue un mosquito del tamaño de un hidroavión que intentaba picarme en la mano. Lo aplasté con saña dándome un manotazo.

—¡Maldito hijo de Jalisco! Ya no vas a chuparle más la sangre a nadie — protesté. Jon emitió una sonrisita—. No te rías, ese mosquito tenía el tamaño de Panamá.

—Dirás mosquita, las que pican son las hembras —susurró Jon en mi oído.

—Yo no sé si son hembras o no, pero también dicen que van a las personas con sangre dulce y está claro que la mía es amarga.

—Algo habrá tenido que ver en ti para querer picarte —añadió.

—Pues como no sea la mala leche... Aunque de poco le ha servido.

—Le tendremos que hacer un funeral.

—A esa chupona no le hago nada, que te la hubiera intentado chupar a ti... —respondí provocadora viendo cómo su nuez subía y bajaba de golpe. Él carraspeó ligeramente.

—Antes que a ella te prefiero a ti y no en la mano, precisamente. —Esta vez el manotazo se lo llevó él.

—¡Me refería a la sangre!

—Y yo también, en el lugar que estoy pensando ahora mismo tengo

toda la de mi cuerpo. —Se removi6 contra el asiento provocando que mirara la erecci6n que apretaba contra el pantal6n. Tragu6 con dificultad imagin6ndome que le bajaba la bragueta para ejercer de mosquita.

—Pues yo de ti la mantendr6 a buen recaudo, no vaya a ser que alg6n ave de rapi6a la confunda con una serpiente e intente arranc6rtela de cuajo. — Instintivamente, Jon se cubri6 con las manos.

—De eso nada, ¿me ayudas a protegerla? Apenas me cabe en las manos — brome6, solo me hac6a falta eso para que me subieran los calores.

—Te bastas y te sobras t6 solo. —Anda, calla y escucha, que vamos a perdernos toda la explicaci6n.

Tras una hora de viaje, llegamos a lo que parec6a el para6so del pecado original. Si tuviera que pintar el cuadro de la creaci6n, estaba segura de que habr6a escogido ese sitio.

El coche se detuvo en un lugar inh6spito, rodeado de vegetaci6n espesa y de una belleza que cortaba el aliento.

Era una planicie con un enorme y alt6simo 6rbol donde, en lo alto, hab6an construido una casa de madera aprovechando sus ramas. A unos metros de distancia se abr6a un lago con cascada cuyo sonido lo envolv6a todo.

Jon y yo contemplamos el sobrecogedor entorno apenas sin respirar. Menudo punto de encuentro, parec6a un lugar hecho para amarse y no para mantener una reuni6n con agentes de la CIA. Tal vez eso formara parte del plan, me estaba dando cuenta de lo inteligente que era mi hermano. ¿Qui6n sospechar6a de una pareja y un lugar id6lico como ese?

Igualmente, quise cerciorarme de que est6bamos en el lugar correcto y de que nuestro conductor no se hab6a equivocado. Ni siquiera hab6a desmontado, segu6a en el volante mir6ndonos con una sonrisa p6cara. Nosotros ya est6bamos en el suelo con los brazos en jarras.

—Disculpe —me dirig6 a 6l—, ¿est6 seguro de que aqu6a es donde deb6a llevarnos?

—S6, se6orita, el se6or que contrat6 mis servicios dej6 claras instrucciones, aqu6a pasar6n su luna de miel. No se preocupen, tienen todo lo necesario para sobrevivir diez d6as, aunque yo regresar6 dentro de cinco. En la caba6a tienen v6veres suficientes, una nevera y un generador que les dar6 luz para conservar los alimentos. Espero que disfruten de su

estancia en villa Kinder.

—¿Villa Kinder? —Miré el alojamiento, que me recordaba más a la casa de Tarzán que a un huevo de chocolate de los que los niños comen en España.

—Sí, señorita, así le pusimos después de que unos españoles nos dijeran que venían a ella a por su sorpresa. Al parecer, formaban parte de un grupo de parejas, todas habían pasado por aquí y, a su regreso, todas las mujeres venían con regalo, usted ya me entiende —explicó agitando las cejas y mirándome el vientre. Lo miré horrorizada. Jon se rio entre dientes—. Así que la apodamos villa Kinder en su honor. Aunque yo más bien creo que es porque no tienen televisor ni nada con qué entretenerse que por la cabaña en sí. —Pisé el pie de Jon para que dejara de reírse de una vez.

—No tiene ni pizca de gracia —protesté mirándolo con fijeza. Estaba sudando como un pollo. Maldije a mi hermano una y otra vez por no avisarnos del calor y la humedad que hacía.

—Menuda hembra, wey, creo que con ella deberá usar el lazo. —Me disgustó que le hablara a Jon como si pudiera obviarme, en México seguían siendo bastante machistas.

—¡Aquí el único lazo que voy a usar va a ser el de mis zapatos para arrancarle sus sorpresas como no se largue de inmediato! —Dicho y hecho, el hombre arrancó el motor como alma que lleva el diablo gritando un:

—¡Viva México y las americanas de sangre caliente! ¡Disfruten, señores Llanura! —Antes de que pudiera añadir algo más, desapareció. Desvié la mirada hacia el padre de mi hija, que seguía sacudiéndose.

—Yo no le veo la gracia.

—Lo siento, Jen, es que te visualizaba atándole sus sorpresas con esa cara de sádica y no me he podido controlar. Seguro que te conviertes en su sueño de esta noche.

—Más bien en su pesadilla.

—Para nada, hoy sus espermatozoides se van a sacrificar en tu nombre.

—Aggrrr, no seas guarro, no me hagas imaginar cosas que no quiero. Ahora no podré quitarme la imagen del maldito mexicano haciéndose un cinco contra uno y al primero de sus espermatozoides gritando: «¡Chicos,

abortad la misión, era una pajaaaaaaa!». —Ambos estallamos en carcajadas, me gustaba el buen humor que reinaba entre nosotros. Miré hacia la cabaña desviando mi atención—. ¿Crees que Michael nos esperará ahí arriba?

—Tal vez, aunque no me da la sensación de que haya nadie —aclaró mirando a un lado y a otro.

—Pues solo hay una manera de averiguarlo y es subiendo allí arriba. —Había una escalera de cuerda que te llevaba hasta la casa. Antes de ir hacia ella, lo miré—. Tal vez me he pasado un poco y he exagerado con el pobre guía, debes pensar que soy una lunática —resoplé. Él volvió a sonreírme y casi pude notar cómo se volatilizaba mi ropa interior. Al cabo de un segundo, su expresión demudó a una más dulce y menos pícara.

—Pienso que eres como debes ser y que suficientemente entera estás. Acabas de dejar a nuestra hija con unos abuelos que apenas la conocen, tu amiga Joana y su hijo corren peligro de muerte; y creías a tu hermano muerto hace un día. Para todo lo que estás viviendo, nadie esperaría que estuvieras mejor. Admiro tu entereza, gata.

—No sé qué decir. —Suspiré ante el apelativo cariñoso.

—Pues no digas nada. ¿Te parece si subimos y vemos qué ha dejado tu hermano para nosotros? Igual hay algo en la casita del árbol.

—Sí, será lo mejor. —Debía relajarme un poco, pues había estado a punto de saltarme todos mis planes mentales y pedirle que me follara.

Nos aproximamos hasta la escalera. En el ancho tronco, a la altura de los ojos, había una breve explicación que leí atentamente en voz alta:

«Bienvenidos a villa Kinder. Soy Samuel un Yaxché, el árbol sagrado de los mayas.

¿Queréis saber por qué dicen que soy sagrado? Pues porque mis ramas sostienen al cielo y a los dioses, y soy el canal de comunicación entre ellos y los humanos. ¿Que no lo creéis? Pues probad a pedir vuestros deseos, tal vez ellos os los concedan.

Espero hacer de vuestra estancia un momento celestial donde podáis conectar con la naturaleza. Y, lo más importante, sed bendecidos por el amor eterno. Bienvenidos a vuestra casa».

Sabía que Jon estaba escuchando atentamente mis palabras, que se

volvieron algo incómodas. Su aliento reptaba por la humedad de mi cuello calentándome la sangre. Si seguía hirviendo de ese modo iba a erupcionar como un volcán, y eso que no me había puesto un dedo encima. No hice ningún comentario al respecto, ya estaba lo suficientemente alterada como para añadir algo más.

—Desde luego que tu hermano es único para elegir los sitios —añadió Jon a mi espalda.

—Un lince —atestigüé a regañadientes antes de ascender por la escalera.

Me temblaban las manos pensando que él iba justo detrás de mí y que, seguramente, sus ojos estaban fijados en mis posaderas, o por lo menos, yo me sentía arder en ese punto. El sudor caía por mi frente, la humedad era matadora y la situación no ayudaba, estaba al borde de la deshidratación.

Cuando logré poner un pie en la terraza, me olvidé por un instante de lo que estaba sucediendo. La estampa que tenía frente a los ojos eclipsaba cualquier tipo de pensamiento.

Si desde abajo el paisaje era espectacular, desde las alturas no cabía duda de que se trataba del jardín del edén. Contuve la respiración perdiéndome en la belleza del bosque, era verdaderamente hermoso.

—Corta el aliento, ¿verdad? —Jon admiraba el lugar con la misma intensidad que yo.

—Es una maravilla. Ojalá tuviera mis pinceles y un lienzo, podría pasarme horas pintando.

—Tal vez podamos regresar en otra ocasión y puedas hacerlo. —No me atrevía a mirarlo, ¿en serio estaba sugiriendo que regresáramos juntos? ¿Allí? Un montón de escenas eróticas me sacudieron de pies a cabeza. Justo eso era lo que me faltaba—. Estás chorreando —observó. Recorrí su cuerpo con la mirada, que no estaba mejor que el mío.

—Y tú.

—Eso tiene fácil solución. —Cogió de la base de su jersey y tiró hacia arriba.

Por todos los santos y los apóstoles, ese hombre era el pecado original. Lanzó el jersey para quedarse solo con el pantalón. La boca se me hacía

agua, ese cuerpo sí que era la tentación y no una puñetera manzana. Me miró seductor por encima de sus espesas pestañas oscuras. Si pensaba que iba a poder conmigo iba listo, yo también sabía jugar esas cartas. Jon a mi lado era un aprendiz, aunque yo moría por enseñarle la lección.

Ni corta ni perezosa, imité el gesto a sabiendas de lo que Jon iba a encontrarse debajo. Oí su gruñido cuando sus ojos captaron lo que se le venía encima.

Él devoraba cada porción de carne expuesta, lo que llevaba debajo del jersey era mucho peor que no llevar nada.

Se trataba de una pieza pensada para seducir, un sujetador completamente transparente, que envolvía el pecho en negro cristal y lo enmarcaba, en la parte superior, con minúsculas cerezas rojas. Movié la mano dándose aire.

—¿Ha subido la temperatura o me lo parece a mí? —Sonreí mordiéndome el labio.

—Creo que sí, todavía no me he quedado a gusto, se me pega el pantalón —respondí jugándomela para desprenderme de las mallas y quedarme con el fino tanga de hilo que iba a juego.

—Joder. Eso es sacar toda la frutería —argumentó sin dejar de contemplarme. Intenté no reír, aunque era casi imposible.

—Esto es supervivencia —alegué contoneándome para entrar en la cabaña, sabía que estaba hipnotizado por mi firme trasero, que estaba condecorado por una cereza.

—Y dicen que Eva tentó a Adán con una manzana, eso es porque no tenía tus cerezas. Creo que se han convertido en mi fruta predilecta. ¿No te sobraré alguna? —bromeó desde fuera. No me contuve y reí divertida, me fascinaba esa personalidad jocosa y juguetona. En un primer momento ni había mirado el interior de la cabaña, pero cuando tomé conciencia de lo que me rodeaba contuve la respiración.

—¡Madre mía! —grité. Jon entró corriendo.

—¿Qué ocurre? —Ambos observamos impactados aquel lugar que parecía sacado de un cuento de hadas.

Todo era de madera natural, en un espacio reducido y mimado al detalle. Una gigantesca cama con dosel era la reina de la estancia. A los lados había un par de mesitas talladas con lámparas de aceite. Un

pequeño armario, una mesa, un par de sillas y una cocina pequeña eran todos los complementos. Nada más. No quería ni imaginar dónde estaba el baño, porque, claramente, ahí no había.

Sobre la cama descansaban un tanga amarillo de licra, un pareo, protector solar y un bañador masculino.

Encima de la ropa había una carta que no tardé en coger.

Reconocí la letra de Michael, ahí estaban las instrucciones, seguro.

Me senté sobre la cama dispuesta a leerla.

Queridos JJ:

Si estáis aquí es que todo ha salido como esperaba.

Jen, surioarã, en primer lugar, menos mal que elegiste a un Jon y no a un Ben, porque si no esta carta habría empezado como: «Queridos JB» y parecería más una carta de amor de un alcohólico anónimo en vez de lo que pretende ser, je, je, je, je.

Bromas aparte. Ambos sois geniales, dos personas maravillosas, dos corredores de obstáculos en la carrera de la vida. No lo habéis tenido fácil y por eso he decidido traeros aquí, a este pequeño paraíso para haceros un regalo.

Desde que os separasteis no habéis sido los mismos, me consta porque, aunque creáis que sois muy distintos, para mí sois las dos caras de una misma moneda, una que no tendría sentido de ser si no existiera la otra.

Si os he traído hasta aquí, es porque quiero que os deis la oportunidad que os arrebataron, que os descubráis el uno al otro, de nuevo, en este pequeño paraíso alejado de toda civilización, donde nadie podrá interferir en vuestras decisiones salvo vosotros mismos. He de decir que tengo toda la esperanza puesta en vosotros, sé que sabréis aprovechar este pequeño paréntesis para reencontraros y porque nada me haría más feliz que volvierais a estar juntos.

Surioarã, no me odies por haberte mentado. Sé que ahora estarás hirviendo de furia, pero todo lo hago por vuestro bien. Mereces ser feliz, lo merecéis ambos y necesitáis estos días juntos para reflexionar y daros cuenta de lo que podría ser vuestra vida si os arriesgáis a vivirla con amor.

Espero que os toméis estos cinco días como si fueran los últimos, que los viváis intensamente, que os permitáis deciros lo que nunca os dijisteis, que podáis sanar las heridas que siguen latentes. Que os deis la oportunidad de ser quienes verdaderamente sois, de volveros a encontrar, que os enamoréis de nuevo, aunque estoy convencido de que nunca dejasteis de amaros. Y que lo hagáis sin reservas, sin pasados, buscando el presente en los ojos del otro, aquel que os empujó a vivir el uno en brazos del otro hace algunos años.

Yo, por mi parte, me comprometo a salvar a Joana y a Mateo. No sufráis por ellos, todo va a salir bien; de hecho, ya los tengo localizados y estoy muy cerca de liberarlos.

Os debo esto, os debo veros felices porque cuando os separasteis, fue como asistir a vuestro funeral. Compartí vuestro dolor, comprobé cómo os volvíais grises y vacíos hasta que todo cambió cuando os reencontrasteis en Tokio. Si Yamamura os citó a ambos a participar en The Challenge, fue porque él también deseaba que os reencontrarais, quería lo mismo que quiero yo porque también veía el daño que os estabais haciendo.

Aunque intentéis negarlo, aunque tratéis de ocultarlo, brilláis cuando estáis cerca, de un modo tan cegador, tan puro que asusta. Y eso solo demuestra que, por muy lejos que estéis, el fuego eterno del amor nunca dejará de crepitar entre vosotros.

Jon, deja que las llamas invadan tu alma y que el viento de la tormenta las agite avivándolas de nuevo, déjalas crecer y que te envuelvan en su calor junto a mi hermana.

Os quiero y no tengo ninguna duda de que sabréis aprovechar esta oportunidad.

No tenéis escapatoria, no hay pueblos a los que huir en kilómetros, televisión que ver o libros en los que refugiarse. Ni siquiera os he dejado ropa, porque aspiro a que no la necesitéis, je, je, je, je.

Sentíos libres por una vez, permitíos disfrutar y amaos sin restricciones, porque el amor no entiende de culpables o inocentes, ni de víctimas o verdugos. Es tan magnánimo que todo lo puede, incluso perdonar lo que creemos imperdonable.

Bienvenidos a vuestro reencuentro, espero que lo exprimáis al

máximo.

Vuestro hermano que os quiere,
Michael

P. D.: En cinco días Arnaldo os recogerá para llevaros de nuevo al aeropuerto. Confío, para aquel entonces, estar con Joana y Mateo en casa; si no es así, habrá noticias mías. Sé lo que me hago y no estoy solo, todo irá como la seda.

¡Ah! Y, Jen, a ver si vuelves con sorpresa, que a Koe y a mí nos encantaría el regalo.

—¡Hijo de su madre que era la misma que la mía! —estallé completamente ida. Michael me había engañado, había ido solo a por Joana y nos había dejado en medio de la jungla sin poder opinar al respecto.

—¿Qué ocurre?

—¡¿Que qué ocurre? ¿Que qué ocurre?! —Estaba fuera de mis casillas, su intención podía ser buena, de hecho, si hubiera podido pensar fríamente, seguramente lo habría visto como un acto desinteresado de cariño, pero no podía pensar fríamente. Si había algo que me sobrepasaba era sentir que me ninguneaban. Solo veía el engaño, yo deseaba estar salvando a mi amiga y no vivir el pecado original. Además, el muy cabrito me pedía que volviera embarazada, eso ya era el colmo.

—Si no me lo cuentas, no te puedo entender —contestó Jon con las palmas de las manos hacia arriba. No lograba rebajar mi mosqueo, así que lo pagué con él.

—¡Que no soy un maldito huevo, me oyes! ¡No pienses ni por un momento que vas a rellenarme! ¡Todos los tíos sois iguales, pensáis que por ser hombres tenéis la potestad de decidir y obrar a vuestro antojo! —le recriminé—. Mi hermano, Matt, tú, todos queréis que haga lo que a vosotros os venga en gana y se supone que como yo soy mujer tengo que obedecer, ¿no? ¡Pues lo lleváis claro! Yo llevo las riendas de mi vida, yo la dirijo y no pienso ceder. Odio que me subestimen, que piensen que no soy tan capaz como cualquier hombre. —No le di tiempo ni a decir esta boca es mía, seguí con mi discurso feminista sin pensar en las

consecuencias—. ¿Qué ocurre? ¿Que cuando una mujer es fuerte os acojonáis? Es más fácil meterla en una cabaña con un taparrabos y un dios japonés para que le haga una barriga, antes de que colabore en la liberación de su amiga. ¡Juro que voy a matar a mi hermano en cuanto lo vea! Tal vez no muriera a la primera, pero de la segunda no se libra —estallé—. ¿Por qué no se aplica el cuento? Si tantas ganas tiene de jugar a las casitas con alguien, que hubiera venido contigo, a ver si erais capaces de tener un hijo juntos. —Jon, que no había leído una maldita línea, me miraba perplejo con el ceño fruncido.

—En primer lugar, creo que no es justo que nos compares a los tres, y mucho menos incluyendo a tu ex en esa ecuación. —Sí, bueno, tal vez no debería haber metido a Matt en el saco, pero es que los tres habían querido decidir por mí en algún momento o habían pensado qué era lo mejor sin tener en cuenta mi opinión—. En segundo lugar, no puedo entender lo que ocurre si no me dejas leer lo que te ha puesto así, aunque visto lo visto, puedo intuirlo. —Se la lancé con un bufido.

—¿Y en tercero? Ilumíname, oh, gran señor de la sabiduría.

—En tercero, es que creo que por mucho que quisiéramos, Michael y yo no podríamos tener un hijo juntos. Creo que a ninguno de los dos nos apetecería probar con el otro por muy bien que saliera el niño. —Sabía que intentaba rebajar mi mal humor, pero yo no estaba por la labor. Solté un gruñido, exasperada.

—Saldría un idiota, eso es lo que saldría.

Una cosa era que yo quisiera arreglar o no las cosas con Jon y otra muy distinta que me forzaran a ello, y encima como si me estuvieran haciendo un favor.

Yo no funcionaba así, mi mente estaba al borde del colapso y necesitaba aire, así que antes de que le borrara la sonrisa a Jon de un puñetazo por culpa de Michael, me largué como una salvaje para lanzarme al lago de cabeza. A ver si con un poco de suerte el agua helada me rebajaba el mosqueo.

No sé el tiempo que transcurrió, sentía los brazos acalambrados y la falta de oxígeno colapsando mis pulmones. Eso solo podía querer decir que había nadado más de la cuenta.

Me aproximé a la orilla algo más relajada, pero con la ira burbujeando

en mi interior.

Allí sentado, esperándome, estaba Jon con los pies en remojo y sin quitarme la vista de encima.

Me escurrí el pelo, froté mi rostro y me senté a su lado sabiendo que debía disculparme con él por mi comportamiento. La culpa no era suya, era una víctima como yo de la encerrona de mi hermano.

El cielo se había teñido de naranjas, rosas y violetas en una hermosa estampa de atardecer.

—¿Tan malo es estar aquí conmigo? —inquirió sin mirarme a los ojos, perdido en las pequeñas nubes que salpicaban el firmamento.

—No es eso, Jon. —Suspiré tratando de que me entendiera.

—Y, entonces, ¿qué es? —preguntó buscando mi rostro. Parecía sereno, no me estaba reprochando mi conducta, solo trataba de entenderme.

—No llevo bien que decidan por mí, sobre todo, ante algo tan importante como la liberación de Joana.

—No es por llevarte la contra, Jen... —Hizo una pausa sopesando sus palabras.

—¿Pero? —pregunté—. Siempre hay uno y no suelen gustarme las frases que empiezan con esa conjunción. —Jon sonrió capturando una gota que caía por mi barbilla.

—Pero ¿no crees que es mejor dejar el asunto de Joana en mano de especialistas? Nosotros podemos ponerle mucha voluntad, pero no somos matones o asesinos a sueldo. Tu hermano y sus amigos han sido entrenados para misiones especiales, dudo que nosotros le facilitáramos el trabajo, más bien habríamos sido un estorbo. Conociéndolo, sé que hubiéramos supuesto una preocupación añadida y, por mucho que te fastidie reconocerlo, en el fondo sabes que es así. Puede que seas una falsificadora, una ladrona y una piloto experimentada, pero no eres una matona. —Me tumbé en la hierba cerrando los ojos y llevando mis manos al frente—. Dime que no lo ves, que no sabes que en el fondo es así. No quiero llevar la razón, solo que no te enfades con tu hermano por lo que ha hecho, pues yo solo he visto buena intención.

Giré el rostro para encontrarle a la misma altura que el mío.

—Podría haber hecho de cebo. Estoy convencida de que Matt habría picado, se habría distraído y... —Su expresión se volvió turbulenta.

—¿Igual que hiciste en Tokio? —Ahí estaba la pregunta reproche. Un dardo lanzado directo al corazón. Siempre sería así y era algo que no estaba dispuesta a admitir, eso minaba cualquier relación.

—¿Ves por qué lo nuestro es imposible?, ¿por qué nunca va a funcionar? —inquirí con lástima—. Siempre tendrás esa espina clavada que no vas a poder olvidar. No te culpo por ello, sé que a mí me pasaría lo mismo si hubiera visto lo que tú. Las intenciones de Michael serán buenas, pero nosotros...

—¿Nosotros qué?

—Pues que no creo que pueda haber un nosotros. —Me encogí dolida, abrazando mis rodillas en un vano intento de serenar mi corazón.

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé.

—Ya veo. —Se puso en pie, como si fuera a dar fin a nuestra conversación.

—¿Dónde vas? —Levanté el rostro buscando su mirada jocosa.

—Pues ya que he perdido el bus para ir a Eurodisney, creo que subiré a la cabaña del tío Tom a ver qué nos han dejado de comer. —Me mordí el labio arrepintiéndome de mis palabras, me enzarzaba en conversaciones para las que no estaba preparada—. Puede que no sea la mejor de las compañías, pero no cocino mal del todo.

—¿Sabes cocinar algo comestible? —Intenté mantenerme en terreno seguro. Jon estaba molesto y yo también, debíamos llegar a un punto donde por lo menos pudiéramos dirigirnos la palabra sin estallar.

—Creo que algo mejor que tú.

—Eso no es muy difícil, soy nefasta con la cocina, a duras penas sé preparar unos huevos revueltos.

—Pues entonces decidido, disfruta del paisaje, te aviso cuando tenga la cena lista.

No quise llevarle la contraria, era mejor así, cordialidad y distancia. Aunque no pude evitar admirar su glorioso cuerpo subiendo por la escalera de cuerda.

¡Por favor, menuda tortura!

Jon me sorprendió gratamente con lo que había preparado, la cena fue

deliciosa y la conversación distendida. Intentamos mantener el clima de cordialidad asumiendo que deberíamos estar allí cinco días, así que a medida que avanzaba la comida, más relajada me encontraba.

Me cambié, colocándome el tanga amarillo y el pareo atado al cuello. Era lo más decente que podía ir, teniendo en cuenta que era imposible ir en jersey y no morir de asfixia.

Me toqué los pechos, los notaba cargados, pero sin el sacaleches y el agua caliente de la ducha lo tenía complicado para poder hacer algo... Aguantaría como pudiera.

Jon se había puesto ese bañador ajustado que no dejaba nada libre a la imaginación. No podía apartar la vista de su parte inferior y me pilló unas cuantas veces mirando, lo que provocó su risa y mi enfado.

—¿Seguro que es de tu talla? —Con el tamaño de Jon, debía estar comprimido.

—Creo que de la misma que tu tirachinas —bromeó haciendo referencia al tanga que llevaba—. Aunque el tuyo es más útil, siempre podemos usarlo para ir de caza.

—Seguro que sí, podrías llegar a matar rinocerontes de un tangazo. — Ambos reímos ante la observación.

Jon se sentó en su silla, cruzó las manos por delante de su rostro, apoyó la barbilla poniéndose serio y me preguntó:

—¿Piensas que podremos superarlo? —Sus ojos negros brillaban, sabía por dónde iba su pregunta, pero todavía no tenía respuesta, así que le hice una cobra en toda regla.

—¿Lo de vivir cinco días sin tele? Seguramente, aunque costará.

—Sabes que no me refiero a eso. —«Mierda, no ha funcionado la estrategia de despiste». Claro que sabía que no se refería a eso, pero no me veía capaz de sobrellevar la conversación.

—No lo sé, Jon. Me gustaría que pudiéramos superarlo, pero verdaderamente no lo sé. —Bostecé, estaba cansada, el viaje había sido agotador y las emociones devastadoras.

—Ve a dormir, yo lavaré los cuencos y después me tumbaré en la hamaca de la terraza. Estamos demasiado cansados para mantener una conversación tan importante como esta, así que será mejor que durmamos. Tal vez mañana lo veamos todo más claro.

—No me importa compartir cama contigo —lo interrumpí mientras lo veía recoger.

—Pero a mí sí —sentenció poniéndome en mi lugar—. Qué descansas, Jen —murmuró desapareciendo por la puerta.

Capítulo 32



¿Por qué no aprendía a morderme la lengua?

Tenía las neuronas fundidas, verla tan ligera de ropa, saber que no había nadie y que íbamos a estar completamente solos porque Michael apostaba por nosotros, me había descolocado casi tanto como a ella y no dejaba de meter la pata.

Si tenía intención de arreglar las cosas, iba por mal camino, y es que por mucho que tratara de obviar el pasado y supiera que Jen no tuvo la culpa de lo que su ex planeó, no podía borrar esa maldita imagen que se había instalado en el fondo de mi cerebro, como un gusano pudriendo la manzana.

Cuando acabé con los platos, me puse a nadar como un loco, tratando de no pensar en su perfecto cuerpo, en ese pareo de seda que llevaba anudado al cuello y que velaba sus hermosos pechos desatando los instintos más primitivos en mí. Ella no se había dado cuenta, al no tener espejos no sabía cómo le quedaba ni los estragos que causaba en mí ver esas puntas de flecha amenazándome durante toda la cena. Tuve que pensar unas cuantas veces en pechos de bufanda, esos de los que llegan al ombligo y te amarras al cuello para no pasar frío. Era el único modo que hallé para rebajar la tensión de mi entrepierna.

Si me concentraba en su cara, era mucho peor. Verla sonreír durante la cena era demoledor y si soltaba una carcajada sus pechos se bamboleaban izando mi bandera para saludar al sol.

O arreglaba las cosas o iban a ser los peores cinco días de mi vida.

Cuando logré cambiar de tener los huevos duros a pasados por agua, subí a la cabaña. Miré al interior desde la puerta, Jen estaba estirada bocabajo con aquel hilo amarillo perdiéndose entre sus cachetes, el sueño erótico de cualquier tío a cuatro pasos de distancia.

Me hubiera encantado entrar, separarle los glúteos y perderme entre ellos con mi boca.

Me di un cabezazo contra el marco de la puerta, aunque habría sido mejor que me hubiera dado contra los huevos, a ver si así se me bajaba el empalme. Era imposible que conciliara el sueño con mis partes nobles rebotando como locas.

Opté por la vía más fácil y rápida, cogí su tanga de cerezas, me tumbé en la hamaca y lo aspiré buscando su esencia, mientras intentaba imaginar que me enterraba en otro lugar mucho más reconfortante.

De momento me tendría que conformar con eso, pues Jen no estaba a mi alcance.

Me despertaron un crujido y el sol de la mañana. Ella estaba preparando un surtido de fruta fresca y depositándola sobre la mesa. Olía a café recién hecho, su intenso aroma me hizo recordar tiempos pasados.

—Buenos días —la saludé desde la puerta.

—Hola —me devolvió el gesto con una pequeña sonrisa que me supo a gloria—, he preparado el desayuno.

—Ya veo, tiene todo muy buena pinta. —Ella asintió, prudente.

—Por lo menos se puede comer.

—Voy un segundo abajo, necesito aliviar la vejiga, me doy un baño rápido y subo.

—Claro, aquí te espero —respondió deslizando sus ojos por mi erección matutina. Solo con ese simple gesto había logrado excitarme de nuevo. Tenía las mejillas sonrosadas y el labio inferior atrapado entre sus dientes. Al parecer, no le era tan indiferente. Rompí el contacto visual y me lancé escaleras abajo, había visto cómo sus pezones se endurecían, así que o atacaba o me largaba. Lógicamente, opté por la segunda opción, aunque me maldije por ello, necesitaría un baño mucho más largo de lo que pensaba para subir en unas condiciones decentes.

Cuando lo hice, ella estaba sentada en la mesa esperándome, tomé asiento y me dispuse a comer manteniendo una conversación neutra.

—¿Has pasado buena noche? —Le notaba mala cara y no sabía si se trataba de agotamiento.

—Se podría decir que sí. Dormí, pero no pude quitarme a Koe, Michael, Joana y Mateo de la cabeza, así que tuve unos sueños bastante agitados.

—Todos estarán bien, confío en mis padres y en tu hermano —respondí llevándome un trozo de mango a los labios.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, me siento ridícula estando aquí mientras podría estar ayudando en otra parte. —Su observación me dolió, yo estaba dispuesto a darnos una oportunidad, pero ella parecía encerrada en lo sucedido con Joana—. Perdona, Jon, no me refiero a que no me apetezca estar aquí contigo, es solo que...

—Te he entendido, tal vez no sea el mejor momento para esto. —Ella asintió—. Pero estamos aquí y hasta dentro de cuatro días no van a venir a por nosotros, así que será mejor que nos lo tomemos de la mejor manera posible.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. Aunque me cueste, estoy dispuesta a cambiar el chip, así que... ¿Planes del día? ¿Te apetece un cine y unas palomitas?

—Mmmm, sofá, peli y polvazo, eso sí que es un planazo. —Puso los ojos en blanco y yo me eché a reír—. ¿Has pensado en qué peli te gustaría ver? — le seguí la corriente.

—Pues no sé, sorpréndeme.

—Yo había pensado en la de *El Lago Azul* —la reté. Ella arqueó las cejas inclinándose hacia delante.

—¿Dos chicos perdidos en una isla que terminan fornicando como conejos y con ella embarazada? Creo que no es lo más recomendable para villa Kinder. —Sus ojos estaban encendidos y mi cuerpo empezaba a reaccionar.

—¿Y qué te parece *Blancanieves*? Esa es apta para todos los públicos. — Ella resopló.

—¿Chica soltera viviendo con siete tíos que cada vez que caminan la arrastran por el suelo y trabajan recolectando diamantes? Esa peli no es apta, nos la vendieron como tal, pero es el sueño de cualquier ninfómana

materialista. —Los dos nos echamos a reír, aunque ella hizo un gesto de dolor.

—¿Ocurre algo? De verdad que no tienes buena cara. —Sus manos volaron hasta sus pechos para acariciarlos y mi entrepierna rebotó cual pelota de *ping-pong*.

—Me duelen —se quejó—, me dejé el sacaleches y estoy en plena subida.

Sin Koe, es complicado. —Me fijé mejor en la mancha circular que se había extendido sobre la prenda y me imaginé con la boca sobre ellos, como hice en Dubái.

La imagen fue tan demoledora que casi me cargo el bañador.

—¿Puedo ayudarte de algún modo? —le ofrecí para no ser excesivamente directo, ella me miró con los ojos enturbiados.

—Ehm, será mejor que no. Bajaré un momento a ver si puedo vaciarlas, por lo menos lo intentaré.

¿Vaciarlas? ¿En serio? La sucesión de imágenes que fueron filtrándose en mi mente cuando Jen abandonó la cabaña no me ayudaron en absoluto. Traté de expulsarlas de mi cerebro, pero fui incapaz de pensar en otra cosa. Cuando regresó, mi erección estaba en pleno auge y apenas me permitía pensar. Jen seguía con mala cara, así que me vi obligado a preguntar.

—¿Mejor? —Ella negó.

—No he podido, ha sido imposible. —Me acerqué muy despacio, sabía que lo que iba a ofrecerle iba a costarme la salud, pero verla dolorida era mucho peor.

—Déjame que te ayude —sugerí de nuevo, acercándome con mucha prudencia. Sus pestañas se abrieron como un abanico cuando le pasé los dedos por la nuca dispuesto a desabrochar la prenda que la cubría. No opuso resistencia cuando sintió que deshacía el nudo.

—Jon, yo... no es necesario —balbuceó—, intentaré...

—Shhhhhh —la silenció, colocando la yema del índice sobre sus mullidos labios. Mi cabeza descendió ávida hasta lamer sutilmente una de las rosadas crestas. Jen gimió y entonces supe que estaba irremediablemente perdido.

—Si te hago daño, avísame —mascullé justo antes de tomarla y sorber.

Sus dedos se enroscaron como serpientes en mi pelo para tirar con fuerza hacia ella. No se apartaba, sino que ronroneaba ante mis cálidas atenciones. No pensaba desaprovechar aquello que se me ofrecía. La tomé saciándome, intentando aliviar su dolor y espolear su deseo. El mío ya estaba por las nubes.

Sentir su piel, degustarla, era mucho más de lo que había imaginado en un primer momento. Estaba agachado ante ella, chupando, lamiendo, tomando su néctar mientras no dejaba de revolverse. Joder, me pareció tan íntimo y erótico que estuve cerca de correrme.

Cuando acabé con el derecho, le ofrecí el mismo trato al izquierdo. A cada succión los gemidos se intensificaban, un sonido celestial que me sabía a gloria.

Dejé ir mis manos por el terciopelo de su piel, perdido por la cercanía de su cuerpo, la extrañaba tanto.

El aroma del deseo impactó en mis fosas nasales, tan duro, tan fuerte, tan picante, que mis dedos volaron por voluntad propia al lugar del origen y tantearon la humedad que calaba la diminuta prenda.

El jadeo de Jen traspasó cualquier límite, separó los muslos en una clara invitación, que no dudé en aceptar.

Mis dedos se sumergieron en la profunda gruta, que los acogió amorosamente, empujándolos a penetrar con mayor intensidad. Apoyé le palma en el clítoris, masajeándolo como merecía. Quería más, mucho más, aquello no era suficiente, aunque por el momento tendría que valer.

Seguí hasta que su sexo se anegó, suplicante, y aparté los dedos bajo un canto de protesta.

—Ahora no... —protestó.

—Tranquila, gata, será solo un momento. —Le bajé el tanga deshaciéndome de él y paseé mi nariz por su humedad provocándola, separándole los labios para deleitarme con su sabor.

—¡Oh, Dios, sí! —exclamó.

Aproveché su docilidad para darme un festín, para recordar cada pliegue, para adorarlo con mi lengua. La follé con ella hasta que la oí implorar.

—Por favor, Jon, te necesito. —Sorbí con fuerza. Yo también la necesitaba.

—¿Qué necesitas, gata? —le pregunté antes de continuar.

—A ti.

—A mí ya me tienes —murmuré contra su sexo.

—No te tengo —lloriqueó—, esto es solo sexo. —Levanté la mirada para ver un par de lágrimas que asomaban. Me impactó tanto que aceleré, provocando que se corriera en mi boca, que estallara para acallar la declaración de intenciones que tenía en la punta de la lengua. Era demasiado precipitado, así que preferí silenciarme con su éxtasis.

Se tensó, me apretó contra ella hasta que ya no hubo nada más que silencio.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó con tanta tristeza que no supe qué responderle. Me apartó, cogió el pareo y salió fuera para perderse entre la vegetación.

Quizás la estuviera presionando demasiado, sabía que lo que me había pedido con sus palabras no era un orgasmo, sino mucho más y yo ¿qué había hecho? Empujarla hacia el precipicio, obligarla a saltar cuando no era lo que deseaba. Jen me había pedido amor y yo lo había estropeado por miedo. Pero miedo ¿a qué?

«Deja de ser un cobarde», me reñí a mí mismo corriendo escaleras abajo. Si no hubiera estado tan alto, habría bajado de un salto.

Grité su nombre, no me respondió. Intenté escuchar, oír entre los sonidos de la selva, percibirla de algún modo. ¿Hacia dónde habría ido?

Fui a dar un paso y sentí una corriente que me hizo girar en redondo, la encontré con la espalda apoyada contra un tronco y las lágrimas cayendo indiscriminadamente por su rostro. En dos largas zancadas fui hasta ella para tomarla entre mis brazos y abrazarla.

—Lo siento, no debí seguir. Perdona, no era mi intención. Tuve miedo, Jen, estoy aterrorizado porque no sé cómo manejar todo esto. Me supera — me sinceré—. Te juro que quiero intentarlo, quiero aprender a olvidar, quiero dejar a un lado los viejos recuerdos para llenar mi cabeza de nuevos, que nos demos una oportunidad. —Ambos estábamos temblando—. Sé que sin ti jamás seré feliz porque tú eres mi mayor felicidad, al igual que nuestra hija. —Ella seguía llorando incontrolable.

Besé todas y cada una de sus lágrimas sintiéndome el peor hombre del mundo por provocarlas.

—Vamos, gata, no me hagas sentir más culpable de lo que ya me siento. Dame una oportunidad y te juro que no volveré a estropearlo. —Ella sorbió por la nariz.

—Si soy yo la que debería estar pidiéndote perdón. Entiendo que no puedas dejar de verme como lo haces, soy de lo peor, no sé ni cómo eres capaz de tocarme. Me lo he preguntado miles de veces, no merezco que nadie me quiera, soy una egoísta que no sabe pensar en nadie que no sea ella misma. —Me dolía que tuviera ese concepto cuando verdaderamente no era así.

—Eso no es verdad, Jen. Es algo que te repites continuamente, que has convertido en tu mantra hasta creer que es una realidad, pero no es así. Si aceptaste verte con Matt, fue porque no querías perderme, porque te arrepentías de lo que habías hecho con el cuadro de mi madre y tenías miedo de que no fuéramos capaces de perdonarte. Sé que se te fue de las manos y que si pudieras dar marcha atrás lo harías todo diferente. —Ella asintió desbordada.

—Eso no lo dudes, no sabes cuánto me arrepiento. Y uno de los motivos de acompañar a Michael era porque quería devolverle el cuadro a tu madre. Lo siento tanto —se disculpó hipando.

—Lo sé, sé que también estás disgustada por haberme ocultado a nuestra hija, lo vi en cada recuerdo que me contabas en el avión y, aunque no dije nada, compartí tu pena por aquello que me perdí, pero que no pienso volver a perder. Mírame —le pedí, anclando sus ojos a los míos, para decírselo con la convicción del que ama con el corazón—. No eres egoísta, Jen, eres una mujer dura a quien no le han ido demasiado bien las cosas, una guerrera que se ha hecho a sí misma y se ha cubierto con una coraza difícil de traspasar. Pero yo no veo egoísmo en el modo en el que acogiste a Joana y a su hijo como si fueran de tu familia, en cómo viviste su secuestro, en el dolor cuando pensaste que Michael había muerto. No veo ni rastro de egoísmo cuando antepones la felicidad de Koe a la tuya propia, cuando quisiste entregármela para compensarme por el tiempo perdido. No lo veo en el azul de tus ojos cuando me miras ni en tus labios que imploran, en silencio, ser perdonados. Y debo entonar el *mea culpa*, pues yo sí soy egoísta, porque me niego a perderte. También debo disculparme por ser obcecado, por no querer escucharte

cuando me lo imploraste, por ser un cobarde que decidió refugiarse en sí mismo en vez de descubrir la verdad. Yo también tuve parte de culpa y hoy la asumo y decido perdonarme al igual que confío en que tú también te perdones a ti. —Acaricié sus mejillas intentando borrar cualquier rastro de sufrimiento. Tomé aire y lo solté muy despacio tratando de hacer de su respiración la mía—. Te quiero, Jen Hendricks, siempre te quise y siempre te querré. Desde el instante en el que mis ojos se posaron sobre los tuyos supe que ya no existiría nadie más para mí, que tú eras mi motor, el único capaz de encender mi alma. Necesito que perdones mi ceguera, mi obstinación y mi falta de control. A cambio, te prometo idolatrarte, darte todo lo que nadie te dio y considero que mereces, respetarte y luchar por ti hasta mi último aliento. No quiero pensar más en mí o en ti, sino en nosotros. Eres mi atardecer favorito, mi amanecer perfecto, mi momento del día que no querría perderme ni muerto.

—¡Oh, Jon! —balbuceó contra mis labios—. Yo también te quiero, te necesito y quiero que formes parte de mi vida. Te juro que me pasaré el resto de los años que me queden tratando de compensarte por lo que te hice. Y te prometo que lo único que te voy a hacer perder es el aliento y la ropa. Quiero hacerte bailar al ritmo de tus sonrisas y que los momentos malos se pierdan en el recuerdo, porque cuando tus ojos me miran, siento que estoy en el cielo. Yo seré una ladrona de arte, pero tú me has robado el corazón.

Apoyamos nuestras frentes y nos perdimos en nuestros labios, ya no iba a haber un tú o un yo, solo un nosotros.

Su boca me atacó voraz, ya no existía control alguno, nuestras extremidades se agitaban por pura necesidad.

Jen cumplió con su palabra y prácticamente me arrancó el bañador.

Yo le quité el pareo que llevaba sujeto sobre el pecho y, agarrándola por la cintura, la empalé contra el árbol.

Ninguno de los dos estaba para preliminares. Fui duro, rápido y salvaje.

Jen gritaba aferrándose a mi piel, resoplando a cada poderoso envite. Nos habíamos contenido durante tanto tiempo que lo único que nos importaba era fundirnos el uno en el otro.

Arremetí contra sus caderas sin piedad, tratando de imprimirme en

cada poro de su piel y ella me premió clavándome las uñas para arañarme la espalda. Necesitábamos conectar con esa parte animal, esa a la que no le importaba lo sucedido, la que se movía por instinto, la que nos entregaba sin reservas a uno en brazos del otro.

Jen me mordió el labio con fuerza promoviendo una excitación que no conocía límites.

—¿Qué me has hecho, gata? —gruñí saboreando mi propia sangre en su lengua.

—Todavía nada. Quiero que me folles, Jon, quiero sentirte en cada célula de mi cuerpo, quiero que no te quede ninguna duda de quién soy y a quién pertenezco. Me entrego a ti sin reservas y del mismo modo quiero todo lo que seas capaz de darme.

—Prepárate, porque no sabes lo que me has dicho.

Empujé hasta que me sentí completamente enterrado en su vagina. Jen me apretaba, gritaba y reía al mismo tiempo, poseída por el deseo más incendiario y abrasador que había sentido nunca.

Nuestro encuentro era más que sexo, era un canto a la vida y al amor.

Su vagina empapada tiraba de mí, me engullía, me devoraba igual que hacían mis labios con los suyos. Las contracciones me avisaron de que estaba muy cerca, no le quedaba nada para estallar y yo seguí arremetiendo hasta que noté sus espasmos envolviéndolo todo. Su grito de liberación alarmó a una bandada de pájaros, que alzaron el vuelo piando en protesta.

—Joder, nena, espero que no vengan a por nosotros, no quiero morir a picotazos por una bandada de pájaros insatisfechos. —Ella rio y yo le mordí el cuello, bajándola de mi cintura. Tensé la mandíbula aguantando mi propio orgasmo, no tenía condones y no quería arriesgarme a un embarazo que Jen no deseara. A partir de ahora íbamos a hablarlo todo, nada de sorpresas.

Ella me miró extrañada.

—¿No te corres? —preguntó entre dientes, yo le sonreí de medio lado.

—No hay nada que más desee, pero así no puedo. Date la vuelta, Jen, y agárrate al árbol, quiero hacer algo que todavía no hemos hecho, ¿me dejas? —Ella hizo una o con sus labios y entrecerró los ojos ofreciéndome una sonrisa retadora. Delineó sus labios humedeciéndolos y se dio la

vuelta provocándome a cada movimiento. No dejó de mirarme, se puso en posición sin agarrarse al árbol, solo para exponer el objeto de mis deseos. Deslizó las palmas de las manos con suavidad sobre sus glúteos para separarlos y mostrar el fruncido agujero.

—¿Esto es lo que quieres, Jon? —preguntó incitante.

—Justo eso.

—¿Y a qué esperas? Te lo estoy ofreciendo. —No podía creer la maldita suerte que tenía con ella, sabía que había mujeres que no querían mantener sexo anal, pero Jen no parecía en absoluto molesta por mi proposición.

Me acerqué para acariciar su espalda y lamer los glúteos hasta alcanzar la parte interna de los muslos. Jen resolló cuando comencé a mordisquearlos graduando la intensidad de las dentelladas y los lametones. Cuando la tenía jadeante, ungué uno de mis dedos en sus jugos, esparciéndolos de arriba abajo, trazando círculos en el pequeño agujero que se tensaba a cada tentativa de asalto. Chupé esa rosada abertura que se abrió ante el contacto de mi lengua y aproveché el momento para encajar la primera falange en ella. Jen siseó.

—Eso es, gata, quiero entrar por tu puerta trasera, ábrela para mí. —Empujé hacia dentro oyéndola suspirar.

—Mmmmmm, me gusta, Jon, pero es mi primera vez por ahí. —Su revelación me sorprendió. Jen era una mujer experimentada, pensaba que estaba de vueltas de todo.

—Perfecto, tú me estrenaste a mí y ahora seré yo quien lo haga contigo. Creo que me gusta la sensación de ser el primero en algo en lo que a ti respecta.

—No solo eres el primero en eso, Jon —susurró a la par que yo la penetraba más profundamente.

—Ah, ¿no?

—No, también eres el primer hombre a quien le entregué mi corazón. —El mío dio un vuelco.

—Pues tendremos que celebrarlo.

Mi dedo comenzó a trazar círculos en su interior, empujando, dilatando, allanando el terreno para dar cabida a mi erección.

Me puse de rodillas para abarcar con mi boca su sexo.

Jen se tensó y se abrió aceptando las atenciones que mi lengua le ofrecía, dejándome saborearla con lentitud. Escuché su agonía, estaba roja, hinchada y con el clítoris asomando como un vecino indiscreto. Lo tomé y sorbí con fuerza arrancándole otro grito.

—Si sigues haciéndome eso con la boca, voy a correrme otra vez y con este será el tercero.

—¿Y a qué esperas? Lo estoy deseando, gata —murmuré empapado.

—Es que no es justo —lloriqueó sin darse cuenta de que el segundo dedo ya se abría camino en su trasero y pronto podría enterrarme.

—Lo que no es justo es que te aguantes. No seas egoísta Jen, dámelo todo. Regálame tu placer, que después iré a por el mío.

—Aaaaahhhhhh —gritó dejándose ir mientras la penetraba completamente. —Eso es, gata, maúlla para mí.

Me entretuve lo suficiente como para seguir excitándola tras el orgasmo, su vagina no dejaba de contraerse en pequeños espasmos encadenados que yo mantuve a flote gracias al vaivén de mi polla en su vagina por fuera, sin penetración. Solo me movía para que siguiera corriéndose sin control y yo pudiera unirme en ella.

—Ohhh, Dios, Jon, ¿qué me estás haciendo? Esto es demasiado intenso. — Reí por lo bajito.

—Y todavía no has visto nada, prepárate.

Cuando estuve lo suficientemente mojado, separé sus glúteos para caer en picado.

El alarido que emitió dejó en silencio la selva entera.

—¿Estás bien? —Me quedé muy quieto.

—Ni se te ocurra detenerte ahora o te mato, sigue o te mando a arder al infierno.

—A tus órdenes, gata —contesté lamiéndole la espalda, mordiendo su ardiente piel para penetrarla de nuevo. Una de las manos de Jen desapareció entre sus piernas. Me excitó el imaginar sus dedos estimulándose, mientras la penetraba—. Eso es, Jen, fóllate tú también. Quiero notar cómo lo haces, cómo te das placer. —Gruñó con fuerza, notaba los dedos entrando y saliendo, comunicándose con mi miembro a través de la fina pared que los separaba, masajeándome sin descanso a la vez que lo hacía consigo misma.

Su culo era tan estrecho y caliente que no podía aguantar mucho más.

—Voy a correrme, Jen —le anuncié. El control que había mostrado se caía a pedazos.

—Ahí no —me suplicó apartando los dedos para darme vía libre.

—No llevo condón.

—¿Te importaría que hiciéramos honor a villa Kinder e hiciéramos felices a Koe y a Michael? —Tragué duro.

—¿Me estás proponiendo que te rellene como a un huevo?

—Oh, por favor, ¡quieres dejar de hablar y embarazarme de una vez?!

—Será todo un honor —respondí dándome cuenta de que yo también deseaba eso.

—Pues adelante, quiero un hijo tuyo, Jon, y te juro que esta vez lo viviremos todo juntos.

No me hizo falta nada más, sus palabras fueron el único aliciente que necesité para que a la primera acometida el orgasmo me sacudiera de pies a cabeza. Noté el momento exacto en el que Jen se venía conmigo, ordeñándome hasta la última gota, alcanzando el útero. No sabía si la iba a embarazar de esta vez, pero iba a poner todo mi empeño para que después de estos cuatro días nos lleváramos a casa una barriga.

Quería una familia con Jen, y no pensaba conformarme con menos.

Capítulo 33



Todavía sonreía recordando a nuestro peculiar guía entregándome un regalito a la hora de despedirse de nosotros en el aeropuerto.

—Que sean muy felices, señores Yamamura, y espero que les sea útil mi regalo y que vuelva a verlos algún día.

—Ten por seguro que así será —dijo Jon estrechándole la mano.

En la cafetería del aeropuerto, mientras esperábamos para el embarque, desenvolví el presente para encontrarme con un test de embarazo de esos que te dicen, si te descuidas, hasta el nombre del niño. Nos miramos emocionados.

Prácticamente no hicimos otra cosa en villa Kinder que no fuera comer, dormir, tomar el sol, charlar y follar, justo lo mismo que Adán y Eva en el paraíso. Incluso prescindimos de la ropa, así nos ahorrábamos tener que estar todo el día poniendo y quitando.

—¿Quieres que lo hagamos? —La dulce mirada de Jon me dijo que lo estaba deseando.

—Solo si a ti te apetece. —Lo besé con ternura—. Voy un momento al baño. Estate atento al móvil, a ver si Michael contesta al mensaje.

En la cabaña no había enchufes, así que no pudimos cargar la batería. Dejé a Jon tomando un café, con el teléfono conectado a la corriente. Necesitábamos hablar con sus padres, tener noticias de nuestra pequeña y ver si había noticias de Michael.

Entré en el baño nerviosa, con la misma sensación que la primera vez en Tokio. Esperaba que villa Kinder nos diera suerte y volviéramos con un bebé bajo el ombligo.

Me metí en el pequeño cubículo y esperé los cinco minutos de rigor, rezándole a todos los santos por un positivo. Cuando apareció el mensaje no podía creerlo.

Salí precipitadamente hasta alcanzar la mesa para dejar el cacharrito frente a los ojos de Jon, que no apartaba la vista del móvil. En él rezaba:

«Embarazada 1-2 semanas»

Y como una semana no había pasado, eso solo podía significar que me había embarazado en Dubái, la noche del Oasis.

—Me parece que villa Kinder ha llegado tarde —suspiré con alegría—.

Ya veníamos con premio.

Esperé a que levantara la barbilla para encontrarme una mirada dura y fría, eso era lo último que esperaba encontrar cuando lo mirara.

—¿Qué ocurre? —inquirí sin comprender.

—Eso dímelo tú. —Volteó la pantalla del móvil. Había un mensaje abierto de Petrov.

PETROV

Ya sé lo que quiero, *krasivyy*.

Te espero en casa y voy a follarte como nunca. Tú, yo y mi cama, que nos aguarda. Tengo un montón de juguetes listos para ti.

El fin de semana que viene no traigas ropa, no te va a hacer falta.

Jon parecía hueco, como si le hubieran arrebatado la alegría de un plumazo.

—¿Es suyo? —preguntó empujando el test. El enfado se prendió en mí como una antorcha.

—¿Cómo osas preguntarme eso? ¡Es tuyo, capullo, de nuestra noche en Dubái! ¡Nunca me he acostado con Petrov! Ese mensaje no significa nada, él es mi jefe.

—¿Y follártelo entra en alguna cláusula del contrato? —Cuando me ponía así era incapaz de controlarme, mi palma estalló en su cara.

—Retira eso ahora mismo. —Jon se levantó.

—¿Y qué quieres que piense? Volvemos a la realidad y todo se tuerce. ¿Qué pensarías tú de un mensaje como este?

—Avanzamos una casilla y frente a cualquier adversidad retrocedemos al punto de partida. ¿Así va a ser siempre?, ¿esa es la confianza que piensas depositar en mí? —Me agarró con fuerza de las muñecas.

—Pues cuéntamelo, háblame para que mis demonios se calmen. No sabes lo que he sentido cuando he leído esas líneas. —Podía imaginarlo. Intenté respirar y relajarme.

—Está bien, vamos a tratar de relajarnos los dos. Petrov lleva tiempo intentando que me acueste con él, pero siempre me he negado. No mezclo trabajo con placer, así que siempre le he ofrecido negativas.

—Y, entonces, ¿por qué en este mensaje lo da por sentado? —soltó con la boca apretada.

—Porque para averiguar el paradero del padre de Joana le dije que podía pedirme cualquier cosa que deseara, que yo cumpliría y no me negaría. —Jon resopló.

—¿Así que piensas convertirte en su pu...?

—Cuidado, Jon. —Mi tono de advertencia lo frenó, no estaba para tonterías, suficiente tenía con controlar mis hormonas guerrilleras. Él se agarró del pelo y tiró con fuerza como si tratara de arrancar las ideas que lo vapuleaban.

—No vas a ir, ¿me oyes? Si quieres que lo nuestro funcione, no puedes acostarte con otro. —Traté de tomarlo con calma, de trabajar la empatía y ponerme en su lugar. Lo cogí del rostro, pasé mi mano por la marca roja de la mejilla y la besé con cariño. Estaba herido y era lógico que se encendiera, no podía tratarle mal por lo que había leído e interpretado.

—Sé que no puedo acostarme con otro, pero no porque tú me lo prohíbas, sino porque yo lo siento así. Ya veré cómo me salgo de este entuerto. Petrov es un hombre muy poderoso y la palabra «no» no entra en su vocabulario. Tendré que darle algo lo suficientemente goloso como para que decida que el cambio vale la pena. Pero ahora no es el momento de pensar en eso —dije agitando las cejas y poniendo el pequeño artilugio de plástico en sus manos—. Enhorabuena, Jon, vas a ser papi de nuevo. —Esperaba poder recuperarlo con la noticia.

Primero leyó el mensaje y regresó su mirada a mí. Sus labios apretados comenzaron a destensarse hasta ofrecerme una pequeña sonrisa y una mirada de arrepentimiento.

—Lo siento, Jen, por sugerir...

—Shhhh. —Puse mis labios sobre los suyos—. Ahora no importa, disfrutemos del momento. Me robaron una celebración, pero no me robarán esta.

Pasamos el vuelo entre arrumacos, sonrisas y planes de futuro. No había recibido ningún mensaje de Michael y su teléfono estaba apagado, así que solo me quedaba rezar y esperar que estuviera bien.

Cuando llegamos al aeropuerto, Yamamura llevaba a mi hija sobre los

hombros, ofreciendo la estampa de abuelo orgulloso, y Carmen portaba una pancarta con muchos corazones y purpurina donde se leía: «Bienvenidos a casa».

Jon me llevaba agarrada por el hombro pegándome contra su cuerpo, gesto que no pasó desapercibido a ambos progenitores, que nos miraban con deleite.

El padre de Jon bajó a nuestra hija y esta correteó como loca para estrellarse contra mí, sus pequeños bracitos volaban del uno al otro sin saber a quién agarrar.

—¡Mami, papi! *O quero*. —Jon la levantó lanzándola por los aires para terminar estrechándola contra nuestros cuerpos.

—Nosotros también te queremos, cariño —le respondí llenándola de besos que provocaron risas de alegría en nuestra pequeña.

—*Mia*, mami. —Koe agitaba algo en la mano, lo miré fijamente y me sorprendió hallar el peluche de piloto que encargué para ella en Tokio casi dos años atrás.

—¿Y esto? —dije con los ojos brillantes conteniendo la emoción y mirando a Jon.

—No pude tirarlo, así que lo guardé. Ha estado conmigo todo este tiempo, no imaginé para quién era, pensaba que era un regalo para mí, pero creo que mi padre se lo ha devuelto a su auténtica dueña. —Desvié la mirada hacia el señor Yamamura para murmurar un «gracias» contenido. Él inclinó la cabeza y agarró a mi suegra por la cintura para darle un beso en el cuello que la hizo reír como una quinceañera.

Al parecer, no éramos los únicos que habíamos aprovechado el tiempo para solucionar nuestras diferencias.

Saludamos a mis suegros y les pregunté si habían recibido noticias de alguien o alguna visita inesperada.

No estaba segura de cómo haría Michael para comunicarse con ellos sin levantar sospechas.

—Solo recibí una llamada de Xánder preguntando por mi hijo y, como me dijisteis, le comenté que no sabía nada de vosotros. Nadie ha venido a tu casa, solo un repartidor que dejó un paquete para ti, pero no lo abrimos. ¿Ocurre algo?

—No, tranquilo, es que no sabía si había surgido algo importante

mientras estábamos fuera y como no teníamos cobertura... —No añadí nada más. Los cuatro salimos a comer fuera y después a casa para descansar. El paquete no era de Michael, sino un juguete que encargué para Koe. Mi gozo en un pozo, ¿dónde estaría mi hermano?

Mis suegros se habían instalado en la habitación de Michael, no dije nada al respecto, me parecía perfecto que hubieran retomado su relación. Jon y yo estábamos algo cansados del viaje, así que nos echamos una siesta, aunque antes no pudimos evitar hacer el amor muy lento para terminar dormidos encajados el uno en el otro.

Cuando desperté, Jon seguía roncando plácidamente.

Me puse ropa cómoda y bajé a la planta inferior, Carmen estaba en el jardín tomando un té. No vi a Yamamura ni a Koe, tenía una conversación pendiente con ella y había llegado el momento perfecto.

—Hola —la saludé tímidamente.

—Hola, cielo, ven conmigo. ¿Quieres una taza? —preguntó mostrándome la suya.

—Sí, gracias. —Había otro servicio en la bandeja, así que llenó la otra. Me senté en la butaca de al lado desde donde se veía el jardín.

—El abuelo está loco con su nieta, se la ha llevado a dar un paseo. Espero que no te importe.

—Para nada —aclaré agarrando el plato que me ofrecía.

—¿Lo habéis pasado bien en México? Habéis vuelto muy morenos y no he apreciado marcas. —Su mirada pícara no daba lugar a error.

—Demasiado bien, te recomiendo villa Kinder para pasar unas vacaciones con Yamamura.

—¿Villa Kinder? —inquirió levantando una ceja. Le expliqué la historia del lugar y no pudo más que echarse a reír—. Pues tendremos que comprobar si surte el efecto que todos dicen en vosotros antes de ir.

—Imposible —respondí precipitándome.

—¿Y eso por qué? —Mi respuesta le interesó, me hubiera gustado esperar para contarle, pero es que me moría de ganas por gritarlo al mundo.

—Porque Jon y yo ya íbamos embarazados cuando llegamos. —Sus gruesos labios se ampliaron en una sonrisa franca, se acercó a mí y me

abrazó. No era muy dada a las muestras de cariño, pero la verdad era que me apetecía mucho el abrazo.

—Enhorabuena, cariño, no sabes lo feliz que me haces. Ya verás cuando Ichiro se entere, con lo que le gustan a él los niños; está como loco porque ampliéis la familia.

—¿Quién es Ichiro?

—Yamamura, querida. Ichiro es su nombre de pila —aclaró.

—Pues no sabía que el señor Yamamura tuviera nombre de pila, pensé que se lo había borrado. —Carmen soltó una carcajada.

—Mujer, que un nombre no es un lunar para que pueda quitárselo alguien así como así. Además, no creo que siendo su nuera debas seguir llamándolo así, seguro que le alegra si lo tuteas. A veces Ichiro no dice las cosas por no ofender.

—Me he dado cuenta. —Mi suegro era un hombre muy prudente, nada que ver con el loco temperamento de Carmen.

—Lo estamos trabajando seriamente, no puede ser tan reservado. Aunque no solo estamos trabajando eso... —Sus dientes se clavaron en el carmín rojo.

—¿Eso quiere decir que volvéis a estar juntos?

—Eso quiere decir que estamos conociéndonos de nuevo y que esta vez no va a haber tabús ni restricciones, que fue lo que nos alejó.

—¿Puedo preguntar qué ocurrió? No pretendo ser indiscreta, si no te apetece contármelo, lo entenderé.

—Me apetece —me cortó acomodándose en la butaca—. Cuando nos conocimos yo era un espíritu libre, una artista de pies a cabeza, bohemia, con un sentido del amor y el sexo algo avanzados para la época, y muchas ganas por descubrir cosas. Pero cuando él se cruzó en mi camino, todo dejó de importar, incluso yo misma. —Suspiró removiéndola la taza—. Me enamoré tan ciegamente que cambié radicalmente mi forma de ser y de concebir el mundo. Ni siquiera me planteé incorporarle mis ideas, pues él ya me había puesto al día sobre las suyas —aclaró—. La educación japonesa es muy estricta e Ichiro era un claro ejemplo viviente. Aunque vivía al límite y le gustaban las apuestas y la velocidad, era muy tradicional en ciertos aspectos.

—¿Te refieres al sexo? —Ella asintió.

—Al principio tenía suficiente, no me importaba renunciar a mis gustos en la cama si eso implicaba tenerlo a mi lado, pero con el tiempo comenzó a pesar. En alguna ocasión traté de sacar el tema, nunca directamente, pero sí a través de la literatura. Le dejaba pistas, libros abiertos, pasajes subrayados sobre la mesa del despacho; pero él nunca decía nada, era como si los obviara. Una noche me arriesgué y me presenté vestida de látex con un látigo, tendrías que haberle visto la cara, justo como la tuya ahora mismo.

—Perdona, no me hago a la idea.

—Pues eso le ocurrió a él. Me gusta el BDSM, siento la necesidad de que me dominen en la cama. Ichiro ya lo hacía, pero no del modo en que yo necesitaba. —Su sinceridad y su manera de relatar los hechos me habían dejado absorta.

—¿Y qué ocurrió? —Se encogió dolida.

—Me preguntó si era carnaval, si iba de Catwoman y él no se había enterado. Intenté mostrarme sugerente, tentarlo con alguna de las escenas de los libros y me miró horrorizado; dijo que eso era de trastornados, de personas traumatizadas que necesitaban el dolor para sentir placer, que nosotros no éramos así. Se comportó de un modo tan radical que me dio miedo seguir adelante y proponerle todo lo que necesitaba y tenía en mente. Me gustaba jugar en pareja o en grupo, para mí el sexo no va implícito en el amor. El sexo es placer y mi placer lo concibo de ese modo. —Sabía que había personas así, aunque yo no lo compartiera. No iba a juzgarla por ello, cada una tiene unas necesidades diferentes y si a ella le iban las fustas, pues que disfrutara.

—Entonces, ¿desististe?

—Sí, pero eso solo lo empeoró todo. La sumisa que había en mí necesitaba un amo al que aferrarse, alguien que me ayudara a sentirme viva a través del BDSM. Traté de controlarme, incluso empecé a medicarme con antidepresivos. Pero una noche, en una fiesta de inauguración de una sala de juego, lo conocí. —Contuve la respiración. ¿A quién conoció? ¿A Tomás? Imposible, él sería un crío en aquel entonces. Seguí escuchando—. Luka era oscuro, *sexy* y un amo consumado. Nada más verlo supe que era un *bedesemero*^[13] y él detectó en mí la sumisa que llevaba dentro. Con un simple cruce de miradas, ambos conectamos.

Solo hizo falta una charla para que descubriéramos que compartíamos gustos y aficiones. Empecé a asistir sola a actos que tenían que ver con el sector del arte, eventos benéficos, donde ambos coincidíamos; había mucha tensión sexual no resuelta entre nosotros. Pero trataba de controlarme. —Apretó los puños, como si le costara lo que fuera a contarme—. La noche que todo se desató fue porque Luka se quedó a solas conmigo en un jardín, me dijo que conocía mis necesidades, que veía cómo mi alma de sumisa sufría al no saciar mis apetitos y que él se ofrecía a ayudarme. Me dio su tarjeta y yo la guardé, nos besamos y sentí esa acuciante exigencia prendiéndose en mi interior. Salí corriendo, llegué a casa e intenté convencer de nuevo a Ichiro, le pedí que me pegara en el trasero, algo simple para calmar a mi bestia interior, y a cambio me hizo el amor con suma delicadeza diciéndome que jamás me pondría una mano encima. —La escuchaba con el corazón encogido, podía percibir su angustia, amaba a un hombre que no podía llenarla porque no compartía sus gustos sexuales. Debió ser muy duro para ella—. Ichiro se marchó de viaje, Jon era pequeño, así que yo me quedé en Tokio, tenía un compromiso para acudir a una inauguración de una nueva galería a la que acudió Luka. Bebimos, tonteamos, me sugirió ir a un lugar que seguro me encantaría y terminamos en una mazmorra. Te juro que traté de reprimirme, pero ya no podía más. Luka conectó con mi interior haciéndome vibrar de nuevo. Ambos teníamos muy claro que solo era sexo, que yo amaba a mi marido y que él simplemente cubría una falta. Pero yo me sentía una mierda por mentirle a Ichiro, así que tampoco era plenamente feliz. Hubiera dado lo que fuera porque tan solo se hubiera interesado y lo hubiera probado, pero no quería y yo no lo podía forzar.

—No quiero ni imaginar cómo te debías sentir. —Intenté ponerme en su piel.

—Nadie puede saberlo, amar a alguien y no sentirte completa es lo peor que le puede ocurrir a alguien. Por un lado, sabía que estaba traicionando a mi marido, pero por el otro, no podía dejar de hacerlo, necesitaba lo que Luka me ofrecía aun a costa de mi matrimonio. Perdí el norte y, tras otro viaje de mi marido, mi amo vino a casa. En principio solo venía a recoger un cuadro que había pintado, quería llevarse una de mis pinturas para su casa, pero nos desatamos en el estudio y terminamos

liándonos. Mi marido regresó del viaje antes de tiempo, pillándonos en plena sesión. —Leí la desesperación en las profundas arrugas que envolvían de angustia su mirada—. Ver la traición en su rostro, sentir cómo le había partido el alma fue indescriptible; aunque para mí lo peor de todo fue verlo cerrar la puerta y dejarnos ahí, solos y en silencio.

—¿No hizo nada? —Carmen negó—. Yo grité desesperada su nombre contra la mordaza, me removí inquieta suplicando con mis gestos a Luka que me desatara. Finalmente lo hizo y él mismo se ofreció a hablar con Ichiro, pero no quería empeorar las cosas. Le pedí que se fuera y cuando salí para enfrentar la situación encontré a mi marido en el salón, jugando con Jon. Recuerdo todo como una película antigua llena de polvo y rascaduras. Le pregunté si podíamos hablar y él se limitó a decir que no era el momento, que me diera un baño y me vistiera para cenar. ¿Cenar? ¿Puedes creerlo? Me había visto follando con Luka, el cuerpo atado con cuerdas de esparto y unas pinzas en los pezones y me decía que me arreglara para cenar.

—Debió ser un *shock* tan grande para él que intentó revestirlo de normalidad.

—No quiso hablar del tema, Jen, aguanté quince días en aquella situación. Ichiro hacía como que no había pasado nada, pero no me tocaba. Siempre dormíamos abrazados y dejó de hacerlo. La frialdad con la que me trataba me estaba matando y no podía culparlo por ello. Así que decidí por los dos y me marché. En todos estos años no he dejado de amarlo ni un instante, él siempre fue el amor de mi vida, el padre de mi hijo, pero yo no podía ser la mujer que él quería.

—¿Y ahora sí? —Carmen se sonrojó.

—Ahora Ichiro ha cambiado y yo hay cosas que no necesito, como ser compartida. Creo que es algo que él no llegaría a tolerar, aunque no se lo he planteado. Pero durante este tiempo que hemos estado separados ha abierto la mente y ahora maneja el látigo como nadie —soltó con una risita provocando que yo abriera los ojos.

—¿Y eso en qué punto os deja? —Miró hacia la piscina.

—Vamos a tomarlo con calma, nos iremos viendo a ver dónde nos lleva todo esto. Él tiene su vida en Tokio y yo en Barcelona, es complicado dejar aparcada tu vida. Sé que le gustaría que me mudara a Japón, pero

yo no puedo dejar la galería, tendría que traspasarla o encontrar a alguien que la quisiera llevar para mí. A no ser que... —Carmen enmudeció mirándome como si tuviera la solución frente a los ojos—. ¿Te mudarías con Jon a Barcelona? Te encanta el arte, podríais vivir en mi piso de la Pedrera, sé que te chifla ese piso. Igual no es como vivir en Beverly Hills, pero no creo que te importara el cambio. Serías una directora maravillosa y yo podría abrir una galería en Tokio. —La idea me maravillaba y asustaba a partes iguales, aceptar lo que me pedía Carmen suponía un cambio de vida radical. Pero ¿no era eso en el fondo lo que quería?—. Sé que te gusta pilotar, pero ahora con lo de tu embarazo no sé si sería demasiado prudente, no querrás correr riesgos innecesarios. Podríamos probar por un año y si sale bien y a ambas nos convence, prorrogarlo. —Estaba convencida de que a Jon le encantaría la idea y a mi hermano más todavía. Pero yo no podía aceptar algo así sin sincerarme antes con Carmen.

—Carmen, yo... —Mi móvil vibró, abrí el mensaje sin pensar.

PETROV

Mañana es el gran día, *krasivyy*.
Espero que estés lista, voy a dejarte
las piernas temblando.

—Mierda —protesté por lo bajo. ¿Cómo iba a resolver eso?

—¿Ocurre algo? —Los inmensos ojos oscuros de Carmen me contemplaban con preocupación. Para ser justas debía sincerarme con ella, al fin y al cabo, era a lo que había salido.

—Tengo que hablar contigo de algo, solo prométeme que no me vas a interrumpir hasta que termine. Tú te has sincerado conmigo y es mi turno. Después de lo que te voy a contar serás libre de decidir si quieres volver a verme o no.

—Me estás asustando —musitó contenida.

—Solo te pido que no me pares, ¿vale? Creo que va a ser una de las cosas más difíciles que vaya a hacer nunca.

—Adelante —me animó apretándome el muslo.

Le confesé todo, desde mi época en la universidad, Matt, mi expulsión,

mi boda, los motivos que me llevaron a Barcelona; Tomás, el robo de su cuadro, la falsa muerte de mi hermano, por qué nos separamos Jon y yo; el secuestro de Joana, los motivos del viaje a México y cómo conseguí la ubicación del padre de mi amiga.

Apenas respiró y cuando lo hizo, no vi reproche alguno, incluso me vi obligada a decir:

—He terminado, ¿cómo puedes seguir aquí sentada después de todo lo que te he soltado? ¡Te robé! ¡Te usé! Me largué con tu hijo sin amarlo para hacerle creer que lo quería y así salvar mi culo. ¿Por qué no estás gritándome e insultándome? —No entendía su falta de reacción.

—Porque yo tampoco te lo he contado todo, Jen, y ha llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Qué cartas? —Volvía a no entender nada.

—Ahora soy yo la que voy a pedirte que me escuches con atención y que no me interrumpas. ¿Aceptas? —Asentí.

—Cuando volví a España, estaba destrozada. Necesitaba ocupar el tiempo con algo y Luka implantó en mi cerebro una idea que estábamos fraguando en Tokio.

—¿Luka vino contigo a España? —Esa parte no la había contado—. Perdón por la interrupción.

—Luka no vivía en Tokio, estaba allí por negocios, él es ruso y se apellida Petrov. ¿Te suena? —Eso fue un directo en todo el estómago.

—¿Tu Luka es mi jefe?

—No es mi Luka, él nunca fue mío.

—Disculpa. —La revelación había sido demasiado.

—Tranquila, déjame seguir, por favor. Igual eres tú la que decides no mirarme más a la cara después de esto. —Su afirmación me dejó desubicada, así que me recliné en el asiento dejándola continuar—. Sabes sobradamente que soy una amante del arte, hay personas que creen que el mejor lugar que tiene un cuadro es un museo, a la vista de todo el mundo, para que esa obra se comparta y permanezca en la retina de todos. Luka y yo no pensábamos igual que el resto. Hay muchos intereses creados en el sector del arte, el mundo de los museos no es tan bonito como parece y se cometen auténticas barbaries que muchas veces ni se conocen, pero eso es lo de menos. A nuestro parecer, cada cuadro tiene

un lugar y ese lugar es el de la persona que pueda brindarle el mayor confort a la obra para disfrutarla como merece. Así surgió «El Jardín de las Delicias», un grupo de hombres y mujeres poderosos, amantes del arte y dispuestos a pagar por él. Lo envolvimos todo en misterio, a la gente poderosa le encanta todo este tipo de cosas. Luka y yo seleccionamos cuidadosamente a las personas que formarían parte del grupo, asegurándonos de que fueran anónimos entre ellos. Tú conoces a uno muy bien, ¿te suena el nombre de Antoine Lafayette?

—¿Mi profesor de arte de la universidad?

—Exacto. La misma idea que tuviste tú, de ser facilitadora duplicando obras, ya la tuvimos nosotros muchos años antes, solo que no dábamos con la persona que pudiera llevarla a cabo. Nadie era capaz de falsificar un Renoir o un Van Gogh con exactitud, siempre había algo que se escapaba. Hasta que llegaste tú. Antoine decía que tenías un talento innato, un don, por eso te hacía trabajar tanto, te estaba preparando para nosotros. Hasta que un día el imbécil de Matt se interpuso y, aunque Antoine intercedió a tu favor para que no te expulsaran de la universidad, no pudo impedirlo.

—¿Vosotros me estabais entrenando sin que yo lo supiera? —Parecía uno de esos *thriller* que tanto me gustaba ver en la tele, aunque enterarme de que había sido su objetivo y que me habían manipulado no me hacía ni pizca de gracia.

—Así es. Te perdimos la pista, un buen día desapareciste antes de que pudiéramos ofrecerte trabajar para nosotros. Así que el día que te presentaste por tu propio pie en mi galería de Barcelona, no podía creer la suerte que estaba teniendo, te reconocí y fui a por ti desde el minuto cero. Y cuando aceptaste el puesto que te ofrecí, casi brinco de la alegría. Conocíamos tus antecedentes, te investigamos, Jen, necesitábamos tu potencial y te queríamos dentro. Aunque todo se truncó —resopló—. Tomás era uno de mis amantes, como ya sabes. Me encapriché de él en una cena con Petrov, era guapo, divertido y con gustos sexuales muy similares a los míos. Por un descuido, mientras jugábamos los tres en casa, descubrió que yo movía los hilos de «El Jardín de las Delicias»; él estaba deseando formar parte, así que lo dejé entrar. Todo iba viento en popa, tú parecías ir sola hacia el punto donde queríamos llevarte, así que

te dejé volar a tus anchas. Me gustaste desde el principio, me recordabas tanto a mí que te quise para Jon, él parecía encerrado en una burbuja de cristal y necesitaba a alguien que le diera una sacudida a su mundo, pero eso es a parte de mis intenciones laborales. En definitiva, necesitaba ver si no nos habíamos equivocado contigo, así que le pedí a Tomás que te incitara a cometer el robo de mi cuadro. Cumpliste mejor de lo esperado, aunque lo que no entraba en mis planes era que Tomás intentara aprovecharse de ti.

—¿Sabías que intentó forzarme? —Eso ya era demasiado.

—No sabía que iba a hacerte eso, no le hubiera dejado. Yo ese día no estaba, recuerda que fui con Jon a Montmeló, y cuando volvimos, me encontré con que te lo llevabas de regreso a Tokio. No entendía nada.

—¡No me lo puedo creer! ¡Me utilizaste en todo! —le grité.

—¡Y tú me robaste! ¡Querías esa vida desde el principio! Yo solo te guie, a ambas nos convenía. Hay muchas maneras y muchos prismas para ver una misma realidad. Lo que yo hice fue potenciar tus virtudes, tú misma te habías marcado el camino, ahora no puedes negarlo, yo solo te lo facilité. —No podía creerlo, Carmen estaba detrás de todo eso y yo no me había dado cuenta de nada—. Reflexiona, Jen, no hice nada en contra de tu voluntad, no te retuve. Reconozco que lo intenté, pero no lo hice, te dejé marchar concediéndote el regalo más importante de mi vida: mi hijo. Además, te encubrí. Forcé a Tomás a que siguiera con la versión de que se había tratado de un ajuste de cuentas y que no recordaba nada, lo eché del grupo y lo amenacé con hacer saltar todo por los aires si te tocaba un solo pelo o se acercaba a ti. Te protegí. Que yo sepa, se mantuvo al margen, ¿no es así? — Asentí.

—Pero Matt me hizo robar el cuadro de Tomás para El Capo.

—Si te soy franca, esa parte no la conocía, y no entiendo los motivos que llevaron a Mendoza a querer robar a uno del grupo. Pero el tiro le salió mal, pues lo que le diste a tu ex fue uno de tus cuadros. El de mi padre reposa en la cabecera de mi cama, como siempre. Tomás me lo devolvió y me lo cambió por la réplica.

—¿Me robé a mí misma? —pregunté, alucinada de no haber sido capaz de darme cuenta.

—Eso parece, y que no lo vieras solo corrobora el talento que tienes.

No sé por qué Mendoza quería el cuadro, pero lo averiguaré. Entre nosotros hay un juego, pero ese cuadro no entra en él. Lo llamamos el retrato Rembrandt. Y de lo que trata es de ir robándonos unos a otros esa pequeña obra, es un entretenimiento que nos mantiene en tensión para ver dónde flaquea la seguridad del lugar donde tenemos nuestras colecciones privadas. Fue idea de Luka.

—¿Por eso me hizo que le robara al *sheikh*? ¿Por un puto juego? —Cada vez estaba más irritada por el modo en el que me habían manipulado todos.

—Sí. Si no hubiera sido un juego, ten por seguro que ahora no estarías viva, Jen. Las leyes en Dubái no son las mismas que aquí.

—Eso ya lo sé —protesté incómoda, sin saber cómo actuar al respecto—. ¿Y ahora en qué punto estoy? Oh, ama y señora de todo —respondí con retintín.

—Vamos, Jen, no te disgustes. Si lo miras fríamente, ambas somos demasiado parecidas; por eso mi hijo te ama, ha buscado en ti el patrón que veía en mí de pequeño.

—Menudo consuelo. Además, no somos tan parecidas, a mí no me gusta el sado ni ser compartida. ¡No quiero ni pienso acostarme con Petrov!

—¿Has dicho Petrov? —La voz de Yamamura interrumpió nuestra conversación. Carmen se puso rígida y cuando busqué su mirada, estaba cargada de odio.

Capítulo 34

Carmen miró airada a mi suegro.

—¿Algún problema? —lo retó. Su mandíbula estaba rígida y el brillo mortal de los ojos de Yamamura no presagiaba nada bueno.

—Ninguno —murmuró con los dientes apretados. Estaba convencida de que no se habían puesto a discutir allí mismo porque tanto mi hija como yo estábamos presentes.

El padre de Jon bajó a Koe al suelo y esta salió disparada a mis brazos, parlotando sin cesar sobre lo que había hecho con el abuelo.

Ellos dos no se quitaban la mirada de encima y yo me sentía incómoda por estar allí, en medio de aquel fuego cruzado silencioso.

—Jen y yo nos iremos mañana de viaje —anunció de golpe cuando Jon se unió a la fiesta con cara de sueño. Padre e hijo se miraron sin comprender.

—¿Cómo que os vais? —La cara de mi amor era un poema.

—Hemos de resolver un asunto con alguien —le aclaró con mirada dulce a su hijo.

—Con Petrov —soltó Yamamura sin anestesia, afirmando algo que era un hecho. Esta vez quien se tensó fue su hijo, porque él no había dejado de estarlo ni un momento.

—Sí —afirmó tajante—. Ambas tenemos algo que solventar con Luka, así que iremos juntas.

—Ni hablar —respondieron ambos al unísono. Carmen y yo nos buscamos con la mirada, estaba segura de que mi suegra no iba a dar el brazo a torcer con facilidad.

—¿Disculpad? O replanteáis la respuesta con un «por supuesto,

tranquilas, nosotros nos quedamos con Koe» o tendremos un problema.

Ellos la miraron incrédulos.

—Mamá, ¿te has fumado algo? ¿En serio piensas que voy a dejar que Jen vaya a verse con un tío que pretende colarse entre sus piernas?

—Y yo con uno que ya se ha colado entre las tuyas.

—¿Como que entre las tuyas? —inquirió Jon, que parecía fuera de juego.

—Petrov fue el detonante de nuestra ruptura —escupió con inquina. Su hijo abrió mucho los ojos, sorprendiéndose ante tal revelación.

Ahí estaban padre e hijo en un mano a mano haciendo equipo. Yo no quería participar en una disputa familiar, acababa de reconciliarme con Jon como para volver a liarla.

—Si vas por ahí, no vamos bien —argumentó Carmen sin apartar la mirada del hombre que fue su marido.

—No soy el de antes.

—Ni yo tampoco. —Un sudor frío recorrió mi espina dorsal, necesitaba tomar distancia.

—Disculpad, es la hora de la toma de Koe, así que voy dentro.

—Te acompaño —murmuró molesto mi Yamamura particular. No sé ni si nos escucharon, tan pendientes que estaban el uno del otro.

Fue poner un pie en el cuarto, desabrocharme el sujetador y poner a Koe en posición para su toma y Jon comenzó a hablar.

—No vas a ir —abordó más sereno de lo que estaba por dentro. Desvié la mirada de mi hija a él intentando no alterarme.

—Las cosas no son blancas o negras, Jon, que no quiera ir no significa que no vaya a hacerlo. Tengo que resolver un asunto con Petrov y no puedo hacerlo por teléfono.

—¿Me estás diciendo que pretendes largarte con mi madre a verlo sabiendo que él fue el causante de que mis padres se separaran?

—Te estoy diciendo que tengo que resolver la situación, que puedes estar tranquilo y que debes confiar en mí si quieres que lo nuestro funcione.

—¿Tú querrías que fuera a ver a una mujer que pretende acostarse conmigo al culo del mundo? Tal vez lo haga para solucionar asuntos pendientes. —La revelación escoció y unos celos enfermizos hicieron

acto de presencia enroscándose en mi abdomen, aunque no pensaba decírselo.

—Yo confío en ti, haz lo que tengas que hacer, pero yo tengo que zanjar mi trato de algún modo y no va a ser pasando por su cama, eso tenlo por seguro.

Jon se pellizcó el puente de la nariz, un debate interno pugnaba por salir, seguro que tenía a su ángel y su demonio particular parlotéandole al oído. Sabía que debía tranquilizarlo de algún modo si quería que las cosas fueran bien.

—Nunca te traicionaría conscientemente, Jon, te quiero y necesito que lo nuestro funcione.

—Pues entonces no vayas —susurró sentándose a mi lado. Pasó la yema del dedo por la manita de mi hija que, como siempre, se agarraba a mi pecho desnudo.

—Las cosas no son tan fáciles, debo ir, y si es con tu madre, mucho mejor. Ellos se conocen...

—Ya veo el modo en el que se conocen —resopló—. Eso no mejora las cosas, Jen, saber que el tío que se tiró a mi madre quiere hacer lo mismo contigo es repugnante. —Era cierto, pero debía seguir con mi postura, las cosas con el ruso no se arreglaban ignorándolo. Cambié de pecho a mi hija y lo miré con ternura, acariciándole el rostro para encontrar mi reflejo en sus ojos.

—Jon, no hay nada más importante en mi vida salvo Koe y tú, no pienso dañarte en modo alguno y jamás haría nada que pusiera en peligro nuestra relación. De eso ya tuve suficiente, soy tuya al completo, al igual que tú eres mío y solo te pido que creas en mí. —Bufó.

—¿No entiendes que de quien dudo es de él?

—Está bien, hagamos una cosa, tu madre y yo volaremos en el avión de Petrov y tú, tu padre y Koe podéis volar en el vuestro. Reserváis un bonito hotel y cuando terminemos la conversación, nos reunimos allí los cinco. ¿Te parece? —Convencido del todo no estaba, pero terminó asintiendo en un ejercicio de confianza que yo no habría sido capaz de tener, pero no me quedaba otra.

Mi hija dejó de mamar y llamó la atención de su padre para que la cogiera en brazos, este la apretó, la besó y le dio miles de arrumacos

ganándose toda mi atención. Me encantaba perderme en ellos, eran mi mayor fuente de alegría.

Cuando los ojos de Jon se deslizaron por mi torso todavía desnudo, su mirada se oscureció, brillando como dos piedras preciosas. Sentí el deseo hormigueando en mis pechos, que se erizaron bajo la caricia de sus pupilas. Nuestra hija se había acurrucado en su cálido cuerpo y ya bostezaba. Apoyé las manos en la cama proyectando el objeto de su deseo hacia delante.

—¿Ves algo que te apetezca tomar? —ronroneé sin un ápice de pudor. Él tragó con dificultad.

—Veo un par de cosas que me apetecen mucho, muchísimo en este momento. —Mi hija ya tenía los ojos cerrados y suspiraba plácidamente y yo me sentía muy provocadora, las hormonas del embarazo me tenían a mil.

Pasé una de las manos sobre el firme montículo y pellizqué el tierno brote, del que pendió una gotita blanquecina. Jon gruñó y yo la esparcí por mi aureola, incitándole con el gesto.

—¿Por qué no acuestas a nuestra hija en su cuarto y me dejas que sacie tu apetito también? Pareces hambriento. —Jugueteé de nuevo con el pezón y la siguiente gota la llevé a su boca, Jon la succionó mandando una descarga directa a mi sexo.

—No te muevas —avisó poniéndose en pie.

Desobedecí, pero para hacer algo que estaba segura de que lo complacería. Me desnudé por entero y, con las piernas separadas, comencé a masturbarme.

Cuando Jon regresó, se quedó en el marco apoyado, contemplándome con descaro; el mismo que yo mostraba al exponerme a él en un gesto tan íntimo.

Su erección palpitaba en los pantalones formando un hermoso bulto.

Mis dedos resbalaban exponiendo mi sexo húmedo e hinchado.

—Te dije que no te movieras —advirtió.

—¿Y te molesta mi desobediencia? Creí que te gustaría verme así, lista para ti —ronroneé penetrándome con ambos dedos a la vez, exhalando un suspiro de deleite.

Jon cerró la puerta y se quedó con la espalda apoyada en ella

contemplando el espectáculo.

—¿No vas a venir? —le pregunté sacando los dedos para mostrarle lo lista que estaba.

—Cada decisión tiene su consecuencia, ahora deberás jugar sola. —Eso no lo esperaba. Me mostré decepcionada hasta que su voz imperativa tomó el mando—. Chúpalos, Jen, como si fuera mi polla en lugar de tus dedos. —Su tono duro me excitó, llevé los dedos a mis labios y succioné con fuerza, probándome a mí misma, arrancando un sonido gutural de su garganta. Se bajó el pantalón de chándal y sacó su grueso miembro de su confinamiento para masajearlo.

Me moría de ganas por saborearlo, pero Jon no parecía estar por la labor.

—¿Por qué no te acercas? Podría cambiar los dedos por algo más real.

—¿Eso es lo que quieres? —Asentí.

—Pues ven aquí como una buena gatita, tal vez te deje jugar un rato.

Me relamí y fui a cuatro patas hacia él, deslizándome por el suelo mientras contoneaba mis caderas cual felina. Quería excitarlo, despertar su deseo hasta que desbordara. Cuando me incorporé poniéndome de rodillas, su miembro estaba más que listo apuntando hacia mis ojos.

Lo lamí con fruición, primero colocando sus huevos en mi boca sin permitir que él dejara de acariciarse. Los saboreé deleitándome en su textura para ascender por el grueso tallo cubierto de venas. Cuando llegué al glande, la primera gota de excitación ya brillaba en la punta rosada.

Moví mi lengua, golosa, saboreando aquella dulce perla que me supo a ambrosía. Separé bien los labios para engullirlo con avaricia.

—Joder, gata, eres fabulosa. —Me agarró del pelo y embistió hasta alcanzar el fondo de mi garganta, pillándome por sorpresa. Controlé la arcada que me sobrevino e intenté ajustarme a su ritmo, largura y grosor. Jon estaba muy duro y caliente—. Mastúrbate mientras te follo la boca, imagina que es en tu delicioso coñito donde me entierro. —No me hizo falta más para colar dos dedos y penetrarme al ritmo de sus embestidas—. Eso es, preciosa, siente cómo mi polla te llena. —Su conducta dominante me excitaba. Antes siempre era yo la que debía tomar las riendas para sentir placer, pero ahora era distinto, algo había cambiado

en Jon y en mí—. Estoy muy cerca, cariño, dime que tú también. —Moví la cabeza en la medida de lo posible. Mi vagina empezaba a apretarse lista para recibir su orgasmo—. Muy bien, pues detente, no quiero que te toques más. No te corras, Jen, tus orgasmos van a ser solo míos.

Mis dedos se pararon automáticamente con aquella morbosa orden. El cálido líquido invadió mi garganta y el último chorro lo lanzó fuera, sobre mis pezones.

Jon me levantó en volandas besándome por el camino, paladeándose en mi lengua para bajar a mis pechos y darse otro festín.

Succionaba, mordía y tiraba mezclando su esencia con la mía, llevándome a unos límites que jamás había cruzado. Su polla se bamboleaba entre mis pliegues sin penetrarme. Iba a estallar como una maldita bomba de relojería.

—Todavía no, gata, aguanta un poco —sugirió Jon descendiendo a mi entrepierna para lamerla de arriba abajo.

—Como si fuera tan fácil —protesté causando su risa, que reverberó contra mi vagina. Grité y gimoteé con fuerza cuando tiró de mis labios inferiores y se puso a follarme con la lengua. Los dedos se movían con destreza y rapidez, inflamando mi clítoris—. Sabes tan bien, estás tan hinchada.

—Jon, por favor, no aguanto más —le supliqué.

—Claro que sí que puedes, gata, porque ahora voy a follarte hasta que me supliques.

—¡Ya te estoy suplicando! —protesté. ¿Qué más quería?

—No, cariño, no, esto no es suplicar. Te voy a demostrar de quién eres por si te queda alguna duda. —Subió mis piernas a sus hombros y de una estocada se clavó hasta la matriz. Mi sexo empezó a contraerse al borde del orgasmo. Él no se movió—. Mírame, Jen, grábate a fuego esta imagen y no te corras. Sé que te mueres de ganas, pero no lo harás. —Me miraba muy serio y a mí me ponía como una moto. Empezó a restregarse sin salir friccionando mi clítoris, que moría por explotar sin control.

—Ohhhhh, por favor, por favor, te lo ruego, Jon. —Pero él hacía oídos sordos a mis súplicas. No podía estar más inflamada y anhelante, era un auténtico suplicio. Mis uñas se clavaban en sus hombros intentando aferrarse a algo de realidad.

—¿Por favor qué, gata?

—¡Fóllame, maldito! —Él negó chasqueando la lengua.

—Así no se piden las cosas. —Sus caderas empezaron un vaivén demencial, saliendo casi por completo y abriéndose paso con extrema lentitud hasta enterrarse y trazar con la pelvis un movimiento circular que me trastornaba.

—Ohhhh, Dios, no puedo soportarlo. —Era tal el apremio que mi piel estaba roja. Cada caricia, cada tortuosa embestida, hacía que mi cuerpo exigiera una satisfacción que no llegaba. Jon tenía la frente perlada de sudor y el muy cabrón sonreía con orgullo.

—Claro que puedes. Voy a acelerar, gata, y tú te vas a quedar ahí, aguantando estoicamente.

Dicho y hecho. El ritmo sensual se convirtió en uno salvaje, sus huevos impactaban contra mi trasero, el entrechocar de la carne me arrugaba los dedos de los pies.

—Te lo suplico, Jon, deja que me corra. —Estaba al borde del colapso.

—Creo que voy a convertir esa frase en mi mantra. Ponte a cuatro patas mirando ese hermoso cuadro, Jen, sométete a mí. —Sabía lo que intentaba, me estaba marcando como suya a todos los niveles y lo peor del caso es que me estaba encantando ese Jon.

Puse mis rodillas y las palmas de las manos sobre el colchón, separando las piernas para que me contemplara, quería que comprobara mi estado y se apiadara de mí, pero lo que hizo fue saborearme de nuevo con la boca, esparciendo mi humedad arriba y abajo, de mi vagina al ano. La cabeza me daba vueltas. No protesté en absoluto cuando sus dedos usaron mis fluidos para lubricar mi entrada trasera.

—Míranos, Jen, mira la imagen que pintaste de nosotros. Así te quiero siempre, dispuesta para nuestro placer.

—La miro —gimoteé sin apartar la mirada de la pintura.

—Joder, nena, estás chorreando y tan dilatada. Eres jodidamente perfecta para mí. —Cuando se dio por satisfecho, se sentó en la cama—. Ven, quiero que me montes, pero por detrás.

—¿C-cómo? —pregunté sin entenderle, temblando como una hoja por el placer contenido y me mordía el labio ante la imagen que mi cerebro me transmitía. Su erección le llegaba al ombligo, dispuesta para mí.

—Quiero que separes tus nalgas y te empales en mí, así tú llevarás el ritmo y te juro que dejaré que te corras si lo haces bien. —El desafío fue un aliciente y la visualización de nuestros cuerpos en esa posición nueva, otro.

Me separé las nalgas, Jon ungió su glande en mi sexo, provocando que gimiera, para después presentarlo en mi puerta trasera.

Me gustó recuperar el poder de decidir cómo hacerlo, me sentía omnipotente. Yo asumía cómo hacer las cosas. Jon me pellizcó los pezones, lo que propició mi descenso hacia aquella barra candente que me empaló. Ambos siseamos, me había abierto completamente a él. Me sentía llena.

—Eso es, acostúmbrate a mi tamaño y cuando lo hayas hecho, fóllame, Jen, a tu ritmo. —Su boca descendió para volver a sorber y tirar de mis pechos, apretándolos para succionar con desesperación.

Me agarré de sus hombros y sin apartar la vista de la pintura, di inicio a mi decadencia.

Mi clítoris totalmente expuesto se friccionaba contra su pubis; a cada subida y bajada, me mandaba millones de descargas. Sus labios mamaban haciendo que mis pezones reclamaran más. Y mi trasero se sentía completamente colmado, era puro delirio de placer.

—Jon, voy a correrme, ¿puedo hacerlo? —pregunté implorante observando cómo levantaba la mirada llena de amor.

—¿Tú que crees? Hazme tuyo, gata, soy tuyo para que hagas lo que desees conmigo.

Aquella frase hizo que la tormenta descargara con toda su fuerza, me froté como una gata en celo, sin dejar de abrirme con su grosor, gritando con impudicia, mientras él mordía y amasaba mis pechos, anegándolo en mis jugos y arrastrando con mi orgasmo el suyo propio.

Había sido devastador, Jon me abrazaba enterrado en mi torso, su lengua se había vuelto lenta, perezosa. Mi vagina daba los últimos coletazos sintiendo la increíble humedad en la que había sumergido a Jon. El semen recorría mi parte trasera sin que mi culo quisiera soltarlo. No quería moverme, quería quedarme así para siempre, me sentía plena.

Nuestras respiraciones se fueron acompasando hasta que la polla de Jon perdió completamente la erección, lo desmonté y me estiré a su lado

acurrucándome, perdiéndome en la bruma del amor y el deseo extinguido. Él era todo lo que yo necesitaba para ser feliz. No tenía ninguna duda.

La dejé durmiendo. Había sido una experiencia de entrega brutal, ver cómo Jen se sometía a todas y cada una de mis órdenes me había llenado de emoción. Sabía que para ella no era fácil, pero a mí me había abierto las puertas al cielo.

Me di una ducha, fui a ver a mi hija, que seguía en su cuna dormitando plácidamente, y bajé al salón.

Allí estaba mi padre con una copa en la mano, agitando el líquido ambarino del interior.

—Veo que te ha convencido —murmuró sin levantar la vista del cristal.

—Digamos que ha ofrecido una solución que no veo mal del todo. —Vi cómo sorbía con amargura.

—¿Cuál?

Le expliqué la proposición de Jen.

—¿Y qué te garantiza que cuando estén a solas con él no se entregue a Petrov? —Había dolor en su pregunta.

—Nada, supongo que deberé creer en ella. Eso fue lo que tú me dijiste, que le diera una oportunidad. —Su risa seca me dio a entender que dudaba de Jen.

—Ese hombre es el maldito demonio, hijo. Sedujo a tu madre, la llevó a su mundo, le hizo vivir cosas que... —Se quedó en silencio.

—¿Cosas que iban en contra de su voluntad? —Hablé con cautela sentándome a su lado, nunca habíamos hablado del tema.

—No, obviamente, tu madre las deseaba tanto como él. —Apretó los ojos.

—¿Por eso te engañó? ¿Habéis hablado de ello estos días? —Mi padre movió la cabeza afirmativamente.

—Tu madre tenía unos gustos sexuales complejos que yo no estaba dispuesto a atender. Durante un tiempo me dejó mensajes indirectos, y otros más directos que yo no quise asumir. No entendía cómo alguien

puede desear ser sometido, atado y azotado, o incluso poseído por varias personas. —Sabía cuánto le estaba costando sincerarse.

—Entiendo.

—No, no puedes entenderlo porque Jen, pese a ser una mujer guerrera, no comparte los gustos de tu madre. ¿O me equivoco? —Negué y él asintió.

—Me costó mucho tiempo dar el paso de intentar comprender qué veía en ese mundo y por ello, finalmente, decidí entrar en él. Busqué un amo que me enseñara, alguien que conociera ese mundo y que me instruyera para ser capaz de hacerla feliz.

—Me parece una opción muy valiente, *otōsan*. ¿Cómo contactaste con él?

—Investigué los lugares a los que había acudido tu madre para jugar con Petrov. Yo no tenía mucha relación con el ruso, la que se relacionaba con él era tu madre, aunque habíamos coincidido en alguna ocasión. Pero él y yo no habíamos hablado nunca, creo que si hubiera sido así, le habría agarrado del cuello. —Entendí lo que mi padre me quería transmitir. Si Petrov hubiera sido un amigo, habría sido peor—. Al principio solo me sentaba y miraba, hasta que un día un amo llamado Khyt se ofreció a instruirme. Dijo que me veía algo perdido, pero que veía potencial en mí, que tenía alma de *switch*.

—¿Y eso qué es?

—Un *switch* es una persona que puede desarrollar distintos roles dependiendo del momento. A veces amo, a veces sumiso, dependiendo de la persona.

—Eso era porque no te conocía, tú de sumiso no tienes nada.

—Eso creía yo. Estaba tan desesperado que acepté, me convertí en su sumiso y a cambio él me enseñó a ser amo. Quedábamos un par de veces al mes, aprendí a disfrutarlo, Jon. —Aquello me costó de digerir.

—¿Te sometías a un hombre? —No podía quedarme con la incertidumbre.

—*Hai*, sé que tal vez seas incapaz de entenderlo o que a partir de ahora te asquee pensar en mí así. Yo no sé ni cómo hice aquellas cosas en ese momento y disfruté con todas ellas. Podría decirte que me avergüenzo, pero mentiría, sentí mucho placer a manos de Khyt.

—Pero tú seguías amando a mamá. Yo te veía derrotado.

—*Hai*, por eso llegué a entender cuando ella me decía que me amaba, pero que necesitaba ese tipo de sexo para ser feliz. Hay mucha liberación en el BDSM. Cuando eres sumiso, eres quien verdaderamente tienes el control, pues dejas tu placer en manos de otro que ha de saber todos y cada uno de tus gustos, dónde tirar o aflojar, y tú siempre tienes la última palabra para que se detenga.

—¿Eres gay? —le pregunté sin tapujos.

—No —respondió seco—. Me siguen gustando las mujeres. Bueno, más bien mi mujer.

—Pero tú y ese tal Khyt...

—No voy a contarte cómo eran nuestras sesiones, eso forma parte de mi intimidad. —Lo acepté.

—¿Os veáis fuera?

—Nunca. De hecho, creo que me atreví porque llevaba una máscara de látex que solo mostraba sus ojos y boca. Nunca lo vi fuera de la mazmorra. Si ahora me cruzara con él por la calle, no podría reconocerlo, creo que ese anonimato fue lo que me convenció.

—¿Os seguís viendo?

—No. Mi aprendizaje duró unos años, cuando estuve listo desapareció, me convertí en amo para dar placer en el club.

—¿Has tenido sumisas?

—Así es, pero nunca he mantenido relaciones sexuales con ellas, si es tu pregunta, utilizaba distintos juguetes para complacerlas. Aunque me lo imploraran, esa parte estaba prohibida. Me corría, pero siempre a través de la masturbación.

—Joder, *otōsan*.

—Lo sé, soy un poco cuadrado al respecto.

—¿Y ahora qué?

—Amo a tu madre, sé que puedo ofrecerle lo que necesita, de hecho, lo disfruto tanto como ella, pero que Petrov esté ahí...

—¿Ella te ha dicho que te quiere?

—Como el primer día.

—¿Entonces?

—Son mis demonios, Jon. Es como si tu mujer te dijera que Matt quiere quedar a solas con ella, ¿la dejarías?

—¿Podría impedirselo? —contraataqué—. Ambas se equivocaron en su momento, pero no podemos vivir atormentados, porque si no confiamos en ellas, es mejor dejarlas libres. Erraron, pidieron perdón y decidimos apostar por intentarlo. Ahora no podemos dar marcha atrás, *otōsan*. Creo en la sabiduría de los sobres de azúcar del café.

—¿Cómo dices? —me preguntó extrañado.

—En el aeropuerto tomé un café, ¿sabes qué ponía en mi sobre de azúcar?

—¿Qué?

—«Un gran error es arruinar el presente recordando un pasado que ya no tiene futuro». Todos necesitamos darnos contra una pared para aprender, pero eso no quiere decir que nos vayamos dando cabezazos cada vez que vemos una o que vivamos anclados en un recuerdo que ya no tiene cabida en nuestro ahora.

—Sabias palabras, eres un chico listo. —Un atisbo de sonrisa curvaba las comisuras de sus labios.

—¿Dónde está mamá?

—En la habitación.

—¿Y por qué no tratas de que no tenga motivos de caer en la tentación como he hecho yo con Jen? —Su sonrisa se amplió—. Déjala agotada, *otōsan*, haremos turnos con Koe. Cuando cojan el vuelo mañana, van a estar tan doloridas que no querrán sexo ni en pintura. Vamos a dejar el pabellón Yamamura bien alto. No va a haber ruso que pueda con nosotros, nos convertiremos en el gran acierto de nuestras mujeres.

Ambos nos incorporamos sabiendo qué era lo que debíamos hacer, subimos a las habitaciones y nos despedimos en la puerta de cada uno. Mañana, Jen y mi madre no se iban a poder ni mover.

Capítulo 35



Los ojos se me cerraban y no había un maldito punto de mi anatomía que no me doliera.

—Pareces agotada —observó Carmen, que no lucía mucho mejor que yo.

—Tú también, y no lo puedes achacar al embarazo como yo. —Una sonrisa asomó en sus gruesos labios rojos.

—Creo que tu agotamiento tampoco es debido a eso, ¿o me equivoco?

—Pues no, más bien a lo que los provoca. —Las dos nos echamos a reír confesando que padre e hijo nos habían tenido bien entretenidas.

—Sabes por qué lo han hecho, ¿verdad? —Asentí recordando la maratón sexual del día anterior.

—Nos han marcado como a un par de farolas.

—Sí, pero dudo que estén mucho mejor que nosotras. Seguro que la tienen en carne viva.

—Eso seguro —corroboré divertida.

—¿Estás preocupada por Luka?

—Si dijera que no, te mentiría. No estoy tan convencida como tú de que quiera llegar a un trato.

—Eso déjame a mí. No sufras, Luka puede parecer un cabrón, pero tiene su corazoncito, si sabes dar con él. —La miré sin poder creer lo que me decía.

—Si tú lo dices.

—Ya verás que sí. Ahora descansemos, estamos agotadas y nos irá bien. Ambas nos rendimos al sueño y no despertamos hasta llegar a San Petersburgo.

Nuestros hombres y mi pequeña nos iban a esperar alojados en el Four Seasons Hotel Lion Palace, un cinco estrellas que estaba relativamente cerca de la casa de Luka, aunque lo suficientemente alejado para que a ningún Yamamura le entraran ganas de matar al ruso.

El hotel era un icono imperial situado en un palacio real del siglo XIX. Solo tenía ganas de terminar con Petrov y darme un buen baño de burbujas con Jon en la inmensa bañera de la *suite*. Me la había enseñado por fotos para ponerme los dientes largos.

Debo reconocer que no tener noticias de Michael también era algo que me alarmaba. Esperaba que respondiera a alguno de mis mensajes, pero el móvil seguía apareciendo apagado o fuera de cobertura todo el tiempo. Como decía Jon, si no teníamos noticias, tampoco podía ser malo lo que ocurriera. Esperaba que tuviera razón.

Perdida en mis pensamientos sobre lo que deberían estar pasando Joana, Mateo y Michael, llegamos a la mansión de Petrov.

Carmen iba muy elegante con un traje chaqueta blanco que resaltaba todas sus curvas y contrastaba con la melena oscura, y yo había optado por un traje de raya diplomática de corte masculino muy favorecedor.

Mi suegra no parecía ajena al sitio.

—¿Has estado aquí antes?

—¿Tú qué crees? —respondió ladeando la sonrisa. Las puertas se abrieron mostrando a nuestro anfitrión descendiendo por las escaleras de mármol.

No parecía sorprendido, más bien complacido. Seguramente sus trabajadores ya le habrían informado que éramos un dos por uno.

—Bienvenidas a mi humilde morada. Esto sí que es una grata sorpresa, teneros a ambas aquí. Una rubia y una morena, ¿qué más se puede pedir? Después de esta noche ya podré morir tranquilo.

—Como si fuera la primera vez, creo que incluso podría sumar a una pelirroja a la ecuación —respondió Carmen altanera.

—Ay, Carmen, Carmen, Carmen.

—Se murió Carmen Amaya y España entera lloró —sentenció mi suegra

cantando. Petrov terminó de descender para acercarse a ella y darle dos besos cariñosos.

—Tú y tu salero español.

—Hola, Luka —lo saludó—. Cuánto tiempo.

—Demasiado, parece que hayas hecho un pacto con el diablo, *lyubovnitza*^[14].

—Lo mismo podría decir, ¿cuándo le quitarás la presidencia a Putin? —El ruso rio complacido.

—Ya sabes que yo prefiero el lado oscuro de la política, nunca me ha gustado la notoriedad pública. Me gustan las sombras, son mucho más divertidas, te permiten hacer más cosas.

—Muchas... —observó como si se tratara de algo que solo ellos pudieran entender. Me sentí fuera de lugar.

—¿Y a qué debo esta grata sorpresa? ¿Te apetecía sumarte? —preguntó admirándonos a ambas.

—Hemos venido a negociar. —Me mantuve en un segundo plano tal y como me había sugerido Carmen.

—Negociar, esa palabra me excita tanto como un buen polvo. Por favor, pasad y hablemos. —Hizo un ademán para que entráramos al salón colocando su mano en la parte baja de ambas espaldas. Miré de reojo a Carmen, que no parecía molesta, más bien relajada.

Petrov seguía teniendo el magnetismo poderoso de la última vez, con la diferencia de que ahora no me excitaba, sino más bien lo contrario. Solo podía pensar en Jon, me tenía el cerebro sorbido.

Llegamos a la amplia estancia donde tenía una botella de Boërl & Kroff Brut en la cubitera. La mesa estaba dispuesta con cucharitas repletas de distintas *delicatessen*, como salmón noruego o caviar iraní.

Petrov descorchó la botella y sirvió las tres copas, tendiéndonos una a cada una.

—Por las mujeres hermosas y los buenos negocios, *za vstrechu*^[15]!

—*Za vstrechu!* —nos unimos Carmen y yo. Solo que yo no bebí. Petrov se quedó con la imagen de que dejaba la copa sin catarla.

Los tres nos sentamos en la mesa.

—¿No es de tu agrado, *krasivyy?*

—No puede beber alcohol, está embarazada de mi hijo. —Si hubiera

bebido, seguro que me hubiera atragantado, aunque Petrov no pareció inmutarse.

—Pues entonces brindemos por la buena noticia. Un bebé siempre es motivo de alegría, ¿verdad?

—Verdad —afirmé. Quería que le quedara claro que era un hijo deseado.

—Es por eso por lo que he venido con Jen. No vas a hacerles esto, Luka, tu petición no hubiera estado fuera de lugar si ella estuviera soltera, si no amara a un hombre ni se hubiera quedado embarazada de él. Pero en estas circunstancias, entenderás que renuncie a tu proposición y busque un pacto para resarcirte de la información que le facilitaste. —El ruso miraba a Carmen con ojos de depredador.

—¿Vienes como intermediaria, *lyubovnitsa*?

—Así es, Jen lo sabe todo y cuando digo todo, es todo. Confío en ella y sé que no nos va a traicionar.

—Curioso. —Petrov apuró su copa y se llevó una cucharada de caviar a los labios—. Pero no lo veo mal, me gusta Jen y lo que nos puede aportar al grupo, por eso la contraté para mí. —Carmen soltó una carcajada.

—La contrataste para ti porque te rondaba alguna pieza, no digas tonterías. Lo que me lleva a la siguiente pregunta, ¿qué es?

—Me conoces tan bien, *lyubovnitsa*, que a veces me asusta. Es cierto que la quiero para algo concreto. Cuando encuentre la pieza, quiero que sea para mí. El problema es que todavía no he dado con ella, pero no dudo en hacerlo, tengo a mis hombres en ello, y cuando la tenga, Jen deberá hacer el trabajo. No podrá negarse y no habrá pacto que la salve por difícil que sea.

—¡Me comprometo! —exclamé exaltada—. En cuanto aparezca será tuya, pero líbrame de nuestro acuerdo. Para mí la palabra es tan importante como para ti y no querría traicionarte, por eso he venido a dar la cara. —Me miró complacido.

—Y eso te honra, aunque hubieras disfrutado mucho entre mis sábanas, es una verdadera lástima. —No quise contradecirle. Desvió la mirada hacia Carmen—. Acertamos con ella, ¿verdad?

—Fue un verdadero hallazgo, pero ahora no queremos que ella, mi nieta o el bebé corran riesgos innecesarios. Por eso quiero cancelar su

acuerdo al completo. Jen trabajará para mí como directora en mi galería de arte, si acepta mi propuesta, y yo saldará su deuda contigo.

—¿Tú? Ese acuerdo es demasiado incluso para ti. —Chasqueó la lengua.

—Ambos sabemos que seguro que hay algo, pide, Luka. —Él la miró pensativo y una llama se prendió en el fondo de su mirada oscureciéndola. El labio inferior de Carmen tembló.

—*Lyubovnitsa*, solo aceptaría una cosa para admitir ese trueque que me pides, algo que ansío desde hace mucho y que tú me negaste. —Carmen cerró los ojos interiorizando la noticia.

—¿Solo hay esa posibilidad?

—Tú eliges, tienes las cartas en tu poder. Yo te abrí el camino al círculo y solo tú puedes completarlo.

—No voy a poder, Luka, no creo que... —Petrov la interrumpió.

—Amor por amor, *lyubovnitsa*, tú decides. —Mi suegra asintió.

—Está bien, tú ganas. —Se levantó de la silla—. Vamos, Jen, no hay nada más que hacer aquí.

—Entonces, ¿soy libre?

—Si Carmen cumple esta noche y tú te comprometes a conseguirme la pieza que quiero cuando aparezca, sí. Te libero de nuestro contrato sin penalizaciones y del compromiso por la información facilitada. —Respiré algo más tranquila.

—De acuerdo —contesté mirando de reojo a mi suegra.

—Ya conocemos la salida, Luka, no hace falta que nos acompañes. —Me levanté como un resorte, fijándome en la mirada victoriosa de Petrov.

—Hasta esta noche, *lyubovnitsa*. Disfruta de tu nueva vida, *krasivyy*. —Cabeceé ligeramente a modo de despedida apretando el paso para seguir a Carmen, que ni se despidió. Parecía concentrada, demasiado. Seguramente el pacto era algo duro para ella porque parecía absorta en sus pensamientos. Me sabía mal que se sacrificara por mí.

—¿Puedo preguntar cuál es el precio? —murmuré llegando a la salida. Ella me miró con dulzura.

—No te preocupes por eso, ahora solo has de pensar en tu nueva vida y en cómo disfrutarla, el resto déjame a mí. Pásalo bien con Jon y con Koe, ellos tienen que ser tu mayor inquietud. —Me acarició el vientre liso

—. Y, por supuesto, mi futuro nieto, estoy segura de que será un niño clavado a su padre y con el temperamento de su madre. —Ambas reímos, más por nerviosismo que por alivio.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. —Ella negó, agarrándome por el hombro.

—Eres mi nueva hija, así que no debes agradecerme nada, solo ser feliz y hacer feliz a tu familia, que también es la mía. Dime que aceptarás el puesto que te ofrecí ahora que eres libre. —La sangre me hervía por la expectación. Habíamos montado en el coche que Petrov había destinado para nosotras, Carmen le dio la dirección del hotel al chófer, que condujo sin prestarnos la menor atención. O eso parecía.

—Lo hablaré con Jon.

—¿Eso es un sí? —preguntó eufórica.

—Eso es un «lo hablamos y te contesto», pero por mí, sí. —Carmen soltó un gritito y me abrazó tan emocionada cómo yo.

—Una pregunta, si yo voy a Barcelona, ¿tú te instalarás en Tokio? —Arqueé las cejas y un hermoso sonrojo cubrió sus mejillas.

—Eso lo sabremos mañana. Antes debo hablar muchas cosas con Ichiro y hacer otras que no sé dónde nos llevarán. —Si ella no hablaba era porque no me quería desvelar lo que le rondaba por la cabeza, solo esperaba que le saliera bien, por el bien de todos.

Cuando llegamos al hotel, lo primero que hicimos fue subir cada una a su respectiva habitación.

Jon estaba en la mía con Koe, ambos sumergidos en la gloriosa bañera llena de espuma. Era una *suite* impresionante, muy espaciosa y con vistas sobre la ciudad.

Me quité la ropa y entré en el baño pidiendo que me hicieran un hueco.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó Jon con deleite. Yo sonreí mirando su cresta blanca hecha de espuma.

—Tu madre es muy persuasiva. No me preguntes a qué acuerdo han llegado porque no tengo ni idea, solo sé que he salido de allí con un nuevo empleo bajo el brazo. —Sus ojos se entrecerraron con desconfianza.

—¿Nuevo empleo?

—Ya no trabajo para Petrov y tu madre quiere que sea su directora en la galería de Barcelona, que nos mudemos al piso de la Pedrera de manera indefinida y formemos nuestra familia allí. ¿Te gustaría? —inquirí dubitativa. El mundo de Jon eran las carreras, así que no las tenía todas conmigo. Su nuez bajó y subió con dificultad.

—¿Te refieres a si me gustaría cambiar a una aguerrida falsificadora y ladrona de arte, además de piloto de carreras ilegales, por una aburrida directora de galería? —Visto así, sonaba de lo peor. Mi ilusión se apagó e hizo que desviara la mirada hacia el pelo moreno de mi hija, que lucía tan blanco como el de su padre—. Jamás —terminó rotundo. Levanté los ojos de golpe quedándome clavada en su gesto serio—. A no ser... —¿Qué? —pregunté esperanzada.

—A no ser que la aburrida directora aceptara convertirse en mi esposa, entonces, tal vez me lo plantearía. Ya sabes, me encantaría dar un braguetazo y ser un mantenido para destinar toda mi energía a cuando la tuviera entre las sábanas. —Abrí los ojos como platos.

—Oh, Jon, ¿estás sugiriendo que...? —No me salían ni las palabras, los ojos me picaban por la emoción de las lágrimas contenidas. Hizo que me acercara para emparedar a nuestra hija entre nosotros y besar mis labios con auténtica devoción.

—Exactamente eso —murmuró sobre mis labios—. ¿Quieres casarte conmigo, ser la mujer de mis días y la ladrona de mi corazón? —Me perdí en el tierno momento. Me aclaré la garganta, no era muy buena con la poesía, pero era artista, así que algo bonito le podría decir.

—Quiero convertir mis labios en pinceles para pintarte a besos, transformarme en la espuma que cubre tu cuerpo, en la eterna caricia que nunca termina. Quiero ser tu lienzo en blanco dispuesto a que lo llenes de los colores de la alegría y el amor incondicional. Quiero olvidarme del mundo para perderme en ti y encontrarme en ti. Porque solo tú me reconfortas, solo tú me fortaleces y no puedo pensar en otro lugar para desatar mi tormenta que no sea sobre tu cuerpo. Te amo, Jon, y por supuesto que quiero convertirme en tu mujer. Jamás he estado tan convencida de algo en mi vida, porque tú has sido y serás siempre mi mejor decisión.

Nuestros labios se fundieron en un cálido beso donde nuestra hija no

paró de reír gritando «papa, mamá, *awa*». Al parecer, ella también había logrado su objetivo.

Carmen

No estoy convencida de que sea la solución, y sé que mi aceptación a los deseos de Luka puede suponer el fin de mi relación con Ichiro, pero... ¿qué no haría una madre por un hijo?

Entré en el cuarto. Él estaba en la terraza mirando la ciudad de San Petersburgo, que se alzaba a nuestros pies tan majestuosa y cambiante como la recordaba.

Me acerqué sigilosa, con el corazón en un puño temiendo su respuesta. Él siempre había sido el hombre de mi vida, nadie había podido sustituirlo en mi corazón.

Pasé muchos años dolida por no haber sabido cómo superar nuestra crisis, me castigaba a mí misma por sentirme culpable de empujarlo hacia mis oscuros deseos y ahora que lo tenía tan cerca, temía perderlo de nuevo.

Pasé mis manos por su fuerte espalda, ascendiendo en un masaje para aliviar la tensión que estaba sintiendo.

—Os he visto llegar —suspiró roncó—. Ha sido rápido. —Lo había llamado justo antes de subir al coche de Luka, así que sabía con exactitud el tiempo que había estado con él.

—Lo suficiente como para negociar. He logrado que le perdone la deuda a Jen, ahora ella es mía y puedo darle la vida que merece junto a nuestro hijo —anuncié con un ligero temblor en la voz.

—¿Pero? Tu tono incluye uno al final, lo sé, te conozco. Además, en toda negociación hay uno. —Se dio la vuelta rompiendo el contacto de mis manos sobre su espalda.

—Solo será una noche —anuncié atascándome en la parte más importante. Sus ojos negros se clavaron en los míos con el hielo de la traición. Cogí fuerzas para soltarlo rápido—. Con los dos. —Cuando expulsé la frase y la información le llegó al cerebro, cogió el vaso de *whisky* que llevaba en la mano y lo estampó contra el suelo, fragmentándolo en mil pedazos.

—¿¿Como que con los dos?! ¡Eso es imposible! ¡¿Qué jodida broma es esta?! —Traté de sosegarlo, puse las manos sobre su pecho sintiendo su desbocado corazón.

—Tranquilízate, Ichiro. Luka sabe lo de la mazmorra, lo del entrenamiento al que te sometiste y yo también —revelé mordiéndome un labio. Su expresión demudó a una de vergüenza y escepticismo.

—¡Lo hice por ti! ¡Por nosotros! ¡Quería entenderte! ¡Recuperarte!

—Shhhhhhhh, lo sé. —Lo agarré del cuello para que apoyara su frente sobre la mía—. No hiciste nada malo, Ichiro, fuiste mucho más valiente que yo. Intentaste encontrar una solución, mientras que yo hui de nuestra realidad. No te avergüences o te sientas culpable por ello.

—De poco me sirvió. A la hora de la verdad, no tuve narices de ir a buscarte.

—Pero ahora estamos juntos, ¿no es así? —murmuré pegada a sus labios—. Luka siempre quiso que tú participaras, desde el principio nos quiso a ambos, pero yo sabía que no estabas preparado. Si no lo estabas para mí, mucho menos para él.

—¿Y crees que ahora lo estoy? ¿Piensas que toleraría ver cómo otro hombre te posee? ¿Cómo él te folla, mientras yo miro? —Se separó de mí con un gesto brusco.

—Sé que jugaste y te gustó, sé que Luka es un buen amo y nos complacerá

a ambos, que no nos llevará a un lugar del que no podamos regresar. Confío en él y confío en mi palabra. Cerré el trato por la felicidad de Jen y Jon, sé que ellos no habrían soportado pasar por lo que Luka proponía. Eran ellos o nosotros y creo que ahora somos mucho más fuertes y que tenemos las cosas claras.

—¿Y piensas que yo puedo soportar lo que propones? —Volví a acercarme con cuidado.

—Sé que todo este tiempo te ha servido para comprender que muchas veces el amor, el sexo y el placer van cogidos de la mano, pero otras veces, no, y esta es una de esas veces. Una noche, Ichiro, y podremos intentarlo de nuevo. Volveré a Tokio, junto a ti y te prometo que nunca más sabrás de Luka. ¿Qué es una noche cuando tenemos el resto de nuestros días para amarnos y nuestros hijos estarán a salvo? —Podía ver

sus demonios revoloteando en sus pupilas.

—¿En calidad de qué voy a jugar? —Su pregunta y su mirada de determinación me hablaron de una oportunidad para ambos.

—*Switch*, eso era lo que quiso en su momento y es lo que sigue queriendo ahora. Luka dominará el juego y te hará interactuar en un rol u otro dependiendo de sus deseos. —Una vez lo hube soltado, solo quedaba esperar su respuesta.

—¿Solos los tres?

—Solos los tres —confirmé. Su mandíbula estaba tensa, como un perro de presa a quien tratan de poner un bozal. Podía percibir la agitación bajo su piel, era una decisión difícil, pero... ¿acaso teníamos elección? Me miró fijamente, sabía que había tomado una determinación por la profundidad de su mirada.

—Está bien, aunque no sé dónde va a terminar todo esto ni estoy tan seguro como tú de que lo podamos superar. —Su preocupación también era la mía, solo esperaba no equivocarme.

—Esta noche búscame en tus ojos, Ichiro, sabes que en ellos solo estoy yo. Si te sientes perdido, mírame y te juro que solo te verás a ti. —Lo besé a conciencia y él me devolvió el beso para llevarme a la cama y hacerme el amor con desesperación, con un regusto a despedida que me llenó de incertidumbre.

Por la noche Jen y Jon llamaron a nuestra puerta, pero nadie contestó. Les dejamos una nota en recepción diciendo que disfrutarán los tres de la ciudad en familia, contratamos un canguro para que se quedara con Koe en el hotel y les preparamos una cena romántica para que disfrutarán al máximo. Se merecían ser felices.

Yo me vestí para la ocasión con un vestido negro de corte asimétrico, aunque sabía que mi atuendo poco iba a durar. Luka lo cuidaba todo hasta el mínimo detalle y le gustaba elegir ropa y juguetes.

Ichiro tenía un humor taciturno y así lo mostró con su atuendo. Vestía un impecable traje gris humo con camisa blanca, estaba más serio de lo habitual y le sudaban las palmas de las manos.

Llegamos a casa de Luka y nos recibió el personal del servicio, separándonos en la entrada. Nos dedicamos una última mirada que habló por nosotros. A cada uno nos llevaron a un cuarto para cambiarnos.

Cuando llegué al mío, me sorprendió encontrarme con una rusa alta y rubia que me pidió que me desnudara completamente. En la mano tenía un par de rollos de cinta adhesiva y nada más.

—¿Y eso? —le pregunté esperando que fuera capaz de responderme.

—Esto es la última tendencia en moda. The Black Tape Project lo ha lanzado al mercado y es lo que lucirás esta noche. Yo trabajo para ellos como diseñadora y tengo órdenes muy claras de cómo debe ser tu atuendo.

—No me fastidies —protesté al ver la cinta aislante—. No quiero jugar con cables pelados —argumenté mirando el rollo que se utilizaba para envolver cables pelados y que no te pasara la corriente. La rubia rio.

—No es para eso, querida, sino para vestirme.

—¿Vestirme? ¿Con cinta? Si no quiero jugar con cables, menos quiero convertirme en uno. Estarás de broma, ¿no?

—No suelo bromear. Además, Luka me ha dicho que eres su sumisa, así que basta de chácharas, separa las piernas —ordenó la rusa mostrándome una tira larga que me puso el vello de punta.

—Hoy soy su sumisa, pero no la tuya —lancé desafiante, aunque sabía que tenía la partida perdida—. ¿Y dónde se supone que vas a ponerme eso?

—Ya lo verás —dijo acercándose peligrosamente a mi sexo. Me gustaba el dolor, pero envolverme en cinta aislante no entraba dentro de mis fantasías. Menos mal que iba completamente rasurada, no me apetecía nada una depilación a la cinta. Como saliera mal, pensaba buscar a la rubia y depilarle hasta los pelos de la nariz con esa cosa.

Con muchísima maestría, la rusa se puso a hacer un intrincado diseño sobre el cuerpo combinando trozos largos con cortos, la tira era negro charol, brillaba bajo la luz y la combinó con otra dorada que salpicaba en trozos mucho más pequeños. Cuando cubrió mis pezones pensé «Eso va a doler», pero no había vuelta atrás. Por suerte, dejó mi vagina al descubierto, solo había cubierto los labios mayores dejándola completamente expuesta.

Parecía una guerrera de alguna tribu indígena.

Delineó mis ojos con *khol* negro, remarcó las espesas pestañas con rímel y me puso un collar de esclava.

Para finalizar, me pidió que me agachara ungiendo un *plug* anal en lubricante que insertó con suma delicadeza en mi agujero trasero. No era pequeño, así que podía imaginar por qué me lo colocaba.

Era bonito, emulaba una cola de caballo de fantasía, con piedras y cadenas doradas. En mi frente me puso una tira a juego, cruzándola.

—Está preciosa —admiró su obra y me la mostró frente a un espejo. La verdad es que cortaba el aliento. Me acercó unos zapatos de charol negros que contrastaban con el tacón dorado—. Lista para el juego. Ahora, sígueme.

Me condujo a la mazmorra de Luka con total seguridad. Estaba convencida de que esa mujer jugaba con él, lo intuía.

Las paredes estaban acolchadas en color borgoña, insonorizadas para que no escapara sonido alguno. Era un lugar que cualquier *bedesemero* hubiera adorado, pues estaba repleto de mobiliario y juguetes imposibles de cuantificar.

El ruso tenía muy buen gusto incluso para eso, esa sala era digna de un reportaje a fondo.

La rusa me pidió que me colocara en el centro, donde pendía un columpio. Sabía que quedaría suspendida, indefensa y expuesta. Al fin y al cabo, de eso se trataba.

Mi corazón amenazaba con desbocarse, ¿dónde estaría Ichiro? ¿Cómo lo estarían preparando a él? ¿Seríamos capaces de superarlo?

Los amarres se cernieron sobre mis extremidades, el olor a cuero me rodeaba suspendiéndome en la bruma de la anticipación.

Dejé de tocar el suelo y sentí mi cuerpo elevarse completamente abierto.

La música comenzó a sonar envolviéndolo todo y la rusa desapareció, dejándome sola en mi agitación.

La puerta principal se abrió y la imagen me dejó sobrecogida.

Capítulo 36



Ichiro entró en la estancia, llevaba un collar idéntico al mío donde pendía una cadena de gruesos eslabones que nadie sujetaba, por el momento, y que se bamboleaba a cada paso que daba.

Su torso estaba desnudo, la boca se me secó. Pese a haber estado toda la tarde disfrutando de él, me sentía ávida por jugar de nuevo. Sus músculos se flexionaban y estiraban, las sombras remarcaban los oblicuos, que parecían esculpidos a cincel.

Llevaba puesto un pantalón bajo a la altura del hueso de la pelvis, con una cremallera que parecía abrir la pieza en dos. Estaba descalzo, con la mirada clavada en el suelo y una prominente erección pujando en la bragueta.

No desvió los ojos en ningún momento, su sumisión me sobrecogió. Parecía que alguien manejara los hilos que lo movían a distancia. Se arrodilló a un par de pasos de distancia del lugar donde estaba suspendida, con los puños apretados y la espalda recta.

La puerta se volvió a abrir, así que contuve las ganas de hablar, de tranquilizarlo, de decirle que todo estaba bien. Luka era muy estricto respecto a eso en sus sesiones, nadie hablaba a no ser que tuviera permiso.

Me sorprendió que llevara máscara, cuando estaba conmigo no solía hacerlo. Hoy parecía un verdugo, uno al que temer si no ejecutabas las órdenes con precisión de cirujano.

Tenía un torso poderoso, mucho más amplio que el de Ichiro, salpicado en vello oscuro y aspecto de armadura romana. Vestido no se le notaba

tanto, pero desnudo era un ejemplar digno de admirar.

Llevaba un pantalón de cuero con botones en la entrepierna y un látigo en la mano.

—Bienvenidos a mi mazmorra. —Su voz gutural reverberó sobre el hilo musical—. Dejarme decir que sois un sueño hecho realidad, mi sueño.

Se posicionó tras Ichiro y de un tirón de pelo le levantó la cabeza, sus ojos impactaron directamente contra mi sexo, que ya estaba húmedo de anticipación.

—¿Ves cómo está, Yamamura? Hermosa, excitada, goteante, quiere ser dominada y follada por un auténtico dómine, ¿serás tú o seré yo? —siseó.

—¡Vete al infierno, Petrov! —La risa ronca del ruso y la mirada de odio de Ichiro me hicieron temblar.

—Dime, *switch*, ¿qué vas a ser hoy? —murmuró a su oído provocándolo. Ichiro no se contuvo y se puso en pie encarándolo, dispuesto a atacar. Lanzó su puño sin que Petrov se lo impidiera, pero justo cuando iba a alcanzarle el rostro, se detuvo sacudiendo la cabeza de lado a lado, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—¿Tú? —Su voz era pura conmoción, la mano cayó por su propio peso sin fuerza, desorientada.

—Hola, Ich, hace demasiado que no nos vemos, ¿no crees?

—¿Khyt? —preguntó como cuando ves a alguien fuera de lugar y eres incapaz de asociarlo

—El mismo, *switch*. ¿Me has echado de menos? —Tenía el corazón en la garganta.

—¿Os conocéis? —Rompí el silencio que estaba obligada a mantener en la mazmorra, pero la incertidumbre me pesaba más que el castigo.

—Sabes que no puedes hablar, esclava —me recordó Luka con voz cortante.

—Sí, dómine —contesté mordiéndome la lengua.

—La curiosidad es un mal vicio, aunque por hoy voy a saciártela. Por supuesto que nos conocemos, ¿verdad que sí, Ich? —Ichiro estiraba y flexionaba los dedos. Petrov se la jugó paseando la mano justo por el punto donde debía latirle el corazón a bocajarro.

—¿Fuiste tú desde siempre? —La angustia de mi marido llegaba hasta mí. Luka subió la mano y le acarició el labio inferior, provocando que el

vello de los brazos de Ichiro se erizara.

—Siempre. Carmen supo desde el primer momento que mi intención era estar con ambos, ella me atraía por su naturaleza salvaje y sumisa, y tú, por esa ambigüedad palpitante. Frío como el hielo y cálido como el maldito infierno. Un amo y un sumiso latiendo bajo la misma piel. Sé que ella intentó arrastrarte a nuestro mundo sin éxito, pero cuando la perdiste y te vi en la mazmorra, supe que terminarías siendo mío, que te entregarías a mí como lo hiciste. —La mano del ruso descendió por su pecho hasta alcanzar la parte superior del pantalón. Ichiro le agarró la muñeca, deteniéndolo.

—¿Por qué? —le preguntó antes de que llegara a su objetivo—. ¿Ella lo sabía? —Contuve un gemido pensando en que Luka podía malmeter si lo deseaba. Yo no tenía ni idea de que Petrov había sido el hombre que lo instruyó, Luka jamás me dijo nada al respecto.

—Porque puedo, porque quiero y porque os deseo a ambos. Y no, ella no sabía nada; durante cierto tiempo mantuve la esperanza de que fueras a buscarla y poder jugar con ambos, pero nunca lo hiciste y yo me cansé de esperar. —Se soltó con fuerza del agarre de Ichiro para después tomarle la entrepierna para masajearla. Sonrió al palpar su dureza—. Veo que ya estás listo y eso me complace, Ich. Mírala, está hermosa, una dulce sumisa lista para los dos. —Le cogió el rostro y se lo giró hacia mí, que los miraba con asombro—. Ella nunca supo que fui tu maestro, quien te abrió las puertas a nuestro mundo y obviamente tú tampoco. Estaba convencido de que si hubieras sabido quién era no me habrías dejado instruirte. Me habrías juzgado y sentenciado por algo que era inevitable. —Lo cogió por el pecho clavándolo a su torso y a su entrepierna—. Debes reconocer que estaba en la naturaleza de ambos y que solo debíais aceptar —murmuró pegado a su cuello—. Esto es solo sexo, Ich, lujuria, emoción. No tiene que ver con sentimientos románticos, solo con la libertad de sentir. Esa que se experimenta al conceder el poder al otro, la confianza plena, la entrega sin reservas. Lo que mueve el BDSM va mucho más allá del sexo o el amor, habla de poder y libertad. Obsévala, Ich, mira cómo desea lo que va a ocurrir. Está roja, hinchada, preparada, como una fruta madura dispuesta a ser degustada. —El hombre de mi vida resollaba contemplándome, hipnotizado por la tela de araña que el

dómine iba tejiendo a su alrededor—. No dejes que el peso del pasado condicione tu futuro, rompe tus cadenas, tus miedos y límitate a sentir.

Luka tenía unas dotes de persuasión extremas, por eso era un gran amo y tan bueno en los negocios. La tensión de Ichiro estaba desapareciendo por momentos, lo primero que hizo fue buscarse en mi mirada.

Eso es, traté de que le bastara solo eso para comprenderlo todo. Éramos él y yo, no importaba que Luka estuviera allí como parte del juego, siempre seríamos nosotros.

—Muy bien, lo estás haciendo realmente bien —lo felicitó agarrando la cadena, que pasó entre sus piernas para frotarla contra su erección—. Mírala, quiero que inflames su deseo, Ich. Ella te echó mucho de menos y esta noche debes compensarnos. A mí por decepcionarme y no ir a buscarla tras nuestro entrenamiento y a ella por abandonarla. Esta noche es la de la redención, ambos vais a aprender a perdonaros, a aceptar vuestra naturaleza *bedesemera* sin culpa, sin sentirnos mal por gozar de este modo. Carmen dejará de sentirse culpable por disfrutar siendo sometida, por pensar que te había engañado cuando lo único que hacía era ser ella misma, buscando en un amo experto colmar sus necesidades, las que tú rechazaste en redondo haciéndola sentir incompleta. —Vi el dolor y el pesar cruzando por los ojos del que seguía considerando mi marido. Quise transmitirle mi apoyo, no estaba solo y yo ya lo había perdonado por eso. Luka prosiguió—. Y tú, Ich, por no luchar, por no enfrentarte a tus demonios e ir a por ella. Te acobardaste y la hiciste sufrir por ser quien era, por intentar ser ella. —La nuez de Ichiro subió y bajó con rudeza—. Esta noche vais a unirnos como lo que sois, dos almas que se pertenecen y que pueden gozar sin reservas porque saben que, al final, no pueden existir la una sin la otra. Hoy vais a aprender eso y voy a ser yo quien os guíe, vuestra herramienta de liberación. —Soltó la cadena y sustituyó el roce de los eslabones por su propia mano, arrancando un gruñido en mi marido. Ichiro seguía perdido en mi mirada, como si yo fuera la fuerza que necesitaba. Lo amaba tanto, sabía lo que debía estar costándole mostrarse así ante mí.

Los ágiles dedos desabrocharon la cremallera mostrando su miembro erecto. Me relamí al verlo. El dómine le apretó los huevos con fuerza y él aguantó, estoico. Después le colocó una tira de cuero alrededor de la

base, abarcándolo todo. Lo hizo con sumo cuidado, era una herramienta de control, no de dolor. La tira haría que Ich siguiera erecto, que la sangre continuara agolpada manteniéndolo así el tiempo que él decidiera.

—Arrodíllate ante ella, paga tu penitencia adorándola con la boca. No podrás usar las manos para arrancarle dos orgasmos en menos de cinco minutos, ese va a ser tu primer cometido. Si lo logras, seguiremos jugando; si no, me la follaré. —Ichiro se tensó ante las palabras—. Yo participaré mirando y estimulándola con el *flogger* para echarte una mano. —Me relamí ante la visión de las tiras de cuero agitándose entre las manos de Luka—. ¿Lo has entendido?

—Sí, dómine —respondió alto y claro.

—Pues adelante, que empiecen los juegos.

Ichiro vino hasta mí de rodillas y hundió su boca con maestría. Estaba tan cachonda por lo que acababa de contemplar que el primer orgasmo me sobrevino sin esfuerzo alguno. Lo noté sonreír contra mi vagina.

Para el siguiente empleó una técnica llamada método Kivin. En ella, en vez de lamer el clítoris arriba y abajo, se movía la lengua en horizontal, de lado a lado, con movimientos muy rápidos y precisos. Para hacerlo bien debía poder usar las manos colocando el índice y el pulgar a cada lado del clítoris para elevarlo. Pero no hizo falta, pues con la cantidad de sexo que habíamos mantenido lo tenía muy hinchado, susceptible y erecto.

Las tiras de cuero negro empezaron a caer sobre mi pecho, primero con suavidad, como una lluvia picante. La cadencia fue aumentando a cada golpe. Mis pezones empujaban contra la cinta, mis gemidos y el aroma a sexo invadían la estancia.

Estaba dejándome llevar por completo, aunque el segundo orgasmo se resistía.

—Un minuto, Ich. —Mi marido lamía con desesperación, mi vagina se contraía buscando ser colmada. Necesitaba que me follara y como si él lo percibiera, se puso a penetrarme con la lengua. A cada embestida su nariz impactaba con mi impertinente clítoris, que reverberaba.

Los golpes se habían vuelto muy exigentes, decidí abandonarme y dejar de pensar, solo gozar el momento con impudicia y entonces ocurrió, el segundo orgasmo lo hizo estallar todo por los aires.

Escuché los aplausos de Luka.

—Hermoso, verdaderamente hermoso. Toma, Ich, te has ganado el juguete. —El dómine le tendió el *flogger* y tiró de la cadena para ponerlo en pie. Ichiro estaba sudoroso y excitado, la vena del cuello le palpitaba. Sujetaba el juguete que le había cedido Petrov entre las manos—. Segundo *round*, deberás hacer que se corra solo con el uso del *flogger*. Tienes cinco minutos, si no... —hizo una pausa dramática— te poseeré a ti. Sospecho que hace mucho que nadie entra en tu mazmorra.

—Solo pasó una vez —protestó Ichiro, girando la cara velozmente hacia él.

—Lo sé, pero fue suficiente para que ambos supiéramos cuánto te gustó. ¿Recuerdas la cantidad de semen que echaste? Tu corrida fue monumental. —Mi marido parecía avergonzado de escuchar aquellas palabras, rehuía mis ojos y yo solo quería que viera lo poco que me importaba que él gozara también de ese modo. El punto G masculino estaba ubicado en esa zona, lo único que había de malo en ello eran los tabús mentales, negarse al placer solo por el sexo del causante era retrógrado. Esperaba ser capaz de correrme de nuevo porque sabía que para él sería un mal trago hacer eso delante de mí.

Me concentré intentando sentir cada mordida del cuero en mi piel. Cuando los ojos del Ichiro amo me miraron, intenté que encontrara mi confianza. Nada importaba, solo era juego y placer, quería que lo viera así, necesitaba transmitírselo.

La piel de mis muslos enrojecía por momentos, lanzando calambrazos de placer que ascendían por mi sexo. Recorrió todo mi cuerpo con maestría, empujándome a desear más, y cuando golpeó mi vagina, chillé absorta en el millar de sensaciones que fluían por doquier.

—Un minuto.

El ritmo y la fuerza eran devastadores, casi podía sentir la liberación enroscándose en la parte baja de mi vientre, mi piel pasaba del rosa al rojo intenso.

—Treinta segundos.

Ichiro le dio la vuelta al *flogger* y me empaló con el arrancándome un nuevo grito. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Estaba tan cerca, solo un poco más.

—Tiempo.

Y entonces estallé. Me había faltado un segundo, un simple segundo. Mi vagina se contraía sin control empapando las tiras de cuero, haciéndolas temblar con mi agitación.

Busqué su mirada contenida, me daba miedo haberlo decepcionado, que lo sintiera como una traición.

—¿Pu-puedo hablar, dómine? —le pedí permiso a Luka, quien asintió.

—Amo Ichiro —supliqué—, mírame. —Se le veía tan perdido—. Te quiero y eso no lo puede cambiar nada de lo que esta noche suceda, más bien todo lo contrario, porque a cada gesto te amo más. Quiero que lo disfrutes, quiero que lo vivas, quiero que no te avergüences de nada de lo que ocurra. Necesito que fluyas conmigo, que estalles conmigo, porque tu felicidad es mi felicidad, tu orgasmo es mi orgasmo, te lo proporcione yo u otra persona, porque en el fondo lo único que sirve es que nos sintamos plenos. Siéntete libre de gozar, porque no hay mayor placer para mí que ver el éxtasis en tus ojos.

Luka se puso tras él y le abrió la cremallera trasera del pantalón. Le acarició las nalgas desnudas.

—Suficiente, esclava. Ahora, Ich deberá aceptar su derrota —dijo tanteando el fruncido agujero con su dedo. Ichiro se tensó—. Relájate, no quiero que duela. Voy a follarte hasta que te corras sobre el coño de tu mujer, va a ser muy placentero, te lo garantizo. Os va a gustar a ambos, no lo dudes. Aunque estoy sano, para tu confort y tranquilidad usaré condón para penetrarte y lubricante para entrar sin problemas, no te preocupes. Este es un ejercicio de placer para los tres, no de dolor. Mientras te follo quiero que vuelvas a comerla entera, quiero que sientas cómo se excita al vernos, porque no dudes de que le gustará lo que voy a hacerte tanto como a nosotros. — Ichiro tragó con fuerza—. Adelante, inclínate y ofrécete a tu dómine antes de dedicarte a ella.

La duda ensombrecía su mirada, pero entonces, como si recordada mis palabras, me buscó y, tras la intensidad de nuestros ojos, no hizo falta nada más.

Se inclinó, se ofreció y Luka dejó caer un chorro de lubricante para estimularlo con los dedos, que hundió en el tenso anillo de músculos, dilatándolo para facilitar su entrada y poder acceder a él sin causarle dolor. Tras ello, le pidió que se agarrara a mis muslos, me sacara el *flogger*

que seguía insertado en mí y lo sustituyera por su boca cuando sintiera la primera embestida.

Así lo hizo. Ich gruñó contra mi vagina en cuanto la enorme barra de carne se abrió paso en su impenetrable gruta.

Luka me miró complacido, sonriéndome ante la sumisión mostrada por el hombre de mi vida. Su boca recorría cada pliegue, cada resalto en busca de mi placer y yo me frotaba contra él desatada por la morbosa imagen y los potentes empujes que lo impulsaban hacia mi centro.

Nadie hablaba, solo gruñíamos, gemíamos y nos dejábamos llevar. Cuerpos, sudor, sexo, deseo, en completa armonía. Sin géneros, sin restricciones.

Luka le agarró el miembro para masajearlo, eso quería decir que estaba cerca. Ichiro temblaba inflamado por el deleite, sentía su placer estallando en cada poro. Hasta que el dómine dio la orden.

—Voy a liberar tu atadura, Ich, saldré de tu interior y me correré sobre tu espalda. Te pajearé hasta que te corras y cuando hayas terminado, la follarás hasta que ella alcance su propia liberación. ¿Entendido?

—Sí, dómine —respondió ronco.

Así fue como Luka salió de él y se pajeó hasta marcar su espalda con su esencia. Ichiro aguantó sin correrse y bajo la orden de «ahora» se dejó acariciar por la experta mano del ruso, que lo tocó hasta que se derramó sobre mí. Cuando hubo terminado, con la polla todavía erecta, me folló. Yo estaba tan al límite que en tres simples embestidas me dejé llevar gritando su nombre, para que no dudara de que él era el responsable de mi orgasmo.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando llegamos al hotel. En el viaje de regreso había estado muy callado. Luka nos tuvo toda la noche con su tira y afloja sexual, hubo retos que ganamos y otros que perdimos, así que no estaba muy segura de cómo le podía haber afectado eso a Ichiro.

—Se me pasará —susurró mirándome de medio lado.

—Ich...

—No me llames así. —Su tono fue duro y sus ojos se encendieron.

—Perdona.

—No quiero volver a escuchar ese nombre. Lo que ha ocurrido esta

noche es algo que no va a volver a suceder, nunca más vamos a estar tres personas en una mazmorra, ¿lo entiendes? —Asentí tragando con fuerza —. Si acepté fue por Jen y por Jon, pero hay límites infranqueables que no estoy dispuesto a volver a cruzar. Si eso supone un percance para ti, creo que no podremos estar juntos. —Su reflexión avivó el miedo a perderlo tras esa experiencia, no quería que eso ocurriera. Ahora lo amaba más todavía, si es que eso era posible, perderlo supondría mi destrucción. Lo tomé por las manos para que volviera a mirarme.

—No necesito a Luka, hace mucho que lo que tuvimos terminó y tampoco necesito estar con más personas que no sean tú. No puedo decir que lo de hoy no me haya gustado, porque mentiría y no quiero que ninguna mentira vuelva a ensombrecer lo nuestro. Pero quiero que te quede claro que estar con varias personas no es algo que necesite, con tu dominación en la cama es suficiente. —Subí las manos por sus brazos y lo tomé del rostro con suavidad—. Te quiero y te admiro, Ichiro Yamamura, por lo que hiciste y por lo que has hecho. Eres un hombre de honor y de principios que lo ha entregado todo a favor de las personas que ama, y eso te honra tanto como padre como esposo.

—Esa última palabra la dije muy cerca de sus labios.

—Ya no estamos casados —admitió con pesar.

—En mi corazón nunca hemos dejado de estarlo y en los papeles es algo que podemos solucionar, ¿no crees? —Sus ojos se iluminaron y aceptó de buena gana mi beso. Terminamos en la cama haciendo el amor pausadamente, sin dejar de mirarnos ni un minuto.

—Júrame que esta vez será para siempre —suplicó antes de que alcanzáramos el orgasmo.

—Para siempre suena a poco, soy tuya para la eternidad.

—Y yo tuyo. —Con una última embestida, nos corrimos y nos quedamos dormidos el uno en brazos del otro.

Nada podía empañar mi segunda victoria.

La guerra es como una partida de ajedrez, pura estrategia, hay veces que debe caer un alfil para terminar haciéndole jaque mate a la reina.

Sorbí mi copa y gruñí vaciándome en la boca de la hermosa chica que

tenía entre las piernas. Era joven, muy apetecible y entrenada para ello.

Tenía agarrado su sedoso cabello para apretarla contra mi erección y sentía cómo mi esencia descendía por su garganta sin que pudiera negarse a ello. Su garganta se cerraba y se abría tragando, provocando en mí múltiples punzadas de placer.

Adoraba el poder, todo lo que me permitiera mostrar que estaba por encima de los demás era motivo de éxtasis para mí.

Cuando terminé, le levanté el rostro y admiré sus bellas facciones. Era una gran obra de arte, Benedikt podía estar satisfecho con su trabajo. Llevaba una semana probando su creación, llevándola al límite, y había reaccionado bien, sumamente bien. Era una esclava excelente.

Después lo llamaría para agradecerle la confianza para probar la efectividad de uno de sus clones, la satisfacción estaba más que asegurada.

—Muy bien, pequeña, has sido una buena perrita. Ahora, vuelve a tu jaula a descansar.

—Pero tengo pis, mi amo —dijo con ojos suplicantes. Una sonrisa macabra cruzó mi rostro.

—Ya sabes lo que debes hacer con eso, ahí está tu cuenco. —Ella me miró con horror.

—Pe-pero ahí es donde bebo.

—¿Y cuál es el problema si ese es mi deseo? —pregunté capturando una gota de semen que pendía de la comisura de su boca para dársela y que la tomara. Ella la capturó y la saboreó, para después bajar la mirada al suelo.

—Ninguna, mi amo —respondió con total sumisión.

—Buena chica, ve. —Palmeé su cabeza y la insté a que se metiera en su jaula de dos por dos.

Me subí el pantalón y fui directo al ordenador a admirar mi sesión nocturna.

Suspiré ante las escenas que paseaban ante mis ojos. Había doblegado a Yamamura bajo mi yugo, le había puesto en el punto que deseaba y había vencido de nuevo. Él todavía no lo sabía, pero este era otro triunfo que añadir a mi colección.

El primero fue quitarle a su amada esposa, follármela en su propia casa

aprovechando que cancelé nuestra cita de negocios, obligándolo a regresar antes de tiempo. Él pensaba que iba a reunirse con un posible inversor para sus casas de apuestas y lo que se encontró fue que perdió su propia gran partida.

Después, no pude creer mi suerte cuando vino a la mazmorra, lo convencí y lo dominé. Él era un dómine puro, no un *switch*, como le había hecho creer para correrme en su boca y casi obligarlo a que me aceptara en su culo. Reí ante el recuerdo. Era cierto que se corrió, pero después vomitó por ambas experiencias, su cuerpo no estaba preparado para la dominación masculina. Tampoco lo había estado esta noche, vi las arcadas contenidas y el dolor de verse desprovisto de su hombría ante ella. Pero eso no me frenó, era parte del juego, me gustaba la sensación de poseerlo y de dominarlo hasta ese extremo. Que sintiera placer con un hombre y llegara a correrse, cuando no era su condición sexual, me henchía de orgullo.

Había querido terminar también con su hijo y por ende con Jen, pero era una pieza menor, sacrificaría ese alfil. Por lo menos, de momento.

Por ahora me daba por satisfecho de haber visto su cara al comprobar a quién se había rendido durante todo ese tiempo y a volverlo a someter a sabiendas de que yo era el hombre que lo había destruido. Y se había marchado de mi casa dándome las gracias y estrechándome la mano. Pobre incauto.

Saboreé las mieles del éxito reclinándome en la silla de cuero. Cada vez estaba más cerca, pero no tenía prisa alguna para alcanzar la estocada definitiva.

—Disfruta mientras puedas de tu nube de felicidad, se aproxima tu fin y ni siquiera te has dado cuenta. —Brindé contra la pantalla saboreando mi próxima victoria.

Bipílogo

Jen y Jon

El viaje a San Petersburgo fue todo un éxito.

Volvimos los cinco a Los Ángeles con un montón de planes y una sonrisa en el rostro.

Teníamos una boda doble que preparar y dos mudanzas, no podía sentirme más feliz, aunque todavía no hubiera obtenido noticias de Michael.

—Espera un momento —le dije a mi suegra quitándole una especie de pegatina brillante del cuerpo, que parecía no querer salir—. ¿Qué es esto?
— Ella enrojeció por completo murmurando.

—Tal vez te lo cuente más tarde, solo diré en mi defensa que la cinta aislante está infravalorada. —La miré, perpleja, sin saber qué responder. Ella emitió una risita que me dejó con la mosca detrás de la oreja.

Mi suegro y ella no habían parado de manosearse en el avión como dos adolescentes, incluso llegó un momento en el que ambos desaparecieron. Jon y yo nos sentíamos muy felices por ello y cuando regresaron «del baño» y nos anunciaron que ellos también se casaban, la alegría se multiplicó por dos. Decidimos celebrar la boda los cuatro juntos antes de que empezara a crecerme la barriga, seguro que sería una ceremonia muy emotiva.

Cuando crucé el umbral de la puerta de casa, encontré una nota en el suelo, estaba polvorienta y con algunas manchas de... ¿sangre? ¿Eso era sangre?

Casi me desmayo, por suerte, Jon estaba ahí para sostenerme.

Eran cinco líneas mal escritas, como si al autor le estuvieran temblando las manos al plasmarlas. Los ojos me escocían al leer el encabezado.

Querida surioară:

Esto me va a llevar más tiempo del que creía, pero no te preocupes, va todo bien. Joana y Mateo siguen con vida.

Pronto terminará toda esta pesadilla, espero que no estés enfadada por lo de villa Kinder y me hayas hecho caso en el encargo.

Te quiero, surioară, y pronto estaré a tu lado con ellos.

Tuyo.

Michael

—Vamos, Jen, no llores —me animó Jon abrazándome, las lágrimas caían sin que pudiera controlarlas—. Sabemos que está bien, los tres están vivos, no ha de ser una misión fácil. Además, no está solo. Tus lágrimas no van a solucionar nada ni le sentarán bien al bebé.

Mis suegros habían subido a Koemi a la habitación.

—Pero la carta está manchada de... —No podía ni insinuar lo que era.

—Igual se ha cortado con la hoja de papel y te estás preocupando por un nimio cortecito de nada. No me seas tremendista, que no te pega. Si tu hermano necesitara ayuda, la pediría, estoy convencido.

—Tú no conoces a Michael, él nunca pide ayuda, él es la ayuda.

Su abrazo se hizo mucho más intenso.

—Haremos una cosa, si en cuestión de dos semanas no recibimos noticias, movilizaremos cielo y tierra para localizarlos. ¿De acuerdo? —Asentí moqueando contra su pecho.

—Y ahora no llores más, nuestro bebé solo puede sentir alegrías ahora que por fin estamos juntos —dijo acariciando mi vientre plano—. Y la primera que va a sentir va a ser ahora mismo.

Me levantó en volandas para llevarme a nuestra habitación.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —respondió agitando las cejas, con la llama del deseo crepitando en sus pupilas.

—He pasado demasiadas horas sin saludar a mi hijo, así que creo que voy a visitarlo. —Reí contra su cuello, volando por los aires y cayendo sobre el colchón.

Jon se desabrochó el pantalón, me subió el vestido sobre los muslos, apartó mi braguita, que ya estaba empapada, y se introdujo en mí

resollando.

—Hola, hijo —saludó rotando su pelvis y provocando que se me escapara un suspiro.

—Creo que no te oye, llama un poco más fuerte a su puerta. —Mi mirada se cubrió de provocación y la suya de malicia.

—Eso está hecho. Sabes cuánto te quiero, ¿verdad? —Asentí con el corazón revoloteando.

—Yo también, pero ahora, si me quieres, fóllame —dije apretándole con mi vagina.

—Eso está hecho, gata, vas a ronronear de placer —respondió perdiéndose entre mis caderas.

Por fin había encontrado mi sitio en el mundo, uno que no entendía de ubicaciones geográficas, pues Jon era ese lugar y nunca iba a dejarlo escapar.

Michael

El día que llegué a esa maldita jungla no estaba preparado para lo que iba a ver.

El Capo tenía una fortaleza en mitad de la selva mexicana, un lugar inexpugnable cargado de hombres y mujeres armados hasta los dientes, al que era imposible acceder. Si incluso había cavado un foso donde nadaban cocodrilos.

«Joana, ¿dónde estás?», pregunté para mis adentros oculto entre el follaje.

El calor y los putos mosquitos me estaban aniquilando, pero eso era un mero contratiempo. El verdadero problema estaba frente a mí y no sabía cómo acceder a él.

Le dije a mi hermana que no se preocupara, que iba a ir con mis compañeros, pero la realidad era que me había presentado allí solo. La

pérdida de mi amigo en The Challenge todavía escocía y no estaba dispuesto a perder a ninguno más.

Tenía unos días libres y necesitaba aprovecharlos al máximo para sacar a Joana de allí cuanto antes.

No tenía cobertura, así que ya era tarde para avisar a alguien, debía valerme de mí mismo para encontrarla y librarla del destino que el cabrón de Matt había preparado para ella.

Pero ¿cómo?, tenía que pensar. No podía permitir que les ocurriera algo a ella o a Mateo, eran como de mi familia, y si no había intentado nada con la guapa mexicana era porque le tenía mucho respeto. Ella no era como las chicas que solía tirarme, tenía un hijo, lo había criado sola y había cruzado un país entero para protegerlo. Se merecía todo mi respeto y no el revolcón de una noche, que era lo máximo que le podía ofrecer.

Cuando mi hermana me contó quién era en realidad y lo que pretendía Matt, sentí la venganza corroer mis entrañas. No pude salvar a Jen de ese cabrón, pero pensaba resarcirme con ella.

Vi a una de las chicas del servicio abandonar la fortaleza e internarse en la selva. Era mi oportunidad, la única que tenía para colarme, y no pensaba cagarla.

«Joana, voy a por ti. Pronto estaremos juntos, lo prometo. Aguanta».



Tu opinión me importa

Si te ha gustado la novela me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido. No te llevará más

de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias de todo corazón!

Rose Gate

La Autora



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra

Rosa Gallardo Tenas.

Nacida en Barcelona en Noviembre de 1978, nació bajo el signo de escorpio el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. Ojos verdes, de Karen Robards y Shanna, de Kathleen Woodiwiss fueron las dos primeras novelas que leyó, convirtiéndola en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero finalmente dejó aparcada su gran vocación.

En la actualidad, dirige un centro deportivo, casada, con dos hijos y muchos libros devorados, ha decidido poner de nuevo la escritura animada por su familia y amigos.

Su primera obra ha sido una tetralogía:

Trece fantasías vol. 1 (octubre 2017)

Trece fantasías vol. 2 (octubre 2017)

Trece maneras de conquistar (noviembre 2017)

La conquista de Laura (diciembre 2017)

Después esta biología:

Devórame (enero 2018)

Ran (febrero 2018)

Yo soy Libélula Azul (marzo 2018)

Breogán Amando una Libélula (abril 2018)

Ojos de Dragón (mayo 2018)

El Karma del Highlander (julio 2018)

Koi, entre el amor y el honor (septiembre 2018)

La Magia del Karma (enero 2019)

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr (marzo 2019)

Xánder vol. 1 (abril 2019)

Xánder vol.2 (junio 2019)

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS>

<https://www.instagram.com/rosegatebooks>

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

¡Feliz lectura y hasta la próxima!

LOS LIBROS DE LA AUTORA:

SERIE STEEL

TETRALOGÍA TRECE FANTASÍAS

SINOPSIS:

La serie que pondrá a prueba si eres capaz de abrir tu mente hacia el sexo.

Laura es una chica con muchas dudas e inseguridades, su físico y su pasado la condicionan en el momento de relacionarse con el sexo opuesto.

En un viaje a su Noruega natal, Laura se introduce en el mundo de la literatura erótica a través de una página de internet que le recomienda su abuela.

De regreso a España sus amigas de chat la incitan a liberarse y que realice todas sus fantasías con un hombre que ha conocido una noche, a través de la pantalla del ordenador y del cual no sabe nada.

¿Será Laura, alias "Gatita mimosa", capaz de acudir a la cita con "Devil69" para que haga realidad sus deseos más oscuros?

Marco nunca ha tenido problemas con el sexo opuesto, guapo, de buena familia y con un negocio que va viento en popa sólo tiene algo que se le resiste, el amor. Marcado por un pasado lleno de traiciones, Marco no confía en las mujeres y no busca una relación seria para que le partan de nuevo el corazón. Alentado por un amigo y compañero de trabajo, queda con una chica a través de un chat de novela erótica, según él, es

muy sencillo tener un buen polvo de una noche con esas mujeres tan necesitadas.

Sin demasiado entusiasmo Marco acude a la cita, pero ¿está realmente preparado para encontrar a la única mujer capaz de poner su mundo patas arriba?

¿Aceptaré Marco ser el hombre que realice las fantasías sexuales de Laura?

¿Aceptaré Laura su nuevo yo y que sea Marco el que lo descubra?

¿Serán capaces de separar el amor del sexo? No puedes perderte la primera parte de la trepidante, romántica y erótica historia de Marco y Laura.

BILOGÍA DEVÓRAME Y RAN

SINOPSIS:

Su alma no estaba preparada para amar, el sexo y la oscuridad dominaban su vida llena de dinero, poder y desenfreno.

Giovanni Dante es gerente del Masquerade, un selecto club de sexo, además de poseer casi un imperio de la hostelería.

Huérfano al fallecer sus padres en su adolescencia, heredó la empresa de la familia y fue adoptado por la familia de su mejor amigo cuando más lo necesitaba.

Ilke es una joven llena de vitalidad, guapa y sexy a morir, disfruta de su libertad al máximo sin apenas preocupaciones, solo una: ganar el dinero suficiente para cumplir su sueño.

Ilke desea, sobre todas las cosas, convertirse en una gran diseñadora y estudiar en París, para ello aceptará un trabajo un tanto peculiar, donde le ofrecerán ganar mucho dinero para ahorrar la cantidad que necesita. Un trabajo en un lugar oculto ante el mundo y solo abierto para el goce de algunos.

Con lo que no contaba Ilke, era con conocer a Giovanni y la vorágine de sentimientos que este despertará en ella.

Su atractivo animal, su exotismo y la corriente sexual que hay entre los dos los, les llevará a un tira y afloja de voluntades, avocándolos hacia un viaje sin retorno.

Si te gustó Trece Fantasías, prepárate para la historia más irreverente y excitante: la de Ilke y Giovanni.

BILOGÍA YO SOY LIBÉLULA AZUL Y BREOGÁN AMANDO A
UNA LIBÉLULA

SINOPSIS:

A los que me juzgan les diré que no saben nada de mí, las personas siempre se rigen por lo que creen pero no se paran a analizar lo que realmente sucede.

A ti, que me estás juzgando, te pregunto,

¿Qué harías si el sexo en tu matrimonio no funcionara durante nueve años?

¿Qué harías si tu marido fuera un eyaculador precoz y se negara a reconocerlo?

¿Qué harías si jamás hubieras tenido un orgasmo?

¿Qué harías si tu marido te hiciera sentir que eres un cero a la izquierda?

¿Qué harías si apareciera un hombre que hiciera sentirte viva?

¿Qué harías si encontraras un nuevo mundo que agitara tu corazón y te llena de deseo?

¿Qué harías si la pasión te envolviera llenando de luz la oscuridad?

No me juzgues todavía.

Yo soy Libélula azul, y esta es mi historia.

OJOS DE DRAGÓN

SINOPSIS:

Cuenta la leyenda que las almas humanas están conectadas por un hilo rojo que los dioses atan al dedo meñique.

Esas almas están predestinadas a encontrarse sin importar el lugar, el tiempo, o la circunstancia.

El hilo puede enredarse, liarse, o tensarse hasta tal punto, que puede parecer que quiera romperse. Pero eso jamás ocurre, el hilo rojo que une a dos almas humanas predestinadas a encontrarse es indestructible.

Hikaru es el heredero de una de las principales Yakuzas de Japón y siente que su hilo se ha roto.

Su amada lleva cuatro años casada con otro y él fue obligado a casarse con una cría durante la celebración de su compromiso con Ilke, su prometida.

Una irresponsable que le mintió, le engañó intercambiando el disfraz con la que iba a ser su mujer, para terminar perdiendo la virginidad con él y que toda la familia les sorprendiera al día siguiente.

Akiko se ve envuelta en un matrimonio sin amor, su marido ama a otra, aunque se ha casado con ella por honor. La desprecia y la ignora como si se tratara de un fantasma en su propia casa.

Ella tiene un sueño, convertirse en modelo, así que pone tierra de por medio para luchar por lo único que le queda: sus metas.

Cuatro años más tarde Akiko está en la cima de su carrera y su corazón vuelve a latir gracias a Misha. Él le pide matrimonio

y Akiko acepta. Sólo hay un ligero inconveniente ella sigue casada con Hikaru y Misha no lo sabe.

¿Qué almas unirá ese misterioso hilo rojo?



KOI, ENTRE EL AMOR Y EL HONOR

SINOPSIS:

Quando el honor pasa de ser una simple palabra, a regir tu vida, no porque tú lo decidas, sino porque naciste con el deber de que así fuera, el amor se relega a un segundo término, perdiendo su poder, volviendo su fuerza gris y opaca, como una piedra olvidada en medio del camino.

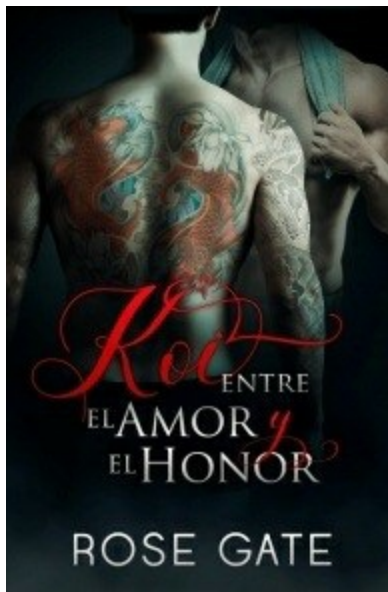
Sin embargo, solo hace falta una mirada para devolverle el color, que lata de nuevo e inunde tu vida, arrasando con todo lo que habías conocido hasta el momento.

Eso me sucedió a mí cuando le conocí, aquellos ojos café se convirtieron en la piedra angular que me hizo nadar a contracorriente, igual que una carpa Koi, soñando con alcanzarlo algún día.

Me llamo Kenji Watanabe, soy el futuro kumichō de la Yakuza más importante de todo Japón y me he enamorado de quién no debía.

Dos hermanos, dos parejas, dos amores imposibles que ponen en entredicho los valores de una cultura.

Déjate sorprender por Koi, entre el amor y el honor



SERIE KARMA

EL KARMA DEL HIGHLANDER

SINOPSIS:

Sarah Alcántara es una arpía consumada. Dueña de una de las principales editoriales de Romántica del país tiene un lema:

“Si no tienes vagina, ni te pases por mi oficina”.

A sus treinta y dos años no tiene pareja. Los hombres en su vida nada más tienen un cometido, darle placer una sola vez, después los expulsa de su vida. No los quiere cerca y por ello, solo trabaja con mujeres, sus autoras son del sexo femenino exclusivamente.

El premio W Romantic Ediciones se acerca, quedan cinco días y no tiene manuscrito ganador. Sus chicas o su aquelarre de brujas, como ella las llama, le insisten en que lea un manuscrito que ha caído en su poder, fuera de plazo y del cual todas están enamoradas.

Sarah jamás ha leído una historia que le haya hecho sentir tantas emociones. Aquel libro que narra la historia de un Highlander atormentado, cala hondo en ella. A partir de ese momento Kenan MacKenzie aparece en sus sueños para llenar de lujuria sus noches y hacer flaquear los cimientos de su perfecta existencia.

En la entrega de premios ocurre un suceso inesperado, algo que cambiará el rumbo de los acontecimientos, que marcará un antes y un después en la calculada vida de la Sarah Alcántara.

Si te gustan las historias de escoceses, los saltos en el tiempo, crees en la magia y disfrutas con el erotismo, no puedes perderte el Karma del Highlander, una historia que te sorprenderá.



LA MAGIA DEL KARMA

SINOPSIS:

Cuenta la leyenda, que el Laird del Clan de los MacLeod conoció a una hermosa hada, de la cual se enamoró por completo.

Entre ellos surgió un amor de los que solo se vive una vez. Para su desgracia tenía fecha de caducidad: un año y un día. Ese fue el plazo que les dio el rey de las hadas, después jamás volverían a estar juntos.

Llegado el día, el Hada le entregó al Laird dos regalos muy preciados: su hijo y la Fairy Flag, una bandera mágica que los protegería, que solo podrían usar tres veces.

Didi O'Shea es una mujer un tanto peculiar. Según su abuela, ellas descienden de la mismísima diosa Dana, y su futuro es seguir con la tradición familiar y convertirse en una Druidesa moderna, algo de lo que ella no está muy convencida.

Su vida es bastante sencilla y apacible, dueña de una floristería solo tiene un inconveniente con nombre propio: Cédric MacLeod.

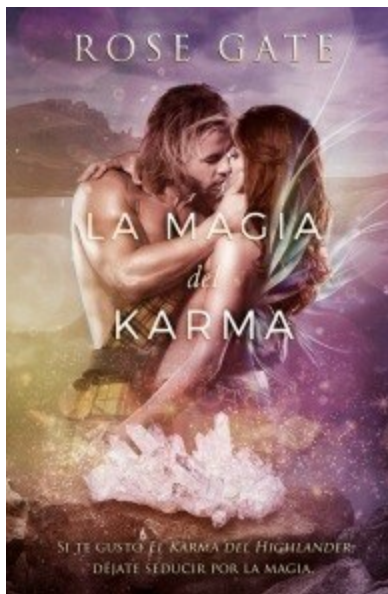
Cédric es el último descendiente del poderoso Clan MacLeod. Guapo, despreocupado, y con una empresa de eventos en plena expansión, solo una cosa que se le resiste, más bien una pelirroja con cara de hada llamada Didi O'Shea.

La atracción entre ellos es innegable, sin embargo los malos entendidos y sus fuertes personalidades hacen que estar juntos, sea una misión casi imposible.

¿Será que la magia del Karma vuelve a hacer de las suyas?

¿O será el destino quién condena sus almas a no entenderse?

Si te gustó el Karma del Highlander no puedes perderte esta novela llena de amor, humor y mucha magia



LO QUE PASA EN ELIXYR, SE QUEDA EN ELIXYR

SINOPSIS:

“Donde tengas la olla no metas la polla”.

Ese dicho tendría que haberlo conocido yo antes que a mi exmarido, tal vez así las cosas me habrían ido mejor.

Disculpad, me presento, me llamo Yanet, treinta y cinco años, aliviadamente divorciada, con una hija adolescente que vive con su padre en mi país, Cuba.

¿Que dónde vivo yo?

Pues a más de siete mil kilómetros, al otro lado del Atlántico; en Barcelona, hasta aquí tuve que venir cuando el cabrón de mi ex me vetó en la Habana y no me quedó más remedio que emigrar para subsistir.

Si algo tengo claro en esta vida es que nunca más voy a acostarme con mi jefe y, mucho menos, casarme con él.

Llevo dos años en Barcelona y, pese a mis estudios, aquí solo soy una inmigrante sin papeles más. Trabajo en uno de los gimnasios más lujosos de la ciudad, de especialista en productos químicos, es decir: limpiadora, y los fines de semana, agitando las caderas en el Blue Habana.

Estoy a punto de conseguir el permiso de residencia y eso hará que por fin mi vida de un giro de ciento ochenta grados. Bueno, más que el ser legal, lo que va a hacer que dé el giro es la conversación que escuché tras una puerta en una circunstancia de lo menos adecuada.

Doris, con quien comparto piso, me ha convencido para que haga algo un tanto ilícito que me va a permitir dar un empujón a mi economía.

Siguiendo uno de sus consejos fue cómo conocí a Pitón Salvaje.

¿Que quién es Pitón Salvaje?

Un morenazo que quita el sentido, del cual no quiero saber el nombre y al que no puedo dejar de fo....

Uy, perdón. Ya estoy contando demasiado. Si queréis conocer mi historia, será mejor que nos conozcamos un poco más. Solo os puedo decir una cosa:

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr.



SERIE SPEED

XÁNDER VOL.1

SINOPSIS:

Él no estaba preparado para encontrarla.

Su mundo era un lugar sórdido, frío y carente de color, hasta que ella apareció y anunció que era su nueva chófer.

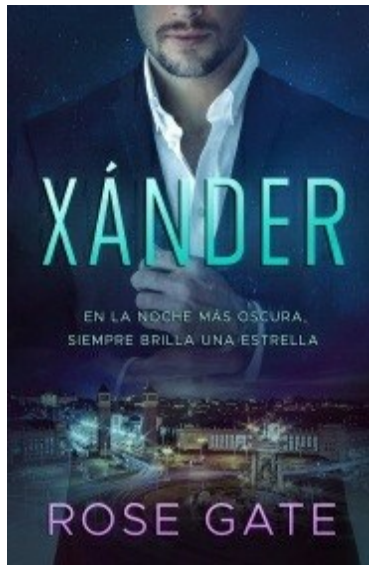
En su amarga existencia, los príncipes no montaban corceles ni las princesas conducían limusinas.

Él era oscuridad. Ella, luz.

Él odiaba la vida. Ella la amaba sin tregua.

Cuando un corazón destruido se da de bruces con la estrella que lo ilumina, solo quedan dos opciones: o apagar la luz o dejarse absorber por ella.

Porque, incluso en la noche más oscura, siempre brilla una estrella.



XÁNDER VOL.2

SINOPSIS:

No estaba preparado para perderla.

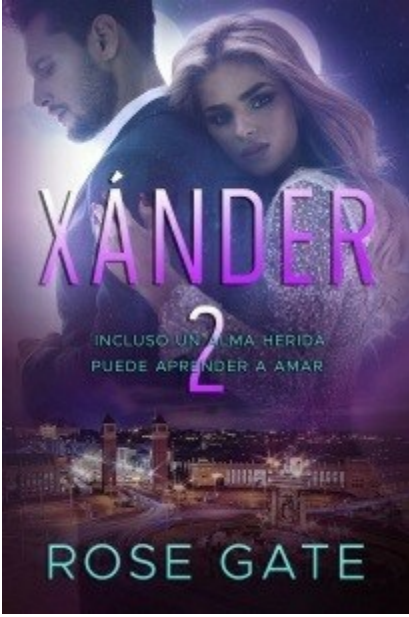
Cuando la vida le había dado una brizna de esperanza dispuesta a florecer, se desató el peor de los infiernos, devastándolo todo.

Solo tenía dos opciones: someterse a su realidad o encontrar la manera de recuperarla.

No importaba dónde estuviera ni lo difícil que fuera dar con ella, estaba dispuesto a recorrer el árido infinito para que su estrella volviera a iluminarle.

Para ello, se enfrentaría a sus miedos y rompería las reglas y las cadenas, arriesgándolo todo.

Porque incluso un alma herida puede aprender a amar, si lo que espera al final del camino es el amor verdadero.



PRÓXIMAMENTE...

THUNDER

Siente la fuerza del trueno

[1] *Surioară*: «hermanita», en rumano.

[2] *Catrinas*: calaveras mexicanas.

[3] *Frățior*: «hermanito», en rumano.

[4] Leyenda de la Luna y el Sol.

[5] *Otōsan*: «padre», en japonés.

[6] *Krasivyy*: «hermosa», en ruso.

[7] Fragmento extraído de *Xánder 2*, de Rose Gate. Disponible en Amazon.

[8] *Musuko*: «hijo», en japonés.

[9] 911: número de emergencias usado en Estados Unidos. [10] *Kumichō*: «cabecilla de la Yakuza», en japonés.

[11] *Sheikh*: «jeque», en árabe.

[12] *Hai*: «sí», en japonés.

[13] *Bedesemero*: amante del BDSM. [14] *Lyubovnitsa*: «querida», en ruso.

[15] *Za vstrechu*: «¡Por la velada!», en ruso.